



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Marcharse lejos

Migraciones granadinas a Barcelona durante el primer franquismo (1940-1960)

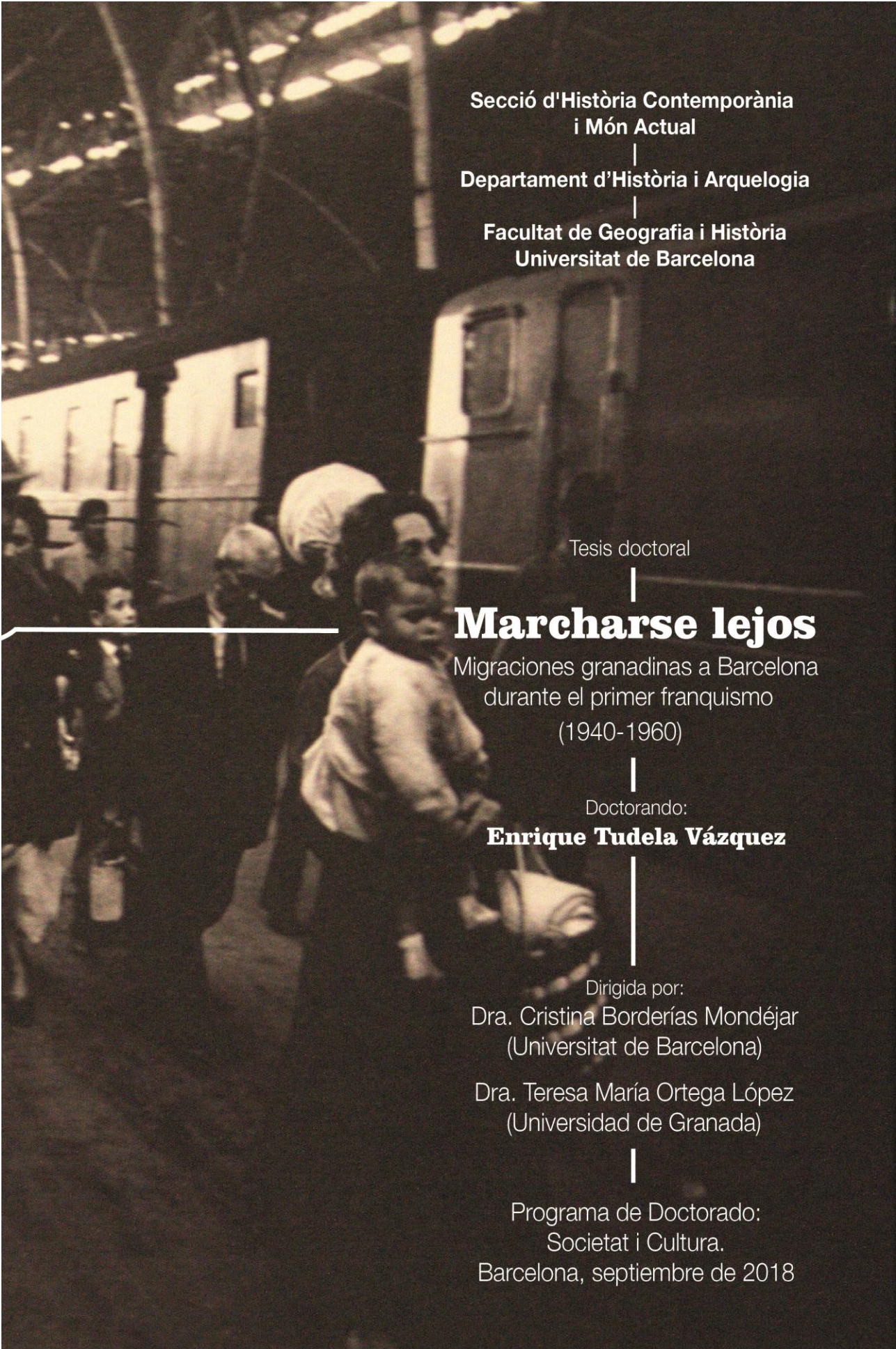
Enrique Tudela Vázquez



Aquesta tesi doctoral està subjecta a la llicència **Reconeixement 4.0. Espanya de Creative Commons.**

Esta tesis doctoral está sujeta a la licencia **Reconocimiento 4.0. España de Creative Commons.**

This doctoral thesis is licensed under the **Creative Commons Attribution 4.0. Spain License.**



Secció d'Història Contemporània
i Món Actual

Departament d'Història i Arqueologia

Facultat de Geografia i Història
Universitat de Barcelona

Tesis doctoral

Marcharse lejos

Migraciones granadinas a Barcelona
durante el primer franquismo
(1940-1960)

Doctorando:

Enrique Tudela Vázquez

Dirigida por:

Dra. Cristina Borderías Mondéjar
(Universitat de Barcelona)

Dra. Teresa María Ortega López
(Universidad de Granada)

Programa de Doctorado:
Societat i Cultura.

Barcelona, setembre de 2018

Tesis doctoral

MARCHARSE LEJOS
MIGRACIONES GRANADINAS A BARCELONA
DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO
(1940-1960)

Doctorando

Enrique Tudela Vázquez

Directoras

Dra. Cristina Borderías Mondéjar (U.B)

Dra. Teresa María Ortega López (U.G.R)



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

SECCIÓ D'HISTÒRIA CONTEMPORÀNIA I MÓN ACTUAL
DEPARTAMENT D'HISTÒRIA I ARQUEOLOGIA
FACULTAT DE GEOGRAFIA I HISTÒRIA
UNIVERSITAT DE BARCELONA

Programa de Doctorado: Societat i Cultura

Barcelona, setembre de 2018

Esto es la murga
los currelantes
que al respetable
buenamente va a explicar.
El mecanismo tira palante
de la manera más bonita y popular.
S'acabe el paro y haya trabajo
escuela gratis, medicina y hospital
pan y alegría nunca nos falten
que vuelvan pronto los emigrantes
haya cultura y prosperidad.

Carlos Cano, *La Murga de los currelantes* (1977).

Foto de cubierta: Inmigrantes llegando a la estación de Francia, 1962.

Autor: Xavier Miserachs. Arxiu MACBA, Fons Miserachs.

Agradecimientos y dedicatorias

Este trabajo ha sido desarrollado en diferentes fases y localizaciones entre el otoño de 2012 y el de 2018: en bibliotecas, archivos y trenes, en casas de campo y en ciudades diferentes, aprovechando veranos, rescatando tiempo de los diferentes compromisos personales y laborales que he debido atender durante su realización. Escrito en tierras catalanas pensando en Granada y también mirando hacia Barcelona desde Andalucía, es una tesis granadina y barcelonesa, como lo ha sido y lo es mi vida en estos momentos. Esta investigación no hubiera sido posible sin la colaboración de muchas personas que se interesaron por ella, por lo que resulta muy difícil lograr recordarlas a todas. Sin embargo, mi agradecimiento más profundo es para toda la gente que he podido entrevistar y que me ha brindado un pedazo de su historia personal. Por otra parte, también quiero dar las gracias a las personas que me han acompañado de manera constante o puntual a lo largo de este largo camino.

Comenzaré por Barcelona. En primer lugar agradezco a mi tutora y maestra Cristina Borderías el confiar en esta propuesta y su trabajo de supervisión y comentarios, espoleándome a ir más lejos en mis reflexiones y contribuyendo decisivamente a mi formación como historiador. También a los miembros del grupo de investigación *Treball Institucions i Gènere*, el TIG, especialmente a Martín Iturralde y a Mónica Borrell, por sus consejos. A los compañeros historiadores de Praxis, en particular a Miguel Garau, por el trayecto que hemos recorrido juntos hasta ahora y a Pau Casanellas por acogerme en Lisboa durante el I Coloquio Internacional sobre Violência Política no Seculo XX, en la primavera de 2015 y por los buenos ratos compartidos desde entonces. A mi amigo Marco Aparicio por tantas buenas conversaciones y por los retiros fecundos en el hermoso y tranquilo Montblanquet. A mi hermano Pablo Tudela Vázquez y a Elba Mansilla, junto con el pequeño Ray, por apoyarme, alegrarme y permitirme encerrarme a trabajar en su casa del carrer Miquel Àngel, en Sants. Siguiendo con los agradecimientos personales, aprecio la ayuda y la sensibilidad con la cuestión andaluza en Catalunya de Francisco García Duarte, la disponibilidad de Angelina Puig i Valls para facilitarme el acceso a su inspiradora tesis doctoral, las conversaciones con Juan Abad Olivares, las palabras y el reconocimiento de Encarna Castillo, que llegaron en el momento adecuado para darme fuerzas, la complicidad de Javier Pérez Andújar, las pistas de Sonia Tres, de Antonio Alcántara, de Irene Castilla, Jordi Vilalta y de tantas otras personas, quienes me han aportado contactos y guiado, a veces sin siquiera saberlo. Agradezco a Marc Hernández Ruiz y María Hernández Fernández el acceso a entrevistas y materiales de sus respectivas familias. También a Ana Varela el diseño de la cubierta de esta tesis y las entradas de cada capítulo. A Zeltia Outeiriño quiero agradecerle su cariño, paciencia y compañía durante la última etapa de este trabajo. No ha sido fácil, pero ha sido mejor a tu lado.

En un plano colectivo me siento muy agradecido con los amigos y compañeros de Espai en Blanc, por tantas ideas nuestras que han quedado prendidas de estas páginas. A la gente de CASAL y a los antiguos trabajadores de la Condiesel, que me han demostrado la importancia de recordar y cultivar la amistad y la solidaridad. También a toda la gente del Ateneu Popular 9 Barris, con quienes he trabajado y convivido los últimos tiempos y donde he podido descubrir mejor mi propio barrio barcelonés y su fascinante historia. Por último mi mayor agradecimiento es para todos los compañeros y compañeras, amigos y amigas de Can Masdeu, quienes me han sostenido y apoyado a lo largo de este largo proceso y, en particular, a la gente de los huertos comunitarios, varias de cuyas historias familiares llenan estas páginas.

Bajando a Granada, quiero agradecer a Teresa María Ortega su apoyo constante y sus palabras de ánimo. A Claudio Hernández, Miguel Ángel del Arco y Lázaro Miralles por su ayuda. A Raúl Castillo le agradezco los magníficos mapas que ha realizado. A Yago Mellado su hospitalidad en Quentar el último verano. A mi hermana María Pilar Tudela Vázquez, Mapi, mil gracias por toda tu colaboración, imprescindible, junto a Jean Mattos y al pequeño Mateo. A mi padre, Pío Tudela Garmendia, quiero agradecerle el inculcarme el amor al conocimiento histórico y la lectura atenta y corrección que realizó del manuscrito de este trabajo. A mi madre, Teresa Vázquez Teja, agradezco sus consejos de salud, su apoyo incondicional y confianza en mi capacidad para realizar este trabajo. Ella me enseñó una frase que leyó de joven y que siempre me ha acompañado en la realización de esta tesis: “Si el andaluz rico piensa en Madrid y el andaluz pobre piensa en Barcelona: ¿Quién piensa entonces en Andalucía?”. A los compañeros del Foro por la Memoria de Granada agradezco su valentía y la inspiración que me dieron a comienzos de este trabajo. A los amigos de nuestra asociación, El Meandro del Cubillas, con los que estamos construyendo poco a poco un sueño a orillas de un río, al norte de Granada, y en particular a Paco Ortega, que sé que disfrutará con estas páginas.

A Carlos Cano, a la música barroca, a las mornas caboverdianas, a la dub poetry de Linton Kwesi Johnson (there is not mystery, we are making history) y a todas las músicas que me han acompañado al escribir estas páginas. A la isla de Samothrakis y al puerto de Kamariotissa.

Dedico este trabajo a Amadeo Puerto, quien no ha podido verlo acabado y hubiera querido leerlo, a Pili Arcas, quien primero me acercó a conocer la trágica verdad de la historia granadina cuando yo tenía trece años. Dedico también estas páginas a la memoria del aljameño Juan Gutiérrez Arenas y a la de todos los andaluces y andaluzas que tuvieron que marcharse lejos.

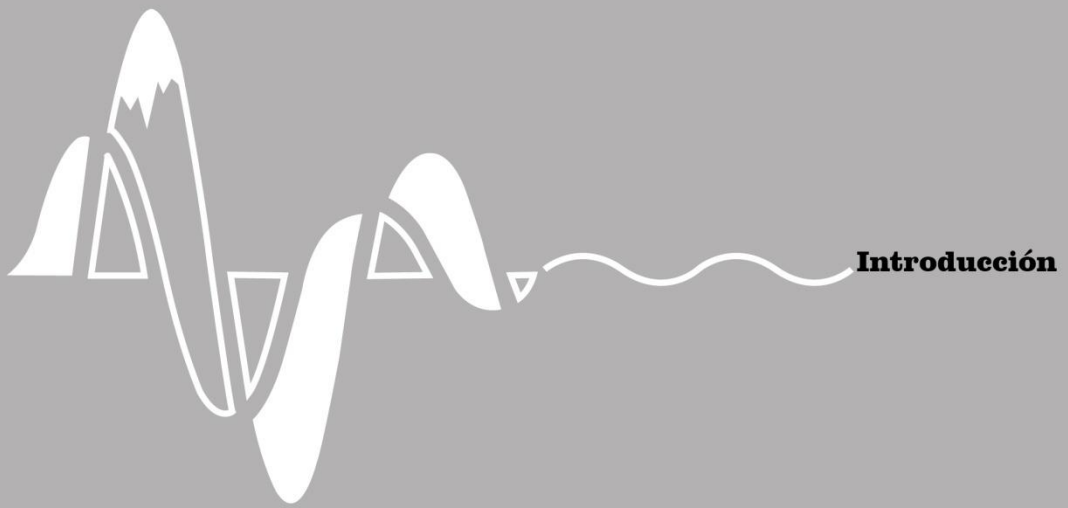
ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	15
Objetivos	25
Fuentes y metodología	29
Estructura	42
CAPÍTULO I. SOCIEDADES EN MOVIMIENTO: ANTECEDENTES MIGRATORIOS, DESARROLLO ECONÓMICO Y CONFLICTIVIDAD SOCIAL EN LA PROVINCIA DE GRANADA (1850-1939).	47
1.1 La mentira de una pobreza secular: evolución económica de Granada hasta el siglo XIX.	49
1.2 Hacer las Américas: las migraciones transoceánicas granadinas durante la Restauración.	53
1.3 Aves de paso: patrones de movilidad temporal en la población granadina.	57
1.4 El poder del oro blanco: el desarrollo de la industria azucarera granadina (1880-1930).	61
1.5 El atractivo de la capital: la ciudad de Granada como destino migratorio en el primer tercio del siglo XX.	63
1.6 Un mundo en transformación: la implantación del Estado liberal en tierras granadinas.	68
1.7 La revolución del pan y el queso: la insurrección campesina de Loja y sus consecuencias.	71
1.8 La creación de un espacio propio: la forja del movimiento obrero y campesino granadino (1868-1931).	76
1.9 La II República: del asalto a las instituciones a la revolución social.	86
1.10 Tiempo de guerra y revolución en Granada (1936-1939).	99
1.11 Conclusiones.	112
CAPÍTULO II. TIEMPO DE MISERIA Y CASTIGO: POSGUERRA Y REPRESIÓN EN EL ORIGEN DE LAS MIGRACIONES GRANADINAS.	117
2.1 Volver de una guerra perdida.	119
2.2 Las modalidades de la represión a escala local.	126

2.3 Una guerra interminable: el impacto de la guerrilla en la emigración granadina.	137
2.4. Los años del hambre.	146
2.5 Conclusiones.	155
CAPÍTULO III. NADA QUE HACER: EL ESTANCAMIENTO ECONÓMICO DE GRANADA DURANTE LA POSGUERRA Y SU INFLUENCIA EN EL FENÓMENO MIGRATORIO.	161
3.1 Una profunda crisis agrícola y el fin de las aspiraciones del movimiento campesino.	163
3.2 Viviendo al día: el caso de los jornaleros agrícolas.	170
3.2.1 Volver a ir a la plaza: los mecanismos de contratación.	174
3.2.2 Estrategias de resistencia colectiva.	177
3.2.3 Las dificultades de reproducción de los grupos domésticos jornaleros.	182
3.3 Perder la tierra: el caso de los labradores.	188
3.4 La inexistente industria granadina: una falta de alternativas al campo.	201
3.5 “Sobran brazos”: el problema del paro visto por las autoridades provinciales.	207
3.6 El arranque del nuevo éxodo rural de posguerra.	210
3.7 Conclusiones.	215
CAPÍTULO IV. LLEGAR DE NUEVAS: ESTRATEGIAS EMPLEADAS EN EL TRASLADO E INSTALACIÓN DE LA EMIGRACIÓN GRANADINA EN BARCELONA DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO.	219
4.1 Ponerse en movimiento: experiencias de viaje, controles y represión a la inmigración en la Barcelona de posguerra.	222
4.1.1 La ruta del Borreguero: el ferrocarril como medio de transporte de la inmigración granadina.	224
4.1.2 “Viene mucha gente”: la percepción de la inmigración como problema en la Barcelona de posguerra.	228
4.1.3 La difícil entrada en Barcelona: redes de solidaridad ante la represión a la inmigración.	234
4.1.4 Experiencias de encierro y deportación de inmigrantes en la Barcelona de la década de 1950.	240

4.2 Efectos de las políticas represivas en las pautas de registro de la población inmigrada.	246
4.3 Formas de acceso a la vivienda de los emigrados a Barcelona durante las décadas de 1940 y 1950.	251
4.4 El caso de las barracas y la cohabitación para las familias emigrantes.	254
4.4.1 La barraca como alternativa habitacional.	256
4.4.2 Elogio de la barraca.	260
4.5 Llegar en solitario: el caso de las mestresas y el servicio doméstico para las migraciones individuales.	271
4.6 Los suburbios caóticos: la configuración de las nuevas periferias y el fenómeno de la autoconstrucción en Barcelona.	278
4.6.1 Echar raíces: la autoconstrucción en la periferia de Barcelona.	282
4.7 Conclusiones.	289
CAPÍTULO V. MANOS A LA OBRA: LA INMIGRACIÓN GRANADINA ANTE EL MERCADO LABORAL EN LA BARCELONA DEL PRIMER FRANQUISMO.	293
5.1 La reconfiguración económica de Barcelona en el primer franquismo.	295
5.2 Características socio-profesionales de la inmigración granadina en Barcelona.	301
5.3 Hacer de paleta. El trabajo inmigrante en el sector de la construcción.	312
5.4 Entrar en las fábricas. La inserción laboral de los inmigrantes en la industria barcelonesa de posguerra.	325
5.5 El trabajo de las mujeres inmigradas: entre el servicio doméstico, el peonaje industrial y el trabajo de cuidados.	347
5.6 Servir y “hacer faenas”. Las trabajadoras del servicio doméstico	349
5.7 Jornaleras en la Barcelona de las fábricas.	353
5.8 Hartos de aguantar: Los inmigrantes ante la conflictividad obrera del primer franquismo	362
5.9 Desertar del arado. La creación de una cultura de la migración en Granada durante el primer franquismo.	375
5.10 Conclusiones	385
VI. CONCLUSIONES GENERALES	391

Tabla 1	399
BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES	
Bibliografía.	403
Fuentes de Archivo.	423
Publicaciones periódicas	425
Fuentes Orales.	426
Otras fuentes.	430



Introducción

Esta tesis es un estudio sobre las migraciones granadinas a mediados del siglo XX, fundamentalmente acerca de sus causas y también sobre aspectos concretos de las múltiples formas de inserción espacial y laboral que desarrollaron los granadinos y granadinas en la Barcelona de posguerra. Los ámbitos geográficos escogidos han sido numerosas localidades rurales de Granada, distribuidas por la práctica totalidad de la provincia e incluyendo también a la capital y la ciudad de Barcelona, junto con diversas ciudades industriales de su área metropolitana. El período investigado comprende las dos primeras décadas de la dictadura franquista, 1940 y 1950, aunque incorpora en el primer capítulo una perspectiva histórica de mayor alcance. Debido a que la atención sobre este fenómeno por parte de los investigadores ha estado más centrada en las décadas de 1960 y 1970, por ser un periodo de mayor volumen migratorio y que cuenta con mayor número y mejores fuentes para su análisis, hemos querido ubicar nuestra aportación investigadora en las dos décadas previas, que continúan siendo más desconocidas.

El impacto de las migraciones interiores en la sociedad catalana durante la dictadura franquista es de sobra reconocido a nivel general y continúa alimentando buena parte de los debates políticos al día de hoy. No obstante, en el tiempo transcurrido entre la aparición de este fenómeno y el momento actual, podemos observar que la caracterización de la inmigración de origen meridional por parte de la sociedad catalana ha adolecido de una falta de concreción. Esto ha impedido comprender la especificidad del contexto de partida de las personas migrantes, distinguiéndolas en su diversidad geográfica y particularidades históricas. Si los inmigrantes del período de entreguerras fueron catalogados genéricamente de *murcianos*, los del período posterior tampoco se han beneficiado de un grado mucho mayor de precisión. Algo semejante podemos encontrar en Andalucía al hacer referencia a los emigrantes que se fueron a Barcelona, la que con frecuencia ha sido denominada *novena provincia andaluza*. No obstante en los últimos años se han venido produciendo notables avances a este respecto, principalmente en lo que respecta a los trabajos realizados desde Catalunya.¹

Desde los ámbitos de la demografía y la sociología, las migraciones de posguerra dieron origen en su día a una amplia bibliografía. A grandes trazos podemos ubicar a finales de la década de 1950 la aparición de los primeros estudios sobre las migraciones interiores de posguerra. La importancia y

¹ Destaca en ese sentido la labor realizada por el profesor Martí Marín i Corbera y por investigadores como Joaquín Recaño Valverde del Centro de Estudios Demográficos, ambos adscritos a la Universitat Autònoma de Barcelona. Los números especiales de la revista catalana de historia *L'Avenç*, dedicados en febrero de 2003 a la atracción de Barcelona en las migraciones del siglo XX (nº. 277) y a la inmigración en Catalunya (nº. 298) en enero de 2005, o el número 28 de la revista *Andalucía en la Historia* (2010) dedicado a la inmigración andaluza en tierras catalanas, han podido ofrecer en los últimos años panorámicas más completas sobre este fenómeno y al alcance de un público más amplio.

trascendencia que numerosos investigadores percibieron en el fenómeno migratorio originado en las provincias andaluzas orientales y la creación de suburbios en las grandes capitales, Madrid y Barcelona, alumbró los trabajos de autores como Joaquín Bosque Maurel y Alfredo Floristán (1957), Roger Duocasella (1957), Francisco Ivern (1959), María de Bolos i Capdevila (1959), Miguel Siguán (1959) o Antonia Muñoz (1960). La mayoría de ellos fueron publicados en revistas y monografías editadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y sentaron las bases de la explosión de trabajos que a partir de la década de 1960 abordarían el estudio de las migraciones interiores desde diversas perspectivas. Sin embargo, muchos de estos trabajos adolecen de una mirada excesivamente economicista, lo cual impidió desarrollar un análisis más complejo del fenómeno que pudiera vincularlo con las consecuencias de la guerra civil.

El impacto de la guerra en los movimientos de población, forzados o no, fue una de las características más destacadas del siglo XX (Judt, 2006). Estas se produjeron tanto a nivel internacional como en el interior de diversos países. Las migraciones fueron un destacado fenómeno mundial durante las décadas de 1940 y 1950, posteriores a la II Guerra Mundial y otros conflictos como las guerras civiles española (1936-1939) y griega (1946-1949). Para el caso concreto de las migraciones interiores, podemos observar que países como Grecia experimentaron una llegada masiva de población rural a las grandes ciudades, particularmente Atenas, una vez finalizada su guerra civil (1947-1949). En su mayoría se trataba de personas vinculadas al bando perdedor comunista que emigraron a la capital para escapar de la represión en sus pueblos (Clogg, 1992). También Italia experimentó poderosas corrientes migratorias internas en la década de 1950, fundamentalmente personas procedentes del sur que fueron a instalarse en las grandes ciudades industriales del norte como Torino y Milano (Ramella, 2003; Badino, 2012). El fenómeno de las migraciones interiores en este período no fue únicamente europeo. La emigración masiva de nordestinos a Sao Paulo en la década de 1950, condujo a un crecimiento descontrolado de la mayor concentración urbana de Brasil (Fontes, 2011). En todos estos casos, como también sucede en las migraciones andaluzas de posguerra con destino a Catalunya, particularmente Barcelona, los aspectos económicos y políticos del fenómeno se confunden. De ese modo han pasado desapercibidos, en mayor o menor medida y siempre en función del contexto en el cual fueron investigados, los aspectos menos visibles de las dinámicas sociales ocasionadas por la derrota de un determinado proyecto social y político.

Cada uno de los capítulos de este trabajo incluye un estado de la cuestión, a pesar de ello, es necesario indicar cual es el punto de partida de nuestro conocimiento sobre la emigración granadina y andaluza a Barcelona en las décadas de 1940 y 1950 y que interrogantes nos suscita. Para el caso

concreto de la inmigración granadina a la ciudad de Barcelona y su área metropolitana, hemos podido identificar diversos estudios que incluyen el territorio y/o el período que investigamos, aunque sin dedicar en muchos casos una atención específica al mismo. En general las migraciones de posguerra son consideradas como una fase introductoria de lo que fueron las grandes migraciones de la posterior etapa desarrollista en la década de 1960, en las cuales resulta más evidente la gran demanda de empleo existente en Catalunya. Se trataría de un período intermedio entre las oleadas migratorias del período de entreguerras, que cuentan con buenos trabajos de investigación, ya sea para barrios concretos de la ciudad de Barcelona (Tatjer, 1980), como para el conjunto de ella (Oyón, 2008). Entre los trabajos a los que hemos tenido acceso para aproximarnos al hecho migratorio granadino y al asentamiento de los inmigrantes en Barcelona con posterioridad a la guerra civil, son más numerosos los procedentes del ámbito de la demografía (Bosque Maurel & Floristán, 1957; de Bolos, 1959; Ocaña Ocaña, 1976; Carvajal, 1986; Cabré & Muñoz, 1997; Recaño, 2000; López Gay, 2008). Dichos estudios tienen la ventaja de ofrecer panorámicas generales, atendiendo sobre todo a cuestiones como la redistribución de la población sobre el territorio, los lugares de expulsión y de acogida, la composición de los flujos migratorios y los efectos sobre el crecimiento vegetativo. Por otra parte, algunas aproximaciones desde el campo de la sociología, la antropología y la historia social han logrado profundizar, a través del uso de encuestas y entrevistas en profundidad, en otros aspectos menos conocidos de este fenómeno y que conectan con los objetivos de nuestra investigación (Comín, 1965 y 1970; Luque Baena, 1974; Lara, 1977; Alcalá-Zamora, 1979; Botey, 1981; Solé 1982; Puig i Valls, 1990; Parramón, 1999). Estos trabajos han aportado luz al conocimiento de las motivaciones personales de los protagonistas de estas corrientes migratorias de posguerra, junto con aspectos de su vida cotidiana y con sus formas de insertarse laboralmente en la Barcelona industrial de aquellos años. El estudio que aquí presentamos se inscribiría, por tanto, en esta línea de investigación.

Nuestro conocimiento sobre las causas del fenómeno migratorio granadino se asienta en aquellos trabajos que han señalado que la emigración granadina en la posguerra no se produjo de forma masiva hasta la década de 1950, por motivaciones fundamentalmente económicas y que su inicio dio lugar al desarrollo de una dinámica de claro abandono de la provincia en un contexto de aumento demográfico (Bosque Maurel & Floristán, 1957; Ocaña Ocaña, 1976; Carvajal Gutiérrez, 1986). De ese modo, en la inmediata posguerra se constataría la desaparición de las fuentes de riqueza que habían caracterizado la economía granadina el primer tercio del siglo XX, en particular la industria del azúcar, un producto muy solicitado desde la pérdida de las colonias y que entró en crisis a partir de 1933. A pesar de esto, la población granadina no emigraría masivamente hasta mediados de la década de 1950, en unos años en los que se experimentó la presión de una población

cada vez más numerosa sobre unos recursos escasos. Durante las décadas de 1940 y 1950, el trabajador granadino no se habría lanzado de lleno a la emigración por la falta de polos de atracción, ya que la industria española había quedado destruida y la emigración a América había perdido todo el atractivo que llegó a tener entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. La persistencia de una agricultura de corte tradicional y con una acentuada incapacidad de absorción del desempleo agrícola, condicionaron la existencia de un prolongado fenómeno de éxodo rural, abriendo paso a una vertiginosa corriente migratoria a comienzos de la década de 1960. Por su parte, ya Recaño (1998) había señalado las escasas oportunidades que ofrecían las ciudades andaluzas en 1950-1960, lo cual repercutió en que a los excedentes de población rurales andaluces les resultara más atractivo emigrar fuera de Andalucía. El paro estacional habría sido otro de los factores determinantes, ya que los cultivos tradicionales granadinos tan solo ofrecían trabajo en verano y otoño, épocas que coincidían con las labores de siembra y recolección respectivamente. Fuera de estos períodos, el paro alcanzaba casi el 80% del censo agrario, sin que la debilidad del tejido industrial provincial y sus reducidas dimensiones pudieran absorber estos excedentes, ocasionando así una auténtica *hemorragia demográfica*. En cualquier caso, ninguno de estos análisis menciona o profundiza en otros motivos, más allá de los económicos, por los que el recurso a la emigración definitiva había sido descartado mayoritariamente por los trabajadores granadinos en el período previo a la guerra civil.

Sabemos por otros autores que los años previos a la guerra civil fueron un período de grandes movilizaciones sociales y políticas en la provincia de Granada y que este fenómeno hundía sus raíces en profundos procesos de politización y democratización del mundo rural desde mediados del siglo XIX (Calero Amor, 1973; Alarcón Caballero, 1990; Cruz Artacho, 13; Gil Bracero & López Martínez, 1997; Barrios Rozúa, 1999; González de Molina (ed), 2000, Cobo Romero, 2004, Thomsom, 2015; López Osuna, 2017). La organización de los trabajadores rurales y urbanos granadinos y el ciclo de protestas que protagonizaron a lo largo de todo el primer tercio del siglo XX, tuvieron entre sus objetivos prioritarios la lucha contra el caciquismo. Otro de los objetivos fundamentales del movimiento obrero y campesino granadino fue acabar con las causas del paro agrícola, luchando por incorporar a amplias capas de trabajadores a un mercado de trabajo cuya configuración estuvo en disputa constante. Desde esta perspectiva, queda pendiente valorar la relación entre movilización obrera y fenómeno migratorio. La tarea consistiría en averiguar cómo contribuyeron estos movimientos a fijar la población al territorio, generando percepciones favorables al desarrollo del potencial que contenía Granada para acoger al conjunto de su población, mediante una transformación de sus estructuras sociales, políticas y económicas.

Desde el ámbito de la historia numerosos trabajos realizados en los últimos quince años han permitido añadir complejidad a los análisis de la sociedad granadina de posguerra, vinculando precisamente lo sucedido durante este periodo con las grandes movilizaciones de la década de 1930. Estas investigaciones han abordado aspectos diversos de la represión franquista y su relación con la cuestión agraria en Andalucía oriental (González de Molina (ed.), 2000; Ortega López, 2003; Cobo Romero, 2004; Cobo Romero & Ortega López, 2005; Gil Bracero & Brenes, 2009), así como la implantación del franquismo y la configuración de los apoyos sociales a la dictadura franquista (del Arco Blanco, 2007; Hernández Burgos, 2013) o sobre aspectos concretos como el pequeño estraperlo (Román Ruiz, 2015). En conjunto, todos coinciden en destacar el estancamiento que se produjo acabada la guerra en el sector agrario de la provincia de Granada, ya fuera resultado de las políticas intervencionistas del Estado franquista o de una política revanchista llevada a cabo por las nuevas élites locales que controlaron el acceso a recursos tan básicos como la alimentación y, por supuesto, el empleo. En el contexto de una provincia desindustrializada como la granadina, cabe preguntarse por el efecto que tuvo la falta de alternativas económicas para los distintos grupos sociales en el medio rural. De este modo podremos valorar si las políticas agrarias franquistas perjudicaron exclusivamente a los partidarios del bando perdedor en la guerra civil o hubo otros grupos sociales afectados, que también encontraron una salida en la emigración durante la década de 1950.

La investigación sobre las causas de las migraciones andaluzas en Catalunya recibió un fuerte impulso a través del trabajo con fuentes orales. Este pudo llevarse a cabo cuando todavía vivían y se encontraban en pleno uso de sus facultades, las personas que eran adultas durante la guerra civil y que protagonizaron posteriormente las migraciones de las décadas de 1940 y 1950. En ese sentido debemos destacar el trabajo de Angelina Puig i Valls, quien tomó como referencia las historias de vida recogidas durante la década de 1980 a un grupo de hombres y mujeres oriundos de Pedro Martínez, pueblo de la comarca granadina de los Montes Orientales, que se instalaron en Torroreumeu, un barrio la periferia de la ciudad de Sabadell, entre finales de la década de 1940 y comienzos de la década de 1950. Su labor consiguió visibilizar una serie de factores, entre los que destacaba la falta de perspectivas percibida tras la derrota que experimentaron en 1939. Según estos testimonios, la llegada de la II República había constituido una razón para no emigrar, en vista de los cambios sociales y económicos que se esperaban. Sin embargo, el regreso a sus pueblos tras la guerra para tratar de rehacer sus vidas, hecho que no sucede en muchos casos hasta mediados de la década de 1940, fue enormemente complicado. Bajo una dictadura y en un contexto donde las oportunidades laborales estaban muy reducidas e incluso se llegaron a vivir graves crisis de subsistencia, como la del año 1945, con el bagaje de unas experiencias marcadas por los conflictos

del periodo republicano, la guerra, la prisión o el destierro, la emigración apareció para las personas de Pedro Martínez entrevistadas como un recurso para superar esta situación (Puig i Valls, 1990, 1994, 1995 y 2005). En esta circunstancia vino a incidir un fenómeno de cambio cultural en los patrones de movilidad de la población, ocurrido como resultado de las movilizaciones forzadas durante la guerra, ya fuera por movilización militar o por buscar refugio en otras regiones o a causa de la represión de la posguerra. Estas movilizaciones tuvieron un indudable impacto en la percepción psicológica del mundo para comunidades campesinas como mucho acostumbradas a pequeñas migraciones temporales, pero que concibieron a partir de conocer a otras personas y otros paisajes, de *ver mundo* en suma, que existían posibilidades laborales en lugares alejados, donde además podrían beneficiarse de las ventajas del anonimato. En este aspecto es importante destacar la incidencia de las redes de parentesco y paisanaje en las dinámicas migratorias y como esto desempeñó un papel importante en activar la migración granadina. Para muchos campesinos granadinos, Barcelona fue el lugar donde volver a empezar y este cambio cultural fue uno de los factores explicativos del por qué en territorios sin tradición emigrante hacia Catalunya, como eran la mayoría de las comarcas granadinas del interior de la provincia, se produjo un cambio en la dirección del movimiento migratorio tras la guerra civil. Debemos a Angelina Puig el gesto de haber depositado las entrevistas que realizó en el Arxiu Històric de CC.OO. de Catalunya, lo cual nos ha permitido reinterpretarlas y utilizar algunos fragmentos en esta investigación. Tomando en cuenta que han pasado casi tres décadas desde la realización de esta investigación, cabe preguntarse si estas observaciones pueden hacerse extensibles al resto de la provincia de Granada y si pueden confirmarse y ampliarse a través de lo que ha sido investigado durante el tiempo transcurrido.

Para comprender el contexto de las migraciones de posguerra, los trabajos de Martí Marín i Corbera (2005, 2006, 2008 y 2015) retomaron y ampliaron varias de las cuestiones planteadas por Angelina Puig. En ellos señala una serie de circunstancias que dificultaron en la década de 1940 lo que, parafraseando el uso que Sandro Mezzadra hizo del trabajo de Max Weber, denomina el *derecho de fuga* de la población rural hacia las zonas industriales. De ese modo, menciona el proceso de repatriación forzada de los refugiados de guerra en 1939, para que, llegado el caso, pudieran ser depurados o juzgados en su lugar de residencia anterior. En segundo lugar, menciona que mientras duró esta actividad clasificadora y punitiva, sobre todo entre 1939 y 1944, se procuró que esta población no se desplazara, del mismo modo que entre 1945 y 1948 la actividad de las guerrillas rurales y urbanas desaconsejaron a la dictadura mantener elevados contingentes de población flotante. Por último, los efectos inmediatos de la llegada de migrantes a las áreas urbanas catalanas, con sus consecuencias de suburbialización y miseria, llevaron a desarrollar una política por parte de las instituciones de detención y repatriación de estos inmigrantes. Todas estas circunstancias

conjugadas provocarían que muchos migrantes del periodo 1940-1955 optasen por pasar desapercibidos y no registrarse. De este modo, concluye, un número indeterminado, pero no pequeño, de inmigrantes registrados en los años cincuenta y sesenta habrían llegado en realidad antes, en los años cuarenta y cincuenta, hecho este que distorsiona las cifras de las que se dispone y nos invita a volver a investigar este fenómeno. Por su parte María de Bolos (1959) ya había destacado en su momento el impacto del servicio militar, y a la guerra civil, como formas de acceso al conocimiento de la ciudad por parte del campesinado meridional. Esto tuvo lugar entre las masas de refugiados que llegaron para establecerse en Catalunya durante la contienda y entre los grandes contingentes de tropas republicanas y franquistas que pasaron por Barcelona y se establecieron en ella desde 1936 y hasta bien entrada la década de 1940, quienes tuvieron ocasión de conocer la ciudad y establecer comparaciones con sus lugares rurales de origen. Se trató, en todo caso, de un fenómeno que no fue explosivo, sino que arrancó de manera progresiva y que despertó en los primeros momentos, según Martí Marín una reacción anti migratoria en el régimen y una obsesión por controlar estos movimientos de población. A la luz de estas afirmaciones resulta importante comprobar si en la década de 1940 existía un consenso entre todas las autoridades franquistas sobre los inconvenientes de la migración rural, habida cuenta del cierre de otras posibilidades de transformación social que ya habían sido planteadas en el período republicano y experimentadas durante la guerra civil, fundamentalmente la reforma agraria y el reparto de tierras. Por otra parte, para el caso concreto de Barcelona, que ya había acogido fuertes oleadas inmigratorias en el período de entreguerras, sería importante destacar si existieron continuidades en los discursos y reacciones de rechazo a los recién llegados por parte de determinados sectores de la sociedad catalana durante las décadas de 1940 y 1950.

Si nos detenemos en la cuantificación y periodización del fenómeno migratorio, todos los estudios consultados coinciden en señalar que la marcha de trabajadores granadinos con destino a Catalunya se reanudó con fuerza al acabar la guerra civil. Las décadas de posguerra tuvieron un gran protagonismo, mayor del que tradicionalmente se reconoce, como iniciadoras de los procesos de emigración andaluza. Joaquín Recaño Valverde (1998) afirma que en ellas se halla la clave para la comprensión del éxodo rural andaluz y su distribución espacial en regiones de acogida como Catalunya. Mientras en las décadas de 1920 y 1930 fue Madrid el lugar de atracción de la migración andaluza, a excepción de la tendencia hacia Barcelona que siempre mostró la provincia de Almería, a partir de 1940 esta dinámica cambió, dirigiéndose hacia Levante y Catalunya sin que podamos tener una idea clara de por qué se produjo este cambio. En este sentido, autores como Recaño Valverde reconocen que no hay posibilidad de seguimiento censal de la población inmigrada hasta 1970, lo cual dificulta conocer con detalle los lugares concretos de expulsión y absorción de la

población migrante durante el período que investigamos. No obstante, a través de los datos aportados por los censos de 1940 y 1950 y los padrones de 1945 y 1955, se ha podido identificar a Barcelona como principal receptora de inmigración en este período (García Barbancho, 1967). Las personas procedentes de Andalucía oriental tuvieron un papel muy destacado y novedoso en los movimientos de población de este período, respecto a dinámicas migratorias anteriores a la guerra. El nivel de emigración interregional fue muy superior en Andalucía oriental (provincias de Jaén, Granada, Almería y Málaga) respecto a Andalucía occidental (provincias de Córdoba, Sevilla, Cádiz y Huelva), en concreto un 56% más elevado (Recaño Valverde, 1998). A la luz de estos datos, cabe preguntarse si estos saldos superiores de la migración andaluza oriental pueden vincularse al hecho de que fue en la mayoría de sus comarcas agrarias donde se ubicó la retaguardia republicana durante la guerra civil y donde más profundamente se experimentaron la movilización popular y las transformaciones revolucionarias en el período 1936-1939.

Sabemos, por otra parte, que acabada la guerra civil la emigración a la ciudad de Barcelona retomó el ritmo que había tenido anteriormente. Un ritmo que fue aumentando rápidamente, alcanzando su máximo entre los años 1945 y 1948, para volver a aumentar de nuevo en 1953 y disminuir hacia 1955 con motivo de la crisis del sector de la construcción en la ciudad, lo cual habría podido orientar a muchos emigrantes a buscar trabajo en la industria ubicada en el área metropolitana (de Bolos, 1959). La inmigración fue por lo tanto la principal responsable del crecimiento de población catalana, representando el 81,6% del crecimiento total durante el periodo, debido principalmente a la extrema debilidad del crecimiento natural provocado por la caída de la natalidad durante la década de 1940 (Cabré & Pujades, 1989; Cabré, 1999). Granada, Jaén y Córdoba fueron las provincias que mayor número de población perdieron en este período, anticipando de este modo el predominio que las provincias andaluzas iban tener entre el grupo de las áreas expulsoras de población en las décadas posteriores. Los municipios menores de diez mil habitantes y con un fuerte predominio agrícola fueron los que experimentaron una mayor intensidad emigratoria y los que proveyeron del mayor número de emigrantes a Barcelona. La inmigración granadina en Barcelona fue particularmente elevada en 1954 y 1955, con un porcentaje siempre superior al 16% respecto al volumen de inmigración andaluza en Barcelona. En el año 1955 llegó a ser el 24%, es decir, casi uno de cada cuatro andaluces emigrado en Barcelona era granadino. En 1957 el 28% de la población inmigrada a Catalunya era de procedencia andaluza (de Bolos, 1959; Castro, 1967).² A lo

² Según los cálculos de Elvira Castro (1967) para el año 1960 había 27.898 granadinos en la ciudad de Barcelona, de los cuales 14.759 eran mujeres y 13.139 hombres. La gran mayoría de esta población estaba distribuida entre lo que entonces eran conocidos como los distritos IX y XII. Tras la reorganización municipal de 1984, Barcelona pasó a tener diez distritos. En lo referente a la ubicación de la emigración granadina, los distritos de la etapa franquista

largo de estas décadas se ocuparían las últimas grandes zonas de la ciudad de Barcelona que se habían mantenido sin urbanizar, a pesar de la presión urbanística del primer tercio del siglo XX y la población inmigrante se desplazaría a municipios del área metropolitana, atraída también por la relocalización-deslocalización territorial de determinadas actividades económicas (López Gay, 2008). No obstante, resultaría importante determinar si existieron otros factores que incidieron en el asentamiento de la inmigración en otros enclaves fuera de la ciudad de Barcelona a lo largo de la década de 1950, como los que pudieron derivarse de las prohibiciones que en el período 1952-1957 pesaron sobre aquellos inmigrantes que llegaban a la ciudad de Barcelona sin contrato de trabajo ni domicilio.

Muchos de los emigrantes que acudieron a trabajar a diversos países europeos durante la década de 1960, de forma más o menos temporal, fueron provistos de alojamiento por parte de las empresas que los contrataron. A diferencia de ellos, sabemos que las personas y familias emigradas a Barcelona en las décadas de 1940 y 1950 tuvieron serias dificultades para solucionar la cuestión de la vivienda. La saturación del espacio urbano en la década de posguerra, llevaría aparejada la explosión del barraquismo³ y otras formas de infravivienda (pasadizos, sótanos, terrazas). Investigadores como José Luís Oyón y Borja Iglesias (2011) afirman que el fenómeno barraquista en Barcelona experimentó un cambio de ciclo en la década de 1940, confirmando el brusco ascenso sin precedentes de este fenómeno durante la primera década de la posguerra, que superó con creces el máximo registrado en la década de 1920. Tal y como sucedió en el período de entreguerras, los barraquistas de la década de 1940 dibujaban el perfil de las últimas oleadas migratorias. Como novedad se destaca la llegada a los núcleos barraquistas de fuertes oleadas procedentes de regiones que años anteriores apenas se habían destacado. De hecho, en 1950 el 40% de los habitantes de las barracas de la Barceloneta eran andaluces. La experiencia mayoritaria en el mundo obrero no cualificado de la Barcelona fue la de la cohabitación y el número de habitantes por hogar aumentó considerablemente. Aproximadamente dos de cada tres familias de obreros barceloneses no cualificados estaban afectados por este tipo de cohabitación, porcentaje que superaba con facilidad el 70% al referirnos a jornaleros de la última oleada inmigratoria. En el barrio del Gasómetro, por ejemplo, la cuota de viviendas con más de seis personas por hogar pasó del 16% en 1940 a más del 30% en 1950. En aquellos años recibir inquilinos o realquilar habitaciones fue una manera de solucionar la precariedad de hogares sin ingresos, como es el caso destacado de las viviendas donde las cabezas del hogar eran mujeres viudas. Estas prácticas declaradas en las fuentes de

correspondientes a los números IX y XII serían los actuales de Nou Barris y la zona del Guinardó, Can Baró y el Carmel respectivamente.

³ Término empleado en Catalunya para definir el chabolismo.

empadronamiento tan solo fueron la punta del iceberg de un fenómeno con un alcance mucho más amplio. Ante este panorama, cabe preguntarse si la ubicación de las personas inmigradas en enclaves barraquistas fue fruto inevitable de la falta de otras posibilidades o si obedeció a otro tipo de estrategias de adaptación a la difícil situación del mercado de la vivienda en Barcelona.

En relación con el perfil socio-profesional de los inmigrados granadinos en la Barcelona de posguerra, una observadora de la época afirmaba sin rodeos que: “los andaluces venidos a Barcelona son por lo general gente de un nivel de vida muy bajo, dedicados en su mayoría al peonaje” (de Bolos, 1959). Aquí encontraríamos otro de los motivos principales de las migraciones que abordamos en el último capítulo, dado que son numerosos los testimonios que señalan que la ciudad ofrecía posibilidades de cualificación profesional y mejora económica, logros muy difíciles de alcanzar en el medio rural. Del mismo modo, los emigrantes habrían valorado la existencia de mejores servicios, facilidades de estudio, un mayor nivel de vida en general. Elvira Castro (1967), que investigó el caso específico de la inmigración granadina a finales del período que nos interesa, señalaba la importancia del cambio de profesión para la mayoría de los inmigrados, generalmente obreros agrícolas y la cualificación en oficios industriales que algunos estos adquirieron como resultado del proceso migratorio. Esto viene a confirmar que la década de 1960 sería la de la plena integración laboral de la inmigración llegada en las dos décadas anteriores. No obstante, sabemos que la evolución tecnológica de la industria catalana a lo largo de la década de 1950, requirió de forma creciente el trabajo de un peonaje no cualificado, que fue cubierto de forma mayoritaria por trabajadores y trabajadoras inmigrantes. En ese sentido debemos preguntarnos que otros factores incidieron en la entrada a las fábricas de la población inmigrada.

En relación a la inserción laboral de la inmigración en la ciudad de Barcelona, ha quedado documentada su presencia mayoritaria en determinados sectores productivos. A pesar de que existió una amplia gama de empleos ejercidos por las personas inmigradas y de que se conoce la existencia de algunos empresarios de origen granadino en la Barcelona de posguerra, la mayor parte de los inmigrantes se concentraron en el sector de la construcción y en el peonaje industrial para el caso de los inmigrantes varones. Para el caso específico de las mujeres, la importancia del servicio doméstico se vio acompañada por una demanda laboral ampliada a otras ocupaciones, como el peonaje industrial, particularmente en el sector textil. En ambos casos, particularmente en el caso femenino, estos empleos se combinaron por lo general con otros trabajos que tenían como objetivo la reproducción social de las familias inmigradas. Tomando en cuenta que las personas de ambos sexos que emigraron a Barcelona procedentes de Granada tenían edades y experiencias diversas, queda pendiente realizar una caracterización de los diversos modos de inserción laboral que

llevaron a cabo, qué decisiones influyeron en su posterior ubicación y en función de qué criterios fueron tomadas. También cabe preguntarse en qué medida pudo contribuir su inserción en el mercado laboral para permitir la emigración de más personas, ya fuera mediante las recomendaciones o mediante una exploración previa del mercado de trabajo que pudiera asegurar el camino a los posteriores inmigrantes.

Como podemos comprobar, a pesar del importante número de publicaciones dedicadas a analizar diversos aspectos de las migraciones interiores, las investigaciones sobre las causas y el desarrollo inicial de las migraciones andaluzas a Catalunya y en concreto la migración granadina a Barcelona en las décadas de posguerra, presenta todavía muchas lagunas. Fundamentalmente los trabajos reseñados no han permitido hasta la fecha explicar el fenómeno a escala provincial, desde la perspectiva de los protagonistas, ni descifrar las lógicas que guiaron muchas de las acciones y estrategias llevadas a cabo por las personas migradas. Podemos considerar que la emigración a Barcelona de la población granadina durante el primer franquismo, sigue pendiente de nuevos trabajos que alumbren parcelas hasta ahora poco estudiadas. Con este estudio decidimos aportar más datos para el conocimiento de las dinámicas migratorias de la década de posguerra y ampliar el conocimiento de sus causas, dado que la complejidad y extensión del fenómeno investigado todavía permite nuevas aproximaciones. Es en ese sentido en el cual pretendemos hacer una contribución con esta investigación.

Objetivos

Los objetivos planteados en esta investigación están destinados a cubrir algunos huecos existentes en la literatura académica sobre las migraciones interiores. Para ello enfatizamos aquellos elementos que nos permiten comprender a las personas migrantes como sujetos activos en la búsqueda de estrategias de adaptación y resistencia, ante contextos desfavorables para su supervivencia y la de su grupo familiar. Desde la perspectiva de las personas migrantes, trataremos de analizar el tipo de sociedad al que dio a luz la guerra civil y la implantación de la dictadura en Granada. También observaremos cuáles fueron las estrategias de adaptación y resistencia empleadas por aquellos grupos más desfavorecidos por el franquismo y qué papel desempeñó el recurso a la emigración en la sociedad granadina de posguerra.

En este trabajo partimos de la hipótesis de que la guerra y la dictadura ocasionaron una ruptura de los valores sociales dominantes en el mundo del trabajo granadino. La emigración a ciudades industriales como Barcelona, con toda la transformación identitaria que eso conllevó, vino a

desplazar antiguos repertorios de lucha colectiva y puso en el centro la búsqueda de soluciones individuales. Entendemos por tanto que la Granada de posguerra estuvo marcada por la pérdida absoluta, en un corto espacio de tiempo, del poder de negociación de los sindicatos y el cierre definitivo de las posibilidades de transformación social, en un contexto de empobrecimiento generalizado de la población. Dado que estos aspectos ya han sido puestos de manifiesto por otros autores, nos interrogamos sobre la influencia que este contexto tuvo en los sectores más jóvenes de las comunidades rurales granadinas y de qué manera contribuyó a impulsar los procesos de descampesinización y crisis de la sociedad agraria tradicional que se intensificaron a partir de la década de 1950. Se trataría de evaluar a través de qué mecanismos propiciaron los procesos migratorios el surgimiento de las sociedades urbanas de trabajadores y consumidores, que acabarían tomando forma en las décadas de desarrollismo. Es decir, si las migraciones fueron una consecuencia del desarrollo de nuevos valores sociales, como a menudo se ha señalado, o más bien las causantes de que amplios sectores de las sociedades que expulsaron población se decantaran por horizontes de realización personal alejados del mundo campesino.

En este contexto surge la pregunta sobre el papel de las redes sociales en las dinámicas migratorias, en qué medida fueron estas migraciones una novedad o se vieron potenciadas por la existencia de lazos previos. Nuestras hipótesis apuntan hacia el impacto de las fracturas comunitarias en las comunidades rurales ocasionadas por el ciclo político 1931-1939, que impidieron la absorción por diversos motivos de los denominados *excedentes de población* mediante un reparto de los recursos. Este proceso acabaría generando comunidades migrantes que se instalaron en Barcelona a lo largo de la posguerra. En ese sentido nos interesa destacar las dificultades que encontraron las personas procedentes de Granada para poder llevar a cabo su proyecto migratorio e instalarse en la ciudad de Barcelona, que decisiones que tomaron para superar estos obstáculos y qué papel desempeñaron las redes migratorias para reducir los costes de este proceso. Otro objetivo es valorar si se trató de un fenómeno que pudiera extenderse al conjunto de la provincia y que estrategias llevaron a cabo los inmigrantes, en función de su sexo y de su edad, para insertarse laboralmente en la Barcelona de posguerra. En el contexto de tímida reaparición de la protesta obrera de la década de 1950, resulta importante determinar las actitudes seguidas por aquellas personas inmigradas que, como sabemos, nutrieron en abundancia el movimiento obrero catalán cuando éste se reactivó con fuerza a partir de la década de 1960 y hasta el final de la dictadura. Definir, en suma, cómo contribuyó la población granadina emigrada a la reconfiguración de la clase obrera catalana durante el franquismo.

Nuestro interés por investigar el fenómeno migratorio granadino en Barcelona se originó a raíz del trabajo de investigación tutelada que llevamos a cabo para la obtención del Diploma de Estudios

Avanzados hace una década, en el curso 2007-2008, y que culminó dos años más tarde con la publicación del libro *Nuestro Pan. La huelga del 70* (2010) por parte de la editorial Comares. En el transcurso de nuestra investigación sobre los orígenes y desarrollo de la huelga de la construcción de Granada en el verano de 1970, comenzamos a comprender que la configuración del movimiento obrero granadino en la década de 1960 se había llevado a cabo sobre la base de un debilitamiento y ausencia de una sociedad civil organizada, que no obedecía solamente a las consecuencias de la desaparición física ocasionada por la brutal represión franquista. Las entrevistas realizadas y la documentación consultada evidenciaban el enorme peso que la emigración había tenido en la configuración de la sociedad granadina durante las décadas de la dictadura. En Granada faltaba mucha gente y una parte importante de ella respondía a un perfil muy determinado: eran personas y familias identificadas con la izquierda, que habían padecido de un modo u otro las consecuencias de la derrota de su bando en la guerra civil.

Otro factor importante para orientarnos a investigar este tema fue nuestra amistad con parientes cercanos de personas que habían sufrido los estragos de la represión y cuyas biografías familiares estaban marcadas por este hecho y por la emigración. En primer lugar, debemos mencionar a Juan Gutiérrez Arenas, emigrante granadino residente en el sur Francia desde 1957. Juan Gutiérrez falleció en enero de 2015 sin haber podido llegar a ver concluido este trabajo, pero en el tiempo que duró nuestra amistad pudimos colaborar activamente para lograr la edición de sus memorias bajo el título de *Los hijos de Lucas Gutiérrez López. Una historia de Alhama de Granada* (2012). En ellas se recoge la experiencia de los familiares de aquellas personas que fueron represaliadas por el régimen de Franco, como el padre de Juan, señalando la importancia que la emigración tuvo para este sector de la población granadina en su esfuerzo por sobrellevar las consecuencias de la derrota. Por mediación de Juan Gutiérrez conocimos al investigador Juan Antonio Olivares Abad, residente en Viladecavalls y cuyo padre, también procedente de una familia represaliada, había emigrado a Catalunya desde de Alhama de Granada a finales de la década de 1940. Las dimensiones de la represión en Alhama de Granada fueron recogidas por este autor en su obra *Antes, durante y después. Represión franquista en Alhama de Granada* (2016). El largo alcance que tuvo la represión también está presente en una autobiografía inédita escrita por su padre y a la cual tuvimos acceso gracias a Juan Antonio Olivares. En ella pudimos comprobar las dificultades de superar la fractura que supuso la guerra para muchas familias granadinas, que vieron su situación aliviada mediante la emigración. No queremos dejar de mencionar en este apartado el trabajo de escritores catalanes de origen granadino que han publicado en los últimos años novelas con tintes autobiográficos en las cuales hacen mención, de forma más o menos explícita, al hecho de que sus familias emigraron a Catalunya por motivos vinculados a la guerra civil y a la represión que padecieron algunos de sus

parientes. Ese sería el caso de dos obras del escritor de Sant Adrià del Besós, Javier Pérez Andújar, como son *Los príncipes valientes* (2007) y *Paseos con mi madre* (2011) en los que evoca fragmentos de la memoria de su familia, procedente de la localidad granadina de Gor. Otro ejemplo es la novela de la escritora Encarna Castillo, *Venta del Rayo* (2017), en la cual reconstruye los seis primeros meses de la guerra civil en la localidad de Loja y sus aldeas cercanas, como la mencionada Venta del Rayo, de donde procede su familia, entre ellos su abuelo Juan Castillo López, fusilado en las tapias del cementerio de Granada el 17 de abril de 1937.

Nuestra observación de la emigración granadina desde esta perspectiva se vio enriquecida al conocer el mencionado trabajo realizado por Angelina Puig en la década de 1980. Sus entrevistas, de enorme valor, permitían intuir una historia de la emigración que había sido ignorada o invisibilizada por la mayoría de trabajos académicos. Desde esta perspectiva, y siendo conscientes de que esta realidad del fenómeno migratorio de posguerra en Catalunya podría aplicarse a muchos otros territorios, nos planteamos la necesidad de focalizar nuestro análisis a la provincia de Granada. Creemos que la decisión está justificada por la enorme relevancia que tuvo la emigración de esa provincia a Barcelona en el período que nos interesa, lo cual nos animó a tratar de confirmar si las conclusiones de Angelina Puig podían ser aplicables al conjunto de la provincia. Por otra parte, abarcar la totalidad de Andalucía, incluso en su parte oriental, hubiera provocado que se perdieran por el camino muchos matices y dificultaba además la realización de una investigación para la cual no se ha contado con beca. El hecho de proceder de Granada y residir en la ciudad de Barcelona desde hace dieciséis años, me ha facilitado el acceso a las fuentes empleadas para este trabajo, fundamentalmente archivos y testimonios orales.

La capital catalana es un observatorio privilegiado de la enorme diversidad comarcal de Andalucía y de Granada, punto de confluencia de millones de trayectorias biográficas. Desde esta posición hemos podido ir estableciendo a lo largo de los años relaciones con personas mayores, cuyas biografías me han permitido corroborar la estrecha vinculación entre la inmigración y las consecuencias de la guerra civil para todas aquellas personas que emigraron a Barcelona en las dos décadas de posguerra.⁴ Comienzos de la década de 1940 aparecen por tanto como un buen momento para acotar mi investigación, dado que supone un punto de inflexión en la historia de España. La necesidad de acotar el período investigado a las décadas de posguerra se debe al interés por situar e investigar el fenómeno migratorio desde sus orígenes, atendiendo a los motivos que operaron en las

⁴ En este sentido destacamos el hecho de residir en un distrito obrero del norte de la ciudad, Nou Barris, con un alto porcentaje de personas inmigradas, así como el estrecho contacto con el proyecto de los huertos comunitarios en Can Masdeu, que ha facilitado la vía de acceso a varios de los testimonios recogidos en esta investigación.

decisiones, tanto para emprender la migración, como para instalarse e insertarse en el mercado laboral barcelonés. La década de 1960, con el auge del desarrollo industrial y la explosión del fenómeno migratorio, presenta otras características que no hemos querido abarcar en este trabajo y que dejaremos para futuras investigaciones.

Fuentes y metodología

Las fuentes utilizadas han sido de índole muy diversa, destacando fundamentalmente las fuentes orales, documentación de archivo, biografías obreras y fuentes hemerográficas, además de la consulta exhaustiva de la vasta bibliografía que existe sobre los temas que aborda esta investigación. A comienzos de cada capítulo existe una relación detallada de las fuentes empleadas para su realización, aunque a continuación consignaremos las más destacadas para el estudio de Granada y de Barcelona.

Para comprender diversos aspectos de la conflictividad social en Granada, ya fuera durante la etapa republicana o en el transcurso de la guerra civil, así como para poder descifrar determinadas características de la sociedad del momento, hemos recurrido a la consulta de publicaciones periódicas como *El Defensor de Granada y Solidaridad Obrera*, *Hombres Libres* o *Nervio*, fundamentalmente a través de hemerotecas virtuales. Otras fuentes hemerográficas que nos han permitido reconstruir el ambiente de la década de 1940 en Granada y otras partes de Andalucía, han sido los artículos de prensa local, como es el caso del diario conservador *Ideal* y, especialmente, la lectura atenta de algunos números de la revista sevillana *Campo* publicados en 1948 y que pudimos leer en la Biblioteca Nacional de Madrid. El acceso a la biografía inédita de un militante obrero de la época, como es el caso del cenetista Vicente Castillo, también ha resultado de gran ayuda para reconstruir ciertas dinámicas del mercado de trabajo granadino en la etapa inmediatamente anterior a la guerra civil. Por lo que respecta a la inmediata posguerra granadina, han resultado de enorme utilidad las obras publicadas por el que fuera gobernador civil de Granada entre 1943 y 1947, el falangista José María Fontana Tarrats, fundamentalmente *Política Granadina e Información sobre el paro agrícola en España. Sus causas y soluciones*, que fueron consultadas en la Biblioteca de Andalucía en Granada y en la Biblioteca Nacional de Madrid respectivamente. En lo referente a las fuentes de archivo para el estudio de Granada, hemos acudido a las actas de los Consejos Económicos Provinciales de 1946 y 1955 que custodia el Archivo Histórico Provincial de Granada (AHPdG). Allí también pudimos consultar las descripciones de los contextos locales que contienen los informes de los Mapas Provinciales de Abastecimientos, lo que nos ha permitido hacernos una

idea más general del panorama provincial en la posguerra y encontrar similitudes entre distintas localidades granadinas. En el Archivo Histórico de la Diputación de Granada (AHDG) pudimos consultar diversa documentación relativa a las destrucciones ocasionadas por la guerra civil en localidades situadas en la retaguardia republicana y numerosos ejemplares de los Boletines Oficiales de la Provincia de la década de 1940, en los que se registraban diversas incidencias relativas al robo de ganado y alimento en períodos de hambruna.

En el caso de Barcelona, debemos destacar la consulta de diversos ejemplares de revistas especializadas de la década de 1950 como *Cuadernos de Arquitectura y Urbanismo*, así como la consulta de revistas y periódicos editados en la capital catalana durante las décadas de 1940 y 1950 como *Destino*, *El Ciervo*, *Momento*, *La Vanguardia Española*, *Solidaridad Nacional*, *El Diario de Barcelona* y *El Correo Catalán*, depositados en el Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona (AHCB). A través de su lectura podemos acceder a muchos de los discursos que se generaron en torno a la inmigración durante el período investigado. La inquietud por la llegada masiva de personas a Barcelona animó la publicación de interesantes monografías, como la que coordinó Rogelio Duocastella al recopilar las actas presentadas con motivo de la realización de la Semana del Suburbio en 1957.

No queremos dejar de mencionar otras fuentes que también han aportado informaciones relevantes para la comprensión y recreación de las circunstancias que acompañaron los fenómenos analizados. Nos referimos a novelas, obras de teatro y películas, exponentes del realismo social de los años 1950 y 1960 que recrean las circunstancias de las migraciones interiores y el hábitat de las familias migrantes en las capitales españolas durante el período investigado, como es el caso de la novela madrileña *La piqueta* de Antonio Ferres, u obras del teatro social de la posguerra ambientadas en Barcelona como *La batalla de Verdún*, de José María Rodríguez Méndez. Por otra parte, recreaciones cinematográficas como la conocida película *Surcos* (1950), del realizador José Antonio Nieves Conde o la menos conocida, *La piel quemada* (1967), de Josep María Forn o el documental *El largo viaje hacía la ira*, dirigido por Lorenzo Soler en 1969, también contribuyeron en su momento a documentar de qué manera fueron percibidos y reflejados estos fenómenos por la sociedad de la época y merecen ser tomadas en cuenta por el trabajo de los historiadores.

Los emigrantes granadinos en Barcelona son personas que por lo general apenas han dejado por escrito sus vivencias y si lo han hecho sus voces han quedado reclusas dentro del ámbito familiar. Gracias a la colaboración de algunas de estas personas o de sus familiares hemos tenido acceso a memorias personales, aunque su número ha sido muy escaso. Tampoco hemos podido acceder para

esta investigación a una fuente importante de conocimiento como es la correspondencia que intercambiaron con sus familiares en Granada. Esta documentación ha quedado fuera de nuestro alcance, bien porque las personas interrogadas ya no la conservan o porque estas cartas quedan dentro de un ámbito íntimo que no ha querido ser puesto a disposición del investigador. Escasas han sido también las biografías obreras escritas en primera persona y publicadas sobre las experiencias que recoge esta investigación. Una de las más destacadas excepciones es la obra *Cuando hice las maletas. Un paseo por el ayer* (1997), memorias del que fuera secretario general de Comisiones Obreras en Catalunya, el granadino José Luís López Bulla, emigrado a Mataró durante la década de 1960. Aunque el período que investigamos es posterior al momento de su emigración, 1965, su testimonio nos ha permitido comprender diversos aspectos de la experiencia común de muchos jóvenes trabajadores granadinos llegados a Catalunya durante el franquismo. Por otra parte, existe otra fuente de conocimiento como son los trabajos que podemos enmarcar en lo que el mundo anglosajón denomina *Public History*, o historia pública, y que corresponden al conjunto de actividades, como exposiciones, talleres y publicaciones, que se vienen realizando fuera del ámbito académico desde hace décadas en numerosas localidades de Barcelona y su área metropolitana. El objetivo de estas actividades ha sido principalmente documentar las transformaciones que vivieron los barrios de Barcelona y otros municipios catalanes a raíz de las oleadas migratorias durante las décadas del franquismo. Conscientes de la importancia social de este fenómeno, muchas de estas intervenciones se han centrado en recopilar las experiencias personales de las personas inmigradas.⁵

Nuestro interés principal ha sido trabajar con la información que pudieran proporcionarnos las fuentes orales, dado que uno de nuestros objetivos ha sido intentar comprender quienes eran y cómo se veían a sí mismos los inmigrantes granadinos. Por ese motivo la información proporcionada por las fuentes orales ha resultado crucial y la visita a diversos archivos en Barcelona ha estado orientada de manera prioritaria a la localización de testimonios con los que poder completar la información que hemos ido recopilando mediante nuestras propias entrevistas. El recurso a las entrevistas depositadas en archivos, bastante infrautilizadas por parte de los investigadores según pudimos confirmar, ha permitido poder incorporar a esta investigación testimonios que serían inaccesibles hoy en día. De ese modo, en el AHCB hemos consultado la colección Taller d'Història de Pallejà, compuesta por la transcripción de las grabaciones realizadas durante unos talleres realizados a finales de la década de 1990 en una localidad cercana a Barcelona. En ellos ofrecieron su testimonio biográfico diversas mujeres granadinas inmigradas durante el franquismo. En el Arxiu

⁵ Debemos reconocer también la labor realizada recientemente por la cooperativa La Fundició a través del Centre d'Interpretació de la Ciutat des de la Barraca, quienes entre julio de 2016 y julio de 2017 han publicado relatos familiares en primera persona de antiguos habitantes de origen andaluz del enclave barraquista del barrio de la Bomba, en L'Hospitalet de Llobregat.

Històric de Comissions Obreres de Catalunya (AHCONC) pudimos consultar diversas historias de vida de inmigrantes granadinos a través de la colección recopilada entre 1996 y 2000, “Biografías Obreras. Fuentes orales y militancia sindical (1939-1978)” y de la colección de Angelina Puig i Valls “De Pedro Martínez a Sabadell (1920-1975)”, cuyas grabaciones fueron realizadas entre 1984 y 1987. En el Arxiu Municipal de L’Hospitalet de Llobregat también pudimos acceder a varias entrevistas realizadas a mediados de la década de 1990 a inmigrantes granadinos, veteranos militantes sindicales y vecinales. Por otra parte, he podido consultar las fuentes orales obtenidas por un grupo de investigación multidisciplinar entre 2004 y 2008 en el marco del Inventari del Patrimoni Etnològic de Catalunya (IPEC) y con la colaboración del Institut Català d’Antropologia (ICA). Dado que uno de los objetivos que se propusieron fue crear un fondo de historia oral, compuesto por un total de 63 entrevistas a barraquistas, la consulta del mismo ha resultado provechosa para situar en un contexto más amplio las aportaciones novedosas que estaba realizando con mis propias entrevistas. Debemos agradecer, por último, la generosidad de aquellas personas que nos han permitido el acceso a entrevistas que habían realizado en el marco de otras investigaciones y cuyo contenido coincidía con los objetivos de nuestro trabajo. Al final de este epígrafe ofrecemos un listado más detallado del total de entrevistas que hemos utilizado para realizar esta investigación

Una aportación fundamental de este trabajo consiste en haber documentado y recopilado fuentes inéditas a través de nuestras propias entrevistas. De ese modo hemos tratado de identificar al colectivo granadino, recopilando el mayor número de testimonios y evidencias de la experiencia común de muchas personas migrantes, tanto en sus localidades de origen como en Barcelona. La labor ha consistido en averiguar de qué manera se insertaron las vidas concretas de la gente en el flujo de los acontecimientos y qué respuestas dieron a ellos. Es necesario puntualizar que el motivo principal de nuestra opción por las fuentes orales, fue la evidencia de que debían recogerse el mayor número de relatos de vida antes de que desaparezca por completo la generación que protagonizó las migraciones granadinas en la posguerra. De hecho, en el transcurso del desarrollo de este trabajo han ido falleciendo varias de las personas a las que entrevistamos, sin haber logrado, en algunos casos, volver a entrevistarlas para profundizar en algunos aspectos que nos interesaban particularmente.

Los análisis de los fragmentos biográficos de los inmigrantes a través de la recopilación de testimonios, ya sean escritos o resultado de la realización de entrevistas, han permitido una aproximación a sus diversas trayectorias personales y señalan puntos de confluencia en las mismas. La de los inmigrantes es una voz que permite reconstruir y reinterpretar las circunstancias en las

cuales se produjeron decisiones vitales en sus vidas, relacionadas con aspectos tales como su experiencia previa a marchar y su decisión de abandonar Granada, el viaje, la llegada e instalación y la búsqueda de empleo. Al referirnos a esta oleada migratoria como la pionera, no pretendemos ocultar que existieron granadinos y granadinas que emigraron a Barcelona en fechas anteriores al período que investigamos, si no que queremos enfatizar el hecho de que hablamos de las primeras personas que de forma masiva tomaron esa decisión y cuya presencia disminuyó los costes y riesgos de aquellos que lo hicieron más tarde, protagonizando la inmensa oleada de andaluces que llegaron a poblar las tierras catalanas entre 1960 y 1975. De este modo, este trabajo se mueve entre mundos aparentemente opuestos: el de los pueblos y cortijos granadinos y el de la gran ciudad y las localidades industriales barcelonesas, entre los campos y las fábricas, las obras y el servicio doméstico, entre la Granada rural y la Barcelona urbana. Es por eso una tesis *rurbana*, en el sentido de incorporar las dos dimensiones de la vida de las personas entrevistadas: su pasado rural y su presente urbano. Un trabajo que conecta mundos, Andalucía y Catalunya, del mismo modo que las fuentes orales conectan pasado y presente y cuya combinación da como resultado la sociedad actual.

Las posibilidades evocadoras de lo oral a través de los testimonios individuales han mostrado en repetidas ocasiones la utilidad de acceder a las vivencias personales para una mejor comprensión histórica. Con frecuencia las memorias de una persona han permitido reconstruir la vida de una colectividad y han sido empleadas para ello por historiadores, antropólogos, periodistas y escritores, dando lugar a importantes trabajos.⁶ No obstante, a la hora de emplear el método biográfico hemos procurado tomar algunas precauciones, renunciando a la búsqueda de generalizaciones y apostando por desarrollar la capacidad interpretativa que nos ofrecen los relatos de vida. En ese sentido, no nos hemos querido detener en el plano de la singularidad microsocia de los testimonios recopilados, ni tampoco hemos aspirado a extender nuestras conclusiones a la totalidad de la emigración granadina a Barcelona. En cambio, optamos por comprobar cómo se ubicaron los fenómenos sociales generales que nos interesa investigar en cada una de las vidas individuales a las que hemos tenido acceso. Existe otro motivo, de índole epistemológico, por el cual nos hemos inclinado hacia el trabajo con fuentes orales, por construir este relato como una narración polifónica. Sandro Portelli lo explicaba de esta manera:

⁶ Destacamos entre ellos obras que nos han inspirado por el uso que hacen de las fuentes orales, como *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis (1961), *Biografía de un cimarrón*, de Miguel Barnet (1968), *Miguel Mármol* de Roque Dalton (1993), *Un hombre* de Joan Frigolé (1998), las obras de Svetlana Aleksiéovich o la «antibiografía» que Ignasi Terradas construyó en torno a la vida de Eliza Kendall (1992).

No hago entonces historia “solamente con las fuentes orales”, sino que son las fuentes orales las que me interesan. En primer lugar, porque documentan historias personales demasiado privadas como para despertar la atención de la historiografía, de las fuentes institucionales y de la prensa, que se concentran casi siempre en los hechos en estricto sentido y saben muy poco de las vidas que los han precedido y ante todo de aquellas que los han seguido (Portelli, 2003: 27)

En ese sentido, otro de nuestros intereses ha sido el poder conocer y comprender las decisiones personales que estuvieron implicadas en la historia de la inmigración granadina a Barcelona durante la posguerra. Para todo ello, la entrevista biográfica, el relato de vida, se ha revelado como un eficaz modo de producción de conocimiento.⁷

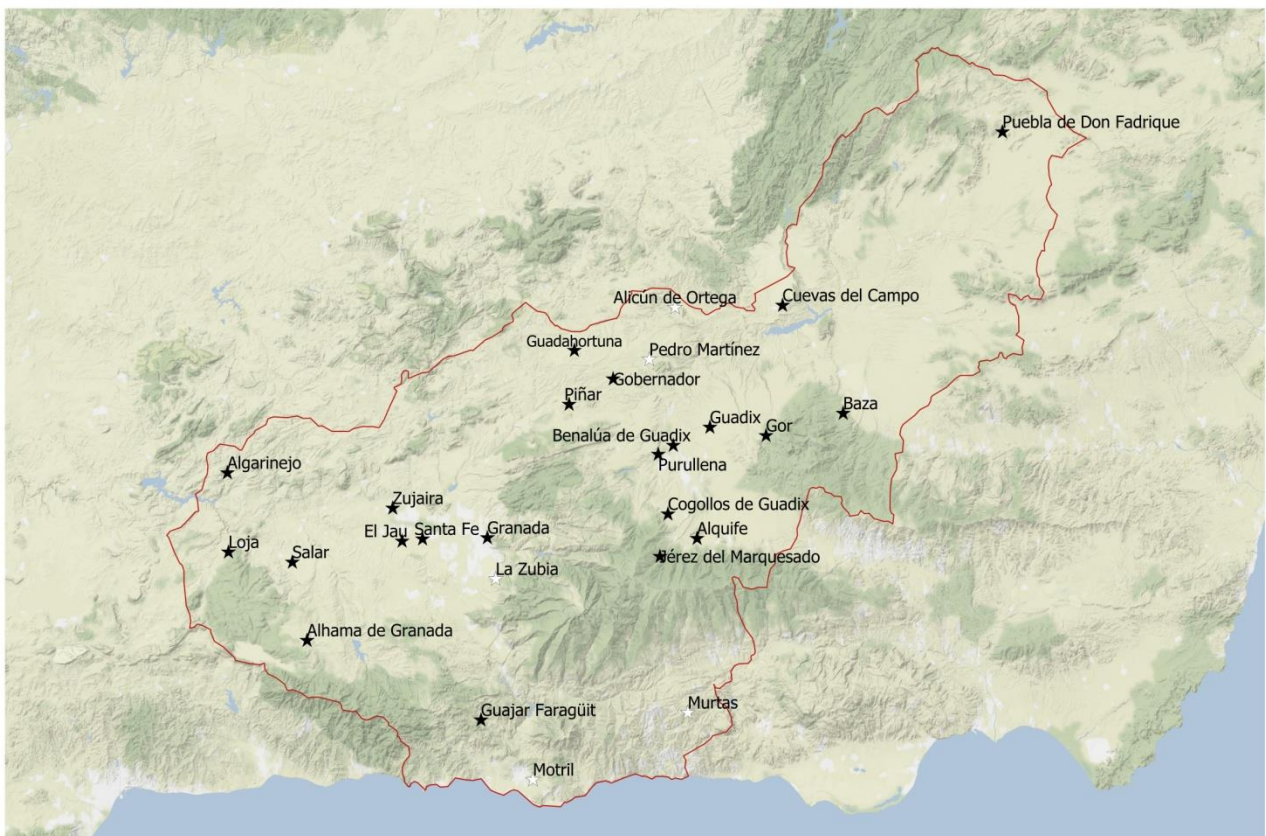
Respecto a las fuentes orales, nos detendremos a describir las particularidades y dificultades de la muestra con la que hemos trabajado. Para empezar, hay que destacar que prácticamente sólo hemos entrevistado gente granadina nacida entre las décadas de 1920 y 1950 que hubiera emigrado a Barcelona en el período 1940-1960, ya fuera de manera individual o en compañía de sus familias. Ese ha sido nuestro criterio fundamental a la hora de elegir a nuestros informantes o de seleccionar las entrevistas que hemos consultado en los distintos archivos. De ese modo no hemos abordado el caso de Tarragona, ni si quiera a título comparativo, a pesar de que allí también se produjo, aunque en menor escala, presencia de inmigrantes de origen granadino en el mismo período y en circunstancias semejantes. Tampoco hemos abordado el caso de la emigración a Barcelona procedente de la provincia de Jaén, cuyas características son las que más se asemejan a las de la provincia de Granada. Por otra parte, hemos optado por no centrarnos en un sólo ámbito laboral, ni en una sola localidad, tratando de construir una muestra equilibrada en materia de sexo y distribuida por el conjunto de la provincia de Granada. Evidentemente, estas decisiones de partida han añadido dificultad a nuestra empresa.

⁷ Daniel Bertaux definía de esta manera los relatos de vida y las posibilidades de la perspectiva etnosociológica para la producción de conocimiento histórico:

Hay relato de vida desde el momento en que un sujeto cuenta a otra persona, investigador o no, un episodio cualquiera de su experiencia vivida (...) desde el momento en que aparece la forma narrativa en una conversación y el sujeto la utiliza para examinar el contenido de una parte de su experiencia vivida (...) Al multiplicar los relatos de vida de personas que se hallan o se han hallado en situaciones sociales semejantes, o participado en el mismo mundo social, y al centrar sus testimonios en esas situaciones se trata de sacar provecho de los conocimientos que ellas han adquirido mediante su experiencia directa de ese mundo o de esas situaciones, sin enredarse por ello en su necesaria singularidad, ni en el carácter inevitablemente subjetivo de su relato (Bertaux, 2005: 36-37).

En la siguiente página mostramos dos mapas en los cuales queda reflejada la distribución geográfica de los testimonios de nuestra muestra. En ambos mapas señalamos la distribución de los testimonios que hemos recopilado por nuestros propios medios y los testimonios a los que hemos recurrido a lo largo de la investigación y que se encuentran depositados en diversos archivos de Barcelona y de su área metropolitana. El primer mapa muestra los diversos lugares de origen de los inmigrantes granadinos en el conjunto de la provincia y permite hacerse una idea de la amplitud geográfica que hemos pretendido abarcar con la realización de esta investigación. Hay que precisar que los lugares señalados no son las únicas localidades granadinas que aparecen mencionadas en este trabajo, ya que la documentación escrita nos ha permitido abarcar muchos más pueblos de la provincia. Las localidades que aparecen marcadas con una estrella negra corresponden a los lugares de origen de nuestras entrevistas, mientras que las que aparecen marcadas con estrellas blancas corresponden a las localidades de origen de los testimonios consultados en archivo.

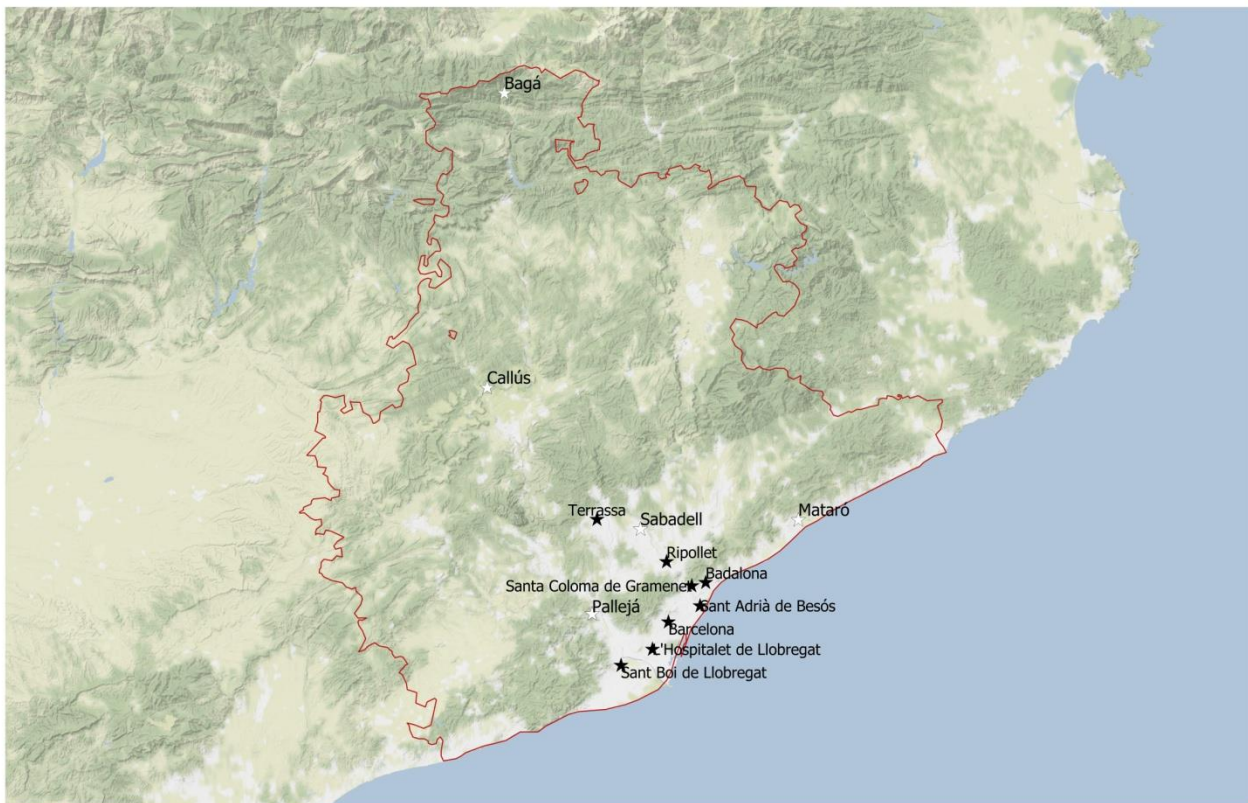
Mapa 1: Lugares de procedencia de los testimonios utilizados. Granada.



En el siguiente mapa podemos observar la distribución de los testimonios empleados en la provincia de Barcelona, es decir, donde se ha concentrado la obtención de relatos de vida. Responde por tanto a los lugares de asentamiento y residencia de la inmigración granadina en el momento de llegar a Barcelona o de ser entrevistada, fundamentalmente la capital catalana y su área metropolitana. Del

mismo modo que en el anterior mapa, las localidades con una estrella negra corresponden a nuestras entrevistas, mientras que las que aparecen marcadas con estrellas blancas corresponden a las localidades de destino de los testimonios consultados en archivo.

Mapa 2: Lugares de residencia de los testimonios utilizados. Barcelona.



Debemos destacar un sesgo importante que contiene nuestra muestra, como es el hecho de que se compone casi exclusivamente de entrevistas realizadas a personas que emigraron a Barcelona y que continuaban viviendo en ella en el momento de recoger su testimonio. Las entrevistas que no corresponden a personas granadinas emigradas a Barcelona entre 1940 y 1960, fueron realizadas porque su contenido ayudaba a complementar y contextualizar algunos aspectos de esta investigación. Otro aspecto a destacar es el hecho de que no hemos recogido en este trabajo testimonios de personas que hubieran retornado a Granada. En este sentido resulta interesante comprobar que en los escasos trabajos con fuentes orales que se han producido en Granada y que coinciden con la cronología que abordamos en este trabajo, se ha recogido la memoria de los que quedaron allí, pero apenas queda reflejada la memoria de los que se fueron. Tal es el caso del trabajo sobre la localidad de la Puebla de Don Fadrique, *La memoria amenazada de Puebla de Don Fadrique. Relatos de vida e historia cultural del altiplano de Granada* (Álvarez Roldán et al, 2008) en el cual encontramos una visión bastante homogénea sobre acontecimientos claves de la historia

de esa localidad. Una visión que es resultado de la configuración histórica de la actual sociedad granadina, pero que creemos importante contrastar para poder generar un conocimiento más preciso y completo sobre ella.⁸ Por nuestra parte aclarar no hemos aspirado a contrastar la memoria de las granadinas y granadinos emigrados con la de los que continuaron viviendo en Granada. Nuestro objetivo en esta ocasión ha sido reconstruir y comprender las lógicas que guiaron los comportamientos de las personas que emigraron.

La obtención de testimonios ha sido un trabajo arduo y complejo que ha requerido de mucha energía, como también lo ha requerido el análisis de las entrevistas para lograr extraer de ellas las informaciones más valiosas. La reconocida lentitud del ritmo de productividad en el caso de las fuentes orales, se ha visto compensada por la existencia de varios fondos de entrevistas depositados en diversos archivos en Barcelona que ya hemos detallado más arriba y gracias a los cuales hemos podido ampliar nuestra muestra. Por nuestra parte, hemos tratado de combinar testimonios de personas destacadas por su militancia con el de otras personas anónimas, enfrentando en todo momento la dificultad de no haber podido capturar completamente la complejidad de la experiencia humana, a veces mezclada con anécdotas, así como la imposibilidad de emplear toda la información recopilada. Somos conscientes, por otra parte, de los silencios y omisiones que hemos encontrado al tratar de reconstruir capítulos dolorosos y delicados en las biografías de las personas entrevistadas. De hecho, la existencia de pasajes traumáticos en la vida de algunas de las personas que nos interesaba entrevistar, impidió que en determinados casos pudiéramos acceder a más testimonios. Fueron varias las personas que nos dijeron que no querían hablar o que se negaron a una segunda entrevista, aunque también encontramos el caso, más frecuente, de personas que nos transmitieron su satisfacción por haber podido contribuir a nuestro trabajo.⁹

El tipo de entrevista que realizamos fue de tipo biográfico, con el apoyo de un cuestionario semi abierto, que nos permitió ir abordando los diferentes temas que más nos interesaban. Como paso previo a la realización de las entrevistas, y siempre que fue posible, llevamos a cabo una pequeña encuesta exploratoria, que nos permitió reconocer en qué medida se adecuaba el testimonio de esa persona a los objetivos de nuestra investigación. Por ese motivo con frecuencia renunciamos a

⁸ En ese sentido resulta ejemplar el trabajo que Hanneke Willemse (2002) realizó al contrastar las diferencias entre las memorias de las personas exiliadas en Francia tras la guerra civil y que procedían de la localidad oscense de Albalate de Cinca en Francia y la memoria de las personas que habían permanecido en el pueblo durante toda la dictadura.

⁹ Nuevamente Portelli señalaba esta dimensión humana del oficio de hacer historia con las fuentes orales:

La historia oral es ante todo un trabajo de relaciones: entre narradores e investigadores, entre hechos del pasado y narraciones dialógicas del presente; es un trabajo esforzado y difícil, porque exige al historiador el trabajo tanto en la dimensión fáctica como en la narrativa, en el referente y en el significante, en el pasado y en el presente, y ante todo en el espacio que corre entre los dos (Portelli, 2003: 26).

entrevistar a personas cuyo testimonio nos fue ofrecido, debido a que no procedían de Granada o que no habían llegado a Barcelona en el período que nos interesaba cubrir. En el momento de realizar las entrevistas tuvimos en mente una configuración básica de la misma, lo que nos permitió ir conduciendo de un modo lo más natural posible. A pesar de que hubo abundantes divagaciones en cada uno de nuestros encuentros con granadinos y granadinas inmigrados, tuvimos presente en todo momento sobre qué aspectos de la vida de la persona que estábamos entrevistando era necesario indagar. La duración media de las entrevistas fue de dos horas y tan sólo dos casos realizamos una segunda entrevista a la misma persona.

Debido a que no contemplamos la necesidad de que las personas entrevistadas firmaran un documento aceptando figurar con sus nombres completos en este trabajo, hemos empleado sus siglas para identificarlos. En el caso de los testimonios consultados en los archivos sí que hemos conservado sus nombres y apellidos, refiriendo también el nombre de la persona que los entrevistó y en qué fecha. Para diferenciar ambas procedencias, las entrevistas que hemos creado nosotros aparecen en cursiva, mientras que las entrevistas de archivo aparecen de modo normal.

El número total de personas entrevistadas ha sido de 32, a las cuales tenemos que sumar 22 obtenidas de diversas procedencias, lo que nos da una muestra de un total de 54 testimonios. La procedencia de las entrevistas que no hemos realizado nosotros es la siguiente:

- 4 entrevistas: Fons Biografies Obreres, Arxiu Històric CC.OO. Catalunya.
- 1 entrevistas: Col.lecció Angelina Puig, Arxiu Històric CC.OO. Catalunya.
- 7 entrevistas: Tallers d'Història de Pallejà, Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona.
- 3 entrevistas: Arxiu Municipal de L'Hospitalet.
- 2 entrevistas: Fons de Barraquisme del Inventari de Patrimoni Etnològic de Catalunya.
- 2 entrevistas cedidas por Francisco Duarte.
- 3 entrevistas cedidas por Marc Hernández Ruiz.

En el apartado final de fuentes incluimos más datos sobre las personas entrevistadas. A continuación mostramos algunos datos sobre los perfiles de las personas que componen la muestra que hemos obtenido con nuestras propias entrevistas y que constituye la fuente más original y destacada de este trabajo. Debemos aclarar que del total de 32 personas entrevistadas, hay 7 que por diversos motivos no se ajustaron a los requisitos generales, bien porque la entrevista no se realizó en circunstancias favorables y fue imposible volver a repertirla y completar informaciones o bien porque se trata de personas más jóvenes, en concreto dos hijos de familias granadinas inmigradas y tres maestros

catalanes que dieron clases en un barrio periférico de Barcelona. En todos estos casos hemos considerado que sus testimonios ofrecieron datos relevantes para la realización de este trabajo y por ese motivo los hemos incluido en el total de testimonios.

Perfiles de personas entrevistadas:

Siglas	Sexo	Lugar de procedencia	Edad al emigrar (año de llegada)	Oficio en Granada	Oficio al llegar a Barcelona
I.A.P.	Mujer	Gor (Granada)	22 (1957)	Servicio Doméstico	Servicio Doméstico y peonaje industrial
A.B.V.	Hombre	Granada capital	38 (1962)	Pintor de coches y muebles	Pintor de coches y pisos
A.S.P.	Hombre	Salar (Granada)	19 (1960)	Labrador y jornalero agrícola	Peonaje diverso: cantera, campo, bóvila, fábrica, etc.
E.C.M.	Mujer	Alhama de Granada	4 (1948)	No trabajaba	Peonaje en imprenta a los 15 años.
E.T.R.	Mujer	Guajar Faraguüit (Granada)	14 (1948)	Jornalera agrícola	Peonaje industrial
J.P.G.	Hombre	Alquife (Granada)	32 (1959)	Labrador	Peonaje construcción
J.M.H.	Hombre	Cogollos de Guadix (Granada)	23 (1953)	Jornalero agrícola y minero	Peonaje industrial
M.T.M.	Hombre	Salar (Granada)	32 (1962)	Jornalero agrícola y en un pequeño comercio familiar	Obrero tipógrafo en una imprenta.
R.M.M.	Hombre	Loja (Granada)	32 (1962)	Jornalero agrícola	Peonaje construcción
M.R.M.	Mujer	Guadix (Granada)	13 (1949)	No trabajaba	Peonaje industrial
R.C.M.	Mujer	Alhama de Granada (Granada)	21 (1950)	Labradora	Trabajo en empresa de limpieza

C.M.R.	Mujer	Granada capital	4 (1947)	No trabajaba	Enfermera
A.R.H.	Mujer	Purullena (Granada)	12 (1960)	Jornalera agrícola y en un pequeño comercio familiar	Servicio doméstico y peonaje industrial
S.P.R.	Hombre	Santafé (Granada)	18 (1953)	Jornalero agrícola y labrador	Peonaje diverso: campo, construcción y fábrica
G.G.H.	Hombre	Zujaira (Granada)	32 (1960)	Labrador y jornalero	Peonaje construcción e industrial
M.C.M.P.	Mujer	Cuevas del Campo (Granada)	12 (1958)	Ayudaba en la parcela familiar	Peonaje industrial
J.M.N.	Hombre	Algarinejo (Granada)	27 (1956)	Carpintero	Carpintero
M.M.N.	Mujer	Algarinejo (Granada)	42 (1967)	Servicio domestico y jornalera agrícola.	Servicio domestico
J.S.G.	Mujer	La Puebla de Don Fadrique (Granada)	27 (1954)	Jornalera agrícola.	Peonaje industrial.
J.S.B.	Hombre	Guadahortuna (Granada)	30 (1963)	Herrero en un taller de construcción de carros.	Obrero especialista en un taller metalúrgico.
J.M.T.G.	Hombre	Jérez del Marquesado (Granada)	23 (1954)	Trabajo en vivero de re población de pinos	Peonaje industrial
M.P.M.(1)	Hombre	Baza (Granada)	18 (1956)	Labrador y jornalero	Peonaje industrial
M.P.M.(2)	Hombre	Baza (Granada)	23 (1964)	Yesero y labrador	Peonaje industrial
F.L.R.	Hombre	Almonaster la Real (Huelva)	24 (1958)	Minero	Oficial de segunda en la construcción
M.G.M.	Hombre	Benalúa de Guadix	19 (1962)	Operador de cine y zapatero	Zapatero
C.C.	Mujer	Torrequebradilla (Jaén)			Servicio doméstico y costura a

E.G.	Hombre	Jérez del Marquesado (Granada)	domicilio Comerciante
C.G.	Mujer	Barcelona, 1958	Terapeuta
F.S.	Hombre	Barcelona, 1955	Comercial
I.R.F.	Mujer	Anglesola (Lleida), 1952	Maestra
E.V.	Mujer	Rubí (Barcelona), 1949	Maestra
S.G.	Hombre	Monistrol de Montserrat (Barcelona) 1947	Maestro

Finalizamos este apartado afirmando que este trabajo es fruto de una suma de nombres propios y e historias personales concretas, que trata de prestar atención a lo que de común hay en cada vida, lo que una trayectoria singular nos puede decir sobre las evoluciones colectivas. Nuestra intención no ha sido tanto elevar a carácter general la información que hemos recopilado con las fuentes orales o descripciones, sino recopilar las evidencias y alcanzar las claves que nos permitan poder reinterpretar lo ya conocido sobre este fenómeno. Tratar de responder, en suma, a las preguntas sobre quiénes eran los inmigrantes granadinos en la Barcelona de mediados del siglo XX, por qué habían llegado allí y por qué se insertaron en la sociedad catalana como lo hicieron. Esperamos haber podido contribuir a ello.

Estructura

Hemos estructurado este trabajo en cinco capítulos, cada uno de los cuales cuenta con una introducción propia, en la cual se definen los objetivos del mismo, y con unas conclusiones. A parte de las conclusiones de cada capítulo, hemos elaborado otras de carácter más general que se encuentran al final de la tesis. El contenido de los capítulos es el siguiente:

El primer capítulo trata de situar el desarrollo económico de Granada previo a la guerra civil y el desarrollo del movimiento obrero granadino hasta el final de la contienda. Usamos para ello una perspectiva de largo alcance para comprender determinadas particularidades de la configuración histórica y social de la provincia de Granada. Entre ellas destacamos la importancia de las transformaciones sociales que ocasionó la implantación del Estado liberal y el impacto de la industria azucarera en la evolución económica del primer tercio del siglo XX. En este contexto, mencionamos los antecedentes migratorios de la población granadina, para analizar el papel que este fenómeno desempeñó en las estrategias de las clases subalternas de la provincia. De ese modo, tratamos de establecer una relación entre el recurso a la emigración y el desarrollo de otro tipo de estrategias de adaptación y resistencia. Finalmente analizamos el desarrollo del movimiento obrero en la provincia de Granada y su evolución, deteniéndonos particularmente en el periodo de la II República y la guerra civil.

El segundo capítulo se enmarca completamente dentro del período investigado y aborda el estudio de las causas del fenómeno migratorio en la posguerra. De ese modo, reconstruimos las diversas modalidades de la represión, vinculadas a la implantación de la dictadura franquista y su relación con la emigración de los trabajadores granadinos. Partiendo de la experiencia del retorno de los excombatientes republicanos, este capítulo trata de profundizar en el conocimiento de las múltiples fracturas intracomunitarias que ocasionó el resultado de la guerra civil. La importancia del fenómeno de la guerrilla antifranquista en muchas comarcas granadinas permite observar la prolongación de la violencia política hasta comienzos de la década de 1950. De igual modo abordamos el impacto de la grave crisis alimenticia de la década de 1940 y su impacto en las vidas de los trabajadores granadinos.

Por su parte, el tercer capítulo también está destinado a analizar las causas de la emigración de la población rural granadina, en este caso a través de un análisis de la crisis del mundo agrícola y

como afecto a la segmentada estructura social de la Granada rural. En este capítulo se abordan las consecuencias del fracaso de las propuestas industrializadoras en Granada y como fue percibida esta realidad por las autoridades locales, así como la falta de oportunidades laborales por parte de los futuros emigrantes. También analizamos de qué manera se vieron afectadas las economías domésticas del campesinado granadino, tanto en el caso de los jornaleros como en el de los labradores, por la implementación de las políticas agrarias del primer franquismo y los intereses de los grandes propietarios de tierra.

El cuarto capítulo relata la experiencia del viaje e inserción espacial de los inmigrantes granadinos en Barcelona. En este apartado se observan las dificultades que encontraron las granadinas y granadinos para la realización de su proyecto migratorio y cuáles fueron las pautas de asentamiento que llevaron a cabo. Abordamos también un análisis de los discursos contra la inmigración que surgieron en la década de 1940 y 1950 y como afectaron a la implementación de políticas represivas contra el hecho migratorio. Ante esto, observamos el despliegue de un amplio repertorio de estrategias por parte de los granadinos inmigrados para conseguir superar los límites impuestos por la administración, así como para poder acceder a una vivienda en el complicado contexto de la Barcelona de posguerra.

El quinto capítulo explora los mecanismos de inserción en el mercado laboral barcelonés, tanto para hombres como para mujeres oriundas de Granada. En sus páginas describimos los principales ámbitos donde se ubicaron los trabajadores inmigrados y por qué motivos. Por otra parte analizamos cuales fueron algunos de los mecanismos de inserción en el mercado laboral. También describimos de qué manera percibieron la reaparición de la conflictividad laboral en tierras catalanas y que reacciones tuvieron ante ello. Por último, observaremos los mecanismos que llevaron al surgimiento y transmisión de una cultura de la emigración hacia Barcelona en la sociedad granadina.



Capítulo I

Sociedades en movimiento:
antecedentes migratorios, desarrollo económico
y conflictividad social en la provincia de Granada
(1850-1939).

Los objetivos de este primer capítulo son realizar una aproximación al mundo del trabajo granadino, que incorpore tanto las pautas de movilidad de la población granadina como sus estrategias de adaptación a los sucesivos contextos de crisis del mercado de trabajo, entre finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Comenzaremos señalando los antecedentes que la movilidad por motivos laborales tuvo en el mundo del trabajo granadino y las tradiciones que eso estableció, vinculando a continuación el análisis al desarrollo económico de Granada desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el estallido de la guerra civil. En estas primeras páginas trataremos de comprender hasta qué punto el aumento de la emigración a Barcelona en la década de 1940 supuso una novedad en relación a anteriores pautas migratorias. Por este motivo nos interesa destacar la relación que tuvo todo ello con el desarrollo de ciertas dinámicas socio-políticas, que se fueron desarrollando en la sociedad granadina y que, en combinación con diversos condicionantes económicos, marcaron un punto de inflexión en la evolución demográfica de la provincia de Granada. Por otra parte, este capítulo trata de indagar en la respuesta de la sociedad granadina a los procesos de modernización económica y política que se produjeron en la provincia, desde mediados del siglo XIX hasta el final de la guerra civil. Un aspecto a destacar fueron las profundas transformaciones que ocasionó la implantación del Estado liberal en tierras granadinas, dificultando a menudo las posibilidades de acceso a los recursos materiales para amplias capas de la población. Esto generó un repertorio diverso y complejo de respuestas, que estuvieron en la base de la conflictividad experimentada por el mundo del trabajo granadino durante la II República. Para valorar el alcance de este fenómeno, nos interesa abordar igualmente las relaciones que se produjeron entre el desarrollo de un movimiento obrero y campesino en la provincia y las migraciones granadinas de finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX.

Entre las causas principales del fenómeno migratorio es común destacar la situación de pobreza y desorganización existente en el mundo que expulsa a la población migrante. Un hecho que vendría a contrastar con la realidad estructurada y organizada de las sociedades que acogen estas migraciones.¹⁰ Sin embargo, el análisis histórico permite cuestionar los tópicos del atraso, una constante en la historiografía sobre Andalucía, demostrando que la inserción de este territorio en la modernidad política española fue un fenómeno muy temprano. Un fenómeno que tuvo como consecuencia el desarrollo de un amplio y frondoso conjunto de movimientos sociales y políticos y

¹⁰ Una crítica de este enfoque relacionada con la emigración andaluza en Catalunya nos la proporciona el trabajo de Emma Martín Díaz:

Este enfoque lleva implícita, aunque rara vez se manifieste abiertamente, la idea de que los inmigrantes provienen de un mundo empobrecido y desorganizado, incapaz de acogerlos en su seno. Por contrapartida, Cataluña se presenta como una realidad estructurada y homogénea, con capacidad para recibir y alojar a aquellos que no tienen cabida en su propia tierra (Martín Díaz, 1992: 22).

que fue de la mano de actitudes políticas semejantes a las que pueden encontrarse, por las mismas fechas, en las zonas más industrializadas del Estado y que son más conocidas (González de Molina et al, 2012). La emergencia de un movimiento obrero y campesino constituyó uno de los resultados más destacables de la evolución política y económica de Granada entre finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Resulta especialmente adecuado señalar, por tanto, la manera en que éste movimiento fue configurando un nuevo marco de relaciones en el mundo del trabajo granadino en los años previos a las décadas de 1940 y 1950. La intención final de este capítulo será valorar el alcance transformador de estos movimientos, en tanto que reacción ante la escasez de recursos que fue caracterizando las vidas de los trabajadores granadinos, principalmente de origen rural y empleados en el sector agrícola y que se vio agudizada con la crisis que dio comienzo a la década de 1930. El capítulo culmina con un análisis del desarrollo de la guerra civil en tierras granadinas y del impacto que tuvo en las dinámicas migratorias inauguradas en el período inmediatamente posterior y que son el objeto de estudio de esta investigación.

Las fuentes principales utilizadas en este primer capítulo han sido bibliográficas, incluyendo algunas ediciones en facsímil de documentos importantes para el estudio de la clase obrera granadina a finales del siglo XIX y en la década de 1930. Nos referimos a la *Memoria acerca del estado de las clases obreras de la provincia de Granada*, publicada en 1884 y a la *Memoria del II Congreso de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra*, celebrado en junio de 1932. También ha sido relevante la consulta de algunas biografías obreras, como las memorias inéditas de Vicente Castillo, trabajador de la construcción y militante de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en Granada durante la II República. En cuanto a las fuentes hemerográficas, destacamos el diario *El Defensor de Granada*, publicación de referencia para conocer la conflictividad social granadina durante el período republicano. Para el período de la guerra civil hemos consultado algunas publicaciones más generales como *Solidaridad Obrera* y otras más específicas de la provincia de Granada, como son *Hombres Libres*, órgano de la Federación Provincial de Sindicatos Únicos de la CNT o *Nervio*, órgano de la 147ª Brigada Mixta, antigua columna Maroto militarizada. Entre los documentos de archivo, destacamos las actas del congreso de constitución de la Federación Regional de Campesinos de Andalucía, que se celebró en Baza entre los días 15 y 17 de julio de 1937 y el discurso pronunciado por Ignacio Gallego, de la Federación Provincial de la Juventud Socialista Unificada de Jaén, en la Conferencia Nacional de Juventudes que tuvo lugar en el Consistorio Municipal de Valencia el 15 de enero de 1937. Ambos han sido consultados en la biblioteca del Pavelló de la República de Barcelona.

En este capítulo también hemos recurrido a las fuentes orales para la reconstrucción de algunos pasajes de la historia granadina, fundamentalmente aquellos correspondientes a la década de 1930. A diferencia del resto de capítulos en esta ocasión el uso de las fuentes orales ha sido menor, ya que los testimonios que hemos podido recopilar eran en su mayoría niños y apenas recordaban acontecimientos vinculados, refiriéndose por la general a la memoria que les había sido transmitida. Para una descripción en primera persona de algunos pasajes concretos de la guerra civil en Granada hemos recurrido a la colección de entrevistas que realizó Angelina Puig en la década de 1980 y que se encuentran depositadas en el Arxiu Històric de CC.OO. de Catalunya.

1.1 La mentira de una pobreza secular: evolución económica de Granada hasta el siglo XIX.

El estudio de las particularidades de la provincia de Granada permite comprender mejor la diversidad de la realidad andaluza, frecuentemente reducida a tópicos y relacionada exclusivamente con el Valle del Guadalquivir cuando se la observa desde afuera. Resulta por tanto oportuno detenerse a perfilar algunas de las características de la provincia granadina, que ocupa una posición central en esa *otra Andalucía*, definida por el predominio de las cordilleras Subbéticas y Penibéticas, la conocida como Andalucía oriental o Alta Andalucía, que comprende las provincias de Jaén, Granada, Almería y Málaga.

Mapa 3: La Alta Andalucía o Andalucía oriental.



El territorio que reconocemos como Granada es una entidad variada y compleja, tanto en términos geográficos como en referencia a la evolución histórica de su población. Compuesta por diez comarcas, algunas de las cuales forman al agruparse subregiones, mientras que otras presentan algunas subcomarcas internas, éstas son de norte a sur: comarca de Huéscar, con capital en Huéscar; comarca de Baza (o la Bastetania), con capital en Baza (la unión de ambas forma el Altiplano Granadino); comarca de Guadix (o la Accitania), con capital en Guadix y que contiene la subcomarca del Marquesado del Zenete; comarca de los Montes, con capital en Iznalloz, que a su vez se subdivide en los Montes Orientales; la comarca de Loja, con capital en Loja y que junto a buena parte de la comarca de Alhama forman el Poniente Granadino; la comarca de la Vega de Granada, con capital en Granada; la comarca de Alhama, con capital en Alhama de Granada y de la cual depende a su vez la subcomarca del Temple; la comarca del Valle de Lecrín, con capital en Dúrcal; la comarca de la Alpujarra granadina, con capital en Órgiva y la Costa granadina, cuya capital comarcal se encuentra en Motril y que está conectada con la Alpujarra a través de subcomarca de la Contraviesa.

Mapa 4: La provincia de Granada y sus principales comarcas.



La provincia engloba actualmente unos 172 municipios en total, fruto de la reorganización territorial llevada a cabo a lo largo de un complejo proceso histórico, cuyos rasgos principales a partir de la Edad Moderna abordaremos a continuación.¹¹

El antiguo Sultanato nazarí de Granada abarcaba a finales del siglo XV la casi totalidad de lo que actualmente es la provincia granadina, junto con extensas zonas de Almería y Málaga y algunos enclaves en Córdoba y Jaén. Escenario de continuas disputas bélicas durante el largo periodo que culminó con su conquista, Granada se vio sometida a una fuerte presión demográfica entre mediados del siglo XIII y finales del siglo XV. El territorio acogió las diversas y sucesivas oleadas de refugiados musulmanes procedentes del Valle del Guadalquivir, quienes buscaron seguridad en el interior de sus fronteras al producirse el progresivo avance de las tropas castellano-aragonesas. Diversos investigadores coinciden en señalar que, en los últimos años del siglo XV, la población del conjunto del Sultanato de Granada rondaba los 300.000 habitantes, de los cuales unos 50.000 residían en la capital del reino (Sáenz Lorite, 1998). Esta presión demográfica pudo superarse gracias al desarrollo de diversas estrategias adaptativas

(...) que hicieron posible el nacimiento de una floreciente agricultura intensiva, mediante la ampliación y perfeccionamiento de los regadíos, y el nacimiento de una economía urbana basada en la industria, entre la que ocupaba un lugar importante el trabajo de la seda y el comercio con los reinos cristianos y el norte de África, especialmente Marruecos y Tremecén, a través de los puertos de Almería y Málaga (Villegas Molina, 1978: 272).

Los efectos de la guerra de conquista del que pasaría a conocerse a continuación como Reino de Granada, prolongada durante once años, entre 1481 y 1492 y, especialmente, la expulsión masiva de población musulmana que se produjo a finales del siglo XVI, como estrategia de lucha contra la rebelión morisca de las Alpujarras en la navidad de 1568, marcaron profundamente el devenir de la región. El desequilibrio entre expulsiones de población musulmana y repoblamientos realizados con cristianos viejos, ocasionó un *cataclismo demográfico*.¹² Esta circunstancia se vio agravada por los estragos de la campaña que las tropas de Felipe II realizaron entre 1568 y 1570, para sofocar la rebelión morisca y la mala gestión de los recursos adquiridos que realizaron los nuevos habitantes de los territorios despoblados por la fuerza. La dificultad de adaptación del campesinado recién instalado a los usos agrícolas de la antigua población musulmana expulsada, desembocó en una

¹¹ En 1843 el Diccionario de Pascual Madoz señalaba que la provincia granadina contaba con 204 municipios.

¹² Las expulsiones afectaron a unos 60.000 moriscos según Lapeyre y a 150.000 según Caro Baroja (Sáenz Lorite: 1998). Sobre una cifra de 80.000 deportados y una pérdida total de 110.000 personas, otros autores estiman que la afluencia de repobladores estaría cifrada entre las 30.000 y las 35.000 personas (Villegas Molina, 1978).

notable merma de su capacidad productiva.¹³ Comenzó a dibujarse de ese modo, un panorama de decadencia económica en tierras granadinas que iría consolidándose durante los siglos sucesivos hasta finales del 1800.

La industria de la seda, principal fuente de creación de empleo y riqueza en la ciudad de Granada y buena parte de la provincia desde los tiempos del Sultanato nazarí, pudo sortear los efectos de la conquista gracias a la permanencia de la población musulmana tras 1492, pero sufrió un duro golpe con su expulsión definitiva a partir de 1570. A lo largo del siglo XVII consiguió recuperar un buen nivel, para luego sucumbir definitivamente a finales del XVIII debido a las dificultades para la exportación, a una falta de tecnología adecuada que afectaba a la calidad de la producción y a la persistente destrucción de las moreras de la Vega de Granada, la comarca más fértil de la provincia, próxima a la capital y motor económico de la misma (Bosque Maurel, 1988; Lozano Maldonado, 1998). Desde ese momento, finales del siglo XVIII, la economía granadina experimentó un breve auge de los cultivos de cáñamo y lino, que vinieron a sustituir a la seda y dieron paso a una importante industria de cordelería y velamen. Sin embargo, esta nueva apuesta económica no pudo superar las dificultades ocasionadas por las guerras napoleónicas y dejó de ser rentable apenas comenzado el siglo XIX.

La Granada actual se configuró como realidad administrativa tras la división provincial de Javier de Burgos en 1833, efectuada sobre la desaparición del histórico Reino de Granada y la posterior creación de las provincias de Granada, Almería y Málaga. La configuración de la provincia de Granada, enmarcada en la crisis del Antiguo Régimen en Andalucía, tuvo repercusiones negativas tanto en el plano económico como en el político y demográfico, debido a la pérdida de sus funciones centrales y regionales y de los privilegios que le habían sido otorgados tras su conquista en 1492.¹⁴ A mediados del siglo XIX, la población granadina circunscrita a la recién creada demarcación provincial se situaba en torno a las 441.917 personas. A pesar de las altas tasas de

¹³ Esta llegada de repobladores en palabras de Villegas Molina:

Desencadenó una transformación profunda de la estructura de la propiedad y los sistemas de cultivo, de los modos de vida y formas de pensar y, en definitiva, de toda la estructura económica. El nuevo sistema implantado por los repobladores produjo la transformación del paisaje, la desaparición o disminución de los cultivos arborescentes, el deterioro de la vegetación natural, siendo el origen de un proceso de desertificación y pérdida del suelo, cuyos resultados caracterizan hoy extensas zonas del antiguo Reino de Granada (Villegas Molina, 1978: 281).

¹⁴ “Tras la reconquista, los Reyes Católicos no sólo mantuvieron la unidad administrativa y social del Reino de Granada, sino que procuraron confirmar y aumentar ciertas prerrogativas que implicaban la continuidad administrativa de un territorio cuya unidad tenía más de trescientos años” (Bosque Maurel, 1988: 34-35).

Dichas prerrogativas se tradujeron en la creación de la Chancillería de Granada, que a partir de 1505 convirtió a Granada en una de las dos cabeceras judiciales de la Corona de Castilla, junto con Valladolid, así como la constitución en 1492 de una jurisdicción militar con la Capitanía General de Granada y la creación del Arzobispado de Granada.

natalidad del momento, las últimas décadas del siglo XIX fueron extremadamente difíciles para sostener un crecimiento de la población. Algunas de sus comarcas se vieron enfrentadas a circunstancias tan adversas como el terremoto de la Navidad de 1884 en las tierras de Alhama, que destruyó hasta los cimientos numerosas localidades del Poniente granadino y ocasionó 839 muertes. Mayor impacto negativo tuvo, sin embargo, la gran epidemia de cólera del año siguiente. Granada acumuló el 51,8% de las muertes provocadas por la pandemia que en el verano de 1885 se extendió por todo el Levante y fue, con más de diez mil muertes, la tercera en número de fallecimientos tras Valencia y Zaragoza. Estos efectos demográficos fueron más acusados al concentrarse la mortalidad en la población femenina e infantil (Sáenz Lorite, 1998). Por esas mismas fechas, empezaban a perfilarse los primeros movimientos migratorios con destino a la Argelia francesa y, fundamentalmente, al otro lado del Atlántico.

1.2 Hacer las Américas: las migraciones transoceánicas granadinas durante la Restauración.

Este viaje tiene para mí algo de aventura maravillosa, porque yo tengo muchos deseos de conocer estas tierras jóvenes. Buenos Aires, sobre todo, es un mito para los niños andaluces, que no saben si es un mar, un pueblo o un enigma dramático. "Se ha ido a Buenos Aires" es una frase que siempre nos produce tristeza, por recuerdos de mi pueblecito granadino...

Federico García Lorca. *Obras completas*.

Las declaraciones hechas por Federico García Lorca en 1933 con motivo de su primer viaje a Argentina y Uruguay, muestran hasta qué punto la emigración a América Latina era una referencia viva para una parte de la sociedad granadina en el primer tercio del siglo XX. Son abundantes los testimonios de personas que tenían familiares que habían emigrado a países de América como Argentina, Brasil y Cuba en muchas comarcas del interior de la provincia, dado que la emigración transoceánica, así como la emigración a Argelia, habían constituido desde mucho antes de la guerra civil un fenómeno socioeconómico típico de casi todas las provincias andaluzas. Muestra de ello es el testimonio de Inés Álvarez, granadina emigrada a Barcelona en la década de 1950, quien recordaba como desde su pueblo, Gor, salieron varias personas, entre ellas su abuelo, a comienzos del siglo XX. Esa migración había quedado inscrita en la historia de la familia:

Mi abuelo estuvo en América, el padre de mi padre. (...) Del pueblo se fueron bastantes. (...) Cuando se fue mi abuelo, mi padre tenía diez o doce años, que era el hijo mayor. Se ve que

ya empezó que se tardaba en volver e historias. Entonces mi abuela cogió a mi padre para que le escribiera una carta. Y la carta aquella fue la que le hizo volver a mi abuelo, pero no volvió todavía. (...) Luego volvió y ya estuvo en el ayuntamiento hasta que se murió (...) No trajo nada que se sepa (cuando regresó).¹⁵

Para el caso americano y argelino, se ha confirmado también el papel crucial que el acceso a la información desempeñó en el proceso migratorio, tanto en el siglo XIX como en el XX. En ambos casos el perfil de la mayoría de los emigrantes estaba compuesto fundamentalmente por individuos. El hecho de que la información se transmitiera básicamente a través de las cadenas migratorias y de las redes familiares y de paisanaje, viene plenamente confirmado por la importancia que la tradición migratoria tuvo en la explicación de determinados comportamientos regionales (Sánchez Alonso, 1995). De ese modo, hasta 1930 se apreció una mayor tasa de emigración en Andalucía oriental, en la cual Granada ocupó el cuarto puesto tras Almería, Cádiz y Málaga.

El retroceso de la población granadina en los años noventa del siglo XIX no es ajeno al desmantelamiento de la industria sedera, a la epidemia de cólera de 1885 y a los mencionados terremotos de ese año. Circunstancias semejantes afectaron a otras provincias andaluzas, generando una fuerte corriente migratoria exterior. La emigración de Granada hasta 1930 estuvo muy vinculada a las corrientes de Almería y Málaga, puertos desde los que salían barcos para Argelia y América respectivamente (Contreras-Pérez, 2000). En la mayoría de los casos, las migraciones transoceánicas granadinas se orientaron principalmente a las provincias de Tucumán y Mendoza en Argentina y de Sao Paulo en Brasil (Cózar Valero, 1982; de Mateos Avilés, 1993; Bernal, 1995). Entre 1888 y 1890, junto con Málaga, Granada fue la provincia donde mayor número de gente emigró a Argentina y Brasil. Por otra parte, ese mismo periodo, Granada fue la segunda provincia andaluza, a mucha distancia por debajo de Almería, y la quinta a nivel estatal, en emigrar a Argelia.

Desde finales del siglo XIX hasta aproximadamente 1930, los granadinos se sumaron a los más de cincuenta millones de europeos que en ese mismo periodo emigraron hacía tierras americanas. Esta corriente migratoria tuvo su punto máximo entre 1911-1913. Contribuyó a ello el hecho de que durante el decenio 1885-1895, la emigración andaluza a América llegó a estar subvencionada por los gobiernos argentinos y brasileños. En el caso brasileño, fueron determinantes los pasajes subsidiados para la emigración. A partir de la década de 1880, el Estado de Sao Paulo, movido por los intereses expansivos de los *fazendeiros* del café y por la creciente falta de mano de obra debido

¹⁵ Entrevista a I.A.P. Nacida en Gor (Granada) en 1935. Realizada en Sant Adrià del Besòs, el 18/07/13.

a la abolición de la esclavitud en 1888, practicó una potente y sistemática política de subvención a la mano de obra europea. No solo Brasil, también Argentina y Chile, en plenos procesos de expansión agroexportadora y constructora de grandes infraestructuras, llevaron a cabo políticas semejantes. Por parte del gobierno español, los emigrantes a América fueron concebidos también como un negocio y un recurso político. La promoción de la emigración funcionó de ese modo como un medio para prevenir y regular las difíciles relaciones sociales y económicas entre la agricultura, la industria y el poder político de la Restauración. La emigración se convirtió por tanto en un elemento importante para salvaguardar los equilibrios sociales y políticos, en consonancia con la apertura del ciclo de regulaciones favorables a la emigración por parte del Estado español. En 1853 una Real Orden circular levantó las prohibiciones a la población canaria, en particular, para emigrar a América y en 1903 se suprimió para el conjunto de la población la necesidad de pasaporte o permiso especial de la autoridad gubernativa y se permitió la expedición de pasajes con sólo la exhibición de la cédula personal. Entre ambas fechas un conjunto de Reales Ordenes trataron de encauzar hacia la emigración lo que era considerados excedentes de población, ante la impotencia y desinterés del Estado para garantizar su subsistencia (Nadal, 1988).

En 1916 se publicó una memoria redactada por el Consejo Superior de Emigración con el título de *La emigración española transoceánica*. Para el caso de Andalucía se centraba principalmente en Almería y, en menor medida, en provincias como Granada y Málaga. Este informe ampliaba las causas de la emigración ya expuestas y señalaba la importancia de la crisis de la filoxera, la falta de capital, la crisis de los pueblos mineros, los bajos jornales, la mala organización de los arriendos con jornales muy cortos y la pertinaz sequía. Apuntaba también al temor a participar en las guerras de Marruecos como una de las causas que también animaban a los jóvenes andaluces a emigrar (Sánchez Alonso, 1995). Efectivamente, en el caso de la emigración a América se constata que bajo la corriente visible y medible existía otra, subterránea y clandestina, que escapaba de todo control gubernamental. La posibilidad de librarse del servicio militar en una época de alistamientos forzosos, tanto para la lucha contra la independencia de Cuba, entre 1895 y 1898, como hasta el final de las sucesivas campañas de Marruecos, que se extendieron entre 1907 y 1927, hizo aumentar mucho el volumen de la emigración clandestina.¹⁶ La importancia del fenómeno fue enorme, ya que más del 30% de los jóvenes andaluces en edad militar fueron declarados prófugos entre 1915 y

¹⁶ León Felipe, en un poema de su obra publicada en México en 1939 bajo el título de *Español del éxodo y del llanto*, menciona la presencia de españoles en América Latina que habían emigrado escapando del servicio militar y se refiere a ellos como:

Los viejos gachupines de América / los españoles del éxodo de ayer / que hace cincuenta años huisteis de aquella patria vieja por no servir al Rey / y por no arar el feudo de un señor... / y ahora / queréis hacer la patria nueva / con lo mismo, / con lo mismo que ayer os expatrió: / con un Rey / y un señor.

1920 (Gómez de Mendoza & Pérez Moreda, 1985). Algo semejante sucedió con la coyuntura represiva de los primeros años de la Restauración, la cual afectó a los líderes y militantes obreros internacionalistas que se vieron forzados en muchas ocasiones a emigrar a América. Ya en 1892, la decadencia del puerto de Cádiz unida a la desesperanza y la represión que se impusieron sobre la comarca de Jerez de la Frontera tras el frustrado asalto campesino de ese mismo año, propiciarían una importante emigración de campesinos sin tierra hacia América.

A todos los factores ya señalados se añadirían causas estructurales de expulsión que habrían contribuido históricamente a la emigración. Entre otros también ha sido común citar la incidencia del minifundio, cuya escasa productividad no era capaz de sostener económicamente el crecimiento demográfico, así como el monocultivo, el fuerte desequilibrio en la distribución de la tierra cultivable, el escaso grado de industrialización o el carácter predominantemente montañoso de Andalucía Oriental. En las zonas de minifundio y pequeña propiedad existía un mercado más dinámico de propiedades agrícolas que pudo haber empujado al campesinado a emigrar para obtener dinero y comprar tierra, objetivo que podía proporcionar la emigración temporal a América. De hecho, en las provincias donde abundaba más el minifundio y la pequeña propiedad fue donde más se emigró, mientras que las zonas de latifundio tendieron a fijar más a la población al territorio. La pequeña propiedad habría permitido también al potencial emigrante y a sus familias financiar el coste de la emigración (traslado, búsqueda del primer empleo, etc.) mediante el recurso de vender o hipotecar la tierra o parte de ella, a pesar de que también abundó la migración subsidiada por los gobiernos latinoamericanos que ya hemos mencionado. No obstante, a diferencia de otros territorios del Estado español, la emigración andaluza a América no fue tan importante. Autoras como Blanca Sánchez Alonso han afirmado que, en comparación con las migraciones procedentes de otros territorios como Galicia o la cornisa cantábrica “los andaluces emigraron a América en una proporción relativamente baja.” (Sánchez Alonso, 1995: 55).

Descontando el hecho de que puede considerarse que muchas de las salidas de ese periodo se realizaron clandestinamente a través de Gibraltar y por eso no quedaron contabilizadas, existe la posibilidad de que esa falta de participación en la emigración exterior se viera compensada por una mayor movilidad interna de la mano de obra. La década de 1930 del siglo XX supuso el final de la primera gran oleada migratoria de españoles que recibió América. Acontecimientos como la crisis económica de 1929 o la Guerra Civil obstaculizaron la emigración, pero debemos ir destacando que la proclamación de la II República en 1931 supuso también una oportunidad para no emigrar. No obstante, es preciso aclarar cómo se desarrolló la movilidad laboral de los trabajadores rurales granadinos durante este período.

1.3 Aves de paso: patrones de movilidad temporal en la población granadina.

El repertorio tradicional de estrategias de subsistencia del campesinado de muchas comarcas granadinas incluía, desde tiempos lejanos, la movilidad por motivos laborales. Se trataba de una emigración temporal y normalmente protagonizada por varones, aunque diversos testimonios apuntan a una participación más amplia de mujeres y núcleos familiares en esta dinámica migratoria, ya fuera en la misma provincia o al menos en la misma región. Las prácticas temporeras de nomadismo laboral estaban protagonizadas por personas que no poseían tierras propias o bien eran propietarias de pequeños terrenos que no les garantizaban la obtención de una renta suficiente para mantener su familia. Estos trabajadores tenían por costumbre acudir allí donde las posibilidades de emplearse temporalmente fueran compatibles con el trabajo en sus pueblos, a donde por regla general regresaban una vez acabada la temporada.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, las actividades que motivaron un mayor número de migraciones temporales en la provincia de Granada fueron la siega de cereales, en casi todas las comarcas, salvo las más montañosas, y la zafra de la caña de azúcar en los municipios de la Costa. En ambos casos, la población local no podía proporcionar la suficiente fuerza de trabajo y los propietarios debían recurrir a trabajadores foráneos, ante una situación de escasa mecanización de las tareas agrícolas y un uso limitado de la tracción animal al menos hasta la década de 1920 (Acosta et al, 2009).¹⁷ Otras actividades como la vendimia o la recolección de la aceituna, en cambio, no concentraban tanta mano de obra, pero también ocasionaron importantes pautas de movilidad laboral temporera. En el caso de la aceituna, no es hasta finales del siglo XIX cuando comienzan a detectarse migraciones temporales para su recolecta, al irse concentrando este cultivo en ciertas regiones, aunque lo más común hasta esa fecha en muchos municipios era suplir la mano de obra masculina con el trabajo de más mujeres y los niños, ampliando así el mercado de trabajo local.

Un estudio del caso del municipio alpujarreño granadino de Albuñol a finales del siglo XIX, parte de cuya población se desplazaba a vendimiar a la comarca de Jerez de la Frontera cada año, señala diversos factores que influyeron en las dinámicas de movilidad laboral. Éstos fueron, entre otros, el gran aumento demográfico, que condujo a una pérdida de las tierras comunales y a una extrema

¹⁷ Sobre este particular, estos autores refieren:

La mayoría de tecnologías de la época estaban pensadas para ahorrar tierra y no mano de obra e, incluso, cuando comenzó a crecer con fuerza la mecanización, lo hizo sobre cultivos tradicionales, que requerían menos mano de obra que la que demandaban los cultivos más intensivos, mucho más difíciles de mecanizar (Acosta et al, 2009: 41).

parcelación del término municipal, lo que llevó a que las familias campesinas obtuvieran menos renta de ellas. Por otra parte, la progresiva liquidación de la industria doméstica, ejemplificada en el caso de la desaparición de los telares de lino y seda por la competencia de los grandes centros industriales, llevó a un proceso de proletarización del campesinado y a una desintegración del ciclo laboral de las familias campesinas, que en una mayor medida dependían del salario para poder subsistir. La movilidad laboral comenzó, por tanto, a cubrir esa necesidad de migración temporal a otras comarcas. En este contexto también se produjeron migraciones de carácter semi-permanente a las comarcas mineras andaluzas, como el Marquesado del Zenete o de un modo más definitivo a América y Argelia (Boorsma, 1989).

Para los objetivos de nuestra investigación, resulta relevante observar que hasta mediados del siglo XX las dinámicas de la movilidad interior provincial de los trabajadores agrícolas granadinos apenas se vieron modificadas. Un artículo de Alfredo Floristán Samames y Joaquín Bosque Maurel publicado en 1957, describe las pautas de migración de la población granadina durante la posguerra, señalando las líneas de movilidad que se habían venido produciendo de forma tradicional durante un periodo que arrancaba desde 1860, un siglo antes de la publicación de ese trabajo. No obstante, y dado que volveremos más adelante sobre esta cuestión, su interés para nosotros en este momento es la minuciosa descripción que hace de las pautas de migración rural temporal en la provincia de Granada. Se trataba, según su propia definición, de migraciones que tenían un radio de acción menor, unas pautas tradicionales y una motivación plenamente geográfica. En definitiva, eran los desplazamientos temporales de campesinos desde regiones donde existía paro agrícola en una época determinada del año, hacia otras que, en esa época, reclamaban una gran demanda de trabajo (Floristán Samames & Bosque Maurel, 1957).

Los motivos del paro agrícola variaban de unas zonas a otras, dependiendo del tipo de cultivo en la zona de expulsión. Un ejemplo de ello podía ser lo atrasado o avanzado que se encontrara el ciclo agrícola en relación con labores como la siega, lo cual permitía poder ir encadenando temporadas más largas de trabajo para las cuadrillas de trabajadores que se dedicaban a recorrer las comarcas durante la temporada. Como señalan los autores de éste artículo, para el caso del trabajo en la siega, las cuadrillas de segadores estaban compuesta por nueve o diez individuos, a cuyo mando se encontraba un jefe o manijero,¹⁸ que ejercía funciones de representante de la misma ante el dueño del cortijo cuyas mieses fueran a segar:

¹⁸ Capataz de una cuadrilla de trabajadores del campo.

Generalmente siegan a destajo, igual de noche que de día, según sea el tiempo. Van solos, sin caballerías ni mujeres; éstas se quedan en el pueblo al cuidado de la pequeña hacienda; a lo más llevan un chiquillo para que transporte la comida, en asno, desde el cortijo al "tajo" (Floristán Samames & Bosque Maurel, 1957: 396).

No obstante, en el caso de la aceituna, de menor importancia por entonces en la provincia de Granada que la siega, las cuadrillas eran mixtas: "Casi siempre se trata de familias enteras. Trabajan a destajo o a jornal (...) percibiendo la mujer el sesenta o setenta por cien de lo que gana un hombre" (Floristán Samames & Bosque Maurel, 1957: 391). Algo semejante sucedía en el otro sector del trabajo agrícola temporal que también ocasionaba movilidades internas de la población granadina: la zafra de la caña de azúcar. En este caso se trataba de una migración de familias enteras:

(...) con sus bestias de carga y su pequeño ajuar doméstico, porque son tres meses los que han de pasar en la Costa y hay trabajo para todos: el padre, la madre y los hijos mayores cortan continuamente la caña en las hazas, desde el amanecer hasta el anochecer, y los hijos más pequeños ayudan a sus padres trayéndoles lo que necesitan y cargando los burros que han de transportar la caña a la carretera o a la fábrica. Los propietarios de los campos, que con frecuencia son los de las azucareras, pagan generalmente a tanto por arroba de caña cortada o transportada al día (Floristán & Bosque, 1957: 389).

En la Tabla 1, que hemos incluido al final de este trabajo, en la página 399, podemos observar algunas de estas pautas migratorias del campesinado granadino a mediados del siglo XX.

La otra gran actividad que provocó movilidades laborales desde la segunda mitad del siglo XIX en la provincia de Granada fue la minería. En el caso de la comarca minera del Marquesado del Zenete, ubicada en torno a los municipios de Alquife, Lanteira, Aldeire y Jérez del Marquesado, se observa como la afluencia de población inmigrante adquirió importancia a partir de 1899 y durante la primera década del siglo XX. Se trataba de una emigración de carácter intracomarcal, que también incluía a trabajadores procedentes de la vecina Almería (Cohen, 1987). El despegue minero puso freno a la emigración al exterior de la comarca, en el entorno más inmediato de Alquife, que se venía produciendo desde finales del siglo XIX. El caso de la minería en Granada vendría a simbolizar uno de los principales *trampolines*, para dar el salto posteriormente a migraciones de más largo alcance y carácter permanente. Como ha sido señalado por Arón Cohen, dentro del juego oscilante de atracción-repulsión de las explotaciones mineras, éstas «liberan parcialmente de la tierra a una franja considerable de la población comarcal y, llegado el momento, repelen a una mano

de obra que, entonces, no encontrará tantos frenos, entre otros psicológicos, para emigrar a puntos lejanos"(1987: 409). A nivel comarcal, el trabajo en las minas de Alquife representó una situación de transición hacía la emigración a larga distancia, inspirada por la experiencia de otros emigrantes mineros llegados a la comarca.¹⁹

Los patrones de movilidad de la población granadina entre los comienzos de la Restauración borbónica y el estallido de la guerra civil estuvieron determinados por las migraciones temporales a otras comarcas andaluzas para la realización de determinadas labores, o bien por los anteriormente mencionados proyectos migratorios que implicaban la marcha a América o Argelia. En cualquier caso, la migración granadina con destino a otras provincias españolas no parece haber sido destacada. Una *Memoria acerca del estado de las clases obreras de la provincia de Granada*, publicada en 1884, así lo confirmaba:

En esta provincia no existe un gran movimiento de comunicación con las restantes de España. Únicamente suelen pasar los obreros de uno a otro pueblo de la misma para ciertas operaciones del campo o cuando carecen de jornal por el estado del tiempo, o por la pérdida de la cosecha en los puntos de su residencia ordinaria, volviendo de nuevo a estos terminado el conflicto. Ni la costumbre ni la tradición favorecen ni dificultan el cambio de domicilio por parte de la clase obrera, siendo escaso el número de los que al extranjero emigran; y los pocos que lo hacen es debido a una absoluta necesidad o impulsados por los ofrecimientos de empresas que les prometen ventajas de consideración en la América del Sur (Impredisur, 1992: 67).

Como consecuencia de los fenómenos que venimos describiendo, la estructura de la población en Granada a finales del siglo XIX presentaba unas características esencialmente indígenas, con una población que en su mayoría era oriunda de la misma provincia. Esta es una característica que apenas se modificó en las décadas siguientes, de modo que, en 1930, el 950,69 por mil de los 643.705 habitantes de la provincia habían nacido en ella, mientras que la mayoría de la población que había inmigrado procedía de las comarcas limítrofes de las provincias vecinas (Alarcón Caballero, 1990). No obstante, lo cierto es que esa cantidad de trabajadores granadinos que emigraron durante el primer tercio del siglo XX, hubiera sido mucho mayor de no haber encontrado una vía de escape a la precariedad de sus ingresos en los trabajos generados por el auge de la

¹⁹ Arón Cohen señala en su obra sobre el Marquesado del Zenete, cómo el estudio del padrón de Alquife en los años 1910 y 1916 muestran algunos ejemplos de biografías de mineros *errantes*, nacidos en localidades relativamente cercanas de Murcia y Almería y cuyos hijos habían ido naciendo en diversas localidades mineras del sudeste peninsular con el transcurso de los años, como La Unión y Portman. (Cohen, 1987: 272).

industria azucarera. Efectivamente, las pautas de movilidad laboral interna de la población granadina experimentaron una profunda transformación a partir de finales del siglo XIX y durante todo el primer tercio del siglo XX a raíz de una experiencia de desarrollo económico que iba a tener una importancia trascendental en el devenir de la provincia.

1.4 El poder del oro blanco: el desarrollo de la industria azucarera granadina (1880-1930).

Las diversas guerras de independencia libradas en Cuba entre 1868 y 1898 alteraron profundamente la historia social y económica de Granada. Los efectos negativos que para la producción y exportación del azúcar colonial hacia la metrópoli tuvieron los treinta años que duró un conflicto cada vez más enconado, espolearon la necesidad de buscar alternativas al abastecimiento de azúcar para el mercado español. Dado que España dependía para su consumo del azúcar antillano y comprendiendo que la crisis abierta en el dominio colonial del Caribe era de carácter irreversible, surgieron posibilidades de nuevas iniciativas industriales en la costa mediterránea andaluza, que desde épocas andalusíes había acogido cultivos de caña de azúcar. Esta producción azucarera se modernizó a mediados del siglo XIX, gracias a la implementación de los adelantos tecnológicos en la industria azucarera europea de la remolacha, que ya se habían difundido ampliamente en los ingenios²⁰ caribeños que procesaban la caña de azúcar. Sin embargo, la producción de azúcar de caña granadino nunca llegó a cubrir si quiera un cuarto del consumo español. En ese contexto, la crisis abierta en las últimas colonias desbloqueó los impedimentos que hasta la fecha habían obstaculizado el desarrollo de una industria remolachera que ya funcionaba en otros países de Europa, promoviendo su extensión más allá de los estrechos límites geográficos de las costas andaluzas.

Con el paso de los siglos, sucesivas generaciones de campesinos contribuyeron a convertir la Vega de Granada en una amplia zona de regadío y una fuente de trabajo permanente. Esto contrastaba con la aridez y la eventualidad laboral predominantes en el resto de la provincia, salvando las vegas de Guadix y Baza y algunas comarcas como el Valle de Lecrín y la Costa. Las tierras más ricas de la provincia, motores de la economía de base agraria que caracterizó a Granada, fueron escenario a finales del ochocientos de una pequeña revolución que vino a transformar profundamente tanto la ciudad de Granada como su entorno más cercano y, por extensión, el resto de la dinámica económica de la provincia. Partiendo de la experiencia acumulada con el cultivo de caña en la costa mediterránea y conocedores de los avances tecnológicos de la industria azucarera, diversos

²⁰ Fábrica de extracción de azúcar.

empresarios granadinos organizados en torno a la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Granada, comenzaron a distribuir semillas europeas y a promover la introducción del cultivo de remolacha azucarera en la agricultura de la Vega durante la década de 1870. A iniciativa del empresario Juan López-Rubio y equipada con tecnología de la casa Faves-Lille de París, se fundó en 1892 el ingenio de San Juan, la primera fábrica de España capaz de moler diez toneladas diarias de remolacha. La fértil Vega de Granada, dominada por el cauce del río Genil y sus afluentes, como el río Cubillas o el río Dilar, constituyó el primer enclave peninsular de esta nueva forma de agroindustria. Para 1890 ya se habían construido en la comarca diez fábricas con una capacidad de producción que igualaba a la industria europea, movilizand o a la práctica totalidad de la burguesía granadina en torno a un negocio que presentaba unos resultados espectaculares.

La generación de empresarios que impulsó el negocio del azúcar en Granada obtuvo beneficios con enorme rapidez, dando lugar a una floreciente agroindustria que proporcionó trabajo a miles de personas. Este fenómeno coincidió poco después con la pérdida definitiva de las últimas colonias en 1898, uno de cuyos efectos, como vimos, fue la revalorización del azúcar nacional, pero también la aparición de numerosos competidores para el azúcar granadino, fundamentalmente en el Valle del Ebro. Esta circunstancia condujo a sobredimensionar la producción industrial de azúcar, lo que ocasionó, a la larga, graves dificultades al sector. A estas dificultades se unió el hecho de que el índice de sacarosa en la remolacha granadina era menor que el obtenido en otras regiones más frías, por lo que los costes de producción se elevaban, ya que eran necesarias más toneladas de remolacha para producir la misma cantidad de azúcar que se obtenía con menos plantas en el norte de España, por no mencionar en otros países europeos. Sin embargo, a lo largo del periodo entre 1882 y 1904, la Vega de Granada se impuso como una de las primeras regiones remolacheras de España, situación que mantuvo a pesar de las dificultades durante todo el primer tercio del siglo XX. En ese período, la remolacha llegó a cubrir entre una cuarta parte y la mitad de la superficie cultivada de la comarca más próxima a la capital granadina y dio lugar a una prosperidad económica que nunca ha vuelto a repetirse.

La introducción de la remolacha azucarera significó un gran cambio en las técnicas agrícolas y con su cultivo la comarca de la Vega se enriqueció, los labradores elevaron su nivel de vida "y la ciudad de Granada, centro de toda esta nueva actividad, vio duplicarse su población e iniciar un nuevo momento en su evolución urbana" (Bosque Maurel, 1988: 107). La afluencia de nuevos capitales provocó un aumento de la demanda de trabajadores, tanto en el sector agrario como en el de la construcción. Entre este último aspecto destacó *La Reformadora Granadina*, una empresa vinculada a los empresarios más fuertes del negocio del azúcar y encargada de acometer las numerosas

reformas urbanísticas que se llevaron a cabo en la ciudad, destacando entre ellas las obras de apertura de la Gran Vía en la capital, que fue conocida como la *Gran Vía del Azúcar*. Entre 1907 y 1909 llegó a haber trece ingenios instalados en la Vega y otros tres en las comarcas de Guadix y Baza, generando miles de puestos de trabajo directos, a los que habría que añadir los derivados de las nuevas actividades desarrolladas. Aquellos años de predominio del azúcar granadino en el conjunto del Estado significaron una edad de oro para la economía granadina.²¹ Según fuentes del Registro Mercantil, entre 1889 y 1903 se inscribieron 241 nuevas sociedades, en las que hay que incluir fábricas de sacos, de abonos y de tejidos, talleres de fundición, fábricas de conservas vegetales y de cervezas y empresas en muchos otros sectores económicos, como electricidad, teléfonos, transportes, la modernización y espectacular crecimiento de las instituciones financieras granadinas y el mencionado desarrollo de la industria de la construcción.

En los diez años previos a la guerra civil, la industria remolachera granadina alcanzó los volúmenes más altos de su historia. Tras sufrir una primera crisis de superproducción en 1911, que fue superada gracias a que la primera Guerra Mundial permitió dar salida a los stocks acumulados. En el periodo de 1915 a 1931, momento de máximo apogeo, llegó a cubrir entre la cuarta parte y la mitad de la superficie cultivada de la Vega de Granada (Bosque Maurel, 1988). En una campaña como la de 1931-32, el empleo agrícola en la remolacha ascendió a 25.000 trabajadores, empleando en las fábricas a unos 3.500 obreros (Martín Rodríguez et al, 1998). A partir de ese momento, se experimentó un progresivo descenso de la producción, que se inició con una grave crisis de superproducción azucarera en 1933. En cualquier caso, la dinámica promovida por la industria del azúcar había permitido retener a una buena parte de la población en Granada en torno al proyecto de desarrollo de la capital, algo que en las primeras décadas del siglo XX fue un signo característico de las ciudades andaluzas y que determinó poderosamente las dinámicas de movilidad de su población.

1.5 El atractivo de la capital: la ciudad de Granada como destino migratorio en el primer tercio del siglo XX.

Manuel de Falla escribió en 1905 *La vida breve*, una ópera ambientada en la ciudad de Granada, que tenía como protagonistas a una gitana del popular barrio del Albaicín y a un miembro de una pudiente familia granadina. El argumento trágico de esta historia de amor y traición se desarrolla en el contexto de las múltiples transformaciones que en esos momentos estaba experimentando la

²¹ “No sólo por el valor añadido generado, sino por el número y calidad de las iniciativas empresariales de todo tipo que se acometieron, por el desarrollo de sus infraestructuras de transporte, por el positivo papel que desempeñó el sector público y por el peso que adquirió en el conjunto de la economía nacional” (Martín Rodríguez et al, 1998: 225).

ciudad y que atraieron a personas procedentes de toda la provincia. El mercado laboral urbano se constituyó como uno de los principales factores de atracción para las corrientes migratorias intraprovinciales. Aquella primera gran experiencia industrial granadina determinó profundos cambios en la estructura demográfica, convirtiendo a Granada y su Vega en el destino de numerosos emigrantes procedentes de comarcas más o menos cercanas, entre ellas la superpoblada y montañosa Alpujarra y ocasionando por entonces importantes flujos inmigratorios del resto de la provincia, así como de las provincias vecinas hacía la capital y su zona de influencia. A la ya mencionada promoción de obras públicas de envergadura, así como al desarrollo inmobiliario que le acompañó, se sumó el desarrollo del sector servicios y el aparato político-administrativo en Granada y en otras ciudades andaluzas durante la Restauración.

El desarrollo de las vías de comunicación, en particular desde la creación en 1904 de la Compañía de Tranvías Eléctricos de Granada, contribuyó a dotar de articulación al territorio cercano a la capital y facilitó el transporte de mercancías y personas. A pesar de la expansión económica que experimentó la ciudad en el primer tercio del siglo XX como consecuencia del auge del cultivo de la remolacha azucarera y el desarrollo de las actividades industriales vinculadas, esta oportunidad no se vio acompañada por una actitud emprendedora a largo plazo de la burguesía granadina, que renunció a hacer de Granada una ciudad con una cierta base industrial y apostar por un desarrollo más o menos sólido en el futuro. A la escasa capitalización del medio agrario y al absentismo de los propietarios, se une el hecho de que, en multitud de ocasiones, ya desde fines del siglo XIX, se adquirieron tierras con un fin meramente especulativo (Ferrer Rodríguez & González Ferrer 2000). Ya hemos mencionado que uno de los rasgos más característicos del sistema migratorio anterior a la guerra civil fue la baja migración desde las provincias andaluzas, exceptuando Almería, hacía otros puntos de España (García Barbancho, 1967; Recaño Valverde, 1998).

El caso de Granada es similar al de sus provincias vecinas, dado que el desarrollo urbano durante las primeras décadas del siglo XX constituyó una alternativa a la emigración exterior para muchas provincias españolas, fundamentalmente las andaluzas (Sánchez Alonso, 1995). Influyó en esto, sin duda, el diferencial salarial entre el mundo rural y urbano, con relación a la capital de provincia o a las grandes ciudades, razón por la cual muchas provincias andaluzas, paradójicamente, presentaban unas menores tasas de emigración exterior, como fue el caso de Granada, en relación a otras zonas del norte de España. En particular Granada ocupaba en 1911 el puesto veinticinco entre las provincias españolas por su porcentaje de emigración, que se dirigía en particular al Valle del Guadalquivir, Andalucía Oriental, Madrid, Barcelona y América del Sur, por este orden (Alarcón Caballero, 1990). Este sería uno de los motivos por los cuales no encontramos en aquellos años

movimientos migratorios hacia otros puntos del Estado, como sí sucedió en la vecina Almería, cuya población se vio arrastrada por el éxodo murciano del período de entreguerras y acudió a trabajar a Barcelona atraída por las obras de la Exposición Universal de 1929. De ese modo, entre las principales cuencas migratorias que a la altura de 1930 nutrían Barcelona, Andalucía estaba sobrerrepresentada por Almería, con 18.272 residentes, seguida a mucha distancia de provincias como Cádiz, con 5.748 y Granada, con 5.456 personas. La población granadina apenas emigró en aquellos años fuera de la provincia, a excepción de algunos municipios de la Costa que utilizaron vías marítimas para acercarse por el litoral a Barcelona junto con población almeriense (Tatjer, 1980).

Los trabajos que han hecho referencia a las migraciones interiores experimentadas por la población de las provincias andaluzas orientales en el periodo previo al que estamos analizando, es decir, durante la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, han vinculado por lo general el fenómeno de la emigración con el escaso desarrollo económico de la provincia de Granada, en el contexto del débil dinamismo del sureste peninsular hasta mediados del siglo XX (Carvajal Gutiérrez, 1986; Sánchez Picón, 2011). Sin embargo, un análisis más detallado de la evolución económica de la provincia de Granada en el mencionado periodo, permite dibujar un cuadro más complejo, en el que destacaría la mencionada capacidad de absorción de la mayoría de la población migrante en las capitales de provincia andaluza, entre finales del siglo XIX y la década de 1930. Se trata de una etapa que recientes estudios han vuelto a señalar como crucial en el desarrollo del proceso de urbanización de la Andalucía Oriental contemporánea y en la cual la tendencia mayoritaria de la población de las provincias andaluzas, exceptuando Almería, fue la de permanecer fija en el territorio, vinculada a tradicionales pautas de movilidad laboral, o bien emigrar a las capitales de provincia. De forma común a otras ciudades andaluzas, Granada experimentó una intensificación de los flujos migratorios procedentes de los entornos urbanos y el trasvase de parte de la renta agraria hacia las capitales provinciales, mediante inversiones en proyectos industriales y comerciales o en finanzas y valores inmobiliarios. Recientes estudios han vuelto a señalar que cuanto mayor fue la tasa de urbanización, menor fue la emigración exterior.

El papel de la capital granadina, en tanto que receptora y beneficiaria del producto del complejo industrial azucarero comarcal, manifestó el fortalecimiento de la interdependencia campo-ciudad en la Andalucía del primer tercio del siglo XX. Durante la segunda y la tercera década del siglo XX, la inmigración contribuyó decisivamente al cambio de las ciudades andaluzas, entre las cuales Granada acogió a un numeroso contingente de población foránea. En 1930 alrededor de un tercio de la población de la capital granadina, como también sucedía en Almería, Jaén y Málaga, provenía de fuera, fundamentalmente de cortijadas y pueblos de comarcas próximas a la ciudad. En la segunda

década del siglo XX, con el freno de la migración transoceánica, la urbanización andaluza ofreció una alternativa a la migración exterior, que fue aprovechada por muchos individuos y familias para abandonar el medio rural. Este fenómeno estuvo relacionado con los procesos de urbanización, modernización y cambio social que experimentaron las capitales provinciales andaluzas durante el primer tercio del siglo XX, lo que llevó a generar polos de desarrollo en Andalucía que desempeñaron la función de contener a la población (Martínez López, 2015).

Otros autores que han trabajado desde la historia económica la cuestión de las migraciones interiores en España en ese período, constatan la existencia de diversos indicadores que apuntan hacia procesos de modernización y crecimiento económico. La industrialización, el aumento de la urbanización, los cambios en el sector agrario, el desarrollo de los transportes y las comunicaciones, la modernización demográfica o la disminución de las trabas jurídicas a la movilidad, no habrían anulado la importancia de la movilidad temporal hasta al menos la década de 1930, retrasando así la adopción de pautas de emigración permanente con relación a otros países europeos. Javier Silvestre Rodríguez destaca el hecho de que los patrones de las migraciones interiores en España, entre mediados del siglo XIX y el comienzo de la guerra civil, tuvieron ciertas características propias respecto a los de otros países europeos, debido en gran medida a la lentitud del proceso de modernización económica (Silvestre Rodríguez, 2005). Según este autor, el coste de desplazamiento actuó con probabilidad como un factor inhibitor de las migraciones andaluzas hacia los centros urbanos e industriales en expansión y a pesar de que las migraciones a estos puntos, principalmente Madrid y Barcelona, aumentaron durante la década de 1920, las provincias del sur quedaron relativamente al margen.

No obstante, visiones clásicas sobre las migraciones para el caso español han señalado la coincidencia entre grandes flujos migratorios y provincias con altas densidades de población, señalando el exceso de población como principal causa de la emigración (Nadal, 1973). Esta afirmación ha sido puesta en duda posteriormente por trabajos que parten de la premisa de que la presión demográfica no constituyó una causa determinante para la emigración, a pesar de reconocer su importancia. Según esta visión, la emigración podría ser resultado de un aumento demográfico en un contexto agrario de subsistencia, que se revelaría incapaz de absorber el crecimiento de la mano de obra, sin que tampoco el sector industrial o los servicios logaran proporcionar empleo. Sin embargo, ante circunstancias semejantes, no todas las sociedades actuaron de igual medida, por lo que debe contemplarse la existencia de otras estrategias de adaptación y resistencia que fueron desplegadas para evitar recurrir a la emigración (Sánchez Alonso, 1995).

Coincidiendo con la llegada de la II República, el impacto de la crisis de 1929 en la economía agraria granadina tuvo importantísimas repercusiones sociales, debido a la saturación del mercado para el azúcar granadino. La salida de la crisis pasaba por un aumento de los aranceles que pudiera combinarse con una modernización de las explotaciones agrícolas, fundamentalmente cerealeras y olivareras. Sin embargo, la crisis no pudo ser superada y mucho menos se evitó el impacto de los costes sociales como la creciente miseria y el auge de la conflictividad campesina. En un contexto de colapso del mercado de trabajo, los comienzos de la década de 1930 vieron agravarse la situación social en muchos municipios granadinos, empobrecidos debido a la privatización de sus tierras comunales y puesta en cultivo cerealero de las que eran marginales. El aumento espectacular de la superficie de olivar fue una consecuencia de los nuevos usos que comenzaron a implantarse y que por el momento frenaron la emigración rural, de modo que;

(...) el balance de esa época hizo persistir la presencia del campesinado (no transformado en obreros industriales) y de los ritmos lentos de cambio. El capitalismo agrario andaluz siguió obteniendo beneficios a través de relativas modernizaciones de sus explotaciones, pero, sobre todo, de la utilización de mano de obra barata y abundante a la que malpagaba y explotaba (López Martínez y Gil Bracero, 1997).

Lo que resulta más destacable de este proceso es que a pesar de que durante la década de 1930 fue languideciendo el negocio azucarero, la población se mantuvo fija en el territorio. En parte porque las posibilidades de reemprender viejas rutas migratorias con destino a América y Argelia se habían clausurado con motivo de la crisis. El panorama económico a nivel estatal tampoco ofrecía destinos suficientemente atractivos como para motivar cambios de residencia permanentes. No obstante, queremos incidir en el hecho de que las migraciones granadinas encontraron fundamentalmente un freno en las dinámicas políticas locales y en la configuración de unas conflictivas relaciones laborales, que acabarían impulsando la existencia de un poderoso movimiento obrero. Un movimiento que se había ido gestando desde la segunda mitad del siglo XIX y que a comienzos de la década de 1930 estaba dispuesto a librar una batalla por la creación y reparto del empleo y la riqueza y por organizar la sociedad de otra manera. A continuación, veamos cómo fue configurándose la fuerza del movimiento obrero granadino desde sus orígenes.

1.6 Un mundo en transformación: la implantación del Estado liberal en tierras granadinas.

Granada experimentó desde comienzos del siglo XIX el desarrollo de una vibrante dinámica política, marcada por una aguda conflictividad social. La invasión napoleónica de 1808 profundizó las tensiones políticas a escala local granadina, abriendo la posibilidad, entre ciertos sectores políticamente avanzados y económicamente acomodados, de crear un nuevo Estado liberal. Como es conocido, esto tuvo su plasmación en la Constitución de Cádiz de 1812. Figuras granadinas de ámbito estatal, como Francisco Martínez de la Rosa, fueron, a pesar de sus posiciones moderadas, ejemplos tempranos de oposición al Estado absolutista de Fernando VII. Estas tensiones entre liberales y absolutistas que habían arraigado pronto en la provincia, hicieron que entre 1815 y 1817 Granada se convirtiera en eje de los movimientos de oposición al absolutismo, en consonancia con los movimientos liberales que se produjeron en Andalucía durante todo el reinado de Fernando VII. Se trataba de una actividad política llevada a cabo por grupos reducidos, a menudo vinculados a la masonería e influidos por la colonia de exiliados liberales en Gibraltar. La ciudad de Granada acusó por tanto el impacto del Trienio Liberal y durante la segunda restauración del absolutismo, que acompañó el final del reinado de Fernando VII, siguió siendo un centro de conspiración liberal.²² El conocido proceso que tuvo lugar en la ciudad de Granada contra Mariana Pineda en 1831 y que culminó con su ejecución pública el 26 de mayo de ese mismo año, es una muestra de hasta qué punto las autoridades de la época consideraban que la ciudad era un centro conspirativo por donde circulaban en abundancia las ideas antiabsolutistas.

A pesar de que tradicionalmente se considera que el sistema caciquil surgió durante la etapa de la Restauración, posterior al breve paréntesis democratizador que supuso el Sexenio Democrático, Granada experimentó desde mucho antes de la Restauración borbónica la paulatina consolidación de una nueva sociedad extremadamente oligárquica, resultado de la construcción del nuevo Estado liberal y expresión de la denominada *Revolución burguesa*. Fue durante el reinado de Isabel II (1833-1868), cuando se consolida esta "manifestación política de un clientelismo que se sustentaba en la propiedad, la capacidad de influencia o el prestigio" (Caro, 2012: 49). Precisamente y como reacción ante esta evolución del liberalismo, fue la cuestión de la propiedad y su capacidad de incidir en la configuración del mercado de trabajo y la subsistencia del campesinado, lo que

²² De hecho, la actividad política opositora al absolutismo volvió a activarse durante los intentos insurreccionales, que tenían como objetivo provocar un levantamiento en todo el sur y que fueron sistemáticamente abortados, como la Expedición de los Coloraos en 1824 o el pronunciamiento del general Torrijos en 1831.

emergió como el motivo principal de aceptación popular de las ideas democráticas en el medio rural andaluz.

El temprano desarrollo de las capacidades políticas de la sociedad granadina, tuvo como protagonista a una amplia gama de actores sociales, perjudicados por las transformaciones que condujeron a la consolidación de una nueva clase social de propietarios en las comunidades rurales. A partir de entonces, las muestras de descontento estarían encaminadas a paliar los efectos nocivos de la venta de bienes comunales, así como a promover el acceso de amplios grupos sociales a los espacios de decisión política, que hasta la fecha les habían estado vetados. Fue en esta etapa cuando se constatan las primeras reacciones ante el sistema caciquil, sustentadas en una politización de las clases subalternas, que tenía como telón de fondo las profundas transformaciones que la implantación del Estado liberal había acarreado consigo en las comunidades rurales, fundamentalmente a raíz de la desamortización civil de 1855.

La extensión de los procesos de modernización política al resto de la provincia, tuvo su máxima expresión en los movimientos democráticos que a partir de 1854 irían creciendo en el extremo occidental de la provincia de Granada, el denominado Poniente granadino, formado por las comarcas de Loja y Alhama y en estrecha conexión con las vecinas comarcas malagueñas y cordobesas. Más allá de las concepciones políticas patricias y elitistas de los primeros círculos políticos radicales y democráticos que se habían desarrollado hasta entonces, configurados en su mayoría por pequeños propietarios, profesionales liberales y miembros de las clases medias, a menudo vinculados con la masonería y el protestantismo, todo un conjunto de ideas y percepciones políticas del mundo se fueron extendiendo por la sociedad granadina, empapando a amplias capas populares y campesinas. Esta precoz politización del mundo del trabajo granadino, estuvo en la base de los movimientos sociales que en las décadas siguientes fueron configurando una alternativa social y política frente al caciquismo y a los sucesivos regímenes políticos, liberales y conservadores.

Las transformaciones impulsadas por el Estado liberal se hicieron sentir de forma acusada desde mediados del siglo XIX, coincidiendo con el llamado Bienio Liberal (1854-1856) e impulsadas por el entonces ministro de Hacienda, Pascual Madoz. La desamortización de Madoz supuso una verdadera reforma agraria liberal, realizada desde arriba y sin contar con el campesinado, cuyo principal propósito era adaptar la agricultura a las exigencias de la economía de mercado moderna (Gómez Oliver, 1985). La desamortización de los bienes del clero, de la beneficencia, de instrucción pública y de propios, no condujo en Granada a una variación sustancial de la estructura

de la propiedad. En el caso concreto de la subasta de los bienes de propios, la que puso a la venta una mayor extensión de tierra, su impacto social permite comprender la importancia que el acceso a los bienes comunales tenía para la supervivencia de unas comunidades rurales desposeídas de otros medios de subsistencia. La tierra vendida fue en su mayor parte de secano y escasamente productiva, pero aprovechable para pastos, carboneo y esparto, con lo que se anuló, o al menos se dificultó mucho, la función que éstas prácticas tenían como *seguro de desempleo* para la población campesina asalariada, en periodos de escasez de demanda de trabajadores.

La venta de las propiedades municipales, que en el caso granadino se realizó sobre todo entre 1859 y 1874, comprendiendo una tercera parte de toda la tierra desamortizada, privó a los ayuntamientos de una fuente de recursos con los que sufragar determinados servicios comunitarios como escuelas, mantenimiento de caminos, alumbrado, dejándolos en manos de la hacienda estatal y acabando con la autonomía de los mismos (Gómez Oliver, 1985). En otros importantes municipios granadinos, como Montefrío o Santafé, la desamortización tampoco supuso una redistribución de la renta agraria en el seno de la comunidad, a pesar del enorme volumen de hectáreas que salieron a subasta. Debido a su gran tamaño y alto coste, éstas fueron adquiridas en su mayoría por grandes terratenientes forasteros, un fenómeno que fue común a la mayoría de comarcas granadinas y alto andaluzas.²³ La estrecha relación entre compradores y máximos contribuyentes en cada municipio, evidenció un reforzamiento de la posición dominante de la burguesía, configurando unas élites económicas y políticas a nivel local y provincial y generando un fenómeno que, en el periodo de la Restauración, se vería consolidado y ampliamente confirmado: el caciquismo (Cruz Artacho, 1993).

Las desamortizaciones mantuvieron y acentuaron el carácter latifundista de muchas comarcas, como las de Baza y Huéscar o los Montes. No obstante, hay un rasgo que resulta contradictorio de este proceso en la provincia de Granada y es el hecho de que la desamortización supuso la creación y mantenimiento de una estructura minifundista prácticamente en toda la provincia. Esto revistió gran importancia ya que supuso un factor de fijación de la mano de obra a la tierra, impidiendo u obstaculizando su trasvase a otros sectores productivos e inaugurando un proceso masivo de roturaciones, arriendos y subarriendos de tierras que, aparte de cumplir una función fijadora de la población, contribuyó a aumentar la población durante las décadas finales del siglo XIX (Cruz Artacho, 1993). Sin embargo, la implantación de este sistema produjo un ambiente de creciente

²³ "A su vez, los Propios del municipio ya habían sido repartidos durante la primera mitad del siglo XIX paralelamente al proceso de colonización del término y agricolización del sistema agrario local. Puede que a corto plazo, pegujaleros y jornaleros resultasen beneficiados a través de esos repartos, pero una vez privatizados estos bienes y reducido el potencial de aprovechamiento integrado de recursos, la distribución de la riqueza no podía progresar en un sentido equitativo en un escenario de crecimiento demográfico sostenido" (Cámara Hueso, 2007: 341).

malestar social, en el cual las respuestas sociales no se hicieron esperar. Estas respuestas coinciden cronológicamente y están estrechamente vinculadas con acontecimientos que por entonces tuvieron lugar en otros espacios de carácter industrial, como Barcelona. Comarcas cercanas al Poniente granadino, como la vecina Antequera, donde se había generado cierto desarrollo industrial, fueron testigos en el verano de 1854 de una huelga contra la introducción de los tornos mecánicos (mulesjennys), que se inspiraba en la huelga que por entonces tuvo lugar en Barcelona. Asimismo, recibieron los ecos de la huelga general de 1855 (Parejo Barranco, 1983). Esto es una muestra de hasta qué punto estaban conectadas las realidades sociales del sur peninsular con los acontecimientos políticos generales y la permeabilidad creciente entre el mundo rural y urbano.

La provincia de Granada se incorporó a la modernidad política en las décadas centrales del siglo XIX, lo cual implicó la incorporación de grupos sociales más amplios en los espacios de deliberación y toma de decisiones, particularmente en el plano local. A nivel europeo, esto coincidió con fenómenos que se estaban produciendo en otros países a raíz de los movimientos revolucionarios de 1848 y que, a pesar de ser impulsados en España por miembros del partido republicano y democrático pertenecientes a la pequeña burguesía y clases medias, prepararon el terreno para las profundas transformaciones que habrían de experimentarse en las sociedades tradicionales rurales del sudeste peninsular (Tuñón de Lara, 1972). Granada se hizo eco de estos movimientos y fue el escenario de una de las revoluciones campesinas más importantes del siglo XIX español. Sucedió en el año 1861 en el extremo occidental de la provincia.

1.7 La revolución del pan y el queso: la insurrección campesina de Loja y sus consecuencias.

El movimiento revolucionario que en el verano de 1861 sacudió la ciudad de Loja y las comarcas del Poniente granadino, estuvo muy influido por las campañas que Garibaldi estaba librando por entonces en Italia y fue una muestra de la fuerza y amplitud con la cual habían comenzado a arraigar las ideas democráticas en muchas comarcas campesinas de la Alta Andalucía. El que se ha considerado tradicionalmente como el primer alzamiento campesino de envergadura de la historia contemporánea de España, ha sido destacado con frecuencia por su carácter político. Sin embargo, aquella masiva movilización campesina tuvo en su origen la reacción social a las profundas transformaciones que ocasionaron las ventas en subasta de los bienes de propios y los comunales. Esta diferencia fundamental entre las aspiraciones de la dirigencia y la base ha sido reseñada por

numerosos historiadores.²⁴ En su conocida obra de 1928 Juan Díaz del Moral describe que el movimiento de Loja fue *democrático en sus dirigentes y socialista en su base*, refiriéndose a un tipo de *socialismo indígena* que aspiraba a un nuevo reparto de tierras:

La verdad es que entonces, como en el pronunciamiento republicano de 1868 y como tantas otras veces, el pensamiento de los jefes y de las masas combatientes seguía rumbos distintos. Los directores se proponían destronar a la Reina e instaurar la República, y la masa aspiraba, ante todo y, sobre todo, al reparto de la tierra. Por aquellos días no se hablaba de otra cosa en todos los pueblos de la zona sublevada (Díaz del Moral, 1995: 81).²⁵

Por su parte, Rafael Pérez del Álamo, considerado uno de los máximos responsables de la llamada revolución de Loja, escribió una carta en 1908 al historiador y activista socialista Juan José Morato que proporciona información relevante sobre los motivos de fondo de este suceso. En este documento describía algunas de las transformaciones básicas que ocasionaron las sucesivas desamortizaciones y que justificaron el levantamiento que entre seis y diez mil campesinos protagonizaron en las comarcas del Poniente granadino el verano de 1861:

Cuando yo tenía dieciséis años (en 1844) aún había "dehesas boyales", tierras comunales. El pobre podía sembrarlas, sacaba de allí para la leña y las retamas, recogía esparto e incluso a veces carbón y cisco. Podía también cazar perdices o liebres o cualquier otro animal. De tal suerte, que, aunque conociese la pobreza, no sabía qué era pasar hambre. Hoy en día todas estas tierras se han convertido en dominios privados y, el pobre, si no tiene trabajo, se muere de hambre, y si se apropia de algo que no es suyo, va a la cárcel (Thomsom, 2014: 436).

Como vemos en esta última cita, desde mediados del siglo XIX los jornaleros de comarcas granadinas como Loja y Alhama venían sufriendo las crecientes restricciones al uso habitual de las tierras municipales comunales, que hasta entonces habían proporcionado recursos diversos. Ante el progresivo empobrecimiento de los sectores populares, éstos fueron protagonizando conflictos que

²⁴ Tuñón de Lara precisa al respecto:

Se observa igualmente esa conjunción entre una especie de "aparato" directivo de matiz republicano burgués y una masa que sigue, y probablemente "desborda", de trabajadores de la tierra, con objetivos propios, sin demasiada precisión, pero centrados en torno al tema de la posesión y el reparto de la tierra (Tuñón de Lara, 1972: 144).

²⁵ Díaz del Moral resta importancia al impacto de la desamortización de bienes comunales y, en cambio, achaca a la movilización campesina de mediados del siglo XIX una voluntad de plantear un nuevo reparto de tierras por parte de "los trabajadores que habían dejado perder la ocasión de conseguir su bienestar o que nunca la tuvieron por haber sido excluidos del reparto, y cuya situación había empeorado con la pérdida de los aprovechamientos comunales" (Díaz del Moral, 1995: 77).

se derivaban de las protestas realizadas en periodos de escasez y se inscribían en un contexto social de amplia mortalidad, sacudido por las fuertes epidemias de cólera, que durante la segunda mitad del siglo XIX ocasionaron un crecimiento anual muy bajo de la población granadina, a pesar de la fuerte natalidad del momento (Sáenz Lorite, 1998). De ese modo, durante periodos de poca actividad en el calendario agrícola y en un contexto de frecuentes crisis de subsistencia, era común dirigir quejas a los gobiernos locales, principalmente durante enero y febrero, que solían ser los meses más conflictivos debido a la falta de trabajo. Guy Thompson afirma que estas circunstancias llevaban a los obreros parados “a formar muchedumbres pendercieras, demandando que el ayuntamiento les proveyera de raciones o empleo en obras públicas”(Thomsom, 2014: 44).

La respuesta de las autoridades municipales ante estos requerimientos populares solían ser los alojamientos, una fórmula que emplazaba a los grandes y medianos propietarios a proveer alimento a los campesinos desempleados ante coyunturas delicadas debido a las malas cosechas. No obstante, a mediados del siglo XIX esta fórmula caritativa cada vez resultaba más contestada por aquellos amplios sectores populares que se reconocían víctimas de un expolio de los recursos materiales ocasionado por las desamortizaciones. En enero de 1855, el pueblo de Alhama de Granada fue escenario de violentas manifestaciones, protagonizadas tanto por los jornaleros que demandaban alimento, como por los pequeños propietarios que deseaban ampliar sus tierras y reducir el tamaño de los grandes latifundios tras la desamortización. En 1858, los liberales progresistas respaldados por los demócratas triunfaron en elecciones municipales por toda la región, dominada hasta ese momento por los partidarios del influyente político y militar Ramón María Narváez, oriundo de Loja y líder del partido moderado (Thomsom, 2014).²⁶

Las nuevas corporaciones surgidas de estos sufragios consiguieron implantar algunas medidas encaminadas a revertir los efectos nocivos que habían tenido las desamortizaciones y a su vez constituyeron un claro antecedente del movimiento insurreccional que pocos años más tarde tendría lugar en esa misma comarca.²⁷ Las décadas centrales del siglo XIX fueron testigos de la expresión de una temprana y creciente toma de conciencia en los trabajadores agrícolas del Poniente

²⁶ Pérez del Álamo menciona victorias demócrata-progresistas en Granada, Loja, Iznájar, Alhama, Huétor-Tajar, Antequera, Salar, Íllora, Archidona, así como en "casi todos los pueblos de la costa de Málaga, y en muchos de la provincia de Jaén" (Pérez del Álamo, 1971: 76).

²⁷ Frente a las intenciones de Narváez de hacerse con la propiedad de gran parte de la Sierra de Loja, el ayuntamiento resolvió aceptar las demandas de los pequeños propietarios que se oponían a la venta y declarar "que las tierras son y deben continuar siendo de común aprovechamiento, y que la parte de los mismos que se halla roturada, se declare de la propiedad exclusiva de los roturadores, previa la oportuna imposición del canon que respectivamente deba pagar cada uno con arreglo a la Ley". El resto de la extensa Sierra de Loja, usado desde tiempo inmemorial para el pastoreo, fue declarado tierra comunal. De esta forma, se logró revertir la desamortización y salvaguardar los ingresos municipales (Thomsom, 2014: 124-125).

granadino, dispuestos a intervenir directamente en la fijación de sus condiciones de trabajo. Los años previos a la revolución de Loja se establecieron los jornales base para los trabajadores del campo en condiciones muy desfavorables para los trabajadores, de modo que, citando a testigos unos autores afirman que “los segadores abandonaban los campos, colocando en caminos y acequias, esquinas y encrucijadas, un letrero que decía: *"Todos a una fijamos el precio del jornal, si no están conformes, quien lo sembró que lo siegue"* (del Rosal Pauli y Derqui del Rosal, 1957: 172-173).

En este contexto, entre los días 29 de junio y 4 de julio de 1861, las comarcas limítrofes de las provincias de Granada, Málaga y Córdoba fueron testigos de una revolución campesina. Entre las figuras más destacadas de aquel movimiento encontramos al mencionado albéitar, herrador y veterinario, Rafael Pérez del Álamo, quien al mando de un pequeño ejército se sublevó en Iznájar contra la monarquía absolutista, marchó hacia Loja y se apoderó de la ciudad, cortando las comunicaciones con la capital. En Loja llegaron a agruparse cerca de diez mil campesinos, artesanos y pequeños comerciantes armados. Al cabo de unos días la ciudad fue cercada por el ejército y los revolucionarios se dirigieron hacia la vecina comarca de Alhama con la intención de llegar hasta la capital granadina. Por el camino fueron hostigados nuevamente por las tropas gubernamentales y se disolvieron en pequeñas partidas, rehuendo un enfrentamiento directo. El levantamiento duró pocos días y fue sofocado sin apenas represión. Pérez del Álamo consiguió huir y refugiarse en Madrid, donde más tarde sería amnistiado al llegar la revolución de 1868, aunque nunca pudo regresar a Loja y residió hasta el final de su vida en la localidad gaditana de Arcos de la Frontera.

A diferencia de los sucesos de Utrera y El Arahal, el anterior gran movimiento insurreccional acaecido en tierras andaluzas en julio de 1857 y que culminó con una cruenta represión gubernamental, la insurrección de Loja no se saldó con un gran número de ejecuciones. Influyó en esto el carácter más prudente y moderado de la dirigencia, quienes a pesar de las aspiraciones del campesinado, en todo momento trataron de evitar excesos y apuntaron que sus demandas eran exclusivamente políticas.²⁸ Esta ausencia relativa de encarcelamientos y ejecuciones sirvió, en cambio, para conseguir incorporar en la vida política de los municipios a amplios sectores de las clases populares, que participaron activamente en el transcurso de las jornadas revolucionarias y

²⁸ Una muestra del carácter moderado de los instigadores de este movimiento es el bando que publicó al comienzo de la insurrección y que afirmaba: "Tened presente que nuestra misión es defender los derechos del hombre, tales como los preconiza la prensa democrática, respetando la propiedad, el hogar doméstico y todas las opiniones" (Tuñón de Lara, 1972: 145).

que en las décadas siguientes irían conformando el sustrato de una sociedad empapada de valores democráticos e igualitarios.

El programa político, administrativo y económico de Pérez del Álamo procedía de los periódicos y folletos democráticos que circulaban por aquellas comarcas. La lectura colectiva de los periódicos republicanos, en especial *La Discusión* y *El Pueblo*, diariamente en los tajos durante las horas de descanso por parte de aquellos individuos que sabían leer, a pesar de mostrar las aspiraciones políticas de los sectores disidentes de la burguesía, ayudaron decisivamente a una progresiva toma de conciencia de los trabajadores del campo.²⁹ Las profundas transformaciones económicas y políticas de la época fueron empujando a cada vez más sectores de las clases medias y populares a optar por abrazar los ideales democráticos, rompiendo con los tópicos del atraso que a menudo se han esgrimido para explicar la movilización social y política en el medio rural andaluz. El problema de la distribución de la propiedad agraria quedó, por tanto, planteado en términos de lucha de clases, hasta el punto de que la revolución de Loja fue interpretada como el primer movimiento popular español, francamente socialista, que no había involucrado a las fuerzas armadas (Thomsom, 2014).³⁰

En términos generales puede afirmarse que la segunda mitad del siglo XIX supuso una época de consolidación de iniciativas políticas propias en el seno de las comunidades campesinas, que iría desembocando en la constitución de un poderoso movimiento obrero y jornalero granadino, en consonancia que lo que sucedía en otras provincias andaluzas. Este crecimiento político de los sectores obreros y populares tuvo lugar en un contexto complicado, debido a la hegemonía que el sistema político caciquil fue adquiriendo a nivel local, a medida que se consolidaba durante la etapa de la Restauración. Fue precisamente en las comarcas de Loja y Alhama, escenario de la que fue bautizada con el nombre de la *Revolución del pan y el queso* donde primero arraigaron las secciones de la Federación Regional Española en toda la provincia (Calero Amor, 1973; Alarcón Caballero, 1990). En el transcurso de las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX, parte de esa

²⁹ Antonio María Calero citando a Benito Pérez Galdós en el prólogo a la obra de Pérez del Álamo describe como tomaban conciencia los campesinos a base de las publicaciones republicanas:

Cada sección (de la Sociedad secreta) estaba obligada a suscribirse a un diario democrático, que era regularmente *La Discusión* o *El Pueblo*. Cuando alguna sección trabajaba en faenas campesinas a larga distancia de la ciudad, enviaban a uno de los de la cuadrilla a recoger el periódico (o folleto de actualidad cuando lo había), y en la ausencia del mensajero, los trabajadores que quedaban en el tajo hacían la parte de labor de aquél" (Pérez del Álamo, 1971: 20).

³⁰ Una conversación escuchada en una barricada de Loja en julio de 1861, reproducida en una crónica del diario *El Reino* el 19 de julio de 1861, evidencia el hecho de que para un sector del campesinado granadino había llegado el momento de tomar partido ante situaciones que eran percibidas como injustas. La conversación se produjo entre un hombre de cincuenta años, armado con sable, y una mujer del pueblo: "- ¿También U. por aquí, Felicico? Que quiere U. señora, contestó éste; tengo cinco hijos, y moriré gustoso por ellos, con tal de librarlos de las quintas y dejarles algo, puesto que hoy no tienen nada" (Thomsom, 2014: 177).

población emigró a la capital provincial, en el contexto ya mencionado del desarrollo económico que trajo la industria azucarera. Consigo llevaron sus aspiraciones a una mayor justicia social, contribuyendo a fortalecer a un movimiento obrero que habría de consolidarse durante el primer tercio del siglo XX, extendiéndose por el resto de la provincia. Fue por tanto en las barricadas de Loja donde se fraguaron los comienzos de un ciclo de movilización política que, con altibajos, iba a sentar las bases de las intensas movilizaciones que vivió el campesinado granadino hasta el final de la guerra civil.

1.8 La creación de un espacio propio: la forja del movimiento obrero y campesino granadino (1868-1931).

Como vimos en el anterior epígrafe, a mediados del siglo XIX la aspiración a un nuevo reparto liberal que pudiera producir beneficios sociales y económicos para capas más amplias de la población todavía estaba muy presente en buena parte de la población granadina más empobrecida. Sin embargo, esta esperanza fue languideciendo a medida que avanzaba el final de siglo, dando paso a la construcción de un movimiento obrero y campesino a escala provincial. En consonancia con lo que sucedía en el resto de Andalucía y del Estado, este movimiento se encargó de canalizar diversas demandas sociales, distinguiéndose de las aspiraciones políticas de sectores más acomodados. Esto vino a coincidir con el fin del ciclo de desamortizaciones señoriales, eclesiásticas y civiles que había durado cerca de ochenta años, precarizando las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos del medio rural, así como con el inicio de la etapa de crecimiento económico, vinculado al desarrollo de la industria azucarera. El periodo que comienza con la clausura del Sexenio Democrático y culmina con la proclamación de la II República, estuvo dominado por la consolidación del Estado liberal en tierras granadinas, a medida que se comenzaron a experimentar las primeras migraciones con destino a América, que ya fueron examinadas.

Durante las décadas de la Restauración se desarrollaron un amplio conjunto de iniciativas con el objetivo de ampliar el acceso al poder político de las clases subalternas. Paralelamente se vivieron, fundamentalmente en el mundo rural, multitud de conflictos y estrategias de resistencia ante la lejanía cada vez mayor de la posibilidad de una gestión directa y más equitativa de los recursos. Fueron, por tanto, muy comunes en estos años los conflictos generados en torno a la conservación y/o recuperación de los usos comunales, así como los motines antifiscales o contra las quintas. Estas expresiones de malestar se vieron acompañadas de reclamaciones por la participación en la nueva toma de decisiones, es decir, las acciones anti caciquiles o las luchas por ampliar o hacer efectivo el

derecho al sufragio, especialmente virulentas en el período entre 1898 y 1923 (López-Osuna, 2016). En ese contexto, algunos autores señalan que elementos propios de la comunidad rural, como son la economía de subsistencia, la solidaridad vecinal, las tradiciones locales o los derechos consuetudinarios que permitían usos y aprovechamientos colectivos, podían resultar a menudo:

(...) más favorables para el desarrollo de un modelo político de gestión de los recursos (no sólo naturales) más igualitario que el modelo político representativo de corte liberal que primaba estrategias oligopólicas y que institucionalizaba relaciones de dominación y dependencia. (González de Molina et al, 2012: 86-87)³¹

El que fuera conocido como *El caso de El Salar* resulta un ejemplo paradigmático de las profundas tensiones que sacudieron el medio rural granadino en el contexto de la crisis finisecular. La gran mayoría de las tierras de El Salar, localidad situada en el Poniente de la provincia de Granada, pertenecían al marqués de Salar. Tanto el título nobiliario como las tierras habían sido concedidas por Carlos II a Juan Pérez del Pulgar y Sandoval, primer marqués de Salar, en 1693. Primero como señorío jurisdiccional y posteriormente como propiedad privada, la familia Pérez del Pulgar ostentaba la propiedad a finales del siglo XIX. A partir de 1871, los marqueses pusieron en venta las tierras para saldar deudas y éstas fueron adquiridas por la banca Rodríguez-Acosta, propiedad de la familia del mismo nombre.

Instalados en Granada a mediados del siglo XIX procedentes de Cantabria, los Rodríguez-Acosta no tardaron en convertirse en los principales banqueros de la provincia y un ejemplo de la nueva burguesía financiera granadina. El proceso de venta de las tierras del Marqués de Salar culminó al año siguiente y en 1875 los nuevos propietarios nombraron a un administrador para las tierras y comenzaron a planificar una explotación más intensiva del terreno. A partir de 1881 se entabló una larga cadena de pleitos entre los antiguos propietarios y la banca Rodríguez-Acosta, al pretender los marqueses recuperar la propiedad de las tierras, amparándose en el pacto de retroventa que habían realizado con los compradores. Independientemente de este hecho, destaca la voluntad de los nuevos propietarios de incrementar al máximo el rendimiento de las tierras recién adquiridas. Esto acabaría ocasionando graves enfrentamientos en la población local, dividida entre partidarios de

³¹ En ese mismo artículo los autores demuestran que las opciones antidinásticas y democráticas en Andalucía no se circunscribieron, electoralmente hablando, sólo a las grandes ciudades y capitales de provincia, tal y como usualmente se había mantenido, sino que los porcentajes de votos republicanos en los municipios menores de 20.000 habitantes estuvieron muy equilibrados (elecciones de 1891 y 1919) cuando no superaron (elecciones de 1901 y 1910) a los de los núcleos urbanos supuestamente modernos. Como afirma. "Los datos son significativos e invitan a replantear seriamente la tesis de la atonía política del mundo rural andaluz " (González de Molina et al, 2012: 92).

uno y otro bando, que culminarían con el asesinato del administrador de los Rodríguez-Acosta en 1883.

En el que acabaría siendo el caso más costoso y celebre de los celebrados en Granada en el siglo XIX, se pudo constatar la violenta consecuencia del proceso de tránsito del sistema tradicional a un sistema plenamente capitalista (Titos Martínez, 2004). A lo largo del pleito por la muerte del administrador de los Rodríguez-Acosta se puso de manifiesto la animadversión que había creado en el pueblo la acción del encargado de los nuevos propietarios. Su dureza en el trato con los vecinos, a quienes negó el trabajo en beneficio de braceros foráneos, la persecución de cazadores y acusaciones por robo de esparto y aceitunas, inauguró un nuevo estilo de relaciones en el medio rural, que ya venía replicándose en otras comarcas granadinas y que se generalizaría a comienzos del siglo XX. Estas nuevas prácticas vinieron a fracturar los equilibrios internos de la sociedad rural granadina. Como quedó recogido en las declaraciones de uno de los abogados durante el transcurso del juicio, en referencia al modelo de propiedad que ejercían los marqueses de Salar, los antiguos propietarios

(...) facultaban a casi todos los vecinos de aquella localidad para disfrutar casi en usufructo de cuanto producían los terrenos pertenecientes a la aristocrática familia. Jamás se contó durante aquella época que fuese encausado por delito de hurto, ya de esparto, ya de madera, ningún hijo del mencionado pueblo (Titos Martínez, 2004: 148).

A pesar de que en 1886 los marqueses de Salar recuperaron sus tierras, la situación no acabó por mejorar para el campesinado de la comarca y a comienzos del siglo XX se procedió a la venta de la mayor parte de fincas y tierras que poseían tanto el marqués, como las que les quedaban a los Rodríguez-Acosta. Sus efectos fueron negativos de cara a una mayor redistribución de la riqueza y, en cambio, provocaron el fenómeno del acaparamiento de tierras en manos foráneas en Salar. Esta situación, sumada a las malas cosechas de 1905 ocasionó la emigración a América de al menos cuarenta familias del pueblo, ante la imposibilidad de obtener medios de subsistencia (Montero Corpas, 1999). Comenzaba a fraguarse así una de las soluciones que ayudarían a mitigar la conflictividad en el medio rural granadino durante la Restauración, como ya vimos con anterioridad. No obstante, debemos destacar nuevamente que no fue ésta la posición predominante, ya que otro fenómeno venía forjándose en paralelo, hundiendo sus raíces en los procesos de politización y resistencia que conducirían a la organización paulatina de los trabajadores.

Al final de la monarquía isabelina se produjeron numerosos motines del pan en Granada, anticipando el estallido que iba a repetirse en septiembre de 1868, cuando se produjo el primer chispazo del movimiento en la capital granadina, levantándose barricadas y organizándose los Voluntarios de la República. Los que en otros lugares aparecen citados como Voluntarios de la Libertad, eran una milicia popular que estuvo activa en Granada durante casi todo el Sexenio Revolucionario y tuvo un papel determinante en los sucesos que desembocaron en la revolución de septiembre de 1868. El de Granada fue prácticamente el único levantamiento civil andaluz que tuvo lugar sin el apoyo de una conspiración militar.³² La movilización se vio poderosamente secundada desde el medio rural, destacando nuevamente las comarcas del Poniente granadino. Algarinejo, que desde la década de 1850 era un bastión demócrata, constituyó una junta revolucionaria y fue de los primeros pueblos en pronunciarse, enviando comisionados a los pueblos vecinos para acudir en auxilio de *la siempre invicta y liberal Granada*. Una vez se pronunció la capital provincial el 27 de septiembre, otros pueblos de la comarca como Alhama, Villanueva de Mesías, Huétor Tájar, Íllora, Montefrío y Salar establecieron juntas revolucionarias en medio de celebraciones y reclamando rápidamente recuperar el control sobre la justicia local.

Los procesos de politización que no habían cesado de expandirse tras los sucesos de Loja de 1861, tuvieron parte de responsabilidad en la revolución de 1868, en la cual el campesinado de toda la provincia tomó un papel activo, derivando en un progresivo distanciamiento por parte de los sectores populares de las aspiraciones del republicanismo burgués. Durante las jornadas que siguieron al levantamiento popular de septiembre de 1868, fue de nuevo en Andalucía donde la participación campesina tomó un carácter más revolucionario, creando cantones en diversas localidades, entre ellas la capital granadina y las ciudades de Loja y Motril. En muchos de los casos, la participación popular en el medio rural buscaba solucionar el problema del acceso a la tierra, de modo que "las reivindicaciones políticas de libertad de prensa, sufragio popular, abolición de quintas, eliminación de pena de muerte y libertad religiosa, tenían para ellos un interés secundario" (Sevilla & Giner, 1979: 74).

Una prueba del paulatino agotamiento de los antiguos liderazgos entre el campesinado granadino, se observa en el caso de Loja, donde las demandas populares a las nuevas corporaciones municipales surgidas del movimiento de septiembre de 1868, toparon con la falta de voluntad republicano-progresista de resolver los problemas estructurales del municipio. A pesar de las peticiones que en septiembre de 1869 hicieron setecientos individuos de las clases pobres y en representación de las

³² "Exceptuando el fallido levantamiento de Paúl y Angulo en Cádiz en agosto" (Thomsom, 2014: 371-372).

más necesitadas, para que se les otorgaran títulos sobre las parcelas de tierras comunales que habían sido ilegalmente cercadas por terratenientes privados, no se llevó a cabo ningún reparto de tierras para no chocar contra los intereses de los terratenientes. En cambio, el ayuntamiento de Loja optó por reafirmar los derechos de acceso comunales a los montes y ejidos, lo que resultaba menos comprometido. De ese modo:

(...) Loja continuó contando con su gran población de jornaleros sin tierra a quienes el ayuntamiento se vería obligado a proveer alojamientos hasta bien entrada la década de 1880, cuando la emigración a América comenzó a reducir la presión sobre los recursos de la ciudad (Thomsom, 2014: 386-387).

En el caso de la vecina Alhama, el ayuntamiento progresista-republicano también tomó acciones en contra de la obstrucción de acceso a las tierras comunales, enfrentándose con los terratenientes del municipio, aunque sin tampoco proceder a un reparto de tierras. Tanto este acontecimiento como el mencionado caso de El Salar muestran hasta qué punto la presión de la desamortización y liberalización de la tierra comenzó a afectar a las poblaciones campesinas, induciendo cambios en sus estrategias de adaptación y resistencia. En esos años, como vimos, aparte de aquellas personas que emigraron a América o Argelia, muchas otras optan por emigrar hacia la capital. Sin embargo, una gran mayoría continuaría residiendo en el medio rural y comenzaría a integrar las primeras sociedades obreras y campesinas. Las bases de un proceso de politización de largo alcance ya estaban establecidas, así como la relación entre los pueblos y la capital, tejiendo una red de conexiones que se retroalimentaban. La crisis finisecular fue de ese modo un momento en el que se exploraron nuevas posibilidades de transformación social y dinámicas reivindicativas en el mundo del trabajo, partiendo de un sustrato ya establecido.

Ante un panorama dominado por la tibieza de las opciones progresistas republicanas para dar solución a los problemas creados por las desamortizaciones, la propaganda que desde el otoño de 1868 se venía desarrollando para lograr la implantación de la I Internacional en España comenzó a dar buenos resultados. A partir de ese momento los acontecimientos se precipitaron. La sociedad *Honra y trabajo* fue la primera asociación obrera de la que se tiene constancia en Granada y preparó el terreno para que el 1 de abril de 1872 la Federación Local de Granada entrara en la Federación Regional Española de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). Para 1873 los internacionalistas granadinos ya contaban con once secciones y 490 afiliados. En julio el Consejo Federal afirmaba que “nuestras ideas se propagan en Granada con la rapidez del rayo”, alcanzando también varias comarcas. Entre ellas destacaba nuevamente Loja, así como Alhama, Calahonda,

Motril, Molvizar, Pedro Martínez y Rubite (Calero Amor, 1973). Este éxito se debió en gran medida a las huelgas que promovieron los asociados en el medio urbano, en total seis: una de alpargateros, otra de zapateros y los cuatro restantes de sombrereros, que era un oficio importante en la Granada de entonces y su gremio el más activo. Estas experiencias forjaron el carácter de la clase obrera granadina.

El 29 de junio de 1873 se proclamó la República Federal en Granada, a iniciativa de los denominados republicanos federales *intransigentes*, lo que provocó choques violentos entre los mencionados Voluntarios de la Libertad y los carabineros. La presencia de internacionalistas en el cantón de Granada, entre junio y agosto de 1873, fue fruto de una participación espontánea, alistados en alguno de los cinco batallones de Voluntarios que desde junio hasta agosto fueron dueños de la ciudad, desbordando a sus dirigentes, los republicanos Francisco Lumbreras y Ramón Maurell. La desorganización de las fuerzas defensoras del cantón granadino provocó que Granada cayera en poder del general Pavía el 12 de agosto sin apenas resistencia. Este general daría meses más tarde, en enero de 1874, el golpe de Estado que iba a acabar con la I República antes de que ésta llegara a cumplir los dos años. Sin embargo, para entonces las leyes republicanas habían declarado ilegal a la Internacional que, organizada en la clandestinidad, fue disolviéndose poco a poco hasta quedar reducida a un núcleo de individualidades.

Como veíamos, la emigración ofreció durante la etapa de consolidación de la Restauración un alivio a los conflictos sociales creados por la continuidad de las políticas liberales y caciquiles. Paralelamente se reorganizó a partir de 1881 la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), aunque en la provincia solo aparecería en la capital y en el Poniente: Loja, Alhama, Salar y Huétor Tajar. Se sabe que hubo varias huelgas en ese periodo, destacando a nivel urbano la del gremio de sombrereros, que ante el avance de la tecnología vislumbraban el declive del mundo artesano. La FTRE se desmoronó en 1888 y no hubo un resurgir de la organización obrera hasta 1890, en que se celebró por vez primer el 1º de mayo con una huelga general pacífica. Reunidos en el café de la Mariana de la capital granadina, doscientos representantes de gremios diferentes acordaron celebrar el 1º de mayo con una huelga universal pacífica para reclamar la jornada de ocho horas. Entre sus demandas se encontraban el aumento de los puestos de trabajo y que éstos fueran proporcionados a los obreros parados.

Las crisis de trabajo fueron una constante de las dos primeras décadas del siglo XX, provocadas por el paro estacional agrícola y afectando principalmente a los obreros de la construcción y los jornaleros del campo. En estas ocasiones se seguía recurriendo al sistema tradicional de

alojamientos, en periodos que oscilaban entre los quince y los veinte días y a beneficio de un número muy escaso de trabajadores de los cuales, generalmente, estaban excluidos los obreros más conscientes y organizados. Según información del Instituto de Reformas Sociales, en 1905 el sistema de alojamientos era frecuente en 53 pueblos, de los 204 que tenía la provincia (Calero Amor, 1973). Si la crisis era considerada suficientemente grave o se estimaba que podría tener una larga duración, el ayuntamiento organizaba alojamientos o repartimientos: los jornaleros en paro eran asignados a terratenientes particulares, quienes eran responsables de proveerles de trabajo y raciones de alimento en sus propiedades, incentivados por un subsidio pagado por el ayuntamiento hasta que la crisis terminaba. Se recurría a esta solución tanto por razones de caridad, como para no dar pretexto a que pudiera alterarse la subordinación de la clase proletaria (Thomsom, 2014). En el transcurso de alguna de las graves crisis de trabajo que se sucedieron durante el primer tercio del siglo XX, como la del invierno de 1912-1913 en la zona de los Montes occidentales y en las tierras de Loja y Alhama, volvieron a repetirse escenas de manifestaciones frente al Ayuntamiento pidiendo trabajo o socorro y recurriendo las corporaciones a soluciones de emergencia basadas en la caridad, los mencionados alojamientos o las obras públicas. La emigración se planteaba en estos casos como una solución desesperada a la que recurrían los que no se resignaban a vivir de la limosna. Pero, como hemos venido afirmando hasta ahora y subscriben otros autores: “los granadinos eran reacios a emigrar fuera de la provincia o del país, aunque estuviera superpoblada en relación a sus recursos”(Calero Amor, 1973: 210). Los robos se convertían, por tanto, en una fuente de subsistencia desesperada.

Por entonces la capital y la vecina comarca de la Vega fueron concentrando el grueso de la población provincial, debido al auge económico de la industria azucarera. En este contexto, podemos contemplar la llegada a la capital de personas procedentes del medio rural, que habían participado de experiencias políticas y de procesos de politización profundos en sus localidades de origen y que nutrirían con sus conocimientos al movimiento obrero de la capital. No obstante, no todas las comarcas granadinas contribuyeron cualitativamente igual al surgimiento de la organización obrera. Antonio María Calero señalaba las dificultades de integrar a muchos de estos inmigrantes rurales en la organización obrera de la capital:

Los inmigrantes que habitaban en los suburbios o zonas deterioradas de la ciudad no eran, por lo común, el elemento más exaltado de las sociedades obreras, como pudiera hacer creer su situación de extrema inseguridad o pobreza, sino al contrario: en varias ocasiones los dirigentes socialistas decidieron hacer campaña de propaganda en la Alpujarra porque era la comarca que al dar mayor contingente de emigrantes, lo daba también de esquiroles; y los

que actuaban como amarillos en las huelgas agrícolas de la Vega eran también emigrantes de otras zonas o provincias (Calero Amor, 1973: 288).

Inspirada por las experiencias que habían tenido lugar en el último tercio del siglo XIX, la organización obrera granadina se concentró entre 1900 y 1905 en La Obra, una sociedad obrera que se constituyó en federación de todos los gremios de la ciudad y en la que se integraron la mayoría de las sociedades obreras. Con una ideología próxima al republicanismo, tenía connotaciones socialistas moderadas y era una federación independiente de las organizaciones obreras, ya que albergaba a trabajadores de todas las tendencias. Sus objetivos eran promover la educación, instrucción y cultura de la clase obrera, así como el mejoramiento de la condición económica de la misma, convirtiéndose en una escuela de militantes e instrumento eficaz de conciencia obrera. Llegaron a ser cuarenta y uno los pueblos de la provincia adheridos a La Obra, organizados en una Federación Provincial creada en marzo de 1902.³³ La oposición que encontraron por parte de las autoridades locales hizo que para 1905 hubiera perdido su fuerza, aunque también influyó la creación de Unión Republicana, que absorbió muchos de sus principales líderes (López-Osuna, 2016).

En 1908 se fundó en Granada la Agrupación Socialista, de carácter fundamentalmente político y promotora del movimiento societario en la provincia. Su fuerza política, en la capital y en los pueblos donde existió, residía en las sociedades obreras de resistencia, que daban sus votos a los candidatos obreros, socialistas o republicanos (Calero Amor, 1973). Entre 1909 y 1917 se produjo un estancamiento del movimiento obrero que solo presenta huelgas importantes entre los mineros de Alquife (1911) y los ferroviarios (1912).³⁴ Nuevamente, podemos encontrar una conexión entre migración y movimiento obrero, ya que en el caso de los mineros de Alquife, el fracaso de la huelga sostenida en apoyo de sus demandas salariales “obligó a muchos a emigrar a la Mancha para trabajar en la siega”(Cohen, 1987: 267). Por entonces se produjo un dominio exclusivo de los

³³ Tal y como señala Álvaro López Osuna a través de las noticias publicadas en el diario progresista granadino *El Defensor de Granada*:

Sus principios quedaron establecidos en la lucha contra el caciquismo, la mejora de las condiciones de trabajo y en un pacto de solidaridad entre las sociedades que componían la Federación. En diciembre de ese año (1902), en Ronda, tomaron parte en el pacto de constitución de la Federación Obrera de Andalucía, formada por las sociedades obreras provinciales de seis de las ocho provincias (López-Osuna, 2016: 43-44).

³⁴ En muchos pueblos, la organización de los trabajadores siguió teniendo como objetivos prioritarios la lucha contra la privatización de los comunales. Un ejemplo de ello es nuevamente el pueblo de El Salar, que en 1911 constituyó la Sociedad Obrera Salareña cuya primera actuación fue denunciar a Francisco Lozano García, que había cercado la fuente de *El Grajo* impidiendo a los vecinos el disfrute del agua que venían haciendo de tiempos inmemoriales (Montero Corpas, 1999).

socialistas en el movimiento obrero granadino, consecuencia del trabajo desarrollado por las organizaciones de ese signo político en detrimento de otras opciones hasta la fecha.³⁵

Resulta importante destacar que hasta 1917 los núcleos socialistas más fuertes estuvieron organizados no tanto en la capital, sino en las comarcas de la Vega, destacando los pueblos de Pinos Puente y Atarte, Loja y Motril, en los cuales se fue creando una infraestructura de centros obreros y locales sindicales. Influyó mucho en esto la presencia de Fernando de los Ríos, catedrático de la Universidad de Granada y destacado socialista, quien junto a diversos propagandistas realizó mítines por todos los pueblos de la provincia. La figura de Fernando de los Ríos llegó a alcanzar, años más tarde, un profundo prestigio entre los trabajadores granadinos y contribuyó decisivamente a la creación de la Federación Obrera Provincial en 1919.

Sin embargo, la fuerza de los socialistas granadinos fue decayendo ante la ineficacia de los representantes obreros en los organismos de administración y gobierno. En torno a 1918 y 1920, la mayor parte de los trabajadores de la capital granadina ingresarían casi totalmente en las organizaciones anarcosindicalistas, que proponían tácticas más directas para resolver los conflictos laborales. Muestra de ello es el salto organizativo que se produjo en 1918. Si en 1917 hubo cinco huelgas, al año siguiente hubo treinta y tres. Destaca el hecho de que hasta 1917 apenas se habían desarrollado huelgas agrícolas en la provincia, mientras que a partir de 1918 éstas se generalizarían. El periodo que abarca desde 1918 a 1923 también vio incorporarse en el movimiento huelguístico a las mujeres, que realizaron una huelga general en las seis fábricas de tejido de la capital que duró dos semanas (Calero Amor, 1973). De especial importancia fue la crisis política protagonizada por estudiantes y trabajadores que tuvo lugar en febrero de 1919, y que culminó con un motín popular y gravísimos choques entre manifestantes y fuerzas de orden público el día once de ese mes, ocasionando tres víctimas mortales y provocando reacciones en toda España. Las protestas tuvieron lugar para forzar la depuración de la administración municipal, el fin del caciquismo, personalizado en la figura del alcalde Felipe La Chica y en demanda de empleo, debido a la enorme crisis de trabajo que atravesaba la ciudad desde la finalización de las obras de la Gran Vía (López Osuna, 2016).³⁶

³⁵ Para explicar este fenómeno, Antonio Calero Amor sostenía que:

El arraigo de una determinada ideología obrera revolucionaria depende de quienes sean los primeros en llegar al "mercado revolucionario" y de cuáles sean la ideología y táctica que en la práctica se revelen más adecuadas para conseguir las aspiraciones del momento (Calero, 1973: 294).

³⁶ Como destaca Álvaro López, las protestas contra el caciquismo derivadas de los sucesos de Granada, trascendieron el ámbito local para extenderse con rapidez a otras veinticinco ciudades españolas:

En Barcelona, comisionados de todas las agrupaciones escolares, invitaron a la huelga estudiantil (...) El 14 de febrero, a media mañana, en la ciudad condal numerosos grupos de universitarios se concentraron en la plaza

La politización del mundo del trabajo fue un fenómeno que ganó fuerza a medida que avanzaban las décadas y tuvo su máxima expresión en las huelgas que se produjeron sobre todo en la ciudad de Granada, fundamentalmente entre los tranviarios, ferroviarios, dependientes de comercio y obreros de la construcción. La Federación Local de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) granadina envió delegados al congreso de la Comedia de Madrid en 1919. Como resultado de su participación en aquel congreso, de carácter profundamente sindicalista, los sectores más combativos de los trabajadores granadinos afiliados, como los albañiles, introdujeron un nuevo estilo de reivindicación basada en la fuerte organización de todos los obreros del ramo. Sin embargo, la falta de atención que la CNT granadina brindó al medio rural, unido a las viejas tradiciones del republicanismo federal y progresista, harían que los socialistas siguieran manteniendo su influencia en las comarcas agrarias de casi toda la provincia, un hecho que se vería acrecentado con la llegada de la II República.

A esta conciencia de clase obrera se unió el desarrollo de la conciencia de clase patronal en la etapa final de la Restauración. Los empresarios granadinos empezarían a hacer frente a la movilización obrera solicitando las ayudas del gobernador civil o, cuando eso no funcionaba, mediante un lock-out agrario que habría de repetirse tras la llegada de la II República, como veremos más adelante. Durante este periodo las huelgas no fueron por lo general violentas, aunque los ánimos pudieran llegar a encrespase en muchos momentos del conflicto, como sucedió en febrero de 1919. Ante un panorama semejante, el golpe de Estado de Primo de Rivera en septiembre de 1923 y la posterior constitución del Directorio militar, trataron de apaciguar la conflictividad laboral atrayendo al obrerismo más moderado y reprimiendo al más combativo. Para ello se recurrió a medidas populistas y paternalistas, como la vivienda de protección oficial y el retiro obrero o la protección de las familias numerosas.

Durante la dictadura de Primo de Rivera no se encararon medidas como la reforma agraria o una transformación de las estructuras económicas, que estaban en el origen de las profundas problemáticas sociales y resultaban cruciales para las comunidades rurales. En su lugar fueron instaurados comités paritarios para reglamentar salarios y discutir las condiciones laborales en la llamada Organización Corporativa Nacional, en la que fueron acogidos los sindicalistas moderados, preferentemente de la Unión General de Trabajadores (UGT) y Sindicatos Libres. Por otra parte, la

de la Universidad, improvisando algunos estudiantes mítines contra el caciquismo en los que encarecían a los congregados a hacer causa común con los estudiantes granadinos» (López Osuna, 2016: 189-190).

Resulta importante destacar que aquel mes de febrero de 1919, la ciudad de Barcelona se estaba viendo sacudida por la que fue conocida como la Huelga de la Canadiense.

represión del sindicalismo de la CNT y del Partido Comunista recién creado, favoreció durante la dictadura la extensión orgánica de la UGT y del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Sin embargo, el que fuera la figura más destacada del socialismo granadino de aquellos años, Fernando de los Ríos, se negó a cualquier tipo de colaboración con la dictadura. La tregua imperfecta en el conflicto social que supuso la dictadura de Primo de Rivera, imponiendo una política autoritaria que combinaba el conservadurismo político y religioso con una modernización desarrollista, fue la antesala del auge que las organizaciones obreras y campesinas iban a experimentar en el medio rural granadino durante la década de 1930.

1.9 La II República: del asalto a las instituciones a la revolución social.

El 14 de abril de 1931 llegó en medio de una profunda crisis económica y política, intensificada por el regreso de muchos emigrantes, lo que vino a liquidar la válvula de escape que había supuesto esta opción a lo largo del periodo de la Restauración. Durante la década de 1930 la emigración provincial, tanto la vinculada a movilizaciones más cercanas y ligada a las faenas agrícolas, como la de más largo alcance, se vieron reducidas drásticamente, impidiendo la salida de muchos trabajadores hacia sus puntos habituales de destino (Alarcón Caballero, 1990). Como vimos con anterioridad, también se limitó la capacidad que hasta 1930 había tenido la capital de Granada para acoger una corriente migratoria interna, debido a que la industria azucarera inició su declive irreversible en esa década.

La enorme diversidad interna de la provincia muestra un panorama en el cual el paro tradicional quedó mitigado en algunas comarcas de mayor intensidad y diversificación agrícola. Ese era el caso de los cultivos hortícolas, frutales y viñedos, que daban trabajo, aunque minoritario, en épocas distintas a las labores cerealistas y olivareras, sobre todo en la Vega del Genil y también en el Valle de Lecrín y las Alpujarras. Por su parte, el sector secundario siguió siendo el más débil de la economía granadina, tanto por el porcentaje de la población dedicada a él como por su producción y también experimentó una grave crisis a raíz del freno que sufrió el sector de la construcción en la capital. Estas circunstancias, unida a la presión social y las expectativas de cambios políticos, hicieron que cuestiones como la reforma agraria plantearan una gran oportunidad para paliar los graves problemas estructurales que nuevamente emergían en el contexto de crisis, entre ellos y de manera destacada el paro y la pobreza (Robledo, 2012). Las políticas llevadas a cabo durante todo el periodo que corresponde con la dictadura de Primo de Rivera, reafirmaron a los trabajadores rurales, mayoritarios en la provincia de Granada, en su condición de mano de obra con escasa capacidad negociadora en el mercado de trabajo, quedando a merced de los grandes propietarios en

cuestiones tan centrales como el salario y las condiciones de trabajo (Cruz Artacho et al, 2000). La llegada de la II República supuso el fracaso de esta política, que se desmoronó coincidiendo con la gran crisis económica de 1929 e inaugurando un nuevo ciclo de movilización política que supondría otro salto cualitativo en el acceso de colectivos tradicionalmente marginados a los espacios de poder y decisión a escala local.

La legislación laboral durante el primer bienio republicano fue manifiestamente favorable a los sectores más humildes del campesinado. Un ejemplo de ello, vinculado a la movilidad laboral y la lucha por el empleo, fue el caso de la controvertida Ley de Términos Municipales, fruto de un decreto promulgado el 28 de abril de 1931. Como es conocido, esta ley fue diseñada para evitar que los propietarios agrícolas pudieran contratar a obreros provenientes de términos municipales ajenos a aquel donde se hallasen radicadas las explotaciones demandantes de mano de obra, en tanto no se hubiese alcanzado la plena ocupación de los trabajadores agrícolas locales. La contratación de jornaleros foráneos solía ser un recurso que se había empleado con frecuencia para desarticular las huelgas campesinas e incluso reducir los salarios. Sin embargo, la desigualdad entre los diversos términos municipales y regiones agrícolas en cuanto a la superficie cultivada y la capacidad de proveer de empleo, así como la necesidad que muchos jornaleros, pequeños propietarios y arrendatarios tenían de desplazarse periódicamente a otros municipios para la siega de cereales o la recolecta de la aceituna para completar sus ingresos, generó protestas y controversias. Finalmente, esta ley fue derogada en mayo de 1934 por el gobierno radical-cedista. Otras leyes, como la de Jurados Mixtos, Laboreo Forzoso o Arrendamientos Colectivos, destinadas entre otras cosas a combatir también el paro agrícola, fueron controvertidas y contribuyeron a situar a los campesinos en un nuevo plano político y cultural que el que habían experimentado hasta la fecha. Esto provocó la firme oposición y hostilidad de pequeños y medianos arrendatarios, fundamentalmente a partir de 1933, quienes pasarían a engrosar las filas de una poderosa coalición reaccionaria y posteriormente constituirían amplias bases de apoyo del régimen franquista (Cobo Romero, 2012).³⁷

En aquellos años fue decisiva la acción reivindicativa desplegada desde 1931 por los poderosos sindicatos agrícolas, que agruparon a un porcentaje importantísimo de los jornaleros andaluces durante el periodo republicano. La acción conjunta de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT), afiliada a la UGT en 1930, y la CNT, así como la intervención constante de los

³⁷ Este autor especifica que la coalición reaccionaria antirrepublicana estuvo:

Hegemonizada por la burguesía agraria de las regiones de predominio de la gran propiedad rústica junto con algunas fracciones de la burguesía industrial, y respaldada por amplios colectivos de las clases medias rurales y urbanas castigadas por la crisis económica y la poderosa capacidad reivindicativa de los sindicatos socialistas y anarquistas (Cobo Romero, 2012: 31).

alcaldes de izquierda en la regulación de las condiciones de trabajo agrícola y la contratación laboral de los jornaleros, condujeron a una situación altamente conflictiva, provocando una elevación sustancial de los salarios medios pagados por las faenas agrícolas en la práctica totalidad de las tierras andaluzas (Cobo Romero, 2004).

La reacción patronal en respuesta a las amenazas que suponían una reforma agraria, las leyes sociales y la subida de salarios que se implementaron durante el primer bienio republicano-socialista, consistió en dejar de realizar las labores necesarias como medida de boicot al nuevo régimen (Alarcón Caballero, 1990). Numerosos testimonios de la época mencionan la actitud patronal de boicot a la nueva legislación progresista en materia laboral, que tomó la forma de un lock-out agrícola. Esta situación cristalizó en los primeros meses de la República, como mencionaba a comienzos de diciembre de 1931 un alarmante editorial del diario *El Defensor de Granada* sobre la situación política y social en la provincia:

En el orden político, la situación es grave porque los caciques de la Monarquía y de la Dictadura no se resignan a desaparecer como factor dirigente. El caciquismo hace una desesperada defensa de sus tradicionales prerrogativas. En algunos pueblos lucha sin embozos contra la nueva política utilizando su indudable superioridad económica. Ya es célebre la bárbara frase del cacique a los obreros sin trabajo: “¡Qué os mantenga la República!”. O aquella otra, más brutal aún: “¡Tenéis hambre! Pues a comerse la República” (...) El problema social en la provincia reviste caracteres dramáticos. La lucha de clases se desarrolla en plano peligrosísimo de violencia y de pasión. Y allí están los clamores que nos llegan diariamente de los pueblos. Los obreros quieren trabajar, pero tropiezan con la hostilidad de la mayoría de los propietarios. Reclaman las reivindicaciones sociales que consideran justas, pero se les contesta con la persecución. El esfuerzo de muchos patronos se encamina a destruir las organizaciones obreras.

En la provincia es considerable el número de los trabajadores sin trabajo. Y es evidente el propósito de bloquear por hambre a la masa obrera para derrotarla. Se cree, por lo visto, que este es el mejor medio para desacreditar a la República y defender los intereses tradicionales. No tienen presente, los que así piensan, que su actitud conduce directamente a la catástrofe.³⁸

³⁸ *El Defensor de Granada*, 4 de diciembre de 1931. p, 1.

Los conflictos generados por el problema del paro obrero fueron determinantes y no tardaron en instalarse en la vida social de muchos pueblos de la provincia. Para intentar paliar esta situación, las Bases de Trabajo Rurales vigentes en el campo granadino entre 1933 y 1934 adoptaron medidas para garantizar el trabajo de todos los jornaleros parados: fijación de turnos semanales para la sucesiva colocación de los obreros, prohibición de las horas extras mientras existieran jornaleros parados y limitación de la maquinaria agrícola (Ortega López, 2003). La cuestión del paro planteó una angustiosa situación y fue una de las causas fundamentales de los bajos niveles salariales de ese periodo. En muchos municipios tuvo un carácter selectivo debido a que los patronos no respetaban los turnos de las bolsas de trabajo, prescindiendo con frecuencia de los trabajadores sindicados de modo que "el desempleo agrario no sólo fue obra de la crisis económica, sino de la reacción patronal contra las condiciones de trabajo creadas por la República, contra la legislación social, en suma, contra el nuevo régimen" (Alarcón Caballero, 1990: 71). Esta hostilidad patronal se explica políticamente por la crisis del sistema de la Restauración que acompañó el final de la Dictadura de Primo de Rivera.

La llegada de la II República abrió la posibilidad de implementar políticas sociales desde el nuevo marco institucional, a medida que se fue recuperando y consolidando el movimiento campesino desde mediados de 1930. La creación de la mencionada FNTT fue un reflejo de eso. La provincia de Granada, al igual que el resto de provincias andaluzas, fue escenario de un espectacular desarrollo del movimiento obrero y campesino, que hundía sus raíces en una larga tradición y que, en el caso granadino, fue articulándose en el medio rural fundamentalmente en torno al sindicalismo socialista. De hecho, en 1922 la práctica totalidad de los afiliados a la UGT en la provincia de Granada eran campesinos y la sección agraria la base más numerosa en la organización provincial (Acosta et al, 2009). Una década más tarde, a comienzos del verano de 1932, existían en Granada aproximadamente 10.184 campesinos federados a la FNTT, organizados en treinta y dos secciones distribuidas por pueblos de toda la provincia.

Investigadores como José Antonio Alarcón Caballero (1990), que analizaron las dinámicas reivindicativas del mundo del trabajo granadino durante la II República, distinguen tres periodos salariales en función de las oscilaciones políticas, hasta la victoria del Frente Popular en febrero de 1936. Un primer período entre 1931 y 1932, caracterizado por una elevación salarial debido a la llegada de la República, la presión sindical organizada y entusiasta y la desorganización y confusión de la patronal. Este incremento se produjo en función de la fuerza de cada colectivo, sobre todo la construcción en la capital, los azucareros en la Vega granadina y los mineros de Alquife. Un segundo período en el año 1933, durante el cual los salarios se estancaron por diversas razones:

crisis gubernamental, asedio de los radicales a los socialistas, reorganización de la patronal y sus fuerzas políticas, desgaste sindical por los años de luchas, la división del movimiento obrero, el agravamiento de la crisis económica y del paro. Un tercer y último período entre los años 1934 y 1935, definido por un claro descenso de los salarios ocasionado por la llegada de la derecha al poder que estimuló la contraofensiva patronal, sobre todo tras la revolución de Asturias y la represión posterior sobre todo el movimiento obrero y sindical del Estado. Solo a partir de febrero de 1936 se fueron recobrando los niveles salariales del primer bienio republicano.

Sin embargo, la combinación de la reacción patronal, con la incidencia de la crisis económica y la crisis de trabajo, así como la falta de empuje de los gobiernos republicano socialistas para implementar cambios estructurales, fueron una constante hasta la victoria del Frente Popular en la primavera de 1936. La memoria del II Congreso de la FNTT, celebrado en junio de 1932 refleja con claridad la situación que se vivió en el primer bienio republicano al reconocer que:

(...) en el momento de instaurarse la República, los elementos propietarios cedieron un poco en su actuación persecutoria en relación con los obreros. Transcurridos unos meses nuevamente volvieron a actuar como era norma peculiar en ellos. Se obligaba a los agricultores a hacer jornadas interminables y se les pagaban jornales irrisorios. Poco importaba que del ministerio de Trabajo partieran leyes sociales que regularan las faenas y fijaran condiciones en que debían realizarse. Por encima de todo ello saltaban y saltan los propietarios (Cruz Artacho et al, 2000: 194).

Poco tiempo más tarde, en agosto de 1932, tendría lugar la primera tentativa militar de acabar con la República, el golpe de Estado del general Sanjurjo. En Granada éste acontecimiento se vivió de manera muy intensa y dio lugar a unos gravísimos enfrentamientos en la capital. Esta respuesta a la intentona militar fue la expresión de una nueva generación de militantes, vinculados a la FAI, que ya se habían destacado en los ataques a edificios religiosos y diarios derechistas en mayo de 1931 y que en 1932 protagonizaron fuertes enfrentamientos como respuesta al fallido golpe.

En el medio rural la estructura de la propiedad de la tierra era otra de las fuentes principales de conflictos, en sintonía con lo que venían siendo las reclamaciones históricas que se arrastraban desde la época de las desamortizaciones. A pesar de que como respuesta política al golpe de la derecha de verano de 1932 se quiso acelerar en septiembre de ese mismo año la Ley de Reforma Agraria, ésta no llegó a tener mucha incidencia. El limitado alcance que las expropiaciones vinculadas a la reforma agraria tuvieron en tierras granadinas durante el primer bienio republicano,

se vio en parte compensado por el incremento del número de asentamientos de campesinos que se produjo en los cinco meses que duró el gobierno del Frente Popular, a pesar de que Granada fue una de las provincias andaluzas menos beneficiadas por esta política, como veremos más adelante.

Esta negativa de la patronal agrícola a acatar las nuevas leyes y su persistente boicoteo de las reformas que la República intentó implantar en el ámbito laboral agrario, hicieron de la situación altamente conflictiva algo crónico en la vida de la provincia. El hijo de Juan Peinado, quien fuera último alcalde republicano del pueblo de Santafé, importante municipio de la Vega del Genil, nos refería así la conflictividad persistente de aquellos años y transmitida por la memoria de los campesinos de aquella generación:

Me contaban que habían tenido que ir a buscar a mi padre a media noche porque les habían contratado por, no lo sé, por un duro y luego querían darles cuatro pesetas. Y los obreros se habían acordado de ir a media noche o por la mañana a desbaratar lo que habían hecho. O sea, que, si habían estado labrando patatas, a desbaratarlas. Y habían tenido que ir a buscar a mi padre como alcalde, que era muy querido y muy respetado, a buscarlo para que no desbarataran aquello y que él hablara con el ese (el patrón) y que si se había comprometido a un duro la jornada que les pagara el duro.³⁹

El incumplimiento de las bases de trabajo fue la causa que motivó la mayoría de conflictos. Las huelgas agrícolas registradas en la provincia durante ese primer periodo fueron once, de las cuales seis tuvieron unos resultados favorables, destacando en la mayoría de ellas el hecho de que se llevaron a cabo para conseguir el cumplimiento de las bases de trabajo.⁴⁰ Otra de las cuestiones en las que se dejó sentir el peso de la organización de los obreros del campo, fue en conseguir ganar terreno en lo que respecta a la regulación de las condiciones de trabajo y salario mediante contratos colectivos de trabajo dado que "huían los propietarios de toda norma o procedimiento que diera como resultado regularizar jornada y salario. No existiendo contrato abusaban mejor de los obreros" (Cruz Artacho et al, 2000: 225). En la provincia se lograron firmar unos dieciséis contratos de trabajo entre abril de 1931 y junio de 1932, por parte de las sociedades obreras de diferentes pueblos a lo largo de toda la provincia. Destaca en estos años el hecho de que la práctica totalidad de la provincia de Granada fuera incorporándose a la lucha campesina.

³⁹ Entrevista con S.P.R., Nacido en Santafé (Granada) el 12/02/1935. Realizada en San Boi el 23/10/2014.

⁴⁰ Otras provincias limítrofes, como Jaén o Málaga, tuvieron por entonces treinta y siete y cuarenta y seis huelgas respectivamente (Cruz Artacho et al, 2000).

La aplicación de estas leyes y el cambio que produjo en la percepción de que podía intervenir en la regulación del mercado de trabajo de una manera que fuera favorable a los intereses de la mayoría de la población, también motivó rupturas en el seno de las comunidades rurales. Éstas tuvieron que ver con el papel que asumieron los pequeños y medianos propietarios, quienes se vieron perjudicados profundamente por el devenir de los acontecimientos, en la medida en que sus unidades de producción, basadas en el aprovechamiento de la mano de obra familiar y el recurso puntual a la contratación de jornaleros, se vieron amenazadas por las nuevas disposiciones legales. El hijo de un labrador oriundo de Alquife que arrendaba un cortijo entre Píñar y Guadahortuna, en la comarca de los Montes, nos contaba así las dificultades que aquellas políticas sindicales aplicadas por los denominados Jurados Mixtos ocasionaron a numerosos pequeños y medianos labradores:

Cada día repartían todos los trabajadores y a cada labrador le echaban pues según la tierra que tenía. Le echaban cinco, cuatro, o diez o veinte (jornaleros), a los que tocaba. Y entonces llegaban a la puerta y mi padre les decía: "¡Pero si yo no tengo trabajo para nadie!" Pues se sentaban allí en la puerta y cuando cumplían, que allí la costumbre era que se trabajaban seis horas, bueno pues cumplían las seis horas y el que iba encargado de aquello decía: "¡Venga, a pagar!". Y entonces mi padre decía "Pues yo no tengo para pagarles". Al otro día tenía que ir allí, a Guadahortuna y a ver. (Decía) "Yo no puedo pagarlo, yo no tengo... ¿Qué quiere? Que se lleven lo que haya en la casa, es lo único que puedo hacer". Total, que ya se vio obligado porque teníamos ciento y pico ovejas y las vendió para pagar aquello, para que lo dejaran tranquilo. Las tuvo que vender, regalarlas como aquel que dice.⁴¹

El papel de los ayuntamientos se vio reforzado en la regulación del mercado de trabajo "hasta el extremo que la utilización "de clase" del poder local que hicieron los campesinos, y mayoritariamente los jornaleros, a través de sus representantes, desarticuló abiertamente las relaciones de dominación existentes hasta ese momento en el mundo rural andaluz" (Cobo Romero, 2004: 73). Algunas de estas nuevas leyes y la aplicación de las mismas por parte de las nuevas autoridades locales, en lo que los sectores reaccionarios vinieron a denominar *alcaldadas*, alteraron profundamente los equilibrios de poder tradicionales del medio rural. Los alcaldes de izquierda en las pequeñas localidades granadinas fueron durante el transcurso del primer bienio republicano el principal instrumento de aplicación de la nueva legislación laboral, al estar vinculados estrechamente a las exigencias y reivindicaciones de toda índole procedentes del campesinado. Las

⁴¹ Entrevista a J.P.G...Nacido en Alquife (Granada) el 07/08/1927 y residente en Barcelona desde 1959. Realizada en Barcelona el 18/03/2013.

primeras autoridades municipales dictaban a menudo bandos prohibiendo el uso de maquinaria agrícola, fijando especiales condiciones de trabajo en el campo o resolviendo contenciosos laborales en favor del campesinado (Cruz Artacho et al, 2000).⁴²

Esto planteó un escenario novedoso en cuanto a la sustitución del viejo orden caciquil, muy problemática y conflictiva en cada una de las comunidades rurales y a la creación y consolidación de una nueva cultura política, "que debió surgir de la generalización previa de determinados valores políticos bajo un sistema que, a todas luces, no era democrático" (González de Molina et al, 2012: 82) y que, más allá de los indicadores institucionales, expresa una profunda politización del mundo del trabajo en Granada. Así quedaba reflejado por ejemplo en las letras de las murgas de los Carnavales, de comarcas con una arraigada tradición de organización campesina, como era la de Alhama de Granada. Un ejemplo de ello sería la siguiente canción:

El primer año Ministros,
el segundo *Diputaos*,
el 19 de noviembre,
tos quedamos *derrotaos*.

La culpa de eso la tuvo
la disolución de las Cortes,
la colación de Lerroux
con ese señor Gil Robles.

Y los obreros protestan
de ese modo de mandar
y piden a boca llena
la Revolución Social.

La murga de Juan José Serrato, *El Ministro Velarde*, nacido en 1898 y de profesión obrero del campo, fue una de las más populares del carnaval de Alhama de Granada, en lo que fue su edad de oro durante la década de 1930 (Arenas Maestre, 2004: 21). En los años previos a la guerra, Juan

⁴² Un ejemplo entre muchos otros fue el del ayuntamiento de Montejícar. Su caso permite observar la voluntad de organizar la gestión del trabajo, con vistas a resolver el problema del paro, lo mejor posible. Para tal fin se creó en Montejícar la Oficina de Colocación obrera, al frente de la cual se puso a los sindicalistas José García Santiago y José Linde Puñal y también se puso en marcha la Policía Rural, que controlaba las necesidades de trabajo de las distintas fincas (Rodríguez Titos, 2014).

José Serrato animó, junto a un grupo de compañeros, una de las muchas comparsas participantes en los carnavales de Alhama, cuyas canciones fueron y siguen siendo un poderoso medio de expresión de las clases populares andaluzas. Letras de este tipo, compuestas y cantadas por multitud de comparsas, comprometidas y con fuerte contenido social y político, fueron constantes durante aquel periodo. Las coplas de carnaval fueron un vehículo de expresión de la visión política del momento, en un contexto social en el que la politización de los trabajadores se vio acompañada por una desafección generalizada hacía instituciones como la Iglesia católica, identificada con las derechas y objeto de diversos ataques de tipo iconoclasta y anticlerical a lo largo del periodo republicano (Barrios Rozúa, 1999).⁴³ La letra de la canción que aquí hemos reproducido pertenece probablemente a los carnavales de 1934. Su contenido expresa hasta qué punto la derrota de la izquierda en las elecciones de noviembre de 1933 fue sentida en las comunidades rurales y trajo unas consecuencias que vinieron a agravar el ya de por sí enrarecido clima en los pueblos de la provincia, destituyendo el poder de los ayuntamientos. La reacción patronal desplegada al largo de 1934 y 1935 por parte de los alcaldes y concejales derechistas tuvo como finalidad la reimplantación del control social y una profundización de la ruptura interna que mostraba la estructura social de numerosas localidades rurales.

La huelga campesina de junio de 1934, ampliamente secundada en las provincias andaluzas, fue una respuesta de carácter defensivo para proteger las conquistas del bienio progresista. En la provincia de Granada la huelga se desarrolló entre el 5 y el 15 de junio y en ella participaron entre 28.000 y 30.000 campesinos articulados en torno a 114 sociedades obreras de la FNTT. Las demandas de los huelguistas denunciaban las viejas prácticas patronales y señalaban el mal funcionamiento de las bolsas de trabajo, la discriminación en el empleo por afiliaciones políticas, el bloqueo de las denuncias campesinas en los jurados mixtos, la utilización de máquinas agrícolas sin sujeción a las bases, el estancamiento de la reforma agraria, la grave crisis de trabajo, los bajos salarios pagados y, en general, el incumplimiento de la legislación agraria (Alarcón Caballero, 1990). La huelga fue declarada ilegal por un bando del gobierno y alcanzó ciertas cotas de violencia con acciones de sabotaje, viéndose reducida a partir del 10 de junio a trece localidades, hasta que se fue

⁴³ El autor de este trabajo menciona numerosos informes de párrocos de localidades granadinas que manifestaban el profundo anticlericalismo y alto grado de abandono de las prácticas religiosas que había caracterizado a las poblaciones rurales. La estrecha alianza e identificación de muchos párrocos con los oligarquías locales y sus intereses puede comprobarse en este informe escrito por el cura de Asquerosa (actualmente Valderrubio) fechado en 1938, en el cual mencionaba su escándalo ante el contenido de los mítines que se habían celebrado durante la República en el pueblo porque:

Estaban saturados de doctrinas disolventes y marxistas por lo que era frecuente oír que los frutos que habían producido con el sudor de su frente y las tierras que trabajaban, les pertenecían, que eran suyas y no de los propietarios. [Y añade que tales] predicaciones como era lógico llegaron a producir sus frutos creando una situación violenta en contra de la Iglesia y de persecución a la persona del párroco (Barrios Rozúa, 1999: 184).

consumiendo poco a poco debido al desgaste. A pesar del acuerdo alcanzado con el gobernador civil Muñoz Castellanos, por el cual éste se comprometía a velar por el cumplimiento de la legislación laboral en el campo, su destitución a los pocos días por presiones de la patronal evidenció la poca disposición a ceder ante las demandas obreras. A partir de esa fecha se produce una progresiva radicalización de las organizaciones campesinas locales y provinciales, asumida por la dirección de la FNNTT ante "los continuos ataques de la derecha y de los terratenientes a la legislación social, la paralización de la Reforma Agraria, el incremento del paro y el hambre entre los campesinos más pobres y los jornaleros, y las *persecuciones* (en cursiva en el original) patronales" (Cruz Artacho et al, 2000: 75).

Esta contestación del orden agrario tradicional hundía sus raíces, como vimos, en tradiciones de protesta que tenían al menos setenta años de existencia en muchas comunidades rurales granadinas y que en el transcurso de esas décadas había ido desarrollando un amplio repertorio de acciones de resistencia, tanto en el terreno de las reivindicaciones laborales, como en el plano de la lucha por el acceso a los recursos naturales. De hecho, la discusión de la Ley de Reforma Agraria de 1932 incorporó en sus bases la posibilidad de recuperación de los comunales por parte de los municipios mediante una instancia ante el Instituto de Reforma Agraria para proceder al "rescate de aquellos bienes y derechos de que se consideren despojados, según datos ciertos o simplemente por testimonio de su antigua existencia"(Robledo, 2012: 112), cuestionando así su privatización y el uso oligárquico que de ellos se venía haciendo desde mediados del siglo anterior.

La victoria general del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936, vino a plantear un nuevo escenario de polarización política en tierras granadinas, debido a las acusaciones de fraude electoral que hicieron las organizaciones de izquierda por los resultados obtenidos en la provincia. Si bien en la capital el triunfo de la candidatura de izquierda fue incontestable, en el medio rural las denuncias por coacciones y manipulación que llegaban de todos los rincones de la provincia no tardaron en hacerse públicas. Un editorial de *El Defensor de Granada* así lo proclamaba:

Las elecciones en la mayoría de pueblos de la provincia de Granada adolecen de tales vicios, están plagadas de tantas arbitrariedades y falsean de tal modo el sentir del cuerpo electoral, que no se puede poner en duda la necesidad de su anulación por respeto al sufragio y por espíritu de la justicia.⁴⁴

⁴⁴ *El Defensor de Granada*, 18 de febrero de 1936, p.1.

Las manifestaciones pro anulación de los resultados electorales se sucedieron en casi todos los pueblos de la provincia durante los meses de febrero y marzo. Destacó particularmente la violencia de los enfrentamientos que tuvieron lugar en las calles de la capital el 10 de marzo, con motivo de la proclamación de una huelga general en protesta por las agresiones sufridas a manos de elementos derechistas el día anterior, en el contexto de las fuertes movilizaciones por una repetición de las elecciones en Granada. Los sucesos de marzo suponen el fin de toda posibilidad de convivencia entre la izquierda y las derechas en Granada (Alarcón Caballero, 1990). Finalmente, los resultados electorales granadinos fueron anulados oficialmente el 31 de marzo y las elecciones repetidas el 3 de mayo, logrando la mayoría absoluta la coalición de izquierdas del Frente Popular ante la retirada de la lista encabezada por la CEDA-Falange.

Con el nuevo gobierno del Frente Popular, los trabajadores trataron de implementar las políticas sociales presionando desde las organizaciones de clase, lo que provocó nuevas huelgas para tratar de vencer la negativa patronal al pago de los jornales fijados en las bases de trabajo. La modalidad de conflicto laboral más frecuente en la provincia de Granada fue nuevamente la práctica de imponer a trabajadores en determinadas fincas sin el consentimiento de los propietarios, alegándose la aplicación de la Ley de Laboreo Forzoso y reclamando a éstos el pago de los salarios una vez finalizada la jornada. Éstas prácticas se llevaban a cabo desbordando incluso a los dirigentes locales de la FNTT (Cobo Romero, 2004). En el caso del sector de la construcción en la capital, podemos mencionar el ejemplo de la bolsa de trabajo creada por el sindicato CNT, que llegó a tener más poder que la que había creado el propio Ayuntamiento y era apoyada por el sindicato socialista. Según el testimonio del cenetista Vicente Castillo en sus memorias inéditas:

En cada obra había tantos delegados según la importancia de la misma y sus características. Así, había un delegado por los peones, otro por los oficiales y otro por los ayudantes, en otras sólo de peones, como ya he dicho según las características de las mismas.

Los delegados entre otras misiones tenían la de comunicar a su comité la gente que podía trabajar en sus obras respectivas aun en contra de la voluntad del contratista, y esto era así porque si los compañeros que trabajaban en las obras decían que hace falta tantos peones, tantos oficiales, es porque hacían falta, esto iba en perjuicio (sic) ya que más gente trabajando más pronto terminaban la obra y sin embargo, los que trabajaban colaboraban en solidaridad con los parados y esta era la razón poderosa que esgrimían el comité de parados (Castillo, 1978: 88).

Del mismo modo, en las calles de la ciudad se impusieron los trabajos *al tope*, en una modalidad semejante a lo que sucedía en el medio rural desde la época de los alojamientos, con la salvedad de que en esta ocasión la iniciativa correspondía a los trabajadores y no a las autoridades locales. Diversas comisiones de inspectores iban revisando las calles y edificios de la ciudad para tomar nota de todas las obras que veían necesarias. Con estas presentaban denuncias en el ayuntamiento y se coaccionaba a la institución para que se solucionara el mal estado de la calle. Del mismo modo se operaba con los propietarios particulares de edificios:

Primero se trataba de convencer al propietario de la necesidad del arreglo de la clase de deterioros que tuviera la casa, tanto interiores como exteriores, y los que los vecinos denunciaban por el mal estado de las viviendas. Al mismo tiempo remediaba el problema del paro. Si a pesar del razonamiento no accedía, con el llamado "trabajo al tope" actuábamos. Esto es, el oficial que tenía que realizar la obra se presentaba en una de las casas suministradoras de material para la construcción pedía el que le hacía falta, ni más ni menos. Se hacía la factura a nombre del dueño de la casa que tenía que arreglar y el material lo mandaba a la casa de arreglo.

Con este material en la casa, el oficial y un peón se ponían a trabajar y una vez terminado el trabajo se personaban al dueño con la factura aclarando meticulosamente el trabajo realizado.

El dueño se ponía terco a pagar algo que él no había mandado hacer, pero en la mayoría de los casos los vecinos habían dado quejas de la situación del piso o de la casa en general, fuese como fuese el propietario terminaba pagando (Castillo, 1978: 88).

Otras reacciones ante la situación de paro fueron, en la línea de ir creando alternativas, la creación de colectividades agrícolas. En el pueblo de las Gabias se fundó el cuatro de noviembre de 1932 una filial agraria de la Sociedad Obrera *La Libertad*, adherida a la FNTT y desde la cual se planteó meses más tarde la gestión de las labores del cortijo de *La Jara* según la ley de Asociaciones. El 31 de agosto de 1933 se fundó la filial de arriendos colectivos aprovechando la mala situación económica de propietario, que estuvo dispuesto a llegar a un acuerdo y arrendarlo por diez años, pagando una renta anual de 18.500 pesetas. Sorteando las dificultades derivadas de la falta de capital para invertir en la compra de simiente lograron ir prosperando en las sucesivas cosechas, a pesar del boicot del resto de propietarios y autoridades locales de la zona:

Fuera de la finca, ya no hubo trabajo para los miembros de la colectividad. «Ya tenéis bastante con lo vuestro» -les decían socarronamente los caciques, viendo que allí no

cobran un céntimo--. Y como piadosa medida sacaron de la beneficencia a cincuenta de ellos “porque ahora ya no sois pobres”.⁴⁵

A pesar de las dificultades, un total de 210 personas llegaron a formar parte de esta Sociedad, que obtuvo una buena cosecha en 1935 y constituyó un referente para el resto de sociedades obreras granadinas (Izquierdo Rodríguez, 2012).

Gabrielle García menciona una experiencia semejante en el caso del pueblo de Cijuela, al recoger testimonios que explican cómo, debido a las dinámicas reivindicativas que habían empujado al alza los salarios en el campo, algunos terratenientes preferían alquilar una parte de sus tierras antes que seguir pagando a jornaleros cuyo salario había aumentado mucho. Esto condujo a una redistribución de parcelas en todo el municipio y la Sociedad obrera del pueblo explotaba colectivamente una parcela de tierra, que tenía por función responder solidariamente a las obligaciones contraídas entre los campesinos arrendatarios recientemente instalados y el latifundista. A cambio, cada uno de los arrendatarios debía aportar gratuitamente trabajo o material (García, 2014). No obstante, el acceso directo del campesinado granadino al cultivo de la tierra en el primer semestre de 1936 fue mucho menor que en otras provincias andaluzas. Tras la victoria del Frente Popular, entre marzo y julio de 1936, las leyes de Reforma Agraria ratificaron el asentamiento en Granada de 195 campesinos en un total de 1.342 hectáreas ocupadas, frente a los 5.300 campesinos que fueron asentados en las 34.309 hectáreas ocupadas de la provincia de Córdoba o los 693 asentados en las 8.271 ocupadas en la vecina provincia de Jaén (Malefakis, 1973). El hecho de que parte de las propiedades expropiables donde se produjeron esos asentamientos pertenecieran en Granada a pequeños y medianos propietarios en una proporción mayor que a latifundistas, explica el alto grado de tensión social que se fue acumulando en las comunidades rurales en vísperas a julio de 1936.

El contexto que hemos descrito hasta ahora vino a prefigurar el estallido de violencia que se vivió durante la guerra, así como muchas de las experiencias que en el transcurso de la contienda se llevaron a cabo. La década de 1930 fueron años de eclosión del movimiento obrero y campesino en la provincia, expresión de la reacción de los trabajadores ante la crisis en un contexto de escasez de recursos. Como vemos, el aumento demográfico como causa y la emigración como consecuencia no se ajustan a la experiencia histórica vivida en Granada. Ante unas circunstancias de aumento de población y falta de recursos, con el cierre de la posibilidad migratoria y la acumulación de

⁴⁵ "Un Koljov en la Vega de Granada. Los rusos de Gabia la Grande o el triunfo colectivista. Milagros de la fe socialista de unos campesinos españoles." artículo de Ricardo Zabalza en *El Obrero de la Tierra*, 1 de mayo de 1936.

problemas derivados de la estructura del mercado laboral granadino, empujaron a una creciente organización obrera y campesina y a un enfrentamiento cada vez más extremo con las clases dominantes de la provincia.

1.10 Tiempo de guerra y revolución en Granada (1936-1939).

Con el triunfo del levantamiento militar de julio de 1936 en la capital granadina, ésta quedó rápidamente en poder de las fuerzas sublevadas, mientras que la provincia se mantuvo fiel en su mayoría a la República. El fracaso del golpe a escala provincial se debió a la intensa movilización campesina que rechazó los intentos de la Guardia Civil de propagar la sublevación por el medio rural. Pasadas dos semanas del inicio de la rebelión, las nuevas autoridades rebeldes sólo controlaban, y con problemas, el área metropolitana que circunda a la capital. Ante esta situación y por el temor a que pudieran reconquistar la capital las milicias campesinas que cercaban la ciudad, procedentes de los pueblos y provincias limítrofes, las autoridades rebeldes respondieron con un régimen de terror "que más tarde daría lugar a la implantación de un modelo de dominación política que se vertebra mediante una violencia estructural (represión en el primer franquismo) de naturaleza clasista" (Gil Bracero & Brenes, 2009: 305). Las noticias y crónicas publicadas por diarios como *Solidaridad Obrera* acerca de la violencia desatada contra la población trabajadora en la ciudad de Granada fueron constantes, así como los llamamientos a la lucha contra el fascismo.⁴⁶

La resistencia al golpe de Estado en los pueblos fue un hecho generalizado en la provincia de Granada. Esta resistencia se vio acompañada por un ataque y apropiación de edificios e infraestructuras, afectando particularmente a las propiedades de la Iglesia, así como a cuarteles,

⁴⁶ El viernes 11 de septiembre de 1936, *Solidaridad Obrera* publicaba un llamamiento a los granadinos residentes en Barcelona para que alistaran a luchar en las milicias que trataban de entrar en la capital granadina:

A los granadinos residentes en Barcelona.

Un grupo de compañeros pertenecientes a la CNT-FAI, evadidos de las garras de las bestias fascista en Granada, hace un llamamiento a sus conciudadanos residentes en ésta para que se incorporen al grupo que están formando para salir a combatir a aquel frente.

Paisanos granadinos, hombres de coraje y corazón, hay que coger el fusil para aplastar la furia desencadenada fascista, porque de no hacerlo rápidamente, no van a dejar ni uno de nuestros hermanos trabajadores. Por la libertad del pueblo granadino y para salvar de la masacre a nuestro pueblo heroico, en pie todos y adelante, hermanos de Granada.

Para alistarse, al Comité Revolucionario de la Plaza de España, Hotel número 1 (*Solidaridad Obrera*, 11 de septiembre de 1936, p. 4).

Cinco días más tarde, el miércoles 16 de septiembre, un nuevo llamamiento publicado en el mismo periódico anunciaba la creación de la columna de milicianos para acudir al frente de Granada e invitaba a todos los andaluces que quisieran formar parte de ella, a acudir alistarse a la sede del Centro Andaluz. Se informaba además de que aquellas personas que estuvieran en posesión de un arma larga deberían llevarla al inscribirse (*Solidaridad Obrera*, 16 de septiembre de 1936, p. 11).

fábricas, molinos y casas particulares de miembros de las derechas locales. Juan Manuel Barrios ha señalado que la secularización que se llevó a cabo en las diócesis de Granada y de Guadix-Baza tras el fracaso parcial de la sublevación del 18 de julio fue la más radical de las llevadas a cabo en la época contemporánea. La práctica totalidad de los edificios religiosos fueron incautados y casi toda la iconografía religiosa que albergaban destruida o gravemente dañada (Barrios Rozúa, 1999-2000). Prueba de ello son las numerosas solicitudes que, a partir del año 1939, una vez finalizada la guerra, fueron presentadas por las nuevas autoridades franquistas para obtener ayudas públicas con las que reconstruir los efectos causados por la violencia en numerosos pueblos. Ese fue el caso del ayuntamiento de Pedro Martínez, cuyo alcalde solicitaría en diversos momentos entre 1939 y 1941 ayuda para la reconstrucción de la casa cuartel de la guardia civil⁴⁷ y la iglesia del pueblo.⁴⁸ En el caso de la importante localidad de Baza, su ayuntamiento solicitaría en 1941 la concesión de un crédito para reconstruir la casa cuartel de la guardia civil.⁴⁹

Para conocer mejor lo sucedido en Pedro Martínez y en otros puntos de la comarca de Guadix en esos momentos, contamos también con los testimonios recogidos medio siglo más tarde por Angelina Puig en sus entrevistas realizadas en Sabadell en la década de 1980 y donde encontramos el amplio repertorio de actitudes que acompañaron esos primeros momentos de resistencia al golpe de Estado. La neutralización de los focos sublevados, generalmente las casas cuartel de la Guardia Civil y el auxilio a otras localidades donde la situación no estuviera todavía controlada, como fue el caso de Guadahortuna y Guadix, fue una prioridad de los campesinos que se armaron para defenderse del levantamiento militar. El testimonio recogido de Antonia Valle Moreno refleja la respuesta que las organizaciones campesinas socialistas, en particular las mujeres de Pedro Martínez, dieron al golpe de Estado y como una parte de la juventud del pueblo acudió a combatir el golpe de Estado en la cercana e importante localidad de Guadix:

Pues ya está, que esperábamos, pues que decían que venían los fascistas. Que dijeron que había que ir a Granada, a salvar Granada. Que en Granada estaban los fascistas. ¡Claro y ya la federación de Granada, pues ya telefoneó a los pueblos! Y claro, pues ya se pusieron a alertar, pero no creyendo que tan pronto iba a caer Granada. Pues ya ves, allí, nosotros mandamos primero, yo el dinero de la Agrupación de Mujeres, casi todo lo mandé para armamento. Pero los que fueron de Guadartuna (Guadahortuna) ya se quedaron allí porque estalló el movimiento. Y el nuestro, Juanito el de Maximino -que entonces era mi novio- se

⁴⁷ AHDG, Legajo nº 130. Pieza: 028.

⁴⁸ AHDG, Legajo nº 1728. Pieza: 016.

⁴⁹ AHDG, Legajo nº 130. Pieza: 038.

quedó a punto de salir, por un día no se quedó allí. Ya los otros los que fueron a Guadartuna (Guadahortuna) ya se quedaron allí.

Y dijeron, bueno pues si ya están los fascistas en Granada, ya vienen "pa" Pedro Martínez. Ya pues creíamos que venían a Pedro Martínez porque muchos de los ricos del pueblo estaban en Granada. ¡Qué vivían en Granada! Y al decir que venían los fascistas, pues ya se fueron a Guadix. Y nosotros, los más jóvenes y las mujeres, pues salimos con aceigos. ¡Yo salí con una hoz! Y otras con cuchillos, otras con ¡con mancajes! ¡Yo qué sé! Cada una llevábamos ¡ya ves tú lo que representaríamos! ¡Pero chiquilla que íbamos como si, como si nos los fuéramos a encontrar y a liarnos con ellos!

Y ya se fueron para Guadix. Y entonces ya, la juventud que quedó, pues se fue, se fueron todos a Guadix. Y de allí, el primero que cayó, ya te digo fue el Juanito de Maximino. Y ya después toda la juventud pues allí ¡estuvieron luchando, hasta que quedó por los rojos! Allí también pasó la salsicha, pero quedó "pa" los rojos. Allí encendieron la catedral, o sea, ¡la catedral! ¡Y se veía una humareda salir! Sí, sí Guadix quedó "aplastá" por los rojos (Puig i Valls, 1990).

La situación de los frentes durante los primeros meses provocó que allí donde no triunfaron los golpistas, en las comarcas que quedaron en la retaguardia republicana, se produjeran episodios revolucionarios. Estos tuvieron lugar sobre todo desde el 18 de julio de 1936 hasta los meses iniciales de 1937 y en la línea de lo que había estado aconteciendo en las comarcas granadinas desde 1931 puede afirmarse que se produjo "una profundización y una aceleración en el proceso de transformación progresiva del orden social rural tradicional (...) mediante su gradual conversión en un nuevo "orden campesino y jornalero" (Cobo Romero & Ortega López, 2005). Numerosos testimonios de la época dan cuenta de las transformaciones que sucedieron en los municipios granadinos, hasta el punto de que la memoria de la época ha quedado impregnada tanto de los episodios de violencia que se vivieron, como de la subversión del orden social que se experimentó:

Entonces a todos los ricos les quitaron las tierras y los cortijos y echaron todos los pobres, seis o siete pobres a La Toscana. Nos echaron a La Toscana y allí estuvimos en la gloria, (era) una colectividad. En El Peral estuvimos también, otra colectividad (...) Estuvimos en El Peral primero, luego en La Toscana, porque en La Toscana había escuela y podíamos ir todos los muchachos.⁵⁰

⁵⁰ Entrevista a J.S.G...Nacida en la Puebla de Don Fadrique el 10/05/1927. Realizada en Ripollet (Barcelona) el 22/03/16.

Destaca por su elocuencia, el discurso pronunciado el 15 de enero de 1937 por Ignacio Gallego, de la Federación Provincial de la Juventud Socialista Unificada de Jaén, en la Conferencia Nacional de Juventudes que tuvo lugar en el Consistorio Municipal de Valencia. Sus palabras son una muestra de la dinámica revolucionaria que impregnaba el medio rural de la Andalucía que se mantuvo en la retaguardia republicana durante toda la contienda, fundamentalmente las provincias de Jaén y Almería y amplios territorios de las provincias de Granada y Córdoba. A pesar de las posiciones proclives a proteger las propiedades privadas y contrarias a las colectivizaciones defendidas por el Partido Comunista durante la guerra, la posibilidad de haber logrado finalmente acceder directamente al cultivo de la tierra emerge como una de las conquistas más destacables. En su caso destaca el papel de aquellos jóvenes campesinos que participaron activamente en la movilización social del período 1936-1939, mucho de los cuales emigrarían décadas más tarde a Barcelona o Madrid:

De una manera espontánea, sin recordar idearios, sin sectarismos de ninguna clase, todo Jaén, toda Andalucía, se movilizó para combatir al fascismo, y en todas partes veíamos falanges de jóvenes que, sin armas de ninguna clase, algunas veces con simples escopetuchas, salían a enfrentarse con aquellos fascistas que habían podido imponerse en algunas ciudades andaluzas (...) Toda la juventud del campo ha visto en esta guerra la hora de su liberación. Oídllo bien: jamás fuimos tan felices como hoy, felices porque vemos el triunfo, felices porque la tierra es nuestra. Lo olivos, por primera vez en la vida van a ser cogidos por los trabajadores y en beneficio de estos (...) La tierra, que ayer fue instrumento de explotación y de esclavitud; la tierra, que ayer no sirvió sino para engrandecer a los terratenientes y enterrar el dolor de los humildes, hoy va a ser instrumento de paz, de libertad y de progreso. La tierra es nuestra y la defenderemos hasta dar nuestra última gota de sangre (...) Los campesinos saben lo que se juegan en esta lucha. Ellos no habían sentido nunca la alegría de tener tierra buena. Hoy son felices, en la medida en que nosotros, comprendiendo los problemas de la hora en que vivimos; sabemos, dando riqueza a estos pequeños campesinos, llevar la alegría a sus hogares. Son felices, y como son felices, defenderán su felicidad cueste lo que cueste.⁵¹

⁵¹ *Discurso de Ignacio Gallego, de la Federación Provincial de la Juventud Socialista Unificada de Jaén, pronunciado el 15 de enero de 1937 en la Conferencia Nacional de Juventudes que tuvo lugar en el Consistorio Municipal de Valencia.* Imprenta Leonart, Valencia, 1937.p 3 y p.8.

El número de propiedades ocupadas directamente por los campesinos granadinos a título provisional, superaban hasta agosto de 1938 el medio millón, mientras que un total de 531.836 hectáreas habían sido expropiadas (Carrión, 1973: 135). Para el caso de Alhama de Granada, las memorias de Juan Gutiérrez Arenas transmiten con nitidez la imagen de como las organizaciones obreras del pueblo se hicieron cargo de la situación al huir o ser encarceladas las personas más adineradas: "Enseguida crearon un Consejo Campesino y organizaron las colectividades de las tierras y un molino de harinas, propiedad de don Paco Larios, que había huido con los fascistas. También organizaron un batallón de milicias, con el nombre de Batallón Granada" (Gutiérrez Arenas, 2012: 25). Esta combinación de una nueva organización de la economía en la retaguardia, con la necesidad de acudir al frente para luchar contra las tropas sublevadas fue una constante durante toda la guerra y a menudo provocó conflictos entre las fuerzas políticas republicanas.

La obra de las colectivizaciones en la Andalucía leal a la República no fue tan iniciativa del campesinado adherido a la CNT, sino que en Granada se contabilizaron a la altura del verano de 1937 un total de nueve colectividades, de las cuales al menos cinco eran de la CNT y otras cuatro eran conjuntas. Este número aumentó hasta las catorce colectividades a lo largo de todo el periodo de la guerra, de las cuales ocho fueron conjuntas CNT-UGT (Cobo Romero, 2004). En este contexto, la vida de las comunidades rurales experimentó un cambio profundo en la organización del trabajo. Del dos al cuatro de octubre de 1936, un Pleno Provincial de Sindicatos de la CNT reunido en Guadix aprobó unas *Normas a seguir en el control de la producción y el consumo de los pueblos* que venían a introducir unas orientaciones sobre la forma de organizar el mundo del trabajo en las comunidades rurales y que constituía una aplicación de toda una serie de valores sociales acerca, no sólo de la división sexual del trabajo, sino también del propio valor que el trabajo como categoría moral tenía en sí mismo. Algunos de los puntos aprobados expresaban lo siguiente:

7º Tendrá derecho a consumir todo el pueblo por igual, tanto los hombres como las mujeres y los niños, evitando por todos los medios el favoritismo y privilegio, y, como deber, han de trabajar todos los que estén útiles para hacerlo, así como los inútiles parciales se dedicaran a esas otras labores que puedan desarrollar, exceptuando a los menores de quince años y mayores de sesenta; las mujeres se dedicaran a aquellas labores fáciles o trabajos que antes efectuaban, así como a amasar pan, coser ropa y ayudar en todo lo que sea posible a los hombres, puesto que muchos de ellos se necesitan hoy para empuñar las armas contra el fascismo.

(...)

9º A los compañeros que son útiles para el trabajo se les controlará por medio de unos carnets de productores, o cartones semanales, en los cuales el Comité de taller, campo o construcción sellarán diariamente al comparecer al trabajo y este cartón o carnet será presentado en la Comuna, donde se le facilitará el comestible diario. Si por el contrario el carnet o cartón se presentara sin el sello diario del Comité de Trabajo, es prueba de que éste no ha comparecido al trabajo y no pudiendo comprobar con un motivo justificado su falta a la producción le será negado el sustento diario por vago y holgazán. En los casos excepcionales serán resueltos y discutidos en una asamblea del pueblo, para su deliberación y actitud a tomar con este individuo indeseable.⁵²

Las propias organizaciones se vieron confrontadas con su trayectoria durante la anterior etapa republicana. Ese fue el caso de la CNT granadina, fuerte en la capital y apenas presente en la provincia durante los años republicanos. Durante la guerra la organización confederal se vio muy nutrida de militantes huidos de la capital y expuesta ante la evidencia de que apenas contaba con base social en el medio rural. Un año después del comienzo de la guerra, en un informe de la Delegación Campesina en el Comité Regional, presentado en el transcurso del Congreso de Constitución de la Federación Regional de Campesinos de Andalucía, que se celebró en Baza entre los días quince y diecisiete de julio de 1937, Antonio Rosado reconocía abiertamente la falta de interés por la cuestión agraria que había caracterizado a la CNT andaluza:

Quizás no me equivoque al decir que el setenta por ciento del proletariado andaluz es auténticamente campesino, que la mayor fuerza de nuestra Organización Confederal en Andalucía estuvo siempre en el campo y que, a pesar de esto, no pondré en mis palabras nada de más si afirmo aquí que en nuestra región predominó siempre la Organización Industrial sobre la Campesina, en eso de regir el desenvolvimiento de la misma, marchando siempre los organismos de campesinos - a pesar de la superioridad de sus fuerzas - del brazo de los organismos industriales, como hermanos menores.⁵³

Señalaba asimismo como un grave error la existencia de un conflicto interno en la organización entre los sectores industriales, representados por los ramos de la construcción, el textil, el vidrio, electricidad, madera, metalurgia, etc., que hasta la fecha se habían mostrado reacios a que los campesinos andaluces contaran con una organización propia. Esto es una prueba del mayor alcance

⁵² *Solidaridad Obrera*, 11 de octubre de 1936, p. 5.

⁵³ *Memorias del Congreso de Constitución de la Federación Campesina de Andalucía*, celebrado en Baza (Granada) en los días 15 y 16 de Julio de 1937. p, 40.

que tuvo la implantación de la organización socialista en el medio rural y también del relativo poco empuje de la experiencia colectivista en el medio rural granadino durante la guerra, en comparación con otras regiones. De hecho, en un dictamen del mismo Congreso se planteaba la importancia de formalizar lo que *de facto* ya estaba sucediendo en muchos pueblos: la unidad de acción con UGT, al reconocer que en el caso de la Andalucía oriental el grueso de las organizaciones campesinas estaba afiliadas a la UGT.

Para hacernos una idea de lo que estaba sucediendo en muchos pueblos, debemos acudir a los testimonios de la época. Antonio Vidal, corresponsal del diario *Solidaridad Obrera* que recorrió los frentes granadinos en septiembre de 1936, publicó diversas crónicas sobre la situación que encontró, tanto en la zona de combate, donde compartió la experiencia de los milicianos enrolados en la columna Maroto, como en la retaguardia. De las descripciones realizadas sobre la situación en los pueblos granadinos y las transformaciones revolucionarias que se habían producido en ellos, destacamos la entrevista realizada al Comité de la localidad de Iznalloz, compuesto por ocho miembros de la CNT y de los partidos socialista y comunista:

Conversamos un rato con ellos y sus respuestas a cuanto preguntamos fueron categóricas:

-Aquí no existe la moneda. En Iznalloz hay una Comuna general que abastece los cinco despachos que diríamos son sus sucursales. Para adquirir en ellas lo necesario para vivir es indispensable la presentación de una libreta donde está anotado lo que consume y consta también en la misma el trabajo realizado por el consumidor.

-¿Y el que no pueda trabajar? -le interrumpimos-

-Este tiene exactamente los mismos derechos que un productor, siempre que se trate de un enfermo, de un anciano o niños, lo mismo que estén adheridos a la familia del productor o que estén solos. Sería un crimen abandonar a los que hasta hoy la sociedad que muere los tenía retirados de la vida de los demás seres.

-¿Se presentan dificultades para la organización del trabajo?

Ninguna, las cosechas se hacen en común y la fraternidad entre los campesinos supera un cien por cien a la que antes existía.

-¿Cuáles son las especialidades que produce este clima?

Aquí las cosechas principales son de trigo, cereales de todas las clases y especialmente el aceite, que lo hay en abundancia. Además, se cría mucha ganadería.

-¿Se puede afrontar sin grandes preocupaciones la guerra civil en este departamento?

Nosotros quisiéramos que la situación se normalizara cuanto antes, pero si los que han ensangrentado a la nación persisten en su actitud, podemos asegurar que el pan y los otros

comestibles indispensables, en esta comarca, no escasearán. Mientras que unos luchan en el frente los otros, con cariño, como nunca lo habían puesto, laboran las tierras.

-Sin embargo, os faltan alimentos que vosotros no tenéis.

Teníamos un alto concepto de la sociedad que se está forjando y desde los primeros días hacemos el intercambio de productos con otras comarcas e incluso con otras regiones. Lo que nos falta lo suplimos con lo que nos sobra.

-¿Viven como vosotros los demás pueblos de alrededor?

Toda la comarca vive en Comunismo libertario. Ha quedado abolida la moneda.⁵⁴

Más allá de la dimensión de *utopía revolucionaria* que a menudo acompaña la valoración histórica de la experiencia colectivista, éstas representaron la puesta en práctica de un modo de economía social que formaba parte de un proyecto de sociedad muy concreto. Discrepamos, por tanto, de aquellas valoraciones que sobre la revolución acontecida en la retaguardia republicana granadina durante el período 1936-1939, niegan el valor transformador de una experiencia que, a pesar de sus limitaciones, impactó con indudable potencia en las percepciones del mundo y en la ampliación del ámbito de posibilidades para todas aquellas personas que lo vivieron de una forma más o menos directa y se vieron beneficiadas por estas transformaciones. Creemos, por tanto, que aquellas conclusiones que llevan a calificar a este fenómeno de “bienintencionada utopía localista pero imposible de perdurar por limitaciones teóricas obvias teniendo en cuenta las circunstancias específicas de guerra civil” (Gil Bracero, 1998: 335), eluden interrogarse sobre su relevancia en tanto que modo de resolución de necesidades concretas y plasmación de las aspiraciones históricas del movimiento campesino andaluz. Tampoco aciertan a explicar el alcance subjetivo de estas vivencias, ni en qué medida, durante sus casi tres años de existencia, implicaron cambios profundos para sus protagonistas, en la forma de concebir el trabajo y la relación con la tierra. El significado que nos interesa rescatar aquí sobre lo que supuso la revolución en Granada, no reside por tanto en el hecho de que perduró más o menos tiempo, si no en la evidencia de que implicó la puesta en práctica, con sus aciertos y limitaciones, de un modelo alternativo de sociedad. Lo sucedido en la retaguardia republicana granadina durante la guerra civil, constituyó un referente en cada una de las localidades en las que tuvo lugar una transformación del orden social y perduró en la memoria, tanto de aquellas personas beneficiadas por la revolución como de aquellas interesadas en que nunca más volviera a suceder algo semejante.

⁵⁴ *Solidaridad Obrera*, 18 de septiembre de 1936, p. 5

Como señaló Luis Garrido (2009), las colectividades fueron una alternativa de origen sindical que trató de resolver por la vía directa los problemas que enfrentaban las clases trabajadoras andaluzas en la década de 1930. La propuesta colectivista tomó forma durante la guerra civil implantando un modelo de austeridad y un orden moral presidido por el igualitarismo y la solidaridad de clase. Su planteamiento se basó en el ejercicio del derecho a una subsistencia digna basada en el trabajo de la tierra y sus autores fueron campesinos interesados en conservarla y sostener su equilibrio ecológico, para que les permitiese vivir dignamente en sus localidades de origen, «sin necesidad de verse obligados a emigrar, como terminó ocurriendo entre las décadas de 1940 y 1970, ya en plena dictadura franquista, cuando se vio que no había ninguna esperanza de alcanzar esos objetivos interiorizados por los trabajadores rurales españoles» (357-358).

La guerra y la movilización que provocó, acompañada de una cierta irrupción del mundo industrial en el campo, impactó poderosamente en la visión del mundo del campesinado, fundamentalmente en las generaciones de campesinos más jóvenes afectados por la movilización militar. Sin embargo, los testimonios que hemos podido recopilar entre combatientes republicanos del medio rural andaluz apuntan más bien a un deseo de continuar realizando labores agrícolas. Podemos observar esta reivindicación del derecho a seguir siendo campesinos en publicaciones granadinas como *Nervio*, órgano de la 147 Brigada Mixta, antigua Columna Maroto militarizada. En su tercer número, editado en la primavera de 1938, publica una pequeña encuesta a combatientes de las brigadas mixtas 147 y 88, ambas milicias anarcosindicalistas militarizadas en su origen, en la cual se puede apreciar esa voluntad de muchos combatientes de vincular su lucha con el deseo de regresar a trabajar al campo una vez acabada la contienda de manera victoriosa. Ese es el caso de José Cuesta Aranda, ubicado en la 147 Brigada Mixta, 387 batallón, 4ª Compañía quien al ser preguntado por su profesión anterior a la guerra respondía: "Yo antes de ser militar era campesino en Granada la mártir. Ahora por encima de todo tenemos que actuar como militares. Esta es la opinión que me dicta mi conciencia". Al ser preguntado por lo que haría cuando terminara la guerra afirmaba: "Cuando termine la guerra mi mayor orgullo es volver a mi oficio de campesino para engrandecer la economía de España". Por su parte, Cristóbal Corral Castro, ubicado en la 88 Brigada Mixta, 292 batallón, 4ª Compañía, reconocía ser un agricultor antes de la guerra y ante la pregunta acerca de sus planes al acabar la guerra, respondía: "Ocuparé el puesto que abandoné en el campo para empuñar el fusil y, así contribuiré a poner en marcha la nueva sociedad".⁵⁵

⁵⁵ *Nervio*, órgano de la 147 Brigada Mixta. Año 1, 1 Germinal 1938, número 3, p. 28.

Para nuestro interés particular, podemos observar en el reclutamiento masivo de jóvenes para cubrir las necesidades del esfuerzo bélico y su movilización a los diversos frentes de batalla, elementos a tener en cuenta a la hora de valorar los cambios en las pautas de movilidad del campesinado granadino tras la guerra. En su trabajo, María de Bolos i Capdevila destacó el impacto del servicio militar y a la guerra civil de 1936-1939, como formas de acceso al conocimiento de la ciudad. Por una parte, las masas de refugiados que llegaron para establecerse en Cataluña durante la contienda y por otra parte los grandes contingentes de tropas republicanas y franquistas que pasaron por Barcelona y se establecieron en ella entre 1936 y bien entrada la década de los cuarenta, tuvieron ocasión de conocer la ciudad y establecer comparaciones con sus lugares rurales de origen (de Bolos, 1959). Del mismo modo, el éxodo masivo de amplias capas de la población rural, huyendo ante el avance de las tropas franquistas, ocasionó cambios profundos en la vida de muchas familias, que experimentaron prolongados cambios de residencia a lo largo del periodo 1936-1939.

Las operaciones militares que concluyeron con la caída de Málaga en febrero de 1937, significaron la reducción de la Andalucía republicana a las provincias de Jaén y Almería, junto a la mitad oriental de las provincias de Granada y Córdoba. También provocaron una oleada de refugiados andaluces procedentes del sur de la provincia de Córdoba, de Cádiz y del Poniente granadino, que siguieron el camino de los malagueños, que fueron mayoritarios. En ese contexto se produjeron fenómenos comunes a muchas localidades malagueñas y granadinas, en lo que ha sido conocido como la *Desbandá*, y que en localidades del Poniente granadino como Alhama se conoce como la *Corría*, y que hace referencia al éxodo masivo de población civil ante el avance de las tropas franquistas en el contexto inmediatamente previo y posterior a la caída de la capital malagueña entre finales de enero y comienzos de febrero de 1937. Una vez llegados a Almería, las familias de refugiados fueron distribuidos en trenes y camiones por localidades de Castilla, Murcia, Levante y Catalunya, que fue una de las regiones mejor preparadas para acogerlos.

En el caso de Barcelona, que en marzo de 1937 acogía más de diez mil refugiados, los refugiados fueron primero concentrados en el estadio de Montjuïc y en varios refugios y posteriormente se planteó diseminarlos para aliviar la saturación de Barcelona. En un decreto aprobado en agosto de 1937 la Generalitat de Catalunya intentó integrar al colectivo refugiado al mercado laboral, estableciendo que podían retribuirse sus labores como cualquier otra. Lucía Prieto y Encarnación Barranquero afirman que la decisión política de distribuir a los refugiados por el territorio catalán y permitirles trabajar en Catalunya, buscaba crear cierta independencia económica “a la que se podía añadir la ayuda de los vecinos, sin que, de esta forma, se necesitaran grandes partidas para su sostenimiento (Prieto & Barranquero, 2007: 243). De ese modo a finales de 1937 se contabilizaban

en territorio catalán entre medio millón y setecientos mil refugiados, acogidos por instituciones de ayuda y también de forma individual, en lo que puede considerarse otro claro precedente de lo que sería la llegada de inmigrantes apenas una década más tarde, a finales de la década de 1940.

Como vemos, la conexión de las provincias orientales andaluzas con el Levante republicano y Cataluña se fue intensificando a lo largo de la guerra civil, tanto en lo que concierne al problema de los refugiados de guerra, como en cuanto al movimiento de tropas y cargos políticos que acudían a Valencia y Barcelona. La toma de Vinaroz en abril de 1938 y el corte de la zona republicana en dos, provocó para los territorios del Centro, Sur y Levante republicano la imposibilidad de alcanzar por tierra la seguridad de la frontera francesa desde abril de 1938. No obstante, encontramos numerosos granadinos entre las masas de refugiados que atravesaron la frontera francesa tras la caída de Cataluña a finales de enero de 1939 y, más allá, dado que muchos fueron hechos prisioneros e internados en los campos de concentración de Francia y de la Alemania nazi.⁵⁶ Lo que no podemos ignorar es el hecho de que durante aquellos años fundamentales, una amplia mayoría de la sociedad granadina comprometida con la lucha por derrotar a las tropas franquistas, se vinculó estrechamente con el Levante peninsular y aquellos vínculos perduraron y en muchos casos determinaron los itinerarios migratorios de las décadas siguientes.⁵⁷

La primavera de 1939 asistió al final de un ciclo marcado por la vorágine de las luchas sociales del periodo republicano y las experiencias revolucionarias de los años de la guerra. Unas luchas que, al situarse Granada en la retaguardia leal hasta prácticamente el final de la guerra, multiplicaron en buena parte de sus comarcas las posibilidades de experimentar profundas transformaciones sociales. Cambios que, más allá de la mera apropiación de recursos básicos, como era la tierra, fueron encaminados por lo general a garantizar las posibilidades de subsistencia y la distribución de la riqueza a los sectores más desfavorecidos económicamente del campesinado por parte de las organizaciones obreras. Las reflexiones de Michael Siedman (2010) sobre la evolución de la República durante la guerra, desde el plano de la experiencia y de las condiciones materiales ella población resultan reveladoras. Destaca en ellas el planteamiento de que la República fue superada logísticamente por los nacionales al mostrarse incapaz de poner en marcha una economía de guerra

⁵⁶ La lista de granadinos, en su inmensa mayoría varones, que murieron en los campos de concentración de Gussen, Mathausen y otros entre 1940 y 1942 es de 148, de un total de 905 andaluces y 4.440 españoles.

⁵⁷ En sus memorias, Juan Gutiérrez Arenas, oriundo de Alhama de Granada, mencionaba el hecho de haber estado con su familia refugiado en Alicante durante la guerra civil, tras haber escapado junto a sus padres y hermanos justo antes de la conquista de Alhama por las tropas franquistas en enero de 1937, conocido popularmente en Alhama como «el año de La Corría». En 1952, con 21 años, emigró a la localidad valenciana de Sagunto aprovechando la existencia de familiares que residían allí desde el final de la guerra, ya que no habían querido regresar a Alhama (Gutiérrez Arenas, 2012).

y librar una guerra industrial, en particular una guerra de trincheras que requería suministros masivos de alimentos, ropa, materiales y armas. Este factor fue determinante en la evolución del conflicto. Según este autor, "el que los soldados experimentaran hambre, frío y enfermedades en frentes tranquilos arruinó su deseo de continuar la guerra, y la protección de sus propios cuerpos acabó teniendo la máxima prioridad" (352). Por su parte, historiadores económicos como Albert Carreras y Xavier Tafunell (2004) han señalado que, a pesar de contar con una clara superioridad económica, la República no supo movilizar eficazmente sus factores productivos. El motivo es que una buena parte de las fuerzas políticas y sociales que la apoyaban no tenían como único objetivo ganar la guerra, sino que tenían otro objetivo que para algunas era incluso prioritario: construir una economía no capitalista, hacer la revolución social además de derrotar al fascismo en el frente.

Algunas reflexiones escritas al final de la guerra en torno a la decadencia del proceso revolucionario que se estaba viviendo en el medio rural granadino, reflejan una creciente decepción en las filas republicanas y una falta de voluntad de sacrificio por las causas colectivas y abstractas, que fue ganando fuerza con el transcurso de la contienda y abrió la posibilidad de encontrar soluciones individualistas alejadas de los ideales y valores de la lucha contra el fascismo. En uno de los últimos números de la revista *Hombres Libres*, órgano de la Federación Provincial de Sindicatos Únicos, publicado en Baza a comienzos de febrero de 1938, se vertían duras críticas contra lo que se denominaban *obreros millonarios*. Al afirmar que "La revolución ha venido a ser una fábrica de nuevos amos", se ponía el foco en una situación que, en el caso concreto de Guadix, estaba permitiendo a los comerciantes de la localidad amasar pequeñas fortunas en un contexto de grave escasez de víveres, anticipando situaciones que se habrían de vivir en la inmediata posguerra con el fenómeno del estraperlo. La falta de apoyo al proyecto revolucionario al final de la contienda era evidente cuando se denunciaba que:

El egoísmo se ha apoderado de muchos. Guardaban el dinero bajo siete llaves sin saber si al otro día van a morir hechos trizas por la metralla. Ni que fueran auténticos capitalistas. Lógicamente y para nosotros lo son. Y son peores, mucho peores. ¿Qué han hecho estos nuevos ricos? En materia constructiva, nada. En vez de ayudar a las colectividades campesinas, las destruyen negándoles su colaboración. Hoy el campo es el puntal más firme y necesitado de la guerra. ¿Qué ha hecho el comercio en bien del buen desarrollo del campo? Nada y nada. Para traer artículos y venderlos a triple de precio han sobrado camiones; pero para traer semillas y arados, nunca ha habido ni siquiera un sólo camión

disponible. ¡Un poco más de comprensión y antifascismo, camaradas "obreros millonarios!".⁵⁸

La etapa que clausuró la victoria del bloque franquista, fue sin duda alguna la que más lejos consiguió llevar las aspiraciones históricas de los trabajadores granadinos, en tanto que actores principales de la vida política de sus comunidades rurales y organizadores del mundo del trabajo conforme a unos valores igualitarios y empapados de una visión concreta de la justicia social. La creciente conflictividad que fue asentándose durante los años republicanos en la vida pública de la provincia, marcada por un enconamiento de las posturas enfrentadas, sería determinante para explicar las diversas reacciones que iban a caracterizar a la nueva etapa que comenzó. La guerra supuso la superación de un marco, el de la etapa republicana, donde lo que había sido políticamente factible a nivel legal apenas había conseguido introducir cambios debido a la resistencia patronal. El periodo que inauguró la guerra y la revolución que la acompañó estuvo marcado por una serie de acciones que, si bien antes resultaban políticamente impensables, consiguieron introducir cambios reales y concretos: el reparto de tierras y el control de la economía por parte de las organizaciones sindicales. Más allá del marco representativo de la política, es importante tomar en cuenta la profunda dimensión politizadora de la experiencia que vivieron muchísimas personas a lo largo de la intensa etapa que va desde abril de 1931 hasta finales de marzo de 1939 y el giro subjetivo que incorporaron a raíz del despliegue de todo un espacio de posibilidades que supusieron aquellos años de la guerra. Una politización que permitió vincular la dimensión colectiva y personal de la experiencia.

En una de sus novelas autobiográficas ambientadas en el final de la guerra civil, cuyo evocador título es *La muerte de la esperanza*, el periodista Eduardo de Guzmán reproducía una conversación ubicada el 28 de marzo de 1939. En ella logra reflejar la trascendencia del ciclo histórico que se cerró en la primavera de 1939 con la caída de los últimos frentes, la derrota definitiva del ejército republicano y la necesidad de huir para evitar la represión que se le planteó a los vencidos:

- Habíamos soñado algo totalmente distinto al final de la guerra, pero siempre la suerte de los vencidos tuvo poco de envidiable y nosotros hemos sido derrotados. En realidad, más que nuestra suerte personal, que de salir de España podremos solucionar con mayores o menores dificultades, me abruma el hundimiento de tantas ilusiones y el sacrificio inútil de

⁵⁸ «Obreros millonarios», *Hombres Libres*, febrero de 1938, p. 3

tantos compañeros muertos en el curso de la contienda. Lo nuestro tiene arreglo; y aun en el caso de no tenerlo, significaría añadir unos números más a una cifra ya estremecedora.

- Con el terrible inconveniente de que esos números serán nuestras vidas y no tenemos otras con que sustituirlas.

- Eso tiene, desde luego, una capital importancia para nosotros o nuestras familias. En cambio, la derrota gravitará durante generaciones enteras sobre la conciencia de todo un pueblo (de Guzmán, 1973: 284).

La situación de miseria que vino a imponerse en el mundo del trabajo granadino y el cierre definitivo de las posibilidades de transformación de la sociedad, provocaron el resurgimiento de antiguos repertorios de reacción ante la crisis, dominados por la búsqueda de soluciones individuales, como era la emigración. Esto vino a significar un cambio en las perspectivas comunitarias más amplias que habían caracterizado al periodo republicano y un cierre hacía el espacio de la familia. Sobrevivir se convirtió, a partir de entonces, en la máxima aspiración de una gran parte del mundo obrero y del campesinado granadino.

1.11 Conclusiones

A lo largo de este primer capítulo hemos podido observar ciertas particularidades de la configuración histórica de la provincia de Granada desde una perspectiva de largo alcance. En primer lugar, destaca el fuerte impacto de la conquista castellano-aragonesa a finales del siglo XV y las convulsiones sociales que un siglo más tarde ocasionaron la práctica expulsión de la población granadina y su substitución por un número inferior de colonos a comienzos del siglo XVII. La depresión económica que ocasionó este fenómeno no se vio superada hasta finales del siglo XIX, con la implantación de la industria azucarera, principalmente en la comarca más cercana a la capital granadina.

Desde finales del siglo XIX se observa un cambio en las pautas de movilidad de la población granadina. Por una parte, comienza a ganar fuerza la emigración a América y a Argelia, fomentada en el caso sudamericano por los gobiernos brasileño y argentino. Por otra parte, se consolidan los patrones de movilidad estacional. Las causas de la pauperización del campesinado granadino estuvieron estrechamente vinculadas a la implantación del Estado liberal y al impacto que ocasionaron las desamortizaciones y la paulatina privatización de los bienes comunales en el medio

rural granadino, afectando directamente a las capacidades de subsistencia del campesinado. Es en ese contexto en el que constatamos la aparición de las actitudes de resistencia dentro del repertorio de estrategias del campesinado. El rechazo a la transformación económica y al empobrecimiento que ocasionaron las desamortizaciones, unido a la proliferación de las ideas contrarias al absolutismo en tierras granadinas, crearon el caldo de cultivo para la emergencia de culturas políticas profundamente empapadas de valores que hacían hincapié en la justicia social. Episodios como la revolución campesina de Loja en 1861, es una temprana muestra del arraigo de estas ideas, fenómeno que podrá constatarse, particularmente en las localidades del Poniente granadino, durante el resto del siglo XIX.

La creciente politización del mundo del trabajo granadino, llevaría al desarrollo de un movimiento obrero a escala provincial que iría cobrando cada vez más fuerza a medida que avanza el primer tercio del siglo XX. A medida que se fue consolidando la capacidad de absorción de las corrientes migratorias provinciales por parte de la capital provincial, durante las primeras décadas del siglo XX, disminuyó la tendencia, ya de por sí baja, hacía la emigración exterior de la población granadina. Las crisis de empleo que fueron surgiendo durante ese período y las luchas contra la estructura política caciquil, forzaron la adopción de un repertorio de acciones cada vez más reivindicativo por parte del mundo del trabajo granadino en los últimos años de la Restauración. Paralelamente, la patronal y el empresariado granadino fueron endureciendo sus posiciones, lo que llevó a una escalada de la conflictividad social. Bloqueada por la crisis económica mundial, la emigración como vía de escape a las tensiones sociales dejó de cumplir su papel en la década de 1930. En cambio, la organización obrera y la lucha por el empleo se convirtieron en el instrumento principal de los trabajadores granadinos para plantar cara al empresariado y forzar la implantación de políticas redistributivas y creadoras de puestos de trabajo. La llegada de la II República favoreció un nuevo ciclo de protestas, que culminó con la guerra civil.

Durante la contienda las pautas de movilidad de la población granadina se vieron alteradas debido a los desplazamientos forzosos de la población y a la movilización de las tropas. También operaron cambios profundos en el acceso a los recursos, fundamentalmente la tierra, en aquellas localidades que quedaron en la retaguardia republicana. En definitiva, las transformaciones revolucionarias del período 1936-1939 supusieron la consecución de las aspiraciones históricas del campesinado granadino y una identificación del progreso con la implantación de un sistema social de base agraria donde se pudiera llevar a cabo un efectivo reparto de la riqueza. A pesar de sus limitaciones, esta experiencia tuvo un gran impacto en las generaciones que la vivieron. La victoria del bando franquista sentenció estas aspiraciones e inauguró un nuevo modelo de sociedad, castigando

duramente los intentos de transformación social que habían guiado a una buena parte del mundo obrero y campesino granadino en las anteriores décadas. Este nuevo mundo creado por la dictadura no tardaría en comenzar a expulsar nuevamente a aquellas personas que no pudieran ni supieran adaptarse a él, como veremos en el siguiente capítulo.



Capítulo II

Tiempo de miseria y castigo:
posguerra y represión en el origen
de las migraciones granadinas.

El objetivo de este capítulo es realizar una aproximación al impacto de la guerra en Granada durante los primeros años de la década de 1940 y hasta comienzos de la década de 1950. Para ello analizaremos los mecanismos de los que se dotó el nuevo Estado franquista desde el verano de 1936, para el caso de la capital y algunas comarcas, a escala provincial a partir de la primavera de 1939, para reprimir la conflictividad en el mundo laboral granadino, característica fundamental de todo el periodo anterior, sentando así las bases de un nuevo orden social. A lo largo del capítulo revisaremos el amplio repertorio de actuaciones represivas que se desarrollaron en el mundo rural granadino. Estas actuaciones estuvieron destinadas a castigar las trayectorias políticas y los comportamientos reivindicativos que se habían producido en la anterior etapa republicana y en el transcurso de la guerra civil. Observaremos, por tanto, la configuración de un espacio social donde fue tomando forma lo que podemos considerar una progresiva expulsión de las personas más comprometidas con la defensa de los derechos de los trabajadores y menos afines al régimen franquista. Se asentaron así las bases de un nuevo modelo de sociedad, cuyas consecuencias en el plano de la convivencia alteraron definitivamente los equilibrios en el seno de las comunidades rurales. Todo esto se produjo en un contexto de profunda crisis económica que, en la provincia de Granada, revistió con frecuencia el carácter de una crisis de subsistencia. Nuestros objetivos serán, por tanto, comprender la naturaleza de la represión de posguerra, así como las diversas estrategias para sobrevivir que desarrollaron las familias más perjudicadas por esta situación y qué relación tuvo esto con el fenómeno migratorio.

Adentrarnos por un tema tan trabajado en los últimos años como el de la represión franquista en la inmediata posguerra, requiere aclarar que nuestro objetivo en este capítulo es abordar la relación entre la represión y la movilidad de las personas, desde la perspectiva de las fracturas convivenciales en las comunidades rurales granadinas que dicha represión vino a agravar. Entendemos que una ruptura de la convivencia intracomunitaria como la que ocasionó el ciclo de violencia que comenzó en 1936, pero que hundía sus raíces en todo un largo periodo anterior que se había visto agudizado desde 1931, resulta fundamental para realizar un balance aproximado de las causas de las migraciones interiores en las décadas de 1940 y 1950. Los cambios en las pautas migratorias de este periodo indican que hubo una serie de elementos cruzados que influyeron, tanto en la dirección tomada por las nuevas migraciones, como en la magnitud creciente que fueron alcanzando. Estas transformaciones determinaron el arranque de una nueva dinámica migratoria en la población granadina durante la larga posguerra.

Un aspecto importante que queremos abordar en este capítulo y que emerge de los testimonios recopilados, es la intensa presencia de la actividad guerrillera en muchas comarcas granadinas y el

impacto que tuvo en la sociedad rural. Particularmente vivo es el recuerdo de la guerrilla entre aquellas personas que vivían en cortijos que transitaban por los montes granadinos. Ellos y ellas fueron los principales perjudicados por el grado de violencia desplegada, fundamentalmente por parte de la guardia civil y el ejército en contra de la población civil, También nos adentraremos a analizar de qué modo ha pervivido en las personas inmigradas a Barcelona la memoria del hambre y la escasez que se abatieron sobre amplios sectores del campesinado granadino.

Las fuentes que hemos empleado en este capítulo son fundamentalmente bibliográficas y documentales, aunque a lo largo de sus páginas comienzan a ganar importancia los testimonios orales y las biografías obreras. Estas fuentes nos permitirán adentrarnos a comprender e interpretar como fue vivida la represión franquista, tanto por parte de quienes la padecieron directamente, como de aquellos que convivieron con ella. Entre la documentación de archivo, debemos destacar las publicaciones consultadas en el Archivo Histórico de la Diputación de Granada, en particular diversos ejemplares del Boletín Oficial de la Provincia de los años 1946 y 1947, así como la documentación de la sección de Fomento, en particular la que corresponde a *Catástrofes. Regiones Devastadas. Guerra Civil*. En el Archivo de la Real Chancillería de Granada pudimos consultar diversos expedientes a personas encausadas tras la guerra civil, en particular el expediente de Lucas Gutiérrez López, natural de Alhama de Granada y del cual reproducimos algunos fragmentos.

En cuanto a la fuente hemerográfica principal, el diario granadino *Ideal*, hay que destacar que a partir de 1936 había adquirido una posición privilegiada y que su consulta permite acceder a una versión social del relato triunfante de la dictadura, a pesar de que con frecuencia se cuecen en sus páginas fragmentos de la dura realidad que se estaba viviendo en Granada en la década de 1940. En el otro extremo contamos con la información contenida en el diario personal de Antonio Olivares, joven campesino granadino emigrado a Tarrassa en la década de 1940, quien transmitió de primera mano su experiencia como derrotado en la Granada rural.

En cuanto a las fuentes orales, queremos destacar entre todas las entrevistas utilizadas para este capítulo los extraordinarios testimonios que pudimos obtener de dos personas que combatieron en la guerrilla y a quienes conocimos a través del trabajo del Foro por la Memoria de Granada sobre la fosa común del cementerio de Loja, que a día de hoy continua no intervenida por la negativa de las autoridades locales. A parte de nuestras propias entrevistas, que constituyen la principal aportación de este capítulo, hemos podido extraer diversos testimonios del Arxiu Històric de Comissions Obreres de Catalunya (AHCONC) en particular la colección “Biografías Obreras. Fuentes orales y militancia sindical” (1939-1978) y la Colección de Angelina Puig i Valls “De Pedro Martínez a Sabadell” (1920-1975), así como del Arxiu Municipal de L'Hospitalet de Llobregat.

2.1 Volver de una guerra perdida.

Aunque somos marxistas
no somos perturbadores
defendemos los derechos
de "tos" los trabajadores.

Pues no queremos señores
que exista ese privilegio
que a comer en esta vida
todos tenemos derecho.

No nos bajan de granujas
lo que huele a capital
tiene que llegar la hora
que muchos han de emigrar.

En la memoria de algunas personas del pueblo de Alhama de Granada quedaron grabadas estas coplas carnavaleras, obra del ya mencionado Juan José Serrato, *El Ministro Velarde* (Arenas Maestre, 2004: 20). En la letra aquí recogida quedaron reflejadas con sencillez, algunas de las aspiraciones más profundas del campesinado granadino de la década de 1930. Su advertencia final señalaba la realidad de un conflicto social profundamente enconado, que se desarrolló en un contexto altamente conflictivo del periodo republicano, donde la circulación de ideas y reflexiones era constante y formaba parte de intensos procesos de politización experimentados por amplias capas de la población trabajadora. El golpe de Estado de 1936 trató de poner fin a esta conflictividad, aunque para ello hicieron falta casi treinta y tres meses de guerra y una transformación definitiva de lo que había sido el paisaje humano y cultural de los pueblos granadinos durante las décadas anteriores. Los cambios irreversibles que la dictadura introdujo en Alhama de Granada y en el resto de localidades granadinas, alumbraron un nuevo orden social. En el nuevo contexto, la cuestión de la emigración planteada por los obreros alhameños en sus coplas no tardaría en volver a plantearse, aunque en un sentido opuesto al que imaginaban. Tras la aparente resolución del intenso conflicto de clases, había llegado el tiempo de la revancha patronal.

La prohibición de los carnavales, que eran una tradición fuertemente arraigada en muchos pueblos de la geografía granadina, vino a engrosar un abundante conjunto de medidas represivas destinadas a revertir los profundos procesos de politización experimentados en las décadas anteriores, anulando aquellos espacios desde donde podía llevarse a cabo una deslegitimación del poder. Distintos decretos promulgados por los militares golpistas desde finales del verano de 1936, a través de la Junta de Defensa Nacional, situaron fuera de la ley a "todos los partidos y agrupaciones políticas y sociales que desde la convocatoria de las elecciones celebradas el 16 de febrero han integrado el llamado Frente Popular"⁵⁹. Se ordenó así mismo la incautación de todos sus bienes. Este tipo de prohibiciones, secundadas por el papel desempeñado por la Iglesia católica a escala local, fueron el reflejo del verdadero objetivo de la represión: la aniquilación de la generación que había protagonizado la movilización social durante la II República y la guerra civil.

Acabar con la capacidad reivindicativa de los sectores más conscientes del campesinado y con su influencia social, fue una tarea que requirió de una cuidadosa planificación. Los abundantes estudios que sobre la represión franquista en tierras granadinas se han desarrollado, dan una imagen que se vio replicada en muchos pueblos y pequeñas localidades a lo largo y ancho de la geografía granadina. Recientes balances historiográficos sobre la represión franquista en Andalucía, muestran como la intensidad de los actos de violencia fue proporcional a la dinámica reivindicativa y huelguística del periodo precedente. El despliegue de una prolongada secuencia de enfrentamientos por causas laborales durante la II República, fracturó la sociedad rural andaluza y condujo a la guerra civil, entendida ésta como resultado de éstos enfrentamientos. El carácter de la represión franquista vino condicionado por toda la dinámica acumulada de décadas de conflicto social, de modo que esta violencia ejercida por el nuevo régimen supuso "el acto supremo tendente a la erradicación de cuantos agentes sociales, políticos, individuales o colectivos, habían puesto reiteradamente en peligro la pervivencia del orden patronal sobre la que se instaló el particular desarrollo del capitalismo agrario en Andalucía" (Cobo Romero, 2012: 38).

El regreso de los combatientes del ejército republicano a sus localidades de origen a lo largo de la primavera de 1939, puede ser considerado uno de los puntos de arranque de la posguerra desde la perspectiva que nos interesa destacar. En la gran mayoría de casos la intención de estas personas era reincorporarse a la vida civil, tras haber experimentado una extraordinaria movilización. La guerra civil supuso, como ya hemos señalado, una alteración masiva y prolongada en las pautas de movilidad de miles de personas. Estas experiencias que los excombatientes llevaron a sus pueblos

⁵⁹ Decreto de la Junta de Defensa Nacional, nº 108, 13 de septiembre de 1936.

de regreso en 1939, independientemente de en qué bando hubieran luchado, influyeron también, qué duda cabe, en ampliar su visión del mundo. Muchos habían salido por primera vez de sus municipios por mucho tiempo y entrado en contacto con un mundo que en muchos aspectos era nuevo. En el caso granadino se daba la particularidad de que la capital de la provincia no había cumplido un papel de ciudad-refugio durante toda la guerra, dado que cayó en poder de las tropas rebeldes desde el comienzo. Los refugiados granadinos de la mitad occidental de la provincia, que fue conquistada definitivamente por las tropas rebeldes a comienzos de 1937, tras la caída de Málaga, buscaron por lo general refugio en las numerosas localidades de aquella parte de la provincia que se mantuvo en poder de la República durante toda la guerra. También fue frecuente buscar el amparo en ciudades de Levante, como fue el caso de Alicante, Castellón o incluso la misma Barcelona, tal y como desarrollamos con más detalle en el capítulo anterior.

El nuevo régimen desarrolló una política represiva hacia muchas de las personas que regresaban a sus casas tras la guerra, y de manera más evidente, hacia los ex-combatientes republicanos, lo que contribuyó a profundizar esta experiencia de movilidad prolongada, dificultando el retorno a la paz de cientos de miles de personas. Entre finales de marzo y comienzos de abril de 1939, una vez abandonaron los frentes de batalla y entregaron sus armas, las tropas republicanas fueron internadas en su mayoría en campos de concentración antes de que se les permitiera el regreso a sus pueblos. El recuerdo de este regreso tras la guerra quedó grabado de manera imborrable en la memoria de los familiares de algunos de estos excombatientes. Para realizar esta investigación hemos podido utilizar únicamente el testimonio directo de aquellas personas que eran niños cuando presenciaron el regreso de sus familiares que habían estado luchando en el bando republicano. Es el caso de J.M.N., natural de Algarinejo, pueblo situado en la comarca de Loja, el límite occidental de la provincia de Granada, quien no olvidó el momento en que sus hermanos regresaron a casa al acabar la guerra: “Parece que lo estoy viendo cuando llegó, por el río abajo (...) Estaba mi madre en un llano sembrando melones”.⁶⁰

Ambos hermanos regresaron a Algarinejo a comienzos de la primavera de 1939. Ex soldados del ejército republicano, acababan de salir del campo de concentración de Manzanares, donde habían sido internados tras la caída de los frentes centro y sur a finales de marzo de 1939. Volvían al pueblo con conciencia de la obligación que tenían de presentarse a la guardia civil, pero ante todo con la intención de reencontrar a sus familiares y rehacer sus vidas, tras el duro paréntesis de una guerra que para ellos había culminado en derrota. El más joven de ellos, que había pasado la guerra en

⁶⁰ Entrevista a J.M.N. Nacido el 14/08/1929 en Algarinejo (Granada) y residente en Barcelona desde 1956. Realizada el 30/10/2014.

labores de intendencia destinado en Torredelcampo, en la vecina provincia de Jaén, no tuvo mayores problemas con las nuevas autoridades debido a su juventud, apenas 16 años. En cambio, su hermano el mayor, que era de la quinta de 1932 y tenía 28 años al acabar la guerra, fue a parar a la cárcel que se habilitó en la alcazaba de Loja. J.M.N., hermano pequeño de ambos, nos transmitía muchos años más tarde la imagen de esa juventud encarcelada, una dramática situación que se extendió a muchas otras familias por toda la provincia:

Una cárcel que la llenaron, los tíos cabrones. Me acuerdo... no lloré yo ná el día que se los llevaron. Los camiones en la puerta de la cárcel y yo agarrado al grifo de la fuente. Me decían “Pero hombre no llores”. Yo los detalles esos sí que no se me olvidan. Y mira que habían... todos jóvenes... veintitantos años y otros más jóvenes. Algunos no habían ido ni a la mili, vamos, que no tenían el tiempo.⁶¹

Una escena semejante se vivió en muchos otros pueblos de la misma comarca de Loja, como Salar, donde al finalizar la guerra, fundamentalmente en los meses de abril y posteriores, serían continuas y obligadas las presentaciones de salareños en las distintas comandancias y puestos de la guardia civil. Tras realizarles los correspondientes sumarios, se procedía a ingresarlos en la cárcel de Loja, donde entre 1939 y 1940 encarcelaron a alrededor de 130 hombres del pueblo. Después de sufrir en muchos casos torturas, su destino fueron nuevamente los campos de concentración, como el de Benalúa de Guadix, o las diversas colonias penitenciarias y batallones disciplinarios de soldados trabajadores, como los 95, 96 y 97 de Algeciras o Lora del Río (Montero Corpas, 2013). En el caso del hermano mayor de J.M.N., de Algarinejo, la suerte de contar con diversos avales le permitió abandonar la cárcel tras una breve condena. No fue esa la suerte de muchas otras personas, que vieron cómo se esfumaba la posibilidad de retomar su vida en paz. Un testimonio escrito por un hombre procedente de Villanueva de Córdoba, nos da una idea de situaciones de violencia local que pudieron verse replicadas en muchos pueblos andaluces, al producirse el retorno de las personas que habían luchado en el bando republicano durante la guerra:

Las personas que venían al pueblo lo hacían en aquel autocar, algunos de los viajeros eran gente que regresaban después de haber estado durante la guerra fuera o los que salían de la cárcel que regresaban con su familia. Los falangistas todas las tardes iban a la parada del coche de línea para ver quiénes eran los que regresaban al pueblo y si les parecía los volvían a detener junto con la familia que salía a esperarlos. Como mínimo los tenían unas pocas

⁶¹ Ídem.

semanas encerrados en los calabozos del pueblo, si no los pelaban y daban palizas (Caballero Castillo, 2011: 121).

El testimonio que dejó escrito Mariano Redondo Martín, socialista madrileño que estuvo preso en las cárceles de Baza y Granada entre abril de 1939 y los primeros meses de 1943, ayuda a conocer las lamentables condiciones de encierro en las colapsadas prisiones de Baza y, sobre todo, en la prisión provincial de la capital granadina. Con sus más de cinco mil presos hacinados en un edificio diseñado para albergar quinientos reclusos, esta cárcel formaba parte de un amplio y saturado dispositivo penitenciario compuesto por numerosos establecimientos, que incluían depósitos municipales, batallones disciplinarios de soldados trabajadores, destacamentos penales y campos de concentración. Repartidos y habilitados a lo largo de toda la geografía granadina, estos espacios fueron ideados para encerrar tanto a los mencionados combatientes republicanos que volvían del frente, como a las personas que más se hubieran señalado en sus localidades por su apoyo a la recién derrotada causa republicana. Una descripción de la gran cantidad de población reclusa que Mariano Redondo encontró en aquellas primeras semanas de encierro en la prisión de Baza, permite comprender mejor el sentido de la represión de posguerra en tierras granadinas:

Los componentes de esa gran masa no eran ni combatientes, ni dirigentes políticos y sindicales, ni hombres instruidos. Salvo excepciones, eran rudos campesinos que, durante los años de la República, frecuentaron la Casa del Pueblo y, en las manifestaciones del 14 de abril, dieron vivas a Azaña y en las de mayo a Besteiro y Largo Caballero. De eso, casi exclusivamente de eso, se les acusaba (Redondo Martín, 2010: 106).

Las intenciones de las nuevas autoridades fueron encaminadas a llevar a cabo una represión selectiva, que pudiera acabar con lo que había supuesto la mayor amenaza en la etapa anterior: la organización de los trabajadores y su acceso a las instituciones. En ese sentido, acudiendo nuevamente al testimonio de Mariano Redondo, destaca la experiencia que para él supuso coincidir en la prisión de Baza con algunos de los sectores más organizados del campesinado granadino y comprobar el plan de exterminio que en 1943, al momento de escribir sus recuerdos, todavía seguía en vigor:

(Entre los presos) Había excepciones afortunadas - de momento así lo creímos - de dirigentes de la Federación de Trabajadores de la Tierra y de las agrupaciones socialistas, alcaldes y concejales y gerentes de cooperativas agrícolas. Consideramos entonces, ingenuamente, que esos dirigentes campesinos habían tenido la fortuna de llegar hasta allí

sin quedarse tendidos a la vera del camino y que, por tanto, habían salvado la vida. Pronto pudimos comprobar nuestro error. A éstos, a los dirigentes campesinos, se los asesinó - se los sigue asesinando - uno a uno, sistemática y fríamente, triturándolos entre el engranaje de una máquina con apariencia de legalidad (Redondo Martín, 2010: 106).

Salvar la vida en estas circunstancias, con frecuencia dependía de la capacidad de llevar a cabo un acto deliberado de ocultamiento de unas ideas y unas capacidades. Sobre este punto reproducimos el testimonio de Antonio Quitián, destacado cura obrero granadino, acerca de un superviviente de esta época que él conoció en la década de 1960 mientras trabajaba en el mundo de la construcción. Su testimonio nos da una muestra del perfil selectivo de una represión que tuvo como claro objetivo aniquilar los sectores más conscientes de la clase obrera granadina:

El compañero de trabajo era un hombre de cierta cultura y facilidad de palabra. Entre otras cosas me contó que estuvo a punto de ser fusilado tras la guerra civil. Había sido sargento en la zona roja. Estuvo en la cárcel en espera de su juicio. Su familia conocía a un capitán que le aconsejó que en el juicio no se defendiera con muchas razones, sino que más bien apareciera como tonto. La razón no era otra, sino que la represión de la posguerra pretendía eliminar a las personas más capacitadas del mundo obrero (Quitián et al, 2010: 46-47).

La represión física y persecución de todos aquellos campesinos y miembros de los sectores sociales del mundo rural granadino, alcanzó unas magnitudes impresionantes durante los primeros años de la década de 1940, aunque ya venía siendo practicada en la capital y en las localidades próximas a ella desde el verano de 1936. Las investigaciones realizadas hasta ahora sobre la represión física en Andalucía, con cifras que apuntan a un número superior a los 50.000 fusilamientos entre 1936 y 1945 por parte de los militares rebeldes, “confirman la voluntad de exterminio impulsada por el bando sublevado contra la República desde los prolegómenos del levantamiento militar” (Gómez Oliver et al, 2015: 16).

Para el caso concreto de la provincia de Granada, el recuento de víctimas durante la guerra en la zona franquista, sumado a la represión posterior, es decir, personas que pueden identificarse con nombres y apellidos basándose en el vaciado de diversas fuentes oficiales, apuntaría a una cifra algo superior a las seis mil personas. Sumando la información aportada por los relatos orales recogidos al confeccionar el Mapa de Fosas de la Provincia de Granada, esta cifra oscilaría entre las 12.504 y

los 14.000 víctimas mortales (Gil Bracero & Brenes, 2009).⁶² Otros autores cifran el número en 8.500 víctimas mortales en Granada entre 1936 y 1951 (Cobo Romero, 2012). Lo cierto es que entre 1939 y 1945, los aparatos de justicia militar vinculados a la Auditoría de Guerra de la Región Militar de Granada (Andalucía Oriental) incoaron más de 60.000 causas. Un estudio de más de un tercio de las sentencias recaídas sobre vecinos con residencia en Granada, señala que sobre un 15% de los encausados fueron condenados a la pena capital y que al menos la mitad de ellos fueron ejecutados antes de 1945, mientras que al resto se les conmutó por penas de reclusión perpetua. Otro 25% de los reclusos fueron condenados a 30 años de prisión, con conmutaciones a 20 años y un 10% fueron condenados a penas de 20 años. Finalmente, casi la mitad del resto de procesados fueron condenados a penas de 12 años, con posibilidad de que les fueran conmutadas por penas de 6 años de prisión menor (Gil Bracero & Brenes, 2009).

Como venimos señalando, los objetivos de la represión fueron aquellas personas que previamente mostraron una significativa vinculación con las organizaciones políticas y sindicales, republicanas o de izquierda, ya fuera participando o impulsando la preparación de conflictos huelguísticos anti patronales durante el periodo de la II República, o bien formando parte de los comités y demás órganos de poder popular instaurados en la retaguardia republicana durante los años de la guerra civil. También podemos observar cómo se produjo otra represión de mayor alcance, destinada a escarmentar a sectores mucho más amplios de la sociedad. Este otro tipo de represión consistió en la marginación en el empleo y en la distribución de los servicios y prestaciones otorgadas por la nueva administración franquista de cuantos se habían declarado partidarios de las leyes y el espíritu reformista o revolucionario que predominó entre el campesinado y los sectores populares granadinos durante los periodos precedentes de la II República y la guerra civil. En el ámbito laboral, los patronos condenaron a la miseria, la postergación y el hambre a familias enteras por el sólo hecho de haber pertenecido, alguno de sus miembros, a las organizaciones políticas o sindicales de izquierda que tan influyentes fueron en el periodo inmediatamente anterior (Cobo Romero & Ortega López: 2005). Es precisamente este aspecto de la represión, su extensión al conjunto de la sociedad, donde queremos detenernos, puesto que nos ofrece una muestra de su alcance e impacto en la vida cotidiana de las pequeñas localidades rurales granadinas.

⁶² Sobre este particular, otros testimonios apuntan a que esta cifra aún pudo ser mayor: 27.157 víctimas ocasionadas por la represión (según un familiar de un teniente coronel de la Guardia Civil destinado a Granada durante los años cuarenta, cifra que habrían manejado internamente las autoridades militares); 26.000 ejecuciones según las pesquisas de un notario ex miembro de la Confederación de Derechas Autónomas (caso citado por Gabriel Jackson) o 25.000 víctimas que, según afirmaría Ian Gibson, constan en los documentos archivados en la Audiencia Territorial de Granada (Gil Bracero & Brenes, 2009).

2.2 Las modalidades de la represión a escala local.

Durante la década de 1940, una vez superada la profunda crisis de hegemonía que habían vivido las burguesías tradicionalmente dominantes en la Granada rural y urbana, el poder local fue ganando cada vez mayor acceso a los mecanismos creados por el Estado franquista desde la guerra, para la depuración política de sus adversarios en un sentido muy amplio. El análisis de alguno de los miles de expedientes generados por la Auditoría de Guerra de la Segunda Región Militar, permite observar el perfil de las personas que fueron juzgadas tras la guerra, así como la contribución que hicieron las nuevas autoridades locales a este señalamiento y depuración de aquellos individuos más comprometidos en cada localidad con el bando que acababa de perder la guerra. Tomemos el caso concreto de Lucas Gutiérrez López, con 39 años al acabar la guerra, casado y padre de tres hijos, chofer de profesión y natural de Alhama de Granada, donde era miembro de la Sociedad Obrera *Vida Moderna* y estaba afiliado al PSOE. El que fuera alcalde de Alhama de Granada una vez acabada la guerra, Miguel Ramos, remitía este informe el 28 de septiembre de 1939 al capitán Márquez Mira, juez militar instructor, que fue integrado en el expediente abierto a Lucas Gutiérrez López, por entonces encarcelado en la prisión provincial de Granada:

A su atenta comunicación de fecha 23 de septiembre actual, referente al procedimiento sumarísimo de urgencia nº 46703, contra el anotado al margen y efectuada la oportuna investigación acerca del mismo, resulta: Que antes del Glorioso Alzamiento Nacional fue secretario de la U.G.T. en esta población. Durante la dominación roja de esta ciudad, fue presidente de la U.G.T. Perteneció al Comité rojo de incautación establecido en la casa de Don Francisco Velasco y en la cual se hospedó con sus familiares. En ella constituyeron almacén y acopio de especies del ramo de la alimentación. Ejerció el oficio de chofer con un camión y en ese vehículo traía el producto de saqueos entre ellos del Cortijo de la Zahora, Cortijo de los Frailes, Pueblo Castillo de Tajarja, etc. Se dice vendió para su medro parte de las mercancías saqueadas. Hay rumor de que asistió conduciendo un coche al asesinato de Don Antonio Velasco. Cuando se liberó Alhama en 23 de enero de 1937 huyó de la misma a zona roja.⁶³

Juzgado por el delito de rebelión militar, Lucas Gutiérrez fue condenado a muerte y ejecutado en el cementerio de Granada el 26 de septiembre de 1940. Hubo miles de casos como el suyo. Resulta interesante resaltar como el impacto de la ejecución de esta persona afectó las vidas de sus personas

⁶³ Archivo de la Real Chancillería de Granada. Expediente a Lucas Gutiérrez López. Legajo 708.

más allegadas, amplificando de ese modo su efecto devastador. En las memorias que escribió Juan Gutiérrez Arenas, hijo de Lucas Gutiérrez, queda recogido como el regreso de su familia de la zona republicana sin su padre, que había quedado detenido en Baza al finalizar la guerra, se tradujo en una situación de extrema penuria económica. Lo habían perdido todo:

A la vuelta al pueblo ya con la guerra terminada, nos encontramos sin saber a dónde meternos. El abuelo materno nos dejó aquella cueva, que él la utilizaba para meter la paja de su burra y nos cedió lo que poseía, pues no tenía otra cosa. Allí, como Dios nos dio a entender, nos instalamos sin nada, ni una mesa, ni una silla. Para dormir nos dejaron un catre en donde teníamos que dormir los cuatro, los unos por la cabecera y los otros por los pies del catre y para comer nos sentábamos en unas piedras. Este calvario se fue prolongando bastantes años. (...) Después de haber pasado unos dos años y medio refugiados en la ciudad de Baza y debido a la situación que encontramos no tuvimos más remedio que albergarnos en la huerta de la Peña, en donde vivía el abuelo materno, y aunque teníamos edad de ir a la escuela, de momento la escuela que nos dio Papa Juan, como lo llamábamos a nuestro abuelo, fue ocuparnos de guardar una marrana (Gutiérrez Arenas, 2012, 87).

Estas dificultades materiales derivadas de la desaparición del principal proveedor de sustento familiar, condicionaron numerosas trayectorias vitales al empujar a muchos núcleos familiares a reestructurar sus roles y actividades para poder hacer frente a la difícil situación económica a la que se vieron abocados. En estos contextos, el recurso al trabajo infantil fue uno de los escenarios más comunes. J. P., hijo de un labrador partidario del Régimen que arrendaba un cortijo en la comarca de los Montes, describe cual fue la realidad que vivió en aquellos años y las estrategias que muchas familias utilizaban para hacer frente a la falta del salario del padre:

Mucha gente fue a la cárcel. Unos con culpa y otros sin culpa, por denuncias de otros, pero fue mucha gente a la cárcel. Lo que pasa es que luego unos y otros, mañana, fueron saliendo. Aquella gente trabajaba con el que se les presentaba. (...) Yo conocí un hombre que estuvo al menos siete u ocho años en la cárcel y tenía tres hijos y la mujer, la pobre, haciendo faenas y como podía. Y los hijos, los dos mayores, pues los ponía en los cortijos para guardar los cerdos y eso. Les daban de comer y, en fin, para quitárselos de encima. Y la mujer ya se quedaba nada más que con el otro hijo. Y cuando vino aquel hombre de la

*cárcel, todo dios le dio trabajo y era un hombre muy trabajador y con muy buena pose. Yo no sé por qué aquel hombre fue a la cárcel.*⁶⁴

Regresando a la familia de Lucas Gutiérrez López, podemos observar que experimentaron las consecuencias de su ejecución a través de un proceso de empobrecimiento que les condujo a depender enormemente de la solidaridad familiar, al quedar su esposa sola con tres hijos pequeños. La pobreza de la familia de Lucas Gutiérrez López se vio agravada por la pérdida del vehículo que poseía para efectuar su antiguo oficio de chofer. La pérdida del coche, su principal patrimonio y medio de vida, se produjo en un contexto de guerra, el del precipitado abandono de la población de Alhama de Granada, cuando el pueblo estaba a punto de ser tomado por las tropas franquistas en su avance sobre Málaga, durante el invierno de 1937. La imposibilidad de superar esta situación llevaría a sus hijos y a su viuda a emigrar a partir de 1952, primero a Valencia y posteriormente a Francia.

La desposesión de bienes materiales vinculada con la represión llegó a tener su plasmación en la Ley de Responsabilidades Políticas, promulgada el 9 de febrero de 1939. Efectivamente, más allá del castigo físico y de la depuración profesional de las personas comprometidas con la II República, la naciente dictadura promovió una política de incautaciones de bienes pocos meses antes del fin de la guerra. En la provincia de Granada se conoce la existencia de 11.884 expedientes incoados, correspondientes a 11.342 personas expedientadas por las Comisiones de Incautación de Bienes y los Tribunales de Responsabilidades Políticas, de las cuales 594 eran mujeres. Una represión que:

(...) se cebó especialmente, como en el conjunto de Andalucía, en las poblaciones de menor número de habitantes, donde todos se conocían (...) casi 81 de cada mil familias granadinas sufrió de una manera u otra sus efectos, convirtiéndose en una eficaz forma de humillar, señalar, controlar y silenciar a los adversarios, así como de afianzar el apoyo de los adeptos (Quesada Martos, 2015: 195).

Son muchos los testimonios que afirman que acabada la guerra se encontraban en la más completa ruina. El perfil del campesinado que durante el periodo republicano participó en las luchas sociales y más tarde se posicionó en el bando antifascista al estallar la guerra, a menudo coincide con el de pequeños propietarios y arrendatarios que se vieron desposeídos de tierra y enseres a raíz de su movilización voluntaria o forzosa. Muchos de estos campesinos, enrolados forzosamente e

⁶⁴ Entrevista a J.P.G., op cit.

independientemente de sus militancias políticas previas a la guerra, sufrieron la incautación de sus propiedades al regresar a sus pueblos dada su condición de ex-soldados republicanos (Marco: 2012). Las Comisiones de Incautación de Bienes desarrollaron una intensa labor confiscando las propiedades de los vencidos, que pasaron a manos de los vencedores y dejaron aún más expuestos al hambre y a la miseria que les aguardaba a ellos y a sus familias al acabar la guerra. En el caso granadino, destaca lo elevado del número de propiedades que fueron incautadas y cómo ya en 1938 el Gobernador Civil de Granada consideraba de justicia entregar unas mil fincas a los soldados rebeldes. En ese sentido, la Comisión de Incautación de Bienes de Granada no vio inconveniente en autorizar en el pueblo de Albolote “el arriendo provisional de las casas procedentes de individuos huidos al campo enemigo, aun estando ocupadas por parientes de los mismos” (Hernández Burgos: 2012, 112).

Otro factor importante a tener en cuenta fue la política penitenciaria franquista y cómo ésta incidió en el alejamiento de determinados miembros de las comunidades rurales de sus localidades de origen, muchas veces de forma definitiva. El martes 1 de abril de 1941 en Granada, fecha del segundo aniversario de la victoria franquista, se anunciaba en el periódico *Ideal* una noticia que habría de ser publicada en el Boletín Oficial del Estado el 2 de abril de 1941 y que informaba sobre la posibilidad de acceder a la libertad condicional para los condenados por rebelión con sentencias menores a doce años. En la noticia se especificaba que deberían residir a 250 kilómetros del punto en que delinquieron entre el 18 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939:

Los que obtengan la libertad, previa conformidad de la autoridad judicial militar, quedaran desterrados durante el tiempo que les reste de condena a más de 250 kilómetros del núcleo de población en que hubieran cometido el delito o que constituyese su residencia habitual. No serán de aplicación los preceptos de esta ley a los sentenciados por delitos comunes cometidos con ocasión de la rebelión.

En la parte expositiva de la ley se afirmaba que lo que en ella se disponía:

(...) se hace con el fin de conciliar ineludibles imperativos de justicia con las normas de generosidad en que se inspira de continuo el nuevo Estado, mitigando el rigor de la ley y devolviendo gradual y paulatinamente a una situación jurídica normal de libertad a quienes delinquieron en circunstancias que hacen posible esta benevolencia, sin daño para el bien

general y sin alarma para los que más de cerca hubieron de apreciar las consecuencias de aquellos delitos y padecer la convivencia con los delincuentes.⁶⁵

Resulta importante así mismo señalar que tanto la saturación de las prisiones como la dinámica que fue adoptando la labor represiva a medida que avanzaba la década de 1940, condujeron a la excarcelación y al paso al régimen de libertad vigilada de numerosos reclusos. El Decreto de Libertad Vigilada del 22 de mayo de 1943 conminaba en su artículo tercero a:

(...) observar la conducta político social de cuantos se hallen en libertad condicional por virtud de los Decretos de indulto concedidos a quienes fueron condenados como consecuencia de la subversión marxista por los Tribunales Militares y durante el tiempo que duren las condenas fijadas en las respectivas sentencias.

En aquel contexto se llevaron a cabo medidas para impedir la reconstrucción de los lazos sociales y políticos previos a la guerra y que pudieron influir en numerosos cambios de residencia forzados. En su artículo 4º, dicho decreto contemplaba la posibilidad de variar la residencia de aquellas personas cuya presencia en sus localidades pudiera resultar un inconveniente para el nuevo orden, afirmando que:

El Servicio de Libertad Vigilada, en constante relación con la Dirección General de Seguridad y los demás servicios similares, señalará al Gobierno los casos en que la concentración en una misma localidad de un excesivo número de liberados, sea inconveniente para el orden público e informará sobre la conveniencia de impedirlo variando las fijaciones de residencia cuando tales concentraciones puedan resultar nocivas para la seguridad pública.⁶⁶

Los testimonios recopilados por Angelina Puig entre 1984 y 1987 a granadinos inmigrados en Sabadell que habían luchado en el bando republicano, señalaban la suma de inconvenientes que tuvo esta generación para poder volver a residir en sus localidades de origen tras cumplir condenas de cárcel. Este fue el caso de J. Ramón Valle, nacido en 1917 y que con 19 años se presentó como voluntario a luchar con el bando republicano:

⁶⁵ *Ideal*, 01 de abril de 1941, p.1.

⁶⁶ Boletín Oficial del Estado, nº 161. 10 de junio de 1943, p. 5595.

Estalló la guerra, me fui voluntario a la guerra ¿eh? Luego se acabó la guerra. A los tres meses me metieron a la cárcel, hasta el año 43, del día tres de marzo del año 43 que salí en libertad. Luego en el mes... del 44, salió el juicio y me desterraron. En el 45 me llevaron en un batallón de "penaos" a Murcia. En la provincia de Murcia a un pueblo que le dicen el Almendrico, y tenía de presentarme en Lorca ¿eh? Y luego de ahí al año me recogieron "pa" ir a la mili en el batallón de "penaos" y estuve ocho meses. A los ocho meses me licenciaron y luego me tuve que ir a recuperar otra vez a donde tenía el destierro y a los cinco meses de estar allí me levantaron el destierro y me fui al pueblo. Esto fue en el año..., porque la quinta del 45 me "arrecogieron" a mí "pa" hacer la mili y estuve ocho meses y en el 47 me levantaron el destierro y me fui otra vez al pueblo (Puig Valls, 1990).

La implicación de sectores de la sociedad de cada pueblo al servicio de la consolidación del Estado franquista, no sólo permitió desarrollar una base social afín a la nueva situación política, sino que contribuyó a la depuración de las actitudes contrarias al régimen. Este factor profundizó todavía más la exclusión del espacio público de aquellas personas que en la década anterior habían participado de las movilizaciones políticas que aspiraban a transformar el tradicional orden social. Con el transcurrir de los años estos vecinos colaboradores con la represión, se consolidarían como las bases de apoyo social del Régimen más destacadas a escala local. De ese modo:

La política represiva adoptó la forma de un potente sistema de control destinado desde el principio a movilizar sus propias bases sociales con el fin de fomentar la colaboración y cohesión en torno a la naciente Dictadura. (...) La represión creó, pues, un enorme espacio donde quienes habían padecido aquellos tiempos de fuego, podrían castigar a los culpables y resarcirse así de su dolor públicamente. Las consecuencias ampliaron enormemente la fractura social iniciada con el golpe militar (Gómez Bravo, 2012: 576).

Sobre éste particular, testimonios como el de J.M.H., natural de Cogollos de Guadix, expresan con claridad el ambiente opresivo que se apoderó de las pequeñas localidades granadinas, principalmente en el caso de aquellas que habían estado durante toda la guerra bajo control republicano. Estos pueblos, incluso en aquellos espacios de mayor intimidad como los hogares, se convirtieron en lugares donde debían observarse numerosas precauciones:

Se veían cosas que ¡Vaya! Estabas en las casas asustado, como estamos ahora, y no podías hablar mal de nadie. Y a Franco ni mentarlo. Cuando ya Franco cogió el mando. Allí a la que te descuidabas, como algún vecino sintiera conversaciones que estaban hablando mal

*de Franco o de alguno de los del pueblo mal o algo, se iban de la lengua, daban el chivatazo y te picaban en las casas y venían (la guardia civil) y se los llevaban.*⁶⁷

Queremos aportar más evidencias de este fenómeno recurriendo nuevamente a las entrevistas que realizó Angelina Puig. De ellas extraemos una anécdota muy significativa que viene a ilustrar esta vigilancia que muchos vecinos desarrollaron respecto a aquellas personas significadas por su ideología izquierdista. En el caso de Antonia Valle, emigrada a Sabadell en la posguerra. En su testimonio encontramos un ejemplo de las dificultades que experimentaron aquellas personas que trataban de rehacer su vida después de haber cumplido condenas en prisión. Muchos años más tarde, a mediados de la década de 1980, Antonia Valle contó a su entrevistadora como había sido denunciada en su pueblo por leer el periódico en voz alta a unos vecinos:

Venían a que les leyera el periódico. Una vez vino un editorial sobre cuando Franco le pidió la devolución del Peñón de Gibraltar, venía un relato grande y venían cosas que siempre hablaba del partido comunista. Y claro, una mujer que había que le decían *La Pastora*, su marido era primo hermano de mi padre (...) yo leía el periódico y ella sentía que yo nombraba a los comunistas y ella se pensaba que las explicaciones que yo daba era algo, como te diría, algo clandestino, pero que me formula, que cosa me formuló que me denunciaron, que decía que yo tenía reuniones en mi casa.⁶⁸

A continuación, Antonia Valle relató como a consecuencia de esta denuncia tuvo que presentarse ante la guardia civil de su localidad, Pedro Martínez. A pesar de haber cumplido una condena de cárcel, el hecho de haber militado en el Partido Comunista le hacía objeto de sospechas. Su testimonio tiene el valor de mostrarnos los sentimientos y razonamientos de personas que se sabían expuestas a cualquier tipo de represalias debido a sus ideas y que conclusiones sacaron de aquellos sucesos. En este sentido su defensa ante el sargento de la guardia civil que le tomó declaración fue muy elocuente:

“Mire usted, yo se lo digo y se lo repito, que eso es incierto y si no que esa persona que haya venido a denunciarme y haya dicho eso me la pone usted delante de mí a ver qué reuniones y a ver que hablo yo de comunismo.” Digo: “Yo lo único que le digo a usted es que yo no he negado ante un tribunal que he pertenecido a un Partido Comunista, sabe usted, pero ya

⁶⁷ Entrevista a J.M.H.Nacido en Cogollos de Guadix el 09/09/1930. Realizada en Santa Coloma de Gramanet el 10/06/14.

⁶⁸ AHCONC. Colec.ció Angelina Puig. Entrevista a Antonia Valle. Transcripción propia.

deberá comprender que si hace cuatro días que he salido de la cárcel ¿Cómo hoy me voy a complicar más mi vida para yo meterme otra vez a donde he salido? Esto, si yo lo siento o no lo siento, se queda para mí”. “Mire usted, yo leo lo que dice la prensa. Ahora, si es que porque yo soy comunista que yo no puedo leer un periódico, que lo tira una prensa a la calle, digo, pues entonces yo quiero saberlo. Si yo no puedo leerlo, yo quiero que me lo digan ustedes. Yo no puedo leer más que lo que dice el periódico, y yo lo que dice el periódico lo entiendo. Ahora, si el que escucha no lo entiende y lo falsifica de otra manera, yo quiero que usted me ponga por delante esa persona.” Pues sabes lo que hizo el hombre aquel, cogió el papel y dijo “Mire usted la denuncia” hizo así y la rajó. “Lo único que le digo es que si usted siente algo, que se lo quede. ¡Porque hoy las paredes escuchan! (...) Usted tome mi consejo y si puede salirse de este pueblo, sálgase. Y cuando vaya por lo alto de la ermita” hizo él así con sus alpargatas (sacudiéndolas) “y hasta la tierra que le quede dentro ¡expulsarla!” Fíjate tú que persona. Y ya se ve que como rompió la denuncia, quedo aquello como mentira. Pero yo ya me dije: “Otra vez más y me voy a la cárcel”.⁶⁹

Aspectos que también debemos destacar fueron las provocaciones y agresiones, que tras la guerra hubieron de sufrir muchos de los familiares de personas que estaban encarceladas y que dieron lugar a numerosas respuestas, entre las cuales incluimos el abandono de la localidad. Ese fue el caso de Antonio Olivares Medina, un joven de la localidad de Alhama de Granada, que procedía de familia anarcosindicalista y fue voluntario a la guerra, combatiendo en la 195 Brigada Mixta. Inmigrante años más tarde en Terrassa, entre 1974 y 1976 dejó escrito para su familia un testimonio donde nos permite comprender algunas claves de estas situaciones conflictivas, que encontraron los excombatientes granadinos al volver a sus pueblos y que, antes o después, les iban a llevar a emigrar. En su caso relata cómo recién acabada la guerra se vio envuelto en una pelea con un falangista que había insultado a su madre, presa por esas mismas fechas en la cárcel de Málaga y condenada a doce años:

Estando en el pueblo, un falangista de aquellos que se creían los reyes en aquellos tiempos, en la juventud, en el juego, pasó por allí un guapo y se cagó en la madre que me parió, yo tenía 19 años (1.940). Lo único que pensé fue en mi madre que estaba pagando un castigo que no se lo merecía. Pues referente al falangista le pegué unos cuantos tortazos. Tuve suerte que la querida del Sargento de la Guardia Civil estuvo presente en lo ocurrido y le comunicó

⁶⁹ Ídem.

lo pasado. A mí me llevaron al Cuartel, no me dijo nada más que yo no podía llevar armas de fuego y si lo veía por un lado que me fuera por otro.⁷⁰

Años más tarde, a mediados de la década de 1940, tras haber cumplido un larguísimo servicio militar, Antonio Olivares volvió al pueblo y allí se encontró nuevamente con la tensa situación que había encontrado al acabar la guerra:

Algunos me miraban con un poco de distancia, por lo ocurrido en nuestro pueblo me guardaban el aire. Yo cuando llegué al pueblo buscaba al chulo falangista pero cuando me veía tiraba por otra calle. Mi hermano me dijo de venirnos por aquí, pero mi hermano lo decía para despreocuparme de aquel compromiso que yo tenía pendiente, me dijo de marcharnos a Barcelona.⁷¹

En el caso de la localidad de Santafé, el testimonio que pudimos recoger de S.P.R., hijo de un campesino socialista fusilado en 1936, evidenciaba la violencia y el marcaje social ejercido contra las familias de aquellos protagonistas políticos del periodo anterior que habían quedado sometidas en su condición de vencidas. Las amenazas contra aquellas familias que contaban con algún miembro asesinado, fueron una constante en la posguerra granadina e impregnaron el ambiente de numerosas localidades:

Yo me acuerdo de mi abuelo que me llevaba a una finquilla que tenía a la otra parte del pueblo y me llevaba cogido de la mano y uno de los matones de allí del pueblo, que siempre andaba sentado allí en la esquina donde el tranvía daba la vuelta, y siempre decía: “¿Dónde vas? Qué algún día te vamos a hacer lo mismo que a tu hijo”. Y mi abuelo se callaba porque ya veía que con aquella persona no podía... era un elemento. De allí (Santafé) salieron muchos falangistas. (...) En aquella época de lo que había pasado en mi casa no se podía hablar, ni con las hermanas de mi padre, con mis tías. Yo decía: “Tita, ¿Y mi papá? ¿Qué pasó con mi papá?” Se ponían blancas como la pared, porque entre ellas una también estuvo en la lista que casi se la llevaron. Y como era tan gordo que se llevaron a los dos hermanos, pues no se podía hablar.”⁷²

⁷⁰ Testimonio inédito escrito por Antonio Olivares Medina, nacido en Alhama de Granada en 1921. Facilitado por su hijo Juan Antonio Olivares.

⁷¹ Ídem.

⁷² Entrevista a S.P.R., op cit.

La suma de todos los fenómenos descritos, como fueron las incautaciones realizadas a buena parte de los vencidos, ya fuera en el transcurso de la guerra como a finalizar esta, junto con las agresiones, denuncias y vejaciones sufridas, así como la larga sombra de las políticas penitenciarias franquistas, contribuyeron poderosamente a debilitar los lazos que mantenían los individuos vinculados a las izquierdas y sus familiares con sus localidades. Estas circunstancias con el tiempo alimentaron la decisión de emigrar. De ese modo, la represión afectó a las movibilidades de las personas que fueron objeto de ella de dos maneras estrechamente vinculadas. En un principio, obligando a que las personas procedentes de la zona republicana regresaran a sus lugares de residencia habituales tras la guerra, para poder ser debidamente identificadas y, llegado el caso, represaliadas. En un sentido opuesto, también se forzó el abandono de estas mismas localidades, ya fuera por iniciativa de las autoridades locales o por voluntad de las personas represaliadas. El trabajo de autoras como Ángela Cenarro confirma que esta fue una dinámica común a muchas otras partes de España:

Dejar la comunidad y comenzar una nueva vida era muchas veces producto de la ruptura de los lazos sociales tradicionales por la agresión física o verbal, la denuncia o la humillación (...) La huella que dejó la represión en las pequeñas localidades rurales fue, por tanto, mucho más allá de la mera eliminación “de elementos incómodos”, porque las viejas relaciones de vecindad o amistad se destruyeron y las redes asociativas tradicionales quedaron desmanteladas (Cenarro, 2002: 80).

Para concluir, reafirmamos la importancia que la intensa represión tuvo en la ruptura definitiva de muchas comunidades rurales con un ejemplo concreto. En el caso de Montefrío, municipio situado en el corazón de la comarca granadina de los Montes Occidentales y que en 1940 contaba con una población de 13.246 habitantes de derecho, fueron un total de 502 personas las que pasaron por Consejos de Guerra y por el Tribunal de Responsabilidades Políticas. Si extendemos las consecuencias de la represión a sus familiares y a muchas otras personas que, sin ser sometidas a procesos penales, también fueron consideradas como merecedoras de castigo, podemos observar la naturaleza de la política revanchista que llegaron a ejercer las poderosas coaliciones de comerciantes, propietarios y arrendatarios rurales en municipios de poderosa base agraria, como era el caso de Montefrío (Del Arco Blanco, 2005).⁷³ Es en contextos como éste en los que podemos constatar el clima asfixiante que se llegó a vivir en muchas localidades ya que

⁷³ Para el caso concreto de Montefrío, María Isabel Brenes señaló que su proceso se asemeja al de muchas otras localidades granadinas, ya que, desde la perspectiva de las personas más desfavorecidas por el nuevo Régimen, estos pueblos se convirtieron en:

(...) dentro o fuera de la cárcel, en ocasiones, la diferencia no era tan grande. Las pequeñas localidades se convirtieron así en una réplica penal con muros invisibles, con guardias-vecinos, y con padres y madres encerrados con sus propias familias, desterrados en su propio pueblo. Solo la creciente emigración a partir de la década de 1950 rompió, de alguna manera, aquella sensación de angustia y claustrofobia (Gómez Bravo & Marco, 2011: 130).

En definitiva, uno de los pilares sobre los que se asentó la quiebra de la sociedad civil granadina en la posguerra, alejada de todo intento de reconciliación, fue la eliminación y exclusión de aquellas personas consideradas desafectas al nuevo Régimen. Autoras como Conxita Mir (2002) o Ángela Cenarro comenzaron a destacar hace años precisamente el elemento intra comunitario de una represión que, en muchos otros lugares de España “adquirió la forma de agresiones cruentas o de colaboraciones interesadas, y se convirtió en uno de los elementos definitorios de la relación entre vencedores y vencidos en el contexto de las pequeñas comunidades locales” (Cenarro, 2002: 69).

Para concluir queremos reafirmar la idea de que el amplio repertorio de violencias ejercido sobre la población no se limitó a los casos más evidentes de encarcelamientos y las ejecuciones, “sino que se acompañó de la humillación, la coerción y la explotación cometidas al amparo de la destrucción de todo tipo de garantías políticas y sindicales” (Mir, 2002: 193). A.R.H., oriunda de Purullena, las circunstancias que llevaron a su tío a marchar del pueblo y emigrar a Barcelona, como tantas otras personas que, silenciosamente, fueron abandonando los pueblos granadinos durante la década de los cuarenta, con destino a Catalunya y a otros lugares:

Mi tío no podía estar allí en Purullena porque mi tío sí era rojo, el marido de mi tía, que ésta era viuda de otro que murió en la guerra, lo mataron en la guerra. Pero se casó con otro y éste era rojo. Entonces allí no podía estar en Purullena y ya se tuvo que venir. (...) Allí quedaban muchos caciques. Allí estaba el que iba a Guadix a pegarle, que le quitó todos los dientes. No podía salir porque los caciques lo miraban ¡Como lo miraban! Y en cuanto pasara algo, hicieran algo, iban en busca de él. Le echaban la culpa de todo. Hacían ellos cosas malas para que las pagaran los demás. Y todos tuvieron que salir e irse por ahí.⁷⁴

Lugares que quedaron hundidos en la más profunda miseria monetaria, escasos de tierras y faltos de trabajo. Todo ello, unido al estigma de haber pertenecido al bando que perdió la guerra, empujan a sus habitantes a buscar un empleo lejos del lugar de origen. Así pues, estos pueblos que fueron objeto de represión franquista, reflejan las consecuencias en los movimientos migratorios (Brenes Sánchez, 1997-1998: 207).

⁷⁴ Entrevista a A.R.H. Nacida en Purullena el 1/11/1947. Realizada en Barcelona el 19/11/2014.

Pasemos a continuación a examinar otro factor de expulsión de la población que consideramos destacable en la historia de la posguerra granadina. Se trata del papel que la continuación de la lucha armada contra la dictadura tuvo en la destrucción de las posibilidades de retomar una convivencia pacífica en numerosas localidades granadinas y que impacto tuvo en los movimientos migratorios de posguerra.

2.3 Una guerra interminable: el impacto de la guerrilla en la emigración granadina.

La provincia de Granada fue uno de los escenarios principales de resistencia armada contra la dictadura, durante la primera década de posguerra y respecto al conjunto del Estado español. Como ya hemos visto, para un amplio sector de la población rural granadina la huida de la represión se convirtió en una necesidad prioritaria desde el final de la guerra. Al no haber podido alcanzar la relativa seguridad de la frontera francesa, tras el corte en Vinaroz de la zona republicana en abril de 1938 y al continuar un año más tarde sin perspectivas de poder abandonar fácilmente la Península, miles de personas quedaron atrapadas al finalizar la guerra. Esta circunstancia llevaría a muchos ex-combatientes republicanos granadinos a nutrir las partidas de huidos y guerrilleros que poblaron las sierras de toda la provincia, huyendo del ambiente de denuncias, detenciones y palizas que ya hemos descrito y que a menudo culminaba con largas condenas en las saturadas prisiones provinciales, con muchas posibilidades de acabar ante un pelotón de ejecución. Como relataba un hombre de Salar que vivió aquellos años de joven:

A los que venían de la zona roja, los que cogieron los metieron en la cárcel y los otros huyeron y son los que había en la sierra, les decíamos. Murieron una cantidad de gente enorme de allí del pueblo. Yo me acuerdo que los chavales allí al Salar le decían “Corea la chica”, porque había muchísimos de la gente que no habían querido entregarse. Otros, los que les dio tiempo de llegar a la frontera, pues se pasaron a Francia, se pasaron a otros sitios, pero allí murieron muchísimos.⁷⁵

Para el caso de la localidad de Loja, un antiguo combatiente de la Agrupación Guerrillera de Granada-Málaga recordaba cómo todos los que habían tenido alguna vinculación con las izquierdas, o bien se encontraban presos, o eran sometidos a una humillación cotidiana por parte de las autoridades militares destacadas en el pueblo durante la inmediata posguerra. Sin embargo, en este

⁷⁵ Entrevista a A.S.P. Nacido el 25/09/1945 en Salar (Granada). Realizada en Barcelona el 20/06/2013.

caso su testimonio pone de manifiesto la existencia de actitudes de resistencia por parte de elementos nuevos, como eran los niños del pueblo:

Había allí un tío que había estado en la División Azul. Tenía el grado de teniente. Y este tío era de Guadalajara, pero no sé por qué fue a parar allí al pueblo. Tenía las piernas cortadas, de una bomba. Llevaba... la primera vez que vi una silla de ruedas. (...) El tío este allí los cogía y les hacía hacer instrucción. Ya ves tú, hombres que a lo mejor se tiraban ocho o nueve horas trabajando en el campo, el campo es duro, pues venían cansados y mal comidos... ¡coño! es que caían al suelo. Presos y gente que no eran presos (eran) gente que venía del campo de trabajar, pero eran de izquierdas, que habían estado en la zona roja. Todos esos estaban fichados y a todos esos les hacían (hacer instrucción). A los presos los sacaban después de comer y a estos los sacaban cuando venían de trabajar. Tenían que pasar todos por allí. (...) ¿Qué hacíamos? Veníamos con los bolsillos llenos de piedras y cuando eso, pues a pedradas con el tío. Ya allí se formó un follón. (...) La guardia civil venía, éramos críos. La guardia civil llegaba y salíamos nosotros corriendo. Llegó esto a oídos del capitán y dijo: "Esto hay que solucionarlo. A los críos no te los puedes cargar. Aquí el que estorba es este tío". Y quitando a ese tío se acabó todo. ⁷⁶

Muchos de los que participaban de este sabotaje eran huérfanos, hijos de fusilados y de personas presas. En el mencionado caso de Loja, queda de manifiesto la existencia en algunas localidades granadinas de un sustrato de resistencia, que contribuyó a alimentar la especial intensidad que tuvo el fenómeno de la guerrilla en Granada durante la década de 1940. En Salar, pueblo cercano a Loja, la influencia de la gente más mayor, veterana de la guerra y por eso mismo represaliada por el nuevo régimen, nutrió el odio al franquismo de las nuevas generaciones. Esta transmisión de una cultura resistente, que remitía a una época reciente de mayores libertades que había quedado sepultada con el triunfo franquista, se vio también potenciada por la coyuntura internacional. A partir de finales de 1942, la evolución en los frentes de batalla de la guerra mundial empezó a presagiar un posible cambio en la correlación de fuerzas mundial con la derrota del nazismo, animando la implantación de la actividad guerrillera en diversas sierras de Andalucía oriental.⁷⁷

⁷⁶ Entrevista a R.M.M. Nacido en Loja el 10/12/1930. Realizada en Terrassa el 31/05/14.

⁷⁷ Oscar Rodríguez Barreira ha mencionado para el caso de Almería el creciente interés con que se seguían las noticias sobre la II Guerra Mundial:

Tanto los apoyos sociales del Régimen como sus detractores entendían que el resultado de la Guerra afectaría a la situación política en España en un sentido u otro. Esta percepción causó que en el momento en que las potencias aliadas comenzaron a recobrar el pulso de la Guerra, precisamente a finales de 1942, los izquierdistas recobraran ánimos y alimentaran esperanzas mientras que los sectores vinculados al Régimen, y más aún los falangistas, sintieran un intenso temor acerca de lo que el futuro les depararía” (Barreira, 2007, 308).

Pocos años más tarde, en la segunda mitad de la década de los cuarenta, tan sólo del Salar fueron cerca de cuarenta los jóvenes que ingresaron en la guerrilla. Más allá de los discursos ideológicos, las motivaciones para ello se hundían en las condiciones de miseria y represión que estaban viviendo en muchos de sus pueblos. Desde el barrio hospitalenç de la Torrasa, otro antiguo guerrillero recordaba muchos años más tarde los motivos que impulsaron a la juventud salareña a incorporarse a la guerrilla:

Lo que estaba pasando era... pufff. Que en el mundo habría otra cosa que lo que teníamos, habría que modificarlo. Además, los que estuvieron en la guerra, que vinieron, se juntaron y tenían unas ideas, pues te iban diciendo: "Puesto eso es esto y esto es aquello". Y tu aquello te hacía moverte el cerebro. ¿No comprendes? Y así empiezan las cosas (...) (Nos contaban que había) más libertad. Qué es que estabas en los pueblos y no podías salir de un sitio. Que la guardia civil no te dejaba vivir dentro del pueblo. A lo mejor había un corrillo (y llegaban): "¡A ver este corrillo, aire, cada uno para su sitio!". Estabas perseguido, no había libertad ni podías hablar lo que te diera la gana, ni había carnaval ni había nada. Nada, nada. Y claro, tú estás allí presionado y la juventud va recapacitando lo que escucha, lo que le han dicho. A lo mejor lo que no era siquiera, pero, vaya, y allí empieza el cerebro a darte vueltas.⁷⁸

La presión sobre muchas localidades vino agravada con la prolongación del estado de guerra. En el caso de las comarcas del Poniente granadino, como la de Loja y la de Alhama, el fenómeno de los huidos y guerrilleros provocó que el estado de guerra se prolongara durante la década de 1940 y que diversos destacamentos militares, concretamente de la Legión y los Regulares, quedaran instalados en las poblaciones durante años, participando en la actividad contrainsurgente, al igual que sucedió en otras zonas de presencia guerrillera. Obedecía esto a una visión del territorio y de la población como enemiga, un enemigo con el cual se debía tener precaución y contra el que se podía ejercer violencia. Sabedores de que en esas comarcas el apoyo del campesinado al Frente Popular y el nivel de militancia en las organizaciones campesinas durante la II República había sido muy alto, la función de estos destacamentos era, entre otros, poner de manifiesto el poder del nuevo régimen y la consideración que le merecían sus enemigos recién derrotados. María Rosa de Madariaga ha señalado la presencia amenazante en la inmediata posguerra de los tabores de Regulares en comarcas rurales a lo largo de toda la geografía peninsular. Dado que no parecen haber tenido un

Por su parte, Joan María Thomas (1997) en su biografía sobre el que fuera gobernador civil de Granada entre 1943 y 1947, José María Fontana Tarrats, cita varios informes emitidos por este en los cuales se mostraba alarmado por las muestras de alegría que se percibían en las calles de Granada ante la inminente victoria aliada.

⁷⁸ Entrevista a M.T.M. Nacido en Salar el 11/03(1930. Realizada en L'Hospitalet de Llobregat el 30/05/13.

protagonismo especial en los combates directos contra la guerrilla, “su presencia tenía sobre todo por objeto asustar y atemorizar a la población” (De Madariaga: 2006, 336).

Por esos motivos, el grado de indefensión de los habitantes de estos pueblos ante los abusos que cometían estas tropas llegó a ser tal que, en algunas ocasiones, tuvieron que recurrir a las mismas autoridades franquistas para buscar ayuda. En estos casos observamos como operaron determinadas solidaridades comunitarias para conseguir proteger a la población ante determinadas agresiones. R.M.M. describe el papel que, para el caso de Loja, desempeñaron dos hermanos del pueblo enrolados en la Legión, que sirvieron de protección a sus paisanos ante los abusos de las tropas marroquíes que también estaban destacadas allí:

Vino una compañía de la Legión y se aposentó allí en Loja, en un sitio que se llama la Cuesta de la Almona, allí había una plaza y unas casas grandes, que luego sirvieron de comedores (del Auxilio Social) Allí estuvieron ellos y me acuerdo que la Legión allí hizo cosas buenas, sobre todo por estos dos (los hermanos), porque allí había también una compañía de árabes, de moros, que los mandaba un teniente de Regulares. Estos paraban allí en el Ayuntamiento. Allí había un local y allí es donde paraban. Pues estos tíos se creían, los moros estos, que eran los dueños y llegaban a la sierra (...) y cogían cuatro o cinco ovejas.⁷⁹

La inercia represiva que tras tres años de guerra desplegaban las tropas regulares contra la población civil y que en algunos casos se remontaba a la represión de la revolución asturiana de octubre de 1934, no incluía tan solo la cuestión de los robos y el pillaje, sino que además afectaba de manera particular a las mujeres. La práctica de la violencia sexual contra las mujeres, no sólo era tolerada por los jefes y oficiales que mandaban tropas marroquíes, sino que con frecuencia se fomentaba (De Madariaga: 2006). El testimonio de R.M.M. recordaba algunas situaciones vividas en aquellos años de posguerra en Loja que quedaron grabadas en la memoria colectiva del pueblo:

Los moros andaban por donde les daba la gana. Un día, allí en la calle Honda (...) había una chica que se llamaba Ramona. Una chica que era modista, tenía unos veinte años. Era guapísima. Estaba allí con los padres, porque tenía otros dos hermanos más y los padres eran bastante mayores. Y fueron a violarla (...) fue a escapar, saltó por ahí (la tapia del patio) y salió por la puerta de otro sitio. El cuartel de La Legión estaba a unos doscientos

⁷⁹ Entrevista a R.M.M., op cit.

metros. Pilló y llegó allí al cuartel de La Legión. A esta chica la conocían los hermanos. (Le preguntaron).” ¿Qué pasa Ramona?” y les contó que la iban a violar. Y allá que le dicen al capitán, “Bueno, vamos a...”. Y los moros estaban allí, estaban todavía allí, eran cuatro moros. Y fueron a por ellos y los llevaron allí al cementerio y allí les pegaron dos tiros y allí los mataron. Pero enterrarlos no los podían enterrar dentro del cementerio (...) pues allí hicieron unos hoyos y allí los metieron.⁸⁰

Sin embargo, no toda esta violencia contra las mujeres era ejercida por las tropas acuarteladas en los pueblos granadinos, sino que también surgía por parte de elementos de la población local. Conscientes de que tras la guerra muchos hombres jóvenes habían muerto, estaban encarcelados o habían huido, algunos sujetos aprovechaban para ejercer la violencia contra sus familiares. En Algarinejo, esta violencia contra las mujeres que pertenecían a las familias represaliadas por el nuevo régimen dio lugar a escenas como las que pudimos recopilar a través del testimonio de M.M.N muchos años más tarde en Barcelona:

En mi casa, como tenía el huerto y la puerta de la calle, allí se ponían mis hermanas a coser que hacía más fresquito. Y yo me ponía en el escalón de la casa, sentada, jugando. Porque yo era pequeña... bueno, tendría 14 años, pero me ponía vigilando las calles por un lado y por otro. (Iba avisando) “Que vienen por ahí civiles, que vienen falangistas...” Y ellas se quitaban de en medio porque ellos lo que iban era buscando mujeres.⁸¹

La labor del nuevo régimen generó una conflictiva situación en muchas comarcas, agudizada especialmente desde la segunda mitad de la década de 1940, a medida que las prácticas contrainsurgentes puestas en marcha por la dictadura para acabar con la guerrilla fueron progresivamente fijando sus objetivos en las bases de apoyo de la guerrilla, el campesinado. Las consecuencias de esto fueron nefastas para la vida de muchas personas, que se vieron inmersas en una espiral de violencia cotidiana que cada vez fue adquiriendo proporciones mayores. La actividad contrainsurgente tuvo un impacto destacable en el caso del aprovechamiento de los comunales. Ésta era una práctica común para una parte importante del campesinado sin tierra, que encontraba en los montes granadinos recursos económicos para sobrellevar mejor las dificultades planteadas a las subsistencias familiares en aquellos años, a las que habría que sumar los largos periodos de paro estacional característicos de la economía campesina de muchas comarcas granadinas. Sin embargo, la violencia ejercida por parte de la guardia civil contra leñadores, carboneros y pastores que

⁸⁰ Ídem.

⁸¹ Entrevista a M.M.N., Nacida en Algarinejo en 1927. Realizada en Barcelona el 30/10/2014.

transitaban las sierras granadinas fue muy notable, ya que con frecuencia eran acusados de ser enlaces de la guerrilla. David Baird documentó el caso del pueblo malagueño de Frigiliana, en la malagueña comarca de la Axarquía, vecina a la de Alhama de Granada y donde también hubo una fuerte presencia guerrillera ubicada en las sierras de Tejeda y Almijara. En esta zona se llegó al extremo de ordenar por parte de las autoridades el desalojo y abandono del El Acebuchal, una aldea cercana a Frigiliana, en el verano de 1948. Hasta 1953, con la destrucción total de las partidas guerrilleras que operaban por la zona, no pudieron los vecinos regresar y recuperar sus casas (Baird, 2008).

Las memorias de Juan Gutiérrez Arenas, oriundo de Alhama de Granada y emigrado a Valencia en 1952, también nos ofrecen evidencias del impacto que tuvo la violencia ejercida por la guardia civil en la vertiente norte de estas mismas sierras de Tejeda y la Almijara. Una violencia llevada a cabo contra los familiares de los huidos en la sierra o contra muchas de las personas que allí vivían o buscaban su sustento. Las prácticas represivas incluían, entre otras cosas, la obligación de presentarse en los cuarteles, junto con los registros nocturnos, las detenciones o las palizas. Su prolongada incidencia en la vida de las personas que habitaban la sierra, se reveló en el transcurso de la década de 1940 como un mecanismo de expulsión del territorio de muchas personas. Así lo reflejan las memorias de Juan Gutiérrez Arenas:

A un amigo mío, también leñador como yo, un día lo cogieron los civiles en la sierra Tejeda, en donde él tenía costumbre de ir con su burra a por leña cada día. Parece ser que lo maltrataron física y moralmente. El muchacho cogió miedo, pues ya no se atrevía a subir por allí. Un día vendió su burra y con el dinero que recogió se fue a Barcelona, a donde ya empezó a marcharse mucha gente de Alhama. Poco tiempo después recibimos la mala noticia de que se lo habían encontrado muerto en un banco de la plaza Cataluña u otra plaza. El caso es que este muchacho joven y soltero, sin ninguna experiencia en la vida de las grandes ciudades y sin dinero, se marchó con otro y andaban deambulando para poder trabajar. En espera dormían y comían donde podían y tuvo mal fin. Estas experiencias las hemos pasado muchos (Gutiérrez Arenas: 2012, 56).

La extensión que alcanzó la violencia en aquellas comarcas, llevó a muchas personas buscar refugio en los pueblos, lejos de los cortijos, y finalmente emigrando ante la falta de perspectivas. Una mujer de Alhama de Granada que emigró a Barcelona en la década de 1950 y que vivió la inmediata posguerra inmersa en la realidad de los cortijos, comentaba las dificultades que para muchas familias campesinas supuso el encontrarse *entre dos fuegos*. Estas dificultades se concretaban para

ella en la exigencia de tener que satisfacer, por una parte, las necesidades de aprovisionamiento de los guerrilleros y, por otro lado, las de una guardia civil que constantemente hacía acto de presencia en los cortijos. La presencia de los guardias llegó a ser prácticamente cotidiana, ya fuera para realizar emboscadas, en busca de informaciones y pistas que pudieran conducir al paradero de los huidos o simplemente para ejercer el control sobre una población cuya lealtad al nuevo régimen era dudosa y debía ser continuamente comprobada. Esta mujer recordaba las consecuencias que tuvo para su suegro proveer de comida a los guerrilleros, en un momento en el que a la penuria económica se sumaba el temor a las represalias, dificultando ambas la vida del campesinado de los cortijos ubicados en zonas guerrilleras:

Él estaba en su cortijo y vinieron de la sierra y, claro, él les dio. Pero al salir le dijeron que como dijera algo, bajaban y le ahorcaban. Y pilló un susto que pa qué, pilló un susto que se bajó al pueblo.⁸²

Para superar estas dificultades de aprovisionamiento y fortalecer la red de enlaces, algunas de las partidas guerrilleras más grandes, como fue el caso de la Agrupación guerrillera Granada-Málaga, conocida como *Agrupación Roberto* por el nombre de su líder, organizaron un sistema de abastecimiento basado en la figura de los enlaces remunerados. Ya fuera por convicción o por la necesidad de ganar el sueldo que cobraban por sus servicios de transporte, numerosas personas se incorporaron a una organización guerrillera que a las alturas de 1950 contaba con cientos de personas implicadas en la sierra de Loja, entre enlaces, informadores y guerrilleros (Azuaga Rico: 2014).

Sin embargo, el cerco sobre la guerrilla se fue cerrando y las tareas de investigación llevadas a cabo por las fuerzas de seguridad del Estado franquista, encabezadas por el jefe de la guardia civil granadina, el coronel Eulogio Límia, empezaron a dar resultados. En la noche del 18 al 19 de agosto de 1950 los pueblos de Salar y Loja fueron rodeados por una fuerza compuesta por más de trescientos guardias civiles, quienes detuvieron a noventa y tres personas en Salar y sesenta y una en Loja. La importancia que en el fin de la guerrilla granadina tuvo la represión contra los enlaces, nos la transmite el testimonio de un antiguo guerrillero de Salar, residente en L'Hospitalet de Llobregat desde 1961:

⁸² Entrevista con R.C.M. Nacida en Competa (Málaga) el 28/10/1929. Realizada el 14/03/2013.

Mientras tuvimos, que nos mandaban de Salar comida pues si (estuvimos bien) pero como de Salar fueron todos a la cárcel, pues aquello se acabó. (...) Hubo dos redadas: en la primera cayeron noventa, detuvieron. Echaron a muchos que no eran, que no sabían nada y ya fueron averiguando por los chivatos que había, que nos espiaban y después hubo en septiembre otra redada. Los que se escaparon de la primera cayeron en la segunda.⁸³

Esta suma de golpes represivos, ejecuciones sumarias, deserciones y delaciones, unido a la actividad de las contrapartidas guerrilleras de la guardia civil y a la falta de apoyos logísticos que sufrió la guerrilla granadina, provocó su final un par de años más tarde. Sin pretender profundizar aquí en los pormenores del diverso y complejo proceso de liquidación de la experiencia guerrillera granadina, tras doce años de actividad en diversas comarcas de la provincia, sí que es importante destacar el impacto que en la vida de las comunidades rurales tuvo la represión contra los numerosos enlaces. Personas que, en su mayoría, cumplieron pequeñas condenas de prisión, pero que quedaron marcadas definitivamente por su implicación en la lucha, lo cual vino a suponer una segunda derrota entre finales de 1940 y principios de la década de 1950. Una derrota que reproducía muchos de los elementos que habían estado presentes en la inmediata posguerra. El testimonio de un veterano guerrillero residente en Terrassa nos transmitía así el destino que tuvieron muchas de estas personas:

En el 52, 53, de mi pueblo se vinieron medio pueblo aquí a Barcelona, a Sabadell, a Terrassa. Eran casi todos enlaces. Habían estado en la cárcel, los habían cogido, habían estado cinco o seis meses en las cárceles, porque no habían cometido delitos. Y al que no lo condenaban, le metían la ley de fugas. Allí en mi pueblo, de los enlaces, allí mataron doce. Con la ley de fugas. Los metieron en la sierra y decían que se habían escapado. ¡Ya ves tú! ¡Atados de manos y pies!⁸⁴

La dificultad para volver a empezar su vida en los pueblos granadinos, perpetuaba mecanismos de exclusión que tenían su base en una violencia que llevaba operando en esas comarcas desde hacía mucho tiempo y que sin duda la experiencia de la guerrilla había exacerbado. La culminación de ésta derrota conllevó por descontado la exclusión del mercado de trabajo en sus localidades de origen, lo cual, tarde o temprano, abocaba a la emigración, como efectivamente sucedió en muchos casos:

⁸³ Entrevista a M.T.M., op cit.

⁸⁴ Entrevista a R.M.M., op, cit.

*Allí no los quería nadie. (...) Allí ¿Quién es el que tenía, el que les podía dar trabajo? Gente de derechas todos, de derechas. Esta gente allí les estorbaba, no les daban trabajo. Al no darles trabajo tenían que irse a otro sitio.*⁸⁵

La larga sombra de la guerra, que se extendió con toda su crudeza en muchas comarcas granadinas hasta la década de 1950, debido a la persistencia del fenómeno de la guerrilla, tuvo un papel fundamental a la hora de determinar la emigración de muchas personas.⁸⁶ El testimonio de Salomé Pérez Moreno, nacida en Fornes, Granada, y residente en el Acebuchal, Málaga, cuando ésta localidad fue desalojada por la Guardia Civil en 1948, en el marco de sus operaciones contrainsurgentes en la sierra Tejeda, nos ayuda a reforzar esta idea. Su padre, el guerrillero José Pérez Moles, apodado *Ranica*, natural también del pueblo granadino de Fornes, vivió una vida que viene a resumir el itinerario de muchas personas mencionadas en estas páginas: guerra, prisión, huida a la sierra, participación en la guerrilla y muerte a manos de la guardia civil. Salomé Pérez lo expresaba así:

En verdad, más de una vez lo digo yo que mi padre, si hubiera sido de otra clase y hubiera tenido roce con nosotros, cuando vino de la cárcel, que ya venía libre de todos los problemas, nos hubiera cogido y nos hubiera dicho: “Bueno, pues vámonos a Barcelona mismo.” O a Francia. A vivir. Pero él nos dejó para atrás. Se quitó de en medio. Era un error haberse quedado aquí, pues si se hubiera ido a Barcelona, por ejemplo, hubiéramos buscado la vida todos. Se hubiera muerto cuando hubiera llegado su hora (Baird: 200, 295).

Esta percepción del compromiso guerrillero viene a mostrar la profunda identificación que en una determinada época existió entre la opción de emigrar y la necesidad de ponerse a salvo de una represión que era percibida como inevitable. Para el empobrecido campesinado de la Granada de posguerra, la violencia que se desplegó en torno a la experiencia guerrillera fue otro aspecto de un complejo escenario en el cual interactuaban otros factores que también castigarían con fuerza a los sectores más desfavorecidos por el nuevo Régimen, como fueron las graves crisis de subsistencia que se vivieron en la década de 1940.

⁸⁵ Ídem.

⁸⁶ Al conocido caso del guerrillero granadino Francisco Medina García, *el Yatero*, natural de Tocón de Quentar y que logró escapar a Francia junto con unos compañeros en el invierno de 1947. Con él que se reunió su mujer en 1951 tras pasar unos años viviendo en Barcelona (Ruíz Esteban, 2006). Por otra parte, en una obra reciente Antonina Rodrigo (2017) menciona el caso de María Garrido Marín, hija del guerrillero *Ollafría*, natural de Colomera, quien también emigró junto con su compañero tras sufrir numerosas vejaciones por parte de la guardia civil. Ambos se instalaron en una barraca en el barrio de la Salud de Badalona.

2.4. Los años del hambre

La inmediata posguerra estuvo marcada por una grave crisis alimenticia que afectó a las capas más humildes del campesinado. Ante este panorama se fueron ensanchando las desigualdades entre ricos y pobres, que con frecuencia respondían a las existentes entre vencedores y vencidos. Los testimonios consultados confirman el hecho de que las dificultades de acceso a una alimentación suficiente afectaron principalmente a aquellos sectores de la población con menos recursos, la mayoría de la población, mientras que una capa de personas privilegiadas no pudo sortear esta dura etapa sin mayores inconvenientes. Podemos encontrar una muestra de ello en la sección de noticias y avisos publicada por el periódico *Ideal* en la primavera del año 1941 y en la cual la Jefatura Provincial de Abastecimientos y Transportes disponía la prohibición de ostentar en escaparates artículos alimenticios “en proporciones tales que constituya un alarde de abundancia” así como la freiduría, asados y cocinados en general a la vista del público de la calle. Igualmente ponía restricciones a la carta para disimular la abundancia y no se permitía en los hoteles, restaurantes y establecimientos similares que se consumiera más pan del que correspondiera por racionamiento.⁸⁷

En 1945 iba a producirse uno de los episodios más duros relacionados con la escasez de alimentos en la posguerra. El motivo fue una gran sequía de catastróficas consecuencias para la agricultura provincial, que empobreció aún más las ya de por sí mermadas economías de muchos granadinos. J.M.H. recordaba vivamente desde Santa Coloma de Gramanet aquel año del hambre en su pueblo de origen, Cogollos de Guadix, desde la perspectiva de aquellas personas cuyo bienestar se encontraba muy dependiente de las precipitaciones y de la posibilidad de acceso a la tierra:

El año 45, en todo el año, eso es raro, no llovió, no cayó ni una gota. Y como no llovió, no se crió cosecha: ni trigo, ni patatas, nada, nada. Cada semana, casi, sacaban los santos a pasear allí por el campo, para que vieran los santos el campo, a ver si hacían un milagro y llovía o algo. Y nada, el año entero sin llover. El 45 y en el 46 llovió. Todo lo que no llovió en el 45 llovió en el 46. Un año que todas las tardes en abril, en mayo, vamos, en todos los meses mejores no paró de llover, todos los días llovía por las tardes. Se crió una cosecha que no se ha criado otra como aquel año. Las cebadas se volcaban al suelo de altas que se ponían, el trigo, todo. Y fue una cosa fabulosa el año aquel tan bueno, pero el año aquel anterior murieron dos o tres hasta de hambre allí en el pueblo.⁸⁸

⁸⁷ *Ideal*, 29 de abril de 1941, p.2.

⁸⁸ Entrevista a J.M.H., op cit.

Su familia consiguió superar las peores etapas de aquel año de hambruna gracias al cultivo de una pequeña parcela familiar y a la ayuda de uno de sus abuelos, que pudo proveerles de queso y aceite, mejor, en cualquier caso, que las familias que tan solo disponían para mantenerse de su capacidad de ganar un jornal. Sin embargo, las muertes por avitaminosis y otras enfermedades relacionadas con la falta de alimento fueron constantes en la Granada de aquellos años. Esto revelaba hasta qué punto la experiencia del periodo republicano y la guerra, con su impacto en las comunidades rurales, destruyó los mecanismos locales tradicionales de respuesta ante coyunturas extremas, como habían sido los alojamientos que fueron mencionados en el anterior capítulo. El ambiente de existente en los pueblos granadinos inhibió por lo general a las autoridades locales de proporcionar soluciones generales a estos graves problemas.

De hecho, la visión que muchos de los granadinos inmigrados conservaban de las autoridades locales, al recordarlos desde Catalunya muchos años más tarde, indica hasta qué punto era percibida la separación entre ellos y la población con menos recursos. María Vargas, nacida en la localidad alpujarreña de Murtas y emigrada en 1956 a Pallejà, municipio del Baix Llobregat cercano a Barcelona, expresaba de este modo en el Taller de Historia de Pallejà la actitud del párroco de su pueblo:

Había un entierro. ¡Pues, ala! Si vale tanto el entierro, a lo mejor no había dinero para enterrarlo, pues a esperar a que venga el dinero (...) Mientras no venía el dinero, pues no se enterraba. Dos horas, tres horas, medio día o un día... En fin, que no se enterraba. ¡A esperar que viniera el dinero! Pues ala, el entierro delante de él, el cura echaba un “responso” a medio camino, para el cementerio, y el cura para la iglesia. Y luego a comprarse buenos terrenos.⁸⁹

La descripción de sus comportamientos permite comprender como eran percibidas determinados tipos de conducta. En relación a la figura del alcalde del mismo pueblo, destaca lo sancionable que resultaba el abuso de poder en relación con la adquisición de alimentos, en un contexto de escasez:

No era ricachón ni nada ¡que era un esmayao!⁹⁰ (...) Del ayuntamiento al bar, y del bar a su casa y nada más que eso (...) Llegaba el domingo: pues claro, como era el alcalde, pues daba la vuelta... El pescado, ¡uy!, pues el mejor, un besugo o... Entonces verías pocas cosas

⁸⁹ AHCB. Fonts Orals. Colección Taller Historia de Pallejà. 2ª sesión, 21 de febrero de 1996.

⁹⁰ Muerto de hambre. Expresión andaluza que también se utiliza para identificar a las personas que aparentan tener más dinero del que poseen.

así de aquello, ¿no? Pero siempre el pescadero, porque le dejara el pescado vender y todo, pues siempre le traía sus cosillas, ¿no? Pues ¡ala!, para él. Venía el de la verdulería: el cesto. Iba a los cortijos a hacer algo que tenía que hacer algo del Ayuntamiento (...) pues ya venía él de los cortijos pues cargado de jamones, cargado de pollos, cargado de vino, cargado de... ¡Del espíritu santo!. Entonces no sacaban a otro alcalde del pueblo ningún año. Antes pasaron diez y doce años con el mismo alcalde.⁹¹

En profundo contraste con esto resultó un elemento clave la iniciativa de personas que, desafiando las leyes de propiedad, optaron por robar alimento para alimentar a sus familias y lograr sobrevivir. De nuevo J.M.H. lo describía así para el caso de Cogollos de Guadix:

*Las gentes se iban al campo a buscar collejas, a buscar hinojos. Si había un frutal se llevaban lo que podían a escondidas y si había una hortaliza de pimientos, tomates, cosas de esas, se lo llevaban a escondidas para darle de comer a sus hijos, que había padres que tenían cuatro o cinco críos pequeños y no tenían para darles más que el agua que tenían en los cantaros.*⁹²

Los robos de verdura y ganado se convirtieron en algo habitual en el campo, una estrategia de supervivencia que permitió sortear lo peor, pero que al mismo tiempo marcó profundas diferencias en el seno de las comunidades rurales. En una situación de extrema pobreza, algunos autores afirman que las consecuencias políticas del hambre y las condiciones de miseria y necesidad crearon un marco perfecto para que las personas pusiesen el objetivo de sobrevivir en el centro de sus necesidades, dejando a un lado el compromiso político (Del Arco Blanco, 2005). El testimonio de M.R.M. nos habla de la estrecha vinculación existente entre el hambre y la represión y la importancia de las solidaridades familiares. En su caso recordaba como su abuela, que tenía nueve hijos a su cargo, se ocupó también de ella cuando sus padres, miembros de la CNT de Guadix, fueron encarcelados tras la guerra. El recurso a la ayuda familiar, característico de las economías campesinas, se volvió imprescindible en estos casos. Muchas de estas personas realizaban un estraperlo a pequeña escala para poder sobrevivir:

Mi abuela tenía un borrico y compraba a lo mejor una caja de pescado y se iba a los pueblos al día siguiente a venderla. Luego lavaba ropa en los ríos y esos trapicheos, porque

⁹¹ Ídem.

⁹² Entrevista a J.M.H., op cit.

*no tenían trabajo mis tíos. Luego después de la guerra si, iban a segar, iban a Sevilla, se iban aquí, se iban allí.*⁹³

Para una persona nacida en 1935, el panorama de desestructuración familiar que tuvo que afrontar siendo niña en el Guadix del final de la guerra, se vio agravado por el hambre. En un contexto de gran desigualdad social, la necesidad de comer llegó a convertirse en una obsesión:

*El hambre, yo me acuerdo, eso era... ¡Madre mía! Dos veces le robé yo el bocadillo a una. La esperé y se lo robé. Y mi abuela... vino la madre a decirle que yo le había quitado el bocadillo y mi abuela le dijo: "La poca vergüenza que tienes tú de darle un bocadillo sabiendo la situación que hay. Y ahora se lo ha quitado mi nieta, la próxima vez se lo quito yo". Luego mi abuela me riñó.*⁹⁴

Nuevamente volvemos a ver como el recurso al robo de comida, constituyó una práctica común y asumida por muchas personas sin recursos a lo largo de toda la provincia. Ese fue el caso de la madre de M.R.M., que, al salir de la cárcel, con su compañero todavía preso, tuvo que hacer frente a la dificultad de encontrar un trabajo en el pueblo debido a su pasado reciente. Conseguir comida fue para ellos la prioridad más grande:

*Cuando salió mi madre de la cárcel, que salió antes, pues vio a todos mis tíos y dijo: "Pues vámonos, que esta noche salimos a ver qué pillamos por ahí". Pero no había nada. Todo el mundo estaba igual. Las peras nunca se maduraban, se cogían antes, ni las manzanas igual, toda la fruta.*⁹⁵

Las denuncias de los labradores ante esta situación imparable eran constantes y se agravaban en los meses de invierno, en los cuales proliferaba el robo de ganado, debido a la escasez de verdura y fruta en los campos. Los Boletines Oficiales de la Provincia de Granada de mediados de la década de 1940, publicaron constantes avisos de los Juzgados de Instrucción de los pueblos, a lo largo y ancho de toda la geografía granadina, dictando órdenes de busca de ganado robado a los labradores. En el Juzgado de Loja, un sumario daba cuenta de un robo en enero de 1946:

⁹³ Entrevista a M.R.M. Nacida en Guadix el 21/11/1936. Realizada en Barcelona el 04/06/13.

⁹⁴ Ídem.

⁹⁵ Ídem.

Ruego a todas las autoridades la busca y ocupación de tres cochinas, una preñada, colorada, de unas seis arrobas de peso, otra de igual pelo y un peso de unas cinco arrobas, y la otra rubia, de unas cinco arrobas de peso, rabona, hurtadas sobre las diez y siete horas del día 30 de Noviembre en las inmediaciones del cortijo la Viñuela, de este término, propias de Manuel Aranda Lara.⁹⁶

Lo mismo sucedía en Iznalloz, donde se sospechaba de dos jóvenes:

Ruego a todas las autoridades procedan a la busca y rescate de cuatro cabras (...) sustraídas el día 26 de noviembre pasado del cortijo del Frage de este término, propiedad de Juan Martínez Cañabate Martínez; que asimismo se proceda a la busca y captura de dos individuos jóvenes, de unos 17 a 18 años, rubios, con albarcas, que se supone sean los autores del robo anterior.⁹⁷

En Santafé se denunciaba el robo de una importante cantidad de patatas, ocurrido a finales del año anterior:

Ruego y encargo a todas las autoridades procedan a la busca y rescate de cuatro sacos conteniendo cada uno de ellos 50 kilogramos de patatas; robados a la Hermandad de Labradores de Pinos Puente en la madrugada del día 16 de Diciembre último, del sitio Almacén de la misma, situado en la calle Generalísimo núm. 79.⁹⁸

Las víctimas de estos robos eran en su inmensa mayoría labradores, un sector mayoritariamente afín al franquismo y que contaba con un acceso privilegiado a la comida. La dictadura encontró en los labradores una importante base de apoyo dentro de las comunidades rurales durante la posguerra, en un momento en el que éstos todavía desempeñaban un papel fundamental en tanto que procuradores de empleo a una mayoría de jornaleros sin tierra o con propiedades insuficientes para mantenerse.⁹⁹ Fue precisamente este sector, el de los labradores, uno de los que más perjudicados se habían visto en la anterior etapa republicana por las políticas llevadas a cabo desde los sindicatos socialistas agrario en las comarcas rurales granadinas. En cambio, el regreso después de la guerra a las

⁹⁶ B.O.P.Gr 17 de enero de 1946. Sumario núm. 146.

⁹⁷ B.O.P.Gr 17 de enero de 1946. Sumario núm. 240.

⁹⁸ B.O.P.Gr 31-01-1947 Sumario núm. 206.

⁹⁹ Los trabajos de autores como Francisco Cobo, Miguel Ángel del Arco o Claudio Hernández resultan imprescindibles para profundizar en el conocimiento de este sector social y en las dinámicas locales del poder en Andalucía oriental.

propiedades que explotaban en arriendo y que habían sido en muchos casos colectivizadas por los jornaleros y jornaleras de los pueblos cercanos, se vio recompensado por el nuevo régimen. Era el caso de la familia de J.P.G. Su padre, arrendatario del cortijo Cistel, situado entre los pueblos de Moreda y Gobernador, había tenido que huir y refugiarse en su pueblo, Alquife, durante la guerra ante el temor a represalias. Al acabar la guerra y regresar al cortijo se benefició de su adscripción al bando de los vencedores:

Cuando se acabó la guerra volvimos y entonces nos dieron la opción de que todo lo que había sembrado, nos dijeron que lo recogiéramos, en recompensa de lo que nos habían quitado. (...) Y entonces nosotros lo recogimos todo, que había muy poco, porque la mayoría eran mujeres y sembraban muy poca cosa, pero en fin, algo cogimos.¹⁰⁰

Las que habían estado cultivando la tierra en el cortijo eran mujeres del cercano pueblo de Píñar, quienes, en palabras de J.P.G. “a lo mejor a los maridos se los habían llevado al frente y ellas estaban en las parcelas aquellas y ellas se ayudaban las unas a las otras y sembraban para poder comer”. Estas mujeres regresaron al pueblo y fueron represaliadas al final de la guerra. Según su testimonio a algunas de ellas:

Las castigaban, porque habían hecho cosas malas con la otra gente que no era roja. Entonces pues luego las castigaron. Hubo algunas que las pelaron al cero y esas cosas. Mal hecho, pero en fin, las guerras así traen eso.¹⁰¹

Mientras tanto, la familia que venimos mencionando regresó a su antigua posición de arrendatarios. Durante un tiempo gozaron de unas condiciones ventajosas, como otros muchos antiguos labradores que regresaban para hacerse cargo nuevamente de las explotaciones agrícolas. Era la primavera de 1939 y los campos estaban listos para ser sembrados de nuevo:

El administrador, que estaba en Granada en la guerra, se fue a Granada, bueno, le pilló en Granada, pues cuando vino, dijo que los años de guerra aquello nada de nada, ahora se empezaba a pagar la renta. El primer año nos cobraba la mitad de la renta a cada uno, para darnos amplitud para que levantáramos.¹⁰²

¹⁰⁰ Entrevista a J.P.G., op cit.

¹⁰¹ Ídem.

¹⁰² Ídem.

De esa manera empezaron a trabajar de nuevo las tierras, que habían sido abandonadas en parte, y poco a poco fueron sembrando "un poco, lo que pudimos". No obstante, para este nuevo comienzo fue determinante la ayuda que ofrecieron el gobierno central y las autoridades locales a los labradores y que vino a consolidar su posición de clase dentro del mundo rural, dejando atrás las pérdidas sufridas por la pasada guerra y la revolución campesina que la acompañó:

Menos mal que luego el gobierno a todos, a todo el que había cogido la tierra a labrar, entonces nos hizo un préstamo de trigo, garbanzos y cinco mil pesetas, a cada labrador. Eso nos lo daba el gobierno, pero no dado, sino para devolverlo en tres años. La mayoría de eso lo utilizamos para comer, porque sembrar sembramos lo que pudimos, pero ya con lo que sembramos recogimos y ya para el año siguiente teníamos semilla y para ir comiendo, porque no lo sembramos todo, pero sembramos bastante. (...) Como todos los cerdos y todo nos los quitaron y se los comieron ellos, pues luego cuando se acabó la guerra pues en el pueblo, en el ayuntamiento, nos dieron una cerda de cría y entonces pues ya empezamos nosotros, la íbamos criando nosotros. Ya te digo, el hambre, yo no la conocí.¹⁰³

El apoyo del que gozaron los labradores por parte del gobierno franquista durante la década de 1940 fue muy significativo. Esto pudo comprobarse claramente en la adversa coyuntura provocada por la mencionada sequía de mediados de la década. A finales de noviembre de 1945, un estudio de la Hermandad de Labradores publicado por el diario *Ideal*, reconocía que aquel había sido un "año de calamidad pública", con unas consecuencias espantosas para la población rural. Tras hacer un balance de pérdidas el mismo informe afirmaba que: "lo que interesa ahora es impedir por todos los medios que los productos existentes sean objeto de un comercio clandestino, en manos de especuladores sin conciencia, que son algo peor que criminales de guerra".¹⁰⁴ Sin embargo, es destacable observar como las propias autoridades provinciales eran conscientes de que la ayuda que prestaban tenía como principal beneficiario un colectivo que, no sólo no era el más necesitado, si no que con frecuencia estaba sacando provecho de la misma situación de penuria. En el BOPGr del viernes 17 de enero de 1946, la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes de la delegación provincial de Granada publicaba una *Nota importante a los agricultores*, en la cual anunciaba importantes ayudas para los agricultores, al tiempo que preveía el más que probable uso fraudulento que se haría de la misma:

¹⁰³ Ídem..

¹⁰⁴ *Ideal*, 28 de noviembre de 1945, p 5.

Teniendo conocimiento de las dificultades con las que tropiezan algunos agricultores de la provincia, que por haber perdido totalmente su cosecha de legumbres secas, se encuentran en la imposibilidad de adquirir el grano preciso para la actual sementera. He acordado facilitar estrictamente el grano necesario para estas atenciones, debiendo dirigirse los agricultores que se encuentran concretamente en el mencionado caso a la Delegación Provincial de Abastecimientos y Transportes, Sección Legumbres, en razonado escrito, en el cual debe constar:

- a) Superficie de siembra cultivada en la actual campaña 1945-46.
- b) Causa determinante de la pérdida de la cosecha.
- c) Superficie de siembra preparada para la campaña que comienza.
- d) Cantidad de grano necesario para la sementera.

Estos escritos deberán ir avalados por el Jefe Local de la Hermandad de Labradores y el VºBº de la Junta Agrícola Local.

Tengo particular interés en hacer constar que en ningún caso (sic) haré sentir el peso y dureza de mi mando y prerrogativas de mi Autoridad, para perseguir y sancionar las infracciones que se originen por especulaciones, demandas injustificadas y tráfico ilícito de esta semilla, cuya entrega a labradores representa un sacrificio únicamente justificado en el destino que ha de darse.

Granada a 16 de enero de 1947. El Gobernador Civil, Jefe Provincial de Abastecimientos y Transportes.

La memoria de J.P.G. nos confirma esta actitud generalizada de los agricultores y vuelve a situarnos nuevamente en el mundo en el que se movían aquellos medianos productores privilegiados por el régimen, que podían sacar provecho de la inmensa demanda de productos que había en el mercado negro. Con el fin de no tener que declarar todo el trigo que producían, su familia construyó un tabique dejando un espacio con una de las paredes de la casa, para poder esconder en ese depósito el trigo que iban a vender en el mercado negro. Era un lugar donde no había humedad y se conservaba bien:

Hacíamos un tabique y lo llenábamos de trigo hasta arriba y lo tapábamos. Con yeso se tapaba y allí se dejaba. (...) Luego venían los estraperlistas y nos compraban, a lo mejor dos fanegas, tres fanegas, una carga de trigo. Y ellos se iban y se iban a la vega de allí cerca de Granada, a Deifontes y por allí y entonces cambiaban el trigo por aceite. Y hacían unas ganancias con el trigo y luego con el aceite que se traían para acá. Nos compraban a nosotros y luego incluso muchas veces nos lo vendían el aceite también. Entonces el aceite,

*¿que hacíamos?, ellos ponían un precio en el aceite y nosotros en el trigo y se lo cambiábamos.*¹⁰⁵

De esa manera la familia tenía aceite para todo el año, con el que llenaban orzas y guardaban allí todos los productos de la matanza. El resto del trigo se lo vendían al gobierno, que se lo compraba a través del depósito del Servicio Nacional de Trigo que había en Moreda:

*Un cupo teníamos que entregarlo al Servicio Nacional de Trigo, porque teníamos que hacer un C.1 que se llamaba, como una declaración de la renta. Todos los labradores tenían que hacer el C.1 aquel, poner las hectáreas que habían sembrado. Luego tenías que llenar la Segunda Orden que se le llamaba y tenías que poner lo que habías cogido. ¡Siempre se ponía menos de lo que habías recogido, sabes! Para que te quedara para el estraperlo. (...) Lo que se podía estraperlar se estraperlaba, las cosas como son. Porque si nosotros recogíamos a lo mejor cuatro mil kilos de trigo, voy a poner en comparación, nosotros no declarábamos cuatro mil, declarábamos dos mil. Y esos dos mil teníamos que llevarlos al almacén, porque constaba en el C.1.*¹⁰⁶

Independientemente del volumen de lo estraperlado por esta familia de labradores, el hecho de no fueran objeto de represión por parte del régimen, indica hasta qué punto la capacidad de *gobernar del hambre* fue una característica de ese periodo. Los poderes locales “decidieron quiénes serían sometidos a las más críticas circunstancias de la posguerra y quiénes no. Y en ese sentido, marcaron una línea que separaba vencedores y vencidos en la guerra civil”(Del Arco, 2005: 520). Comparando las posibilidades de la familia de J.P.G. con la difícil situación de aquellas personas que no contaban con recursos y hubieron de recurrir al pequeño contrabando, podemos comprobar la profundidad de las desigualdades extremas que se institucionalizaron en la sociedad rural granadina de posguerra y de que maneras fueron perseguidas ciertas prácticas y toleradas otras (Román, 2015). Prueba de ello es el amplio abanico de estrategias familiares de los sectores más necesitados, que se activaron para hacer frente a estas situaciones de extrema necesidad.¹⁰⁷

¹⁰⁵ Ídem.

¹⁰⁶ Ídem.

¹⁰⁷ Creemos importante mencionar aquí que muchas de estas estrategias de resistencia las clases subalternas podrían enmarcarse en lo que James C. Scott ha denominado *infrapolítica*, aceptando que se trataron de formas de resistencia discretas y alejadas de aquellas formas de enfrentamiento con el poder más abiertas y explícitas (Scott, 2003).

La experiencia de la madre de M.R.M. nos sirve nuevamente para reconocer algunas estrategias de supervivencia. En el caso de mujeres jóvenes viudas o con sus maridos desaparecidos o presos, estas estrategias consistían en buscar una nueva pareja que pudiera garantizarles un aprovisionamiento y una seguridad de la que carecían debido a su posición de vulnerabilidad en relación al mercado de trabajo. La madre de M.R.M., al salir de la cárcel y ante la situación que se presentaba con su compañero preso, al comprobar su dificultad de encontrar empleo y la imposibilidad de poder recurrir al apoyo familiar, decidió ir a vivir con otro hombre:

Cuando salió mi madre se colocó en una casa de un señor que era un terrateniente, pero que no tenía a nadie y ahí ya no pasaba hambre, porque era un mayorista del mercado. era el que compraba toda la verdura y toda la fruta en Almería y la traía, entonces ahí no se pasaba hambre. Pero era una guerra porque el tío no me quería no ver, no quería mantener hijos de nadie. Era un drama. (...) Le quitábamos comida para dársela a mis tíos (...) Mi madre me tenía que dar de comer antes de que él llegara y hacerme desaparecer para que él no me viera.¹⁰⁸

Años más tarde, en 1949, ante las dificultades para poder sostener la situación de hostilidad que su nueva pareja, con la que había tenido otro hijo, mantenía con su hija, esta mujer decidió emigrar a Barcelona junto a sus hijos y comenzar una nueva vida. Como vemos, el hambre vinculada a la represión, motivó decisiones que tuvieron un alto coste en el plano familiar. En el caso de esta familia, el difícil acceso a una alimentación suficiente y la sensación de precariedad y miseria que generó no poder alcanzar este objetivo básico para la reproducción de los núcleos familiares, multiplicó la percepción de exclusión y extremó la dependencia hacía aquellos sectores sociales más privilegiados. Toda esta dinámica se produjo en el contexto de desestructuración social y fractura de las solidaridades comunitarias tras la guerra civil, lo que provocó la necesidad de readaptar los roles internos en muchas familias. La emigración supuso una vía de escape a esta situación, ofreciendo a muchas personas la posibilidad de volver a empezar

2.5 Conclusiones

La afirmación de que debemos considerar a la guerra civil como un punto de inflexión en la vida de millones de personas, queda reforzada al analizar la magnitud y múltiples dimensiones de la represión franquista. Las consecuencias directas de la contienda y, en particular, la violencia

¹⁰⁸ Entrevista a M.R.M., op cit.

desplegada por el Estado franquista en el transcurso de la inmediata posguerra y hasta comienzos de la década de 1950, causaron trastornos irreversibles en la convivencia de las comunidades rurales, lugares de donde procederían la gran mayoría de inmigrantes granadinos durante el período que investigamos. La tremenda labor represiva llevada a cabo por la dictadura franquista se dotó de modalidades de castigo que, aunque menos rastreables, no dejaron de cumplir su cometido de persecución y control de los vencidos. Hablamos de castigos cuyos efectos no quedaron tan nítidamente reflejados en la documentación disponible, pero que son accesibles gracias a las fuentes orales, las cuales nos permiten un análisis más minucioso de los mecanismos represivos y ofrecen nuevas claves interpretativas. Esta violencia multiplicó sus efectos afectando a numerosos familiares de personas ejecutadas, muertas en prisión, gravemente enfermas como consecuencia de largos y penosos cautiveros, encarceladas o puestas en libertad bajo vigilancia.

En el caso de la provincia de Granada, podemos observar cómo el efecto de la represión condujo a un cambio en el estatus de muchas personas en sus comunidades, lo que condujo a una progresiva exclusión y marginación del espacio público. Las situaciones experimentadas por una amplia parte del campesinado granadino, a raíz de la derrota del proyecto republicano y de las experiencias transformadoras derivadas de la puesta en práctica de los programas políticos de las organizaciones obreras y campesinas, pueden ser vistas como un elemento determinante que empujó a muchas personas a ejercer un *derecho de fuga* ante una situación que, sin duda alguna, fue percibida por muchos como insoportable. Un deseo de querer vivir que contrastaba con la realidad de unas sociedades donde los individuos vinculados al bando vencedor fueron, cada vez más, percibidos como anomalías que no encajaban en la nueva normalidad que impuso la dictadura franquista. La fractura comunitaria sería uno de los elementos más destacable de este período, así como la creación de una cultura de vencedores y vencidos. La emigración acabó convirtiéndose en una pauta de comportamiento en la cual confluyeron no sólo las personas con antecedentes políticos, cuya presencia era percibida como una anomalía en las comunidades rurales, sino también aquellos sectores sociales vulnerables que se vieron empobrecidos por un castigo que tuvo un claro sesgo de clase.

Recapitulando algunos de los factores que más directamente vincularon la represión franquista con la emergencia de nuevas pautas migratorias, debemos destacar la política de destierros, un fenómeno poco investigado hasta la fecha. El alejamiento forzado del lugar de residencia, unido a las dificultades para regresar a sus hogares y reconstruir sus vidas bajo la vigilancia de las nuevas autoridades franquistas, supuso otro impulso añadido para dirigir a muchas familias hacia la emigración en la década de 1940. Otro elemento clave en el caso de la provincia de Granada fue su

abrupta geografía y la existencia de numerosas personas que huyeron a las montañas para escapar de las represalias franquistas y que con el tiempo integraron las diversas partidas guerrilleras, propiciando que Granada se convirtiera en uno de los principales focos de actividad guerrillera de todo el Estado hasta 1952. Las prácticas contrainsurgentes que puso en marcha la dictadura para acabar con esta amenaza, fueron progresivamente fijando sus objetivos en las bases de apoyo de la guerrilla, los enlaces, con nefastas consecuencias para la vida de muchas personas.

A los factores evidentes de expulsión que se dieron en aquellos años y entre los cuales hemos nombrado también el clima de provocaciones y agresiones en los pueblos o las incautaciones económicas que dejaron en la ruina a muchas familias, habría que sumar el terrible impacto de las crisis alimentarias y la desastrosa situación en que quedó el mercado laboral. En cualquier caso, se trata de comprender el problema humano que la guerra ocasionó, destruyendo y desintegrando la estructura de la vida de las comunidades rurales granadinas y preparando el terreno para que aquellos emigrantes, pioneros de la oleada migratoria de posguerra, inauguraran una relativamente nueva y que con el tiempo devendría poderosa corriente migratoria a Catalunya, realizando así su particular exilio hacia tierras catalanas. A pesar de la fuerza de todos estos elementos, debemos destacar la importancia de los factores económicos en el comienzo de la oleada migratoria de posguerra, como veremos en el siguiente capítulo.



Capítulo III

Nada que hacer: el estancamiento económico de Granada durante la posguerra y su influencia en el fenómeno migratorio.

El objetivo de este capítulo es profundizar en el conocimiento y comprensión de los factores económicos y sociales que contribuyeron al movimiento migratorio de los trabajadores granadinos durante las décadas de 1940 y 1950. En este apartado trataremos de desarrollar una perspectiva amplia, describiendo a grandes rasgos la situación del mercado de trabajo provincial, principalmente en el medio rural y en el sector agrario. Nuestra aportación pretende profundizar en las características de un contexto específico, la Granada rural de posguerra, para ampliar lo que ya conocemos sobre los modos en que ésta realidad fue percibida por distintos actores sociales y cuál fue el repertorio de actitudes que adoptaron los trabajadores granadinos ante la evolución del mercado laboral provincial. Tomando en cuenta la segmentación de dicho mercado de trabajo y sus características, analizaremos de qué manera influyó el contexto social, económico y político en la evolución del fenómeno de la emigración para los dos sectores mayoritarios del campesinado granadino: jornaleros y labradores.

La toma de una decisión tan trascendental para una trayectoria biográfica como es la emigración definitiva, implicó una serie de procesos reflexivos en las personas protagonistas de este fenómeno que pueden ayudarnos a establecer tipologías en el tipo de emigrante, así como a descender a niveles más profundos de comprensión del hecho migratorio. Por esos motivos, en este capítulo dedicaremos atención a analizar las condiciones laborales de los trabajadores agrícolas y el débil desarrollo económico del sector industrial granadino. También nos centraremos en definir el repertorio de actitudes que eso provocó en las personas que emigraron a Barcelona a finales de 1940 y la década de 1950 y en las respuestas de las autoridades provinciales ante los comienzos de este imparable fenómeno. En definitiva, este capítulo está dedicado a valorar hasta qué punto contribuyeron todos los factores mencionados a orientar las estrategias personales y familiares que se activaron para abandonar Granada definitivamente.

Como ya ha sido señalado para el caso de la Andalucía de posguerra, las dificultades que muchos trabajadores afrontaron para lograr una estabilidad laboral y la reproducción de sus núcleos domésticos, así como la incapacidad para cubrir sus necesidades básicas, tuvieron lugar en el contexto de una profunda crisis agrícola. Un proceso imparable de pérdida de riqueza y estancamiento llevó a Granada a ser la provincia con menor renta *per cápita* del Estado durante la mayor parte del periodo investigado. Esta situación determinaría la incapacidad de la estructura económica granadina para absorber a aquellos trabajadores procedentes del sector agrícola. La decisión que llevó a muchos trabajadores granadinos a buscar una reubicación en otros sectores productivos, fue algo que, como veremos en los siguientes capítulos, sólo pudo llevarse a cabo lejos de Granada. El profundo proceso de periferización de la economía granadina durante el periodo

investigado, impulsó a amplias capas de la población a abandonar la provincia y dirigirse hacia destinos donde hubiera una mayor oferta laboral y ciertas perspectivas de movilidad social (Ortega López, 2003; Cobo Romero & Ortega López, 2004). La ciudad de Barcelona y su área metropolitana constituyeron para todos ellos el principal destino. La temprana migración de posguerra, se apoyó, como es sabido, en la falta de un desarrollo económico en la provincia, aunque no sólo, como pudimos comprobar en el anterior capítulo. La evolución de las políticas agrarias aplicadas en el medio rural granadino, terminó afectando a aquellas capas más acomodadas del campesinado que habían accedido en las décadas anteriores o durante ese periodo al cultivo directo de la tierra en arriendo y que se vieron abocadas a un proceso generalizado de pérdida de privilegios.

Para la realización de este capítulo nos hemos basado, por una parte, en la amplia bibliografía que existe sobre la evolución de la agricultura durante el franquismo y, en particular sobre la Granada de la autarquía, un periodo que ha sido abordado por numerosos investigadores. Entre estas fuentes secundarias queremos destacar aquellos trabajos publicados por altos cargos de instituciones franquistas durante el periodo estudiado, destacando las obras escritas por el gobernador civil de Granada entre 1943 y 1947, José María Fontana Tarrats, fundamentalmente *Política Granadina e Información sobre el paro agrícola en España. Sus causas y soluciones*. También ha resultado de enorme interés la consulta de artículos de prensa local, como es el caso del diario *Ideal* y, especialmente, la lectura atenta de algunos números de la revista sevillana *Campo*, publicados en 1948. Esta publicación se ha revelado como una fuente útil para reconstruir el ambiente de la década de 1940 en el medio rural andaluz, la década de la construcción de un nuevo sistema político tras la guerra y las convulsiones de los años treinta. En lo referente a las fuentes de archivo, las actas de los Consejos Económicos Provinciales de 1946 y 1955 que custodia el Archivo Histórico Provincial de Granada (AHPdG), nos han acercado a comprender las dificultades e incapacidad de las autoridades locales para abordar políticas de desarrollo económico en la provincia, así como el impulso de procesos de industrialización que nunca se llevaron a la práctica. En el AHPdG pudimos consultar además las descripciones de las situaciones locales que contienen los informes de los Mapas Provinciales de Abastecimientos, lo que nos ha permitido hacernos una idea más general del panorama provincial en la década 1940 y encontrar similitudes entre distintas localidades granadinas. Finalmente, y como elemento destacado de nuestra labor investigadora, han sido utilizadas las entrevistas realizadas a personas que trabajaban en el medio rural y urbano granadino durante el período investigado y que emigraron en esas fechas a Barcelona. A estas debemos añadir aquellas otras fuentes orales que fueron recopiladas en fechas anteriores a personas oriundas de la provincia de Granada con las mismas características y que se encuentran depositadas en el Arxiu

Històric Municipal de Barcelona, en el Arxiu Municipal de L'Hospitalet de Llobregat y en el Arxiu Històric de CC.OO. de Catalunya.

3.1 Una profunda crisis agrícola y el fin de las aspiraciones del movimiento campesino.

Ser subdesarrollado no sólo significa ser robado o explotado: significa estar en las garras de un estancamiento artificial. El subdesarrollo no sólo mata: el estancamiento que constituye su característica esencial niega la vida y se parece a la muerte. El emigrante quiere vivir. La pobreza no es lo único que le obliga a emigrar. Mediante su propio esfuerzo individual intenta conseguir el dinamismo de que carece la situación en la que se encuentra inmerso por nacimiento. (...) Sin el ejemplo de un partido revolucionario, las relaciones económicas y sociales que crean y mantienen la pobreza rural parecen algo imposible de cambiar. Por consiguiente, aquellos con mayor iniciativa hacen lo único que parece ofrecerles una esperanza: se van.

John Berger, *Un séptimo hombre*.

Los años centrales de la primera década de posguerra en España, fueron un momento delicado para la continuidad del régimen de Franco. El desarrollo de la II Guerra Mundial, con la progresiva derrota de las potencias del Eje a partir de 1943, generó un creciente interés por el contexto internacional, dado que tanto los apoyos sociales de la dictadura como sus opositores entendían que el resultado de la guerra afectaría a la situación política española en un sentido u otro. La conferencia de Postdam, en julio de 1945, y las medidas que se acordaron para excluir a la España franquista de las nuevas instituciones surgidas tras la guerra mundial, principalmente la O.N.U., así como la retirada de numerosos embajadores entre 1946 y finales de la década, fueron momentos difíciles para la dictadura e implicaron un repunte de la esperanza en que esta pudiera verse derrotada por una intervención aliada, como mencionábamos en el capítulo anterior. Esta incertidumbre, sin embargo, no tardó en despejarse dando paso a lo que para muchos supuso un tiempo de decepción (Muniesa, 1996). Finalizada la década de 1940, el Régimen había logrado sobrevivir, a pesar del aislamiento internacional al que se le sometió. Una de las claves para evitar sucumbir fue una cierta adaptación institucional mediante fórmulas que, sin cambiar nada de lo fundamental, manifestaran alguna semejanza con las democracias occidentales, como la creación de las Cortes, el Fuero de los Españoles, la ley de Sucesión y el referéndum de 1947 o las elecciones municipales (Sánchez Recio, 2012). Otro factor importante de estabilidad del nuevo Régimen,

fundamental para garantizar la paz social más allá del control militar y la pauperización general de la población, fue la capacidad de consolidar la ruptura con todo el imaginario político de la Reforma agraria y las reivindicaciones laborales del período republicano. Se trató por tanto de matar definitivamente la esperanza en la posibilidad de una transformación social del medio rural que implicara el acceso directo a la tierra, así como de aniquilar los mecanismos de intervención de los trabajadores en la definición de las relaciones laborales. Ambos eran elementos que habían estado en el centro de las aspiraciones más profundas de amplios colectivos sociales durante las décadas precedentes.¹⁰⁹ Como veremos en las páginas siguientes, la provincia de Granada constituye un ejemplo muy claro de este viaje a ninguna parte en que quedó convertida la vida económica y social del país tras la guerra civil.

Las visiones generales que han abordado la cuestión del éxodo rural provocado por la situación en que quedó el sector agrícola durante la posguerra, coinciden en señalar los malos resultados de las políticas autárquicas implementadas por el Estado franquista. El retorno a una agricultura tradicional ocasionó una penuria sin precedentes entre las clases trabajadoras del mundo rural y un profundo estancamiento del mercado laboral. Autores que han analizado el papel de la agricultura en el desarrollo capitalista español durante la dictadura franquista, caracterizaron a esta época como un gran fracaso (Barciela, 2001 y 2003). Valorar hasta qué punto esta situación fue fruto de la incompetencia, mala gestión y corrupción del nuevo régimen, o más bien el resultado de una estudiada política de represión a escala masiva, aplicada en el conjunto del Estado con el objetivo de escarmentar a los vencidos de la guerra civil, es algo que continua formando parte del debate historiográfico.¹¹⁰ Diversas investigaciones han sabido dibujar en los últimos años los rasgos fundamentales del periodo que aquí abordamos y para el caso concreto de Granada, analizada en el contexto de Andalucía oriental, ha quedado suficientemente documentado que la situación durante la posguerra fue de una dureza extrema (Ortega López, 2003; Cobo Romero, 2004; Del Arco Blanco, 2007).

¹⁰⁹ Así lo observó Joan Martínez Alier a comienzos de la década de 1960 en su investigación sobre la estabilidad del latifundismo en la campiña cordobesa, destacando la vigencia de las afirmaciones que en 1928 realizará Juan Díaz del Moral:

La aspiración de los obreros al “reparto” de los cortijos ha sido tradicional, y es un síntoma seguro de que no están en absoluto conformes con el estado de cosas que ha existido. Tan poco conformes están, que desearían el cambio más radical: que la tierra, los medios de producción, pasara a sus manos. (...) (El reparto) es hoy en día muy poco probable, y los obreros lo saben. No creen ya en el triunfo revolucionario, como antes de la guerra civil. Tampoco creen que el Estado vaya a realizar una reforma agraria: eso parece que nunca lo creyeron” (Martínez-Alier, 1968: 53).

¹¹⁰ En este sentido Miguel Ángel del Arco se hace eco en una de sus obras (2007), de las reflexiones que Michael Richards ya planteara y que vendrían a señalar una clara intencionalidad represiva en las directrices económicas de la dictadura franquista respecto a la política agraria.

Centrándonos en el temprano éxodo rural tras la guerra civil, investigadores como James Simpson que analizaron la evolución de la agricultura española con una perspectiva de largo alcance, han propuesto cuatro explicaciones generales al fenómeno, reconociendo al tiempo la complejidad del tema. Por una parte, señalaba que la destrucción del movimiento campesino tras la derrota de 1939 y la pérdida de la esperanza en una transformación social, implicaron un cambio de actitud de los jornaleros frente a la tierra. Vinculado con esto fue determinante, como factor de expulsión, la erosión de los salarios rurales en la década de 1940, lo que generó que los trabajadores del campo estuvieran más dispuestos a inclinarse por las alternativas laborales que fueron surgiendo en la década de 1950. Por otro lado, diversos cambios legislativos a partir de 1942 tendieron a una protección de los arrendatarios, lo que motivó por parte de los propietarios un crecimiento del cultivo directo y una creciente escasez de posibilidades de arrendar tierras para quienes no poseían tierras. Finalmente, la creciente demanda de trabajo no cualificado en el norte de Europa comenzó a resultar más atractiva que la emigración a América Latina (Simpson, 1997).

En el caso de la vecina provincia de Jaén, causas similares a las expuestas por Simpson para explicar el éxodo rural, fueron planteadas desde el campo de la geografía ya en fechas tempranas (Muñoz Fernández, 1960). Aplicables también al caso granadino, en ambos casos se señalaba el ya mencionado fenómeno de la superpoblación provincial en torno al año 1940. Para el caso jienense, el alejamiento de los centros industriales y las deficientes comunicaciones habrían sido factores que fijarían la población en el territorio hasta 1940. A partir de ese momento comienza el progresivo abandono de la provincia, agudizándose tras las malas cosechas de 1945 y 1946.¹¹¹ Estas reflexiones, no obstante, incorporaban elementos referentes a las aspiraciones truncadas del campesinado jienense, que también serían recogidas y enfatizadas posteriormente por Rafael Pujol al aproximarse a la problemática de los movimientos migratorios en Andalucía oriental:

El campesino andaluz, en especial el peón de áreas de latifundio, se ha resistido a abandonar el campo, esperando una reforma económica que mejorase su situación. (...) Después de la guerra, cuando esa esperanza se va diluyendo, cuando los problemas económico-sociales se agravan, cuando los desequilibrios con las regiones industriales se agudizan y se conocen y cuando los medios de transporte mejoran, la resistencia del campesino a abandonar la tierra cede y la emigración es intensiva (1975: 154).

¹¹¹ “Iniciada la emigración (a partir de 1940) el número de emigrantes fue pequeño hasta la crisis económica motivada por las malas cosechas de 1945 y 1946. y en alguno de los municipios el año 1945 será el punto de partida, el que señale el comienzo del movimiento migratorio. En aquellos años los problemas se acentúan de tal manera que la única forma de mejorar las condiciones de vida, en muchos de los casos, fue la emigración” (Muñoz Fernández, 1960: 469).

El abandono del campo como consecuencia de una larga crisis, acentuada por determinadas políticas aplicadas al conjunto de la población rural andaluza, indica las proporciones de la contrarreforma agraria que se llevó a cabo en las comarcas rurales. A mediados de la década de 1940, los estragos que estaba produciendo esta situación entre las capas más humildes de la población, llevaron a algunas autoridades de la región a reclamar cambios. El 6 de enero de 1945, el diario *Ideal* de Granada publicaba en su última página una pastoral del entonces vicario general del Obispado de Jaén, García de Castro, en la cual éste arremetía contra el abuso de riquezas y señalaba la necesidad de acometer reformas sociales. Sus declaraciones son un reflejo de la grave situación social en la que se encontraban hundidas las provincias orientales de Andalucía y cuáles eran algunas de sus causas. En sus palabras había un llamado de atención a los propietarios de la riqueza, ante una situación a todas luces desastrosa para el conjunto de las clases trabajadoras:

Débase proveer que al obrero en ningún tiempo le falte abundancia de trabajo y que haya subsidios suficientes para socorrer la necesidad de cada uno, no solo en los accidentes repentinos y fortuitos de la industria, sino también cuando la enfermedad o la vejez u otra desgracia pesase sobre alguno. Los ricos pueden dar trabajo. (...) Es necesario intensificar el cultivo de la tierra, aplicar en su laboreo los adelantos modernos más eficaces para que aumente la riqueza agrícola; poner las debidas cortapisas a los que, abandonando atropelladamente el campo y la aldea, se meten a toda aventura en los suburbios de las ciudades.¹¹²

La ciudad de Granada, al igual que muchas otras ciudades en los primeros años de la década de los cuarenta, atrajo a numerosas personas que se encontraban en la más absoluta miseria.¹¹³ En su investigación sobre la población y emigración de Granada en el siglo XX, Carmen Carvajal Gutiérrez menciona el «nefasto panorama laboral que presenta la capital en 1940» y el hecho de que por entonces la población granadina seguía viéndose obligada por las circunstancias internas y externas a constreñirse en sus límites provinciales y reajustarse internamente alrededor de la capital. Sin embargo, en algún momento de la década cambiaría esa tendencia, ya que el balance migratorio

¹¹² *Ideal*, 6 de enero de 1945, p. 3.

¹¹³ José María Fontana Tarrats, gobernador civil de Granada entre 1943 y 1947 así lo manifestaba en su obra *Política Granadina*, al referirse a como esta inmigración a la capital había agravado el problema de la vivienda:

Lo cierto es que Granada pasó de 135.000 habitantes en 1935 a 160.000 en 1943 sin que hoy se haya interrumpido la afluencia y el crecimiento. Si en 1937 existían 1789 viviendas prácticamente habitables y las nuevas construcciones son prácticamente nulas puede calcularse la situación social de estas treinta mil criaturas. Su solución han sido la excavación de cuevas y el hacinamiento en las viejas habitaciones insalubres (Fontana Tarrats, 1945: 71).

de la década 1940-1950 señala un saldo migratorio negativo de 11.000 personas (Carvajal Gutiérrez, 1986).

Regresando a la citada pastoral de García de Castro, ésta vendría a reflejar por otra parte la visión oficial franquista del problema agrario, dado que a pesar de mostrarse partidario en otro punto de la misma pastoral de que «se les procurase alguna propiedad a los humildes», su defensa de la intensificación del cultivo de la tierra llevaba implícita una renuncia al proyecto de reforma agraria republicano. Según esta mirada, el problema de la tierra quedaría reducido a una cuestión técnica y despojado de su contenido social, aquel que vinculaba su solución a garantizar el acceso del campesino al cultivo directo de la tierra. De ese modo, la faceta reformista del nuevo Estado redujo la reforma agraria a una política de colonización y se enfocó en la modernización de la agricultura, mediante la puesta en marcha de regadíos y otras mejoras técnicas: "relegando la distribución - "lo social" - a un plano muy secundario, consistente en el asentamiento de colonos en pequeñas explotaciones de carácter familiar" (Barciela, 2001:101). En una economía tan dependiente del sector agrario como la granadina, esta nueva orientación de la política agraria tuvo graves consecuencias, ya que en la provincia la superficie colonizada entre 1939 y 1950 fue de las menores: 141 hectáreas para 110 colonos a una media de 1,3 hectáreas por colono, exclusivamente en la comarca de la Vega de Granada.

Otra de las explicaciones más socorridas de aquellos años, fue la de achacar las dificultades de la agricultura a las destrucciones de la guerra, dado que la guerra civil produjo graves trastornos en la vida económica de una provincia que ya venía arrastrando la larga crisis de la década de 1930. Los informes emitidos en 1939 y 1940 por la Cámara de Comercio de Granada, muestran como la división ocasionada en el territorio provincial durante la guerra hundió la producción agrícola y ocasionó la ruina del sector. El principal sector económico de la provincia sufrió otra caída generalizada de los rendimientos de las cosechas a mediados de la década de 1940, tanto en cereales como en leguminosas y productos de regadío. Sectores punteros en la agricultura provincial, como el cerealístico, no recuperarían hasta 1960 los volúmenes productivos de antes de la guerra. El empobrecimiento de las tierras de cultivo y la sequía, agravados terriblemente por la excesiva reglamentación e intervencionismo y la ausencia de canales adecuados de comercialización ante la mencionada escasez de medios de transporte, también fueron señalados en su momento como causantes de la crisis (Titos Martínez et al, 1987). En concreto la falta de fertilizantes como resultado de la convulsa coyuntura de guerra, era esgrimida como una causa de la reducción de la siembra de cereales a las alturas de 1948 por los grandes terratenientes. La crisis, que se venía arrastrando desde la guerra mundial, se prolongó durante toda la década de 1940 ante la escasa

remuneración que recibían los grandes productores por parte del Estado. En un artículo firmado por el Marqués de Casa Pacheco, encontramos una justificación de los motivos por los cuales los terratenientes andaluces estaban llevando a cabo a la práctica una reducción de siembras:

Con la extensión que llegó a adquirir la guerra fueron creciendo las dificultades y la carencia de medios para seguir sosteniendo las producciones y entre ellos los fosfatos de Argelia, el nitrato de Chile y el sulfato amónico de Inglaterra y la consecuencia inmediata fue que con un terreno agotado y sin suficiente materia orgánica la producción cerealista sufrió un bajón manifiesto, al que no puede negarse contribuyó unos años desfavorables. Por si esto fuera poco se le sumó una falta cada vez más acentuada de animales de trabajo y con ella una elevación desmedida de su precio imposible de satisfacer por un cerealista y todo ello obliga a no pocos a reducir las siembras, dejando a la producción espontánea los terrenos más inferiores que sin un buen abonado se tenía la seguridad de que sus siembras no cubrirían los gastos, a menos que los precios sufrieran un alza desmedida.¹¹⁴

Esta descripción coincide con los indicios de estancamiento económico que fue mostrando la agricultura granadina, resultado también de una política agraria que ocasionó un descenso de los rendimientos medios, debido tanto a la disminución de las mejoras en el cultivo y en el conjunto de las labores prestadas, como una respuesta a los bajos precios de tasa en el mercado oficial y agravado con la restricción de importaciones de fertilizantes y abonos químicos (Cobo Romero & Ortega López, 2004). Sin embargo, para el caso concreto de Andalucía oriental, las investigaciones de autores como Miguel Ángel del Arco han desvelado numerosos casos de corrupción, clientelismo y predominio del mercado negro, que tuvieron gran responsabilidad e incidieron directamente en la escasez de suministros, fundamentalmente en el caso de los abonos (Del Arco Blanco, 2007).

Los informes emitidos por los funcionarios encargados de elaborar en cada localidad el Mapa Nacional de Abastecimientos de la provincia de Granada para el año 1945 y que fueron redactados a lo largo del año 1946, también coinciden al señalar las condiciones atrasadas en las que se desarrollaba la actividad agrícola. Así, en municipios ubicados en terrenos llanos como la Puebla de Don Fadrique, apenas se utilizaba maquinaria, ni fertilizantes químicos:

La explotación de los terrenos se lleva a cabo en su mayor parte por el procedimiento antiguo, o sea con harado (sic) romano y otros útiles, utilizándose en el campo por la llanura

¹¹⁴ "La cuestión candente del trigo" *Campo. Revista Mensual Agropecuaria*. Año VII, Nº 74. mayo de 1948, página 18-19.

de su terreno, la vertedera y algunos tractores, así como para la recolección escasas máquinas segadoras. Los abonos que se emplean son los orgánicos, siendo insignificante el empleo de los minerales.¹¹⁵

Esta situación de atraso se agravaba en aquellos municipios, muy abundantes en la provincia de Granada, donde la orografía del terreno dificultaba el uso de máquinas, como era el caso de Montefrío:

El laboreo se hace conforme permite la topografía del terreno. Se ara con caballerías mayores y arados de vertedera. A los cereales se les hace como mínimo dos escardas y los olivos se cavan todos los años. La recogida de cereales no se hace a máquina dado lo accidentado del terreno y se trilla con trillo de rueda dentada. Se abona todo lo que precisa el terreno, hoy día con escasez por falta de fertilizantes, especialmente nitratos. La mano obrera es superior a la que precisa para las necesidades de la agricultura, sobrando unos doscientos brazos, que antes de la República trabajaban en la Vega de Granada y en las campiñas de Córdoba y Sevilla, en las épocas de recolección principalmente.¹¹⁶

Como vemos, a pesar de que las prácticas tradicionales en la agricultura garantizaban un elevado número de jornales durante el año, la evolución de la economía provincial generó gran cantidad de obreros parados. Para el caso de las comarcas que habían gozado de una economía más floreciente, como fue el caso de la Vega de Granada, el estancamiento del mercado laboral se debió, fundamentalmente, a la consolidación de la crisis terminal de la industria remolachera durante la posguerra, que acabaría por desaparecer en pocos años sin que ninguna otra tomara el relevo. Al final de la década de 1950, tan solo quedaban en activo cuatro fábricas de azúcar de remolacha en la provincia de Granada.¹¹⁷ Este hecho contribuyó a cerrar todavía más las posibilidades de un desarrollo agro-industrial de la provincia, dado que los cultivos industriales que vinieron a substituir a la remolacha no contaron con el impulso necesario de la iniciativa privada ni con el apoyo del Estado. Las declaraciones de representantes de agricultores recogidas en las actas de la sesión del 27 de junio de 1955 del II Consejo Económico Provincial de Granada son muy esclarecedoras. En este aspecto, sus descripciones permiten conocer la queja constante de que los cultivos industriales que habían tratado de substituir a la remolacha, como el cáñamo, el lino y el tabaco, no contaban

¹¹⁵ AHPdG: Mapas Nacionales de Abastecimientos, Año 1946. Puebla de Don Fadrique.

¹¹⁶ AHPdG: Mapas Nacionales de Abastecimientos, Año 1946. Montefrío.

¹¹⁷ De estas, dos estaban ubicadas en la Vega de Granada, la de San Isidro y La Vega; otra en Caniles de Baza, la de Nuestra Señora de las Mercedes; y la otra en Benalúa de Guadix, la de Nuestra Señora del Carmen (Ortega López, 2003).

con el apoyo necesario para ser rentables.¹¹⁸ Por otra parte, las acuciantes necesidades de transporte en la provincia y el devastador efecto que eso tuvo para los suministros, contribuyeron a dibujar un panorama que se fue ensombreciendo a medida que avanzaba la década de 1950. El panorama descrito tuvo consecuencias muy concretas en las vidas de los asalariados agrícolas, consolidando una situación económica de suma precariedad e indefensión ante los abusos patronales. A continuación, veremos cómo se llevó a cabo la reconfiguración de las relaciones laborales en la agricultura durante la posguerra granadina.

3.2 Viviendo al día: el caso de los jornaleros agrícolas.

El predominio numérico de la figura del jornalero en la estructura del empleo agrario andaluz a mediados del siglo XX parece haber sido evidente, tanto en el caso paradigmático de la baja Andalucía como en las provincias orientales, donde también estaba presente. El trabajo eventual en el sector agrícola por parte de aquellas personas que no ejercen un control efectivo de la tierra, es un fenómeno social en Andalucía que, como vimos, se consolidó con mayor fuerza en el medio rural andaluz a lo largo del siglo XIX. Existe un alto grado de coincidencia entre diversos investigadores en identificar a las desamortizaciones, con sus procesos de expulsión de amplias capas del campesinado del usufructo de las tierras de propios y comunales, como un factor que incidió negativamente en las condiciones de vida del campesinado andaluz, aumentando su proletarización (Artola et al, 1978; Bernal, 1988). A partir de ahí, se generalizaría la identificación del término jornalero con campesino sin tierra, sujeto a estacionalidad y paro (Gavira Álvarez, 1993). No obstante, la definición de jornalero como peón agrícola dependiente de un salario, enmascara con frecuencia la complejidad de una realidad social en la cual existían diversos tipos de relación con la necesidad de vender la fuerza de trabajo en tierras ajenas.

Los Mapas Provinciales de Abastecimientos nos ayudan a comprender la estructura social de muchas localidades granadinas en la posguerra, así como las diferencias internas existentes entre los trabajadores agrícolas en función de su grado de acceso a la tierra. En el caso del importante municipio de Cúllar Baza, con una población que a mediados de la década de 1940 rondaba los diez mil habitantes, el número de trabajadores agrícolas que, ya fuera de forma permanente o bien puntualmente, debían trabajar por cuenta ajena era descrito de esta manera:

¹¹⁸ AHPdG: Actas del II Pleno del Consejo Económico Sindical Provincial de Granada. Estudio y aprobación de la ponencia "Problemas agrícolas de la provincia", p 32-33.

- Obreros que no tienen otro medio de vida que el producto de su jornada, más o menos eventual: 658.
- Obreros que cultivan en arrendamiento o aparcería algún pequeño trozo de tierra para incrementar los ingresos de su trabajo mercenario habitual: 331.
- Obreros que, a la par, son pequeños propietarios y necesitan para vivir trabajar por cuenta ajena: 263.¹¹⁹

La combinación entre una agricultura proletarizada y el minifundio que muestran estos datos para Cúllar Baza durante el periodo investigado, responde a la última fase previa a la mecanización que se ha producido en la historia de Andalucía. Esta realidad fue común a muchos otros pueblos de la zona del altiplano granadino, como Zújar, Freila y Baza, inmersos en diversos procesos de privatización de los derechos de aprovechamiento del monte. Esta nueva forma de explotación tendió a abolir los usos comunales del mismo y a enfatizar la explotación comercial por parte de los nuevos propietarios (Ortega Santos, 2002). Otra realidad frecuente a escala provincial podemos encontrarla en la descripción que se hacía del municipio de Agrón, situado en la comarca de Alhama de Granada: “La propiedad de este término se encuentra distribuida entre cuatro propietarios solamente, por lo que la población es muy pobre, ya que todos dependen del jornal, a excepción de una pequeña parte que es del arriendo”.¹²⁰

Como hemos venido manifestando, las condiciones de trabajo de los asalariados agrícolas en el medio rural granadino se vieron afectadas profundamente por el resultado de la guerra civil y la derrota de las posiciones sostenidas por el sindicalismo campesino durante el periodo 1931-1939. La movilización social y política en el medio rural había procurado modificar la condición jornalera, asociada con la eventualidad como factor de auto identificación social y con la conciencia radical de la carencia de puestos de trabajo y de derechos sociales, frente a la exclusión de la propiedad rural y del sistema empresarial urbano (Gavira Álvarez, 1993). Como ya vimos en anteriores capítulos, el período republicano conoció el impulso de la dinámica reivindicativa de los sindicatos agrarios, quienes consiguieron articular en muchos lugares mecanismos alternativos de reparto del empleo, encaminados a disputarle el control del mercado laboral a la patronal agraria. Una de las consecuencias más claras de este período fue la fragmentación y progresivo alejamiento entre campesinos con tierra o acceso al cultivo y aquellos que no lo tenían, entre labradores y jornaleros. Este antagonismo les llevó a enfrentarse mayoritariamente en bando opuestos durante la guerra civil y acabó forjando, a través de las experiencias diferenciadas, dos identidades separadas

¹¹⁹ AHPdG: Mapas Nacionales de Abastecimientos, Año 1946. Cúllar Baza.

¹²⁰ AHPdG: Mapas Nacionales de Abastecimientos, Año 1946. Agrón.

que se prolongaron y acentuaron en el mundo rural andaluz hasta el final de la contienda (González de Molina & Sevilla Guzmán, 2000). Acabada la guerra, el nuevo impulso que tomaron las prácticas que ratificaban el dominio de los labradores y propietarios más acomodados, afectó al conjunto de la población asalariada. Fue en este contexto en el cual se desarrolló un repertorio de actitudes, entre las cuales destacaremos las muestras de rechazo ante la nueva situación que protagonizaron los trabajadores que no quisieron, supieron o pudieron adaptarse a las nuevas circunstancias de explotación que se instalaron en la Granada rural de la posguerra.

La ofensiva de la patronal en el medio rural granadino acompañó la evolución de la guerra civil. En los meses de junio de 1937 y 1938, durante el transcurso de la contienda y a medida que las tropas franquistas consolidaban sus conquistas, fueron aprobadas nuevas Reglamentaciones Provinciales de Trabajo Agrícola encaminadas a revertir los logros alcanzados anteriormente por el movimiento campesino. Desaparecidas las posibilidades de una defensa armada de las colectividades agrarias y de las empresas incautadas y socializadas del periodo 1936-1939, así como erradicada la legislación reformista de la II República, la represión laboral se asentó en los centros de trabajo, facilitada por la articulación de toda una maquinaria legislativa construida a medida de los propietarios agrícolas. Las Reglamentaciones Provinciales de Trabajo Agrícola aprobadas entre 1947 y 1948, una vez la dictadura logró consolidarse, se encargaron de acabar de revertir los logros alcanzados por el movimiento jornalero durante los años previos a la guerra. Estas medidas afectaron particularmente a muchas de aquellas provincias que más se habían caracterizado por su dinámica política reivindicativa.¹²¹

Aspectos tales como el restablecimiento del trabajo a destajo, las horas extraordinarias, la exención de los descansos de la jornada de trabajo o la desregulación del trabajo infantil, sumados a la congelación que sufrieron los salarios agrícolas e industriales durante el primer franquismo, produjeron un incremento de los beneficios de los grandes propietarios y de muchos arrendatarios. La actitud de muchos empresarios agrícolas granadinos causó incluso la indignación del gobernador civil de Granada, el falangista José María Fontana Tarrats, quien llegó a exigir y lograr la destitución de los inspectores de Trabajo en la provincia. En una carta del 7 de marzo de 1944 a José Antonio Girón de Velasco, falangista y ministro de Trabajo, Fontana denunciaba la ineptitud de la inspección en esta una provincia, Granada:

¹²¹ Nos referimos a las provincias de Jaén, Granada, Toledo, Ciudad Real, Cuenca, Badajoz, Cáceres o Madrid (Ortega López, 2007)

Donde los abusos de las empresas y propietarios agrícolas son constantes y no se observa en absoluto la legislación vigente, llegando al extremo de tener atemorizados a los obreros, que no se atreven ni a recurrir ya que si alguno de ellos presenta alguna queja o reclamación se le hace la vida imposible, hasta obligarle a abandonar la provincia con un ahínco y furor digno de mejor causa y por otra parte tan fuera de nuestra época y postulados (Thomas, 1997: 91).

Como podemos comprobar, las consecuencias de la guerra civil en el mundo del trabajo granadino se prolongaron a lo largo de la década de 1940, dando lugar a una reconfiguración de las relaciones sociales a escala local, tanto en el ámbito rural como en el urbano. Finalizada la guerra, se produjo una reafirmación del viejo orden social, amparado por una represión física cuya magnitud e intensidad ya fue abordada en el anterior capítulo. El sometimiento de los trabajadores agrícolas y urbanos a unas condiciones laborales dominadas por los bajos salarios y las prolongadas jornadas, exigidas por el proceso de acumulación capitalista reconstruido tras el final de la guerra, fue un elemento fundamental de la posguerra granadina (Cobo Romero & Ortega López, 2004).

En el difícil contexto económico de las décadas de 1940 y 1950, los intereses de aquellos propietarios y arrendatarios más perjudicados por las experiencias revolucionarias del periodo 1936-1939, les llevaron a una intervención directa en el mercado laboral. Buscaban de ese modo lograr la recuperación de las ganancias empresariales en la agricultura, reduciendo a su mínima expresión la cuantía de los salarios agrícolas y neutralizando de paso la recuperación de la capacidad reivindicativa que habían desplegado los trabajadores granadinos en la década anterior. Este período, que algunos autores no han dudado en definir como *fascismo agrario*, abarcó fundamentalmente la primera década de posguerra y se caracterizó por constituir un sistema represivo de la mano de obra agrícola (Sevilla Guzmán, 1979). Para ello, las recién creadas Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos cumplieron una función esencial, al tratar de encuadrar a todos los trabajadores agrícolas en una misma organización “en un intento de fundir oficialmente los intereses de todos los sectores sociales del campesinado con los de los grandes terratenientes en una organización de tipo económico sindical” (Sevilla Guzmán, 1979: 175). Estas instituciones constituyeron un instrumento de generación de adhesión y consentimiento hacia el franquismo, en clara sintonía con la imagen idílica que de la comunidad rural pretendía propagar la dictadura (Del Arco Blanco, 2016).

Sin embargo, la nueva regulación laboral que se impuso en el medio agrario, tuvo como un objetivo principal mantener la forma de dependencia que obligaba al jornalero a entrar en un mercado de

trabajo controlado por los campesinos, ya fueran propietarios u arrendatarios (Barciela et allí, 2001: 100). En ese contexto, la década de los años cuarenta fue un momento en el cual los salarios en el campo granadino experimentaron un descenso a niveles anteriores a la guerra, resultado de las reglamentaciones promulgadas que, como venimos mencionando, clausuraron las esperanzas de mejora laboral planteadas por las reivindicaciones sindicales de la década anterior (Ortega López, 2007). A continuación, examinemos una muestra de la diversidad de aspectos que caracterizaron las condiciones laborales en el medio rural granadino y algunas de las respuestas que llevaron a cabo los trabajadores agrícolas.

3.2.1 Volver a ir a la plaza: los mecanismos de contratación.

Al examinar los mecanismos oficiales de contratación que se establecieron en la década de 1940 para el sector agrícola, podemos observar como el Estado concedió autoridad a los propietarios agrícolas para elegir a sus empleados, aboliendo los mecanismos que en la II República habían obligado a que esta se efectuase a través de las bolsas de trabajo y registros existentes en cada municipio. La ley de 10 de febrero de 1943 sobre Colocación de Trabajadores afirmaba que «las empresas podrían elegir libremente entre los trabajadores inscritos en las respectivas Oficinas de Colocación», de modo que éstas se convirtieron en instrumentos para marginar del mercado de trabajo a aquellos trabajadores con un pasado sindicalista (Ortega López, 2003). No obstante, a pesar de la existencia oficial de Oficinas de Colocación, los testimonios orales reflejan una realidad social diferente en las comarcas rurales granadinas de posguerra. Esta realidad estaría definida por el retorno a viejas prácticas de contratación, que la dinámica política de los años inmediatamente anteriores a la guerra había tratado de erradicar mediante las leyes reformistas y la movilización de los jornaleros asalariados y que ahora regresaban con fuerza.

Una muestra de la clase media rural de labradores que se vio beneficiada por la situación creada tras la guerra, la encontramos en el caso de la familia de J.P.G. que arrendaba un cortijo en la comarca de los Montes de Granada. El padre, antiguo minero oriundo del pueblo de Alquife, había regentado con anterioridad un molino de aceite en Lanteira, pero en la década de 1920, para evitar que sus hijos tuvieran que trabajar en la mina, se decidió a arrendar el cortijo Cistel, ubicado entre los municipios de Píñar y Guadahortuna. Trabajando mediante el esfuerzo de toda la familia y la contratación puntual de jornaleros para las labores de escardeo y cosecha, pudieron ir prosperando en la posguerra. Su hijo recordaba décadas más tarde desde Barcelona como su padre y el resto de labradores de la comarca llevaban a cabo la contratación de jornaleros en unas tierras de predominio cerealístico. Sus palabras nos hablan de la existencia de unos mecanismos locales de contratación y

fijación de los salarios basados en la subasta de los trabajadores. En este caso se trataba, sobre todo, de la contratación de jornaleros para labores largas que requerían mucha mano de obra en el tiempo de la escarda¹²², fundamentalmente de la avena, con la finalidad de que la cosecha de trigo saliera limpia y tuviera más valor en el mercado. Este testimonio nos muestra una situación en la cual los trabajadores habían perdido cualquier tipo de control en la fijación de unas condiciones de trabajo y de salario que se hallaban completamente desreguladas y a merced exclusiva de los intereses del empresariado local:

Allí se hacía como una subasta para los trabajadores. Se hacía una subasta y el que más pagaba, pues se los llevaba. En Gobernador, Moreda o en Torre Cardela, que está cerca también. Iban por la mañana, mi padre o mi hermano, el más mayor, y llamaban a uno conocido y lo hacían manijero, que se llamaba, bueno, y aquel es él se ponía a subastar. Entonces mi hermano le decía: “Hasta tanto puedes ir subiendo”. Ponía a diez pesetas (el jornal) y a lo mejor salía otro: “Yo pago once”. Entonces si a ti te interesaba llevártelos decías: “Yo pago doce”. Y quien dice eso, pues a lo mejor subías cincuenta céntimos, en fin, cada uno como podía. Era como una especie de subasta (...) Elegía el que se llevaba la subasta. Había veces que si, a lo mejor querías veinte (trabajadores) y entonces aquel manijero decía “yo”, los apartaba y “estos veinte a tanto” y los demás ya se quedaban aparte, pero seguían con la subasta (...) Allí en la plaza se juntaba todo dios, todo el que era jornalero se iba por la mañana allí (...) Había esa costumbre y hoy a lo mejor ganaban a diez pesetas, te voy a poner yo, y mañana salían a subasta y llegaba uno que la hierba se comía su campo y de buenas a primeras ponía a quince, ¿sabes? Porque le interesaba llevárselos y se los llevaba a todos (...) El que se quedaba con la subasta era porque los quería a todos y a lo mejor tenía un cortijo que se perdía la vista.¹²³

El precio a pagar por jornada de trabajo les era comunicado a los labradores y propietarios contratantes, mediante la información que el manijero les proporcionaba en base a lo que había sido decidido ese día en la plaza del pueblo. El jornal se fijaba en la subasta de la plaza y todos los labradores pagaban lo mismo. José menciona épocas en las que esta dinámica no operaba, porque había poca necesidad de emplear trabajadores. En estos casos se fijaba un salario base y aquello era lo que regía, de modo que las pocas personas que podían encontrar trabajo en aquellos momentos

¹²² Al escardar o sallar se procedía a retirar las hierbas que crecían en los campos de cereal y al mismo tiempo se excavaba la costra de tierra para que la caña del trigo subiera con más libertad y el agua quedara más tiempo retenida. Se hacía en primavera, cuando el sol había evaporado la escarcha. El instrumento que se utilizaba para ello era el almocafre, una especie de azadilla en pequeño.

¹²³ Entrevista a J.P.G. op cit.

contaban con un salario fijo. En las épocas de mayor demanda de trabajo por parte de los labradores, en cambio, estos trataban de minimizar el esfuerzo de acudir a la plaza cada día y llegaban a contratos verbales con los manijeros. Todo esto en ningún caso implicaba una garantía de estabilidad de los ingresos de los jornaleros, pues el salario podía variar cada día en función de lo que se decidiera en la plaza:

*Lo que mi padre hacía muchas veces es que cogía y como ya se conocía al que era mejor trabajador, pues porque hay de todo en el mundo. Entonces mi padre cogía un manijero y le decía “Tú me coges a quince, o a veinte y tú todos los días, salga la subasta como salga, tu vienes y me lo dices, pero vosotros aquí” Y así hasta que se labraba todo. Y así teníamos seguro, no teníamos que ir cada día, nada más que el manijero venía y decía “Pues hoy vale a tanto”.*¹²⁴

El relato de J.P.G. pone de manifiesto la importancia que los mecanismos de conocimiento mutuo, propios de las comunidades rurales, tenían en la definición del mercado de trabajo local, determinando quien tenía acceso al empleo y quien tendría mayores dificultades para acceder a él. Esta arbitrariedad, tan combatida por el sindicalismo agrario durante la etapa republicana, volvió a instalarse con fuerza en un contexto en el que ser *afecto* o no al nuevo Régimen tuvo una influencia clave en el acceso al mercado de trabajo.

La importancia de esta cuestión en el desarrollo de actitudes de rechazo ante esta configuración del mercado laboral agrícola a escala local, debe ser tomada muy en cuenta para comprender como se forjaron expulsiones y reacciones de disconformidad con el poder que habían recuperado los labradores y propietarios, mediante la colaboración de los manijeros, en tanto que procuradores de empleo en las comunidades rurales. S. P. nos transmite esta idea al describir con sus palabras los mecanismos de contratación para las tareas agrícolas que tenían lugar en la plaza de su pueblo, Santafé, y el rechazo que le provocaban las dinámicas sociales desencadenadas por éstos:

Precisamente si me vine a Barcelona yo fue porque una de las cosas que no podía soportar era la discriminación que había. Allí llegaba el capataz, que allí al encargado le llaman el capataz, y llegaba a un corro de hombres que estaban esperando para ir a ganar el jornal, y llegaba y se los miraba y decía “Tú ¿Mañana tienes (trabajo)?” “No” “Vente a tal sitio” A escardar, o a labrar papas, o a lo que fuera. Los miraba a los demás y si había alguno más

¹²⁴ Ídem.

que le gustara le decía “¿Y tú? Vente también” Y a los demás los dejaba allí, un día y otro día. Unos porque estaban malillos, otros porque eran republicanos... que todo el pueblo y así era republicano, pero bueno, ellos hacían su selección. Y lo mismo te daba que fuera un día lo que te dejaran parado, que tres meses. Como no fuera que hubiera mucha faena de un día y los cogieran, es que no los cogían nunca. Y luego por la noche pues a beberse media botellilla de vino, a invitar al encargado cuando venía a pagarles el salario. Si era un duro u ocho pesetas lo que le fuera a pagar pues...” ¡Va señor José, tenga un traguito!” E iba, unos, por un lado, otros por otros y él bebía... y así... de miseria y de discriminación total. Y yo aquello no lo soportaba.¹²⁵

Las dinámicas relacionales vinculadas a la obtención de empleo, definidas por la extrema dependencia de los empresarios agrícolas para conseguir trabajo, señalan hasta qué punto la guerra afectaron al capital relacional de muchas personas y las desplazó fuera del mercado laboral. El testimonio de S.P.R. permite asociar a la migración como una estrategia de resistencia individual ante las circunstancias adversas en las cuales se encontraban los asalariados del mundo rural en la Granada de posguerra. Aunque desconocía quién fue el primero en marcharse de su pueblo tras la guerra, nuestro entrevistado tiene conciencia de que, tanto en Santafé como en el cercano pueblo de El Jau, donde también residió unos años antes de emigrar a Barcelona, las dinámicas del mercado de trabajo expulsaron a mucha de la gente que marchó rumbo a Catalunya. A las alturas de 1953 para un joven de la Vega, la comarca más rica de Granada, emigrar se iba convirtiendo en una alternativa cada vez más aceptada. Como veremos a continuación, también se dieron de forma colectiva otro tipo de estrategias de resistencia.

3. 2. 2 Estrategias de resistencia colectiva.

Al analizar las muestras de resistencia en el ámbito laboral que encontramos entre los jornaleros granadinos durante las décadas de 1940 y 1950, es necesario destacar la importancia que algunos autores han dado a la percepción subjetiva de la opresión ante determinadas situaciones, por parte del campesinado andaluz (González de Molina & Sevilla Guzmán, 2000). Este aspecto pone de manifiesto nuevamente la importancia de los testimonios, como fuente privilegiada para reconstruir un determinado ambiente de no aceptación de una situación considerada injusta y en franca oposición a los valores compartidos por una comunidad.¹²⁶ La situación ya descrita y prolongada a

¹²⁵ Entrevista a S.P.R, op cit.

¹²⁶ Un aspecto que conecta con lo que E.P Thompson denominó la economía moral de los pobres. Y que según este autor:

lo largo de toda la década de 1940 hizo aflorar, a medida que la represión física fue disminuyendo, las señales de descontento en la sociedad granadina menos favorecida por el nuevo régimen. Una sociedad que, en palabras de Claudio Hernández, se encontraba:

(...) extenuada por las deficiencias en la alimentación y la vivienda, por la miseria en la que ellos o sus semejantes se encontraban sumidos y por las consecuencias más negativas de una nefasta política económica y de abastecimientos que había multiplicado las dificultades de la posguerra (Hernández Burgos, 2013: 223-224).¹²⁷

Los testimonios orales permiten, por tanto, profundizar en otro tipo de resistencias que se dieron sobre el terreno por parte de los jornaleros y que, en algunos casos, han podido ser documentadas. Se trata de actitudes de rechazo ante las situaciones creadas al amparo de los mecanismos institucionales, articulados para combatir el fenómeno del paro agrícola a través de juntas locales de colocación. Miguel Ángel del Arco menciona como en 1946, en la localidad granadina de Montefrío, aquellos trabajadores que fueron colocados por la Junta Local de Paro Obrero en distintas explotaciones y se negaron a trabajar por el jornal que iban a pagarles y en las condiciones que se les quisieron imponer, fueron amenazados con ser anulados del Censo de Trabajadores y no volver a ser empleados en el futuro (Del Arco Blanco, 2007). Sin embargo, estas fuentes difícilmente permiten conocer la versión de los trabajadores en este tipo de conflictos. Así sucede con el caso, por ejemplo, del rechazo de los trabajadores al establecimiento de jornadas laborales en limpio, sin tiempo de descanso.

En un contexto en el que la cuestión del salario era innegociable, no pasaba lo mismo con el tiempo de trabajo, algo que también ocasionaba profundo malestar y ante lo cual existieron actitudes de protesta. Hay testimonios que indican como en diversos puntos de la provincia los trabajadores protagonizaron pequeños paros y huelgas para poner fin a los abusos patronales. Un ejemplo de ello

Se apoyaba sobre una sólida visión tradicional de las normas sociales y las obligaciones, de las funciones económicas apropiadas de las distintas partes dentro de la comunidad, las cuales, tomadas en su conjunto, puede decirse que constituyen la economía moral de los pobres. Una ofensa hacia estos presupuestos morales, tanto o más que las propias carencias materiales, era la ocasión habitual para la acción directa (Thompson, 2001: 318).

¹²⁷ Estas muestras de hastío en la sociedad granadina a finales de los años cuarenta, llamaron poderosamente la atención de observadores como Gerald Brenan, quien dejó constancia de ello al recordar su paso por la ciudad de Granada en 1949:

Faltaban los signos de enorme pobreza que me habían causado una impresión tan dolorosa en Córdoba y Málaga. La gente parecía comer, aunque no comiera mucho: la irrigada Vega proporcionaba un empleo regular. Pero el resultado no era satisfactorio. Había una rabia y tensión reprimidas. Era algo que no había visto en ningún otro lugar en mi viaje: los trabajadores mantenían altas sus cabezas, y hablaban con una no disimulada amargura, e incluso los mendigos eran desdeñosos, pidiendo como si tuvieran derecho a ello y embolsándose las limosnas sin dar siquiera las gracias (Brenan, 129-130).

serían pueblos de la comarca del Poniente granadino como Salar, donde una de las personas que entrevistamos para realizar esta investigación participó en una protesta para reducir tiempos de trabajo siendo un jornalero adolescente:

Estábamos escardando habas en un cortijo que se llama Panes¹²⁸ y resulta que trabajábamos seis horas y media, pero seis horas y media limpias, sin descanso. Descansabas, pero lo que descansabas lo tenías que echar después. La media hora aquella se nos hacía larguísima, teníamos que estar ahí amorrados. Estábamos dieciocho, jóvenes y mayores, que los mayores fueron los primeros que dijeron de que nos quitara la media hora. Entonces hicimos una huelga en el sentido de que le dijimos al manijero: “Tu cuando sean las seis horas te levantas”. “Es que soy el manijero y se va a meter conmigo”. “Es igual, como todos tenemos reloj, cuando sean las seis horas nos levantaremos todos, si tú quieres seguir sigues”. Y nos levantamos todos y él se levantó también. Y el dueño, que estaba allí delante nada más que viendo a ver el que se quedaba atrás. El Chota le decíamos (...) El tío se fue a Málaga, a la Delegación de Trabajo, a ver si nos podía denunciar y le dicen: “¿Ellos han pedido más dinero?” “No” “Entonces pueden hacer el horario que quieran” A partir de ahí se quedó, todas las cuadrillas hicieron nada más que seis horas. Y fue la primera huelga, yo tendría dieciséis años. Nos levantamos y nos fuimos. Al día siguiente volvimos y trabajamos seis horas. Al tío le interesaba.¹²⁹

La protesta que menciona A. S. P. y que inspiró a más trabajadores de la zona sucedió en 1957, un momento en el cual ya estaba avanzado el proceso de éxodo rural y las posibilidades de plantear reivindicaciones eran mayores ante la evidencia de una creciente escasez de mano de obra jornalera, algo de lo que los trabajadores más experimentados serían plenamente conscientes. Pero sobre todo muestra la manera en la cual los comportamientos de rechazo ante esta situación eran protagonizados tanto por personas mayores, como por la nueva generación de jóvenes que iba entrando en el mercado de trabajo.¹³⁰

¹²⁸ El Cortijo de Panes se encuentra situado a 4 kilómetros del pueblo de Salar.

¹²⁹ Entrevista a A.S.P., op cit.

¹³⁰ En su investigación llevada a cabo en la campaña cordobesa entre 1964 y 1965, Joan Martínez Alier muestra un claro ejemplo de cómo se habría ido consolidando nuevamente un malestar profundo en el medio rural andaluz a medida que avanzaba la dictadura. Este cambio progresivo en las actitudes de los jornaleros rurales contrastaba con la represión y el miedo que se había vivido en la inmediata posguerra:

Cuando uno les dijo a los obreros que cuidaban de las “piqueras” de la cosechadora que, si no echaban los sacos con cuidado, bien alineados, al día siguiente ya no vendrían, los obreros le respondieron si se creía que todavía estábamos en el año 45. El operador que explicaba eso, comentaba cómo habían cambiado las cosas; antes nadie contestaba así (Martínez Alier, 1968: 171).

Un ejemplo de esta conexión intergeneracional entre los trabajadores más veteranos y aquellos jóvenes que iban forjando sus actitudes a mediados de la década de los años cincuenta, lo ofrece la comarca de los Montes Orientales y en concreto el pueblo de Guadahortuna. Su caso conecta directamente con el resurgimiento del movimiento obrero en el Sabadell de la década de 1960, como volveremos a tratar en el último capítulo de este trabajo. Esta localidad es una muestra de la existencia de comunidades rurales donde las organizaciones obreras de izquierda fueron hegemónicas durante la II República y donde los valores que habían promovido seguían conservando un fuerte arraigo en las décadas siguientes (Domenech, 2002; Martínez Foronda, 2012). El primer núcleo de la gente de Guadahortuna emigrada a Catalunya se encontraba en el barrio sabadellenc de la Creu de Barberá y representó un papel central en la reconstrucción del PSUC en Sabadell, de modo que el Comité Local se reorganizó en la Creu de Barberà, lugar donde residía el núcleo más antiguo y las células se extendieron por los barrios donde había presencia, aunque no siempre, de inmigrantes de esta localidad (Balfour, 1993 Domenech, 2002). Como explicaba en su testimonio Francisco Morante, en unas entrevistas realizadas por Xavier Domenech entre abril y junio del año 2000, esta actitud de los trabajadores de Guadahortuna se había visto reflejada en el mundo del trabajo:

Fue de los primeros pueblos donde (se dio) la lucha de clases, allí el enfrentamiento se dio más... Yo recuerdo cuando ningún pueblo, allí no se trabajaba ocho horas nunca allí se trabajaban seis horas (...) Siempre, se han trabajado seis horas, siempre. Y había ya una tradición, aquel pueblo ha sido muy, ha tenido una tradición revolucionaria muy fuerte, muy fuerte, muy fuerte. Incluso donde la represión se cebó más.¹³¹

Como vimos en el testimonio de J.P.G., la comarca de los Montes fue escenario de un retorno a las antiguas prácticas de contratación, lo cual no siempre implicó una pérdida total de poder de negociación. En este sentido, para muchos jóvenes jornaleros de los pueblos, la frecuencia cotidiana y constante de las relaciones intergeneracionales permitieron experimentar tempranos procesos de toma de conciencia, que tuvieron lugar en el ámbito comunitario y en el mundo del trabajo. Unos espacios de sociabilidad, el del trabajo eventual en el sector agrícola y el ámbito familiar, donde cristalizaban tradiciones profundamente arraigadas. Francisco Morante recordaba así el contexto en el cual se produjo su politización durante la posguerra:

¹³¹ AHCONC. Fons Història Oral i Militància Sindical. Biografies Obreres (1939-1978) Entrevista a Francisco Morante Marín. Realizada por Xavier Domenech, entre 03-04-2000 y 26-06-2000. p. 3.

Siempre en el campo, en el campo, en el campo allí no había otra cosa, allí el campo. Y a todo eso esto te va marcando, te va marcando. Después, pues te haces mayor, te haces mayor enseguida. O sea, la edad no acompaña la vida que tienes. La idea y la forma de pensar va por encima de tu edad. ¿Por qué? Porque tú tienes allí contacto con un montón de gente mayor que tú, que estos ya tienen... y allí como siempre ha estado organizado, siempre han estado organizados, siempre, siempre, siempre, han estado organizados, pues prácticamente como nosotros veníamos de una familia un poco de izquierdas y eso, no, no hemos tenido, yo no he tenido ningún tipo de problemas de tener contacto de seguida, prácticamente con quince o dieciséis años, hacíamos allí nuestras primeras pintadas.¹³²

La memoria del que fuera un joven jornalero de Guadahortuna emigrado a Barcelona a comienzos de los años sesenta, conecta la experiencia que ellos vivían en su día a día como trabajadores eventuales, con la existencia de poderosas redes de solidaridad de clase:

Para poder ir a trabajar tenías que ir a la plaza, y decían tú, y tú. Ya allí había alguno que no querían, en fin, no los querían en ningún sitio (...) Allí la gente era muy solidaria. La gente era muy solidaria, muy por eso por ser muy solidario y estar tan unidos y no hubo más masacres, pero si no llega a estar la gente tan unida (...) Eran muy solidarios, mucho. Yo por lo menos lo que vi allí hasta que estuve, muy solidarios. Allí, luego después había una relación muy esa, porque allí en el pueblo nos conocemos todos, y había una relación... Después la gente se iba ya a los bares y tomándose el vasillo de vino pues se hablaba de todo. Allí eran prácticamente las reuniones; las reuniones prácticamente las hacíamos allí.¹³³

Por estos motivos, Guadahortuna fue uno de los primeros lugares donde el PCE pudo reorganizarse durante la década de 1940 y mantenerse activo hasta finales de la década siguiente, de una forma lo suficientemente extensa como para que militar en él no fuera algo extraordinario y contara con una gran cantidad de simpatizantes.¹³⁴ Los años finales de la década de 1950 fueron el momento de eclosión de esta sociabilidad crítica y contraria al estado de las cosas en aquellos pueblos granadinos. De hecho, durante la Jornada de Reconciliación Nacional de mayo de 1958 en la plaza del ayuntamiento de Guadahortuna se llegaron a concentrar entre doscientas y trescientas personas. Todo este movimiento se vio interrumpido debido a una gran caída que sucedió a escala provincial

¹³² Ídem., p 6

¹³³ Ídem., p 7

¹³⁴ Según Martínez Foronda, el PCE llegó a tener tres o cuatro decenas de militantes en Guadahortuna, otra treintena en Píñar y una estructura local importante en Dehesas Viejas (Martínez Foronda, 2012: 73).

en 1961 y tras la cual la organización comunista fue desarticulada. La coincidencia de esa circunstancia política y la existencia de mayores posibilidades de emigrar, llevaron a Sabadell a muchas personas. Con ellas también se movieron los lazos y la organización que habían conseguido levantar en el pueblo. Esta característica de la Guadahortuna de posguerra, así como de otros pueblos cercanos donde también se reorganizó el movimiento jornalero a través del PCE, mediante los contactos realizados entre jóvenes y veteranos¹³⁵, era la expresión de una manera concreta de percibir la realidad social que también empapaba a otros sectores de la población que no dieron el paso a la militancia.

3.2.3 Las dificultades de reproducción de los grupos domésticos jornaleros.

Para finalizar el apartado dedicado a analizar las condiciones de vida de los jornaleros, queremos extender el análisis a los núcleos familiares. Los estudios de Aleksandr Chayanov señalaron en su día que el objetivo económico del campesinado es la reproducción del grupo doméstico y que su trabajo no persigue el lucro sino la supervivencia, el mantenimiento y la mejora del estatus adquirido. En el caso de las economías campesinas, el capital invertido o las horas realizadas no tienen una relación directa con el beneficio obtenido y resulta muy complicado separar la esfera productiva de la reproductiva (Badal, 2017). Esta visión del campesinado, en la cual la retribución de la fuerza de trabajo no tiene un salario o una asignación fija, no se corresponde con la realidad de las familias jornaleras que en la posguerra se encontraron abocadas con mayor intensidad a depender de unos ingresos para garantizar su sustento. Por esos motivos, es necesario volver a enfatizar que el peso de la experiencia de la guerra, sumada a la represión sufrida y a las extremas dificultades para sobrevivir en la posguerra, determinó que la sensación de impotencia y falta de perspectivas se instalara con fuerza en las familias jornaleras granadinas.

Biografías como la de José García Soria, nacido en otra localidad de Los Montes Orientales, Alicún de Ortega, en 1927 y emigrado a Barcelona en 1955, ayudan a entender esa relación entre la pobreza, la situación del mercado de trabajo y una guerra perdida. Su caso aparece mencionado en una obra colectiva donde figuran personas que destacaron por su militancia política, ya fuera en el movimiento obrero y/o en el vecinal, en L'Hospitalet de Llobregat (VV. AA, 2007). Procedente de

¹³⁵ Francisco Morante menciona en la citada entrevista:

También estaba Pedro Martínez que siempre ha estado (...) Estaba Piñar; también que había otros pueblecillos alrededor como era Alamedilla, Morelabor, Montejicar que ya había, había menos; Moreda, pero en todos estos que te he mencionado antes sí que había, había organización.

AHCONC. Fons Història Oral i Militància Sindical. Biografies Obreres (1939-1978) Entrevista a Francisco Morante Marín. Realizada por Xavier Domenech, entre 3-4-2000 y 26-6-2000. p 36.

una familia numerosa de izquierdas, el padre de José García había sido secretario local de la UGT y su madre fue encarcelada acabada la guerra. Su hermano mayor pertenecía a las Juventudes Socialistas Unificadas y marchó de voluntario a luchar en el frente de Madrid. Tras la guerra, fue acusado de haber participado en la quema de la iglesia del pueblo y condenado a muerte por ello, pero la pena le fue conmutada y acabó pasando diecisiete años en la cárcel. José García Soria hablaba de derrota al recordar, muchos años más tarde, las reflexiones que le provocaba la penosa situación económica en que quedó su familia, así como la extrema dependencia del jornal que se establecía en los núcleos familiares y las dificultades de sobrevivir con tan pocos ingresos:

Yo me acuerdo de chico, de que, por ejemplo, cuando yo salí derrotado, hecho polvo y no tenía nada que comer y veía a otros que tenían de todo, yo mismo pensaba y decía: “¿Esto como puede ser, que todos nazcamos por el mismo sitio y que unos tengan y otros no tengan?” Y con el triste jornal que ganaba mi padre, que pagaban entonces 7 pesetas, lo tenía mi madre que dar para siete y dos, nueve, tenía que estar esperando el jornal a la noche, cuando venía para cobrar. Entonces te pagaban muy tarde, a lo mejor ya la tienda la habían cerrado, tenías que picar a la tienda a ver si te vendían un kilo de arroz o algo para hacer un guiso. Comías aquella noche y ya hasta la otra noche no volvías a comer; y siempre igual, y siempre igual.¹³⁶

Esta precariedad en la estructura de ingresos de las familias jornaleras afectaba profundamente la vida económica de las comunidades rurales. Si en el epígrafe anterior veíamos el alcance de algunas estrategias de resistencia, en este podemos observar cómo se produjeron algunas estrategias de adaptación a la realidad social y económica de la Granada de posguerra. Según se desprende del análisis de varias entrevistas realizadas a mujeres que emigraron a Catalunya, en algunas casas era frecuente el caso de instalar pequeñas tiendas de ultramarinos en las cuales se aprovisionaban los trabajadores del campo. Este tipo de comercios cumplía una función de apoyo a la supervivencia de muchas familias, pues resultaba a todas luces deficitario. Sin embargo, también en esta ocasión los mecanismos de solidaridad revelaban tener fuerza para sostener las vidas de muchas familias. Una de las ya mencionadas entrevistas que realizó Angelina Puig en la década de 1980 a mujeres procedentes de la localidad de Pedro Martínez, saca a la luz las dificultades de las familias dependientes de un salario diario para proveerse de alimento, teniendo en cuenta la precariedad de la estructura de ingresos en el mundo rural. En estos casos, solo la solidaridad de las personas que regentaban estas pequeñas tiendas era capaz de sostener a estas familias:

¹³⁶ AHLH. Entrevista a José García Soria (Alicún de Ortega-1927) Realizada el 11 de julio de 1995. Entrevistada por Dolors Romero.

Si vienen y me dicen “Que no tengo para comer esta noche, mañana si voy a escardar yo te lo pago” Pues claro, yo contaba con que irían a escardar y a la noche vendrían, pero ese día llovió o hacia malo y se tenían que venir sin comer y sin escardar. “Mujer Antonia, que mis niños, si tú no me das un kilo de harina y un kilo de aceite, que mis hijos no comen, se cuestan sin cenar.” Y yo decía: “¡Válgame dios! Pero que hago, si yo me voy a quedar igual que vosotros. Si os lo voy dando, ¿qué hago yo?” Bueno, pues se lo daba otra vez.¹³⁷

Un caso semejante de precariedad, pero también de solidaridad comunitaria, lo encontramos en las dificultades que los padres de una mujer entrevistada para este trabajo tuvieron para poder mantener la pequeña tienda que tenían en instalada en su casa de Purullena. Se trataba de un pequeño comercio que regentaba la madre de la entrevistada y donde proveían de alimento a los jornaleros del pueblo, la mayoría de la población. Esta mujer era la encargada de regentar el negocio y compraba el género en la cercana ciudad de Guadix. El contenido de la entrevista muestra lo básico de la alimentación de un campesinado que, aun así, debía endeudarse para poder comer pan:

La gente compraba una peseta de manteca, una peseta de tocino. Iban comprando así. Un pan a lo mejor lo vendías en todo el día y se llevaban cada uno un trozo de pan. La gente venía (...) Venía con una caña, partida por medio, sobre todo mujeres. Entonces la caña en un lado se hacía, cada pan que se llevaban, una raya, porque era fiado. En el otro lado de la caña una cruz, que era medio pan, ¿entiendes? Así era todo fiado, siempre fiado.¹³⁸

La inviabilidad a medio plazo de este tipo de comercios, estuvo determinada por el bajísimo poder adquisitivo de una población que dependía de que pudieran adquirirse sin pagar los productos que se iban consumiendo, en espera de cobrar un salario que nunca era suficiente para abonar las deudas. En el caso de la familia de la entrevistada, la imposibilidad de cobrar las deudas fue un motivo más que impulsó la emigración de su familia a comienzos de la década de 1960. Sus vecinas nunca dejaron de agradecerse los pasados los años:

Mi madre decía, “No, aquí ya no se puede. ¡No me paga nadie!” A mi madre le quedaron a deber 15 mil pesetas en aquellos años. Mi madre ya rompió la libreta y no le hablaba a la gente cuando iba (a decirle que le pagarían). “Mirad, ¡Lo he quemado todo! ¡Qué dios nos ayude a cada cual como pueda! Yo aquello ya lo quemé y no sé lo que me debíais nadie.” A

¹³⁷ AHCONC. Entrevista a Antonia Valle. Realizada por Angelina Puig. Transcripción propia.

¹³⁸ Entrevista a A.R.H., op cit.

*mi madre jamás le ha faltado de nada. Allí llegaba al pueblo y le daban de todo, de todo, en Purullena.*¹³⁹

El impacto de esta situación en las condiciones de vida de las familias trabajadoras en el medio rural granadino, afectó no solamente a aquellas personas que se dedicaban directamente a las labores de la agricultura, sino que se extendió al conjunto de trabajadores asalariados de las comunidades rurales. Otras ofertas laborales al alcance de los trabajadores asalariados granadinos, reproducían las mismas condiciones de explotación. En aquellas comarcas de la provincia donde se llevaron a cabo campañas de repoblación de pinos, se alternaba este trabajo con las labores agrícolas, sin que las condiciones mejoraran. Tal y como refleja el testimonio recogido por Jaume Botey a un trabajador nacido en la localidad de Aldeire en 1945 y emigrado a L'Hospitalet de Llobregat en la década de 1960:

Desde pequeño estuve trabajando en la repoblación forestal y en el campo según las temporadas. Recuerdo que cuando trabajaba en la repoblación forestal, teníamos unas tres horas de camino para ir y para bajar otras tres, depende de donde fuere, de donde íbamos, y lo hacíamos andando, claro. Allí las pasábamos muy mal. Recuerdo que lo máximo que llegamos a cobrar fueron 75 pesetas al día, pero echábamos desde las 4 de la mañana y llegábamos a las 9 de la noche a casa. No teníamos seguro ni nada, solamente trabajar como unas bestias y con una represión en el asunto del trabajo que era horrible (Botey, 1981: 43).

La segmentación de un mercado de trabajo sometido a una fuerte disciplina, afectaba también al escaso artesanado que existía en las localidades de base agrícola. Ese el caso de personas como J.S.B., oriundo del ya nombrado pueblo de Guadahortuna y uno de los escasos trabajadores no agrícolas del pueblo. Un pueblo que era, según sus propias palabras, «rico pero pobre» y que contaba con una fértil vega, una pequeña industria vinculada al sector primario y una población aproximada de cuatro mil personas.¹⁴⁰ Su padre era un herrero oriundo de la cercana provincia de Jaén y trabajaba como obrero especializado en un taller de construcción de carros. Tanto el entrevistado como sus hermanos entraron de niños a trabajar como aprendices en el taller y por ese motivo su memoria sabe valorar el significado que para su familia tuvo contar con un jornal fijo en casa, cuando la inmensa mayoría del pueblo vivía pendiente de obtenerlo cada día en la plaza. También muestra la percepción que existía de las injustas relaciones laborales en el sector agrícola:

¹³⁹ Ídem.

¹⁴⁰ Según el censo de 2016, viven actualmente en Guadahortuna 1957 personas.

La jornalería es que no estás fijo, no tienes trabajo fijo. Hoy estas aquí y mañana allí. Y pasado mañana al otro lado... si es que hay. En plena recolección como el verano, por ejemplo, todo el mundo trabajaba en la cosecha, recogiendo ¡para ellos! Trabajando te tirabas y los beneficios todos para ellos. ¡Pues fíjate tú! Si iba un tío a trabajar con una yunta y le daban cuatro pesetas y un gazpacho. ¿Que tenía para eso? Pues tenía siete u ocho hijos y a recoger cuatro o cinco cosillas, la remolacha, a espigar.¹⁴¹

El relato de Juan Salvador confirma muchas de las afirmaciones hechas por su paisano Francisco Morante, al tiempo que permite hacerse una idea de las relaciones de clase en el pueblo entre labradores y jornaleros. También remite a la existencia de ámbitos de sociabilidad muy separados debido a la clase social y al hecho de que eso generaba un profundo malestar en la mayoría del pueblo. En ese sentido, el trabajo en el taller de construcción de carros donde se juntaban quince o dieciséis trabajadores, incluidos los hijos de los trabajadores y de los dueños, era un espacio menos conflictivo de lo que resultaba ser la vida en general en el pueblo. Sin embargo, la realidad social que recuerda de la Guadahortuna de la posguerra, es que las barreras de clase permanecían levantadas con firmeza, una muestra clara de la segmentación del campesinado andaluz. Juan Salvador describía así su relación y la de sus familiares con los propietarios del taller donde trabajaban:

Nos llevábamos bien. Cuando estábamos trabajando nos llevábamos bien, pero luego ellos allí y nosotros aquí. Porque yo no me podía juntar con ellos, ellos tenían más y mi padre decía: “Si yo me junto con otro que tiene más que yo, pues hago el ridículo. Igual vamos a tomar un vaso de vino y él tiene para diez y yo no tengo ni para uno”. Entonces, mientras estábamos en el taller éramos casi familia, pero cuando llegaba la tarde ya no, ya cada uno se iba para su lado. Él tenía otros amigos. Unos tenían los amigos más riquillos y otros... pues los pobres con los pobres y los ricos con los ricos. O los labradores con los labradores y los jornaleros con los jornaleros. Eso era así. Ahora, si, en el medio en el pueblo nos llevábamos bien... pero a lo mejor no tan bien porque había mucha discriminación y uno nunca estaba contento. No estaba contento nunca, ¿cómo va a estar contento si ellos mataban unas matanzas de diez u ocho marranos y tú no matabas ninguno? Pues había una discriminación, el pueblo no estaba contento. Te tenías que aguantar porque no había otra cosa, pero el pueblo ¿que va a estar contento, nunca!¹⁴²

¹⁴¹ Entrevista a J.S.B. Nacido en Guadahortuna el 04/10/1933. Realizada en Barcelona el 09/03/2017.

¹⁴² Ídem.

Para toda esta generación, la emigración fue una muestra de disconformidad que también implica una percepción muy precisa de la lamentable situación laboral que se vivía en los pueblos de Granada. Desarticuladas las posibilidades de transformar esa realidad, migrar fue por eso la gran oportunidad de escapar de esa situación:

Fue una salida grande. Yo cuando empecé a tener un duro y ya tenía un dinerillo fue cuando me vine a Barcelona, porque yo cuando vine a Barcelona la primera paga extra que yo percibí la percibí aquí. Allí no había pagas extras, ¡si no te daban ni el jornal, como iba a haber pagas extras! No había personas fijas ninguna, el único que había fijo, de los primeros casos (fue) mi padre cuando se jubiló. El primer caso que hubo de un industrial fijo fue mi padre, ninguno más.¹⁴³

Como ha señalado en su día Michael Richards, los movimientos de población que a finales de la década de 1940 comenzaron a orientarse principalmente hacia los focos industriales y las regiones más desarrolladas, tuvieron su explicación tanto en una desastrosa política agraria, cada vez más orientada al monocultivo e incapaz de sostener económicamente el crecimiento demográfico, como en la evidente consolidación de un estado de las cosas. En otras palabras: los jornaleros de la España latifundista emigraron porque habían perdido cualquier esperanza que hubieran podido abrigar antes de 1939 de poseer las tierras que trabajaban (Richards, 2014). De ese modo podemos concluir que los años finales de la década de 1940 y toda la década de 1950, fueron un periodo donde este malestar creciente ante una situación laboral insatisfactoria tomó una dimensión cada vez mayor. A medida que generaciones más jóvenes de trabajadores fueron incorporándose al mercado de trabajo, las expectativas de llegar a cubrir las necesidades de reproducción de los núcleos familiares toparon con enormes dificultades. Sin embargo, estos impedimentos fueron vividos de forma diferente, en función de la posición social que ocupaba cada uno de los sectores mayoritarios que acabaron emigrando: jornaleros y labradores. En un contexto en el que los pequeños propietarios y arrendatarios tuvieron que emigrar porque cada vez les resultaba más difícil sacar provecho de la tierra, pasemos a continuación a analizar más algunas de las estrategias desarrolladas por aquellos sectores del campesinado más acomodados.

¹⁴³ Ídem.

3.3 Perder la tierra: el caso de los labradores

Los labradores y arrendatarios rurales fueron uno de los grupos sociales más característico del medio rural granadino en las décadas centrales del siglo XX y emergieron de la guerra civil como uno de los sectores sociales más privilegiados por el nuevo Régimen. Definiciones efectuadas desde el campo de la sociología rural han permitido caracterizar a los labradores como aquel sector social integrado por unidades familiares de producción y consumo, cuya organización social y económica se basa en la explotación agraria del suelo, independientemente de que posean o no tierra y de la forma de tenencia que las vincule a ella. La red de relaciones sociales que caracteriza a este grupo se desarrolla en sociedades rurales con las cuales mantienen una relación asimétrica de dependencia, y en muchos casos explotación, en términos de poder político, cultural y económico (Sevilla-Guzmán y Pérez Yruela, 1976). Como ya hemos puesto de manifiesto, las prácticas de la agricultura tradicional se acentuaron durante la primera posguerra, el denominado periodo de la autarquía, debido a la dificultad de introducir maquinaria y lo complicado que resultaba obtener fertilizantes de importación. Por otra parte, el bajo nivel de los salarios y la configuración de unas relaciones laborales muy favorables al empresariado agrícola, hicieron que la mecanización no resultara tan rentable como la explotación de la mano de obra jornalera. Este panorama, que a primera vista también resultaba muy beneficioso para los labradores, empezó a ensombrecerse para ellos debido a la nueva tendencia hacia la explotación directa por parte de los propietarios que se produjo tras la guerra civil.

Durante la primera parte del siglo XX y hasta la década de 1930, la mayoría de terratenientes tendieron a arrendar sus fincas, lo que propiciaba una explotación más intensiva de la tierra y una maximización de beneficios, fortaleciendo con ello a una clase media rural compuesta por labradores arrendatarios. Sin embargo, después de la guerra civil comenzaron a acentuarse los desahucios de labradores. Se calcula que si en la década de 1930, del 70 al 80 por ciento de los latifundios andaluces se cedían en arriendo, en Andalucía Oriental esa cifra había descendido a un 62.3 por ciento en 1950 (Naredo, 2004). Esto fue expresión tanto de un deseo por parte de los propietarios de disfrutar directamente los beneficios que producía la situación de bajos salarios y la paz impuesta por las armas en el medio rural, como de la existencia de un mercado negro de productos agrarios en el cual podían multiplicarse fácilmente los beneficios. Según nuestras fuentes, no parece probable que el deseo de los propietarios de recuperar el control directo de sus tierras procediera de una necesidad de resarcirse de las rentas que no se les habían pagado durante la guerra, ya que, como vimos en el capítulo anterior, estas fueron perdonadas y los labradores

recibieron apoyo estatal para recuperar la producción. La compra de tierras por parte de pequeños arrendatarios también fue responsable del aumento de la tendencia a recuperar porcentajes de cultivo directo por parte de los propietarios. Sin embargo, como veremos, fueron muchas las familias de labradores que no pudieron optar a una compra ni hacerse con una cantidad de tierras suficiente como para poder sostener a sus familias.

Durante la década de 1940, en el contexto de un fabuloso incremento de las ganancias en el mercado negro, se produjo un cambio en el régimen de arrendamientos que afectó negativamente a aquella fracción del campesinado granadino que no dependía de un jornal. Según la Ley del 23 de julio de 1942, se sustituyó de modo obligatorio el tradicional pago en metálico de la renta de los arrendamientos de fincas rústicas, por una determinada cantidad de trigo. La nueva ley supuso un brusco aumento de las rentas de arrendamiento, que por entonces habían descendido al devaluarse la moneda, mientras crecieron los precios de los productos agrícolas, fundamentalmente debido al mercado negro. Muchas familias de labradores se vieron perjudicadas por este cambio en la ley, que pudo empujar en algunos casos a que los arrendatarios tuvieran que dejar de cultivar y las tierras fueran recuperadas por los propietarios (Heine & Azuaga, 2005). No obstante, las condiciones estaban dadas para que en el contexto de la autarquía resultara rentable una explotación de mediano tamaño. En la primavera de 1948, un nuevo cambio en la Ley de Arrendamientos Rústicos introdujo una prórroga de los contratos vigentes en ese momento hasta el 30 de septiembre de 1954. Esta medida era aplicable a fincas cuya renta anual no excediera de la equivalencia de cuarenta quintales métricos de trigo y estuviera cultivada en forma directa y personal por el arrendatario, mediante contratos concertados con anterioridad a la publicación de la Ley de 23 de julio de 1942. Las dos únicas excepciones a la prórroga se producían cuando el propietario adquiriera el compromiso de asumir el cultivo directo y personal de la finca, por plazo mínimo de seis años, o cuando el propietario se propusiera edificar, establecer instalaciones industriales, nuevos cultivos o aprovechamientos forestales o de otra especie, que se considerasen más beneficiosos para la economía nacional que los existentes.¹⁴⁴

Esta política buscaba atender las reclamaciones de aquellos dueños que querían recuperar sus propiedades, así como afianzar la base social del Régimen compuesta por pequeños y medianos labradores en el medio rural en un momento en el que, paralelamente, se habían promulgado recientemente reglamentaciones laborales que favorecían la explotación de la mano de obra jornalera. Sin embargo, lo que esa política consiguió fue el efecto contrario, generando descontento

¹⁴⁴ Boletín Oficial del Estado, n° 146. Ley de 4 de mayo de 1948.

en poderosos sectores económicos del medio rural andaluz. Sin llegar a establecer una comparación con las intenciones del Estado franquista, un artículo publicado en mayo de 1948 en *Campo* recordaba como las leyes de revisión de rentas y suspensión de desahucios promulgadas por la República habían sido dictadas “con el inconfesable propósito de buscar, entre los colonos beneficiados por ellas, una clientela política”. Para su autor, la Ley de 23 de julio de 1942 había logrado que los propietarios comenzaran a rescatar sus fincas, pero, en cambio, la Ley de mayo de 1948 volvía a plantear dificultades para que los latifundistas que habían parcelado sus tierras, recuperaran sus propiedades:

En nuestra modesta opinión, con esta Ley, no se resuelve el problema de los arrendamientos especialmente protegidos, sino que únicamente se aplaza. Esta ley, es una letra de cambio a fecha fija y llegado el día de su vencimiento - 30 de septiembre de 1954 - se volverá a plantear el problema, con los mismos caracteres que tendría el 30 de septiembre de 1948 o con caracteres más graves.¹⁴⁵

Aquel conflicto latente en el medio rural andaluz indica que la tendencia hacía la abolición de los arriendos y la concentración de tierras fueron ganando cada vez más fuerza en el periodo investigado, presionando a la administración y provocando la necesidad de una legislación específica para proteger a sus bases sociales. No obstante, esta protección de los pequeños y medianos arrendatarios tuvo como efecto rebote una reducción de los contratos de arriendo, por parte de unos grandes propietarios temerosos de perder la oportunidad de hacer negocios mucho más provechosos en una época propicia para ello. Así se reflejaba este cambio en el medio rural:

Hoy, indudablemente, hay falta de tierras que llevar en arrendamiento y ello tiene como única causa el que los propietarios, cuando se les ha presentado la coyuntura de rescatar sus tierras, ante la amenaza de una prórroga indefinida del contrato y el consiguiente estancamiento de la renta, la han aprovechado y asumido la explotación directa.¹⁴⁶

El autor del artículo aventuraba la posibilidad de que si eso se acababa solucionando "muchas fincas que hoy son explotadas por sus propietarios volverían al mercado arrendaticio", pero eso es algo que, como veremos en algunos de los casos que hemos recopilado, no llegó a suceder. Esta protección del Régimen a una clase que le era leal, ante los deseos de los propietarios de efectuar

¹⁴⁵ *Arrendamientos Rústicos. La ley de 4 de mayo de 1948*. Manuel Fernández-Armenta, abogado. *Campo. Revista Mensual Agropecuaria*. Año VII, N° 74. mayo de 1948, página 15-16.

¹⁴⁶ Ídem.

desahucios, permitió que muchas familias mantuvieran sus arrendamientos hasta mediados de la década de 1950, en la cual volvió a plantearse el conflicto que fue enfrentando a propietarios con arrendatarios.

La falta de confianza de los propietarios en una política del Estado que tendía a proteger a los labradores era fundada y pudo confirmarse años más tarde, dado que el 15 de julio de 1954 se promulgó una nueva Ley de Arrendamientos Rústicos que establecía una nueva prórroga obligatoria de los contratos de arriendo ya prorrogados en 1948. En esta ocasión las esperanzas de muchos propietarios de recuperar el cultivo directo de sus tierras se vieron defraudadas nuevamente, pues esta Ley reconoció el derecho de los arrendatarios a acceder a la propiedad de la tierra, lo que, en la mayoría de los casos, no obstante, resultaba inasumible económicamente por las familias de labradores. En defensa de esta Ley se argumentaron razones sociales, económicas y jurídicas, como el hecho fundamental de que los arriendos protegidos sumaban cientos de miles y que “el desenlace de todos ellos en el mismo día daría lugar a que una enorme masa de familias campesinas salieran de la tierra que cultivan hace más de veinte años” (García-Galán & Rodríguez Lozano, 1954: 34).

El Estado se encontraba ante un problema de difícil solución, dado que ni las políticas de colonización impulsadas hasta la fecha, ni el escaso desarrollo industrial del momento suponían alternativas para ubicar a esta masa de población, bastión imprescindible del franquismo en el medio rural, cuyos intereses pretendían salvaguardarse, al menos sobre el papel. Esta nueva prórroga de mediados de la década de 1950, señaló un punto de inflexión en la voluntad de los propietarios rurales de recuperar sus tierras. A partir de ese momento, se produce un crecimiento de la presión de los propietarios respecto a sus arrendatarios para que abandonen las tierras que labraban. Estas dinámicas irían desempeñando una labor de progresiva disolución de la sociedad agraria tradicional, como ha quedado reflejado en algunos de los testimonios recopilados, empujando a muchos miembros de estas familias de labradores a la emigración.

El caso de la familia J.P.G. que hemos venido citando con frecuencia, nos permite comprobar los diversos cambios en la legislación y arriendos que hemos mencionado y conocer otros aspectos de la experiencia de los labradores granadinos de mediados del siglo XX. Si bien desde que arrendaron el cortijo que cultivaban pagaban una renta módica que les permitía ir viviendo, el cambio de modelo les perjudicó bastante. A comienzos de la década de 1940, el propietario de la casa y las tierras que cultivaban, un aristócrata que poseía otros siete cortijos por la zona, decidió venderlos y con el cambio de propietarios también cambiaron las condiciones del contrato. Nuevamente es

J.P.G., uno de los hermanos menores de la familia, quien recordaba perfectamente lo que ese cambio supuso para su vida en aquel cortijo de los Montes de Granada:

Este que labrábamos nosotros lo compró un médico que tenía el Sanatorio de la Salud en Granada, don Víctor Escribano que se llamaba. Pero entonces este ya nos cambió. Entonces ya no era renta, nos lo arrendó al veinte por ciento. El ochenta para nosotros y el veinte para él. (...) Para nosotros casi era peor, porque si recogíamos cien fanegas de trigo, pues teníamos que darle veinte. Nos quedábamos con ochenta, pero nosotros todos los gastos de todo los teníamos que hacer nosotros, todos los trabajos y todo. Él no ponía nada más que la tierra y entonces el veinte por ciento para él (...) El 41 o 42 fue cuando vendieron todos los cortijos aquellos. ¡Si tenía siete cortijos allí! Entre Guadahortuna, Píñar y parte de Iznalloz pillaba también.¹⁴⁷

Las condiciones seguían siendo ventajosas, dado que lo común en muchos de los casos consultados era un contrato a medias con el propietario. Esta situación se prolongó hasta que en 1954 el nuevo propietario del cortijo los expulsó, según J.P.G., para evitar que, al crecer él y sus hermanos, pudieran parcelar la tierra y eso le hiciera más difícil deshacerse de los arrendatarios y proceder a una agrupación de fincas con vistas a una mecanización que no tardó en llegar. Los labradores de los cortijos vecinos, también afectados por la expulsión y ruptura de sus contratos de arrendamiento, apenas tuvieron capacidad de reacción cuando acudieron a consultar a un abogado ya era demasiado tarde.

Para las familias de labradores, ser expulsados de los cortijos implicaba dejar la casa y la tierra, lo que en el caso de aquellas familias que hubieran logrado prosperar y hacerse con unos ahorros, les permitía acceder a la compra de una vivienda y alguna parcela con la que poder irse manteniendo. En cualquier caso, lo que podía comprarse no llegaba a cubrir las necesidades de todos los hermanos. J.P.G. recuerda cuales fueron las estrategias adaptativas de su familia tras perder su modo de vida: “Con lo que ganamos con mi padre compramos un trozo de tierra y una casa y cuando nos echaron del cortijo nos fuimos a vivir allí”. Instalados en una casa del pueblo de Gobernador, J.P.G. labraba a medias la tierra de su padre, “la mitad para él y la mitad para mí. Él ponía la tierra y las semillas y yo el trabajo y luego partíamos a medias”. Compaginaba esta actividad con otros trabajos por su cuenta que realizaba gracias a la ayuda de un carro y unas mulas de su propiedad, como era el acarreo de piedras para la construcción o balcinar¹⁴⁸ campos ajenos. Como veremos más adelante,

¹⁴⁷ Entrevista a J.P.G., op cit.

¹⁴⁸ Llevar las mieses segadas desde el campo a las era.

la emigración fue una de las opciones más claras que tuvieron estos labradores expulsados, como sucedió con los hermanos de J.P.G. En la decisión de aquellos hijos de labrador desposeídos del cortijo que arrendaban, no pesaba tan sólo la precariedad laboral en que se pudieran llegar a encontrar.

Como vemos, la capacidad de adaptación de los labradores era bastante amplia, ya que además de contar con ciertos ahorros que les permitían invertir en pequeñas parcelas y poseer instrumentos de labranza y aperos que podían alquilar, eran personas que, como José mismo reconoce, "sabían trabajar el campo". Su decisión de marchar guarda relación con algunos elementos claves que ya analizamos sobre la configuración del mercado de trabajo de la Granada rural de posguerra. Se trata de la diferencia entre trabajar para uno mismo e incluso emplear puntualmente a otras personas, como era el caso de los labradores y el tener que acudir a la plaza del pueblo a buscar trabajo. Para aquellas personas que habían tenido la posibilidad de no trabajar nunca fuera de su núcleo familiar aquello representaba una pérdida de estatus insoportable. J.P.G. lo explica con mucha claridad cuando enumera las opciones que les quedaban a sus hermanos una vez perdieron el cortijo que les proporcionaba trabajo durante todo el año y, lo que no es menos importante, una posición social destacada dentro de la comunidad rural:

¿Qué iban a hacer allí? ¿Irse a ganar un jornal por allí? Ellos no estaban acostumbrados a ganar un jornal. Lo primero es que les daba vergüenza de ponerse en la plaza e ir allí. Y yo tampoco lo hubiera hecho. Yo no. Yo he ido a trabajar y así, pero porque iban a buscarme a la casa. Pero yo no... ¡No estábamos acostumbrados a aquello! Estábamos acostumbrados a trabajar y sabíamos trabajar, pero no lo habíamos hecho nunca fuera de casa¹⁴⁹

Esta percepción de que acudir a la plaza del pueblo en busca de empleo era una práctica humillante, guarda relación con las malas condiciones laborales que imperaban en el medio rural, pero también recoge elementos que proceden de la percepción del mundo y de sus posibilidades que tenían las familias de labradores.

Otro caso que hemos podido recoger en el transcurso de esta investigación, es el de una familia arrendaba un pequeño cortijo en la sierra de Algarinejo, en los confines occidentales de la provincia, el Poniente granadino. En el relato de uno de sus miembros, emigrado posteriormente a Barcelona, podemos ver como la condición de labradores significaba en la sociedad rural dos grandes

¹⁴⁹ Entrevista a J.P.G., op cit.

beneficios que los distinguían de la vida que vivían los jornaleros residentes en los pueblos: estabilidad en el empleo y garantías de una alimentación. Como también pudimos comprobar en el caso de la familia de J.P.G., para este otro miembro de una familia de labradores, la posibilidad de cultivar un cortijo tenía las ventajas de no tener que ir a buscar trabajo para otra gente, ni tener que preocuparse por la comida en un mundo de hambre y miseria:

Eso lo hace la gente que no tiene nada, cuando llega va a la siega a otros sitios, o como cuando ponían los pinos también se iba la gente que no tenía. Pero era el que no tenía trabajo en su cortijo, que se llama. Pues estábamos en el cortijo todo el año y cuando llegaba el verano recogían lo que tenían para comer. Porque el que siembra, siempre recoge algo (...) Nosotros criábamos el trigo, molías el trigo y hacías harina y con la harina hacías migas y así íbamos tirando (...) Yo hambre hambre no he pasado, porque allí, cuando estábamos en el cortijo te comías el cocido, la sopa y los garbanzos. Si te quedaba gana agarrabas la botella de aceite y a mojar sopas.¹⁵⁰

Esta limitada prosperidad de muchos pequeños labradores, basada en su capacidad de autoabastecerse y auto emplearse, usando para ello la mano de obra del grupo familiar, se vio destruida por la expulsión de los cortijos. En el caso de la familia de labradores de Algarinejo, tras ser expulsados del cortijo que arrendaban, abandonaron la zona y se dirigieron a la más prospera comarca de la Vega, donde compraron una pequeña casa en Zujaira, cerca del importante municipio de Pinos Puente. Aquello supuso una prueba para la familia, que quedó rota en tanto que unidad de producción, dado que se vieron obligados a repartirse e instalarse por los cortijos de la zona. Nuestro entrevistado entró de gañán en un cortijo para alimentar los animales y sus padres quedaron solos en el pueblo. Sin embargo, gracias a la iniciativa de la madre pudieron sobreponerse y con el tiempo llegar a comprar una tierra en propiedad:

Nos vimos en un fracaso. Allí ya nos repartimos cada uno a un sitio y no quedaban nada más que los abuelos en casa. Allí ya se desbarató la cosa. Entonces quedaron mis padres solos. Mi madre hasta buscar espigas buscaba, la cosa era no pasar hambre para morirse. Entonces cebó mi madre un cerdo y compró cuatro ovejas con el dinero del cerdo. Pues ya mi padre tenía trabajo, se sacaba unos borreguillos o lo que fuera pues ya iba el hombre comiendo y ya iba en marcha otra vez, nos pusimos en marcha. Y a los pocos años compré

¹⁵⁰ Entrevista a G.G.H. Nacido en el Cerro de la Cruz, Jaén, en 1928. Realizada en Barcelona en diciembre de 2014.

*yo un haza de tierra, sesenta olivos. Pues con aquello están comiendo mis hermanos todavía*¹⁵¹.

A comienzos de la década de 1950, una de las hijas mayores de la familia emigró a Barcelona y pocos años más tarde también su hermano, nuestro entrevistado, siguió su camino y abandonó para siempre el mundo rural.

Otro proceso de readaptación de una familia de labradores expulsados de sus cortijos lo encontramos en el caso de una familia de Salar. En su caso, llama la atención la manera en la cual se produjo la expulsión de la tierra, dado que ésta vino provocada por las condiciones de difícil convivencia que introdujo el propietario del cortijo, una vez acababa de recuperar el cultivo directo de otra propiedad que tenía arrendada por la zona. Era el año 1955. Seis años antes, en 1949, el padre de la familia había recibido la propuesta de arrendar a medias el cortijo de Las Pajillas, cuyo propietario tenía más cortijos por la zona, como era el cortijo Peralta. La familia vendió todas sus propiedades en el pueblo de Salar, donde residían, salvo una pequeña huerta que mantuvieron cedida a unos familiares, para comprar los aperos y una yunta con la cual poder labrar el cortijo. Sin embargo, al cabo de unos años las relaciones con el propietario empezaron a enturbiarse, como contaba un hijo de esta familia:

*Cuando nos teníamos que ir de allí, porque nos echaron los dueños, (fue) porque ya se fue la (persona) que tenía el cortijo de Peralta arrendado, le había cumplido el contrato y lo echaron. Entonces le aconsejaron mal al dueño, que era un señorito de estos de Granada.*¹⁵²

En este caso se ve con claridad el proceso que mencionamos anteriormente: la voluntad de muchos propietarios de dar el paso a la siembra directa del cortijo. Este fenómeno implicó crear las condiciones que permitieran la expulsión de los arrendatarios y conseguir alguna excusa para ello, como no tardó en suceder:

*El tío era solterón y un día llegó borracho allí donde estaba mi madre. Resulta que al quedarse con el cortijo se quedó sin paja y vino a buscar más paja y no estaba mi padre allí y mi madre no se la dio y vino allí como una fiera. Pues resulta que ya, al estar de malas, nos echó de allí.*¹⁵³

¹⁵¹ Ídem.

¹⁵² Entrevista a A.S.P., op cit.

¹⁵³ Ídem.

El padre de la familia había luchado en el bando franquista durante la guerra civil y todavía tenía alguna confianza en que el conflicto que se le planteó con el propietario pudiera ser resuelto favorablemente por la justicia, de modo que atendió el consejo de solicitar ayuda a las más altas instancias:

El profesor que nos daba a nosotros clase le aconsejó que le escribiera a Franco y le escribió a Franco y le contestó dando un abogado y un procurador de Loja. Pero resulta que el abogado había estudiado con el señorito. A mi padre le dijo que no se fuera de allí si no le daban 20 mil pesetas, o 25. El otro le decía que no le daba nada más que cinco y dice, “Si nos quedamos aquí, resulta que vamos a estar de malas. Cualquier cosa que veía pues nos iba a denunciar él o nosotros a él” ¿Entiendes? Así que para estar mal, cogimos y nos fuimos.¹⁵⁴

De ese modo, vendieron los aperos, la yunta de mulos y con las rentas obtenidas por la venta de lo que habían sembrado, bajaron al pueblo de nuevo y compraron una pequeña casa, regresando a su condición previa de jornaleros y con el apoyo del cultivo de una huerta que todavía conservaban. Aquel último año, recuerda nuestro entrevistado que junto con sus hermanas menores segaron ellos mismos todo el cereal y se ahorraron los jornales de la familia a la que pagaban cada año para que fuera a segarles los campos. A.S.P. tenía trece años al regresar al pueblo, una edad complicada en el mundo rural, ya que como recuerda: «A mí se me cayó el mundo encima al volver al pueblo, pues ni podía ir al colegio ni podía ir a trabajar». Cinco años más tarde, en 1960, fue el primero de su familia en emigrar a Barcelona, a donde no tardaron de seguirle los demás.

Finalmente, para ilustrar esta actitud negativa hacía los arrendatarios por parte de los propietarios de los cortijos, hemos querido destacar el caso que otro entrevistado, M.P.M. (1), relató sobre la experiencia de su familia en un cortijo de Baza. Su testimonio constituye una buena muestra de hasta qué punto se presionó a los arrendatarios a mediados de la década de 1950, en un contexto en el cual se quería lograr que la gente abandonara la tierra. El abuelo paterno de nuestro entrevistado había labrado en arriendo un gran cortijo, cuyos hijos también tuvieron acceso a cultivar, a excepción del padre de M.P.M. (1), que tuvo que esperar a que muriera el abuelo para que su madre les cediera dos ricos bancales del conjunto de la tierra que arrendaban. En este caso, nuestro entrevistado recordaba haber vivido en esos momentos el impacto que para la economía de su

¹⁵⁴ Ídem.

familia tuvo el paso del pago de una renta al pago en productos, concretamente la mitad de la producción, un fenómeno que, como vimos, ya venía reconocido por la ley desde 1942. La actitud de los propietarios y sus administradores hacia ellos ha dejado recuerdos imborrables en su memoria:

El dueño del cortijo, el médico este, que era el que llevaba aquello, era el marido de la dueña, pero lo llevaba el médico, a él no le importaba, él, mientras el cortijo estuviera bien cultivado y le dieran la mitad. Porque primero era a renta, pero luego lo puso a medias también, que fueron cada vez apretando más (...) Primero era una renta lo que había que pagar por el cortijo, decían: “Bueno, pues me das tanto al año y tú te apañas”, en metálico. Y llego un momento en que dijeron: “No, no. A medias”. La mitad del trigo, la mitad de las patatas. Partían hasta los tomates y los pimientos. Yo no quiero ni pensar siquiera la mala conciencia de aquella gente. Abusaron tanto que por eso nos tuvimos que ir, nos obligaron a que saliéramos de allí.¹⁵⁵

Aunque en la entrevista no acaba de reconocer que aquella presión pudo tener como objetivo el lograr que se marcharan, ese acabó siendo el resultado final. Su testimonio muestra hasta qué punto resultaba innecesaria la acumulación de productos que llevaban a cabo los propietarios a través de sus administradores y como se ejercía una política arbitraria que afectaba fundamentalmente a los arrendatarios más frágiles, dado que los tíos de M.P.M. (1) tenían mayor capacidad de resistir esta presión, al contar con más tierra:

Nos apretaron tanto, a todo el cortijo, pero claro ellos (sus familiares) como tenían mucho no les afectaba tanto, pero nosotros teníamos dos trozos de tierra, eran tres fanegas de tierra... Sobre todo, lo que a nosotros nos fastidiaba más era que... El trigo, bueno, pues les dábamos la mitad; las olivas, les damos la mitad, bien; el maíz, les damos la mitad. Pero llegaba las patatas, la mitad de las patatas... primero nos obligaban, que no querían las patatas: “¿Cuántas patatas han salido? ¿Tanto? Me tienes que dar tanto dinero.” Decía mi padre “Dinero no le puedo dar, si quiere la mitad de las patatas” y teníamos que recoger la mitad de las patatas y llevárselas al almacén, con las bestias llevárselas al almacén. El almacén tenía lleno de patatas casi como todo esto... ¡Se le pudrían las patatas allí! En vez de decir: “Coño, vamos a dejárselas”. Porque es que antes ni las patatas, ni los pimientos, ni los tomates, todo eso no se partía. Bueno, llegaban los tomates: “Aquí ¿Cuántos tomates

¹⁵⁵ Entrevista a M.P.M. (1). Nacido en Baza el 31/10/1938. Realizada en Barcelona el 22/03/2017.

salen?”. Llegaba el administrador, que era el que iba anotando y calculando. De aquí van a salir tantos tomates, vale tanto; tantos pimientos, vale tanto; nos tenéis que dar tanto dinero”. Y mi padre decía: “No, no, no puedo, dinero no. Si queréis los pimientos, os llevo los pimientos”. A veces eso nos lo perdonaban. Y eso ya fue desde el 54 hasta el 57 que yo me vine aquí, fueron los años que nos apretaron más. (...) Era porque había tanta escasez y tanta demanda, ellos se aprovechaban y decían: “Si quieres si y si no, como no te vas a ir, no tienes más remedio que pasar por el aro”.¹⁵⁶

M.P.M. (1) acabó emigrando a Barcelona en 1957 y de esa manera abrió el camino a sus hermanos, que lo siguieron años más tarde.

De ese modo la acción combinada de presión sobre los jornaleros vino a incidir en la recuperación de las ganancias de los cultivadores medianos y grandes, basada en un predominio de la agricultura tradicional (Cobo & Ortega, 2004). Igualmente se produjo un fenómeno de presión sobre los pequeños y medianos labradores, que acabó contribuyendo al éxodo rural y a un progresivo abandono de la agricultura tradicional como resultado de ese proceso. Resulta importante destacar tanto la inadaptación de algunos de estos labradores expulsados para resituarse en la sociedad rural como jornaleros, como el hecho de que, a pesar de contar con una cierta capacidad de resiliencia para sobrevivir a la pérdida de la tierra, los relatos biográficos nos muestran una tendencia general a desarrollar un dinamismo que les llevaría a acabar emigrando y a ubicarse en otros sectores económicos ante la muerte anunciada de la sociedad agraria tradicional. Para que este fenómeno de profunda transformación de la agricultura se produjera, fueron necesarios muchos factores, pero desde la perspectiva de los labradores, aparte de la ya mencionada dificultad para mantener los arriendos, hay que destacar como la subida de salarios en el campo, provocada por la escasez de una mano de obra que comenzaba a emigrar en masa, hizo que muchas explotaciones ya no resultaran rentables. Como recuerda J. P., los pequeños labradores que no pudieron hacer frente a la subida de los jornales ni a la mecanización, también abandonaron la tierra:

Cuando yo me vine en el año 59 aquí, ya se pagaban 150 y 160 y hasta 200 pesetas la jornada. Que muchos, muchos, la mayoría de los labradores iban dejando la tierra porque el que no tenía mucho, no se les costeaba, no podía pagar los jornales aquellos, ya no les llegaba.¹⁵⁷

¹⁵⁶ Ídem.

¹⁵⁷ Entrevista a J.P.G., op cit.

En cambio, desde la perspectiva de los jornaleros, esta decadencia y lenta desaparición de la sociedad agraria tradicional fue vista como una profunda e interminable crisis de trabajo. El testimonio mencionado de Francisco Morantes para el caso de Guadahortuna incide en este aspecto al recordar cómo fue vaciándose su pueblo. Francisco llegó a Sabadell en 1963, donde tenía un primo hermano que ya llevaba viviendo cuatro o cinco años:

Ya a partir del 58 y la cosa ya... Ya la gente ya no se podía, ya no le daban faena a nadie. No, no sembraban como antes, y la gente empezó a irse. Primero se empezaron a ir a Alemania, la gente empezó a irse a Alemania, y aquí a Barcelona. Algunos tiraron para San Sebastián, pero muy pocos, y para Madrid. El pueblo se quedó prácticamente... En cinco (años), desde el 55, bueno, del 57 al 62 prácticamente se quedó aquello vacío.¹⁵⁸

El proceso de re-concentración de tierras tuvo efectos devastadores, pero indica que se produjo sobre la base de un contexto en el cual ya se había producido una progresiva desaparición de un mundo campesino que iba buscando otros lugares donde poder ubicarse, una vez fue desapareciendo o haciéndose menos apetecible el trabajo asalariado en el sector agrario:

Prácticamente aquello era, estaban pocos terratenientes, cortijos muy grandes (...) Ya empezaron, empezaron a no sembrar tanto, empezaron a abandonar alguna tierra, empezaron a poner maquinaria. (...) Ahí había estado bien, allí había faena, los pueblos de al lado venían a trabajar allí. Había faena... Lo que pasa que ya empezaron a no sembrar tanto, empezaron la maquinaria; y eso tienen en el momento que te meten maquinaria, pues ya está la mano de obra, ya está. Y gente que ya no quería estar en el campo, se daban las tres, las tres circunstancias.¹⁵⁹

Como hemos podido ver, las fuentes consultadas confirman y amplían muchas de las afirmaciones que se han realizado en torno a las causas del éxodo rural en el campo andaluz, durante las dos primeras décadas de la dictadura franquista. La vinculación entre los procesos migratorios y la modernización de la agricultura, desencadenantes ambos de la crisis de la sociedad agraria tradicional, señalan la existencia de un periodo, entre finales de la década de 1950 y comienzos de 1960, en el cual ambos fenómenos se dieron de manera simultánea. Resulta por tanto necesario remarcar que el análisis de la cronología del fenómeno modernizador de la agricultura andaluza,

¹⁵⁸ AHCONC. Fondo Història Oral i Militancia Sindical. Biografíes Obreres (1939-1978) Entrevista a Francisco Morante Marín. Realizada por Xavier Domenech, entre 3-4-2000 y 26-6-2000. p 8.

¹⁵⁹ Ídem., p. 36

señala como punto de arranque del mismo la iniciativa de los jornaleros de abandonar el medio rural. Los procesos que se han descrito indican que el progresivo abandono del campo, a medida que se abrieron posibilidades de empleo en otras actividades, provocó la escasez y encarecimiento de la mano de obra, lo que a su vez incentivó el empleo de medios químicos y mecánicos en las fincas (Naredo, 1996).¹⁶⁰

Los relatos orales permiten nuevamente profundizar en la complejidad de este fenómeno, a través de la percepción que los propios trabajadores del campo tuvieron del mismo. En este sentido, para aquellos campesinos veteranos que habían asistido a la evolución de la agricultura en comarcas como la Vega de Granada desde comienzos del siglo XX, la mecanización fue comprendida como una cuestión que se vinculaba directamente con la relación histórica de conflicto entre jornaleros y labradores. Así lo expresa el testimonio de un hombre oriundo de la localidad granadina de Chauchina, nacido en 1904 y recopilado a comienzos de la década de 1980 por Jaume Botey en su conocido trabajo sobre la inmigración a L'Hospitalet de Llobregat:

Ahora que ha subido el campo, los peones y todas las cosas, los labradores se echan las cuentas y se dicen: “En este cortijo me va a costar a mí el peonaje un millón de pesetas, por ejemplo. Pues con el tractor, aunque saque un millón de pesetas menos que con los obreros, me quito el coñazo de tener que lidiar con ellos.” Y así, al tío, aunque saque un millón menos, le da lo mismo y no quiere tratar con obreros y esa es la razón del paro que hay tan grandísimo (Botey, 1981: 42).

Como vemos, la evolución de la agricultura y la tendencia a la concentración de tierras en manos de grandes propietarios, en los albores de la modernización del sector agrícola, fueron fenómenos imparables a lo largo del período investigado. Facilitada por una legislación hecha a medida de los grandes propietarios, las expulsiones de muchos labradores arrendatarios significaron un empeoramiento de sus condiciones de vida y unas dificultades crecientes de subsistencia para sus familias. Este fenómeno coincidió con la consolidación de la dictadura, lo que redujo para ésta la necesidad que en sus comienzos tuvo de consolidar en el medio rural sectores que le fueran adeptos, una vez eliminada la amenaza que en su momento supuso la organización de los jornaleros en sindicatos agrarios. Como ha sido señalado, el trabajo jornalero de los pequeños propietarios habría contribuido en la inmediata posguerra a regular la oferta y demanda de mano de obra en épocas de

¹⁶⁰ Este autor también señala que en ese contexto se confirmó que la sociedad agraria tradicional constituyó una fuente de financiación y de mano de obra para el desarrollo económico posterior al Plan de Estabilización de 1959 y que, una vez entró en crisis, contribuyó activamente a ampliar el mercado interior.

máximo trabajo, atemperando los salarios máximos, al tiempo que su pervivencia se convertía en un elemento de estabilidad social. Tras la mecanización la presencia era innecesaria y muchos pequeños propietarios se vieron ante la disyuntiva de emprender el camino de la emigración o proletarizarse (Bernal, 1988).

En la década de 1950 muchos labradores fueron perdiendo aquel signo de identidad que les distinguía, el acceso a la tierra, y que les convertía en agentes proveedores de empleo para los jornaleros sin tierra de sus localidades. Las dificultades de adaptación a una nueva situación que los proletarizaba, igualando sus condiciones a las de aquellas personas que hasta ese momento habían dependido de ellos, facilitó su progresivo abandono del medio rural y su opción por la emigración, acompañando con ello a los jornaleros sin tierra de sus comunidades que ya habían comenzado a emigrar unos años antes. Según el proceso descrito por Naredo (2004), el abandono del sector agrario se produjo en primer lugar por parte de los asalariados debido tanto a las malas condiciones de trabajo a las que se encontraban sometidos, como al hecho de que tenían más movilidad que los labradores. Para los arrendatarios, sin embargo, la emigración suponía abandonar su residencia y, muchas veces, desprenderse de su capital sin que su formación les permita fácilmente un cambio de profesión suficientemente ventajoso.

En definitiva, tuvieron que mediar procesos de expulsión para que estos sectores del campesinado se animaran a abandonar el medio rural. Quedaba, no obstante, la posibilidad de que pudiera desarrollarse en Granada un sector económico con capacidad suficiente para retener a la población que iba siendo expulsada del medio rural y el sector agrario. Esa función le correspondía al sector industrial, pero, como veremos en el siguiente apartado, tampoco pudo cumplirla por su escaso desarrollo.

3.4 La inexistente industria granadina: una falta de alternativas al campo.

Para poder perfilar mejor el panorama económico y laboral de la Granada de posguerra, resulta imprescindible mencionar la situación del sector industrial y valorar hasta qué punto fue incapaz de absorber el trasvase de trabajadores expulsados de la agricultura, así como los motivos de este fracaso. Al hacer un balance del legado de destrucción que ocasionó la guerra, destaca el hecho de que las pérdidas industriales no fueron muy relevantes durante los años de la contienda, salvo en aquellas zonas enclavadas en el frente. En este caso destaca el caso de la minería granadina, ubicada fundamentalmente en la comarca del Marquesado del Zenete, que sufrió graves desperfectos. Unido al encarecimiento de transportes derivado de la escasez de recursos energéticos, provocó que

muchas minas suspendieran o redujeran al mínimo su actividad. Esta situación de partida se agravó a medida que avanzaba la década de 1940.

No obstante, el verdadero obstáculo para el desarrollo industrial en Granada fue la carencia de materias primas y la falta de una política gubernamental que apoyara la necesidad de crear una industria provincial. De hecho, algunos autores han afirmado que lo que se produjo en aquellos años fue una profunda regresión y desindustrialización de la provincia, en relación con lo que había sido el panorama económico hasta finales de los años veinte (Parejo & Bernal, 2001; Ortega, 2004). La orientación autárquica de la economía, en boga en ese momento, situaba a la industria como principal estrategia de desarrollo, lo que se tradujo en la creación del Instituto Nacional de Industria (I.N.I.) en 1941 (Sánchez Domínguez, 1999). La cuestión en este caso consistía en decidir cuál debería ser el emplazamiento idóneo de la industria. Algunos altos cargos de la dictadura señalaban la necesidad de proceder a cierta descentralización de la misma, con vistas a beneficiar a las comarcas agrícolas. A mediados de las décadas de 1940 esa era la opinión de Pedro Gual Villalbí, uno de los economistas de referencia del régimen, presidente del *Consejo de Economía Nacional* desde 1940, procurador en Cortes y posterior ministro sin cartera en diversos gobiernos de Franco durante la etapa desarrollista. En una conferencia bajo el título de “Un problema de la post-guerra: dónde y cómo se emplazarán las industrias”, pronunciada en el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial de Madrid, el 11 de mayo de 1944, Gual Villalbí se refería a la necesidad de que el I.N.I. evitara la concentración de nuevas industrias en zonas ya industrializadas:

Basta desarrollar los principios iniciados por la Dictadura de Primo de Rivera, concediendo solamente los permisos para industrias nuevas, ampliaciones o traslados para zonas donde no hay concentración. Para esto y para una acción directa, tenemos actualmente un organismo idóneo, el Instituto Nacional de Industria. El I.N.I. dispone de facultades omnímodas para establecer el punto donde una industria protegida puede o debe establecerse y de poderosos medios indirectos para favorecer la localización industrial con determinados fines (...) Parece aconsejable en cierto modo la diseminación, llevando pequeñas industrias a los distritos rurales, con un doble objeto: el de corregir el paro estacional de la agricultura y evitar en lo posible la emigración campesina (Gual Villalbí, 1944: 29).

Sin embargo, a medida que la situación de la agricultura granadina empeoraba, fue quedando en evidencia que la industria no iba a constituir una alternativa capaz de resolver el estancamiento económico de la provincia y los problemas de paro estructural, dado que a duras penas podían sobrevivir las fábricas ya existentes y no había señales que indicaran que fueran a desarrollarse

nuevas. A mediados de 1945, la realidad de la industria granadina quedaba recogida en un cuestionario elaborado por la Cámara de Comercio en torno a la situación de la industria en Granada. El panorama era deprimente:

La industria en general está muy perjudicada en relación a igual periodo del año pasado por falta de elementos para poder trabajar y las dificultades antes dichas de no recibirse con normalidad las primeras materias para la fabricación y, en esos meses, por las constantes restricciones de energía eléctrica y la falta de combustible para mover las maquinas.

No hay, por tanto, aumento sensible en la creación de nuevos talleres y fábricas.

La mano de obra en general y especialmente en fábricas y talleres no ofrece rendimiento, ni se trabaja con entusiasmo, tal vez por el estado de ánimo en los obreros ante la crisis que experimentan en su situación económica actual (Titos Martínez et al, 1987).

No obstante, existió un interés por parte de altos cargos de las instituciones locales en resolver este problema, para dar respuesta al inmenso problema que ocasionaba el paro agrícola. Un ejemplo destacado de esta tendencia fue la figura del falangista catalán José María Fontana Tarrats, gobernador civil de Granada y jefe provincial de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista entre 1943 y 1947. Fontana Tarrats llegó a Granada para sustituir al anterior gobernador, el coronel de la Guardia Civil Pizarro Cenjor, que hasta el momento había realizado principalmente labores de represión de la guerrilla. Movido por sus inquietudes sociales y ante la calamitosa situación que encontró al llegar a Granada, Fontana Tarrats focalizó su acción en atender diversos problemas, como la cuestión de abastecimientos o la lamentable situación de la sanidad o la educación, entrando en conflicto con diversas autoridades de la provincia, en particular el alcalde de la ciudad de Granada, Antonio Gallego Burín. Sin embargo, pronto se hicieron evidentes sus dificultades para resolver problemas de más envergadura, como el del paro y, en general, el de la extrema pobreza en la provincia. A pesar de impulsar una serie de iniciativas para crear trabajo, como obras de repoblación forestal o el fomento de los regadíos, estas demostraron ser insuficientes en momentos de crisis aguda. Por esos motivos, y en consonancia con las visiones económicas del momento, Fontana Tarrats prestó atención a las posibilidades de industrialización que tenía la provincia a su cargo.

En una de las obras que escribió durante el tiempo que estuvo al frente del gobierno civil, *Política Granadina*, publicada en 1945, realizaba un repaso de la economía provincial tomando en cuenta sus potencialidades y límites, destacando en estos últimos especialmente la cuestión de los

transportes. Fontana Tarrats llegaba a la conclusión de que, en contraste con las dificultades que atravesaba el sector industrial provincial, «Granada posee todas las cualidades para convertirse en el centro industrial del sur de España». Reclamaba, por tanto, la implicación del Estado y la atención del recién creado Instituto Nacional de Industria para «que acudan las iniciativas privadas a potenciar y explotar las riquezas improductivas. Quizá el capital granadino necesite de este acicate para estimularle a cumplir con su misión» (Fontana Tarrats, 1946: 44). Este convencimiento de que la industrialización granadina tendría lugar de manera espontánea y que los capitales privados se implicarían a invertir en ella, a medida el Estado apostara por crear las condiciones adecuadas para ello, se vio reflejada en el Plan de Ordenación Económico-Social de la Provincia de Granada que redactó personalmente Fontana Tarrats al año siguiente, en 1946, a demanda del entonces subsecretario de la Presidencia de Gobierno, Luis Carrero Blanco. Aquel fue un estudio realizado en todas las provincias españolas para elaborar un antecedente de lo que después fueron los Planes de Desarrollo. En el caso del trabajo presentado por Fontana incluso mereció un reconocimiento por parte de la administración del Estado franquista (Thomas, 1997).

Las voces que en la provincia apelaban a una intervención pública en vista de la gravedad de la situación, no se circunscribían a la figura del gobernador. El caso de Atarfe es importante, ya que pasaba por ser uno de los pueblos prósperos e industriales de la Vega de Granada. En su municipio destacaba el caso de la fábrica de cementos Nuestra Señora de los Dolores, conocida como *La Porla*, una de las primeras en crearse en Andalucía a comienzos del siglo XX. A mediados de la década de 1940, en cambio, la industria cementera enfrentó gravísimos problemas de abastecimiento de suministros energéticos (Ortega López, 2004). Como consecuencia de ello, una descripción de la situación social en Atarfe, recogida en el Mapa Nacional de Abastecimientos del año 1945, señalaba:

La agravación manifiesta y desmesurada de las condiciones de vida en general y muy principalmente para la clase trabajadora (Empleados y Obreros) que no pueden afrontar los problemas de su subsistencia, no sólo con el mínimo desahogo, sino ni con el soportable apremio y apuro, para sus escasas posibilidades económicas. De esperar es que los poderes públicos adoptaran para el nuevo año las medidas prácticas y eficaces para remediar esta difícil situación.¹⁶¹

¹⁶¹ AHPdG Mapas Nacionales de Abastecimientos, Año 1946: Atarfe.

Pero todo fue en vano. Con una industria azucarera en franca decadencia, una minería paralizada y una industria estrangulada y completamente desabastecida por la falta de materias primas, en Granada sólo pudo desarrollarse un entramado industrial deficitario y dependiente del exterior, escasamente diversificado y sin un volumen industrial significativo. Eran en su mayoría pequeñas empresas, fábricas y talleres, de carácter familiar, relacionadas en su mayoría con el sector agroalimentario. En 1950, a excepción de la industria azucarera y la minería, tan solo cuatro empresas superaban los cien empleados (Ortega López, 2004).

A mediados de la década de 1950 fueron ganando fuerza las voces que se mostraban escépticas con esta confianza en la inversión privada que había caracterizado a la década anterior. En 1955 se presentaba en el II Pleno del Consejo Económico Sindical una ponencia que proponía ideas generales para la industrialización de Granada y apelaba a la necesidad de una inversión pública y una planificación estatal:

Desde el año 1946, en que se redactaba el anteproyecto de referencia, han transcurrido los suficientes años para llegar al convencimiento de que ese espontáneo (sic) movimiento de la iniciativa privada para crear industrias no ha llegado y de otro lado los planes estatales de industrialización de provincias pobres en esta clase de riqueza tales como Badajoz, y aún más Jaén, han puesto bien a las claras que en esta clase de provincias - entre las que podemos considerar a Granada - se impone ya si no un plan dirigido, al menos (sic), un plan de estímulo para que el capital privado cree fuentes de riqueza industrial.¹⁶²

En un momento en el cual el Estado ya había impulsado el Plan Badajoz (1952) y el Plan Jaén (1953), Granada seguía sin contar con una política de industrialización que permitiera crear los puestos de trabajo necesarios para absorber los considerados excedentes de mano de obra. Granada capital y los municipios de su entorno no tenían ninguna capacidad de incorporar la población rural de la provincia. La carencia de una industria en la capital y en su comarca más próxima, era un elemento bien conocido por parte del campesinado de la provincia. Habían pasado más de veinte años desde que Granada comenzara a dejar de ser el foco de atracción que había sido, para toda la provincia y las provincias vecinas, gracias al motor de la industria azucarera instalada a finales del siglo XIX. La ausencia de un entramado industrial en Granada hacía inviable la transferencia de mano de obra desde el sector primario, y así era percibido por aquellas personas que, abandonando el medio rural, trataron de ubicarse en otros sectores de la economía. A comienzos de la década de

¹⁶² AHPdG. Delegación Provincial de Sindicatos. Granada. Consejo Económico Sindical. *Propuesta, Ideas Generales sobre el Plan de Industrialización de la provincia de Granada.*

los cincuenta, personas como G.G.H., cuya familia vimos que había sido expulsada por los nuevos propietarios del cortijo que arrendaban cerca de Algarinejo, se encontraron con que no podían buscar refugio en la capital provincial:

En Granada no había nada que hacer. El que es del campo en Granada no hace nada y, sin embargo, el que es de Granada puede ir al campo a picar, porque picar es lo más fácil que hay. más mal o más bien, pero aprendes. Uno del campo no aprende a comer en la capital, no puede comer como el que es de la capital. Busca otras cosas. Yo vi uno que se vino a Granada y cogía hierros tirados por ahí que había. Es porque no había vida.¹⁶³

J.M.T.G, que emigró a Barcelona en 1956, también recuerda como de su pueblo, Jérez del Marquesado, casi nadie pensaba en mudarse a Granada capital a mediados de los años cincuenta y achacaba a la falta de industria ese comportamiento. Según él, la prosperidad que muchos de sus paisanos obtuvieron como fruto de su migración a Barcelona hubiera sido imposible de lograr en Granada:

¿Dónde vas? ¿Para qué? ¿Dónde? Si no hay (...) Nadie (fue a Granada), alguna familia que se colocaba de portero en un sitio, el otro que se colocó en una imprenta, pero poca cosa (...) Ese es el problema, que no hay industria.¹⁶⁴

Los datos estadísticos del periodo demuestran el estancamiento de la población en la ciudad de Granada, que contaba en 1940 con unos 155.405 habitantes, con 154.378 en 1950 y con 155.065 en 1960, es decir, que apenas varió su población durante los veinte años estudiados. La capital provincial demostraba así lo largo de todo el periodo investigado, su incapacidad para dinamizar económicamente la provincia y convertirse en un lugar de atracción de la población procedente del medio rural. A.R.H., de Purullena, incide en este punto al subrayar además las dificultades que motivaban que la gente del campo se viera motivada a huir de un sector agrícola, marcado por la explotación a la que eran sometidos los jornaleros en un medio rural abandonado:

Allí no había vida, se venían del mismo Granada (...) La industria la dejaron aquí en Cataluña y aquí es donde había vida (...) El campo lo tenían los caciques y, te digo, se

¹⁶³ Entrevista a G.G.H, op cit.

¹⁶⁴ Entrevista a J.M.T.G. Nacido en Jérez del Marquesado el 08/02/1931. Realizada en Barcelona el 03/03/2017

*trabajaba de sol a sol. Ni seguros ni nada, ni había médicos, no había seguros de médicos.*¹⁶⁵

A finales de la década de 1950, Granada estaba sentenciada a ser un territorio que proveyera de mano de obra a otras regiones donde sí se estaban asentando las bases de un nuevo y poderoso ciclo de industrialización. Una década antes ese destino de Granada como tierra de emigración ya había sido mencionado por el propio gobernador civil, quien probablemente nunca fue consciente la magnitud que llegaría a alcanzar el fenómeno que vaticinó.

3.5 «Sobran brazos»: el problema del paro visto por las autoridades provinciales.

La responsabilidad del Estado franquista en la situación de subdesarrollo económico y social que fue cristalizando en la provincia granadina a lo largo del periodo investigado, queda de manifiesto al observar la actitud que mantuvo la máxima autoridad provincial durante los años centrales de la primera década de posguerra. La observación de las reflexiones realizadas por el gobernador Fontana Tarrats y su reclamo de una mayor intervención del Estado en paliar la grave situación económica de Granada, proporciona pistas para entender como la emigración acabó siendo una opción que algunas personas ya empezaban a señalar como única posibilidad de encontrar solución al grave problema del paro que azotaba a la provincia y la vida de miles de sus habitantes.

La gran sequía que golpeó el campo granadino en 1944 y 1945 tuvo consecuencias nefastas para su población. Como vimos en el anterior capítulo, se llegaron a vivir situaciones de catástrofe humanitaria. Por otra parte, la espectacular caída de los rendimientos agrícolas también arrastró unas consecuencias muy graves en el plano laboral, que llevaron al gobernador civil a tener que reconocer ante sus superiores su impotencia ante la grave situación en la que se encontraba la provincia. En un parte mensual redactado en febrero de 1945, Fontana Tarrats mencionaba:

La situación de paro es pavorosa y se puede decir, sin temor a exageración ninguna, que pasan de los 15.000 los obreros parados. Podríamos extendernos en numerosas consideraciones más o menos eufóricas, pero ante la cifra que acabamos de consignar, no queda más que añadir que no contamos en absoluto con solución alguna para tal problema (Thomas, 1997: 89).

¹⁶⁵ Entrevista a A.R.H., op cit.

En su obra *Política granadina*, publicada ese mismo año y que sirvió para divulgar los contenidos del mencionado, y galardonado, Plan de Ordenación Económico-Social de la Provincia de Granada, Fontana Tarrats daba algunas cifras importantes para comprender la magnitud del fenómeno del paro en Granada:

De los 200 pueblos de la provincia, sólo 60 no conocen el paro forzoso de modo más o menos permanente, representando una población de 139.502 habitantes equivalente a un porcentaje de 18.93% con respecto al total y donde se supone un mínimo de jornales al año y una más o menos parcelación de la propiedad; pero queda un 81.07% de población que supone 598.088 habitantes, en cuyo inmenso ámbito se produce el paro forzoso en variable escala de gravedad según las comarcas, y véase que hay nada menos que 64 pueblos, que por sí solo representan el 43.63% de la población total de la provincia, y, que, es precisamente, donde el paro agrícola se acusa dramáticamente en rotación estacional (Fontana Tarrats, 1945: 13).

Para el gobernador civil de Granada, la solución al problema del paro se encontraba en la creación de riqueza y así lo manifestó el propio Fontana Tarrats en su obra *Política Granadina*, publicada en 1945, cuando afirmaba que «para absorber el paro de modo permanente es necesaria la creación de industria y que todo lo que no sea creación de nueva riqueza es pura beneficencia» (Fontana Tarrats, 1945: 43). Se desmarcaba así de aquellas actitudes que había observado en las clases pudientes granadinas, a las que achacaba una total despreocupación por el desarrollo económico de la provincia, sustituida por unas arraigadas prácticas de caridad:

A las personas que forman parte de la inmensa cantidad de Juntas y Asociaciones existentes, se inhiben así de colaborar en nada de carácter verdaderamente práctico en favor de los necesitados, pues con sus ocupaciones caritativas no tienen tiempo para nada más. (...) Después de reseñar tan cruda realidad, es irónicamente triste el poder decir que el Banco de España en Granada es una de las sucursales más fuertes de la Nación, debido a los inmensos capitales en él depositados por señores que ni se preocupan de conocer la realidad que a ellos no les llega en sus casas lujosas o en sus flamantes cortijos y coches (Thomas, 1997: 90-91).

Resulta relevante observar como al poco tiempo de hacerse cargo del gobierno civil granadino, en marzo de 1944, apenas tres meses después de su llegada, Fontana Tarrats ya había consultado con sus superiores la posibilidad de «organizar la emigración de la provincia de las familias paradas y

sin posibilidad de un trabajo continuo, ni fijo ni eventualmente» (Thomas, 1997). A pesar de no lograr que dicha iniciativa se llevara a cabo, muchas de las reflexiones sobre el problema del paro y sus posibles soluciones quedaron recogidas en su obra, *Información sobre el paro agrícola en España. Sus causas y soluciones*, publicada en 1946. En esta obra, Fontana Tarrats hacía una referencia a las dificultades que el régimen oponía a la libre circulación de personas por el territorio y a la necesidad de que estos desplazamientos fueran facilitados para el desarrollo económico. Mencionaba además una encuesta efectuada a principios de 1944 entre los delegados provinciales de Sindicatos, en la cual el valor diverso de los jornales era utilizado como un indicador de una falta o excedente de mano de obra. Según sus resultados, casi todas las provincias del Norte y Levante tenían mayor necesidad de mano de obra y pagaban jornales mucho más altos que en el Centro y Sur. Urgía, por tanto, establecer mecanismos equilibradores, para lo cual aludía a los viejos desplazamientos por temporada que se habrían visto interrumpidos por la coyuntura bélica y el control ejercido sobre la población en la posguerra:

El Estado debiera estudiar, organizar y propulsar tales movimientos compensatorios, reviviendo incluso el sentido festival que hasta el XIX tuvieron las migraciones de temporada. Y por lo menos impedir las trabas gubernativas o municipales que se levantan contra ellas.

Frente al criterio estabilizador es preciso admitir que los desplazamientos de la mano de obra son fermentos indispensables al progreso económico y social, siendo precisamente ellos los que pueden ayudar a aminorar el terrible y fatal paro estacional (Fontana Tarrats, 1946: 97).

Para apoyar su argumentación y elaborar propuestas, como que el Estado sufragara billetes migratorios, Fontana Tarrats citaba ejemplos de la legislación todavía vigente en la Alemania nazi, en concreto el artículo 5º del decreto de 13 de octubre de 1938, que preveía la concesión de billetes gratuitos cuando eran más de veinte los obreros trasladados. Criticaba además que las Bolsas de Trabajo y los Centros de Colocación habilitados por el Estado, hicieran dejación de sus funciones como instituciones compensatorias interprovinciales para luchar contra el paro y, en cambio, redujeran su actividad a ser oficinas estadísticas y entes moralizadores del mercado de trabajo para impedir los boicots patronales. Señalaba, por otra parte, un elemento que resulta de enorme importancia, ya que muestra indicios de que la tendencia general de la población granadina a mediados de la década de 1940 todavía no era la de emigrar. Prueba de ello era la gran acumulación de personas paradas que se daba en los pueblos:

La obsesión inicial de la lucha contra el paro para impedir el estancamiento de los mercados de trabajo por zonas y el gran esfuerzo realizado son claros síntomas de que los movimientos migratorios no son ni libres ni espontáneos, pudiendo afirmar que presenciamos una auténtica esclerosis de funestos efectos (Fontana Tarrats, 1946: 97).

Sin embargo, todo indica que Fontana Tarrats dejó su cargo en 1947 sin que ninguna de estas medidas hubiera llegado a ser implementadas. Ante la falta de unas soluciones que el Estado franquista ni era capaz de proveer ni mostraba disposición a llevar a cabo, la actitud de la población granadina fue la de tomar la iniciativa y, de forma cada vez más mayoritaria, ponerse en movimiento.

3.6 El arranque del nuevo éxodo rural de posguerra.

Me acuerdo que mi padre me decía que el hombre es como las plantas, si la sacan de su sitio y la ponen en otro, prospera. Por ejemplo un manzano, está en un sitio que no es muy... y lo pasas a tierra que es buena, ese árbol empieza a tener vida.¹⁶⁶

J.M.N, natural del pueblo de Algarinejo, representa el perfil de aquellos jóvenes granadinos que a mediados de la década de 1950 comenzaron a emigrar de forma cada vez más masiva a Barcelona. Su caso resulta destacable porque, de manera excepcional en su contexto, tenía un oficio y trabajaba como empleado fijo en un taller de carpintería de su localidad. Sin embargo, el hecho de que a la altura de 1956 incluso personas como él estuvieran dispuestas a abandonar Granada, indica no sólo el arraigo que había comenzado a alcanzar una cultura de la emigración cada vez más extendida por todos los pueblos de la provincia, sino también el dinamismo de la población frente al panorama de estancamiento económico que se fue consolidando en aquellos años.

La evolución demográfica de posguerra sitúa a las décadas de 1940 y 1950 como las de mayor crecimiento de población de toda la historia de Granada. Hasta 1940, la población granadina se encontraba con un volumen de crecimiento por encima de la media nacional y esta dinámica fue en progresión constante durante toda la década siguiente. De ese modo, 1950 fue el año en el cual Granada alcanzó su cifra más numerosa de población, hasta el punto de que el saldo natural compensó las pérdidas por emigración y continuó aumentando de población (Carvajal Gutiérrez, 1986). Como venimos mencionando, el freno a las migraciones se debió, entre otras causas, a la

¹⁶⁶ Entrevista a J.M.N., op cit.

industria azucarera, que enriqueció a la provincia y le permitió no sólo mantener a la mayoría de sus habitantes, sino también acoger una corriente de inmigración entre 1910 y 1920. Las fechas que manejan los demógrafos coinciden en señalar que la población se habría mantenido fija en el territorio hasta la mitad de la primera década de posguerra:

A pesar de que ya han desaparecido las fuentes de riqueza anteriores el granadino no se va a lanzar a la emigración hasta mediados de los años cuarenta; son los años en los que se va incrementando la presión de una población cada vez más numerosa sobre unos recursos escasos, pero siguen siendo propicios para el repliegue interno, pues las contiendas bélicas y la depresión económica mantienen paralizados los núcleos fabriles españoles y europeos (Carvajal Gutiérrez, 1986: 16).¹⁶⁷

La guerra civil había frenado el proceso de redistribución de la población, que ya vimos relacionado con el desarrollo industrial de las décadas anteriores. De hecho, la guerra invirtió considerablemente las direcciones de los movimientos, a medida que la economía española se ruralizaba y agrarizaba. Este proceso, no obstante, tuvo una duración relativamente corta pues durante la década de 1940 ya se percibieron indicios de recuperación del patrón migratorio anterior, si bien probablemente de una forma tan lenta como correspondió a la dinámica de mejora la economía española (Ortega & Silvestre, 2005). Algunos autores han mencionado que, en determinadas zonas industriales del Estado español, se desarrolló durante los primeros años de la posguerra una tendencia por parte de los trabajadores a regresar a sus comunidades rurales de origen, como parte de una estrategia de subsistencia. Un informe de la Cámara de Comercio de Bilbao, lamentaba que muchos obreros preferían volver a sus provincias de origen para dedicarse a las labores del campo y obtener así una mejor alimentación (Richards, 2014). Hacia finales de la década de 1940, esa tendencia se habría invertido, de modo que fue la segunda mitad de la década de los cuarenta el momento en el que comenzara a fraguarse el éxodo rural.

Contribuyó a eso un relajamiento del control directo de los movimientos demográficos, marcado por la necesidad de salvoconductos expedidos por las autoridades políticas y que estuvo vigente hasta la abolición del estado de guerra en 1948, provocando que durante la primera mitad de los años cuarenta la migración interna se limitara mucho. Sobre este particular, M.T.M. recuerda como

¹⁶⁷ Los Mapas Nacionales de Abastecimientos correspondientes al año 1949 avalan esta afirmación, dado que es a finales de la década cuando se empiezan a percibir un mayor número de migraciones. Aquel año quedaría registrado como 246 emigraron de La Puebla de Donde Fadrique, con una población entonces de 7.642 habitantes, a municipios de otras provincias. 276 lo hicieron de Íllora, con 14.044 habitantes en ese momento y unas 453 de Baza, que por entonces contaba con 24.068 habitantes. AHPdG Mapas Nacionales de Abastecimientos, 1949.

en 1945, con quince años, tuvo que solicitar un salvoconducto para salir por primera vez de su pueblo, Salar. Su memoria recuerda las dificultades que existían para el movimiento de población en los primeros años de la dictadura:

En aquellos tiempos, lo primero es que no te dejaban. No te daban salvoconducto. Por ejemplo, yo fui una vez a Ventas de Zafarraya, que está de Salar a treinta kilómetros y tuve que ir a la Guardia Civil a que me hiciera un salvoconducto y al Ayuntamiento, fíjate tú. Yo iba con dos personas más mayores a por una carga de patatas. Entonces yo tenía quince años. Yo tenía una bestia y fui con ellos, que también eran arrieros. Ellos también lo tenían (el salvoconducto) porque eran más mayores y viajaban más que yo, pero yo como no había salido nunca del pueblo, tenía que llevar un salvoconducto.¹⁶⁸

Aquella situación en la zona del Poniente granadino, de donde procedía el entrevistado, sin duda estaba relacionada con la fuerte presencia de la guerrilla por aquellos años, que había motivado una ocupación militar del territorio. Sin embargo, tenemos constancia de que a comienzos de la década de 1950 los pueblos granadinos llevaban tiempo vaciándose lentamente de gentes que acudían a Barcelona y su provincia, aunque no exclusivamente, en busca de trabajo en la industria, la construcción o el servicio doméstico. De hecho, en 1946 el Plan de Ordenación Económico Social de la provincia de Barcelona señalaba que la falta de mano de obra era «motivo que ha obligado a los organismos correspondientes a autorizar, en forma metódica, la inmigración y, de forma prudencial, el trabajo de las mujeres casadas». La década de 1940-1950 fue testigo de un saldo migratorio positivo en Cataluña de 258.000 personas, un incremento de la población activa y un crecimiento demográfico que entre 1941 y 1950 fue un 48.55% mayor que la media española. A la luz de estos datos Barcelona se convirtió indudablemente en la primera concentración obrera industrial del Estado español (Molinero & Ysàs: 1987).

La transferencia de mano de obra del sector agrario a otros sectores, principalmente el industrial, fue una de las claves del éxodo rural que comenzó a fraguarse a finales de la década de 1940 y se disparó durante la década posterior. Las cifras para todo el Estado señalan que durante el decenio de 1940 a 1950, la transferencia neta de mano de obra agraria a otros sectores fue de 62.293 activos, mientras que en la década siguiente ascendió en 1.087.322 (Naredo, 2004). El inmenso valor de la fuerza de trabajo transferida por la agricultura a partir de la década de 1950, permite comprender como fue transformándose la contribución del sector agrario al desarrollo industrial. Si durante la

¹⁶⁸ Entrevista a M.T.M., op cit.

década de 1940 y comienzos de 1950 la agricultura exportó fundamentalmente mercancías y capitales, a partir de 1951 la exportación de fuerza de trabajo adquirió un volumen cada vez mayor (Leal et al., 1989). Las comarcas de Granada fueron adquiriendo cada vez más la doble función de fuente de mano de obra y de mercado para la industria. En este proceso, la importancia de los obreros asalariados como emigrantes fue fundamental, aunque también desempeñaron un papel importante la pérdida de los arrendamientos y la progresiva mecanización del sector agrícola, como ya hemos analizado en este capítulo.

Regresando a alguno de los casos mencionados, recordamos nuevamente como los sucesivos procesos de expulsión de arrendatarios que se produjeron a lo largo de la década de los cincuenta, contribuyeron a limar esas resistencias a la emigración mencionadas más arriba. De hecho, testimonios como el de J.P.G. nos permiten comprender en qué medida el abandono del medio rural fue una opción que muchos labradores que habían logrado sobreponerse a la pérdida de las tierras que arrendaban, tuvieron presente al constatar el estancamiento de la economía granadina y hacer proyecciones de futuro. En su caso, la vida dio un giro cuando contrajo matrimonio en 1956. Al poco tiempo tuvo a su primer hijo y comenzó a interrogarse sobre el futuro que tendrían sus hijos en aquella Granada rural, que se iba revelando como un mundo cada vez más estancado y en el cual la capital provincial no acababa de merecer la confianza de aquellas personas que aspiraban a un trabajo regular y bien remunerado lejos de la agricultura. Las dudas se hicieron más fuertes con el nacimiento de su segundo hijo, a pesar de que la posición de J.P.G. era relativamente holgada:

Podía vivir bien allí, pero yo entonces pensaba: "Pero estos dos niños, ¿qué porvenir tienen el día de mañana aquí ya? Yo los voy a criar y...". Allí había probabilidades entonces de que había muchas becas y se iban a estudiar a Granada, sabes, pero eso no era. Vamos, a mí se me metió en la cabeza aquello y dije "¡Bah, vámonos!".¹⁶⁹

Aquella decisión interrumpía el ritmo de los trabajos agrícolas y significaba una ruptura con toda una cultura campesina y una vida marcada desde generaciones por los ciclos del calendario agrícola. También significaba un camino sin retorno y así fue percibido por su padre:

Entonces, pufff, mi padre, como se puso: "¡Que te vas a ir a Barcelona! Ahora hay que hacer muchas cosas por aquí y por allí". Y yo: "Pero papá, si yo no es por mí. Ya tengo dos hijos y ¿Qué porvenir tienen mis hijos y que van a hacer el día de mañana? No les

¹⁶⁹ Entrevista a J.P.G. op cit.

*faltaré un bocado de pan, pero ¿Que porvenir tienen?" Ya, ya el hombre me dice "Tienes razón", dice "Vete, que harás bien". ¡Coño! Me vine y empecé a trabajar en una obra en Badalona.*¹⁷⁰

Para aquel entonces, finales de la década de 1950, los hermanos más jóvenes de J.P.G. ya hacía tiempo que habían emigrado a Barcelona, algo a lo que él se había resistido: “Yo fui el último que me vine, por eso que te he contado, porque estaba mi padre sólo y me sabía mal dejarlo.”¹⁷¹

La emigración vino a señalar la transición entre un viejo mundo en progresiva desaparición y una nueva realidad que se fue configurando a cientos de kilómetros, en lejanos núcleos industriales y urbanos como fue, fundamentalmente, Barcelona. La combinación entre la destrucción de las posibilidades de organizar de otra manera el mercado laboral, impulsadas durante la II República mediante la presión de las organizaciones obreras y campesinas, determinadas transformaciones en el sector agrícola y una ausencia total de proyectos industrializadores de importancia en la provincia, fueron determinantes en la configuración de la nueva clase obrera que surgió en Granada en la posguerra y protagonizó el éxodo rural. Las políticas desarrollo rural, que brillaron por su ausencia, y las cifras del periodo expresaban un movimiento constante de la población andaluza. Esto llevaría a los reconocidos geógrafos Alfredo Floristán y Joaquín Bosque Maurel a escribir el ya mencionado artículo publicado en 1957 y señalar que:

Después de la guerra, la oleada de andaluces desparramada sobre Cataluña ha sido impresionante y digna de un estudio detallado. Los grandes centros industriales como Sabadell, Terrassa, Mataró, Manresa, etc., etc., cuentan hoy con una elevada cifra de granadinos entre sus moradores, aunque, ciertamente, la supera con creces en este sentido la provincia de Almería (Floristán Samames & Bosque Maurel, 1957: 381-382).

Gracias a la obra de los demógrafos, hoy día sabemos que las migraciones andaluzas tuvieron diversa cronología y no afectaron por igual a todas las provincias, de modo que, si bien Almería fue la pionera, las provincias de Jaén, Granada, Córdoba y Málaga la siguieron, a mucha distancia de las provincias del resto de Andalucía. Entre 1951 y 1960, las tasas de migración neta de estas cinco provincias andaluzas superaban entre diez y veinte veces las tasas de la Baja Andalucía: Sevilla, Huelva y Cádiz (Recaño, 1998). Más allá de las cifras, lo que nos interesa subrayar en este trabajo es el proceso mediante el cual se fueron fraguando las bases del éxodo rural granadino. La

¹⁷⁰ Ídem.

¹⁷¹ Ídem.

sensación de que no había futuro, aunque se pudiera sobrevivir, empeoró a medida que fue mecanizándose la agricultura y se introdujeron los herbicidas, reduciendo con ello mucho más las posibilidades de ingresos en la población rural asalariada. La posibilidad de reconducir las trayectorias laborales y vitales de los miles de personas que querían abandonar el campo granadino, se hallaban inevitablemente fuera de los límites de la provincia. Las dinámicas de expulsión de población se habían instalado definitivamente en Granada y los años de las grandes oleadas migratorias no tardarían en llegar.

3.7 Conclusiones

Como hemos podido comprobar, el impulso mostrado por otras iniciativas de desarrollo económico a escala provincial durante las dos primeras décadas del franquismo fue nulo. El hecho de contar con pocas perspectivas de industrialización y un gran volumen de población procedente en su mayoría del sector agrario y ubicado en el mundo rural, incapacitó al territorio granadino para albergar dentro de sus límites provinciales procesos de transferencia de mano de obra a gran escala. No obstante, para poder aportar enfoques novedosos sobre este fenómeno común a otras muchas provincias españolas, resulta imprescindible destacar la importancia de comprender las circunstancias que acompañaron en sus lugares de origen las vidas de aquellas personas que emigraron en las décadas de posguerra. Este enfoque no sólo contribuye a matizar las explicaciones exclusivamente económicas del fenómeno migratorio, sino que transmite una comprensión más profunda de la sociedad expulsora, en este caso la Granada rural, con toda su complejidad y diversidad, pero también con sus pautas comunes. Una de estas constantes es el rechazo más o menos explícito a una situación de opresión experimentada en el mundo laboral, en tanto que jornaleros desposeídos de la capacidad de incidir en las condiciones del mercado laboral y sujetos a toda clase de abusos. Por otra parte, entre los labradores arrendatarios también se observó de manera progresiva una dificultad enorme surgida de la pérdida de acceso a la tierra. Este fenómeno fue resultado de la presión que ejercieron sobre los arriendos los propietarios, para impulsar procesos de concentración parcelaria y que llevaron a que los labradores acabaran sumándose con posterioridad al éxodo de los jornaleros, ante la negativa a proletarizarse en el medio rural.

La voluntad de emigrar surgió como una estrategia de readaptación al contexto de posguerra. Fue una expresión del dinamismo individual de la clase obrera granadina durante el primer franquismo, cerradas las posibilidades en Granada tanto de acceder al cultivo de la tierra, como de transferirse al sector industrial. En cualquier caso, más allá de las múltiples descripciones de la catástrofe que se han hecho, si queremos aportar nuevos enfoques sobre este asunto, conviene acercarse a comprobar

cuál fue la percepción de las personas que se vieron envueltas en esa situación y como eso contribuyó a generalizar actitudes de rechazo ante la situación de pobreza y explotación que se vivía. Esa es una tarea en la cual las fuentes orales que todavía pueden recopilarse entre la generación que nació entre finales de la década de los años 20 y comienzos de la de 1940, son de gran ayuda, en la medida en que transmiten el ambiente y las motivaciones de una juventud que tuvo que plantearse su porvenir ante un panorama poco prometedor.

Por todo ello, resulta imprescindible volver a poner de manifiesto como en estos contextos de transición, los individuos, lejos de ser un objeto pasivo, ponen en juego estrategias complejas de adaptación y resistencia dentro de un marco de determinadas constricciones estructurales. La crisis que experimentó Granada a lo largo de las décadas de 1940 y 1950, que se sumaba a la terrible represión física experimentada por los trabajadores y trabajadoras granadinas tras la guerra civil y no dejaba de ser una vertiente de esta, no fue tan solo una crisis económica, sino también una crisis cultural muy profunda. Una crisis que afectó a las formas de vida de una población marcada por graves problemas como la falta de recursos y el paro, y que acabó sacudiendo el sistema de fidelidades, de creencias y valores que tenían y les predispuso hacía la huida de una realidad que ya no percibían que pudiera ser transformada. Barcelona supuso, por lo tanto, la ocasión de sobreponerse a esta falta de expectativas en el plano laboral y vital y comenzar una nueva vida, lejos de Granada.



Capítulo IV

Llegar de nuevas: estrategias empleadas en el traslado e instalación de la emigración granadina en Barcelona durante el primer franquismo.

Los objetivos de este capítulo son analizar el proceso migratorio y las pautas de asentamiento que caracterizaron de forma mayoritaria la experiencia del colectivo de trabajadores y trabajadoras granadino, llegado a la ciudad de Barcelona y sus localidades cercanas entre la segunda mitad de la década de 1940 y finales de la década de 1950. Las cuestiones abordadas profundizan en la comprensión e interpretación de distintas estrategias, empleadas en el traslado e instalación de la inmigración granadina en el área metropolitana barcelonesa y como eso influyó en sus trayectorias posteriores. La secuencia que pretende abordar este apartado comienza con la partida del lugar de origen, fundamentalmente las diversas localidades rurales de donde procedían los emigrantes granadinos, y culmina con su instalación en el nuevo contexto de llegada. A lo largo de estas páginas se abordarán aspectos relacionados con el trayecto realizado por las personas que emigraron desde Granada, usando un modo de transporte común como fue el ferrocarril. Hemos elegido detenernos en este aspecto de la experiencia migrante de los trabajadores granadinos hacia Barcelona en aquellos años, porque ésta entrañó dificultades añadidas a las malas comunicaciones existentes. De hecho, la gran mayoría de las experiencias recopiladas para este trabajo tuvieron lugar en un contexto particularmente complejo, viéndose a menudo obstaculizadas por causas políticas.

Las medidas de control, detención y deportación que las autoridades barcelonesas implementaron ante la afluencia masiva de inmigrantes, fundamentalmente entre los años 1952 y 1957, fueron características de este período y están presentes en la práctica totalidad de los testimonios consultados. La percepción de la inmigración como un problema que agravaba los ya existentes en la ciudad de Barcelona y su área metropolitana, especialmente la cuestión de la vivienda, es una constante en las declaraciones e informes de las autoridades locales consultados y en las opiniones vertidas a la prensa barcelonesa de la época. Estas fuentes nos permitirán, por tanto, observar de qué manera fueron percibidos los nuevos habitantes de la metrópoli catalana. Su llegada transcurrió en una época en la cual las personas que emigraban con pocos recursos estuvieron expuestas a los mencionados fenómenos de represión y control por parte de las autoridades franquistas, que fueron avalados por una parte de la sociedad barcelonesa. Por otra parte, al incorporar mediante el uso de las fuentes orales la visión y experiencia de las personas migrantes, trataremos de aportar nuevos puntos de vista e interpretaciones respecto a unas cuestiones que apenas han sido abordadas: ¿Cómo fueron percibidos estos fenómenos por parte de las personas migrantes? ¿Qué tipo de estrategias emplearon para llevar a cabo sus objetivos? Otro de los aspectos trabajado en este capítulo, íntimamente relacionado con el anterior y con las cuestiones planteadas, será analizar las dinámicas de instalación de la población inmigrante. Fundamentalmente nos centraremos en la ciudad de Barcelona y en su área metropolitana, así como en otros puntos de la provincia, aportando

elementos nuevos que contribuyan a ampliar y reinterpretar lo que ya se ha escrito sobre este tema. Esperamos que este diálogo entre las fuentes orales y las fuentes documentales nos haya permitido superar algunas de las limitaciones de ambas y alumbrar nuevas interpretaciones.¹⁷²

El periodo investigado estuvo marcado por la percepción de un grave problema de escasez de vivienda en Barcelona, lo que en su momento fue justificación principal, aunque no única, de las políticas de represión sobre la emigración. Fenómenos como el barraquismo¹⁷³ y la cohabitación impulsaron la evolución urbana de la ciudad, dando lugar simultáneamente a la aparición de los primeros polígonos de vivienda y a la configuración de unas nuevas periferias obreras a finales del período investigado. A partir del conocimiento de la amplia gama de experiencias de inserción espacial de los emigrantes granadinos, llegados para instalarse definitivamente durante las décadas de posguerra, podemos descifrar los orígenes de la configuración social de los nuevos barrios y poblaciones de la periferia de Barcelona. Fueron aquellos los lugares donde se desarrolló de forma mayoritaria la vida de estos nuevos habitantes de la gran ciudad y donde muchos de sus descendientes siguen residiendo hoy en día.

Las principales fuentes empleadas para trabajar este capítulo han sido la bibliografía especializada y las fuentes hemerográficas de la prensa local barcelonesa del período, así como las entrevistas orales. En lo que respecta a las fuentes escritas, han sido de gran utilidad numerosas publicaciones que pertenecen a la amplia bibliografía existente sobre algunos de los temas que abordo en este apartado, fundamentalmente obras que tratan los temas de expansión urbana y vivienda obrera en la ciudad de Barcelona durante las décadas de 1940 y 1950. Para analizar la mirada de la sociedad barcelonesa de la época hacía las personas que llegaban de fuera, hemos recurrido a publicaciones del momento, que abordaron la relación entre la inmigración y la vivienda en Barcelona. Por una parte, artículos de revistas especializadas como *Cuadernos de Arquitectura y Urbanismo*, en

¹⁷² Los trabajos que han abordado las políticas represivas hacia la inmigración en Barcelona, implementadas a finales de la década de 1940 y desarrolladas en la década de 1950, o las diversas experiencias de infravivienda que caracterizaron el hábitat de los recién llegados a Catalunya durante el primer franquismo, son fundamentalmente publicaciones de carácter divulgativo, aunque en menor medida pueden encontrarse trabajos académicos. Los dossiers de revistas como *L'Avenç*, "Dossier: Immigració a Catalunya. Els anys del franquisme", n.º 298, 2005 o en la revista *Andalucía en la Historia* "Dossier: La novena provincia. La emigración de andaluces a Cataluña", n.º 28, 2010, son un buen ejemplo de ello. Un ejemplo paradigmático de esta atención que se le otorgó al pasado barraquista de Barcelona hace una década fue exposición que llevó a cabo el Museu d'Història de Barcelona con el título de *Barraques. La ciutat informal*, inaugurada en 2008 y que consiguió dar visibilidad social a varias de las cuestiones que pretendo analizar en este capítulo. Con motivo de esa exposición el Ayuntamiento de Barcelona publicó en 2010 el libro *Barraques. La Barcelona informal del segle XX*, editado por Mercé Tatjer y Cristina Larrea y reuniendo investigaciones efectuadas desde diferentes perspectivas.

¹⁷³ La Real Academia Española define barraca como: "Caseta o albergue construido toscamente y con materiales ligeros." A lo largo de este trabajo usaremos este término, así como el de barraquismo tal y como es utilizado en Catalunya para referirnos a lo que en otras partes de España se conoce como chabola o chabolismo.

particular un dossier editado en 1953 sobre los problemas de la vivienda en Barcelona y, por otro lado, monografías como la que fue publicada con motivo de la Semana del Suburbio en 1957. También hemos recurrido a consultar publicaciones periódicas de la época, donde se mostraba la inquietud por la llegada masiva de personas a Barcelona. Ese es el caso de revistas y periódicos como editados en Barcelona en las décadas de 1940 y 1950 como *Destino*, *El Ciervo*, *La Vanguardia*, *Solidaridad Nacional*, *El Diario de Barcelona* y *El Correo Catalán*, donde se muestran las dificultades para integrar a las personas que llegaban en un contexto de saturación del mercado de la vivienda y se aportan diversas reflexiones al respecto.

Respecto a las fuentes orales, hay que destacar tanto las entrevistas realizadas en el marco específico de esta investigación, como aquellas a las que hemos podido acceder con el permiso de sus autores. La mayoría de estas fuentes se encuentran depositadas en el Arxiu Històric Municipal de Barcelona, en el Arxiu Municipal de L'Hospitalet de Llobregat y en el Arxiu Històric de CC.OO de Catalunya. Por otra parte, nos ha resultado de mucha utilidad, debido a la afinidad con el enfoque metodológico de la historia oral empleado, el trabajo que con el título *El barraquisme a la ciutat de Barcelona. Estudi etnohistòric de tres casos: la Perona, Can Valero i el Carmel*, fue realizado por un grupo de investigación multidisciplinar entre 2004 y 2008 en el marco del Inventari del Patrimoni Etnològic de Catalunya (IPEC) y con la colaboración del Institut Català d'Antropologia (ICA). Dado que uno de los objetivos llevados a cabo con este proyecto fue la creación de un fondo de historia oral, compuesto por un total de 63 entrevistas a antiguos barraquistas, la consulta del mismo nos ha permitido situar en un contexto más amplio las aportaciones novedosas que estábamos realizando con nuestras propias entrevistas.

Por último, mencionar otras fuentes que también han aportado informaciones relevantes para la comprensión y recreación de las circunstancias que acompañaron los fenómenos analizados. Nos referimos a novelas, obras de teatro y películas, exponentes todas de las corrientes del realismo social de los años 1950 y 1960, que recrearon las circunstancias de las migraciones interiores y el hábitat de las familias migrantes en las capitales españolas durante el período investigado. Es el caso de la novela madrileña *La piqueta* de Antonio Ferres (1959), u obras del teatro social de la posguerra ambientadas en Barcelona como *La batalla de Verdún*, de José María Rodríguez Méndez (1965). Por otra parte, recreaciones cinematográficas como la conocida película *Surcos* (1950), del realizador José Antonio Nieves Conde o la menos conocida *La piel quemada* (1967), de Josep María Forn, así como el documental *El largo viaje hacia la ira*, dirigido por Lorenzo Soler en 1969, también contribuyeron en su momento a documentar de qué manera fueron percibidos y reflejados

estos fenómenos por la sociedad de la época y merecen ser tomadas en cuenta por el trabajo de los historiadores.

4.1 Ponerse en movimiento: experiencias de viaje, controles y represión a la inmigración en la Barcelona de posguerra.

Como mencionamos en el capítulo anterior, la emigración granadina a Barcelona comenzó a tomar impulso en la segunda mitad de la década de 1940 con unas magnitudes desconocidas hasta la fecha. La decisión de dirigirse a Barcelona parece haber tenido un peso determinante en las dinámicas migratorias de la gran mayoría de municipios de Granada, así como de otras provincias vecinas, ante las dificultades que por entonces entrañaba emigrar al resto de países europeos tras acabar la guerra mundial. Para el caso particular de Francia, las personas con pocos recursos vieron su entrada en este país dificultada por los controles que las autoridades francesas fueron incrementando en torno al año 1947, en respuesta a la oleada de inmigrantes clandestinos que cruzó en esas fechas la frontera a través de los Pirineos. Entre marzo de 1946 y febrero de 1948, la frontera francesa permaneció cerrada por motivos políticos y, sin embargo, según fuentes policiales, en ese período se contabilizó que 21,657 españoles ingresaron en Francia de forma clandestina, sin que las autoridades francesas pudieran llegar a discernir cuáles de ellos lo hacían huyendo de la persecución política y cuantos lo hacían por razones económicas.¹⁷⁴ A partir de 1948, el Ministerio del Interior francés estableció unas normas mucho más restrictivas para la entrada y residencia en el país (Cervera Gil, 2007).¹⁷⁵

Por estas fechas volvió a tomar mayor impulso la emigración hacía América. Finalizada la guerra y durante los primeros años de la década de 1940, la apertura al tráfico de ultramar de los puertos de Barcelona y Cádiz, contribuyó al aumento del número de llegadas de andaluces a un destino tan

¹⁷⁴ Los españoles refugiados en Francia a mediados de la década de 1940, una vez la élite intelectual del exilio español había emigrado a América al estallar la Guerra Mundial, constituían socio-profesionalmente un colectivo similar a la inmigración a Catalunya por aquellas fechas, reflejo de la sociedad que se había movilizó en defensa de la República, con claro predominio de los trabajadores agrícolas y obreros manuales. De los 181.000 españoles en Francia que constituían la población activa en 1947, un 40% se dedicaba a trabajar en la agricultura y los bosques, mientras que un 32% lo hacía en la industria, principalmente la construcción, el metal y la industria maderera (Cervera Gil, 2007).

¹⁷⁵ En cualquier caso, estos obstáculos para llegar e instalarse en Francia, parecen haber sido bien conocidos por numerosos candidatos a emigrantes en las comarcas andaluzas a finales de la década de 1940. En una entrevista que Gerald Brenan mantuvo con dos campesinos cordobeses durante su viaje por España, en 1949, estos le comunicaban las dificultades que encontraban aquellas personas que querían emigrar clandestinamente a Francia, motivo por el cual no se decidían a abandonar su tierra:

La única esperanza – dijo el joven- reside en la emigración. Pero eso es casi imposible. A mí me gustaría ir a Francia, pero la frontera está demasiado bien guardada. Hace unas cuantas semanas atraparon a algunos jóvenes de esta ciudad intentando cruzarla. ¡Bien, ya sabe usted lo que significa eso! Palizas y más palizas y más palizas. Y luego una sentencia de prisión que se les llevará diez años de sus vidas (Brenan, 2003: 169).

lejano como Argentina. Acabada la II Guerra Mundial, con la normalización del tráfico interoceánico, se activó una corriente migratoria que en el decenio 1941-1950 situó a Andalucía en el segundo lugar entre las regiones españolas en volumen emigratorio. Granada ocupó en este movimiento el segundo puesto entre las provincias andaluzas, tras Almería, con un perfil migratorio de familias completas. Las buenas relaciones del gobierno del general Juan Domingo Perón con la dictadura franquista, propiciaron que en los años posteriores a la visita de su esposa Eva Perón en 1947, aumentara el flujo migratorio, que empezara a remitir a partir de 1955 con el golpe de Estado que destituyó al general argentino. A partir de entonces la emigración se orientó hacia una Venezuela que recién comenzaba su expansión económica debido al auge petrolero, lo que provocó una profunda transformación económica en el país y el desarrollo de una política inmigratoria por parte del gobierno del dictador Marcos Pérez Jiménez, muy favorable a la llegada de trabajadores europeos (Núñez Seixas, 2006; Cózar Valero, 2012).

Durante el periodo investigado, la provincia de Barcelona experimentó un constante proceso de crecimiento de su población, fruto de la inmigración que arrancó en la década de 1940 y continuó de forma ininterrumpida durante la década siguiente. Diversos autores han estimado que el crecimiento de población en Catalunya durante la década de 1950 osciló entre las 361.732 y las 439.806 personas, la mayor parte de las cuales se instalaron en la ciudad de Barcelona. La capital catalana recibió en la década de 1950 alrededor del 44% del total de la inmigración a Catalunya, mientras que en la década de 1940 había llegado a acoger hasta un 65% de todas las personas que emigraron a ese territorio. Este descenso, sin embargo, fue motivado por la importancia progresiva que adquirió el territorio próximo a la ciudad de Barcelona como lugar de instalación de los emigrantes recién llegados (Ferrerri Aixalà, 1996). Entre 1940 y 1960, Barcelona obtuvo un saldo migratorio superior a las 350.000 personas, con una tasa anual mediana de migración neta muy cercana al 15%, menor en cualquier caso al registrado durante la primera etapa inmigratoria del siglo XX.

En el periodo que abarca este trabajo, el saldo migratorio positivo a Barcelona contribuyó en un 75% al incremento del total de habitantes en la ciudad, que pasó de tener 1.081.175 habitantes en 1940 a tener 1.557.863 en 1960, la mayor parte de ellos llegados en la década de 1950. El crecimiento vegetativo que aportó esta oleada migratoria contribuyó también al crecimiento de la población barcelonesa, favorecida por el alargamiento de la supervivencia vital y el repunte de la fecundidad que potenció la estructura de edad de los inmigrantes: jóvenes y adultos jóvenes que llegaban a la ciudad buscando mejores perspectivas laborales y económicas (López Gay, 2008). Las provincias andaluzas orientales, y en particular Granada, aportaron un porcentaje cada vez mayor de

este volumen en el periodo 1940-1960, hasta el punto de que a mediados de la década de 1950 llegaron a ser el colectivo más numeroso de inmigrantes en Barcelona. Tomando en cuenta el factor novedoso que implicó el que dicha corriente migratoria estuviera protagonizada por las comarcas del interior de la provincia, a continuación, trataremos de definir en qué condiciones se produjeron las diversas experiencias migratorias de aquellos nuevos emigrantes granadinos llegados a Barcelona en la posguerra.

4.1.1 La ruta del Borreguero: el ferrocarril como medio de transporte de la inmigración granadina.

*Ibas en un vagón muy malo. Te paraban ahí, te aparcaban en un sitio y te tenían horas y horas y hasta días. Luego te enganchaban y te llevaban. Terrible.*¹⁷⁶

Durante las décadas de posguerra, el ferrocarril fue ganando peso como principal medio de transporte para las corrientes migratorias procedentes de las comarcas interiores andaluzas con destino a Catalunya. La inexistencia o dificultad de recurrir a otras alternativas, que en las décadas inmediatamente anteriores habían sido empleadas desde otras provincias del sureste peninsular, confirió al tren un protagonismo especial durante este período.¹⁷⁷ La movilidad de los emigrantes granadinos llegados a Barcelona a finales de la década de 1940 implicaba a miles de personas, que habían emprendido el viaje en solitario o acompañadas por sus familias e iban comenzando a llenar los trenes que partían rumbo a Catalunya. Según los testimonios recopilados para elaborar esta investigación, son los últimos años de la década de 1940 cuando podemos identificar un aumento progresivo de los casos de emigración, tanto individuales como de núcleos familiares.

La decisión de efectuar un cambio de residencia por parte de las familias e individuos granadinos de extracción campesina, rompía con anteriores pautas migratorias temporales, al inscribirse en el ámbito de aquellas migraciones que tuvieron como objetivo abandonar el medio rural para realizar actividades no agrarias.¹⁷⁸ Se trataba, en cualquier caso, de movimientos migratorios de carácter

¹⁷⁶ Entrevista a M.R.M., op cit.

¹⁷⁷ El conocido libro *Viatge en transmiserià: crònica viscuda de la primera gran emigració a Catalunya* del periodista catalán Carles Sentís, escrito en 1932, realiza una crónica de un viaje de veintiocho horas en un autocar que comunicaba Murcia con Barcelona (1994). Del mismo modo, también existen referencias a barcos que realizaban el trayecto entre los puertos murcianos y catalanes. Los emigrantes que venían de Ceuta y de la costa mediterránea andaluza y murciana, viajaban en un barco de servicio regular llamado María R, que pertenecía a la naviera Ramos e Hijos de Barcelona y que era popularmente conocido como *El Éxodo*. Tardaba cuarenta y ocho horas en hacer el trayecto desde el puerto murciano de Águilas a Barcelona (Carrasco Martínez, 1994).

¹⁷⁸ A parte de la atracción que Madrid, Barcelona y Levante ejercieron en este periodo sobre la población granadina, también fueron relevantes las migraciones de trabajadores granadinos en la industria vasca, fundamentalmente Bilbao y los pequeños centros fabriles de Guipúzcoa y Vizcaya, así como en las grandes obras que se realizaban en

definitivo. Ejemplo de ello era la frecuente presencia de una gran cantidad de equipaje en los trayectos entre Granada y Barcelona, tal y como señalan los testimonios orales. Esto habría sido expresión de actitudes que pueden generalizarse en estos primeros momentos de una experiencia migratoria de carácter definitivo: la tensión entre la decisión de emigrar y el deseo de seguridad, de reducir al mínimo los riesgos inherentes a la movilidad (Pérez Díaz, 1971).

Los recuerdos que guardan las personas que emigraron en aquellos trenes de la migración andaluza a Catalunya de mediados del siglo XX, están impregnados de la dureza percibida en una experiencia que inauguraba un nuevo tiempo en sus vidas. M.R.M., cuyo testimonio encabezaba este epígrafe, emigró junto a su madre y un hermano a Barcelona en torno a 1949. Su memoria recuerda perfectamente la profunda sensación de malestar entre los viajeros de un tren obligado a hacer numerosas paradas para cambiar de locomotora, dado que la línea férrea que recorría el litoral catalán hasta llegar a Barcelona sólo se hallaba electrificada a partir de Tarragona. Otro ejemplo del ambiente existente durante el trayecto es el testimonio de C.M.R., que era una niña de cuatro años cuando emigró con sus padres a Barcelona, un día de noviembre del año 1947. Su memoria recupera elementos que fueron comunes a la experiencia de muchas personas, evocando las condiciones de un viaje que la memoria familiar se encargó de preservar:

Estuvimos tres días de viaje y me acuerdo del tren abarrotado de paquetes, de bultos, de gente. Nosotros todavía teníamos asiento, porque si hacías la reserva, con el billete de la RENFE los que podían, si hacías un esfuerzillo podías sacarte ya la reserva y tener asiento. Y si no pues a lo libre. Nosotros veníamos con asiento y a pesar de venir con asiento no nos podíamos mover del asiento, porque los paquetes estaban hasta en el wáter. Es que no podías ni ir al lavabo (...) La gente intentaba traerse de su tierra... primero porque veníamos aquí y... ¿a ver a qué? Y hasta los cacharros de la cocina. La gente se traía hasta los colchones, todo. Y como el único medio de transporte para la mayoría de gente pues era el tren, pues los trenes iban que ya te digo. Había personas y había no sé cuántos paquetes por persona.¹⁷⁹

el puerto asturiano de Avilés para la construcción de la gran industria siderúrgica de capital estatal Empresa Nacional Siderúrgica De España Sociedad Anónima (ENSIDESA) entre 1950 y 1956. Del mismo modo, para esas fechas hay referencias de la presencia de trabajadores granadinos en las grandes obras públicas del valle del Ebro: carreteras, pantanos, presas y canales de Navarra, Huesca y Lleida. En este último caso destacan las grandes obras en los pantanos que la Empresa Nacional Hidroeléctrica del Ribagorzana (ENHER) construyó en el cauce del río Noguera Ribagorzana del Pirineo catalán. Por último, también han sido documentadas migraciones en estos años para trabajar en las grandes obras de repoblación forestal de la provincia de Burgos y en Cantabria (Floristán Samames & Bosque Maurel, 1957: 382-383).

¹⁷⁹ Entrevista a C.M.R. Nacida en Granada en 1943. Realizada en Barcelona el 29/10/2014.

Las comunicaciones por ferrocarril entre Granada y Barcelona se veían complicadas por la ausencia de una línea directa. A los transbordos y lentitud de los trenes había que sumar los retrasos acumulados, ocasionando que los viajes duraran en torno a las quince y veinte horas.¹⁸⁰ A lo largo de la década de 1950 iría perfilándose la imagen popular del tren que en Barcelona era denominado *El Sevillano*, como un medio de transporte que realizaba el trayecto entre Andalucía y Catalunya y tenía sus estaciones finales en Sevilla, estación de Santa Justa, y Barcelona, estación de Francia, respectivamente.¹⁸¹ Las rutas de los migrantes granadinos conectaban con ese tren por lo general en la estación de Linares-Baeza, cuando no directamente en Valencia, o bien se llevaban a cabo mediante un tren directo que salía de Granada en dirección noreste, llegaba a la provincia de Murcia y conectaba a través de la ruta de Lorca con el corredor mediterráneo. Las descripciones del trayecto en 3ª categoría remiten a unas condiciones lamentables, que se agravaban por lo prolongado del viaje y el mal estado de los vagones.¹⁸² Los recuerdos de viaje de otro inmigrante de la época, Jaime Muñoz, que emigró desde Guadix en torno a 1953, conservan la sensación de que el billete de tren, para un joven soltero que emprendía el viaje en solitario a comienzos de la década de 1950, no resultaba muy caro en proporción al nivel de vida de entonces. Sin embargo, las condiciones del viaje, como ya mencionamos, eran lamentables, hasta el punto de que al tren que salía de Granada rumbo al nordeste se le conocía también popularmente con el nombre de *El Borreguero*, por asociarlo con los vehículos de transporte de ganado.¹⁸³

A pesar de la existencia de una gama diversa de tarifas que permitían viajar en categorías muy baratas y asequibles, las dificultades para financiar el viaje de muchas familias provocaron que se profundizaran determinadas rupturas con el lugar del que procedían. Ese es el caso de E.T.R., quien se subió al tren en Granada un 18 de septiembre de 1948 con el objetivo de instalarse en Barcelona

¹⁸⁰ En uno de los testimonios recopilados por el equipo realizador del documental, *Soleá. Els nètcs dels altres catalans*, dirigido por Marc Hernández, Maria Llinás, Natàlia Morales y Marta Vivet, se recoge también esta experiencia relacionada con la lentitud de los trenes. En este caso el testimonio de un inmigrante procedente de Loja:

“Ya entonces nos montamos en el tren para venir para aquí para Cataluña. Eran unos trenes muy lentos, muy lentos (...) Algunos decían, yo no porque era pequeño y yo de esto no me acuerdo, pero algunos decían que se bajaban, cogían manzanas, cogían peras y cogían el tren corriendo. O sea que imagínate el tren lo que corría en algunos tramos.”

¹⁸¹ La importancia del tren queda plasmada en la recreación que ha realizado el Museu d'Història de la Inmigració a Catalunya de Sant Adrià del Besòs, donde puede visitarse un de los antiguos vagones y donde se recrean.

¹⁸² Una descripción realizada por Francesc Candel sobre un viaje que hizo en enero de 1963, al subir a la altura de Villarreal al vagón de tercera lleno con emigrantes granadinos que regresaban a Barcelona deja constancia de las condiciones del viaje:

El vagó era brut. Feia olor de suor, de pixats, podia. Peles de taronja i berrilles encatífaven el terra. El lavabo estava embossat, ple d'aigua i de pixums; amb el trontolleig del tren, el líquid anava regallimant a terra i tota la plataforma estava xopa. De vegades fèiem tandes i deixàvem seure els que anaven drets al passadís. (Candel et al, 1994: 16).

¹⁸³ “Entonces eran vagones de madera, que aquello daba pena, porque eran de meter borregos y meter animales. Lo llamaban "El Borreguero" porque era para meter animales.” Entrevista a J.M.H., op cit.

junto su madre y su hermano pequeño, apostando por una ruptura total con el territorio que dejaban atrás. Para la madre de E.T.R., viuda de un campesino que pasó tres años en la cárcel tras la guerra y murió tiempo después de tuberculosis, la venta de la casa familiar le permitió reunir el dinero necesario para sufragar los gastos del viaje y los primeros momentos de la instalación en Barcelona:

Mi madre vendió la casa de la abuela y con ese dinero se compró el billete y nos vinimos para acá. Cogimos el tren de Granada hasta Murcia, luego de Murcia a Valencia y después de Valencia aquí a Barcelona. Y cuando llegamos a Barcelona pues no teníamos donde meternos, no me da vergüenza decirlo.¹⁸⁴

Entre los diversos tipos de personas que emigraron en ese periodo, parece haber existido, ya en la década de 1950, también un perfil de trabajadores a los que se les ofreció la posibilidad de acceder a billetes más baratos, siempre y cuando pudieran demostrar que contaban con un contrato de trabajo. Ese es el caso de Antonio Cantano Palma, quien emigró desde Loja en 1956 junto a un compañero y sus respectivas familias para acudir a trabajar a las obras que la ENHER realizaba en el Pirineo catalán:

Si te justificabas ante la RENFE y ante el Ayuntamiento te daban billete pagando como reservados, una tercera parte o algo así. Que decíamos nosotros billetes de caridad (...) Entonces fuimos a Loja él y yo y preparamos los billetes para todos (...) Acreditando que tú eras un trabajador, y que venías aquí a un sitio determinado que te habían asegurado que ibas trabajar, sí, así lo hicimos nosotros.¹⁸⁵

La necesidad de acreditar que se contaba con un contrato de trabajo en el lugar de destino, en un contexto en el cual la emigración a Barcelona y su área metropolitana fue alcanzando unas magnitudes cada vez mayores, conecta con un fenómeno que fue tomando cada vez más relevancia en Catalunya durante la década de 1940 y desembocó en la aparición de políticas destinadas a impedir la emigración considerada ilegal, es decir, aquella que no contaba con un contrato de trabajo ni una vivienda en el lugar de destino.

¹⁸⁴ Entrevista a E.T.R. Nacida en Guajar-Faragüit en 1934. Realizada en Barcelona el 18/06/2013.

¹⁸⁵ AHCONC. Fons Història Oral i Militància Sindical. Biografies Obreres. Entrevista con Antonio Cantano Palma, nacido en Loja el 06/08/1927. Emigrante a Lleida en 1956. Realizada por Patricia Rocha entre 17/05/2000 y 14/06/2000. Transcrita por Rebeca Yáñez, 37.

4.1.2 “Viene mucha gente”: la percepción de la inmigración como problema en la Barcelona de posguerra.

El problema tiene dos caras: inmigración y alojamiento. Tomémoslo por una de ellas. Si la primera, billete de regreso al punto de procedencia. Si la segunda, construcción rápida de viviendas baratas.¹⁸⁶

Viene mucha gente a Barcelona, hacen difícil el problema de la vivienda, crean pequeños conflictos de tipo laboral porque se disponen a trabajar por nada, creen que esto es un nuevo Eldorado y muchos de los que vienen volverían, de no picarles el gusanillo del orgullo a su patria chica, antes de la cuarentena.¹⁸⁷

La reaparición de expresiones de rechazo ante la migración en una parte de la opinión pública barcelonesa tuvo lugar a finales de la década de 1940, a medida que se incrementaba la afluencia de población con pocos recursos a la ciudad y su área metropolitana. Estas posturas contrarias a la creciente llegada de inmigrantes tendrían su plasmación en las políticas anti inmigratorias que afectaron a miles de personas y que se fueron implementando principalmente durante los años centrales de la década de 1950. Podemos encontrar claros antecedentes de este fenómeno de rechazo en las corrientes de opinión que ya a comienzos de la década de 1930 habían señalado a los inmigrantes, fundamentalmente de origen murciano, como portadores de enfermedades y desordenes sociales.¹⁸⁸ La necesidad de un control de los flujos migratorios a Barcelona y otras localidades de su área metropolitana había sido contemplada durante los primeros años de la II República, en el contexto de la crisis económica de la década de 1930.

El gobierno de Esquerra Republicana de Catalunya, a través del Ayuntamiento de Barcelona, promovió políticas de control migratorio y repatriación de obreros parados tras la finalización de las obras vinculadas a la Exposición Universal de 1929. Autores como Chris Ealham han señalado el papel relevante que tuvo la percepción de la inmigración meridional en la configuración de

¹⁸⁶ “Los problemas de la vivienda. Inmigración, barracas y antibarracas. Mil cuatrocientas familias en un cuartel. Urge una solución para quienes viven en él”, *Solidaridad Nacional*, jueves 15 de noviembre de 1951, p. 12.

¹⁸⁷ “Viene mucha gente”, *Solidaridad Nacional*, jueves 8 de noviembre de 1956, p. 20.

¹⁸⁸ Destacan en este sentido las opiniones vertidas por estacados periodistas del ámbito republicano catalán como Carles Sentís en su obra *Viatge en transmiserià: crònica viscuda de la primera gran emigració a Catalunya*, en las cuales acusa directamente a la inmigración murciana de constituir un foco de infección del tracoma ocular y de servir como caldo de cultivo del pistolerismo faista. Por su parte, las obras del demógrafo catalán Josep María Vandellós *La immigració a Catalunya* y *Catalunya, poble decadent*, publicadas ambas en 1934 y 1935 respectivamente, señalaban a la inmigración como una serie de problemas, entre los que destacaba el aumento de la mendicidad y la venta ambulante, de la delincuencia y el malestar provocado por la competencia que los trabajadores (Domingo i Valls, 2012: 12).

determinados *pánicos morales*, entre los sectores de las clases medias y altas de la Barcelona inmediatamente anterior a la guerra civil (Ealham, 2005). El fenómeno de los refugiados de guerra durante la contienda civil vino a señalar, particularmente en los años 1937 y 1938, líneas de continuidad con este fenómeno de rechazo a la población foránea de menos recursos.¹⁸⁹ Investigaciones sobre la experiencia de los refugiados de guerra andaluces en Catalunya, particularmente el caso de los malagueños, mencionan también el surgimiento de reacciones contra los refugiados, a menudo considerados personas sin voluntad de trabajar y una carga para el resto de la población. Estas percepciones contribuyeron a extender un estereotipo negativo, a pesar de que fueron numerosos los casos de refugiados que se integraron en la industria de guerra (Prieto & Barranquero, 2007).¹⁹⁰ Una década después del fin de la guerra, aparentemente desterrado el peligro de graves desórdenes sociales, el principal argumento en contra de la llegada de más inmigrantes a Barcelona se vinculó con la saturación del tejido urbano y la extensión de la infravivienda.

Un vaciado de la prensa barcelonesa de posguerra permite descubrir, desde mediados de la década de 1940, diversas alusiones a la incesante llegada de inmigrantes y percibir la preocupación creciente que este fenómeno estaba generando entre las autoridades y la opinión pública locales.¹⁹¹ A medida que la llegada de inmigrantes fue alcanzando dimensiones mayores, serían varias las voces que comenzasen a demandar soluciones drásticas a esta situación. Una síntesis de estos argumentos podemos encontrarla en el artículo que autor anónimo dejaba escrito en la edición de *El Diario de Barcelona* del 23 de octubre de 1949, con el evocador título de *¡Que se cierre la inmigración!* Comenzaba así: “Una de las causas fundamentales del problema que representa la escasez de viviendas, la traen a Barcelona de su mano los que a ella llegan procedentes de otras regiones españolas”. En este artículo llegaba a insinuarse, sin aportar datos concretos, la idea de que la masiva oleada migratoria que experimentaba Barcelona era promovida por las autoridades locales de los municipios de origen de los emigrantes y que este habría sido un recurso para solucionar los problemas de paro de sus poblaciones:

¹⁸⁹ A partir del comienzo de la llegada de refugiados de guerra a Barcelona, a partir de 1937, podemos encontrar artículos en las cabeceras de diarios barceloneses como *La Publicitat* o *La Humanitat*, que mencionan los problemas que ocasionaba la presencia de los refugiados en las calles de la ciudad. Un ejemplo de ello sería un artículo de *Solidaridad Obrera*, que denunciaba el caso de los refugiados malagueños que se hallaban ociosos por las calles de Barcelona: “Las fuerzas centrifugas de la autoridad y el vago”, *Solidaridad Obrera*, 28 de abril de 1937, p.10.

¹⁹⁰ Esta inserción laboral de los refugiados en la industria barcelonesa durante la guerra, habría contribuido a mitigar el descenso de la productividad que se experimentó en el transcurso del período 1936-1939 y que historiadores como Michael Seidman (2014) identificaron con determinadas prácticas de rechazo al trabajo llevadas a cabo por muchos obreros barceloneses.

¹⁹¹ “Síntesis del más grave problema municipal de Barcelona: el de la vivienda modesta. Más de treinta mil personas se hallan sin habitación y en torno a la ciudad se levanta la miseria y la insalubridad de 5,000 barracas” en *La Vanguardia Española*, 20 de noviembre de 1948; “Exhortación pastoral sobre el problema de la vivienda” en *La Vanguardia Española*, 8 de enero de 1949.

Se dio no ha mucho el caso curioso de que el alcalde de una localidad publicó un bando anunciando como remedio para el paro que había allí que sufragaba el Ayuntamiento respectivo los gastos de viaje a Barcelona a todo aquel que quisiera emigrar a nuestra ciudad. Y esto ni debe ser, ni puede tolerarse por nuestras autoridades. Millares de emigrantes como éstos son los que en Barcelona nos han creado muchos de los problemas actuales.¹⁹²

Las medidas propuestas para hacer frente a esta situación, ensayadas con anterioridad en el contexto barcelonés de las grandes oleadas migratorias de entreguerras y la crisis económica de la década de 1930, anticipaban lo que sería el criterio empleado por las autoridades locales para establecer los controles de la población recién llegada:

A nadie que no traiga la baja del padrón y del racionamiento de su pueblo respectivo debe consentir el Ayuntamiento que sea aquí empadronado, constándose así mismo si, aun cumpliendo el emigrante con estos requisitos indispensables, tiene al llegar a Barcelona una colocación determinada, puesto que, si no, tampoco se le debió dar de baja en el pueblo de origen ni su cartilla de racionamiento ni como vecino. Esto por una parte; pero, además, debe recordarse a las empresas la ineludible obligación que la ley les exige de no colocar a nadie que no posea carnet de parado, siendo sabido por demás que no tiene derecho a ese carnet el que no estuviere empadronado.¹⁹³

La escasez de viviendas se había convertido en un grave problema en Barcelona a finales de la década de 1940, motivo por el cual muchas de las personas recién llegadas a la ciudad optaban por vivir en barracas. Entre los muchos casos que se dieron en la ciudad, destaca el del barrio de la Barceloneta, víctima durante el período bélico de 1936-1939 de incesantes bombardeos que afectaron a muchos inmuebles y a los tradicionales núcleos barraquistas del barrio. Estos enclaves de infravivienda habían sido originados por los pescadores desde finales del siglo XIX y ampliados durante los años de entreguerras por parte de la emigración más humilde de aquellos años, como el de Somorrostro y las barracas del Gas, situados entre la fábrica de Catalana de Gas y la playa de Bogatell.¹⁹⁴ En la posguerra estos núcleos de barracas se habían multiplicado y crecido

¹⁹² “¡Que se cierre la inmigración!”, *El Diario de Barcelona*, 23 de octubre de 1949.

¹⁹³ Ídem.

¹⁹⁴ La Barceloneta fue una de los barrios más castigados por los bombardeos durante la guerra civil, lo que provocó un abandono del barrio por muchos de sus habitantes durante la contienda. Durante los días 16, 17 y 18 de marzo de 1938 los bombardeos de la aviación fascista italiana afectaron a la plaza Francesc Magrinyà, hoy plaza del Poeta

considerablemente. Sin embargo, no todo ese crecimiento era resultado de la inmigración, dado que también acogían a parte de la población pescadora y portuaria con menos recursos del barrio. Investigadoras como Mercè Tatjer citan testimonios de inquilinos que necesitaron avales de buena conducta para poder volver a ser admitidos en los hogares que ocupaban antes y durante la guerra civil y que por tanto tuvieron que recurrir a las barracas para poder acceder a una vivienda tras la guerra (Tatjer, 47).

Las vinculaciones estrechas entre la inmigración y la problemática de la vivienda estuvieron presentes en las propuestas elaboradas por diversos grupos de arquitectos participantes en el Concurso de Soluciones al Problema de la Vivienda, que fue convocado en 1949 por el Colegio de Arquitectos de Barcelona.¹⁹⁵ Las soluciones aportadas por estos especialistas incidían en el problema del paro en las zonas de expulsión como causa del fenómeno migratorio, señalando algunos lugares comunes de la época, como era la necesidad de descentralizar la ubicación de la industria y destacar el papel de las iniciativas de fomento de regadíos y políticas de colonización para superar el estancamiento del medio rural. Sin embargo, resultaban contundentes al elaborar un plan sobre cómo podía ser gestionada la llegada de la inmigración interior a Barcelona, expresando con claridad una opinión generalizada: “Se impone que la inmigración sea controlada y regulada por medio de un plan general nacional de zonificación y colonización y se adopten medidas de carácter gubernativo para facilitar la repatriación.”¹⁹⁶

Esta misma actitud la encontramos en un artículo publicado por *Solidaridad Nacional* en noviembre de 1951, al referir la catastrófica situación en la que se encontraban mil cuatrocientas familias alojadas en un cuartel semi-derruido en la Barceloneta. Enrique Rubio, periodista de origen castellano-manchego y autor de la noticia, señalaba:

No hay derecho a que los hayan traído a vivir así en la ciudad, ni que se les haya permitido la entrada para ofrecerles tanta miseria. Si el padre encontró colocación legal y presta un servicio necesario para Barcelona, merece una vivienda decente, donde la moral esté a salvo y la salud protegida. Si no lo encontró se le debe reintegrar a su punto de procedencia y que sea su Ayuntamiento quien resuelva el problema de sus ciudadanos.¹⁹⁷

Boscá, centro neurálgico del barrio donde se encontraba el mercado, ocasionando 34 muertos y más de cien heridos. (Vidal, 2013).

¹⁹⁵ Las conclusiones fueron publicadas de manera resumida en 1953 en el número 15/16 de la revista *Cuadernos de Arquitectura y Urbanismo*. “El problema de la vivienda” en *Cuadernos de Arquitectura*, nº 15/16, 1953, p-8.

¹⁹⁶ Ídem.

¹⁹⁷ “Los problemas de la vivienda. Inmigración, barracas y antibarracas...”. op cit.

Como vemos, el propósito de levantar fronteras interiores en respuesta a los problemas sociales que enfrentaba Barcelona, encontró enorme respaldo en la opinión pública de la época. En la prensa de la década de 1950 son constantes las alusiones a la incomodidad que los inmigrantes causaban a determinados sectores de la sociedad de Barcelona, en tanto éstos se paseaban ociosos por la ciudad y consideraban a Barcelona como “un lugar fácil y atrayente para pasar la vida cazando musarañas”.¹⁹⁸ En los primeros números publicados en 1951 de la revista *El Ciervo*, de pensamiento y cultura e inspiración cristiana, se hacía una fuerte crítica a la persistencia de viejas actitudes de rechazo hacia los inmigrantes, denominados despectivamente *murcianos*, en un contexto en el que la composición social de la inmigración llegada a Barcelona se había vuelto mucho más heterogénea:

He oído hablar con desprecio, con asco, del «murciano»; pero sólo del que es pobre, del inmigrado que se proletariza brutalmente porque la sociedad egoísta lo permite.

Para algunos señores de panzas inconmensurables, es «murciano» todo aquel que – siendo pobre (esto es esencial)- no es catalán. Y es posible que muchos barceloneses, si la cruz de la miseria les sorprende, sean bien pronto catalogados por estos señores como «murcianos». De esta manera un extremeño, un andaluz o un gallego, son clasificados – despectivamente – como hijos malditos de la tierra de Murcia (...) los miserables- de Murcia, de Andalucía, de Extremadura – son verdaderos cristos que padecen (...) Llamen con puñetazos, con ladridos a nuestra puerta. Y nosotros se la cerramos implacablemente porque nos repugnan.¹⁹⁹

Fueron este tipo de actitudes de rechazo las que inspiraron la política oficial respecto a la emigración durante buena parte de la década de 1950 en Catalunya. El abogado y militar Felipe Acedo Colunga, nombrado para ejercer el cargo tras la huelga de tranvías de 1951 con el encargo de renovar el aparato represivo de la dictadura en Barcelona, hizo publicar un decreto en el Boletín Oficial de la Provincia de Barcelona el 6 de octubre de 1952, señalando cual debería ser a partir de entonces la responsabilidad de las autoridades locales ante el fenómeno de la inmigración. En el mencionado decreto instaba a las instituciones de la provincia, en particular los ayuntamientos, a incrementar el control sobre la migración:

¹⁹⁸ “Viene mucha gente”, *Solidaridad Nacional*, op cit.

¹⁹⁹ “Defensa del «murciano»”, *El Ciervo*, Año 1, nº 3. Barcelona 24 de diciembre de 1951, p. 3.

Por los señores Alcaldes, jefe superior de Policía de la provincia, Comandantes del puesto de la Guardia Civil, y comisarías locales existentes, se impedirá en lo sucesivo la entrada y subsiguiente permanencia en los respectivos términos municipales de aquellas personas que por no tener domicilio tuvieren que recurrir a la “vivienda no autorizada” debiéndolos remitir a este Gobierno Civil para su evacuación por el servicio que se encuentra a este efecto establecido.²⁰⁰

El nuevo gobernador civil de Barcelona atendía de esa manera a los reclamos de una política más represiva respecto al fenómeno migratorio. Según señala Martí Marín, la iniciativa a partir de 1952 de Felipe Acedo Colunga de repatriación de los emigrantes sin papeles consistió en extender a toda la provincia un trabajo de control migratorio que venía realizando el Ayuntamiento de Barcelona desde 1949 (Marín, 2008). Otras autoras han señalado que esta política tenía como antecedentes la promulgación de un bando del Ayuntamiento en 1949 y la creación del Servicio de Erradicación del Barraquismo en ese mismo año (Tatjer, 2010: 49). De hecho, se han podido recoger testimonios de inmigrantes andaluces que fueron detenidos y conminados a regresar a sus pueblos en fechas anteriores a la publicación del Decreto de 1952.²⁰¹ Sin embargo, las cifras de beneficencia municipal recogidas en el Anuario Estadístico del primer trimestre de 1950, señalan que de las 1.326 personas detenidas por encontrarse en la vía pública y sin domicilio en aquel período, tan sólo once de ellas que se dedicaban a la mendicidad fueron repatriadas a sus pueblos de procedencia.²⁰²

Esta situación cambió radicalmente a partir de 1952. Según los cálculos de Imma Boj y Jaume Vallès, unas 15.000 personas fueron detenidas y posteriormente deportadas en tren a sus lugares de origen entre 1952 y 1957. Estas cifras están calculadas a partir de la extrapolación de los pocos listados de evacuados hallados en archivos municipales, principalmente el de Barcelona, y de las facturas que emitía periódicamente el Gobierno Civil para pagar el transporte de los evacuados.²⁰³ Sobre estos datos lograron identificar un total de 230 expediciones, comenzando el 30 de abril de

²⁰⁰ *Boletín Oficial de la Provincia de Barcelona*, 6 de octubre de 1952, p. 1.

²⁰¹ Un ejemplo de ello es un testimonio recopilado por Carlota Solé en el transcurso de su investigación sobre la integración sociocultural de los inmigrantes en Catalunya, financiado por el Centro de Investigaciones Sociológicas. Se trata de una entrevista con una mujer de Córdoba que llegó a Catalunya en 1950 y pasaron un tiempo internos en el Palacio de las Misiones sin llegar a ser deportados:

Un día vino un señor del Ayuntamiento diciendo que nos teníamos que marchar al pueblo, y yo le dije que no me marchaba, porque tenía tres hijos y me había venido del pueblo porque allí pasaba hambre y no podía vivir. Nos pagaban el viaje para que nos fuéramos, y nos daban la comida y nos llevaban hasta nuestra casa; y yo dije que allí ya no tenía nada, porque había vendido hasta el colchón. Y yo dije que de allí no me marchaba, a pesar de lo mal que estábamos, que no nos podíamos ni lavar, pero, por lo menos, con el jornal de mi marido, y yo trabajando, íbamos comiendo” (Solé, 1982: 66-65).

²⁰² AHCB. *Anuario Estadístico* Barcelona, 1950.

²⁰³ Por nuestra parte, la visita que realizamos al Archivo Histórico Ferroviario de Madrid no nos permitió encontrar documentación al respecto.

1952 y finalizando el 20 de diciembre de 1957 (Boj & Vallès, 2005).²⁰⁴ El lugar donde estas personas fueron internadas era conocido como el Palacio de las Misiones, un antiguo edificio que había sido construido como uno de los pabellones de la Exposición Universal de 1929. Después de la guerra cumplió funciones de prisión, hasta que en abril de 1944 esta fue clausurada y fue donado por el entonces ministro de Justicia, Eduardo Aunós, al Ayuntamiento de Barcelona.²⁰⁵ Al año siguiente, en enero de 1945, el consistorio barcelonés invirtió una suma considerable para acondicionarlo como albergue de mendigos y a partir de ese momento comenzó progresivamente a convertirse en un centro de detención de inmigrantes.

Dado que el fenómeno del centro de detención de inmigrantes del Palacio de las Misiones es conocido y ha sido divulgado en numerosas ocasiones, nuestra aportación fundamental tratará de analizar cuáles fueron las respuestas llevadas a cabo por las personas inmigradas ante esa política, así como las estrategias que emplearon para sortear los obstáculos y hacer frente a la represión. Una vez analizado el modo en que se referían a los inmigrantes, nos aproximaremos para comprobar de qué manera percibieron la situación ellos mismos. Usaremos para ello los ejemplos que nos proporcionan el análisis de los casos recopilados entre la inmigración granadina a partir de las fuentes orales.

4.1.3 La difícil entrada en Barcelona: redes de solidaridad ante la represión a la inmigración.

El análisis de los testimonios y relatos orales de las personas procedentes de Granada que emigraron a Barcelona en la década de 1950, permite aproximarse al modo en que fue percibido este fenómeno de represión y control de la emigración por parte de las personas a las que iba destinado, así como averiguar que estrategias desarrollaron los trabajadores emigrantes para hacer frente a la represión y burlar estas fronteras interiores. Como podremos comprobar en las siguientes páginas, las dificultades planteadas para las reagrupaciones familiares ocasionadas por estas políticas no tardaron en ser sorteadas, a medida que la gente fue desarrollando estrategias para evitar los controles de acceso a Barcelona y a otras importantes ciudades industriales de su área metropolitana, como Sabadell o Terrassa.

²⁰⁴ Resulta relevante observar que, a pesar de que la prohibición oficial fue publicada en octubre de 1952, el hecho de que existieran expediciones de deportación de inmigrantes desde abril de ese mismo año parece estar en relación con los preparativos del Congreso Eucarístico Internacional que tuvo lugar en mayo de ese mismo año.

²⁰⁵ La devolución del Palacio de las Misiones a la ciudad de Barcelona forma parte de una política más amplia llevada a cabo por el ministro Aunós de clausura de otras prisiones que habían ubicadas en lugares céntricos de las ciudades españolas. Así sucedió también con la madrileña cárcel de Porlier, que fue devuelta a los Escolapios y recuperó su antigua función de colegio en 1944. Mencionado en “Se devuelve al Ayuntamiento de Barcelona el Palacio de las Misiones”, *Diario de Barcelona*, 28 de abril de 1944, p. 11.

La falta de referencias al llegar a Barcelona fue un fenómeno bastante generalizado para el caso de la migración granadina de posguerra, a diferencia de los casos de personas de origen murciano o almeriense que ya han sido señalados y que por lo general contaban con redes de apoyo más antiguas y sólidas. Este elemento de desconocimiento del contexto de llegada contribuyó con frecuencia a que las maniobras de las personas inmigradas carecieran de una planificación previa. Como consecuencia inmediata de ello, fue frecuente que muchas personas sin contactos se encontraran a la deriva en la gran ciudad. Testimonios como el de José García Soria, procedente de Alicún de Ortega y emigrado a Barcelona en 1955, permiten hacerse una idea de hasta qué punto la pobreza y falta de perspectivas que se vivía en Granada empujaba a muchas personas a acudir a Barcelona de una manera impulsiva:

Sin conocer a nadie yo me salí a una aventura. Estuve segando y con lo que me gané me vine aquí. Y llegué aquí y me quedé sin una “gorda”, yo en la Rambla me he pasado noches sentado, estaba sentado en la silla, entonces cobraban me parece que eran tres gordas por estar sentado en una silla... Y bueno, yo no tenía... pasé más hambre que... En fin, luchando, y yo me cogía a lo que había.²⁰⁶

J.M.T.G., oriundo de Jérez del Marquesado, coincide en señalar con las fuentes anteriormente citadas como, en su opinión, la extensión de este tipo de comportamientos y el escándalo que provocaban en la sociedad barcelonesa, fue lo que motivó que se articularan medidas por parte de las autoridades para impedir la inmigración. Su testimonio menciona, sin embargo, que la ausencia de contrato era una realidad común a la inmensa mayoría de los inmigrantes que llegaban por esas fechas a Barcelona:

*Había gente que vivía debajo de lo bancos, maltratados, entonces el Ayuntamiento decidió que los que vinieran sin contrato de trabajo había que mandarlos para allá. Y los que vinieran con contrato de trabajo pues.... ¡Nadie venía con contrato de trabajo!*²⁰⁷

Para el caso de las personas cuyo destino era la ciudad de Barcelona, una de estas estrategias para evitar a las autoridades consistía en bajarse del tren antes de llegar a la estación de Francia, estación término de Barcelona, parada final de los trenes que venían cargados de emigrantes, en su mayoría

²⁰⁶ AHLH. Entrevista a José García Soria. Nacido en Alicún de Ortega-en1927. Realizada el 11 de julio de 1995. Entrevistado por Dolors Romero.

²⁰⁷ Entrevista a J.M.T.G, op cit.

procedentes del sur, y donde se realizaban la mayoría de los controles. El caso que acabamos de citar de J.M.T.G. resulta bastante excepcional. Su conocimiento previo de la ciudad de Barcelona, donde había residido durante su infancia al acabar la guerra civil, le permitió eludir los controles migratorios que, en 1954, año en que llegó tras haber acabado su servicio militar, impedían la llegada de inmigrantes sin contrato de trabajo. Esta experiencia previa le permitió superar el desconcierto en el que se encontraban muchas otras personas recién llegadas:

Yo no me bajé en la estación Termino (Estación de Francia). Me bajé en Gracia. Yo conocía Barcelona y como había gente que los habían devuelto para allá digo: “¡Pues a mí no me cogen!”. Entonces con las mujeres no se metían y venían en el viaje, que veníamos cinco, venían tres mujeres y a una de aquellas mujeres yo le di mi maleta para que sacara la maleta ella y yo salí sin maleta. Yo vi la policía, pero yo sin maleta y sin nada y con una cadenita dándole vueltas al dedo (risas) pues pasé. Al salir arriba ya a la calle Aragón, pues me junté con la otra y ¡hala! Un taxi y cada uno a su casa.²⁰⁸

En cualquier caso, esta no fue la suerte de otros compañeros suyos de viaje ni de la mayoría del colectivo granadino inmigrado en aquellos años, que tuvo que hacer frente a la represión. Uno de los elementos más destacados a la hora de analizar las estrategias activadas para eludir las políticas represivas, es la existencia de redes de solidaridad entre las personas ya instaladas en Barcelona y las que pretendían emigrar a ella, lo que permitió superar el obstáculo de los controles mediante mecanismos de aviso y a cuyo conocimiento nos acercan las fuentes orales. En este sentido podemos citar el caso de M.R.M., que había emigrado con su madre y un hermano en 1949 procedentes de Guadix. En su testimonio recordaba como pocos años más tarde, en plena época de controles migratorios, consiguieron que sus tías llegaran a la ciudad tras haber pasado una vez por la experiencia de la deportación:

A mis tías las trajimos en la época en que las cogieron y las llevaron a Misiones, allí a Montjuïc, y luego las llevaron otra vez al pueblo, a Guadix. Fueron deportadas, entonces la próxima fuimos a buscarlas a un pueblo y entramos de noche andando.²⁰⁹

Los pueblos situados al sur y al oeste de provincia de Barcelona, sobre la línea de ferrocarril, eran espacios donde los controles eran menores y sirvieron como forma de entrada alternativa en Barcelona. J.M.H. llegó en 1953 procedente de Cogollos de Guadix, aprovechando el hecho de que

²⁰⁸ Ídem.

²⁰⁹ Entrevista a M.R.M., op cit.

una tía suya, hermana de su madre, había emigrado con su marido y sus hijos a comienzos de la década de los treinta. En su caso también se benefició de esta ayuda, ya que fueron ellos quienes le protegieron en su llegada, indicándole la forma de escapar de los controles y avalándole ante las autoridades:

Me vine allí en el tren y mi tío y otra prima me estaban esperando allí en el Prat, porque cuando veníamos de los pueblos, estaban esperando el tren que llegara y los que veníamos de los pueblos, los cogían y hacían un viaje en camión y se los traían a Montjuïc y allí los tenían detenidos. Cuando juntaban un viaje de diez o doce, o los que fueran, los montaban en un tren y para el pueblo otra vez, los echaban. (...) Mi tío y mi prima lo sabían y fueron a esperarme cuando llegó el tren. A mí no me podían decir nada porque mi tío decía: "Es que viene a mi casa". Porque ellos no iban a decir que venía a trabajar y me salvé por ese lado.²¹⁰

En el relato de esta persona aparece otro elemento que resulta fundamental para entender una característica de la represión que se ejerció contra los emigrantes que llegaban indocumentados. Se trata de la importancia de la apariencia, de la diferencia notable entre el aspecto de las personas que habitaban la ciudad y aquellas que venían del medio rural, lo cual determinaba sus posibilidades de pasar desapercibido o no y, por tanto, poder eludir la detención, confinamiento y deportación. En este sentido, la llegada a Barcelona en aquellos años pasaba por renunciar también a unas señas de identidad que podían convertir a las personas en objeto de represión. Nuestro entrevistado recordaba la reacción que tuvo su prima cuando vio su aspecto, recién bajado del tren:

Traía yo una bilbaína (boina) y mi prima, apenas me vio, me echó mano así a la bilbaína, la cogió y no sé si la tiró, la escondió o se la llevó, para que así no me vieran que era de pueblo... (Risas).²¹¹

Esta necesidad de aparentar que no se procedía del medio rural, lo que era indicativo de ser inmigrante, nos habla de las profundas diferencias sociales existentes entre los distintos territorios de origen y destino de la emigración en aquellos años, así como de la relativa facilidad con la que un cambio de apariencia podía permitir superar las fronteras interiores.²¹² Nuevamente, el principal

²¹⁰ Entrevista a J.M.H., op cit.

²¹¹ Ídem.

²¹² En sus memorias, José Luís López Bulla menciona las diferencias que un joven inmigrado granadino procedente del medio rural, podía observar en la forma de vestir entre su lugar de origen y las ciudades catalanas y la importancia que esa diferente apariencia tenía para él:

recurso para atravesar esta frontera lo constituían los apoyos que las personas pudieran tener en el lugar de llegada, así como el hecho de que fueran capaces de camuflar su extracción rural y de clase.²¹³ Francisco García Gómez, oriundo de Motril y emigrado en 1954, también recordaba la ayuda determinante que habían supuesto sus familiares ya insertados en la sociedad barcelonesa para superar los controles migratorios. En su caso destaca nuevamente el hecho de estar bajo sospecha debido a su apariencia rural, por lo que un cambio de la ropa que llevaba puesta, prendas de vestir comunes en la Granada rural, se produjo de una manera inmediata al llegar a Barcelona:

No me engancharon porque mis hermanas vivían aquí y ya sabían el sistema: entonces me bajé en la Barceloneta, en el Paseo Marítimo. Allí me bajé del coche que me traía, que no era ni autocar entonces; era uno de esos coches particulares. Ellos estaban allí, ya hasta me cambié de ropa, porque la ropa también decía de donde venías. La ropa no era igual. Me cambié de ropa y me vine con ellos, que venían delante, hasta que cogimos un taxi y me escapé.²¹⁴

Un caso semejante fue el de S.P.R., que también llegó a Barcelona en 1953 procedente de Santafé, importante municipio de la Vega de Granada. A pesar de estar viajando sólo en su primer viaje a Barcelona, tuvo la suerte de ser aconsejado por un emigrante veterano, lo que le permitió evitar los controles policiales, que probablemente hubieran conducido a su detención y posterior deportación. Los mecanismos de solidaridad que se producían entre desconocidos que viajaban juntos, permitieron que pudiera llegar a Cornellà, su lugar de destino:

Me vine con uno que se iba a Francia, pero que conocía esto. Y me bajó en Sitges porque me dijo: “Si vas a Barcelona con la maleta esta y la cara de payés que llevas, en el momento vas a estar en Misiones” (...) Te bajas en Sitges. En Sitges coges otro tren de

En Mataró apenas se veían hombres y mujeres de luto, mientras que en el pueblo mucha gente, especialmente las mujeres, iban de negro, todo lo más de medio luto. Eran negros eternos, por así decirlo. Yo suponía vagamente que el vestir de la gente del campo no era igual que en las tierras industriales, pero no estaba en condiciones de hacer demasiadas disquisiciones sociológicas. Así es que, ya el primer día, tuve que soportarme a mí mismo con una ropa no muy acorde con lo que yo veía a mis alrededores (López Bulla, 1997: 26).

²¹³ Imma Boj y Jaume Vallès reproducen un testimonio anónimo recogido a comienzos de los años 2000 en Pinedes de Gavà en el cual podemos observar con claridad las dificultades que las personas pobres y de procedencia rural tuvieron para lograr sortear los controles de vigilancia y las estrategias utilizadas para enmascarar su identidad. En este caso se trata de un hombre inmigrado que preparó la llegada de su mujer:

Yo ya sabía que estaban en la estación esperando y por eso, cuando mi mujer se vino a Barcelona le envié un vestido caro que yo le compré, y unas revistas. Yo le dije, cuando llegues a la estación, te buscas a un mozo para que te lleve la maleta y te vas por el andén moviéndote como una señora. Ya ves si pasó. No le dijeron ni así (Boj & Vallès, 2005: 41).

²¹⁴ AHLH. Entrevista a Francisco García Gómez. Nacido en Motril en 1920. Realizada el 3 de octubre de 1996. Entrevistadora: Pepa Prieto (acompañada por Jaume Valls).

cercanías y te bajas en Gavà y en Gavà coges un autobús que te llevará, ahí ya lo preguntas, que te llevará a Cornellà. Y en Cornellà preguntas."²¹⁵

Esta ayuda improvisada que encontró fue providencial y contribuyó decisivamente al éxito de su viaje. Ana Lozano Sánchez, nacida en Benalúa de Guadix y emigrada a Pallejà en los años cincuenta recién casada, recordaba en un taller de historia celebrado en esa localidad del Baix Llobregat a finales de la década de 1990 como ella y su marido fueron avisados antes de emprender el viaje:

Salimos de Almería en un tren de estos de madera y echamos pues 2 días, ¡2 días y 2 noches! Y unos pasaban por encima, otros por debajo, con unas maletas amarradas con cuerdas y de madera, para hacerte una idea (...) Yo me casé el día 8 de febrero y el 19 de marzo nos vinimos para Cataluña... Pues no sabíamos nada. No habíamos salido del pueblo ni mi marido ni yo (...) Bueno, sabía que venía a Pallejà porque había un paisano y yo tenía aquí una tía y unas primas que vivían aquí (...) Hubo allí un chico que se vino el día de antes, y el chico ese nos dijo, dice: "Mira, vosotros os montáis en Almería -dice- pero en San Vicente de Calders hacéis transbordo, ¡porque como os metáis en Barcelona os meten en el cuartelillo y no salís!" Pues nosotros...Y no traíamos ni documentación."²¹⁶

Estas dificultades afectaron también a las personas cuyo objetivo no era instalarse directamente en la ciudad de Barcelona, si no en otras localidades de la provincia que también constituyeron un lugar de atracción para la mano de obra inmigrante. Ese es el caso de J.S.G., quien viajó con destino a Bagá, localidad minera al norte de la provincia de Barcelona, en 1954. Iba acompañada por sus hijas para reunirse con su marido, que había emigrado un tiempo antes a trabajar en las minas de la comarca de Berga, en el curso alto del río Llobregat. Las personas con quienes venía estaban avisadas de que debían emplear otra ruta para llegar hasta Manresa, la estación más cercana a Bagá, donde el marido de J.S.G. bajó a buscarlas, llevando consigo unos avales para poder superar unos posibles controles:

Fuimos hasta Manresa en el tren y en Manresa él (su marido) tenía un primo que tenía los avales. Tenías que tener un aval para pasar, porque nos tuvimos que venir por Lérida, porque si no nos cogían y nos metían en Montjuïc (...) (Cuando llegamos) Nosotras nos estuvimos ahí y otros dos zagales jóvenes que venían, de ahí del pueblo, nos estuvimos

²¹⁵ Entrevista a S.P.R., op cit.

²¹⁶ AHCB. Fondo de Taller de Historia de Pallejà. Entrevista a Ana Lozano Sánchez. Sesión 16ª del 03/12/1996, 15.

*(esperando) ahí para que mi marido fuera donde su primo y bajara a traernos los avales, un aval de esos, por si nos cogían en Berga para poder pasar.*²¹⁷

Las continuas referencias a Montjuïc y al Palacio de la Misiones que podemos encontrar en prácticamente todos los testimonios recopilados y consultados, permiten comprender la magnitud de unas políticas represivas que marcaron profundamente a la generación de inmigrantes llegados a Barcelona en las décadas de posguerra. Referida por lo general en tercera persona, la historia de la represión a la inmigración en Barcelona durante la década de 1950 es percibida por las personas que la sufrieron como la historia de un fracaso personal, al que hubo que sobreponerse para poder culminar con éxito la primera parte del proyecto migratorio.

4.1.4 Experiencias de encierro y deportación de inmigrantes en la Barcelona de la década de 1950.

En la tarde del viernes 2 de abril de 1954 fondeaba en el puerto de Barcelona el buque griego *Semíramis*, procedente del puerto ruso de Odessa. A bordo del mismo se encontraban 286 repatriados que regresaban a España y entre ellos 229 ex-combatientes de la División Azul, liberados gracias a las gestiones realizadas por la Cruz Roja francesa. Supervivientes después de más de una década de reclusión en los campos de prisioneros de la Unión Soviética, la mayoría de ellos se había enrolado en 1941 para combatir junto a las tropas de Hitler a las órdenes del general falangista Agustín Muñoz Grandes. El recibimiento que les propiciaron las autoridades franquistas fue clamoroso. El periodista Enrique Rubio relataba así su llegada: “El ronco ulular de las sirenas, el flamear de miles de pañuelos y los himnos patrióticos, anunciaron a las cinco y media de la tarde que el *Semíramis* estaba cruzando la bocana del puerto” (Rubio, 1956: 153). No lejos de allí, en la estación de Francia, un recibimiento muy diferente aguardaba a los cientos de inmigrantes que por esas mismas fechas llegaban cada día a la ciudad de Barcelona.

Entrar a Barcelona en ferrocarril con apariencia de migrante en aquellos años, sin referencias y sin contar con apoyo de personas ya experimentadas en los primeros momentos, implicaba unos riesgos considerables, dado que muchos de estos controles no se ubicaban únicamente en las estaciones de tren, si no que eran comunes en otros lugares.²¹⁸No obstante, la estación de Francia fue el lugar

²¹⁷ Entrevista a J.S.G., op cit.

²¹⁸ Existen testimonios que mencionan como hubo caso de detenciones que se produjeron fuera de las estaciones y que a veces tenía dramáticas consecuencias. Ese es el caso que recordaba Arturo Domínguez, cuya familia procedía de Calasparra, Murcia:

donde mayor número de personas fueron detenidas. El conocimiento de la situación por parte de los inmigrantes que llegaron con anterioridad a la época de implementación de los controles migratorios, 1952-1957, fue, como hemos podido comprobar, una pieza clave para conseguir sortear los controles. El riesgo que suponía prescindir de esta información y no estar alerta del peligro era muy alto, tal y como relata el caso de un familiar de S.P.R., que decidió emprender el viaje a Barcelona sin avisar y fue detenido y deportado:

*Se vino mi cuñado, no nos dijo nada, y lo cogieron, una vez que llega a la estación de Francia, que era al final, lo cogieron (...) Ni te preguntaban nada, ni donde ibas “¡Tu venga!” y... ¡Quién le decía nada a la policía! Lo cogían se lo llevaban a Montjuïc. Y a Montjuïc estaría por lo menos una semana porque nosotros recibimos una carta de él. Entonces no había teléfonos ni nada de eso. Y yo lo vi en Montjuïc desde donde está el estadio, que está más alto y había un patio grande. Y ya cuando tuvieron gente suficiente para mandarlos ponían una pareja de guardias civiles y los volvían a Granada (...) Cuando llegaron a Albacete, hizo amistad con los civiles y le dijeron “Bájate a buscar agua y no vuelvas, ya te apañaras para volver” y no llegó a Granada, pero de Albacete para acá se tuvo que volver otra vez.*²¹⁹

Esta experiencia fue común a muchas personas, aunque en las pocas investigaciones que se han llevado a cabo sobre esta cuestión, apenas se han recogido testimonios que expliquen en primera persona lo que supuso la experiencia de ser detenido y deportado en aquellos años de políticas represivas hacia la emigración. Sin embargo, el investigador Francisco García Duarte pudo registrar en 2005 una entrevista a un matrimonio de personas procedentes de Baza e instaladas en la localidad barcelonesa de Callús desde mediados de la década de 1950, quienes relataron su experiencia a raíz de la detención y posterior deportación que sufrió la mujer.²²⁰ El testimonio del matrimonio formado por Juan de Dios Álvarez Espín y Quiteria Ruiz Martínez acerca de la detención de ella, constituye un documento de enorme valor, pues recrea minuciosamente un

Mis abuelos fueron detenidos en plena calle y los mandaron a Montjuïc, a Misiones, y como mis padres en ese momento tenían un contrato de alquiler pudieron ir a sacarlos de ese lugar. Pero allí los habían duchado con agua fría y, como consecuencia de las duchas de agua fría, Celestino falleció víctima de una pulmonía y pocas semanas después moría de la misma enfermedad su mujer, Esmeralda, a los 68 años de edad (Camino et al, 2011: 91).

²¹⁹ Entrevista a S.P.R., op cit.

²²⁰ Entrevista a Juan de Dios Álvarez Espín y Quiteria Ruiz Martínez, emigrados a Callús en 1955. Realizada en 2005 por Francisco García Duarte. Algunos fragmentos de la misma fueron reproducidos en su libro *El ideal de Blas Infante en Cataluña. Propuestas para una historia del andalucismo en la emigración* (2007). Agradecemos a Francisco Ruiz Duarte que nos permitiera el acceso a la entrevista que grabó a este matrimonio, así como el permiso que nos ha concedido para que podamos reproducirla.

episodio de sus biografías que con frecuencia es pasado por alto en otras entrevistas, ya sea porque no lo vivieron directamente o porque no han querido dejar constancia de ello. Sus palabras permiten reconstruir, desde su particularidad, una experiencia que sin duda fue común a muchas otras personas y aportan datos de enorme valor para conocer las estrategias, avatares y sentimientos de las personas que sufrieron esta política represiva.

El relato de Quiteria evocaba ante el micrófono de Francisco García Duarte las circunstancias en las cuales emprendió su viaje en 1955, para reunirse con su marido, Juan de Dios, quien llevaba meses viviendo en la localidad de Callús y trabajaba en un aserradero. Juan de Dios había llegado allí atraído por su hermano, en un momento en el que todavía no se habían instaurado los controles a la inmigración en Barcelona y se encontraba indocumentado, ya que no contaba con contrato de trabajo ni vivienda propia. El cuñado de Quiteria tenía un piso en alquiler y un contrato de trabajo, que era lo que se exigía a las personas inmigradas en aquel tiempo para poder sortear los controles. Juan de Dios, en cambio, no podía ir a recoger a su mujer por temor a ser detenido él también. Quiteria recordaba así como emprendió el camino de la emigración:

Lo vendí todo, hice los paquetes y yo me vine con unas señoras que venían del mismo pueblo, de Baza. Ellas tenían sus hijos en Barcelona y yo venía aquí, a Callús, que vivía aquí mi cuñado. Con mi marido quedamos en que no salía él a la estación, que salía un cuñado mío para que no me cogieran y que no le cogieran a él (...) Él me explicaba que llegáramos aquí en domingo, que diera la casualidad que llegara el tren en domingo, entonces es que no había vigilancia (...) Y claro, cuando llegamos a Barcelona, pues no estaba. Estaba la familia de aquellas mujeres que venían conmigo y las señoras se fueron con sus hijos. Y a mí me fue a buscar mi cuñado.²²¹

Algunas de las estrategias para burlar los controles policiales consistían, además de evitar la llegada a la estación de Francia en días laborables, en tratar de hacerlo pasadas las diez de la noche, pero, como confesaba Quiteria, para una persona que nunca había salido de su pueblo y viajaba prácticamente sola hacía lo desconocido, aquellas estrategias eran inviables. Su memoria recordaba una estación de Francia repleta de policías de uniforme que controlaban a las personas que llegaban. En estas circunstancias destaca, nuevamente, la importancia que la apariencia tuvo para pasar más o menos desapercibida ante la mirada de los agentes de policía que vigilaban la estación.

²²¹ Entrevista a Quiteria Ruíz Martínez, op cit.

Acompañada por su cuñado, que se hacía pasar por su marido, trató de cruzar los controles policiales, pero su esfuerzo fue inútil:

Yo venía muy cateta. ¡Tengo mejor pinta ahora que aquel día! Hace de eso ya, por lo menos cincuenta años (...) (Los policías) me hicieron así con la mano (una señal) y me tuve que dirigir detrás de ellos y entonces mi cuñado también. Y dicen: “¿El libro familiar?” Y les enseñé el libro familiar. Son muy parecidos los hermanos, pero vieron que aquel no era mi marido. Y le dijeron a mi cuñado: “Márchese usted, que a ella nos la quedamos.” Entonces yo me quedé en Barcelona con los policías, pasé la tarde con ellos en la comisaría y cuando juntaron los que ellos iban cogiendo, nos montaron en una camioneta (...) Unos éramos de Baza, de Granada, otros de Sevilla, otros de otros sitios, de Málaga...²²²

Quiteria rememoraba como fueron conducidos a Montjuïc, al Palacio de las Misiones, según su memoria “una nave muy grande, como un hospital grande”, donde les dieron cama y comida y donde había una funcionaria al cargo de la sección de mujeres y unos guardias custodiando las puertas del edificio. Fue entonces cuando ella tomó conciencia de la gravedad de la situación en la que se encontraba y sus ánimos se derrumbaron:

Yo traía un mantón, de aquellos que se llaman chal, del pueblo y me lo eché a la cabeza y (empecé a) llorar y llorar. He sido una persona de muy poco ánimo y allí lo perdí todo también. Me encuentro con mi marido por un lado, la casa desbaratada, la niña que teníamos que se había muerto y yo allí presa, pues imagínese.²²³

Por su parte Juan de Dios tuvo que hacer frente en esos momentos al hecho de que su mujer se encontraba detenida y que sobre ella pesaba una orden de expulsión. Su testimonio permite reconstruir esa otra parte de la historia, la que nos muestra la perspectiva de aquellos familiares de las personas detenidas que se encontraban ante la impotencia de no poder brindarles apoyo, debido a su situación de indocumentados:

Yo me quedé en la estación de Manresa, porque ya lo temía yo eso... si me pillan a mí. Yo no tenía contrato. Trabajaba en la serradora de Callús y estaba eventual. Fue mi hermano a buscarla y yo me quedé en la estación de Manresa esperando a que viniera. Total, que

²²² Ídem.

²²³ Ídem.

cuando vino el tren lo veo que se baja mi hermano con la maleta en la mano y le digo: “Ya la han pillado, ¿verdad?”.

“Vaya, ya la han pillado”.

“¿Y ahora qué?”.

Dijo: “No hay contrato de trabajo, ni contrato de piso y la devuelven para tu pueblo”.

“¿Y cuándo?”.

“Ah, eso no lo sé”.

Con que al otro día pillé yo por la mañana temprano y me fui a Barcelona, yo sin saber de Barcelona nada.²²⁴

Antes de viajar a Barcelona, comenzó para Juan de Dios una serie de diligencias destinadas a conseguir la documentación necesaria para liberar a su mujer. Su caso nos remite a las dificultades que experimentaron las personas que llevaban un tiempo viviendo y trabajando en Catalunya para regularizar su situación, ya fuera mediante un contrato de vivienda o de trabajo. También es una muestra de los abusos a los que fueron sometidos y al grado de indefensión que padecieron aquellos inmigrantes que pretendían solucionar su situación, en un contexto de emergencia como el que vivió Juan de Dios:

Donde vivía mi hermano fuimos al dueño del piso y le contamos el caso y mi hermano le pidió que por favor nos hiciera el contrato, aunque fuera falso. (Dijo) “Es que no puedo hacerlo eso” pero, en fin, nos lo hizo, pero no iba firmado por la Fiscalía de Viviendas. Total, que me lo hizo, yo sabía que no era legal aquello. (...) Me fui con el contrato al amo de la serradora y le conté también lo mismo. Que necesitaba un contrato de trabajo, aunque fuera como fuera que me hiciera un contrato de trabajo. Y me acuerdo que vinimos a Manresa a un abogado y nos hizo un contrato. No se me olvida, me costó mil pesetas. (...) Era un contrato ilegal. Él puso un sello, pero no firmó. (...) Era lo que yo había ahorrado mientras ella estuvo en Granada. Entonces con esos papeles marché a Barcelona, sin saber dónde iba, yo preguntando, preguntando. Me presenté en Montjuïc y me salió un señor. Digo “Mire usted, ayer agarraron a mi mujer aquí y quisiera llevármela. Yo traigo estos papeles”. Los miró y me dijo “Señor, esto no vale para nada, así que ya puede usted marcharse que ella se queda aquí” Y digo “¿No se puede sacar, ni con dinero ni nada?” “Nada”.²²⁵

²²⁴ Entrevista a Juan de Dios Álvarez Espin, op cit.

²²⁵ Ídem.

Quiteria estuvo tres días internada en el Palacio de las Misiones. Durante ese tiempo, Juan de Dios se asomaba por una tapia trasera para verla y pudo ir a hacerle una visita, ya que existía esa posibilidad para los familiares de las personas allí encerradas. Finalmente supo la fecha de la expedición de retorno en la cual estaba incluida. Éstas solían tener lugar cuando se acumulaba un número determinado de personas que habían sido detenidas por llegar indocumentadas a Barcelona. Eso les permitió planificar su huida:

*Yo estaba allí detenida, presa, y no sabía lo que iban a hacer. A los tres días me prepararon el bocadillo y me dijeron: “Tal día salimos, a tal hora”. Y eso lo comuniqué yo con él en la hora de visita y en el mismo tren nos montamos los dos.*²²⁶

La detenida viajaba en un vagón especial custodiada por dos policías en cada puerta, mientras que Juan de Dios había comprado un billete para poder estar cerca de ella. En la localidad albaceteña de Chinchilla finalizaba el trabajo de custodia de los inmigrantes deportados y, como estaba estipulado, los guardias les proporcionaron billetes para que siguieran su camino hasta su destino. Ese fue el momento que Juan de Dios y Quiteria aprovecharon para reunirse y huir:

*Nos cogimos de la mano y entonces nos escapamos por ahí corriendo. ¡Ni la noche de bodas (estuve) tan ilusionada como aquella noche! Acostaicos y agotados vivos. Pero me cogió de la mano y buscamos una fonda y pedimos un poco de cena en Chinchilla y cenamos y nos acostamos. (...) A la otra mañana nos levantamos y entramos por la provincia de Lérida hasta Manresa y aquí no nos dijeron nada.*²²⁷

El recorrido alternativo que hizo el matrimonio para regresar a Catalunya, cambiando de tren en Tarragona y usando otra ruta, así como el resto de estrategias que hemos podido documentar, muestran de manera evidente la impotencia de las autoridades franquistas encontraron para desarrollar una política de control migratorio interno. En aquel contexto las rutas más seguras comenzaban a ser conocidas y practicadas por aquellas personas que aspiraban a instalarse en la ciudad y la provincia de Barcelona. Según un estudio sobre el impacto de las mencionadas políticas llevadas a cabo por el gobernador Acedo Colunga, en municipios periféricos como Badalona o Santa Coloma, donde no se practicaron estas políticas represivas, fueron instalándose mayor número de recién llegados (Boj & Vallès, 2005). De ese modo, el análisis de los trayectos recorridos y de las dificultades para poder emigrar, permitiría dibujar un panorama de distribución de la

²²⁶ Entrevista a Quiteria Ruíz Martínez, op cit.

²²⁷ Ídem.

población emigrante en Catalunya en la década de 1950, basado en el efecto que estas políticas represivas tuvieron a la hora de influir en las decisiones de las personas emigrantes para asentarse.²²⁸

4.2 Efectos de las políticas represivas en las pautas de registro de la población inmigrada.

Los años de mayor represión hacía las migraciones interiores no se tradujeron en una reducción drástica del número de inmigrantes en Barcelona. De hecho, a la luz de los datos, podría pensarse que en un primer momento la corriente migratoria fue en aumento. Alfredo Floristán y Joaquín Bosque mencionaban en su conocido artículo que, según el padrón municipal de 1945, los granadinos residentes en la ciudad de Barcelona eran 8.920, un 53% más que en 1940. Para el año 1954, pidieron el alta en el padrón 2.587 personas, un 28% de los granadinos que vivían en Barcelona en 1945 (Floristán & Bosque, 1957: 381). Este incremento en el número de inmigrantes documentados pudo responder a la necesidad de regularizar su situación que tuvieron muchos inmigrantes ya instalados desde hace años en Barcelona, en el contexto de un mayor control policial sobre las personas que no habían regularizado su situación. Como resultado de estas políticas, la necesidad de poseer un certificado de residencia a través de la inscripción en los padrones de los puntos de destino, condición necesaria para alquilar una casa, matricular a los hijos en la escuela o solicitar un teléfono, parece haber sido más rigurosa en Barcelona que en ninguna otra parte del Estado (Puyol, 1975: 163).

Como efecto de estas políticas de control migratorio, está el hecho de que a partir de 1953 se puede contar con datos más fiables en los resúmenes estadísticos municipales. De ese modo, el fenómeno del subregistro habría podido corregirse antes en el caso de Barcelona de lo que lo hizo en otras grandes ciudades. Como había observado Miguel Siguán para el caso del subregistro en el Madrid de los años 1956 y 1957, una situación semejante se habría producido en los primeros años de las corrientes migratorias de posguerra a Barcelona:

²²⁸ Una de las personas entrevistadas para este trabajo hacía referencia a la influencia de la represión en las pautas de asentamiento de la inmigración:

Mucha gente de la que se ha quedado por la costa y tal, que tú te vas por ejemplo a Arenys de Mar y a pueblecitos de aquí que eran muy catalanes y te encuentras colonias de grupos de gente andaluces, pero andaluces andaluces, y dices, “pero bueno, en esta tierra catalana esto...” y era por eso, porque la gente se iba quedando por el camino y ya no llegaban a la Estación de Francia por miedo a que los detuvieran. Entrevista a C.M.R., op cit.

Hay que contar además con la existencia de una migración no controlada y que retrasa su empadronamiento, y que puede alcanzar, para el periodo considerado, cifras elevadas (quizá un 40 por ciento más). Esta deformación de las cifras afecta, sobre todo, a las provincias con emigrantes de bajo nivel social (Siguán, 1959:40).

Martí Marín analiza para el caso de Sabadell algunos de los motivos que pudieron llevar a las personas migrantes en la posguerra a no registrarse legalmente. Por un lado, la precariedad de las condiciones de vivienda en un periodo en el que, como veremos en los siguientes epígrafes, existía una amplia variedad de situaciones en las que las personas no podían registrarse legalmente. Cuevas y barracas no aparecían en el censo oficial de 1950 y abundaba la figura de los *falsos transeúntes*, que bien podían ser familiares recién llegados acogidos durante un periodo más o menos largo, personas realquiladas en habitaciones sobrantes o casos como el de las familias instaladas en cobertizos, dentro de los patios de las casas. En cualquier caso, el subregistro no fue motivado solamente por la precariedad de las condiciones de vivienda, ya que no verse expuesto a la expulsión era otro buen motivo para no intentar registrarse (Marín, 2008).

La mejora de los datos estadísticos a partir de 1953, permite calibrar con mayor precisión el peso de la inmigración granadina en Barcelona durante la última parte del periodo estudiado. En la tabla siguiente hemos incluido los años en los que estuvo en activo la política de control migratorio, para poder comprobar en qué medida estas políticas llegaron a poner freno a la inmigración en la ciudad de Barcelona. Del mismo modo hemos querido incorporar el año 1958 para que se pueda comparar con un año en el cual se volvió a permitir la libre migración a Barcelona:

Tabla 2: Andaluces inmigrados en Barcelona por provincias (cifras absolutas).

	1953	1954	1955	1956	1957	1958
<i>Almería</i>	148	1.167	1.075	644	615	632
<i>Cádiz</i>	92	300	299	229	267	344
<i>Córdoba</i>	268	1.693	1529	1.003	1.279	1.354
<i>Granada</i>	321	2.587	2.437	1.191	1.614	1.543
<i>Huelva</i>	34	215	154	145	166	214
<i>Jaén</i>	344	2.773	2.028	1.191	1.436	1.729
<i>Málaga</i>	212	1.429	1.468	835	1.049	1.543
<i>Sevilla</i>	159	745	923	739	928	1.174
<i>Total Andalucía</i>	1.578	10.909	9.913	5.977	7.354	8.533

* Fuente: Castro, E. (1967): Aspectos sociológicos de la inmigración granadina en Barcelona, Tesis doctoral, Universitat de Barcelona.

Como vemos, las oscilaciones que se produjeron, en concreto la reducción a partir de 1954, plantean la incógnita de si eso se debió a un descenso real de la inmigración o a una disminución de la capacidad legal para inscribirse, en línea con lo observado por Miguel Siguán para el caso de Madrid. También existe la posibilidad de que ese descenso se debiera a una instalación más acusada de la inmigración en los municipios próximos a Barcelona, cuyas políticas eran menos represivas. En la siguiente tabla mostramos como a partir de 1953 es posible conocer con más precisión cuales fueron las provincias que aportaron una mayor cantidad de población a la ciudad de Barcelona, durante la última parte del periodo investigado. Como vemos, Granada y Jaén son las únicas provincias que están presentes a lo largo de todos los años:

Tabla 3: Provincias que aportaron una mayor cantidad de inmigrantes a la ciudad de Barcelona, exceptuando la provincia de Barcelona (1953 -1961).

	1953	1954	1955	1956	1957	1958	1959	1960	1961
1º	Jaén	Jaén	Granada	Granada	Granada	Jaén	Jaén	Granada	Granada
2º	Murcia	Granada	Jaén	Jaén	Jaén	Granada	Granada	Sevilla	Sevilla
3º	Tarragona	Córdoba	Murcia	Tarragona	Córdoba	Málaga	Sevilla	Jaén	Jaén
4º	Granada	Murcia	Córdoba	Córdoba	Tarragona	Córdoba	Córdoba	Córdoba	Córdoba

* Fuente: Martínez-Mari, J.M. (1966): “La inmigración en el área de Barcelona” en *Estudios Geográficos*, 27, p -551

En definitiva, los datos muestran la particularidad de una situación en la cual se trataba, por una parte, de ejercer un control sobre la movilidad de la población, que continuamente era burlado por la persistencia de unas personas decididas a instalarse en Barcelona y por la porosidad que provocaba el hecho de tratarse de migraciones interiores, en las cuales no mediaba ningún tipo de frontera entre los territorios del interior del Estado español. Por otra parte, muestra hasta qué punto las autoridades fueron conscientes de que era imposible detener esa incesante marea humana, formada por personas que no querían seguir residiendo en sus lugares de origen y que estaban decididas a emprender el camino de la emigración. La estrategia represiva que se llevó a cabo con el objetivo de desanimar a las personas a emigrar, encareció los costes del proceso migratorio, pero no consiguió acabar con el *efecto llamada*.

Las fuentes orales utilizadas en este trabajo permiten abordar una cuestión que creemos no ha sido trabajada suficientemente al analizar los procesos migratorios internos de posguerra. Nos referimos a los costes que tuvo la experiencia para los protagonistas de las migraciones interiores, así como la manera en que estos costes fueron percibidos e interiorizados, condicionando su inserción en la sociedad de acogida. Los costes humanos de la represión fueron asumidos por los propios inmigrados y sus familiares, los principales perjudicados por estas políticas, pero en ningún caso lograron detener significativamente el volumen de inmigración, aunque pudieron influir en modificar las pautas de distribución geográfica de la misma. Profundizar sobre estos aspectos, permite señalar rasgos que identificarán al colectivo inmigrante una vez instalado definitivamente en Barcelona y su área metropolitana y determinarán sus trayectorias posteriores en modos diversos. La aproximación a la experiencia concreta de los emigrantes granadinos, ofrece claves que ayudan a comprender mejor cuales fueron las estrategias de adaptación de estos nuevos miembros de la clase obrera catalana de mediados del siglo XX. Las aportaciones que pretende realizar este trabajo son extrapolables a aquellas experiencias vividas por el colectivo de inmigrantes andaluces y procedentes de otras partes del Estado, instalados en Barcelona y sus localidades cercanas durante las primeras décadas del franquismo.

Entre las experiencias comunes que emergen de los relatos orales debemos destacar, nuevamente, el conocido peso e importancia de las redes de apoyo en el proceso migratorio. En un contexto de gran dificultad, fueron las redes de apoyo ya establecidas en el territorio durante la década de 1940 y comienzos de 1950, las que permitieron resolver las dificultades en el tránsito y la instalación de los recién llegados. La figura de los inmigrantes pioneros, paisanos y/o familiares ya instalados y conocedores de las dinámicas del lugar de destino, adquirió una fuerza y una importancia determinante. Esto contribuyó a fortalecer los lazos internos de la comunidad migrada y a que ésta

se concibiera como un colectivo señalado y diferenciado, susceptible de ser expulsado. Por otra parte, es relevante observar como el contexto represivo planteó a muchas personas inmigradas la necesidad de ocultar su procedencia rural, como condición para evitar el rechazo de las autoridades barcelonesas. Las dificultades impuestas a su llegada a Barcelona, plantearon desde el primer momento en las personas inmigrantes la obligación de tener que despojarse de una identidad campesina, como forma de evitar la represión y ser sospechosas de estar en situación irregular. Una renuncia a unos rasgos de identidad que vendría a sumarse a una maniobra más amplia, acelerando los procesos de adaptación a un contexto nuevo desde el primer instante en que llegaron a la ciudad y que tendrá su prolongación en las dinámicas de inserción en el mercado laboral barcelonés y en el peso que tendrían las expectativas de movilidad social personal y familiar, como veremos en el siguiente capítulo. La sensación de ilegalidad, también tuvo en muchos casos una prolongación en el ámbito de la vivienda, aspecto que abordaremos a continuación y fue percibida como un estigma por parte de las generaciones migradas a Barcelona en la posguerra, incidiendo en sus pautas de comportamiento.²²⁹

Del mismo modo, debemos señalar la importancia que tendría la reaparición en Barcelona de actitudes contrarias a la inmigración, en clara continuidad con los miedos surgidos durante la etapa republicana, época de grandes convulsiones políticas y en la cual se acuñó el estigma del inmigrante “murciano” para referirse a toda aquella inmigración de procedencia meridional llegada a Barcelona sin contrato de trabajo ni vivienda fija. No en vano, a pesar de que la inmigración masiva era un fenómeno que venía experimentando Barcelona al menos desde 1947, no sería hasta 1952, con el antecedente inmediato de los incidentes provocados por el boicot a los tranvías y la posterior huelga general de 1951, cuando estos controles sobre la población se hicieron más efectivos a raíz de la llegada del nuevo gobernador civil Felipe Acedo Colunga. Las protestas que se produjeron entre el 3 y el 12 de marzo de 1951, comenzaron como una reacción por la subida del precio del transporte público y acabaron desembocando en una huelga general. Constituyeron un hito en la expresión del malestar social contra la dictadura. Aunque en el siguiente capítulo volveremos sobre este acontecimiento, queremos destacar aquí que estas movilizaciones fueron, ante todo, una respuesta a la dificultad de acceso a la ciudad de los sectores populares.

Los estudios más conocidos sobre este acontecimiento no han abordado una caracterización detallada de los sectores sociales que más activamente participaron en las protestas de marzo de

²²⁹ Según Clara Parramón: “La integració social i l’adaptació cultural comporten la selecció d’aquells components dels bagatges d’origen que són operatius en la nova societat, l’abandó d’altres i, per descomptat, l’assumpció de noves pautes i pràctiques” (Parramón, 2015: 53).

1951, limitándose a caracterizarla como una movilización del “pueblo de Barcelona” (Fanés, 1977). Sin embargo, resultaría relevante llegar a comprender qué papel desempeñaron las personas inmigradas en las protestas o al menos de qué manera se vinculó su presencia creciente con un aumento de la conflictividad social en la ciudad, hasta el punto de ser un factor que contribuyó al despliegue de las políticas destinadas a controlar a las personas que llegaban a residir a Barcelona.

La dictadura y un nuevo contexto de intensa inmigración a la ciudad de Barcelona, permitieron llevar a cabo la primera experiencia de control masivo, encierro y deportación de aquella población con menos recursos, que llegaba a la ciudad sin contactos ni referencias. Afirmamos pues, que la posibilidad de documentar con exactitud quienes eran las personas que estaban llegando a Barcelona, sin duda animó la estrategia seguida por las autoridades franquistas locales y provocó un mayor disciplinamiento de la población inmigrada, como queda comprobado al constatar una mayor tendencia al registro por parte de los inmigrantes a partir de 1953. Por último, la evidencia de que se promovieron contundentes políticas locales encaminadas a frenar la inmigración, a partir de fechas tan tempranas como 1952, permite refutar aquellas afirmaciones, bastante popularizadas, que afirman que la emigración durante el franquismo fue promovida para descatalanizar a Catalunya.²³⁰ Pasemos a continuación a comprobar cómo se produjo la inserción de los inmigrantes granadinos dentro de la trama urbana de Barcelona y sus localidades cercanas.

4.3 Formas de acceso a la vivienda de los emigrados a Barcelona durante las décadas de 1940 y 1950.

Llegaban en trenes abarrotados a los andenes de la estación de Francia (...) Como siempre la ciudad no tenía capacidad para absorber este aluvión. Los inmigrantes se alojaban en chamizos, por falta de casa. A estos chamizos se les llamó “barracas”. Los barrios de barracas brotaban de la noche a la mañana en las afueras de la ciudad, en las laderas de Montjuïc, en la ribera del Besòs, barrios infames llamados “La Mina”, el “Campo de la Bota” y “Pekín”. Lo inquietante de este fenómeno, lo peor del barraquismo, era su carácter de permanencia: de sobra se veía la voluntad de permanencia de los barraquistas, su sedentariedad.

Eduardo Mendoza, *La ciudad de los prodigios*.

²³⁰ Unas polémicas declaraciones de la actriz Montserrat Carulla en la gala de entrega de los premios Gaudí de 2013, posteriormente matizadas por ella misma, permitieron visibilizar el arraigo del falso mito existente en Catalunya, según el cual “Franco llenó los trenes para descatalanizar Catalunya”. Esta opinión es mantenida por muchas personas, independientemente de su posición catalanista o no.

La vivienda constituye un factor fundamental para comprender como se produjo el proceso de inserción de los inmigrantes en la trama urbana de la ciudad de Barcelona y las localidades de su entorno más cercano. Las condiciones en las que se llevó a cabo la instalación de esta oleada migratoria, determinaron durante años los itinerarios personales y las trayectorias laborales de las personas inmigradas, dando lugar a la configuración de nuevas periferias urbanas en la ciudad de Barcelona y en sus localidades más cercanas.

El estudio de la vivienda obrera en la historia de Barcelona cuenta con una abundante bibliografía para los periodos anteriores a la década de 1940. Son estos trabajos los que han permitido conocer la situación en la que se encontraba el mercado de la vivienda en las décadas centrales del siglo XX. De ese modo sabemos que en las primeras décadas de posguerra se reprodujo una situación, que se venía arrastrando desde el periodo de entreguerras. La dificultad de encontrar viviendas a precios asequibles para las familias obreras de rentas más bajas, una situación que afectaba de manera especial a los recién llegados, fue una característica clave de la Barcelona anterior a la guerra civil. Durante los años de la I Guerra Mundial, época de expansión económica en la ciudad, no se construyó vivienda a medida de las necesidades generadas por el incremento de la población obrera en Barcelona y, en cambio, se optó por subdividir las viviendas ya existentes. Durante las dos décadas siguientes, el modelo de construcción adoptado en la ciudad hizo que la oferta no se ajustara a la demanda, dado que se construyó principalmente un modelo de casa destinada a las capas más acomodadas de la clase obrera, dejando mal cubiertas las franjas bajas del alquiler popular, numéricamente más importantes. Este proceso tuvo lugar fundamentalmente en los bordes del Eixample y en suburbios populares, como fue el caso de Sants (Oyón, 2008).

La llegada masiva de inmigrantes durante las décadas de entreguerras, produjo como resultado una densificación del centro histórico, que, en algunos de sus barrios como la Barceloneta, Santa Mónica o Sant Pere y Santa Caterina llegó a alcanzar unas elevadas cotas de más de mil habitantes por hectárea. Esto provocó un intenso fenómeno de construcción suburbana, que acabó por engullir los antiguos municipios independientes próximos a la capital, como Gracia, Sants, Sant Martí de Provençals o Sant Andreu del Palomar, transformando definitivamente la fisonomía de la ciudad. Esa corona periférica tenía en 1930 una población que rondaba los 400.000 habitantes, englobando cerca del 40% de la población del municipio. Era la sede de la mayor parte de las fábricas y talleres de la ciudad y el lugar de residencia del grueso de los obreros barceloneses. Durante este período, iniciativas como el Patronato de la Vivienda o el Fomento de la Vivienda Popular, trataron de paliar la escasez de viviendas asequibles mediante la creación de cuatro grupos de Casas Baratas bajo la dictadura de Primo de Rivera. El objetivo de estas promociones era alojar en ellas a los trabajadores

que se desplazaron a Barcelona a trabajar en las obras de la Exposición Universal de 1929 y en las primeras obras de las líneas de ferrocarriles metropolitanos, muchos de ellos instalados en enclaves barraquistas en la montaña de Montjuïc. Sin embargo, la incidencia de estos proyectos de vivienda social fue mínima ante la magnitud de la demanda, lo cual explica las dimensiones que por esas fechas llegaron a alcanzar los barrios de barracas en lugares como el ya mencionado Montjuïc, o las playas del Somorrostro, el Gasometro, Collblanc y la Maternitat, el Carmel y Guinardó.

Para muchas familias que llegaron a la ciudad en la precariedad más absoluta durante el primer tercio del siglo XX, la construcción de barracas fue, por tanto, una solución inmediata, flexible y económicamente asequible. En muchos casos, este tipo de alojamiento permitía conseguir un espacio adaptado a las necesidades de cada momento, con más luz, ventilación y mejores condiciones que las habituales situaciones de hacinamiento en los pisos degradados de las periferias urbanas, a pesar de que a menudo las barracas no contaran con agua o electricidad y tuvieran unas condiciones sanitarias muy deficientes (Ferrer, 2010). La tipología de la infravivienda en la Barcelona de esos años era amplia y acogía a un número de habitantes incluso superior que el de las barracas. En barrios como la Barceloneta o el Raval, la mayoría de emigrantes solía ocupar pisos en casas de vecinos bajo régimen de alquiler, los pequeños *quarts* de casa, o bien ocupaban antiguas fábricas reconvertidas total o parcialmente en viviendas. La carestía de alquileres obligaba a compartir casa con otra familia o a convivir con realquilados y huéspedes, en ocasiones paisanos. También era común encontrar familias obreras que vivían en las porterías de los edificios, en los tejados o en los pasillos del interior de las manzanas (Tatjer, 1999). La crisis económica que siguió a la guerra civil y las destrucciones ocasionadas por los bombardeos de la aviación franquista, vinieron a exacerbar en la década de 1940 un panorama de escasez en las opciones de alojamiento al alcance de las economías más precarias de la ciudad. Algunos autores han señalado el negativo impacto que para la ciudad tuvo el no haber contado con ningún organismo público de posguerra que llevara a cabo una labor reconstructora y al mismo tiempo creativa de la ciudad.²³¹

Una vez descritos a rasgos generales el panorama de la vivienda que encontraron los inmigrantes llegados a Barcelona en las décadas de posguerra, a largo de las siguientes páginas pretendemos

²³¹ Francisco Martí y Eduardo Moreno describían así el drama humano ocasionado por el colapso de la situación de la vivienda en la Barcelona de posguerra:

Los años cuarenta son de realquilados, de barraquismo desesperado, de parejas de eternos novios que no cuentan con piso para casarse, de conflicto entre generaciones dentro de un mismo hogar, de promiscuidad. A ello añadamos el racionamiento y las restricciones. Barcelona se rodea de guettos. Desde un punto de vista numérico faltaban entre destrucción, estado ruinoso, crecimiento demográfico e inmigración, unas cien mil viviendas (Martí & Moreno, 1974: 19).

comprobar si, en el caso de los emigrantes granadinos, se advierten continuidades respecto a esta situación del periodo anterior o si hay algunas novedades destacables. Para ello tomaremos en cuenta la experiencia que las personas recién llegadas traían de sus lugares de origen y como ésta les predispuso a relacionarse con la cuestión de la vivienda de una manera determinada. Este enfoque implica abordar las distintas modalidades empleadas por las personas recién llegadas para instalarse en Barcelona. Unas pautas de instalación que estuvieron marcadas tanto por la situación del mercado de la vivienda, como por los diversos modelos de inmigración. De ese modo, llegar en familia o llegar en solitario implicaron formas distintas de insertarse en la trama urbana barcelonesa durante el periodo investigado, como veremos a continuación.

4.4 El caso de las barracas y la cohabitación para las familias emigrantes

- Dicen que van a tirar las chabolas que han hecho las últimas, que no quieren que venga más gente de los pueblos.

Maruja la miró para ver que debía contestar. Pensó que la mujer hablaba como las que eran de Madrid. No sabía.

- Mi padre ha venido aquí para buscar trabajo, en el pueblo sólo se trabaja cuando la recolección, por la aceituna- dijo Maruja.

- Algunos dicen que los de los pueblos habéis llegao a comernos el pan.

Antonio Ferres, *La piqueta* (1959).²³²

El carácter familiar de la emigración andaluza y el protagonismo que las familias tuvieron en la conformación de las redes migratorias en las décadas centrales del siglo XX, han sido rasgos destacados por los estudios realizados desde la demografía histórica (Recaño, 1998; de Miguel, 2002). Para comprender la importancia que tuvo la emigración de los núcleos familiares en el caso granadino, podemos tomar el ejemplo de Iznalloz, un importante municipio de la comarca de Los Montes. Un estudio publicado en 1974 y basado en los registros de papeletas de altas y bajas en el Ayuntamiento, señalaba que las salidas fueron en aumento desde 1957 y que la provincia de Barcelona acogió el 43,03% de la emigración interior del municipio, seguida a mucha distancia de Madrid, Valencia y Vizcaya. De las personas que emigraron a la provincia barcelonesa, un 45.91% se dirigieron a la capital catalana. El gran porcentaje de mujeres, así como de personas casadas y

²³² Esta novela, fue escrita en 1958 y ambientada en las nuevas periferias obreras de la ciudad de Madrid, surgidas como resultado de las migraciones interiores, como Usera y Orcasitas, emplazamientos donde proliferaron las chabolas.

menores de quince años inscritos como emigrantes en los registros municipales, indicaba que aproximadamente el 80,50 de la emigración total había sido de tipo familiar y que las familias numerosas representaban más de la mitad del total de emigrantes (Ferre Bueno, 1974).

Las opciones de alojamiento que encontraron los inmigrantes granadinos al llegar a Barcelona, se hallaban condicionadas por una extensión muy amplia del submercado de viviendas. Las familias recién llegadas a la capital catalana con pocos medios económicos, apenas disponían de alternativas para alojarse, pero dentro de este limitado marco de acción tuvieron una actitud activa que respondía a unas estrategias concretas de instalación en la nueva realidad donde iba a desenvolverse su vida. Como ha quedado documentado por numerosas fuentes, la experiencia más común para las familias migrantes en la Barcelona de 1950 fue compartir casa, generalmente en régimen de subalquiler. A pesar de la atención que ha merecido el fenómeno del barraquismo de posguerra, el grueso de la población inmigrada tampoco vivió nunca en barracas, ni fue esta la forma mayoritaria de inserción de los inmigrantes en la ciudad, sino que hubo muchas otras formas de infravivienda (Díaz, 2010). El barraquismo fue, en ese sentido, la punta del iceberg de la situación de la vivienda en la Barcelona de posguerra, contribuyendo a generar procesos de segregación espacial que reprodujeron dinámicas vividas en la época de entreguerras. Fenómenos como el de la cohabitación, que encubría numerosas prácticas de hospedaje y realquilado de viviendas, tuvieron una extensión mucho mayor en una ciudad donde aproximadamente dos de cada tres obreros no cualificados atravesaban ese tipo de experiencias. Mientras en la Barcelona de 1930 cuatro de cada diez familias obreras cohabitaban, el porcentaje en la posguerra llegaría a superar el 70% en el caso de los trabajadores no cualificados de las últimas oleadas migratorias (Oyón & Iglesias, 2010).

No obstante, la nueva oleada de familias inmigradas en las décadas de 1940 y 1950, la persistente falta de reacción por parte de las autoridades, así como otros factores que analizaremos en estas páginas, dispararon el número de barracas. Un mapa editado por el Ayuntamiento de Barcelona en 1945, señalaba 138 grupos de barracas y cuevas, de las cuales 82 se situaban en terrenos particulares y 56 eran de propiedad municipal o de diferentes instituciones. 123 grupos eran de barracas, 10 estaban formados por cuevas y 5 tenían barracas y cuevas. Doce años más tarde, una ponencia presentada con motivo de la Semana del Suburbio, organizada por el Arzobispado de Barcelona en 1957, cifraba en 12.494 las barracas y semi-barracas existentes en los principales núcleos de la ciudad de Barcelona, donde vivirían alrededor de 66.000 personas (Duocastella (ed.), 1957: 12).

Ante esta panorámica, conviene detenerse a observar el modo en que la dificultad de acceso a la vivienda fue percibida y sorteada por las familias inmigrantes de aquellos años. De ese modo, nuestra aportación pretende incidir en algunos aspectos de la instalación de los emigrantes en Barcelona, en particular aquellos relacionados con el fenómeno del barraquismo, que consideramos no han sido abordados suficientemente por la bibliografía existente. El esfuerzo que en los últimos años se ha hecho por visibilizar y comprender mejor este fenómeno, a menudo no se ha visto acompañado por un análisis más profundo de determinados aspectos vinculados a las motivaciones del barraquismo. Nuestra hipótesis de partida pretende demostrar que la proliferación de enclaves barraquistas durante la posguerra barcelonina, no obedeció tan sólo a una carencia de políticas de vivienda asequibles para las personas con rentas más bajas, sino que fue en muchos casos una estrategia seguida para evitar someterse a los mecanismos del submercado de la vivienda y que ofrecía ciertas ventajas frente a estos últimos. A continuación, veremos algunas de las causas que complementan lo que ya se conoce sobre la inserción de las familias emigrantes en los emplazamientos de barracas.

4.4.1 La barraca como alternativa habitacional.

Los testimonios orales nos indican que la actitud de muchas familias ante la situación del submercado de vivienda obrera que encontraron al llegar a Barcelona, fue la de desarrollar ciertos comportamientos que indican formas de resistencia y capacidad de adaptación en contextos adversos. El estudio de las razones por las cuales se recurrió a determinados modelos de instalación, permite comprender un repertorio más amplio y complejo de motivaciones que las que tradicionalmente se han manejado, vinculadas casi exclusivamente con la dificultad de acceso a una vivienda en régimen de alquiler. En línea con algunas conclusiones que fueron ligeramente apuntadas en alguno de los trabajos reseñados sobre el barraquismo, las fuentes orales muestran como la opción de vivir en las barracas fue una manera de sortear los mecanismos especulativos del submercado de vivienda en esos años. Un pequeño cuadro elaborado a partir de los datos publicados por las Estadísticas Municipales, permite observar que el panorama de escasez de vivienda asequible en Barcelona para las capas de población con rentas más bajas, fue un fenómeno característico de la primera mitad de la década de 1950.

Tabla 4: Tipos mensuales de alquiler de las viviendas en Barcelona, 1951-1955.

Años	50 a 100 ptas	101 a 250 ptas	251 a 500 ptas	Más de 500	Totales de viviendas construidas
1951	28	191	2.095	1.293	3.607
1952	126	532	1.847	886	3.391
1953	62	338	1.032	588	2.020
1954	387	1.080	2.648	3.319	7.434
1955	89	844	6.232	4.005	11.170

*Fuente: Elaboración propia a partir de los *Anuarios Estadísticos Municipales* (1951-1956).

Las dificultades derivadas de una emigración de tipo familiar durante el periodo investigado y la realidad común a muchas familias recién llegadas, respondía a la mencionada escasez de vivienda asequible que existía en la ciudad para las personas de rentas más bajas. Un artículo que analizaba la problemática del hacinamiento en la vivienda obrera por aquellos años, se hacía eco de la especulación a pequeña escala que se realizaba con la cuestión de los realquilados:

Está también el individuo que utiliza el sistema del realquiler, del subarriendo, con abuso en el momento de cobrar el precio, porque la Ley de Arrendamientos Urbanos, que protege al arrendatario, en cambio deja desprovisto de derechos al realquilado reciente, que no tiene derecho de prórroga y, por lo tanto, está en manos del subarrendador. Sabemos los precios fabulosos que adquiere una habitación con derecho a cocina, muy superiores a lo que paga por todo el piso el inquilino (Martínez-Mari, 1966: 546).

Ante la imagen que a menudo se ha transmitido y donde prima la opinión de que las personas que acudieron a vivir a las barracas lo hicieron porque no tenían más opciones, diversos testimonios recopilados nos aportan pistas para comprender hasta qué punto las barracas supusieron para muchas familias recién llegadas una opción apetecible, una resistencia frente al hecho de tener que vivir en régimen de realquiler y cohabitación. En el caso de uno de los testimonios recopilados, una mujer que llegó siendo una niña a Barcelona en 1947, podemos observar como al bajarse del tren sus padres recurrieron al contacto de una familia amiga que, a pesar de vivir en barracas, les había encontrado una habitación en un piso:

Nosotros no sabíamos que esta familia vivía en una barraca. Nosotros les mandábamos las cartas, pero no sabíamos que esta zona era una zona de barracas (...) Esta gente nos había

buscado un piso, nosotros veníamos a un piso de alquiler. Cuando llegamos aquí a Barcelona, a la Estación de Francia, nos llevan al barrio de Gracia y cuando llegamos al piso, resulta que nos encontramos con cuatro familias más que venían a ese piso. Resulta que no era un piso por familia: era un piso que te alquilaban una habitación con derecho a cocina y con un wáter. Y nos juntamos ahí cuatro familias para un piso y bueno... cuando nosotros llegamos y mis padres vieron ese panorama, se nos cayó el alma a los pies ¡Pero nosotros como vamos a meternos aquí! Nosotros pensábamos que veníamos a un piso para nosotros, no a compartir con nadie más. O sea, esta gente cuando hizo el contrato y tal, pues no se enteró o no sé.²³³

El caso de esta familia permite observar cómo a pesar de la oferta existente de pisos, el volumen de personas que llegaban y la renta que podían pagar conducía a numerosas situaciones de cohabitación. Las barracas supondrán, por tanto, una respuesta a una falta de vivienda, pero también una forma de resistencia a los mecanismos especulativos del mercado:

Aquello era muy común, era lo que más se daba. La mayoría de los pisos estaban así, eran compartidos, sobre todo con la gente que venía de fuera, porque aquí los de Barcelona pues vivían de otra manera. Pero claro, ni nosotros sabíamos nada ni parece ser que esta familia... o si lo sabían a nosotros no nos lo explicaron. El caso es que cuando llegamos ahí, después del viaje que habíamos hecho, se nos terminó de caer todo encima. Y entonces esta familia, como no nos podíamos quedar ahí nos dijeron: "Bueno, pues veniros a nuestra casa". Y del barrio de Gracia subimos con las maletas, venga caminito hasta llegar aquí. Y cuando llegamos aquí y nos vamos acercando (dijimos) "que casas más raras son estas". Resulta que aquí había unas ciento treinta barracas en este sector y era donde vivía esta gente. Aquella noche ya nos quedamos con ellos en la barraca. Mis padres iban de sorpresa en sorpresa, porque, aunque éramos gente trabajadora y tal, nosotros estábamos acostumbrados a otra cosa. Ya al día siguiente, como era muy difícil encontrar pisos y tal, te cobraban lo que querían y de ahí vino toda la especulación de la época, ya empezándose a aprovechar de los pobres que veníamos de fuera.²³⁴

La conciencia de que la experiencia de la cohabitación daba lugar a situaciones difíciles, también está presente en otros testimonios. Un ejemplo de ello es el caso de otra familia oriunda de Alhama de Granada, de la cual pudimos entrevistar a dos hermanas. La más pequeña emigró primero con

²³³ Entrevista a C.M.R., op cit.

²³⁴ Ídem.

sus padres y otra hermana a finales de la década de 1940. Cuando llegaron a Barcelona se fueron a vivir a un edificio situado en la parte más alta de Horta, en el número 120 de la calle Canigó. El edificio recibía el nombre popular de *El Rancho Grande* y allí se habían instalado muchas más familias recién llegadas a la ciudad. En la memoria de esta hermana pequeña estaban grabados los años que pasaron compartiendo vivienda, con una familia de la localidad también granadina de Montefrío cuyo padre era un maltratador. Aquello era una de las situaciones que se podían llegar a producir en lugares como el *Rancho Grande*, los edificios donde se hacinaban las familias inmigradas:

*¡Allí había una cantidad de gente! Había de todos los sitios, de Andalucía... de todos los sitios. Vivíamos con un señor que era muy malo, muy malo. Con nosotros no se metía, pero vivía allí con su mujer y sus hijos, y nosotros también en el mismo piso y, vamos, unas peleas enormes y yo estaba deseando que este señor se muriera. Eran de Granada, de un pueblo que se llama Montefrío. Tenían dos o tres hijos y, bueno, nos llevábamos bien, pero el hombre era muy malo, muy malo. Se llamaba Rafael y su mujer Fina.*²³⁵

Pocos años más tarde, la hermana mayor también llegó a Barcelona acompañada de sus dos hijos pequeños y al no poder instalarse junto a su familia, su padre consiguió que se instalara en una barraca no muy lejos de allí. Esta hermana mayor también recordaba cuales eran las condiciones de hacinamiento en el *Rancho Grande* y como el hecho de vivir en una barraca, pese a lo precario, le garantizaba un espacio de más calidad:

*Era un bloque de pisos, pero en cada piso había lo menos cinco o seis, en cada habitación una familia. Entonces cuando yo vine, la noche que yo vine me quedé en el recibidor porque no tenían donde meterme (...) Mi padre ya me tenía la barraca arreglada, allí en frente de la Residencia de Franco (el Hospital Vall de Hebrón) (...) La barraca era donde se cambiaban los jugadores de fútbol y los vecinos se portaron muy bien.*²³⁶

Otros testimonios contribuyen a esta otra visión del barraquismo, señalando que para muchas familias la opción por una barraca tuvo que ver con el rechazo a ciertas características del mercado de la vivienda de Barcelona y la manera en que se especulaba con ella. La posibilidad de vivir en barracas implicó ventajas para las economías familiares de los inmigrantes. Como señala el testimonio citado por Carlota Solé de una mujer cordobesa emigrada en 1950 a Barcelona:

²³⁵ Entrevista a E.C.M.. Nacida en Alhama de Granada en 1944. Realizada en Barcelona el 25/05/2013.

²³⁶ Entrevista a R.C.M., op cit.

“Entonces no había tanta falta de viviendas, lo que había era falta de dinero. Te metías en una barraca porque no tenías que pagar la luz como en un piso, te alumbrabas con una vela”. (Solé, 1982: 67). Otro elemento destacable es el de la calidad de la convivencia. En su estudio sobre la ciudad de Mataró, Roger Duocastella señala que en 1955 en Mataró la mayor parte de los juicios eran debidos a riñas provocadas por los realquilados, por exigírseles más de lo que les corresponde pagar a consecuencia de la falta de vivienda. Tomando en cuenta que los tipos de alquiler predominantes oscilaban entre las 50 y las 150 pesetas, se solían exigir 150 pesetas por una sola habitación (Duoscatella, 1961). Hemos recopilado referencias a que las peleas entre los realquilados también parecen haber sido frecuentes en los barrios de obreros inmigrantes de Barcelona.²³⁷ En su investigación sobre la fundación del suburbio de Torre-romeu, en Sabadell, Angelina Puig señalaba cómo, si bien la estrategia de construcción y cohabitación en las barracas permitía juntar dinero para adquirir una vivienda mejor, a veces la co-habitación derivada de la acogida de familiares generaba también dificultades. Una de las personas que entrevistó para su trabajo así lo manifestaba:

Nos fuimos “toos” juntos a casa de mi hermana. El hermano de mi marido y ella una hermana mía. Pero lo que pasa, ella se traía 4 niños y detrás se vinieron mis hijos y “toos” nos metimos a la casa de mi hermana. Y lo que pasa. Ya se hartaron. Nos peleamos y nos tuvimos que ir. ¡Ya está! Y hemos “estao” muy mal aquí, hasta que ya compraron una casita y allí nos metimos todos (Puig, 1994: 205).

Podemos comprobar, por tanto, que las condiciones de alojamiento que encontraban las personas inmigradas a Barcelona les llevaban a tratar de desarrollar mecanismos de resistencia, que a su vez cumplieran la función de facilitar la operación de llegada de instalación a los familiares o paisanos que iban llegando de manera constante procedentes de las localidades granadinas.

4.4.2 Elogio de la barraca.

Las fuentes orales nos transmiten la imagen de una ciudad donde la llegada masiva de inmigrantes procedentes del campo, con frecuencia poco acostumbrados a desenvolverse en espacios urbanos y a enfrentar los retos que requiere la búsqueda de alojamiento en un contexto de escasez de este recurso, hacía que fueran víctimas de abusos y engaños. Las barracas también se convirtieron de esa

²³⁷ Enrique Rubio mencionaba en una crónica de comienzos de 1955 que “Llovían, como todos los días, denuncias de realquilados que se habían tirado los trastos a la cabeza, iniciando la “batalla” ellas, en la cocina” (Rubio, 1955: 247). Precisamente esta realidad de dureza en la convivencia entre las familias hacinadas, está presente en la obra *La Batalla de Verdún* de José María Rodríguez Méndez (1965), claro exponente del realismo en el teatro de posguerra.

manera en el refugio de algunas personas que habían pasado por malas experiencias al desembarcar en Barcelona. Este es el caso de la familia de M.R.M., que llegó a Barcelona en 1949 procedente de Guadix junto a su madre y a su hermanastro. Su intención primera era instalarse por su cuenta en un piso de alquiler, ya que contaban con medios para ello. Sin embargo, la sensación de desorientación y desamparo que tuvieron al bajar del tren en Barcelona, propició que fueran estafados por una persona que se ofreció a ayudarles a encontrar vivienda:

Cuando llegamos aquí a la estación de Francia, se acercó un espabilado “¿Qué está buscando piso?” “Si, si, si” Y (mi madre) tenía ocho mil pesetas y a la pobre se las quitaron. Le dijeron: “Dámelas que yo te busco un piso” y nos llevaron a la calle de la Cera y entonces ese hombre no apareció nunca más. Y entonces, sin dinero y sin nada, recurrimos a la familia esta.²³⁸

De ese modo, acabaron recurriendo al contacto que traían de una familia que vivía en las barracas de Capitán Arenas, cerca de la avenida Diagonal, donde pudieron encontrar cobijo.

Otro aspecto destacable de la opción por las barracas, tiene que ver con que se vinculaba directamente a las pautas de habitabilidad de las clases populares granadinas. En el caso concreto de Granada esto fue evidente para las familias que habían habitado en cuevas. La opción por las barracas que tomaron muchas de las familias emigradas a Barcelona en aquellas primeras décadas del franquismo, guarda una relación directa con el estado de la vivienda en la Granada de posguerra. A la altura de 1945, el gobernador Civil de Granada, Fontana Tarrats, cifraba en cinco mil el déficit de viviendas en la capital granadina. Esta situación, señalaba, también obedecía a factores como las destrucciones de la guerra y una corriente migratoria que en la primera mitad de los años cuarenta se había ido dirigiendo a Granada capital.²³⁹ La problemática de la vivienda correspondía principalmente a la situación de la capital, que según cálculos del gobernador civil, había pasado de los 131.000 habitantes de 1935 a los 160.000 de 1943, sin que este incremento se hubiera visto acompañado por una política de construcción de viviendas acorde con este incremento demográfico, lo que habría obligado a muchos de estos nuevos habitantes a la excavación de cuevas y al hacinamiento en las viejas habitaciones insalubres.

²³⁸ Entrevista a M.R.M., op cit.

²³⁹ El gobernador constataba de ese modo: "La gravitación sobre Granada y sus zonas fértiles de grandes masas humanas de la zona pobre de su provincia y de las vecinas de Almería, Murcia y Málaga antes recogidas y canalizadas por la emigración a Sud-América y el Norte de África, hoy sin salida" (Fontana Tarrats, 1945: 71).

Para muchos trabajadores granadinos, la construcción de cuevas, se había revelado tradicionalmente como un eficaz mecanismo que permitía dotarse de una manera sencilla y económica de viviendas de cierta calidad. La gran profusión de cuevas en toda la provincia y en las laderas orientadas al sur y al sudeste de los ríos Darro, Beiro y Genil de la capital granadina, se debía a la facilidad que ofrecían ciertos suelos para ser excavados, lo que producía viviendas baratas y relativamente confortables.²⁴⁰ Esta convicción de que la vida en cuevas resultaba más cómoda y daba más autonomía a sus habitantes, la podemos encontrar en los testimonios de personas que procedían de zonas de la provincia granadina donde el hábitat en cuevas estaba muy extendido, como es el caso de Ana Lozano, oriunda de Benalúa de Guadix:

Los que eran un poquito más inteligentes tenían su casa y se hacían una cuevecica, porque en tiempo de verano la cueva es divino. Hace mucho fresquito. Y luego en invierno, pues caliente. O sea, que tal como cambiaba el clima, de verano a invierno, dentro se estaba divino (...) Y hay allí cuevas que son muchísimo más que las casas, ¡pero mil veces! (...) Tú te haces la habitación, te lías a picar y te la haces de grande como quieras. Que tú ves que queda al filo del cerro, pues te sacas un buen ventanal; que ves que no, pues una pequeñita para que tenga respiración. Y te haces tú cocina, tu cuarto de baño, tus habitaciones... Todo, todo.²⁴¹

Esta concepción de la cueva como hábitat posible, junto con la barraca, implicaba la posibilidad de un mayor dinamismo en el acondicionamiento del espacio. De hecho, a las alturas de 1949 algunos medios hablaban del “cinturón troglodita y barraqueril de Barcelona”, señalando que quedaban más de 60.000 personas viviendo en barracas. Un artículo del periódico falangista *Solidaridad Nacional* en ese año lo expresaba en estos términos:

Además de las barracas, fácilmente destructibles, toman incremento otra clase de construcciones que se van estableciendo en la parte montañosa del cinturón que describimos. Nos referimos a las cuevas. Al principio, eran aprovechadas cuevas naturales o excavaciones de "bóvilas"²⁴² abandonadas. Pero con el aluvión de inmigrantes, llegan cada día más "trogloditas" a nuestra ciudad. Nos referimos a auténticos trogloditas, o sea gentes

²⁴⁰ Los tipos de suelos que más se prestan a este género de habitación son los terrenos terciarios, compuestos de conglomerados, areniscas, margas y calizas, en rocas muy compactas, impermeables y altamente aisladoras de la humedad, blandas al pico y capaces de endurecerse por la acción atmosférica (Torres Albás, 1946: 201).

²⁴¹ AHCB. Fondo de Taller de Historia de Pallejà. AHCB. Fons Orals. Colección Taller Historia de Pallejà. 2ª sesión, 21 de febrero de 1996.

²⁴² Fábrica de ladrillos y tejas.

que provienen de los poblados subterráneos que abundan en las provincias de Jaén, Murcia y Granada. Estos, como expertos en esta clase de albergues, saben encontrar en los alrededores montañosos de la ciudad los terrenos adecuados y en ellos excavan las cuevas, con la ventaja de necesitar menos cantidad de material de construcción y de dificultar el desahucio de sus viviendas subterráneas.²⁴³

No obstante, los testimonios consultados y recuperados no señalan que fueran las cuevas un hábitat muy socorrido en la realidad de la ciudad de Barcelona, salvo en el caso de la montaña de Montjuïc. Más frecuente fue, en cambio, que los antiguos habitantes de cuevas se tuvieran que adaptar a vivir en una barraca, con la degradación que eso supuso para sus condiciones de vida. Los costes percibidos de este tipo de alojamiento en la vida de las personas tienen que ver, sobre todo, con las dificultades de suministros que existían y la precariedad de no contar con agua corriente ni con baños. Un ejemplo de ello es una familia procedente de Purullena, quienes a pesar de tener pocos recursos disfrutaban en las cuevas que dejaron en Granada de un hábitat de mucha mayor calidad que la barraca del Carmel donde entraron a vivir:

*Nosotros vivíamos más a gusto en la cueva que en la barraca. Mi madre lloró mucho, a mi padre le costó la vida. La barraca a mi padre le costó la vida, porque (en la cueva) a nosotros nos tenía una habitación para hacer nuestras necesidades, porque no había wáter, pero él nos la hizo. Pero aquí no, aquí teníamos que hacerlo todo en un cubo y luego ir a tirarlo a la montaña. Y eso para nosotros fue muy malo.*²⁴⁴

A pesar de esta realidad innegable, los relatos de granadinos inmigrados en la época señalan a las barracas como espacios bastante más privilegiados de lo que se ha venido señalando. Una forma de vida que fue experimentada en mayor medida por los sectores femeninos entrevistados y que se adaptaba mejor a un modelo de inmigración familiar, dado que las dificultades para acceder a una vivienda se multiplicaban extraordinariamente para las familias que emigraban juntas. Por otra parte, las barracas permitían entrar a formar parte del submercado de vivienda en la ciudad. Los procesos de compra y venta de vivienda eran en el caso de muchas personas inmigradas una experiencia reciente, puesto que la venta de la vivienda en su localidad de origen, había sido una condición indispensable para obtener una fuente de financiación del viaje e instalarse en Barcelona.

²⁴³ *Solidaridad Nacional*, 7 de septiembre de 1949.

²⁴⁴ Ídem.

Estos elementos están presentes en el relato de una familia inmigrada a Barcelona en septiembre de 1948 procedente de Guajar Faragiit, un pequeño pueblo cercano a la costa granadina. Llegaron a la ciudad con 400 pesetas, lo que, en palabras de nuestra entrevistada, era: “lo que le había sobrado a mi madre de los billetes de tren”. Ya en el tren les hablaron de las barracas del Gas, donde una mujer que iba a encontrarse con su marido, que ya vivía allí, les ofreció alojamiento. Sin embargo, al llegar no les dieron cobijo por falta de espacio, por lo que otra mujer, paisana granadina les acabó acogiendo en su barraca. La memoria de nuestra entrevistada, E.T.R., recuerda el dialogo que se dio entre ellos, inmigrantes recién llegados, y sus paisanos y la muestra de solidaridad que recibieron:

Llegó el marido y dijo: "¿Qué pasa?". "Pues mira, que hemos venido aquí a la ventura de dios. Ni traemos dinero, ni traemos para comprar casa." Entonces dice: "En eso no hay problema.". "Hombre, ¿Cómo no va a haber problema?". Dice: "¡No, no hay problema!". Entonces cogió el hombre y a la noche se fue a dormir a la playa, se fue mi tío Aurelio y se fue el niño. Se fueron los tres a dormir a la playa. Y nosotras nos quedamos en la barraca: la Olalla (la paisana granadina), mi madre, mi hermano y yo.²⁴⁵

Esta situación se prolongó unas pocas semanas, hasta que llegó una hermana de su madre del pueblo que traía dinero y así pudo comprar una barraca en el cercano Somorrostro. Al describir la barraca de su tía y el grado de hacinamiento que en ella se daba, E.T.R. muestra los mecanismos que en aquellos años iban permitiendo una progresiva reagrupación en Barcelona de las familias que abandonaban los pueblos granadinos. Tiempo más tarde otra prima de su madre que también llegó del pueblo, compró una barraca y allí marchó una parte de la familia, con lo que pudieron disponer de más espacio, hasta que la situación económica les permitió comprar su propia barraca. El testimonio de E.T.R. describe esta dinámica de compra y venta de barracas para el caso del Somorrostro y como las mujeres de su familia, sus tías y su madre, compraban y reformaban sus barracas:

Mi tía se compró una (barraca) allí en el Somorrostro. Se compró una que tenía un patio, un trozo de patio, tenía una habitación, que dormíamos catorce. Luego tenía un pasillo para salir fuera, a la entrada y allí tenía una cama puesta para un primo mío que vino y también se puso allí. Al poco tiempo se vino una prima hermana mía y se compró una barraca allí al lado mismo de mi tía.²⁴⁶

²⁴⁵ Entrevista a E.T.R., op cit.

²⁴⁶ Ídem.

La posibilidad de poder acceder rápidamente a la propiedad de una vivienda, en un contexto de ingresos bajos e inestables, o de poder llevar a cabo operaciones de ampliación y reforma del espacio, algo impensable en un régimen de alquiler, también pudo orientar a los emigrantes a la compra de barracas. La madre de E.T.R., por ejemplo, compró su barraca pidiéndole un préstamo al dueño de la fábrica donde trabajaba y posteriormente procedió a reformarla y adaptarla a sus necesidades:

Aquella barraca estaba muy bien. La barraca tenía dos habitaciones, el comedor y una cocina. Estaba muy bien. Se fue una persona y la puso en venta. Pero luego pasaba una cosa, que ibas a entrar a la barraca y te dabas en la cabeza si no agachabas la cabeza. Entonces un amigo que teníamos allí en el Somorrostro y el José (su marido) pues entre los dos levantaron el techo de la barraca, metieron ahí dos o tres o cuatro tochos, le pusieron el suelo de esas baldosas de la calle. Como allí donde estábamos nosotros tiraban todos los escombros, muchos se hacían la barraca con eso. Mi madre, como ella trabajaba de seis a dos, pues entonces ella cogía por la tarde, como yo estaba trabajando hasta la noche, entonces cogía ella e iba trayendo racholas para el suelo.²⁴⁷

A pesar de la política de represión al barraquismo que imperaba en la ciudad desde finales de la década de 1940, la proliferación de barracas fue posible gracias al soborno a las autoridades. Otro testimonio lo recuerda para el caso del grupo barraquista Ramón Casellas, en el barrio del Carmel. Los mecanismos de ampliación de las barracas permitían ejercer alguna actividad económica, en el caso del padre de una familia procedente de Purullena una barbería:

Había un guardia que tenían para vigilar las barracas, para que no hiciera nadie nada y le decía mi padre: "Yo querría hacerme una barbería porque con dos habitaciones... Me dedico a esto y en la calle no... (puedo). Yo, mire, ese hombre tiene allí una habitación, yo se la compro, que tiene una moto, vende la moto me vende la habitación y tú no has visto nada."(Y el guardia) "Pues me da usted 500 pesetas y no se entera el Mesa". Pero no (se lo dijo) a mi padre sólo. A todos, todos. Así fue haciendo todo el mundo barracas. No sé hasta qué punto era bueno o era malo, pero es lo que había. (...) Entonces mi padre pues cogió aquella "habitacioncilla", se trajo de Purullena su sillón y puso una barbería. Pero aquello era pequeño. Pues que al hombre (al guardia) le iba dando 500 pesetas, se hacía otra habitación, pero eso sí, tienes que hacerla en una noche y que amanezca blanqueada y todo.

²⁴⁷ Ídem.

*Y así se hacían las cosas. Entonces yo los domingos y los jueves por la tarde me daban fiesta, me venía y era buscar, por todos estos alrededores, trozos de piedra, tochos, de todo. Yo y mis hermanos, ¡eh!, no yo sola, para juntar los materiales. Lograron tener dos barracas y dos chapas, pusieron sus dos chapas. Al final les pusieron la chapa, en vez de tirársela, al final les pusieron la chapa.*²⁴⁸

El esfuerzo familiar para obtener una vivienda y adquirir la chapa que protegiera a la barraca de la amenaza de derribo, era un signo de prosperidad frente a la precariedad del comienzo. Así es como puede entenderse la consolidación que hasta comienzos de la década de 1950 se fue dando en muchos enclaves barraquistas. Las políticas urbanísticas que acompañaron la celebración del Congreso Eucarístico en mayo de 1952, supusieron el comienzo de la destrucción de los enclaves barraquistas, dando un impulso a la construcción de los primeros polígonos de vivienda donde fueron siendo realojados sus habitantes. Estos esfuerzos supusieron un nuevo impulso a lo que, a todas luces, había resultado una labor insuficiente por parte del I Plan Nacional de Vivienda, que estuvo en vigor entre 1945 y 1951.

Hay que enfatizar, sin embargo, que la experiencia migratoria supuso un empeoramiento percibido de las condiciones de habitabilidad de muchas familias obreras granadinas, como ya mencionamos en el caso de las cuevas. Para C.M.R., oriunda del popular barrio del Albaicín granadino, la llegada a Barcelona fue algo que para su familia y en el aspecto de la vivienda, significó un retroceso en las condiciones de vida, respecto a la vivienda que habitaban en Granada:

*Era una casa sencilla pero una casa normal. Digo esto porque cuando nosotros nos vinimos a Barcelona, luego nos tuvimos que meter en una barraca y el cambio para mi familia, aunque éramos una clase trabajadora y tal, pero nosotros teníamos una casa pues normalita, una casa de gente trabajadora pero con todos los servicios que en aquel momento tenían las casas, pues con un wáter y con un lavabo, una cocina... cosas que cuando llegamos aquí todo eso se nos fue.*²⁴⁹

Sin embargo, no podemos ignorar el coste de la estigmatización social que suponía ser identificado como barraquista. Unas dinámicas de rechazo social que han sido puestas de manifiesto por las investigaciones sobre el fenómeno de las barracas, aunque no se acostumbre a hacer hincapié en ello en la bibliografía consultada ni en los testimonios recopilados. Otra entrevistada comenta las

²⁴⁸ Entrevista a A.R.H., op cit.

²⁴⁹ Entrevista a C.M.R., op cit.

dificultades que a veces encontraban las familias inmigradas para alquilar pisos, aunque contaran con recursos económicos para ello:

*La gente cuando prosperaba mucho, pues ya se iba. Pero aquí el problema que había es que había muchos pisos vacíos, pero a los inmigrantes no nos los alquilaban (...) Por toda la calle de la Cera, por Hospitalet, por todas las zonas. Ibas a alquilarla, hasta que te llamaban charnego y ya no te la daban. Sobre todo, los catalanes, “catalanes-catalanes.” Pasaba mucho. Mi madre quería alquilar y no nos lo alquilaban, tuvimos que irnos a la barraca.*²⁵⁰

En otros casos, la marginación que los habitantes de enclaves barraquistas experimentaban en el contexto de la sociedad barcelonesa aparece percibida como algo natural, dando lugar a fenómenos de encubrimiento para poder ser aceptados: “Nosotros íbamos a buscar trabajo y nunca podías decir que eras del Somorrostro. Decías que eras del Somorrostro y ya no te daban. Tenías que decir que eras de la Barceloneta”.²⁵¹

En definitiva, las barracas cumplieron para muchas familias una función importante en el proceso de llegada a Barcelona y en la obtención de ahorros para poder situarse, como numerosas veces ha sido reseñado. Desempeñaron un papel claro en la estrategia de adaptación de las familias a la nueva realidad, permitiendo procesos de reagrupación familiar más dinámicos de lo que habrían resultado en caso de estar viviendo en pisos realquilados. De forma similar al fracaso de las políticas de control migratorio, las autoridades de la Barcelona franquista encontraron enormes dificultades para limitar la disposición de las personas ya inmigradas a acoger a sus familiares, una realidad confirmada por la práctica totalidad de los testimonios orales consultados. La falta de control sobre las personas que vivían en barracas también fue importante para que en ellas se fueran concentrando una gran cantidad de personas que llegaban a Barcelona, como supieron ver las autoridades al tratar de reprimir la proliferación de estos enclaves.

Lo que resulta novedoso es comprobar que en bastantes casos la instalación en barracas se prolongó y que incluso hay casos de familias que hicieron el recorrido inverso: pasaron de vivir en régimen de realquiler a vivir a barracas porque les resulta más ventajoso. Un ejemplo de ello sería la familia de C.G., cuyo abuelo llegó a Barcelona a comienzos de la década de 1940 procedente de la capital granadina y tiempo más tarde se reagrupó con su mujer y sus hijos. Vivían en Poble Nou

²⁵⁰ Entrevista a M.R.M., op cit.

²⁵¹ Entrevista a E.T.R., op cit.

realquilados y de allí se mudaron y fueron de las primeras familias que adquirieron solares en lo que fue el emplazamiento barraquista de La Perona, en torno a 1947. Su testimonio recuerda los mecanismos de solidaridad que hicieron que mucha gente pudiera instalarse en Barcelona:

Tú eras el primo, o el hijo de la María o de no sé quién, que se conocían entre ellos, aunque no fueran del mismo pueblo, que eras del pueblo de al lado o tres pueblos más para allá, pero tu madre conoce a la señora Pepa y esta señora le decía: “Tu vete a este sitio y le dices a Fulanito que eres mi hijo, o mi sobrino. Entonces esta gente se presentaba ahí: “Soy el sobrino de tal” Y para adentro.²⁵²

Del mismo modo vuelve a mostrar como la naturaleza de los enclaves barraquistas permitía unas estrategias mucho más dinámicas para acoger a los familiares y que las personas recién llegadas pudieran disponer de un espacio propio:

Si la casa que habían construido era un poco grande, lo que hacían es lo que hizo mi abuelo con nosotros: que cogió un trozo de patio, se quedó con un patio más pequeño y de ese patio salió nuestra casa (...) Depende de la familia que llegaba. Si era familia directa y tú tenías, yo que sé, cuarenta metros, pues de esos cuarenta metros cogías veinte y le hacías una casa para el primo.²⁵³

En una entrevista colectiva a varios de los primeros habitantes del asentamiento barraquista de La Perona, realizada en el marco del ya mencionado proyecto *El barraquisme a la ciutat de Barcelona. Estudi etnohistòric de tres casos: la Perona, Can Valero i el Carmel* y que se encuentra depositada en el Institut de Patrimoni Etnològic de Catalunya, un hombre oriundo de Alhama de Granada, que había llegado a Barcelona en 1947 junto a su madre y nueve hermanos señalaba la solidaridad con los recién llegados que ejercía su madre y la función que para ello tenía la barraca:

En aquella época empezaron a venir mucha gente, mucha gente. Y mi madre lo que tenía es que todo aquel que llegara de mi pueblo ahí se metía. Y no teníamos ni un duro, pero ella les daba de comer. Yo le decía a mi madre: ¿Cómo tienes a esta persona aquí y yo voy a estar trabajando? Si vieras que la persona estuviera trabajando, pues bueno, pero... (Ella decía) Pobrecitos, ¡si es que hay que ayudarlos!²⁵⁴

²⁵² Entrevista a F.S. Nacido en Barcelona el 26/03/1955. Realizada en Barcelona el 08/10/2017.

²⁵³ Entrevista a C.G. Nacida en Barcelona el 01/11/1958. Realizada en Barcelona el 08/10/2017.

²⁵⁴ Entrevista a Rafael de Alhama de Granada. Fons d'entrevistes sobre barraquisme de l'IPEC.

El hecho de que muchas de las barracas de La Perona contaban con patio, también ofreció a esta familia la posibilidad de construir en el mismo unas jaulas para criar conejos y pollos, así como cultivar un huerto de alfalfa para darles de comer. Por su parte, Francisco Vallejo y su mujer, Josefina Rodríguez, ambos inmigrantes oriundos de un pueblo de la vega de Granada, que estuvieron viviendo en las barracas de Can Valero, en Montjuïc, señalaban como el hecho de vivir en barraca había permitido cumplir con sus planes. Llevaban siete años de novios y no habían podido casarse, por lo que decidieron emigrar a Barcelona para ahorrar para la boda. La barraca les facilitó este objetivo, ya que no pagaban la luz e iban a por el agua a la fuente, del mismo modo que les sirvió para alojar a los familiares que fueron llegando después, adaptando el espacio a sus necesidades:

Éramos novios y nos vinimos aquí siendo novios. Entonces pues ella se colocó a trabajar aquí sirviendo y yo me coloqué y estuve trabajando donde el butano (...) Estuve seis o siete meses y de allí me salí y me coloqué en la obra. (...) (En la barraca) hicimos la habitación y partimos un trocico de la habitación, con un comedorcillo, el cuarto de baño y una cocinilla, muy pequeñita.²⁵⁵

Otro hecho que resulta destacable es comprobar hasta qué punto la sociabilidad que había en La Perona se basaba en prácticas de apoyo mutuo. De hecho, esto permitió algunos procesos de organización interna, como sucedió cuando en 1954 consiguieron instalar luz eléctrica mediante una colecta realizada entre los vecinos:

*Se ayudaban todo el mundo, tanto a nivel de que un niño se ha puesto malo, de que a una mujer le ha pegado el marido, de que... había un (grupo) de mujeres que ellas se reunían cada día, en cuanto soltaban los niños en el colegio, ellas se reunían allí en sus casas para organizar la vida de allí. El Grabao tiraba una barraca y al día siguiente todos los vecinos la volvían a levantar.*²⁵⁶

Los problemas de la represión contra los inmigrantes barraquistas están presentes en muchos relatos que coinciden con los años centrales de la década de 1950. En la memoria popular de la ciudad de Barcelona esta represión se asocia frecuentemente a la figura de un guardia urbano que recibía el apodo de *El Grabao*²⁵⁷, miembro destacado de las brigadas municipales de erradicación del

²⁵⁵ Entrevista a Francisco Vallejo. Fons d'entrevistes sobre barraquisme de l'IPEC.

²⁵⁶ Entrevista a C.G., op cit.

²⁵⁷ Su verdadero nombre era José Antonio Rivera López, guardia urbano barcelonés nacido en la provincia de Lugo en 1903 (de Andrés, 2011). Es interesante comprobar que en la memoria popular granadina de la época franquista

barraquismo, la también temida y popularmente recordada *Cuadrilla de los picos*. Como recuerda C.M.R., en los inicios de los enclaves barraquistas, estos problemas no estaban tan presentes:

Por entonces eran más los problemas que teníamos nosotros de ir encontrando materiales para ir mejorando las barracas, más que en aquel momento todavía hubiera mucha (represión) En poco tiempo cambio todo por completo. Teníamos continuamente a la guardia urbana en el barrio. Por desgracia, como pasa en todos los colectivos, también había algún chivatillo que eran los que chivaban al Grabao y a la policía cuando había alguna movida por ahí. Bueno, ellos tenían la prebenda de que a lo mejor a ellos les dejaban hacer la barraca, o les dejaban hacer obras. Que en aquellos tiempos algunos se conocían quienes eran los chivatos y otros no se conocían. Y entonces fue cuando empezaron a tomarse en serio el tema y entonces sí, había gente que había cogido la barraca y venían de trabajar y se encontraban que le habían tirado la barraca y se encontraba a la familia en la calle y la barraca derribada.²⁵⁸

Las dinámicas de resistencia y el rechazo a estas situaciones por parte de los propios barraquistas, fueron las que hicieron aflorar los primeros pasos de una organización vecinal que desembocarían en las luchas vecinales de las décadas siguientes. Así era recordado para el caso del núcleo barraquista Ramón Casellas, en el Carmel:

Lo primero que tuvimos que hacer para empezar a organizarnos y luchar fue quitarnos el miedo. Aquí había un miedo terrible (...) Aquí no se hablaba de política, hasta los que eran políticos, los que tenían las ideas claras... la gente no se atrevía, si es que al que se levantaba un poco lo cortaban, no podías hacer nada. Pero poco a poco nos fuimos organizando. Esa solidaridad entre los vecinos mismos de decir: "Oye, no, que si le pasa esto a este tenemos que ir todos a ayudarlo porque es que mañana te toca a ti." Y entonces fue cuando empezamos a organizarnos de esa manera y ante cualquier medida de esta que venían: "¡Que vienen los de los picos! ¡Que vienen a tirar la barraca de Fulanito y tal!". Pues conseguimos que muchas de estas cosas ya se frenaran, porque, claro, ya el enfrentamiento con los vecinos, si veían que estabas un poco organizados y te ponías allí

existe la figura de *El sargento Colomera*, figura mítica cuya evocación reúne características semejantes de abuso y represión indiscriminada a las clases populares.

²⁵⁸ Entrevista a C.M.R., op cit.

*con los niños y las mujeres a rodear las barracas, y los curas. Esto hizo que frenara un poco la represión.*²⁵⁹

La represión a la emigración no se acompañó de la construcción masiva de polígonos de viviendas hasta finales de la década de 1950, cuando se iría consolidando la inserción de la inmigración en la trama urbana barcelonesa. Como hemos podido comprobar, la pérdida de calidad de vida que supuso el hábitat en una barraca, en relación con Granada, así como los riesgos inherentes a este tipo de asentamiento ilegal en la ciudad, fueron compensados por la libertad que experimentaron las dinámicas de reagrupamiento familiar y capacidad de ahorro que provocó en las familias trabajadoras. Comprender la opción de la barraca desde la óptica de la persona inmigrante, permite observar como operó todo un repertorio de lógicas mucho más amplio en las decisiones que tomaron las familias inmigradas. A pesar de que con frecuencia se ha señalado el fenómeno de las barracas como una fatalidad, creemos necesario ampliar el conocimiento y la percepción del mismo para comprender su encaje dentro de unas lógicas comunitarias, que empujaron a la búsqueda de soluciones para mejorar sus vidas y reducir los costes de la experiencia migratoria.

Ante miradas que con frecuencia han caracterizado a los inmigrantes como víctimas pasivas de un sistema, surge la evidencia de que en la totalidad de casos consultados fueron capaces de diseñar estrategias y adaptarse para superar las duras condiciones de su llegada a Barcelona. Esta capacidad de agencia de las personas migradas queda de manifiesto, tal y como hemos podido comprobar, por el hecho de que, más allá de la afirmación comúnmente aceptada según la cual las barracas fueron causadas por la inmigración, debemos considerar también que las barracas ocasionaron a su vez la llegada de un mayor número de migrantes. Fueron por tanto consecuencia y a la vez causa del fenómeno migratorio en la Barcelona del primer franquismo. Debido a las facilidades que proporcionaron para la reagrupación familiar, constituyeron un instrumento para el ejercicio de la solidaridad y para el establecimiento y consolidación de las comunidades migrantes en Barcelona. Desde esta perspectiva, sus ventajas fueron comparativamente muy superiores a las que podían ofrecer otro tipo de alojamientos, como veremos en los casos expuestos a continuación.

4.5 Llegar en solitario: el caso de las mestressas y el servicio doméstico para las migraciones individuales.

La extensión de la experiencia migratoria de las décadas de posguerra para un conjunto tan amplio de la población granadina, produjo otro tipo de experiencias que también están presentes en los

²⁵⁹ Ídem.

relatos orales de los inmigrantes granadinos. Para el caso de aquellas personas que emigraron de manera individual, existen dos modelos de asentamiento que habrían estado determinados en función del género de sus protagonistas. De ese modo, para el caso de las mujeres jóvenes solteras, entrar a vivir como internas en el servicio doméstico resultó ser una experiencia frecuente. En el caso de los varones jóvenes, en su mayoría solteros, alquilar cuartos o camas en casa de una mestressa, una patrona, también fue un recurso habitual en su proceso de integración socio-laboral en Barcelona.

Para el caso de las mujeres que entraron a trabajar en el servicio doméstico, el trabajo con fuentes orales permite observar que esta opción estuvo motivada con frecuencia por la necesidad de encontrar alojamiento y obtener al mismo tiempo unos ingresos. De hecho, ante la posibilidad de acceder a otro tipo de trabajos menos remunerados, como era el peonaje industrial, la opción por el servicio doméstico en régimen de interna de muchas mujeres parece indicar que el acceso a un alojamiento en un contexto de gran dificultad, también tuvo un peso importante. Uno de los testimonios que Jaume Botey recopiló sobre la experiencia de hombres y mujeres inmigrantes en L'Hospitalet de Llobregat hace una mención específica a este hecho:

El trabajo de las mujeres emigrantes no ha sido muy variado. Casi todas las chicas que nos vinimos por los años 50, nos tuvimos que poner a servir. Lo primero, porque en las fábricas se ganaba menos. Y lo segundo, porque, luego ¿dónde te quedabas? Entonces no podías hacer esto que hacen las chicas ahora de poner un piso entre tres o cuatro. Con quinientas pesetas no se podía hacer. Era imposible vivir. Mi hermano, por ejemplo, se hubiera quedado conmigo, pero tenía la madre, la suegra del otro, y todo lo que se quiera, porque vivían realquilados. Y las residencias que había para chicas eran mismamente para gente de carrera o que estudiaba, pero de la clase mía, no. Y así, en cambio, sirviendo en una casa, te daban comida y la cama y no tenías que preocuparte de donde te ibas a quedar (Botey, 1981: 178).

Como relata con naturalidad el testimonio de S.P.R., para el caso de la juventud que emigraba en grupo, era frecuente que los hombres se instalaran en pensiones y las mujeres encontraran acomodación en el servicio doméstico. En su caso, los hombres de la localidad de El Jau y conocidos suyos que fueron llegando, se instalaron en casa de una mestressa y su marido en Can Pagés, Montjuïc, mientras que las mujeres, entre la que se encontraba su novia y futura esposa, siguieron otra trayectoria:

*Al mes se vino mi cuñado y a los tres meses se vinieron las tres niñas, las tres hermanas, y el novio de la mayor. Todos vivíamos de pensión. Las niñas no. Las niñas estaban sirviendo, pero nosotros vivíamos de pensión ahí.*²⁶⁰

Sin embargo, en el caso de las familias que emigraban, las experiencias reflejadas en las entrevistas que hemos realizado hacen también hincapié en la vinculación entre el servicio doméstico y la necesidad de encontrar alojamiento. Ese es el caso, por ejemplo, de A.R.H., quien en distintos momentos de su relato recuerda las estrecheces que pasó con su familia en la barraca que habitaban en el núcleo Ramón Casellas del Carmel. En vista de esta situación, su decisión de trabajar interna para una familia residente en la cercana avenida República Argentina estuvo determinada por la necesidad de espacio: “Yo no estaba en mi casa. En todo ese tiempo dormí en la casa de mis padres a lo mejor cuatro noches, porque yo estaba sirviendo. Tenía que estar fuera para que cogiesen los demás”.²⁶¹

Una situación similar encontramos en el relato de una mujer oriunda de la localidad granadina de Gor. Su experiencia migratoria tuvo lugar en el año 1957, cuando llegó para instalarse junto a la familia numerosa de una tía suya, quienes habían vendido todas sus pertenencias en el pueblo, desplazándose a Barcelona para trabajar. En su caso fueron a parar al núcleo de La Catalana, cercana a Sant Adrià del Besòs, una masía que se había ido alquilando por habitaciones, en una de las cuales se ubicaron nueve personas:

Llegamos a la estación de Francia y nos estaban esperando y ya mi tío había buscado una habitación (...) Vinimos aquí a la Catalana y teníamos una habitación más chica que esto y luego había otra, un pasillo y una cocinilla. (...) Ponía mi tía una cortina atravesada y en un lado dormía mi primo Miguel Ángel, mi primo Juan y mi primo Gracián, tres hijos de ellos. Y luego en la otra parte dormíamos la Luciana, la Felisilla, la María Lina y yo, en la misma cama (...) Y allí entonces fue donde me buscaron para que yo me pusiera a servir (...) La Luciana y la Felisilla estaban trabajando en una fábrica de hilaturas elásticas. Entonces yo, me buscaron ahí y me fui a servir, con estos de la fábrica. Mi tía me decía: “Yo te diría que te quedaras, pero ya estás viendo”. Mira, la Felisilla se meaba. Ya tenía trece o catorce años y se meaba. Y yo me acuerdo que estábamos con los visos puestos y salía a

²⁶⁰ Entrevista a S.P.R., op cit.

²⁶¹ Entrevista a A.R.H., op cit

*veces hasta mojada. Nos acostábamos las cuatro juntas en una cama, y los otros tres y mi tía dentro de un cuchitril con mi tío.*²⁶²

Si bien en los casos femeninos encontramos fundamentalmente experiencias migratorias familiares, en el caso de hombres jóvenes que emigraran en solitario a Barcelona, vemos como el modelo de la *mestressa* es una constante en los relatos que reconstruyen aquellos primeros momentos en la gran ciudad. Un motivo para ello era la mala percepción que existía del mercado de vivienda de alquiler, como pudo comprobar M.P.M. (2), un joven de Baza, cuando quiso encontrar una vivienda por su cuenta:

*Fui a mirar por el centro de Barcelona, en la calle Tallers, pero aquello era fatal porque había un wáter comunitario para varias viviendas. Tenías que dormir con otro individuo en la habitación y luego a lo mejor alquilaban cuatro o cinco habitaciones y parecía una colmena aquello.*²⁶³

En el caso de los hombres jóvenes que llegaron a Barcelona sin su familia, la figura de la *mestressa* cumplía un rol fundamental en la adquisición de este alojamiento. Con un mercado de vivienda saturado y en un contexto social donde la división sexual del trabajo seguía siendo muy rígida, la figura de las mujeres que vivían de alquilar habitaciones en su casa y cocinar para sus huéspedes se generalizó. El estudio de los padrones de 1940 y 1950 por parte de algunos investigadores, permite observar como los hogares de viudas, que habían crecido tras la guerra, concentraban en 1950 porcentajes de huéspedes o realquilados declarados que representaban un 36% de todos los hogares presididos por mujeres (Oyón & Iglesias: 2004). Muchos hombres recurrieron a esta fórmula de alojamiento por resultar más cómoda y familiar, ya que permitía replicar en el nuevo contexto urbano los roles de género dominantes en sus lugares de origen, donde las mujeres se hacían cargo del trabajo reproductivo ante la dedicación exclusiva del varón a los trabajos agrícolas o artesanales.

Trabajos como el de Pilar Pérez Fuentes, en el caso de las patronas en la cuenca minera de Vizcaya en el tránsito del siglo XIX al siglo XX, han podido mostrar la existencia de un mercado sumergido de servicios domésticos, estimulado por las propias compañías mineras, para atender al mantenimiento de la fuerza de trabajo. En torno al 60% del total de la mano de obra eran huéspedes de las familias ya asentadas. Las mujeres que se ocupaban del cuidado de los trabajadores en sus hogares, obtenían unos ingresos muy superiores al jornal que podían ganar en los lavaderos de

²⁶² Entrevista a I.A.P., op cit.

²⁶³ Entrevista a M.P.M.(2), op cit.

mineral o en otras labores subsidiarias que les eran permitidas (Pérez Fuentes, 2000). Desconocemos el porcentaje de mestressas para la ciudad de Barcelona en la posguerra, pero sí el hecho de que era un recurso muy solicitado por aquellos hombres que emigraban solos. Esta tendencia tan arraigada de buscar el amparo femenino para sostener la vida, fue lo que potenció el rol de las casas de huéspedes en la posguerra. El hecho de ser viuda no era una condición indispensable para ejercer de mestressa y este podía ser ejercido puntualmente por mujeres que también estaban casadas y vivían con su familia o que incluso hubieran emigrado recientemente.

En los relatos encontramos casos en los que la figura de la mestressa era ejercida por una mujer con la que los varones migrantes tenían vínculos de parentesco o paisanaje. J.M.N., que emigró sólo a Barcelona en 1956 procedente de Algarinejo, encontró alojamiento en casa de una señora de su pueblo que vivía en la Zona Franca y había llegado unos cuatro años antes, siguiendo a su hijo y su marido que llevaban más tiempo y trabajaban en la construcción de la nueva factoría de la SEAT. En todo caso, este alojamiento no resultó ser muy estable debido a la mudanza de esa familia a L'Hospitalet de Llobregat, por lo que tuvo que buscar un nuevo lugar. Lo encontró gracias a dos compañeros de trabajo que ya vivían *de mestressa* en casa de una mujer aragonesa que alquilaba habitaciones y cocinaba para sus huéspedes:

*Entonces había dos paisanos míos que estaban allí en la empresa y me lo contaron: "Hemos hablado con la señora Carmen a ver si pudieras que te vinieras para aquí" Y la señora Carmen ni me conocía ni... Total que cuando llegué ya tenía la cena preparada. Me estuvo preguntando que de qué trabajaba. Total, que cené allí.*²⁶⁴

Nuevamente las redes de paisanaje y las solidaridades entre los emigrantes operaban de manera prioritaria para conseguir resolver las dificultades de alojamiento. J.M.N. estuvo viviendo con la señora Carmen más de quince años hasta que su hermana mayor emigró a Barcelona con su familia y se mudó a vivir con ella. Esta preferencia por el alojamiento con paisanos o familiares lo encontramos claramente en el caso de G.G.H., que emigró a Barcelona en 1960 por mediación de una hermana suya, que había emigrado en 1948 junto con otra compañera para trabajar en el servicio doméstico. Tiempo más tarde su hermana conoció a su marido en Barcelona, un mecánico de máquinas de coser natural de un pueblo de Teruel. Juntos compraron un piso en la zona de Vilapicina, a donde años más tarde fue a parar su hermano, quien reconocía esta ayuda imprescindible de su hermana para reducir los costes de la migración. En su caso resulta interesante

²⁶⁴ Entrevista a J.M.N., op cit.

la conciencia que este entrevistado tenía de haber vivido una experiencia migratoria privilegiada en relación con otras personas que emigraron en solitario:

*Por mediación de ella yo me vine aquí. A lo mejor me hubiera venido igual, pero no es como los que se han ido a Francia ni los que se han ido a otros lados. Yo me vine aquí con la calor de ella. El primer día ya tenía cama.*²⁶⁵

Esta experiencia de las mestressas para muchos inmigrantes de esta primera etapa supuso un contacto más estrecho con la sociedad barcelonesa. Para muchas mestressas el hospedaje de huéspedes se convertía en un negocio que había que rentabilizar y que tomó una dimensión mucho mayor en la década de 1960 ante la llegada masiva de trabajadores inmigrantes. Antonio Arquelladas, joven oriundo de La Zubia, recuerda las condiciones de alojamiento que encontraron muchos jóvenes como él llegados a trabajar a Barcelona a comienzos de la década de 1960

Esta mastresa, las condiciones que tenía era, tu pagabas una semana por tener derecho a la habitación, y en la habitación podíamos ser seis o ocho, eh, o sea, era una cosa increíble, no, dependiendo de lo grande que era la habitación, pues era cuatro, era seis, erais ocho, y entonces tú tenías derecho pues a dormir, y ellos te lavaban la ropa, o sea, la ropa digamos de trabajo y de calle y tal, pues ellos te lavaban y luego tú tenías que espabilarte para buscarte la vida en lo que respecta a comida.²⁶⁶

En el transcurso de esta investigación hemos podido acceder también a determinados testimonios que muestran como los jóvenes recién llegados a la ciudad eran tentados con ofertas que se destinaban a querer solucionar sus necesidades. En algunos casos, la percepción que los trabajadores inmigrantes conservaban de sus mestressas muestra determinados conflictos:

Me enteré por un bar que comía mi hermano: “Mira en tal sitio hay una señora que le falta un huésped.” Y llegué y tenía otro chico. “bueno pues vais a dormir en la misma habitación y en la misma cama”. A mí me daba igual, yo no me afeitaba todavía. Bueno, pues dormimos en la misma cama. A los ocho días de estar ahí, la mestressa aquella me dice: “Tu chico, te vas a quedar a comer aquí con Antonio, si tú quieres.” Antonio era el chico aquel que era mayor que yo. “Te quedas a comer con Antonio y yo te cobro, en vez de

²⁶⁵ Entrevista a G.G.H., op cit.

²⁶⁶ AHCONC. Fons Biografíes obreres. Entrevista a Antonio Arquelladas Sanpedro. Nacido en la Zubia en 1945. Emigrado a Barcelona en 1962. Realizada entre el 11/11/2001 y el 19/02/2002. Entrevistada y transcrita por Gisela Torns i Payà.

cobrar 300 pesetas al mes por dormir y lavar la ropa, te cobro 300 pesetas a la semana y te lavo la ropa, comes, cenas, desayunas, todo, no tienes que gastar nada.” Yo cobraba entonces 350 de jornal a la semana.²⁶⁷

La relación empezó a enturbiarse con esa mujer cuando descubrió que no le resultaba rentable el acuerdo al que había llegado con nuestro entrevistado y acabó echándole tras provocar una discusión. Como vemos, el sexo y la edad de los inmigrantes determinaron las opciones de alojamiento para aquellas personas llegadas a Barcelona durante el primer franquismo, potenciando la existencia de un mercado en el cual las mujeres desempeñaron un rol fundamental. Los testimonios recopilados permiten confirmar aquellos indicios que señalan como la extensión del servicio doméstico en calidad de interna se vio reforzado por la necesidad de alojamiento que experimentaban las mujeres migrantes. La dificultad de encontrar vivienda en Barcelona sin duda empujó a muchas mujeres jóvenes a entrar de internas en casas, condicionando sus itinerarios profesionales durante al menos la primera etapa de su vida en la ciudad.

Por su parte, muchos hombres llegados solos en aquellos años contrataron los servicios de una mestressa y se hospedaron en sus casas. La descripción de ambos tipos de alojamiento no llega a cubrir la diversidad y complejidad de fórmulas de acceso a la vivienda que hubo en Barcelona, tan sólo señala aspectos relevantes de algunas de las más comunes. Sin embargo, es destacable la estrecha vinculación que ambas mantuvieron con la condición asalariada. Ni las mujeres internas en el servicio doméstico, ni los hombres hospedados en casas de mestressas hubieran podido acceder y conservar estos alojamientos sin estar trabajando y cobrando un salario. El disponer de un salario se presentó para este perfil de inmigrantes como una condición para tener derecho a casa, circunstancia que no estaba tan presente en otro tipo de hábitats como las barracas, donde niños, ancianos o personas enfermas pudieron también residir.

Finalmente, como efecto del gran volumen de migración que llegó, veamos cómo fue ubicándose con carácter más permanente en el territorio, dando lugar a una nueva configuración de barrios y localidades próximas a Barcelona.

²⁶⁷ Entrevista a M.P.M (2), op cit.

4.6 Los suburbios caóticos: la configuración de las nuevas periferias y el fenómeno de la autoconstrucción en Barcelona.

Y entonces inventamos el suburbio caótico. Hay quien especula con todo ello. Aparece una extraña inmobiliaria, a veces hipócritamente benéfica, que vende terrenos a plazos. La familia barraquista dedica noches y domingos a hacer su casa con ladrillos, con cemento, con tejas. ¡Una casa! Una casa que habrá costado esfuerzos fabulosos, que habrá acumulado cantidades ingentes de trabajo desordenado y que no valdrá nada, absolutamente nada (...) Estamos creando suburbios enteros como Tarrasa o Sabadell que por fin han logrado ser ya las dos ciudades más feas del mundo y más bárbaramente inhumanas. Así crecen diariamente, despreciando esfuerzos que podrían ser fabulosamente productivos, todos los suburbios de Barcelona. Todos los inconvenientes de la barraca, pero ninguna de sus posibles ventajas. Ha nacido el barraquismo con firma de arquitecto.

Oriol Bohigas, *Elogio de la barraca*.

El arquitecto Oriol Bohigas publicó en la edición dominical del diario *Solidaridad Nacional* el 27 de enero de 1957, un artículo que es citado con frecuencia como precursor de la crítica al modelo urbanístico barcelonés de la posterior etapa desarrollista, dado que anticipa muchos de los problemas que con los años enfrentaría el movimiento vecinal del tardofranquismo. Se trata de “Elogio de la barraca”, en el cual Bohigas realizaba una crítica al urbanismo descontrolado que consolidaría la alcaldía de Josep María Porcioles aquel mismo año de 1957 y hasta prácticamente el final de la dictadura. En este epígrafe veremos de qué manera participaron los inmigrantes en la configuración de las nuevas periferias que surgieron en la década de 1950 como alternativa legal al barraquismo.

Una publicación editada en noviembre de 1952 con el título *Sobre el problema de la vivienda en la provincia de Barcelona*, recogía un discurso pronunciado por Josep María Marcet i Coll, alcalde de Sabadell, el 30 de octubre de 1952 en el local de la Caja de Ahorros de Sabadell, junto al gobernador civil, Felipe Acedo Colunga, con la intención de “encauzar el grave problema de la vivienda hacia soluciones eficaces, justas e inmediatas”. En su doble condición de político e industrial, Marcet i Coll, caracterizaba a las víctimas del problema de la vivienda como trabajadores inmigrantes cuyas necesidades debían ser atendidas:

No son indigentes ni pobres, son ciudadanos españoles que han venido a Cataluña en busca del pan y trabajo que les negaron las tierras que los vieron nacer, y que aquí, en nuestro

ambiente, se asimilan y llegan a ser obreros aprovechados que merecen el afecto y consideración de todos. “ Si no fuera por estas razones de tipo moral, bastaría decir que por egoísmo materialista venimos obligados a ampararlos para crear una abundancia de mano de obra que estimula una sana competencia sin la cual no existirían las posibilidades industriales que hoy poseemos, y llegaría el caso de que de no venir ellos a estas tierras, nuestras industrias tendrían que emigrar a provincias de mano de obra más abundante y barata; son los que realizan los trabajos más duros e incómodos, los que sufren en los primeros tiempos, los que en desesperada lucha por la vida venden míseros bienes en sus pueblos de origen, y con ellos se instalan de mala manera entre nosotros, toman una barraca en traspaso, o van arañando la tierra para excavar una cueva; son los que en domingos y días de fiesta, con el sudor de su frente, construyen su pequeña casa sobre terrenos y materiales de construcción y deshecho, comprados a plazos y vendidos en casos a precios de usura; son como los castores que en comunidad con sus mujeres e hijos van subiendo, a fuerza de lágrimas, el modesto hogar que algún día lejano verán coronado si antes las enfermedades o las deudas no los han barrido de la sociedad.²⁶⁸

De igual modo, caracterizaba la actitud del empresariado catalán de la época respecto a las condiciones de vida de sus trabajadores, apelando a su responsabilidad histórica, en consonancia con lo que habían sido las iniciativas empresariales en otros momentos de la industrialización catalana:

¿Es que no tenemos el ejemplo del siglo pasado, cuando el maquinismo sustituyó al artesano y se crearon las grandes industrias algodoneras en las márgenes de los ríos Ter, Llobregat y Cardener, que son la base de la riqueza industrial de esta tierra? ¿Podemos llegar a comprender que a estos antepasados se les hubiera ocurrido en momento alguno el construir aquellas fábricas sin crear las colonias que daban tejados a sus obreros? ¿Es que hubieran tenido el criterio nuestro de creer que aquellas gentes (que con el materialismo de las máquinas había suficiente) y que ya se construirían cuevas y barracas por sus contornos?²⁶⁹

La incorporación de la iniciativa privada a la construcción de vivienda en Barcelona aumentó progresivamente a lo largo de la década de 1950. Sin embargo, en el caso de Barcelona estas iniciativas industriales apenas se limitaron a la construcción de un grupo de quinientas viviendas que fue edificado en la Zona Franca para los obreros de la recién creada factoría de SEAT entre

²⁶⁸ AHCB. “Sobre el problema de la vivienda en la provincia de Barcelona”. Noviembre 1952. p.7.

²⁶⁹ Ídem.

1953 y 1955 (Segura, 2012). Por su parte, el gobernador Acedo Colunga señaló en su discurso de octubre de 1952 el temor a que la iniciativa constructora cayera en manos exclusivas del Estado, destacando la importancia de un cambio en la política de suelo para permitir la edificación:

Y es la urbanización consiguiente de esos terrenos, con el otorgamiento de parcelas pequeñas a los mismos obreros para que ellos se construyan su casa y sean propietarios y artífices de la misma. Esto ha de constituir, en Barcelona, una de las claves del éxito.²⁷⁰

Sería esta la vía que a partir de la década de 1950 utilizarían muchas familias migradas para superar su dificultad de acceso a la vivienda, transformando de manera definitiva el paisaje urbano de la periferia barcelonesa y su área metropolitana. Debemos insistir en el hecho de que fue la existencia de una política de vivienda insuficiente, dentro de un contexto de política económica fracasada, como fue la autarquía del primer franquismo, lo que condujo en Barcelona a una situación extremadamente crítica, mucho mayor que la de las barracas y los realquilados de la década de 1920. Esto empujó a muchos de los emigrantes que llegaron en la década de 1950 a buscar alojamiento en las nuevas periferias. La creación del Instituto Municipal de la Vivienda en 1944 se caracterizó por ceder a la iniciativa privada la labor social que debían realizar las instituciones y, como mucho, construir en los espacios que todavía quedaban libres en los cuatro grupos de viviendas baratas heredadas del antiguo Patronato de la Vivienda. Se trataba de unos llamados “albergues - viviendas ultra económicas”, que constituían unas infra-viviendas que no respetaban normativa alguna y donde en apenas 20 metros cuadrado se instalaba una cocina-comedor, dos dormitorios y un cuarto de baño (Segarra, 2003).

Como muestra de la falta de reacción institucional ante la magnitud del problema, cabe señalar que la labor realizada para paliar este problema por parte de los organismos estatales, desde el final de la guerra hasta 1953, fue menor que lo que se construyó tan solo en 1958, una vez creado el Ministerio de la Vivienda en 1957. La memoria del Instituto Municipal de Vivienda de Barcelona, reconocía a las alturas de 1948 que las cifras de viviendas construidas resultaban irrelevantes, frente al grave problema de vivienda económica, que seguía tan acuciante como lo estaba recién acabada la guerra. Sin embargo, diez años más tarde la aplicación del Plan de Urgencia Social en Barcelona a partir de 1957 trató de impulsar la superación del déficit de viviendas económicas, cuya oferta había comenzado a crecer desde 1955 (Ferrer i Aixalà, 1996). De ese modo, se produjo una reducción del

²⁷⁰ Ídem.

número de infraviviendas en la ciudad y de las ya mencionadas 12.500 barracas de 1957 se pasó a unas 7.100 a finales de la década.

Las limitaciones físicas del municipio de Barcelona se vieron agravadas por las políticas de control migratorio, lo que condujo a partir de la segunda mitad de la década de 1950 al desarrollo de nuevas periferias que se fueron densificando. El precio de los alquileres volvió inaccesibles ciertos distritos de la ciudad, de modo que las oleadas migratorias llegadas a Barcelona fueron ubicándose en distritos menos urbanizados, donde a partir de la segunda mitad de la década de 1950 comenzaron a llevarse a cabo las primeras construcciones de polígonos. A medida que avanzó la década de 1950, el área metropolitana de la comarca de Barcelona fue alcanzando unas dimensiones extraordinarias. Un ejemplo de ello serían localidades como Cornellá, que pasaron de tener 11.000 habitantes en 1950 a tener 39.000 en 1963, o Badalona, que en las mismas fechas pasó de los 61.000 a los 112.000 habitantes (Martínez-Mari, 1966).

Este cambio en las pautas de asentamiento de la población emigrada fue motivado por decisiones que, como veremos, estuvieron muy vinculadas a la situación del mercado de la vivienda. La apertura de un submercado de vivienda en las segundas periferias que se fueron configurando en esos años se ve ejemplificada en el caso de Santa Coloma de Gramanet, municipio situado al norte de la ciudad de Barcelona. J.M.H., emigrante granadino procedente de Cogollos de Guadix, rememora la profunda transformación que sufrió en pocos años el pueblo que le recibió y en el cual las casas de planta baja se fueron viendo sustituidas por bloques de pisos y por la proliferación de todo un nuevo entramado de calles. Aquella nueva aglomeración respondía a criterios económicos. Su caso explica bien el proceso de reubicación de los emigrantes que aspiraban a tener una vivienda más amplia y se veían desplazados a la periferia de la ciudad. Llegado a Barcelona entre 1953 y 1954, pasó sus primeros años en una habitación alquilada en casa de unos familiares en la calle Castillejos del Poble Nou, cercana a la fábrica donde trabajaba, dedicada a la elaboración de cartón. Cuando su mujer dio a luz a su primer hijo tuvieron que buscar un sitio más amplio:

Yo vivía, como te he dicho, en casa de mi tía, que no tenía casa. Allí estuve casi dos años. Cuando ya nació el hijo mayor que tengo, pues digo: "Aquí no se puede estar porque hace falta al niño ponerle una cama, una cuna, ponerle su ropa y todo y esto ya no puede ser". Y entonces allí en la empresa del cartón allí en Pueblo Nuevo, allí había un compañero, que era un muchacho muy bueno también y le dije: "¿Dónde vives?". Yo estaba con mi tía, allí en la calle Castillejos e iba andando y venía. Y dice: "En Santa Coloma". Y digo: "¿Y eso que es?".

- *Un pueblo, que está cerca de Badalona y tal.*

- *Es que quisiera yo buscar allí algo para cambiarme, para irnos a vivir allí.*

Y dice: "Si quieres el sábado te vas por allí, te espero y hablamos allí con uno que yo conozco". Entonces había corredores que les llamaban, corredores que se dedicaban a buscar pisos. Tu ibas allí y les encargabas: "Oye, búscame un piso o búscame una habitación, o dos habitaciones, una planta baja, lo que fuera." Y yo a ese hombre le encargué que me buscara una habitación.²⁷¹

La reestructuración del marco jurídico institucional que supusieron el Plan Comarcal de 1953 y las políticas urbanas y de vivienda que expresaban la Ley de Suelo de 1956 y las leyes sobre Vivienda de Renta Limitada de 1954 y 1957 dieron inicio a una fase expansionista en la historia de Barcelona y su área metropolitana. Estas medidas buscaban incorporar la iniciativa privada a la actividad constructora y ofrecieron nuevos estímulos para ello (Ferrer, 1996: 62). Se facilitó así la orientación de los capitales familiares, empresariales y financieros hacía la industria de la construcción, dando lugar a la época de mayor volumen edificador de toda la historia de Barcelona (Vilagrasa Ibarz, 1997). El período que abarca desde la promulgación de estas medidas hasta finales del ámbito cronológico de esta investigación, estuvo dominado por la emergencia de los barrios de autoconstrucción. La edificación de grandes polígonos de viviendas tuvo lugar con posterioridad, en la década de 1960 y en comarcas del área metropolitana de Barcelona, como el Vallés Occidental, se vio potenciada por el impacto que tuvieron las inundaciones de 1962, que arrasaron con numerosos enclaves barraquistas ocasionando cientos de víctimas y miles de heridos.

4.6.1 Echar raíces: la autoconstrucción en la periferia de Barcelona.

La percepción del fenómeno de la autoconstrucción de viviendas que tuvieron los inmigrantes, incorpora elementos que permiten ubicarla en el conjunto de estrategias de adaptación al nuevo contexto de llegada. En una de las entrevistas que recopilamos, un hombre que había llegado siendo joven procedente de Baza en la década de 1950, hacía una valoración de las posibilidades al alcance de aquellos nuevos trabajadores que comenzaron a plantearse la compra de un piso, a pesar de la escasez de los salarios:

Comprar un piso era caro y los jornales que se ganaban eran muy pobres. Lo más asequible era L'Hospitalet y Santa Coloma. Santa Coloma era la emigración total (...) Por aquel

²⁷¹ Entrevista a J.M.H., op cit.

*entonces empezaron a hacer viviendas. La mayoría eran particulares todos. Gente que venía de por allí, sacaban un permiso, que los daban con mucha facilidad y aquí hacían una casa y la vendían. Y hacían otra. Y así iban.*²⁷²

Santa Coloma comenzó a configurarse como una zona de residencia de trabajadores inmigrados, en la cual resultaba de crucial importancia el papel de los intermediarios, por lo general personas inmigradas con más experiencia y que se encargaban de ayudar a sus paisanos en la instalación. Los déficits generados por una inexistente política urbanística, ante la progresiva aglomeración de recién llegados, ofrecían un panorama en el cual los edificios de nueva construcción y las viviendas autoconstruidas iban perfilando un nuevo paisaje. Una descripción de Santa Coloma realizada con perspectiva en la década de 1980, señalaba como el fenómeno industrial catalán experimentado a partir de 1950 se encargó de cambiar la fisonomía rural de Santa Coloma hacia formas suburbanas. La multitud de nuevos pobladores, llegados a Santa Coloma en busca de terrenos que resultaban mucho más baratos que en Barcelona ciudad, colapsó con edificaciones los espacios libres en torno al pueblo.

La primera etapa de la instalación masiva de inmigración en el municipio colomense puede ubicarse en el periodo que abarca los últimos años de la década de los 1950. Mientras que el casco primitivo solo llegaría a densificarse mediante pequeñas promociones urbanas en el contexto de una o dos parcelas, llevadas a cabo generalmente por los mismos propietarios del suelo o por pequeñas constructoras, el resto del territorio de Santa Coloma experimentaría un proceso de crecimiento incontrolado y una degradación del extrarradio rural primitivo, debido a los densos asentamientos que se produjeron. Todas estas construcciones se acogieron a las directrices del señalado Plan Comarcal de 1953, que permitía la edificación en superficies medianeras, de mayor rentabilidad que las aisladas. Marcelo López Ródenas señalaba la importancia que las redes migratorias y la construcción reciente iban teniendo en la configuración de una nueva y caótica realidad suburbana, “a modo de almacén de mano de obra barata”:

Las calles que configuraban tan heterogéneas viviendas ofrecían el mismo atractivo que cualquier camino de carro, cañada o sendero montañoso. La mayoría sin urbanizar, presentaban un trazado tan desigual que fácilmente se verán desviadas o cortadas en direcciones opuestas. A veces por un terreno tapiado o por amplios socavones, pero, sobre todo, producto del desordenamiento de las casas. Porque nadie controlaba y urbanizaba los

²⁷² Entrevista a M.P.M.(2). Nacido en Baza el 15/05/1941. Realizada en Badalona el 07/03/2017.

solares que se edificaban. Porque la actuación de las Administraciones locales iba impregnada de corrupta especulación. O, simplemente, porque en aquellos momentos a la gente sólo le preocupaba dormir bajo techo y comenzar a saborear los incipientes placeres del bienestar económico (Rodenas, 1982: 25-26).

La mala calidad de las construcciones, unido a la experiencia del hacinamiento provocado por la escasez de espacio, fueron una constante en la experiencia de los primeros migrantes. Como recuerda J.M.H. acerca de la habitación de alquiler donde entró a vivir con su mujer y su hijo una vez se instalaron en Santa Coloma, la mala calidad de las edificaciones se debía, entre otras cosas, a la corrupción imperante:

Una construcción muy mala. Entonces no los vigilaban y hacían lo que querían. Venía el aparejador, le daban una propina o lo que fuera y hacían lo que les daba la gana y no valía el bloque para nada. Estaba de muy mala construcción. Ahí me buscó el corredor ese una habitación en el ático, arriba. Ya había otra familia viviendo allí en el ático y la habitación esta estaba separada, junto a la otra en la que vivía aquella familia, que eran tres o cuatro hermanos y los padres. Y la habitación esta de nosotros tenía un poyo de hornilla, compramos tres o cuatro sillas y una cama plegable, de esas que la cerrabas y tenías un mueble. Y así estuvimos otra temporada.²⁷³

En ese contexto no es de extrañar que la autoconstrucción tomara una importancia relevante hasta mediados y finales de los años cincuenta, auspiciada por las facilidades ya mencionadas que otorgaba el Plan Comarcal de 1953. Este Plan admitía que la ciudad se encontraba en una situación de desorden urbanístico y se proponía dirigir su desarrollo de una forma que lograra evitar una gestión meramente económica o especulativa.²⁷⁴ En el caso de Barcelona, el fenómeno de la autoconstrucción se produjo sobre todo en la zona de las laderas de Collserola, dando lugar a la expansión de barrios como Roquetes o Torre Baró. Si las barracas habían supuesto la forma más precaria producida por la demanda de flexibilidad y adaptación de las familias inmigrantes, las viviendas de autoconstrucción que comenzaron a proliferar en las nuevas periferias supusieron un

²⁷³ Entrevista a J.M.H., op cit.

²⁷⁴ Señalando las virtudes del Plan de 1953 y haciendo un balance posterior de la evolución del urbanismo barcelonés a partir de 1957, Eduardo Moreno y Francisco Martí lamentaban en 1974 el desastroso impacto que las políticas implementadas por la alcaldía de Josep María Porcioles tuvieron en la ciudad de Barcelona:

Sería aventurado afirmar que en 1957 se disponía de todo lo necesario para fraguar una *gran* Barcelona. Se estaba lejos de poder contar con una ciudad diseñada por Le Corbusier, pero se podía hacer de nuestra urbe un centro confortable, todavía humano. El Plan de 1953 intentaba evitar, con sus propias palabras, que la ciudad llegase a absorber las poblaciones de sus cercanías... para transformarlas en un barrio más de un ensanche interminable, que es justamente lo que ha sucedido (Martí & Moreno, 1974: 26-27).

grado mayor de consolidación del asentamiento. Denominadas por algunos autores como *corees* o *coreas*, este tipo de viviendas también proporcionaron a sus habitantes una flexibilidad en los ritmos de construcción, en la inversión familiar y en la adaptación a las necesidades que iban surgiendo, mayores que la que ningún otro tipo de vivienda legal podía ofrecer (Ferrer, 2010).

Otro ejemplo que ilustra las dinámicas de asentamiento de la población inmigrada en relación con la autoconstrucción de viviendas, lo encontramos en el testimonio de Antonia Valle para el caso de Torre-romeu, un suburbio de Sabadell. En la entrevista que le fue hecha por Angelina Puig, años después del ciclo de protestas vecinales que condujeron a la mejora del lugar, mencionaba las facilidades que muchos de los que se asentaron en ese barrio a comienzos de la década de los cincuenta tuvieron para ir pagando los solares donde edificaron sus casas. En su testimonio, recopilado en la década de 1980, encontramos un ejemplo de las relaciones que se produjeron entre la inmigración recién llegada y algunos propietarios, como era el caso del señor Simón, en Torre-romeu. En este caso se rompe el tópico de la usura de muchos autóctonos, dado que los nuevos habitantes de Torre-romeu tuvieron muchas facilidades para ir pagando con el tiempo los solares que compraron:

Hace cuatro o cinco años que lo terminé de pagar, porque luego pusieron el agua y la luz en las calles y yo le decía: “Señor Simón, yo no puedo. Yo, si tengo que pagar de la luz, del alumbrado de Torre-romeu y yo pagarle su solar, con lo poquito que gano es imposible. Yo tengo que pagar una cosa u otra”. “Bueno, paga la luz y deja el solar” Cuando luego el agua, pues lo mismo (...) Yo le decía: “Pero señor Simón, si yo cojo un duro es para medio arreglar la vivienda” digo “Si usted tiene dinero, miré, esto lo llevamos en cuenta, que ya se lo pagaremos. Pero de momento, tendremos que ir arreglando (la casa) poco a poco”. Digo: “Mire, por ahí me entra agua, tendré que hacer el muro. ¿Me hará más falta a mí el muro, que yo que le dé...? Ya ves tú lo que le iba dando, doscientas pesetas que le daba. Digo: “Pues yo creo que a mí me hace más falta que a usted. Esto se lo pagaré siempre.” Y el hombre pues, ya digo, que era un hombre bueno (...) Y quien dice yo, pues casi todo Torre-romeu, no te creas que fui yo sola. El hombre también dio esas facilidades, de que dijo “Ahí la tenéis la tierra, hagáis lo que podáis”. Todo el mundo le ha pagado.²⁷⁵

La autoconstrucción tuvo lugar en aquellos terrenos que se iban parcelando en nuevos solares y eran adquiridos por los emigrantes para levantar sus viviendas, empleando para ello toda la mano de obra

²⁷⁵ AHCONC. Col.lecció Angelina Puig. Entrevista a Antonia Valle. Transcripción propia.

que podía proporcionar el núcleo familiar. A pesar de recoger la importancia del trabajo familiar en los procesos de construcción de estas viviendas, no hemos encontrado en la bibliografía especializada descripciones de los mismos. Una observación más minuciosa de estos procesos, permite comprender la magnitud del esfuerzo que supuso tener que simultanear la jornada laboral con la construcción de una vivienda que tampoco acababa por resolver todas las necesidades de las familias. El testimonio de M.C.M.P., cuya familia se construyó una casa en Badalona a finales de los años cincuenta, remite a esta dimensión de empresa familiar para lograr unas condiciones de habitabilidad que distaban de ser óptimas:

Mi padre había comprado un solar. Vendió la tierra aquella y compró un solar, allí en la calle Pérez Galdós. Entonces con ese solar, mi tío vendió el piso, que estaba a medio hacer y entre lo que le dieron del piso y eso, mientras le dejaron el piso hasta que hicieran planta baja y piso en ese sitio. Entonces pues hicieron planta baja y piso con lo que le dieron a mi tío, pero allí trabajábamos todos. Allí venía un camión de tochanas y teníamos que entrarlo entre todos, venía un camión de arena y teníamos que entrarla entre todos. El domingo se juntaban todos sus hermanos y toda la familia a trabajar con el paleta allí, hasta que hicieron planta baja y piso. Entonces lo echaron a suertes y a mi tía le tocó la planta baja y a mi padre le tocó el piso. (...) El material lo compraban y un vecino que teníamos, que era paleta, hacía la casa. Los días de cada día, en vez de peones éramos nosotros los que ayudábamos a darle el agua, a darle las tochanas, a darle todo eso, antes de ponernos a trabajar. Y luego ya cuando hicieron eso ya teníamos planta baja y piso, que tenía tres habitaciones, una era muy pequeñita, la cocina muy pequeña, pero bueno. El lavabo tenía sólo lavabo y wáter solo, que también teníamos que lavarnos en un barreño en una habitación.²⁷⁶

En definitiva, la cuestión de la vivienda permite concretar, en el caso de la experiencia de los granadinos emigrados a Barcelona en las décadas de 1940 y 1950, el concepto de redes o cadenas migratorias. La posibilidad de sumarse a pequeñas empresas constructoras reforzaría el ya conocido e importante papel de la familia en el asentamiento y en la integración en el lugar de destino, con la consiguiente reducción de costes y riesgos (García Abad: 2001). Como hemos visto, la construcción de un nuevo hábitat en la ciudad reposó en buena medida, durante los años finales del periodo investigado, en la pequeña iniciativa privada de los propios emigrantes, a costa de una gran inversión de trabajo de los núcleos familiares y de la financiación procedente de las propiedades

²⁷⁶ Entrevista a M.C.M.P. Nacida en Cuevas del Campo en 1946. Realizada en Sant Adrià del Besòs el 29/11/2014.

que poseían en sus lugares de origen y de préstamos bancarios. Clara Parramón señalaba que aquellas familias recién llegadas que contaban entre sus miembros con jóvenes que podían incorporarse inmediatamente al trabajo remunerado, contaron con más facilidades para hacer frente a las hipotecas que aquellas familias que venían exclusivamente con hijos en edad escolar. El motivo principal es que las familias inmigradas mantuvieron la pauta según la cual los miembros jóvenes entregaban en casa el salario completo que ganaban (Parramón, 2015: 54).

Este volumen de actividad generalizado y orientado hacia la obtención de un alojamiento en propiedad, produjo como resultado la construcción de *auténticas* viviendas, en el sentido de que constituían una alternativa en el mercado legal de vivienda, lo cual no era el caso de las barracas. La estrecha relación entre este tipo de viviendas y la evolución de las familias usuarias, permite señalar algunas características que definieron este tipo de emplazamientos y han sido recogidas en algunos estudios sobre la urbanización marginal:

-La mayoría de los usuarios de las viviendas de autoconstrucción residían en otros lugares de la comarca de Barcelona, llevaban tiempo emigrados y no procedían de la inmigración directa.

-La elección del barrio solía hacerse por referencia de amigos o familiares residentes en el mismo y que el motivo fundamental era poder conseguir vivienda según sus posibilidades.

-La construcción final se apoyaba en la consecución de unos derechos sobre el suelo que aseguraban la confianza mínima para invertir en la construcción de una vivienda.

-La existencia de abundantes transacciones privadas al margen de la legalidad dentro de estos barrios que daban lugar a alquileres, realquileres, cesiones parciales de derechos, etc.

Francisco Candel señalaba en su famosa obra *Els altres catalans*, traducida al catalán por Ramón Folch i Camarasa, que las dificultades de integración de los emigrantes de posguerra podían compararse con las que ellos mismos, los inmigrantes del periodo de entreguerras, habían experimentado. Era la mayor o menor posibilidad de interacción con la comunidad obrera autóctona, lo que determinaba la integración o marginación de la comunidad recién llegada. Como señalaba Candel en su obra:

Les grans zones suburbanes pel fet d'ésser zones de pobresa, seu del món del treball i del proletariat, constitueixen una societat a part, d'esquena a la ciutat i a la gent del país, on arriben amb molt de retard, si els arriben, els beneficis de viure a la ciutat. (...) (Los inmigrantes) Viuen evadits. La música i el cant - ràdio i televisió a tot volum- per a la dona,

i la taverna o el bar per a l'home, ajuden a aquesta evasió. Les coses serioses, com ara la política, el problemes col·lectius del barri, les situacions injustes al treball, per a els no compten. Dissortadament (Candel, 1999: 274).

Esta percepción de que las grandes masas de personas inmigradas vivían en una sociedad a parte, en la periferia, queda bien patente en la descripción que Marcelo López Ródenas realizó sobre la vida cotidiana de Santa Coloma en la década de 1950, una de estas localidades periféricas de Barcelona. En su obra destacaba las inmensas aglomeraciones de personas que cada día se movilizaban para acudir al trabajo en la ciudad y las dificultades que los trabajadores colomenses tenían para salir de la población:

Las largas filas de trabajadores con su bolsa, cesta o bocadillo que enfilaban hacia la plaza de la Vila. Luego, allí el calvario, los apretujones, los nervios, las riñas. Y unas figuras que sobresalían de los demás: la guardia municipal encargada de ordenar las tumultuosas esperas y las agresivas subidas a los vehículos (...) Aquellos primeros tiempos de martirizante deficiencia en transportes públicos y su lógico desbordamiento por los usuarios, las autoridades lo intentaban encauzar con la presencia autoritaria de los guardias municipales (Rodenas, 1982: 35).

Los barrios que fueron surgiendo y superpoblándose en la posguerra, supusieron una nueva segmentación respecto a la que ya se había producido en las décadas de entreguerras. En ese sentido, destaca el hecho de que, en consonancia con una aspiración a la movilidad social, no se consideraba la ubicación periférica como algo definitivo, sino que la aspiración final era mudarse a las tramas urbanas más antiguas y consolidadas de los núcleos tradicionales y de Barcelona (Busquets, 1996: 75). Esta actitud se vio reforzada porque generalmente el hábitat donde se ubicaban estos nuevos barrios, estuvo caracterizado desde el comienzo por una total ausencia de servicios, lo que diez años más tarde, en el contexto del final de la dictadura, daría lugar a la aparición de los primeros movimientos de lucha vecinal en la comarca del Barcelonés norte (Cuesta Gómez, 2015). Al balance de costes que supuso el proceso de instalación de los inmigrantes en Barcelona, habría que sumar las carencias de todo tipo de servicios que acompañaron el nacimiento de estas nuevas tramas urbanas.²⁷⁷ Fueron estas dificultades, a las que sin duda habría que sumar el bagaje de experiencias que traían los nuevos habitantes en la gran ciudad, el germen sobre el cual se

²⁷⁷ Ejemplo de ello sería la iniciativa de construcción de las canalizaciones en el barrio de Roquetes, que fue impulsada en 1964 por los vecinos, con el nombre de “Urbanizar en domingo”.

construyeron las actitudes de descontento que una década más tarde darían lugar al surgimiento de las grandes movilizaciones vecinales que acompañaron el final de la dictadura franquista.

4.7 Conclusiones

Para poder analizar los mecanismos de viaje e inserción espacial de la población granadina migrante en la Barcelona de las décadas de 1940 y 1950, resulta necesario señalar la dificultad que conllevó emprender la emigración ante un panorama de malas comunicaciones, que se vio empeorado con la implementación de controles y represión por parte de las autoridades barcelonesas. En este capítulo hemos podido comprobar cómo la voluntad de llevar a cabo un cambio de residencia tuvo la fuerza suficiente para poder hacer frente a los diversos obstáculos, que pesaron sobre el derecho a la movilidad durante los años centrales de la década de 1950. De aquellas experiencias se desprenden, sin embargo, rasgos que influirán en la configuración de esta nueva clase obrera catalana, como fue la necesidad de abandonar una identidad rural que era vista como sospechosa para poder insertarse mejor en un nuevo contexto socio-económico y espacial. De ese modo, las estrategias llevadas a cabo por los inmigrantes granadinos hablan tanto de su voluntad para sortear los obstáculos, como de la importancia que las redes migratorias tuvieron para lograrlo.

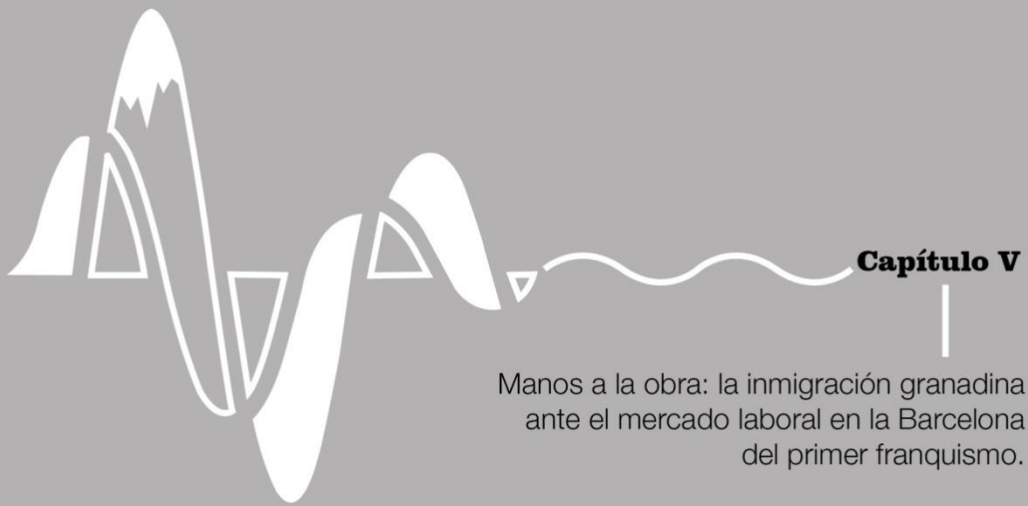
Por otra parte, al analizar el fenómeno del barraquismo, observamos que, más allá de constituir un último recurso para los inmigrantes, con frecuencia éste se convirtió en parte de una estrategia más amplia y compleja de inserción espacial en la realidad barcelonesa. Una decisión sobre la cual pesaba la negativa a someterse a los mecanismos de un mercado dominado por la especulación, así como la necesidad de contar con estructuras flexibles que permitieran una constante reagrupación familiar y que en determinados casos provocaron que personas que vivían en situación de realquiler prefirieran mudarse a enclaves barraquistas. No obstante, los costes de habitar espacios que carecían de condiciones de higiene y que formaban parte de un imaginario de estigmatización en la sociedad barcelonesa, también fueron percibidos como altos por parte de las familias que los vivieron. La mayor presencia de mujeres que puedan ofrecer testimonios del mundo barraquista señala la importancia que el factor familiar tuvo para eso, así como la fuerza de las redes migratorias y el trabajo familiar.

Destaca, en ese sentido, la diferente relación que tuvieron con la cuestión de la vivienda aquellas personas que emigraron en solitario, respecto aquellas otras que lo hicieron acompañadas y arropadas por un núcleo familiar. Del mismo modo, existen diferencias entre el mayor o menor

grado de apoyo que las personas recién llegadas obtuvieron de las redes familiares instaladas previamente en el territorio y el de aquellas personas que no contaban con referentes a la hora de instalarse en la ciudad, pero que fueron capaces de insertarse en determinadas redes ya existentes para resolver esta situación. Podemos comprobar, por tanto, como la cuestión de la vivienda pudo acabar determinando los itinerarios profesionales de aquellas mujeres que tuvieron que optar por entrar a trabajar en el servicio doméstico como internas por carecer físicamente de espacio para vivir. Ese no fue tanto el caso de los varones que emigraron en solitario, quienes debido a la propia estructura del mercado de trabajo ya contaban con el recurso de hospedarse en casa de una mestressa. Este fenómeno indica la pervivencia de una división sexual del trabajo, que acabó dando forma a toda una economía en la ciudad.

En el caso de las experiencias de autoconstrucción, promovidas por los cambios legislativos que inauguraron la última etapa del periodo investigado, la segunda mitad de la década de 1950, y que configuraron las periferias de la gran ciudad, encontramos que fue en este espacio, el del suburbio, donde con mayor fuerza se produjo esta primera identificación con una ciudad donde iba a desenvolverse su vida a partir de entonces. Precisamente hemos querido destacar la experiencia del barraquismo y de la autoconstrucción porque muestran tanto la importancia del esfuerzo familiar, como la dimensión pro-activa de los inmigrantes en su proceso de inserción espacial en la trama urbana barcelonesa, en un sentido mayor de lo que lo hicieron en una primera etapa los nuevos habitantes de los polígonos de viviendas, que sin embargo fueron mayoritarios. Fue mediante esta expresión del uso del espacio que significaban los nuevos barrios de la ciudad, urbanizando terrenos hasta entonces de uso agrícola, como los nuevos habitantes de Barcelona, los inmigrantes granadinos entre ellos, sentaron las bases de una nueva sociedad que, con el tiempo, llegaría en muchos casos a protagonizar poderosos movimientos vecinales en las décadas de 1960-1970.

Hasta aquí hemos podido comprobar que, a pesar de las dificultades impuestas para ellos y el resto de inmigrantes de posguerra, los granadinos fueron una de las principales aportaciones al paisaje humano de la Barcelona de la segunda mitad del siglo XX, tanto por su número, como por la capacidad que tuvieron de sumarse al esfuerzo colectivo de adaptación a unas nuevas condiciones de vida, habiendo dejado el campo atrás. Estos precarios comienzos en Barcelona fueron una continuación de la situación que habían dejado atrás, de modo que la ventaja comparativa que en principio podría obtenerse de la experiencia migratoria, con todo el coste que implicaba, cobró sentido a través de la inserción que estos migrantes tuvieron en el mundo laboral.



Capítulo V

Manos a la obra: la inmigración granadina
ante el mercado laboral en la Barcelona
del primer franquismo.

La intención de este capítulo es atender fundamentalmente al primer periodo de la inserción laboral de la inmigración granadina en la ciudad de Barcelona, analizando de manera particular determinados sectores donde su presencia fue mayoritaria. Si en el anterior capítulo pudimos analizar cuáles fueron las dinámicas de traslado, llegada e inserción espacial en la trama urbana barcelonesa de los inmigrantes de origen granadino, los objetivos de este capítulo serán definir algunos de los rasgos fundamentales que caracterizaron su adaptación al mercado laboral barcelonés. El acceso de las personas inmigradas al mercado laboral barcelonés durante las décadas de 1940 y 1950, así como las consecuencias sociales que tuvo este fenómeno, son aspectos fundamentales de la experiencia compartida por el amplio colectivo de trabajadores que transformó definitivamente la composición social de la clase obrera local a mediados del siglo XX. La población granadina se ubicó de manera destacada entre las comunidades de trabajadores inmigrantes, por lo que encontramos su presencia tanto en la capital catalana como en las ciudades y enclaves industriales de la provincia de Barcelona.

La década de 1950 supuso el comienzo de una progresiva transformación en la estructura económica barcelonesa, sentando las bases del gran impulso industrial que experimentaría este territorio durante la etapa del desarrollismo, entre 1960 y 1973 y que provocó una gran demanda de mano de obra. Las décadas del primer franquismo, particularmente la de 1950, ofrecieron posibilidades laborales a los inmigrantes, tanto hombres como mujeres, que fueron instalándose en Barcelona desde finales de la década de 1940. La vida laboral de las personas investigadas estuvo muy vinculada al desarrollo económico barcelonés y a su reactivación tras la guerra, contemplando una tipología diversa de empleos al alcance de las personas inmigradas y la apertura de numerosos nichos de empleo. En este proceso intervinieron tanto aspectos vinculados al género y la edad, incluyendo el trabajo de los menores, como la naturaleza de la demanda existente en el mercado de trabajo.

A pesar de que existió una amplia gama de empleos ejercidos por las personas inmigradas, estos se concentraron fundamentalmente en el sector de la construcción y en el peonaje industrial para el caso de los inmigrantes varones. Para el caso específico de las mujeres, la importancia del servicio doméstico se vio acompañada por una demanda laboral ampliada a otras ocupaciones, como el peonaje industrial, particularmente en el sector textil. En ambos casos, particularmente en el caso femenino, estos empleos se combinaron por lo general con otros trabajos que tenían como objetivo la reproducción social de las familias inmigradas.

Algunas de las aportaciones más relevantes que contiene este capítulo se vinculan a la perspectiva que nos permite el uso de fuentes orales. De ese modo accederemos a las percepciones que los trabajadores y trabajadoras inmigradas tuvieron de los empleos que desempeñaron al llegar a Barcelona y de qué manera se vieron transformadas sus vidas por estas experiencias laborales. Para personas acostumbradas a contextos de paro estacional, la incorporación a un mercado laboral diverso y con una relativa posibilidad de movilidad laboral, supuso toda una transformación en su percepción del trabajo asalariado. De ese modo, nuestro análisis tratará de identificar algunas de las particularidades que definieron la experiencia de las personas oriundas de localidades granadinas, así como señalar tendencias que contribuyan a una mejor comprensión del fenómeno migratorio en la ciudad de Barcelona y su área metropolitana y en algunas localidades de su provincia durante el período estudiado.

El fenómeno investigado tuvo lugar de manera simultánea a la instalación de las personas inmigradas en sus nuevos lugares de residencia. Si en el capítulo anterior pudimos comprobar la importancia de los lazos fuertes, familiares, para el asentamiento de los individuos y núcleos familiares que fueron llegando a Barcelona durante las décadas de 1940 y 1950, en este capítulo analizaremos la importancia que tuvieron los lazos débiles, de paisanaje, para facilitar su inserción socio-laboral. Concretamente nos interesaremos por las formas de acceso a los puestos de trabajo en la construcción, las fábricas y en el servicio doméstico, nichos de empleo principales para la población inmigrada en el contexto urbano e industrial de Barcelona. Para el caso específico de las fábricas, nos detendremos a analizar el papel desempeñado por las recomendaciones y las distintas modalidades en las que estas se produjeron.

Una vez repasadas las principales modalidades de inserción laboral de la población inmigrada, en la segunda parte de este capítulo trataremos de elaborar, principalmente mediante el análisis de los testimonios y el trabajo con fuentes secundarias, algunas conclusiones respecto a las actitudes que desarrollaron los inmigrantes y de qué manera esto condicionó sus biografías. Vinculado con la cuestión de las dificultades para la supervivencia y la percepción de las condiciones laborales que encontró la inmigración granadina en Barcelona, dedicaremos un epígrafe a valorar como se produjo su participación en las dinámicas reivindicativas en el mundo del trabajo que tuvieron lugar durante el periodo investigado. En este aspecto, trataremos de vincular aspectos de las vivencias experimentadas por la clase obrera granadina con la experiencia posterior en Barcelona y qué importancia pudo tener esto para la reaparición de la conflictividad social. Para finalizar el capítulo, consideramos necesario mencionar la importancia que la transmisión de este conjunto de experiencias tuvo en la creación de una cultura de la migración en los pueblos granadinos. De esa

manera, trataremos de afinar la identificación de las causas, económicas, pero en íntima combinación con otro tipo de elementos, que abrieron el camino de la emigración a muchos trabajadores y trabajadoras granadinos en las décadas posteriores al período investigado.

Las principales fuentes primarias utilizadas para este capítulo han sido los testimonios orales recopilados durante la realización de la investigación, así como las entrevistas que se encuentran depositadas en diversos archivos de Barcelona y su área metropolitana. Los análisis de los relatos biográficos de los inmigrantes a través de la recopilación de testimonios, ya sean escritos o resultado de la realización de entrevistas, permiten una aproximación a sus diversas trayectorias personales y señalan puntos de confluencia en las mismas. Por otra parte, las fuentes hemerográficas, fundamentalmente diarios y revistas publicados en Barcelona, han arrojado luz sobre algunos aspectos de la sociedad barcelonesa en relación con los temas abordados en este capítulo. Respecto a la bibliografía especializada sobre el tema, cabe destacar tanto las obras que analizan la historia económica de España y Catalunya en el periodo investigado, como aquellas que fueron producidas durante la década de 1950 y que observaron y reflexionaron de manera contemporánea la presencia de la inmigración reciente en la sociedad barcelonesa y madrileña. Por último, la consulta a los Anuarios Estadísticos de la ciudad de Barcelona, ha permitido elaborar algunas tablas que ayudan a comprender mejor determinados aspectos económicos de la ciudad, así como el perfil de la emigración andaluza en la década de 1950 en Barcelona.

5. 1 La reconfiguración económica de Barcelona en el primer franquismo.

Antes de adentrarnos en el análisis de las experiencias laborales de la población inmigrada, es necesario contextualizar económicamente el panorama laboral que encontraron los trabajadores granadinos llegados a la ciudad y a sus localidades cercanas durante el periodo investigado. Barcelona se convirtió en uno de los destinos más importantes para las migraciones interiores en el conjunto del Estado desde comienzos del siglo XX, cuando la ciudad y su área metropolitana consolidaron el prestigio de ser la mayor concentración industrial española. La infraestructura existente en la ciudad y la orientación productiva y comercial de su actividad económica eran el resultado de un desarrollo acumulado desde finales del siglo XVIII, entre otras cosas facilitado por sus excelentes medios de comunicación y su condición de ciudad portuaria. Las décadas de 1920 y 1930 supusieron para Barcelona la adquisición de una compleja estructura industrial, en la cual fue equilibrándose el enorme peso que a comienzos del siglo XX tenía la producción de bienes de consumo. José Luis Oyón (2008) menciona que si en 1900 la población ubicada en el sector textil,

junto con la que trabajaba en el ramo de la alimentación y los sectores del cuero, la piel y las artes gráficas, cuadruplicaba a los trabajadores de la industria sidero-metalúrgica, la química, la construcción o la madera, para 1930 ambos grupos de sectores industriales se habían equilibrado absolutamente. Este proceso de cambio en la estructura económica de Barcelona, se vio reflejado en una nueva composición de la fuerza de trabajo y en un crecimiento cuantitativo de la población obrera, que tuvo en la inmigración su principal factor de aumento demográfico, consecuencia de la extrema debilidad del crecimiento vegetativo de Catalunya y Barcelona (Cabré, 1989 y Cabré & Pujadas, 1989).

La inmigración obrera en Barcelona poseía unos rasgos muy definidos en vísperas de la guerra civil, con una gran proporción de trabajadores no cualificados, lo que correspondía fundamentalmente a la inmigración más reciente de origen murciano y almeriense (Tatjer, 1980). Como es conocido, esta oleada migratoria fue la mayor experimentada hasta la fecha en la historia de la ciudad. Llegada en el contexto de la expansión económica de la I Guerra Mundial, no tardó en verse reforzada por los contingentes de trabajadores inmigrantes que atrajo la demanda de empleo generada por las grandes infraestructuras desarrolladas con motivo de la Exposición Universal de 1929. Las cifras correspondientes al número de habitantes legalmente registrados en Barcelona entre las décadas de entreguerras y el periodo aquí investigado, permiten vislumbrar en la posguerra el comienzo de la última etapa de crecimiento intenso de la población en la historia de Barcelona. Iniciado a finales de la década de 1940, éste crecimiento demográfico, sin embargo, se veía limitado por la progresiva saturación del tejido urbano. Según López Gay (2008) durante el periodo entre 1940 y 1960 la ciudad pasó de tener apenas un millón de habitantes a tener algo más de millón y medio.

Por otra parte, la dinámica económica de la España de las décadas de 1940 y 1950 contrasta con la del resto de países europeos, dado que experimentó una recuperación más lenta que la de economías que padecieron destrucciones mayores durante la guerra mundial. Al hecho de no tratarse de un país desarrollado en el contexto europeo, se suma la evidencia de que su actividad industrial retrocedió entre 1930 y 1950, en un contexto posbélico de fuertes restricciones en la oferta de energía y materias primas. Las destrucciones de la guerra y el impacto de la revolución no parecen haber afectado demasiado a las mayores industrias de la ciudad. Un ejemplo de ello queda recogido en la publicación que editó la España Industrial, importante fábrica textil ubicada en el barcelonés barrio de Sants, con motivo de la celebración de su centenario en 1947. En ella se describían las condiciones en las que los propietarios encontraron la fábrica tras la entrada de las tropas franquistas en Barcelona, reconociendo que “al reintegrarse a sus puestos las autoridades legítimas, el señor Director Gerente y la Junta de Inspección encontraron la Casa habiendo sufrido los

menores quebrantos posibles dentro del desastre general” (La España Industrial, 1947: 69). De hecho, en dicha publicación se señalaba que a las pocas semanas pudieron atender un excepcional pedido de 400.000 banderas que les fue encargado por el Ministro de la Gobernación en una visita a la fábrica y cuya ejecución fue lograda en doce días, comprendiendo el estampado y la confección. Algo semejante puede observarse en el estado de buena conservación en el que acabaron la guerra otras grandes industrias, como la Maquinista Terrestre y Marítima, o en las empresas de gas y electricidad y en los tranvías y vías férreas electrificadas (Seidman, 2014). Mayor impacto tuvo, en cambio, la dificultad de acceso a suministros industriales. Jaume Fabre (2003) señala que la falta de materias primas fue agudizándose durante la primera década de la posguerra, fundamentalmente por lo que respecta a los materiales de construcción, imprescindibles para la reconstrucción de los daños causados por los bombardeos, así como las fibras para las industrias textiles todavía importantes como la Fabra i Coats o la ya mencionada España Industrial. Jordi Ibarz (2004) menciona que la evolución del tráfico de mercancías en el puerto de Barcelona, uno de los principales indicadores económicos de la actividad industrial en la ciudad, se desplomó en los primeros años del franquismo. El tonelaje total de mercancías manipuladas en 1940 fue similar al de 1920.

Dicho esto, es necesario establecer una distinción entre las décadas de 1940 y 1950 para comprender las transformaciones acaecidas durante el período que comprende esta investigación. Si bien durante la década de 1940, la intervención extrema del Estado franquista en todas las esferas de la actividad económica sumió a la economía española en un estado de depresión permanente, a partir de 1950 se experimentaron cambios importantes. Catorce años en total tardó la economía española en rehacerse de los estragos de la guerra, dado que a lo largo de la década de 1940 la tasa de aumento del PIB fue tan mediocre, que el nivel de 1935 no volvió a alcanzarse hasta 1951, y hasta 1953 no se llegó al nivel de renta *per cápita* de 1935 (Carreras & Tafunell, 2004). Durante la primera década de posguerra, el recorte de las remuneraciones salariales impulsado por la dictadura provocó una disminución radical de la demanda de productos manufacturados de consumo masivo, debido a que los trabajadores tuvieron que dedicar prácticamente todos sus ingresos a la compra de alimentos, a la vivienda y a algunos otros gastos esenciales. La transformación en la estructura de la demanda impulsó la reducción de la productividad de la industria. Al experimentar dificultades de importación de maquinaria, la productividad global se basó en técnicas intensivas de trabajo, mediante las cuales los empresarios tendieron a substituir capital por una fuerza de trabajo muy barata. Por parte de los trabajadores se experimentó una notable caída de la productividad del trabajo, lo que vino constituir una característica de esta época.

El aislamiento a la España franquista desde 1945 por su colaboración con las potencias del Eje, comenzó a romperse a medida que avanzaba el enfrentamiento entre los bloques soviético y occidental. Episodios de fuerte impacto geopolítico, como fue la guerra civil griega, entre 1946 y 1949 o la guerra de Corea en 1950, modificaron la posición internacional española. A partir de la firma del Pacto de Madrid en septiembre de 1953, el gobierno de Franco comenzó a recibir ayuda americana a cambio del establecimiento de bases militares, superando así la falta de divisas para financiar la compra exterior de materias primas y bienes de capital.²⁷⁸ Historiadores económicos como Albert Carreras y Xavier Tafunell (2004) señalan que entre 1953 y 1956, las transferencias de capital posibilitaron volver a equipar a la industria con maquinaria nueva. La importación de fertilizantes impulsó la reactivación de la agricultura, que permitió una sustancial reducción de las importaciones de alimentos entre 1948-1949 y 1952, liberando así millones de dólares en divisas para utilizarlos en la importación de bienes industriales.

En julio de 1951, Franco creó un nuevo gobierno que rectificó la política autárquica e intervencionista seguida durante la década de 1940 y acabó con el racionamiento, liberalizando los precios de los alimentos al año siguiente. Al relajarse el sistema autárquico, se abrió la puerta para el desarrollo de una industrialización sustitutiva de importaciones, fomentando industrias orientadas al mercado nacional mediante barreras insalvables a la entrada de productos extranjeros. Esto se combinó con una cierta flexibilidad en la importación de bienes de capital y potenciado por el aumento de la capacidad de generación de electricidad, que produjo la entrada en funcionamiento de las grandes centrales térmicas e hidroeléctricas, construidas por las empresas públicas del sector energético en la posguerra. Este modelo de crecimiento industrial nacionalista, permitió que las autoridades fueran autorizando con mayor frecuencia las compras de equipo y materias primas al extranjero.

No obstante, esta apuesta económica de sustitución de importaciones no prosperó debido a la inflación interna y al déficit de la balanza comercial externa, por lo que no se pudieron sentar las bases de un crecimiento económico a largo plazo. Los nuevos sectores manufactureros nacionales requirieron proveerse de maquinaria y materias primas de importación, pero el volumen de exportaciones fue mínimo al tratarse de productos muy poco competitivos. En cambio, los sectores exportadores tradicionales, agricultura y minería, vieron limitada su capacidad exportadora por la política industrialista gubernamental, que fomentaba la industria manufacturera y los condenaba a

²⁷⁸ No obstante, el volumen de fondos transferidos a España entre 1951 y 1958 fue el más bajo de los que correspondieron a los dieciocho países que recibieron asistencia económica y militar de Estados Unidos en los quince años de posguerra, con el añadido de que la España franquista no se integró en las instituciones multilaterales que gestionaron y optimizaron la ayuda norteamericana (Carreras & Tafunell, 2004).

un aprovisionamiento insuficiente de maquinaria y de insumos. A medida que el gobierno norteamericano transfirió dólares en contrapartida por la instalación de bases militares, se pudo financiar el desequilibrio externo, pero cuando estos fondos dejaron de llegar, se agotaron las reservas rápidamente.

La mencionada coyuntura económica llevaría a la promulgación del Plan de Estabilización en 1959, fecha que acota el periodo investigado. En este contexto hay que destacar que los años cincuenta fueron el comienzo de la fuerte expansión económica que caracterizó al desarrollismo. Esteban Pinillas de las Heras (1973) identificó a 1954 y 1955 como los años centrales del sistema basado en el uso masivo de mano obra, *labour-intensive*, señalando además que el Plan de Estabilización de 1959 supuso el tránsito de este sistema económico a otro que requiriera una mayor inversión de capital y tecnología, *capital-intensive*. Si tomamos como un ejemplo de esto a las estrategias empresariales aplicadas en la industria lanera de Sabadell durante la posguerra, podemos comprobar que estaban basadas en el uso intensivo de la mano de obra y no tanto la inversión capitalizadora en maquinaria moderna. Fruto de ello, a comienzos de los años 1960 las empresas laneras se encontraban sobredimensionadas de personal y con uno de los rendimientos más bajos de los países europeos. Esta situación se volvió insostenible al abrir el mercado interior a productos externos o al aumentar el coste de la mano de obra, a partir de las subidas salariales aplicadas por el ministro Girón de Velasco en 1956 (Calvet, 1994).

A lo largo de la década de 1950, la industria española se apoderó de toda la demanda interna de bienes de consumo y de una inmensa parte de los bienes intermedios. En 1958 el 94,4% de los bienes de consumo y el 82,2% de los bienes intermedios eran de fabricación española. La limitada capacidad de producir maquinaria de requerimientos tecnológicos medios o altos obligaba a continuar dependiendo de los países más desarrollados (Carreras & Tafunell, 2004). Por estas fechas, finales del periodo estudiado, el liderazgo barcelonés respecto a Madrid en cuanto a número de personas empleadas por sectores de la producción, fue más allá de la tradicional hegemonía del ramo del textil. Hacia 1958 su posición adelantada también abarcaba la industria de la metalurgia no mecánica, la producción de bienes de equipo, la construcción de maquinaria y aparatos eléctricos y la construcción de automóviles y componentes. Tan sólo en ámbitos como la industria ferroviaria o aeronáutica, Madrid albergaba más trabajadores que Barcelona:

Tabla 5: Número de trabajadores por sectores de industria en las provincias de Barcelona y Madrid. Año 1958.

	<i>Barcelona</i>	<i>Madrid</i>
<i>Industria textil</i>	201.220	4.137
<i>Transformación metalúrgica no pesada</i>	34.884	20.740
<i>Construcción de maquinaria</i>	27.495	9.060
<i>Construcción de aparatos eléctricos</i>	18.738	11.363
<i>Construcción de automóviles y componentes</i>	15.823	11.013
<i>Construcción y reparación material ferroviario</i>	5.055	9.996
<i>Construcción y reparación aeronaves</i>	1.250	6.154
<i>Total</i>	304.465	72.463

* Fuente: *Atlas de la industrialización en España* (pps. 234, 279 y 338). Elaboración propia.

Las décadas de posguerra asistieron, por tanto, a la consolidación de la capitalidad industrial de Barcelona en el conjunto del Estado, convirtiéndola en un lugar de atracción de trabajadores de toda España. A esto habría que sumar el factor de ser una gran concentración urbana, lo cual ya generaba actividad económica por sí misma. Un análisis de las cifras extraídas del censo de población laboral de 1955, afirmaba que:

En Barcelona hay una infinidad de industrias, principalmente de transformación y de bienes de consumo, que no tienen otra razón de ser sino la de satisfacer las necesidades de una gran aglomeración urbana. La industria de la alimentación, con sus 20,000 obreros; las de la construcción, con más de 35,000; la de la confección, con más de 30,000; la de la madera y la de las artes gráficas, cada una con más de 12,000, y las de artículos de lujo, son todas características del complejo industrial de tipo urbano (...) la existencia en el complejo industrial de toda una infraestructura de medios de transporte y comunicación, de una organización comercial y bancaria muy perfeccionada y de una mercado de mano de obra

abundante y especializada han motivado la instalación de muchas industrias (Ivern,1960: 41).

En el contexto de la expansión europea, la industria española, motor del crecimiento económico, progresó como nunca antes lo había hecho. Durante esta década, la propensión inversora, que se había mantenido extremadamente baja hasta 1949, se incrementó debido a un cambio radical en las expectativas empresariales que tenían como telón de fondo una Guerra Fría que aumentó la confianza del empresariado franquista en la supervivencia del régimen. Martí Marín (2017) señaló la poca demanda de trabajo existente en la década de 1950 para la inmigración recién llegada a Barcelona y su área metropolitana. Sus nichos de empleo se habrían reducido a tareas de limpieza, carga y descarga y similares, debido a una estructura industrial dominada por el tradicional textil y unas industrias mecánicas y químicas poco extendidas. No obstante, debemos contemplar que el sistema de industrialización sustitutivo de importación que hemos descrito, así como la evolución urbana de la ciudad de Barcelona, provocaron una diversificación mucho mayor en la estructura de la demanda de trabajo. Se generó así una demanda de mano de obra que comenzó a ser cubierta por aquellos trabajadores menos cualificados llegados del medio rural. En las siguientes páginas examinaremos cuales fueron las principales características del colectivo granadino inmigrado y que pautas de inserción laboral, en función de su sexo y de sus motivaciones, guiaron los comportamientos que llevaron a cabo.

5.2 Características socio-profesionales de la inmigración granadina en Barcelona.

Alguien en fin que no tenía nombre,
que se llamaba metal o madera,
y a quien miraron otros desde arriba
sin ver la hormiga
sino el hormiguero.

Pablo Neruda, *El pueblo*.

La inmensa mayoría de las descripciones consultadas en el transcurso de esta investigación, coinciden en señalar la baja cualificación profesional como rasgo característico de la inmigración que protagonizó el crecimiento demográfico barcelonés en las décadas de posguerra. Con frecuencia se trataba de trabajadores que respondían a un perfil semejante al de aquellos llegados en

décadas anteriores y circunstancias semejantes: personas con un escaso nivel educativo, que habían vivido en sus localidades agrarias de origen inmersas en complejos contextos de pluriactividad, lo que potenciaba su flexibilidad y capacidad de adaptación a las precarizadas condiciones laborales que encontraron al llegar a Barcelona. De forma generalizada, podemos considerar que los inmigrantes granadinos llegados en la posguerra tuvieron una mayor libertad para vender su fuerza de trabajo. Debido a la existencia de una mayor diversidad de ofertas de empleo, tras su llegada a Barcelona los trabajadores asalariados experimentaron en un grado mayor lo que la teoría marxista denomina *doble libertad*. Esto sucedió debido a su condición asalariada, que les liberaba de unos medios de producción que no poseían, a excepción de su fuerza de trabajo y, sobre todo, les permitía cambiar de empleadores con mayor libertad, algo que como vimos en capítulos anteriores, estaba mucho más restringido en su tierra de origen, debido a la mayor ausencia de alternativas en el mercado laboral granadino.²⁷⁹

El proceso de inserción laboral de la inmigración granadina abarcó una geografía en la cual destacaba fundamentalmente Barcelona y las ciudades industriales de la su provincia. Sin ánimo de ser exhaustivos, pero sí de mostrar el perfil de una inmigración que no solamente se instaló en la capital catalana, veamos a continuación algunos ejemplos de importantes localidades barcelonesas en las que se instaló la inmigración granadina a mediados de 1950 y cuáles fueron sus principales características socio profesionales.

En un estudio sociológico dedicado a las transformaciones sucedidas en L'Hospitalet de Llobregat, Francisco Ivern (1960) indicaba como en los municipios lindantes con Barcelona, el mayor volumen de inmigración era andaluz y sus características coincidían con el predominio del obrero manual sin cualificación profesional, el peón. Atendiendo a las características de la población activa, el censo distinguía dentro de la categoría de asalariados entre los remunerados a sueldo, participación o comisión y los jornaleros y a éstos últimos entre cualificados y no cualificados. En Badalona, el otro municipio suburbano barcelonés que por el volumen de población y carácter industrial podía compararse con L'Hospitalet, se observaba una misma proporción entre trabajadores remunerados a sueldo, empleados y jornaleros, con un 16% de trabajadores empleados y un 84% de jornaleros. Ambos municipios eran resultado de la descentralización industrial y

²⁷⁹ Marcel Van der Linden y Jan Lucassen señalan, sin embargo, que esta doble libertad no es aplicable a todas las situaciones:

This double freedom is by no means ubiquitous in wage labour. First, because freedom of the means of production is often a very relative concept. For example, consider the extremely large groups of allegedly self-employed wage earners, cooperatively subcontracting labourers, proto-industrial producers, and the like. Second, because freedom to switch employers is often less than the definition prescribes. Wage earners may be bound to their employers through debts (e.g. in a truck system), through pension plans, through the absence of alternatives on the labour market, and so on (Van der Linden & Lucassen, 1999: 11)

residencial de Barcelona, formando, como la mayoría de suburbios, comunidades poco diferenciadas y socialmente homogéneas.

En el caso de otras localidades cercanas a la capital catalana y con una poderosa base industrial, como fue el caso de Sabadell, autores como Martí Marín (2008) han señalado que la inexistencia de una actividad constructora de suficiente envergadura y las dificultades culturales para acceder a trabajos donde el manejo del catalán era necesario, como sucedía en el ramo del comercio y servicios, llevaron a los recién llegados en la posguerra a ubicarse fundamentalmente en el peonaje industrial y en el servicio doméstico. Con frecuencia estos trabajos fueron eventuales y de tipo verbal los contratos que se llevaron a cabo, dando lugar a situaciones de vulnerabilidad que afectaron por un periodo más o menos prolongado a los recién inmigrados, especialmente a quienes ocuparon viviendas precarias auto-construidas.²⁸⁰ Por su parte Angelina Puig (1990) menciona en su tesis doctoral a partir de la década de 1960 se produjo en el conjunto de Sabadell un crecimiento extraordinario del sector de la construcción. Sin embargo, en suburbios de nueva creación y mayoría de población inmigrada como Torre-romeu, a mediados de la década de 1950 ya una cuarta parte de los trabajadores eran de la construcción. Del resto de trabajadores asalariados del barrio en torno a 1955, el 48,72% eran obreros de la industria, reducida casi exclusivamente al textil, un sector altamente feminizado, y en un bajo porcentaje a la metalurgia.

Por su parte, para el caso de la ciudad de Mataró, Margarida Colomer (2013) destacaba el hecho de que muchas de las familias migrantes recién llegadas no estaban inscritas en el registro del paro, porque las mujeres hacían faenas domésticas en casas particulares sin ningún tipo de seguro o contrato. Los hombres normalmente trabajaban en el campo y de forma eventual, por lo que los salarios eran bajos y pagados en dinero negro. En ese contexto, llegar a trabajar en una fábrica era percibido como una situación privilegiada, a pesar de las dificultades que eso pudo entrañar en contextos de crisis económica.

En conclusión, encontramos un perfil de nuevos trabajadores con una débil cualificación laboral y bajo nivel de orientación profesional, con apenas diferencias entre las importantes poblaciones mencionadas (L'Hospitalet de Llobregat, Badalona, Sabadell y Mataró), lugares todos que acogieron población inmigrada en el período investigado. Esta población se habría ubicado en torno a empleos inestables, concentrándose mayoritariamente, en función de su sexo y de su edad, en los

²⁸⁰ Martí Marín (2008) señala también que, en 1955, cuando los barraquistas fueron desalojados de los márgenes del río Ripoll debido a una riada a su paso por Sabadell, tuvieron que presentar contratos de trabajo estable para no ser deportados. Algunas mujeres presentaron hojas firmadas por familias que reconocían que trabajaban para ellas, pero para los hombres, jornaleros industriales, fue difícil encontrar contratos de los empresarios, temerosos de ser multados o recelosos de dar trabajo fijo a los eventuales.

sectores de la construcción, el servicio doméstico y la industria. Para esta primera generación de inmigrantes, ya fueran instalados en Barcelona ciudad o en las localidades industriales de su extensa área metropolitana, superar el estadio de peonaje y acceder a trabajos más cualificados en la industria textil, o en los servicios y la administración, fue percibido como sinónimo de estabilidad y un objetivo a alcanzar.

Un examen de los registros que los Anuarios Municipales de la ciudad de Barcelona dejaron sobre las distintas profesiones declaradas por los inmigrantes procedentes de provincias andaluzas, permite extrapolar la situación mencionada más arriba a la ciudad de Barcelona. En la siguiente tabla observamos un reflejo de esta escasa cualificación de la inmigración andaluza en la ciudad de Barcelona de la segunda mitad de la década de 1950, así como de la creciente tendencia hacía el trabajo industrial que experimentó la población inmigrada:

Tabla 6: Andaluces inmigrados a Barcelona según profesiones, 1954-1959
(Cifras absolutas):

<i>Año</i>	<i>1</i>	<i>2</i>	<i>3</i>	<i>4</i>	<i>5</i>	<i>6</i>	<i>7</i>	<i>8</i>	<i>9</i>	<i>10</i>	<i>11</i>	<i>12</i>	<i>13</i>	<i>14</i>
<i>1954</i>	140	654	139	90	397	1.430	22	107	9	42	1	95	86	562
<i>1955</i>	90	889	102	74	330	1.310	43	96	17	64	0	84	108	677
<i>1956</i>	67	801	83	58	248	1.080	43	111	14	104	1	34	84	1.410
<i>1957</i>	113	1.100	110	98	347	1.430	21	114	11	126	0	88	89	1.500
<i>1958</i>	138	1.450	154	163	446	1.230	31	164	12	174	3	54	98	1.700
<i>1959</i>	99	1.480	206	202	486	1.300	29	122	17	195	3	110	109	1.860

1- Agricultura; 2- Industrial; 3- Transporte; 4- Comercio; 5- Construcción; 6- Peones; 7- Administración Pública; 8- Administración Privada; 9- Banca y Seguros; 10- Profesiones y Artes Liberales; 11- Culto; 12- Fuerzas Armadas; 13- Servicio Doméstico; 14- Condición no profesional activa.

* Fuente: AHCB. Elaboración propia a partir de Estadísticas Municipales, 1954-1959

En 1955 los andaluces representaban el 27'19% de la inmigración en la ciudad de Barcelona. De 3.881 inmigrados andaluces en edad activa, unos 1.310 declaraban ser peones, trabajadores sin cualificación que podían estar ubicados tanto en el sector de la construcción, como en la industria u

otros ámbitos laborales que precisaran su mano de obra. El segundo contingente era el de personas dedicadas a la industria, unas 889. A mucha distancia se encontraban aquellas personas que declaraban que su oficio era la construcción, unas 330, lo cual indica el escaso nivel de cualificación que existía en el sector durante el período investigado y que iría evolucionando hacia el final de la década de 1950. A pesar de que en las Estadísticas Municipales no hemos encontrado estos datos desagregados por provincias andaluzas de origen, la anterior tabla refleja un destacado predominio del peonaje. Por otra parte, debemos contemplar unos niveles de subregistro considerables en la declaración de profesiones, sobre todo en lo que respecta al trabajo femenino y, en particular, en las mujeres dedicadas al servicio doméstico. Otro dato relevante es el hecho de que las mayores cifras en algunos años corresponden a lo que se denomina “Condición no profesional activa”, lo que haría referencia al hecho de que una gran cantidad de personas desarrollaban actividades económicas diversas y no asimilables con categorías profesionales.²⁸¹ Como venimos señalando, la tendencia a lo largo de la década de 1950 fue la de lograr ubicarse en empleos industriales y tratar de adquirir una cualificación laboral. Para 1959 los andaluces suponían cerca de un tercio de todos los inmigrantes en Barcelona, el 28'56%. Del total de 3,955 inmigrados cuyas profesiones quedaron registradas en las Estadísticas Municipales, el porcentaje de aquellos que declaraban ser peones seguía apenas sin variaciones, lo que podría corresponder al perfil de las personas que acababan de llegar. En cambio, las personas que afirmaban que su profesión era la industria habían aumentado, así como aquellas dedicadas a la construcción, señalando una creciente tendencia hacía la cualificación profesional.

Estos datos coinciden con algunas de las descripciones que hemos recopilado sobre el perfil socio-profesional de los habitantes de los nuevos polígonos de viviendas, edificados en los suburbios del norte de la ciudad de Barcelona a mediados de la década de 1950, lo que posteriormente sería conocido como el distrito de Nou Barris. La inauguración en 1955 de los tres polígonos de viviendas de la Obra Sindical del Hogar (O.S.H.) en el barrio de Verdún, es una muestra de los avances progresivos que fueron realizando determinados sectores de la inmigración. La descripción de un testigo de la época, permite observar las diferencias respecto a aquellos otros inquilinos que habitaban desde unos años antes las vecinas viviendas del Gobernador, inauguradas en 1952:

²⁸¹ En relación con la diversidad de ocupaciones llevadas a cabo por el colectivo granadino inmigrado, podemos mencionar, como dato curioso, que en el desarrollo de nuestra investigación hemos podido documentar el caso de las mujeres oriundas de la localidad granadina de Baza que vendían lotería en Las Ramblas de Barcelona. Un artículo de la revista *Momento*, publicado el 7 de junio de 1956, hacía alusión a este fenómeno con el evocador título de: “Las vendedoras de lotería de las Ramblas son todas de Baza”. En dicho artículo se mencionaba que se trataba de una emigración de tipo temporal, generalmente en invierno, y mientras las mujeres trabajaban vendiendo lotería en las Ramblas, sus maridos se empleaban en el muelle del carbón.

Se trataba de familias nuevas, de jóvenes con muchas aspiraciones y con muchas ganas de luchar y de abrirse paso en la vida. En estas familias nuevas de inmigrantes, se puede decir que el nivel medio de calificación profesional era superior al de los vecinos del recientemente inaugurado grupo del Gobernador, donde la mayoría de las personas procedían del sector agrario y se dedicaban al servicio, mientras que en los grupos de la O.S.H. abundaban los obreros especializados, aunque también había gente procedente del sector agrario y dedicada al servicio doméstico. Esta diferencia de cualificación profesional que existía entre los ocupantes de las nuevas viviendas de la O.S.H. y las del Gobernador, se debía a que la mayoría de ellos llevaban más tiempo en Barcelona y habían tenido tiempo de aprender un oficio o de mejorar en el que ya ejercían anteriormente en su lugar de origen. Todo el personal estaba afiliado a los sindicatos, que era imprescindible para solicitar una casa en la OSH (Carrasco, 1994: 144).

De este modo, quedarían confirmadas las características generales de los trabajadores andaluces en la ciudad de Barcelona y en sus localidades más importantes durante la década de 1950. En tanto que trabajadores poco cualificados, los andaluces, con predominio de las personas oriundas de Granada y Jaén, se ocuparon en empleos que habían quedado abandonados por la mano de obra local, socialmente desvalorizados y para cuya realización no se exigía una especial cualificación. En el mencionado caso de la industria lanera de Sabadell, Jordi Calvet (1994) apuntaba que la llegada masiva de inmigrantes promocionó profesionalmente a muchos antiguos trabajadores sabadellencs, que se convirtieron en encargados, oficiales, oficinistas, representantes y vendedores, mientras que los trabajadores inmigrantes ocupaban los escalafones inferiores del mundo del trabajo.²⁸² En el sector de la construcción barcelonés también destacaba la ausencia de trabajadores catalanes, poco inclinados a emplearse en las obras.²⁸³ De este modo, la Barcelona de las décadas de 1940 y 1950 reprodujo la distinción presente en el periodo de entreguerras. En ella los obreros cualificados se habían diferenciado de los jornaleros por toda una serie de características sociológicas, que incluían mejores salarios y estabilidad laboral, capacidad de movilidad ascendente de sus hijos e hijas, un nivel más alto de alfabetización, menor movilidad residencial, así como mayor presencia en la vida cultural de sus respectivos barrios (Oyón & Romero, 2017).

²⁸² Es interesante observar cómo este fenómeno se repetiría en las décadas posteriores con los trabajadores españoles emigrados a países europeos como Alemania, Francia, Suiza, Bélgica u Holanda (Babiano & Asperilla, 2009, 87).

²⁸³ Un antiguo albañil llegado a Barcelona en 1959, recordaba así la ausencia de compañeros catalanes en las obras y cuáles eran las preferencias de los obreros locales: “Catalanes pocos. Los catalanes siempre preferían estar trabajando bajo fábricas. Nada más que querían fábricas (...) la construcción todos los que hemos venido de fuera (...) de Granada muchísimos en la construcción.” Entrevista a F.L.R. Nacido en Almonaster La Real, Huelva, en 1934. Realizada en Barcelona el 24/07/2018.

Las actitudes de los trabajadores inmigrantes con menor cualificación se vieron dominadas por la necesidad de superación y un esfuerzo mayor a realizar, que se proyectaría sobre sus familias y que tendría como protagonistas a aquellos inmigrados a Barcelona en las primeras décadas del franquismo. Analizando las estrategias familiares y actitudes respecto al trabajo facilitadas por los testimonios recopilados entre las personas inmigradas a Barcelona en las décadas de 1940 y 1950, podemos observar diversos factores que incidieron en sus modelos de inserción laboral. Por una parte debemos destacar el valor de la experiencia laboral de origen y la importancia de comprender la diversidad de procedencias, que influyeron posteriormente en los procesos de inserción y permitieron a aquellas personas con determinados conocimientos, como artesanos y mineros, acceder a mejores mercados de trabajo. Por otro lado también debemos destacar que la edad y el sexo, así como el hecho de haber llegado solo o en familia, resultaron ser elementos fundamentales para explicar los comportamientos observados en la inmigración granadina. Estos comportamientos obedecieron tanto a la necesidad de garantizar la subsistencia de los individuos inmigrados y de sus núcleos familiares, como a la voluntad de cumplir con aquellos objetivos que se habían planteado al llevar a cabo su proyecto migratorio.

Un caso paradigmático sería el de los menores inmigrados con sus familias. El análisis de los testimonios orales recopilados permite observar determinados comportamientos que guardan paralelismos con aquellos rasgos característicos de la sociedad rural tradicional a la cual pertenecían. Dado que en el contexto de las familias campesinas el trabajo infantil era vivido como algo natural, la llegada a un contexto urbano e industrial implicó en muchos casos una continuidad con estas prácticas, de modo que el recurso a la mano de obra infantil fue común.²⁸⁴ La presencia del trabajo infantil en las dinámicas de inserción en el mercado laboral de las familias inmigrantes, viene a señalar por tanto líneas de continuidad con la situación vivida en sus localidades de origen.²⁸⁵ En las décadas de posguerra el trabajo de los menores se vio potenciado por la pauta ya mencionada por Clara Parramón (2015) según la cual las familias inmigradas mantuvieron la

²⁸⁴ La Ley de Contrato de Trabajo de 1944 mantuvo la prohibición del trabajo de los menores de 14 años, pero quedaron eximidos de ésta los trabajos en el campo y en los talleres familiares (Borrás Llop, 2013).

²⁸⁵ Como señalaba un testimonio anónimo recogido por Jaume Botey (1981) sobre el comportamiento de muchas familias inmigradas en la posguerra a L'Hospitalet de Llobregat:

(Los padres) Como no tenían nada de dinero, sólo estaban preocupados por el trabajo y que cada uno ganara para comer. Porque, por ejemplo, yo vine a Barcelona a los diez años. Era la edad escolar ¿no? Además, apenas había aprendido nada en el pueblo. Y ¿qué hicieron mis padres? Ponerme enseguida a trabajar. Yo tengo esto metido contra ellos. Pero después me he dado cuenta que es el caso de muchos inmigrados y que ni se les ocurría a los padres otra cosa mejor. Ellos seguían pensando como en el pueblo, que un hijo ante todo era para ayudar, y que la educación a ellos no les servía demasiado (182).

costumbre de que los miembros jóvenes entregaran en casa el salario completo que ganaban.²⁸⁶ Algunos de los testimonios consultados abundan en la idea de que en la década de 1950, la amplia movilidad laboral que existía en Barcelona había sido aprovechada por los menores inmigrados para apoyar económicamente a sus familias. Así lo manifestaba un hombre oriundo de Alhama de Granada que había llegado a Barcelona de niño junto a su familia y residían en el asentamiento barraquista de La Perona:

A los once años yo estuve vendiendo periódicos. Después de vender periódicos me fui a la calle del Clot a hacer sillas. Después de hacer sillas me fui de zapatero-relojero. Después de hacer aquello me fui a una litografía, después de aquello... yo donde me daban un duro más, allí iba. Para que mi madre no fuera a trabajar.²⁸⁷

En resumen, el trabajo de los menores inmigrados fue consecuencia tanto de las dinámicas laborales presentes en el medio rural granadino de posguerra, como de las necesidades surgidas a raíz de la instalación de las familias inmigradas en Barcelona, lo cual desembocó en nuevas pautas de comportamiento.²⁸⁸ Sin embargo, esta actitud fue disminuyendo a medida que se consolidó la inserción laboral de los adultos y comenzó a cobrar mayor importancia la educación de los menores, vinculando a ésta con las estrategias de movilidad social, como examinaremos más adelante.

Para aquellos jóvenes varones inmigrantes que habían llegado en solitario y sin cargas familiares, hemos podido observar de forma generalizada el afán de formarse y obtener una mejor colocación asociada a la industria. Este objetivo orientó muchas de las decisiones de aquellos jóvenes inmigrantes, procedentes por lo general de contextos rurales donde no habían podido formarse profesionalmente y les condujo a ubicarse en ámbitos en los que pudieran combinar trabajo y formación. En el transcurso de esta investigación hemos podido documentar la existencia de

²⁸⁶ M.C.M.P., instalada con sus padres y sus ocho hermanos en Badalona a finales de la década de 1950 y trabajadora en una empresa textil desde los catorce años, lo menciona así: *“Trabajaban mis hermanos y yo, hasta la misma semana que me casé, le dábamos todos el dinero a mi padre. El sobre tal y como nos lo daban.* “Entrevista a M.C.M.P., op cit.

²⁸⁷ Entrevista a Rafael de Alhama de Granada. Fons d’entrevistes sobre barraquisme de l’IPEC.

²⁸⁸ José Luis López Bulla, que llegó a Mataró en 1965 procedente de la localidad granadina de Santafé, mencionaba de este modo la ética del trabajo que había podido observar en los hijos de las familias inmigrantes que ya estaban incorporados en el mercado laboral mataronense:

Seguramente iban al trabajo porque de esta manera se había decidido en sus casas, y también porque todas sus amistades lo hacían (...) Sin embargo, lo que en sus inicios era un mandato de los padres, se fue convirtiendo en una forma de ser propia, y no hacerlo sería considerada un desdoro (...) No estar trabajando significaba no tener la consideración de ser un hombre, no ser codificado como un hombre; no trabajar, en definitiva, se concretaba en quedar fuera del catálogo de aquella normalidad a la que nadie quería renunciar (López Bulla, 1997: 61).

trabajadores que contaban con un oficio y cuya principal motivación al emigrar a Barcelona era poder realizarlo en mejores condiciones y obtener un mayor salario que el que recibían en Granada.²⁸⁹ A parte de estos casos, encontramos que muchas de aquellas personas, fundamentalmente jóvenes, que no habían podido aprender un oficio en sus localidades de origen se plantearon obtenerlo en Barcelona. La edad resultó, por tanto, un determinante fundamental. Lo fue no solo porque los inmigrantes más jóvenes llegaron con posibilidades de adquirir formación, sino porque no tenían un pasado agrícola que les condicionara tanto profesionalmente como el que tenían las personas de mayor edad.

En el caso de los inmigrantes de mayor edad, hemos podido observar una mayor tendencia hacia el trabajo en el sector de la construcción. Esto estuvo motivado por diversos factores que lo caracterizaban como un espacio sometido a menor disciplina y control que el mundo industrial y donde también se cumplían algunas características del trabajo jornalero agrícola, tales como la mayor movilidad laboral y el trabajo al aire libre, como analizaremos en el siguiente apartado dedicado a ello. De igual modo, analizaremos de manera específica el caso de las mujeres en otro apartado de este capítulo, ya que en su caso no hemos podido observar tanto una aspiración individual a una mayor cualificación profesional, sino más bien el hecho de que su participación en el mercado laboral obedeció a una estrategia de sostenimiento económico de sus núcleos familiares. En todos los casos, la existencia de familiares o paisanos inmigrados con anterioridad facilitó la inserción laboral, aunque, a excepción de algunos casos vinculados al acceso a las fábricas, no hemos podido confirmar que su importancia fuera superior a la que tuvo en relación con la inserción espacial y la obtención de una vivienda, como ya vimos en el capítulo anterior. Podemos considerar, por tanto, que los inmigrantes no necesitaron tanta ayuda para encontrar trabajo como la que habían necesitado para encontrar alojamiento al llegar a Barcelona.

Este último aspecto se relaciona directamente con la percepción generalizada de que en Barcelona existían numerosas posibilidades de empleo al alcance de la población inmigrada. Un ejemplo fue el trabajo agrícola, cuya incidencia no hemos podido calibrar pero que resulta relevante por cuanto ofreció una modalidad de inserción rápida para la población rural de ambos sexos. En las décadas de posguerra la estructura industrial en muchas ciudades de la provincia de Barcelona aún convivía con un sector agrícola de relativa envergadura, lo cual ofreció posibilidades de empleo a los

²⁸⁹ Uno de los casos que hemos podido recopilar es el de A.B.V, oriundo de la capital granadina y cuyo oficio de pintor de coches le permitió encontrar una buena colocación en un taller de Barcelona. Según sus propias palabras: “Fui porque trabajaba mucho pero ganaba poco. No había convenio y lo que había no valía para nada”. Entrevista a A.B.V. Nacido en Granada el 24 de julio de 1924. Realizada en Barcelona el 17/06/2013.

inmigrantes de procedencia rural.²⁹⁰ Ya fuera para realizar el tránsito hacia otros sectores de la producción en la fase primera de exploración del mercado laboral, o bien como complemento de otras actividades económicas, los campos cercanos a las ciudades industriales de Barcelona acogieron la presencia de numerosos inmigrantes de forma eventual, tal y como recogen diversos testimonios. La conclusión que extraemos respecto a las evidencias de que hubo presencia de inmigrantes en el sector agrícola, es que ésta sucedió de forma eventual y tuvo lugar en los primeros momentos de la llegada a Barcelona. Algunas monografías locales han podido identificar ejemplos individuales de trabajadores inmigrantes de origen rural, que se instalaron en diversas localidades del Baix Llobregat porque les resultó más fácil en un primer momento integrarse en un contexto semi-rural que en el ambiente urbano. Son varios los casos en los que hemos podido identificar un itinerario de inserción habitual para los inmigrantes varones, que partiría de una primera toma de contacto con el trabajo agrícola eventual, para después pasar a la construcción y acabar ubicándose en la industria.²⁹¹

En cualquier caso, durante el período investigado observaremos por lo general un rechazo al trabajo agrícola jornalero, que entroncaría con los motivos fundamentales que habían motivado la emigración de muchas personas. María Vargas, natural de la localidad alpujarreña de Murtas y emigrada en 1956 a Pallejà, una población de la comarca del Baix Llobregat, mencionaba en el transcurso de los Taller de Historia de Pallejà muchos años después, como recurrió al trabajo agrícola hasta que pudo encontrar un trabajo en la industria:

Pues yo vine aquí y me vine para no trabajar en el campo y... ¡Y el primer trabajo fue en el campo! (...) Yo no quería campo porque a mí no me gustaba el campo. A coger guisantes, a coger guisantes, a coger tomates, y luego, pues, en el tiempo de las fresas, pues a coger fresas de las chiquitinas. Estuve toda la temporada. Y luego me metí en la fábrica Mata y

²⁹⁰ A pesar de que la función industrial aparece a mediados de la década de 1950 como algo dominante en la ciudad de Barcelona y sus poblaciones cercanas, la fuerte densidad de población y una creciente demanda de productos alimenticios estimularon el desarrollo de un sector agrícola importante. Por su volumen de superficie, la llanura del Llobregat figuraba entre las comarcas de agricultura intensiva más importantes de Catalunya, superando a la franja agrícola del Maresme, también cercana a la ciudad y de menor tamaño. Dificultades para la agricultura, derivadas del uso del agua para consumo de la ciudad y para la industria, fueron desplazando a lo largo de la década de 1950 la agricultura, en la cual se experimentó una disminución general y progresiva de la superficie cultivada.

²⁹¹ Soledad Bengoechea y Mercé Renom citan el caso de Fernando Cerdá, de Pedro Abad (Córdoba) que llegó de forma casual al Prat de Llobregat en julio de 1950. Al bajar del tren en la barcelonesa Plaza de España y preguntar dónde podía encontrar un campo para dormir, le indicaron esa dirección. En un primer momento trabajó en la agricultura, luego en la construcción y posteriormente entró a trabajar en La Papelera, una importante industria local (Bengoechea & Renom, 1999: 174).

estuve ahí 4 años. Y luego me salí y me fui a Molins de Rei a la fábrica del tomate, a las conservas.²⁹²

Por su parte, el testimonio de Francisco López, inmigrante onubense llegado a finales de la década de 1950 a Barcelona y quien en un par de ocasiones recurrió al empleo agrícola, antes de consolidar su inserción en el sector de la construcción, describe así el modo en que se llevaba a cabo la contratación de jornaleros agrícolas en la barcelonesa Plaza de Urquinaona:

Eran gente que necesitaba personal para ir a trabajar al campo, al Prat de Llobregat para coger fruta, para coger verdura. Venían los empresarios, todo el que tenía por allí fincas, para coger la verdura, para cavar la tierra. Llegaban al lado de donde está el Corte Inglés, allí se amontonaba toda la gente y venían los prestamistas del campo: “A ver, necesito tantos, ¿Quién quiere venir?”. “¡Yo, yo!”. Te cogían allí, a cuatro o cinco tíos, en un carro de caballos de esos y venga, al Prat de Llobregat, donde están los aviones, pues todo aquello. A coger las alcachofas, a sembrar... (...) Nadie quería el campo, lo que pasa es que si no tenías otra cosa. (...) Para estar parado dando vueltas, pues se iban allí y se traían sus dinerillos.²⁹³

Una vez descritas a grandes rasgos las características generales de la inmigración granadina, examinemos a continuación detenidamente algunos de los ámbitos principales de su inserción laboral en Barcelona. Aunque nos centraremos principalmente en la ciudad, también incluiremos referencias a las localidades industriales de su área metropolitana, dado que ambas emergen con similares características de los testimonios y documentación recopilada y analizada para la realización de esta investigación. A través de los casos investigados, podremos observar a qué factores obedecieron las distintas formas de inserción en los ámbitos investigados, de qué manera se relacionó la incorporación de los granadinos con la estructura de la demanda en el mercado de trabajo barcelonés y, fundamentalmente, como se articularon las estrategias personales y familiares de los inmigrantes para insertarse laboralmente y lograr desarrollar trayectorias profesionales.

²⁹² AHCB. Fonts Orals. Colección Taller de Historia de Pallejà. 15ª sesión. 18 de junio de 1997.

²⁹³ Entrevista a F.L.R., op cit.

5.3 Hacer de paleta. El trabajo inmigrante en el sector de la construcción

Cavamos túneles, colocamos raíles y construimos carreteras y edificios. Pero no dejamos otra huella detrás. Somos desconocidos y no hay constancia de nosotros. Tenemos muchos nombres y ninguno es nuestro. Cuando llega el agarrotamiento y el dolor y el trabajo se vuelve más duro, como le pasó a Roscoe, nos transformamos en nosotros mismos más jóvenes. Seguimos y seguimos. Somos como la botella que nunca se vacía. Somos inmortales.

Timothy O'Grady, *Sabía leer el cielo*.

El sector de la construcción fue un ámbito en el que muchos varones procedentes del medio rural y experimentados en trabajos agrícolas, encontraron una forma de insertarse en el mercado laboral de Barcelona. En este epígrafe examinaremos los factores que determinaron la inserción en el mundo de las obras de aquellos inmigrantes llegados en la posguerra. La relación entre el sector de la construcción y la inmigración es habitual y hasta cierto punto ha devenido un tópico recurrente en la caracterización del trabajador inmigrante en la sociedad catalana. Diversos trabajos, académicos y divulgativos, que han abordado el tema y que mencionaremos en este capítulo, coinciden por lo general en percibir a la construcción como un sector refugio, un paso intermedio entre la llegada al nuevo mundo urbano y la antesala de una mejor ubicación laboral. A través de nuestra investigación comprobaremos de qué modo las descripciones, testimonios y casos que hemos recopilado, reflejan una realidad más compleja que la tradicional imagen de transitoriedad que se le otorga al sector de la construcción.

A diferencia de Madrid, la edificación en la Barcelona de posguerra no fue una actividad relevante hasta mediados de la década de 1950, desarrollándose con fuerza durante la década de 1960, en un contexto que coincidió con el auge de la construcción vinculada al turismo en la costa catalana. La edificación de viviendas fue un indicador del volumen de la demanda de trabajadores para el sector de la construcción en la ciudad de Barcelona. A pesar de las acuciantes necesidades existentes en la ciudad y que ya fueron abordadas en el capítulo anterior, podemos confirmar que la construcción fue más bien escasa. De hecho, justo al acabar la guerra la actividad edificadora se había reducido un 33% y hasta 1955 el número de viviendas iniciado cada año fue siempre inferior a los años anteriores de la guerra (Ferrer, 2005). A ello habría que sumar el efecto de las medidas gubernamentales orientadas a la congelación de los alquileres. Planteadas para combatir la inflación, estas disposiciones acabaron convirtiéndose en un poderoso obstáculo para la restauración y rehabilitación de las viviendas, como ha demostrado Carlos Barciela (2012). Al no poder cobrar

rentas altas a los inquilinos más antiguos, los propietarios no invirtieron en la conservación de sus inmuebles.

Esta tabla elaborada en base a Estadísticas Municipales correspondientes a la primera mitad de la década de 1950, nos da un reflejo de la poca capacidad que tuvo el sector de la edificación barcelonés para acoger una gran cantidad de mano de obra:

Tabla 7: Edificios cuya construcción ha sido autorizada por la Fiscalía de Vivienda de Barcelona, 1951-1955.

Años	Números de edificios	Totales de las viviendas
1951	351	3.610
1952	397	3.390
1953	393	2.020
1954	1.010	7.430
1955	1.040	11.170

* Elaboración propia. Fuente: *Estadísticas Municipales (1951-1955)*.

La obra pública recibió, en cambio, mucho mayor impulso durante ese mismo período. El motivo fundamental fue la celebración del Congreso Eucarístico Internacional, que se celebró en Barcelona en 1952. En una época de plenitud del nacionalcatolicismo, el que fuera arzobispo de la diócesis barcelonesa entre 1943 y 1967, Gregorio Mondrego Casaus, impulsó la tarea de construcción de nuevas iglesias y la reconstrucción de las que habían sido destruidas durante la guerra. Su intervención más destacable fue la creación del Patronato de las Viviendas del Congreso Eucarístico, fundado en septiembre de 1952. Del mismo modo, promovió la celebración de diversos eventos destinados a potenciar la doctrina católica durante los primeros años de su mandato, demostrando al Vaticano su excelente disponibilidad para acoger la celebración del Congreso Eucarístico Internacional.²⁹⁴ Por otra parte, en vista de la situación creada por la huelga de tranvías de 1951, Martín Checa-Artasu (1997) menciona que la elección de Barcelona tuvo que ver tanto con las necesidades de expansión urbana de la ciudad, como con la voluntad política de contrarrestar

²⁹⁴ Destacando el Congreso Eucarístico Diocesano en 1944, el Congreso Catequístico Diocesano en 1946, el Congreso Diocesano de Sagrada Liturgia en 1948, así como la participación en el Congreso Diocesano de Acción Católica en 1949 y la celebración de la Santa Misión en 1951.

ideas latentes contrarias al régimen de Franco. Los cambios urbanísticos que provocó este acontecimiento generaron abundante demanda de trabajo para acometer obras importantes, como fue la remodelación de la parte alta de la Avenida Diagonal donde tuvieron lugar los eventos más importantes. La celebración del Congreso influyó en el desarrollo del nuevo aeropuerto en el Prat de Llobregat y motivó también indirectamente la ampliación de las líneas de metro, para cubrir las necesidades de una ciudad que comenzaba a crear sus primeros polígonos de viviendas más allá del Eixample.

Empresas dedicadas a la obra pública como *Fomento de Obras y Construcciones* o *Dragados*, tuvieron en los primeros años de la década de 1950 un papel importante en la contratación de peones de la construcción, empleados en las diversas reformas urbanísticas que se llevaron a cabo. C.M.R. confirma con su testimonio como la inmigración recién llegada a finales de la década de 1940 se vinculaba a esta demanda de trabajadores. La construcción resultaba para muchos un sector al que acudir en busca de un primer trabajo en la ciudad:

Entonces aquí trabajo sobraba, entonces no había problema de trabajo. Otra cosa es que estuviera peor pagado o mejor pagado el sitio, pero trabajo... era llegar a Barcelona y al día siguiente ya tenías trabajo, preferentemente en una obra, porque entonces Barcelona estaba en pleno proceso de arreglo de calles, de ciudad y de todo (...) Entonces las empresas que funcionaban en aquel momento era sobre todo Dragados, todo el mundo estaba en Dragados haciendo obra pública en las calles, no haciendo casas. Los hombres del barrio trabajaban de paletas (albañiles) y entonces empezaron a irse a las grandes empresas: La Maquinista, la SEAT, la Hispano Olivetti. Entonces la mayoría de los hombres o eran paletas o casi la mayoría fueron entrando.²⁹⁵

Como vemos, aunque bajo el calificativo de *paletas* (albañiles) se confunde el peonaje con las personas que poseían el oficio de albañil, las posibilidades de promoción laboral unidas al prestigio ya mencionado del trabajo industrial, llevaron a una parte de esta generación de trabajadores recién llegados a la ciudad a buscar empleos considerados menos duros y mejor remunerados. Algunas de las reflexiones que Francisco Candel recogió en *Inmigrantes y trabajadores* (1972), obra con la cual pretendía dar a conocer ante el público catalán al proletariado inmigrante recién llegado a Barcelona, refuerzan la idea de que la construcción fue un sector que acogió en la posguerra a muchos inmigrantes recién llegados. Su mirada hacía el sector de la construcción consideraba a este

²⁹⁵ Entrevista a C.M.R., op cit.

como una opción laboral menos atractiva, en comparación con el desarrollo industrial de la década de 1960, que vino a ampliar la demanda del mercado laboral en las fábricas de una Barcelona más industrializada. Señalando pautas de comportamiento del trabajador recién llegado, Candel observaba también una preferencia por el trabajo industrial en los inmigrantes:

Generalmente, este inmigrante coge el trabajo de peón de la construcción como algo momentáneo, por más que luego se eternice en él. Sin embargo, lo que busca, y que tal vez conseguirá por medio del amigo o del paisano, es entrar en la gran fábrica, también de peón, claro, pero en un peonaje no tan rudo ni humillante, en donde en cuanto aprenda a llevar cualquier clase de máquina le calificarán de peón especializado, y en donde no estará a merced de los inconvenientes climatológicos ni de las eventualidades (Candel, 1972: 86).

Sin embargo, como veremos a continuación, los motivos por los que los inmigrantes recién llegados a la ciudad se orientaron hacia el sector de la construcción amplían lo expresado en las anteriores descripciones y permiten profundizar y reinterpretar las motivaciones señaladas.

Un observador del caso de Madrid a finales de la década de 1950, Miguel Siguán, analizó los comportamientos de los inmigrantes llegados a la capital de España durante esa década y dedicó atención al sector de la construcción. En su trabajo afirmaba que, aunque no era la única salida laboral, sí que constituía el caso más frecuente y típico. Entre los motivos que impulsaban a los varones llegados del campo a buscar trabajo en la construcción madrileña, particularmente en el caso de los peones, Siguán destacaba el hecho de que era lo más parecido al trabajo de jornalero en el campo. La demanda de mano de obra resultaba más visible y accesible en una construcción que en una fábrica y los mecanismos de contratación eran más informales, a pie de obra. El trabajo en la construcción reproducía las condiciones de inseguridad del empleo en el campo, así como las incertidumbres del trabajo jornalero, dado que se basaba en la existencia de contratos eventuales que podían ser rescindidos en cualquier momento. Esta comparación con el trabajo de jornalero rural también implicaba el hecho de que esas características del peonaje en la construcción tenían lugar en un ámbito urbano, por lo que determinadas ventajas del trabajo en la construcción quedaban acentuadas en relación con el trabajo agrícola que los inmigrantes habían dejado atrás. Reproduciendo los razonamientos empleados por los trabajadores de la construcción, Siguán afirmaba las ventajas que podía encontrar un jornalero agrícola en el sector de la construcción urbano en la década de 1950:

Si su trabajo es inseguro, no es lo mismo que cuando en el campo se contrataba al día o a la semana, sabiendo que fatalmente en invierno quedaba ocioso. Si puede quedar en la calle por una disputa con un encargado, sabe que esto no le impedirá colocarse en otro sitio. Si está a la merced de una enfermedad o de un accidente, está haciendo el aprendizaje de la manera de aprovechar los seguros y los servicios sociales. Si su ignorancia no le permite defenderse o situarse mejor, está aprendiendo la desventaja que supone esa ignorancia. Y si su trabajo no tiene perspectivas, tropieza a diario con el ejemplo de otros trabajadores que, salidos de su mismo nivel, han logrado labrarse una situación en la ciudad (Siguán, 1959: 238).

Respecto a la cualificación laboral, las descripciones consultadas coinciden en señalar que la categoría profesional de los peones era mínima y no exigía ningún tipo de conocimientos ni de preparación, más allá de una cierta capacidad física. El peonaje en la construcción, volviendo a Siguan (1959), no daba al trabajador nuevos conocimientos ni aptitudes, siendo por eso considerado como un trabajo sin futuro profesional, que no conducía a ningún escalón superior ni en sueldo ni en categoría. No obstante, a pesar de afirmar eso, Siguan mencionaba el hecho de que a menudo, en determinadas obras, se rechazaban peones mientras faltaban albañiles, por lo que a un peón de la construcción le resultaba conveniente formar equipo con un albañil, cuando no aprender el oficio y lograr cualificarse él mismo.

Una situación frecuente entre colectivo inmigrado a Barcelona, era la de aquellas personas de origen campesino que no poseían conocimientos previos que pudieran facilitar su inserción laboral en ámbitos que no fueran el peonaje en la construcción. G.G.H., llegado a Barcelona en 1960 procedente de la Vega granadina, recuerda la facilidad con la cual era posible colocarse en las obras, aunque eso implicara desconocer muchas de las habilidades que se solicitaban para poder integrarse en un mercado laboral, que, a pesar de su dinamismo, requería de ciertas habilidades cuya ausencia debía camuflarse. A su llegada a Barcelona, su hermana, que ya residía en la ciudad desde hacía años, pudo orientarle mediante contactos personales para que se dirigiera a una empresa de construcción donde podría encontrar una buena colocación como oficial. Según su testimonio, fue despedido al poco tiempo porque, en sus propias palabras, “iba sin picardía”. Esto quiere decir que no tuvo la habilidad suficiente para enmascarar su desconocimiento de ciertas habilidades que le eran requeridas, por lo que tuvo que regresar nuevamente a trabajar como peón en la obra:

Puse unas bisagras al revés y supieron que no sabía nada y me fui otra vez para la obra, que es lo más corriente, donde te colocabas enseguida. Luego de la obra fue un amigo a ver

*un trabajo que había en una fábrica y les dijo "Donde yo estoy hay otro que entiende de maderas" Y ahí fui yo. Al otro día el dueño me dijo: "Usted sabe que aquí tiene trabajo para siempre" porque sabía trabajar.*²⁹⁶

Los testimonios consultados indican que los procesos de aprendizaje del oficio se produjeron una vez producida la emigración. Sin embargo, este aspecto de la cualificación en el trabajo de la construcción introduce un elemento a tener en cuenta, relacionado con los lugares de procedencia de los trabajadores inmigrantes y con el modo en que sus experiencias de origen predispusieron a algunos colectivos a ubicarse en ese sector. Un ejemplo de ello es el impacto que tuvieron las explotaciones mineras en la organización económico-social de varias comarcas andaluzas, lo que proporcionó determinados conocimientos a los trabajadores y les facilitó posteriormente un acceso más directo y fácil a puestos de mayor cualificación y mejor remunerados. De un modo semejante a como había sucedido durante el desarrollo de la red de metro y la reforma urbana en la Barcelona de entreguerras, el sector de la construcción y la obra pública acogió a muchos trabajadores que venían procedentes del trabajo en las minas. En el transcurso de esta investigación no hemos logrado localizar y recopilar testimonios de trabajadores granadinos procedentes de la principal zona minera de la provincia, el Marquesado del Zenete, que se insertaran en el sector de la construcción en Barcelona. En cambio, sí que hemos recogido el caso de un minero onubense que logró una rápida cualificación en el sector de la construcción, debido a los conocimientos que había adquirido en su lugar de origen:

*Ibas a las obras que estaban empezando a trabajar: «¿Necesitan aquí trabajadores?» Si, usted, ¿Qué (sabe hacer)?». «He trabajado en las minas de Río Tinto, pero yo me adapto a todo» le dije, «Yo, hago de todo lo que me digan» Y cogí el camino y me dijo: «Si, si, pues venga a trabajar» (...) Yo sabía encofrar, porque yo trabajaba en Río Tinto y estaba de encofrador (...) Yo entré como oficial de segunda y luego ya, cuando ya llevé bastante tiempo ya me hicieron encofrador de primera y ferrallista.*²⁹⁷

El sector de la construcción reunía, por tanto, condiciones que lo caracterizaban como un espacio sometido a menor disciplina y control que el mundo industrial y donde también se cumplían algunas características del trabajo jornalero agrícola, tales como la mayor movilidad laboral y el trabajo al aire libre. Esto habría forjado las preferencias de los sectores más veteranos de la inmigración. Ese es un aspecto que queda bien reflejado en el testimonio de F.L.R., cuando señala a las obras como

²⁹⁶ Entrevista a G.G.H., op cit.

²⁹⁷ Entrevista a F.L.R., op cit.

espacios donde la media de edad era mayor en comparación con la industria. Como vemos, las estrategias de adaptación empleadas por trabajadores procedentes del medio rural con más edad, les orientaron hacia el sector de la construcción donde, en cambio, no había tanta presencia de trabajadores jóvenes, que rechazaban aspectos como el trabajo a la intemperie o la suciedad que acumulaban en las obras:

Había muchos que no querían la construcción. Como empezaron a abrir fábricas en Pueblo Nuevo, la gente fue para allá. La construcción era muy dura, la fábrica era mejor, porque si llovía no te mojabas en la fábrica. Una persona mayor trabajaba en la construcción mejor que los jóvenes, porque los jóvenes no sabían ni picar. Cogían un pico y una pala y no sabían ni coger la pala para tirar la tierra. Claro, en aquella época que se iba levantando todo Barcelona aguantaban (en la obra), pero de la construcción se iba muchísima gente a las empresas (...) Personas mayores que sabían hacer los estribos, hacer los pilares, hacer el hormigón, todas esas cosas. Los viejos sabían hacer todo eso porque se quedaban enseguida, pero la juventud no, la juventud no quería eso.²⁹⁸

Las evidencias parecen indicar que para aquellas personas que habían dejado el campo y aspiraban a cambiar de vida completamente, la construcción les recordaba a un pasado agrícola que rechazaban. Por su parte, las fábricas eran percibidas por muchos trabajadores de la construcción como un hábitat más peligroso que las obras en relación a los accidentes de trabajo. Ciertos empleos en la construcción permitían unas condiciones de trabajo que se asemejaban más al trabajo agrícola por realizarse al aire libre. En este sentido, es interesante valorar hasta qué punto esto pudo ser un elemento que lo convertía también en un sector atractivo para personas de mayor edad y por tanto más dificultades para adaptarse a trabajos de otro tipo:

La gente mayor no quería estar debajo de eso y querían que les diera el aire, fuera de las fábricas. Había muchas personas que se salían de las fábricas y se iban a la construcción. En aquella época la gente quería la construcción e iba muy bien la construcción (...) La juventud no tragaba, quería ir a fábricas. Era gente mayor (...) En la construcción, personas mayores más que la juventud. La juventud no tragaba, la juventud quería otra cosa, otro destino. En la construcción eran todas personas mayores (...) Hombres que tenían cuarenta o cincuenta años y eran peones.²⁹⁹

²⁹⁸ Ídem.

²⁹⁹ Ídem.

Este testimonio queda confirmado por las observaciones que llevaron a Francisco Candel a describir a los peones de la construcción con el perfil de antiguos trabajadores agrícolas con menos capacidad de adaptación a otros oficios, particularmente el trabajo industrial. Este elemento habría sido determinante para que en las obras se encontraran fundamentalmente trabajadores de mayor edad. A esto habríamos de sumar que, a diferencia de otros ámbitos, la flexibilidad en la política de contratación del sector de la construcción permitía trabajar a las personas de mayor edad:

Aunque hay elemento joven, éste no abunda demasiado, tendiendo a ser notoriamente fugaz y pasajero. La mayoría pasan de los 30 años, perdurando desde esa edad hasta los 60, hasta la edad en que tienen que abandonar, por la jubilación, tan duro trabajo. En la gente de 25 a 35 años hay cierta tendencia a marcharse a trabajar a las fábricas. Los que más continúan en este ramo, hasta jubilarse en él, son los que vinieron de sus tierras de origen siendo allí braceros, jornaleros, y que ya tienen edades alrededor de la cuarentena (Candel, 1972: 91).

Un testimonio de gran valor y que nos permite ampliar las causas que condujeron a orientar hacia el sector de la construcción a muchos inmigrantes durante el período investigado, es el de R.M.M., trabajador de la construcción procedente de Loja e instalado en Terrassa a comienzos de la década de 1960. Interrogado acerca de los motivos por los que tanto él como muchos de sus paisanos y conocidos trabajaron en la construcción, ya fuera en la localidad de Terrassa como en la de Sabadell, mencionaba tanto el hecho de que se podía ganar más dinero, como aspectos vinculados a las dinámicas de instalación y la necesidad de procurarse un alojamiento para los núcleos familiares. Trabajar en la construcción habría sido, por tanto, una estrategia para facilitar el acceso a una vivienda de propiedad y superar la precariedad de los comienzos:

Aquí todos los que han venido de mi pueblo y todos de la parte de Andalucía, enseguida empezaron a hacerse viviendas. Con mucho sacrificio, pero todos se hicieron viviendas. Trabajaban ellos, que eran paletas, se enseñaron a ser paletas aquí. Iban los domingos o los sábados y se ayudaban los unos a los otros, porque la unión esa sí la mantuvieron, la unión esa sí la tenían. “Oye, que hay que ir a poner vigas a tal sitio”, y allá que iban, sábado por la tarde, porque por la mañana tenían que trabajar. Y allá que iban y ponían las vigas, se ayudaban a poner las vigas, echar el pavimento. “Bueno, cuando haya que poner otra cosa”. Y así se juntaban todos. Esa ayuda si la han tenido todos ellos y todos tienen

*vivienda, algunos tienen hasta dos. El que ha sido albañil, ese se ha hecho hasta dos viviendas.*³⁰⁰

Esta mención a la unión y la solidaridad conservada por las comunidades migrantes granadinas, hace referencia a aspectos que superan las dinámicas de apoyo propias de los vínculos de paisanaje y remiten a factores de afinidad política existente en sus localidades de origen, en este caso Loja. Las personas a las que se refiere el testimonio citado se habían destacado en la década de 1940 y comienzos de la de 1950 por su labor de enlaces de la guerrilla y, como vimos en el capítulo segundo, habían tenido que emigrar debido a la represión. Precisamente ese sería otro elemento que asoma en la entrevista a R.M.M. y que indica que el trabajo en la construcción ofrecía mayores posibilidades de pasar desapercibido y escapar del control de las autoridades. La nueva legislación laboral de la dictadura se empleó en lograr un mayor control de la mano de obra, fijando a partir de 1942 la obligatoriedad de que todos los trabajadores estuvieran encuadrados en la Organización Sindical Española. Sin embargo, el trabajo en las obras permitía eludir con más facilidad este requisito, como destaca el testimonio de R.M.M. Condenado en 1952 por participar en la guerrilla y tras pasar once años en prisión fue desterrado a Barcelona, nuestro entrevistado explicaba de qué modo se enfrentó con las autoridades sindicales y rechazó ser encuadrado dentro del Sindicato Vertical, algo que para los obreros industriales resultaba mucho más complicado:

En la fábrica a veces te exigían cosas, tenías que tener un carnet que te hacían de la Falange. La obra tenía menos control (...) Yo cuando vine aquí, entré a trabajar a un edificio, que estaban haciendo los fundamentos. Fui al sindicato y entonces en el sindicato me dijeron: “Bueno, usted tendrá que ir al centro (la sede) de Falange, allí le darán un documento.” Llegué un día allí y dije: “Vamos a ver. ¿Qué hay que hacer aquí?” “Usted tiene que afiliarse”. “¿Yo de qué, guapo? Yo en el trabajo que estoy haciendo no tengo que afiliarme a nada. Yo no estoy en una fábrica, ni que me lleven un control ni nada. Yo estoy trabajando en una obra y con ustedes no quiero saber nada”. “Bueno, ya se puede usted ir”.³⁰¹

Podemos afirmar que el trabajo en la construcción fue, por los diversos motivos que hemos mostrado, más accesible para aquellas personas que llegaban procedentes del medio rural sin cualificación, así como para aquellas que tenían algún conocimiento que les permitía integrarse fácilmente. La dinámica de obra pública dominante en el período investigado no requirió, por lo

³⁰⁰ Entrevista a R.M.M., op cit.

³⁰¹ Ídem.

general, de trabajadores con las habilidades que requería el trabajo de edificación. Los testimonios recopilados permiten observar que algunas personas que optaron por trabajar en la obra aprovecharon las circunstancias para emprender proyectos de autoconstrucción y que contaron para ello, como también vimos en el capítulo anterior, con la ayuda de redes de apoyo, ya fueran familiares o paisanos. Este elemento permite reforzar la hipótesis de que en muchos casos se trataba de personas de cierta edad y que habían emigrado con sus familias. De igual modo, el factor de la edad sería un elemento de cierta importancia para explicar la preferencia por ubicarse en espacios de menor control, donde no fuera necesario estar encuadrado en la organización sindical vertical y donde la posesión de antecedentes políticos no implicara una posible exclusión de mercado de trabajo, cómo venía sucediendo con frecuencia en las localidades granadinas desde el final de la guerra civil.

En relación con los modos de contratación, en el caso de Barcelona parece haber sido importante el papel de las subcontratas. La figura de los contratistas, que trabajaban como intermediarios para contratar trabajadores eventuales, fue muy relevante y surge en numerosos testimonios de personas llegadas en aquellos años. Con frecuencia la demanda de trabajadores era comunicada de forma directa en las mismas obras y los propios trabajadores inmigrantes se encargaban de transmitir esta información.³⁰² Ante esta abundancia de trabajo remunerado, para muchos inmigrantes varones el trabajo con los contratistas significaba la puerta de acceso a un empleo. Además, el hecho de no cotizar a la seguridad social permitía obtener una remuneración mayor por hora trabajada que la que tenían otro tipo de empleos en la ciudad. Todo ello supuso un incentivo para muchos inmigrantes, a pesar de que los trabajadores se encontraban sin asegurar y a expensas de los abusos de sus empleadores.³⁰³ Miguel Siguán (1959) confirmaba en el caso madrileño que la situación laboral en el sector de la construcción durante la década de los cincuenta era más favorable a los peones empleados en grandes empresas. Por su parte, los peones dedicados a la obra pública o empleados en las pequeñas empresas constructoras, experimentaban una situación peor en cuanto a seguridad en el empleo y uso de servicios y seguros sociales. En el caso de Barcelona el fraude con los seguros médicos por parte de los empleadores era constante, como también refleja el testimonio de F.L.R.: “Cogían a lo mejor, catorce o quince tíos, y nada más que tenían a uno metido en la mutua.

³⁰² *Ya te ibas relacionando y uno te decía a lo mejor: "Pues mira, a mí me pagan tanto en tal sitio" Ibas y te cogía, porque entonces te cogían.* Entrevista a S.P.R., op cit.

³⁰³ Así lo muestra el testimonio de un emigrante murciano en la posguerra: *Trabajar para los prestamistas era un arma de doble filo: Ningún prestamista/contratista pagaba la seguridad social, así que, a veces, esa cantidad se la descontaban al trabajador y se quedaban con esa parte de sueldo.* El prestamista pagaba al empleado un tanto por hora trabajada, que siempre resultaba más elevado que el que cobraba un trabajador sindicado, porque aquel no pagaba (Carrasco Martínez, 1994: 145).

Te lastimabas o te hacías daño, pues con uno y así hacían los tíos estos. Sobre ese asunto había mucho cacao. »³⁰⁴

Una investigación realizada por el periodista Enrique Rubio en Barcelona a comienzos de la década de 1950, señaló la existencia de bolsas clandestinas de contratación a las que acudían los trabajadores inmigrados que no encontraban colocación a través del Sindicato. Los constructores recurrían a estos mecanismos de contratación para evitar el pago de las contribuciones y seguros sociales, por lo cual en Barcelona habían florecido las empresas prestamistas, cuyos promotores eran tildados por el periodista de *negreros*:

La mayoría de estas “empresas” buscan al obrero inmigrante, que llega a Barcelona ansioso de ganar su pan y desconociendo el terreno que pisa. Les ofrecen trabajo sin contrato alguno, ni control de colocación. Y les pagan un jornal que, para el recién llegado, resulta fabuloso ya que en mano reciben más salario que los legalmente contratados y, a su costa, las “empresas prestamistas” y los constructores que utilizan obreros prestados, hacen pingües beneficios con las diferencias de los fraudes fiscales y sociales (Rubio, 1956: 239).

A partir de su investigación de campo, Rubio identificó numerosos bares y tabernas de Barcelona como lugares de contratación y señaló que el pago por horas y en mano hacía atractivo este sistema a quienes llegaban a Barcelona y sólo encontraban trabajo de esta manera.³⁰⁵ Por otra parte, los enlaces de los prestamistas acudían a los enclaves barraquistas a buscar trabajadores y ofrecerles trabajo. Este sistema, surgido en el ramo de la construcción, se habría extendido a otros sectores.³⁰⁶ En el sector de la construcción, el pago a los albañiles, cuyo salario legal era de 9'50 pesetas la hora, quedaba reducido a unas 5'50 pesetas, de forma que si en las ocho horas de jornada laboral un albañil debía percibir un salario de 76 pesetas, sólo cobraba 44, dejando 32 pesetas diarias a favor del prestamistas. En el caso de los peones, pagaban 8'50 por un peón, mientras que al trabajador le pagaban en torno a 3'12 pesetas sin derecho a pagas extraordinarias, puntos, etc. El sistema resultaba muy ventajoso también para los empresarios constructores, dado que no pagaban los días perdidos por causa de la lluvia. Según Rubio (1956), a mediados de la década de 1950, a raíz de la

³⁰⁴ Entrevista a F.L., op cit.

³⁰⁵ Ya en la década de 1960, José Luis López Bulla recuerda el papel que la ya mencionada Plaza Urquinaona desempeñó en estas dinámicas de contratación: “No, no me olvido de la plaza Urquinaona, atestada también de gente esperando que el manijero de turno – otro que había dejado el pueblo, vamos- les contratara para cualquier obra (López Bulla, 1997: 184).

³⁰⁶ Rubio señala que el mismo sistema imperaba en el ramo de la hostelería, particularmente para encontrar trabajo de camarero y entre los barberos, de modo que las personas inmigradas que ejercieran este oficio podían acudir a los prestamistas para trabajar en Barcelona.

intervención de las autoridades, habrían comenzado a surgir las empresas subcontratas que sí daban de alta a los trabajadores y estaban dirigidas por antiguos prestamistas.

Las dinámicas de contratación de peonaje para la construcción valoraban en los inmigrantes aspectos relacionados con su capacidad para aguantar grandes esfuerzos y realizar trabajos duros. Así queda reflejado en el testimonio de José García Soria, llegado a Barcelona en 1955 procedente de la localidad granadina de Alicún de Ortega. En su relato recuerda como después de haber estado buscando empleo por la ciudad, logró ser admitido en una obra gracias a la dureza que observaron en lo que era su principal instrumento de trabajo y carta de presentación, sus manos:

Entonces había aquí una empresa que la llamaban “Manzana” que es cuando estaban haciendo en el cementerio una obra muy importante en Montjuich. Y fuimos a trabajar y allí te decían que cuando llegabas al trabajo: “¡A ver las manos!”, y te tocaban: “Y, bueno, probar a ver”. Y probábamos, yo y el otro. A mí me dijeron: “Tú te puedes quedar, tú no”. Y al otro lo echó, y yo me quedé allí, yo digo: “no tengo más que estirar aquí a calentarme para ganar para comer.”³⁰⁷

Si atendemos a las percepciones que los trabajadores tenían del trabajo en la construcción, es frecuente observar actitudes que, como en estas palabras finales de José García, muestran el hecho de que el trabajo que encontraron al llegar a Barcelona les resultaba más suave que el que habían desempeñado en el campo. Sin embargo, las condiciones en las que se desarrollaba este tipo de empleos eventuales y poco cualificados, indica en otros casos unas condiciones muy duras. En la década de 1950 el trabajo en la construcción se encontraba muy poco mecanizado. El pico y la pala eran instrumentos muy comunes en las obras públicas y era frecuente el uso de carros y caballos para trasladar el escombros.³⁰⁸ S.P.R., quien trabajó como picador en las obras de ampliación del metro transversal en la estación de La Sagrera, desarrolladas en los primeros meses de 1954 mediante la excavación de un túnel de 868 metros.³⁰⁹ Su testimonio remite a situaciones que vivieron numerosos trabajadores eventuales del sector de la construcción en obras públicas, en jornadas de trabajo extenuantes por las que, en contrapartida, obtenían un salario muy superior al que cobraban por su trabajo en el medio rural:

³⁰⁷ AHLH. Entrevista a José García Soria (Alicún de Ortega, 1927) Realizada el 11 de julio de 1995. Entrevistado por Dolors Romero.

³⁰⁸ F.L. recuerda bien la dureza del trabajo en el sector de la construcción: *De 50 kg venían los sacos de cemento antiguamente. Te pegabas una paliza... venían a lo mejor tres o cuatro palets de esos de cemento y para meterlos dentro donde no se mojarán, eso pesaba.* Entrevista a F.L., op cit.

³⁰⁹ “Un nuevo tramo del Metro Transversal”, *La Vanguardia*, 16 de mayo de 1954.

Yo estuve trabajando recién venido en el metro que une en la Sagrera la línea 5 con la línea 1, en ese túnel (...) y además estaba de cabo colla (cap de colla³¹⁰), éramos seis pero picando igualmente. Lo que pasa es que yo llevaba la cuenta de los camiones que salían. Había un túnel, que nosotros teníamos ya una profundidad de doscientos metros cuando lo cogimos. Y entraban los camiones Leyland de culo. Allí aquello era irrespirable. Y mientras salía y entraba el otro, picábamos la tierra los seis y cuando entraba el camión, con la pala lo cargábamos. Y nos pagaban doce horas. Había dos turnos: de siete de la mañana a siete de la tarde y de siete de la tarde a siete de la mañana. Doce horas cada uno, bajo tierra en el túnel aquel. (Nos pagaban) a cuatro pesetas la hora, doce horas 48 pesetas. Y a cuatro pesetas el metro cúbico cargado, a destajo.³¹¹

En definitiva, el trabajo en la construcción nos permite señalar ciertas continuidades que se establecieron en relación con las actividades profesionales llevadas a cabo por la inmigración en sus lugares de origen, marcadas por la flexibilidad y los mecanismos informales de contratación. Durante el periodo investigado, el sector de la construcción pudo atender a las necesidades de flexibilidad que requerían tanto empresarios como trabajadores, a pesar de que, obviamente, las malas condiciones en relación con la falta de cobertura sanitaria y cotización inherentes a este sistema perjudicaban a los segundos. Desde el punto de vista de los constructores, el recurso a las empresas prestamistas que predominaron en la Barcelona de la década de 1950 ofrecía evidentes ventajas de tipo económico. Por su parte, muchos trabajadores inmigrados encontraron en la construcción un ámbito donde poder obtener con rapidez unos ingresos y una cierta estabilidad económica sin necesidad de regularizar su situación, a la vez que mantenían abierta la posibilidad de cambiar de empleo a un sector que les resultara más atractivo, vinculado por lo general con el trabajo en las fábricas para el caso de los más jóvenes.

La construcción fue, por tanto, un sector al que recurrir durante el proceso de orientación en el mercado laboral barcelonés y, al mismo tiempo, un ámbito donde instalarse profesionalmente para los trabajadores de mayor edad. El trabajo en la construcción atrajo fundamentalmente a aquellas personas que, o bien tenían mayores dificultades de adaptación al mundo industrial, o bien encontraban en el trabajo de la construcción un espacio de mayor libertad y menor control, lo que por otra parte facilitaba su inserción espacial. Ya fuera por edad e imposibilidad de acceder a otros empleos, por estar acostumbrados a la eventualidad inherente al empleo o por un deseo de no

³¹⁰ Literalmente: “jefe de grupo”, equivalente a la figura del manijero en Andalucía.

³¹¹ Entrevista a S.P.R., op cit.

encerrarse en las fábricas y quedar sujetos a un tipo de disciplina más rígido. En cualquier caso, la ausencia de una política de vivienda de envergadura en la ciudad de Barcelona durante el período que abarca esta investigación, fenómeno que correspondería con la etapa inaugurada por la alcaldía de Josep María Porcioles, entre 1957 y 1973, así como el también posterior impulso de la industria constructora en la costa catalana, característico de la década de 1960, alejaron mayoritariamente a los sectores más jóvenes de la inmigración granadina de considerar a la construcción como un destino laboral donde establecerse durante el primer franquismo.

Dado que la demanda más común de este período fue la del peonaje para la obra pública y ante la posibilidad de acudir a otros empleos de mayor prestigio, son pocos los testimonios que indiquen la existencia de una voluntad de permanencia en este sector, ni el hecho de que se hubieran emprendido procesos de cualificación profesional con la frecuencia con la que encontramos este fenómeno en ámbitos laborales como del metal. Las evidencias recopiladas permiten afirmar que existió un alto porcentaje de trabajadores granadinos emigrados a Barcelona en las décadas de 1940 y 1950 que pudieron llegar a trabajar en la obra de forma transitoria o no, pero cuyos intereses profesionales se encontraba situados mayoritariamente en el mundo de las fábricas y en la adquisición de un oficio industrial, como veremos a continuación.

5.4 Entrar en las fábricas. La inserción laboral de los inmigrantes en la industria barcelonesa de posguerra.

En este epígrafe abordamos como se llevó a cabo la inserción de los inmigrantes en el mundo fabril de Barcelona y cuáles fueron las características principales de este fenómeno. Para ello tomaremos en cuenta lo que ya hemos señalado sobre el valor de la experiencia previa que traían los trabajadores inmigrados y que facilitó su integración en el mundo industrial, así como la inclinación hacia el trabajo en fábricas que tuvieron aquellos jóvenes inmigrantes varones llegados a Barcelona, con y sin familia, con posibilidades de adquirir formación y sin el peso de un pasado agrícola como el que tenían los inmigrantes de mayor edad. A través de sus testimonios analizaremos cuales fueron sus estrategias para insertarse en la industria barcelonesa y llevar a cabo una trayectoria laboral en ella.

Como ya hemos descrito en el primer epígrafe de este capítulo, las descripciones generales sobre el panorama industrial barcelonés durante las décadas de 1940 y 1950, coinciden en señalar su escasez, desestructuración, falta de inversión y de materias primas. A pesar del impulso que experimentó la industria de bienes de consumo a partir de la década de 1950, éste se vio

condicionado por una extrema dependencia tecnológica. En esos años el textil dejó de ser el gran referente industrial, mientras que sectores como el metal, la construcción eléctrica y la nueva industria química fueron ganando importancia. La cultura sindical de Barcelona quedó profundamente alterada tras la victoria franquista en 1939. En mayo de 1940 un decreto anunció la creación de la cartilla profesional, señalando que la contratación de personal debía hacerse obligatoriamente mediante las Oficinas de Colocación. Estas medidas tuvieron como objetivo principal llevar a cabo un control del personal empleado.³¹² Hemos podido comprobar que durante las dos primeras décadas de la dictadura franquista, las páginas de anuncios de *La Vanguardia Española*, referencia indiscutible en la búsqueda de empleo en la ciudad, recogían la siguiente advertencia:

El Servicio de Colocación es nacional, público y gratuito. El trabajador tiene la obligación de inscribirse en la Oficina de Encuadramiento y Colocación de su domicilio. La legalización por los empresarios de las colocaciones procedentes de anuncios corresponde a la Oficina de Encuadramiento y Colocación. Por incumplimiento del enunciado precedente serán sancionados empresarios y trabajadores con multa de 5 a 1.000 pesetas.

Sin embargo, a pesar de que oficialmente la contratación debía hacerse a través de estas oficinas de colocación y de todas las normas que regulaban el acceso a los puestos de trabajo, los intereses empresariales obviaron con mucha frecuencia el cumplimiento de la normativa. Fue en este aspecto, como en tantos otros, en los cuales se experimentó una disociación evidente entre dos niveles de la realidad, el oficial y el real, un hecho característico de la primera etapa del franquismo. Esta degradación del fenómeno jurídico durante la posguerra fue una situación que duraría hasta finales de la década de 1950, cuando la estructura del Estado acabó adaptándose a la nueva situación socio-económica (Ibarz Gelabert, 2004).

Las políticas de contratación al comienzo de la década de 1940, estuvieron muy influidas por la voluntad de realizar una depuración de personal en el contexto de la inmediata posguerra. Este factor afectó con más fuerza a los funcionarios de la administración pública, pero también estuvo

³¹² “La cartilla, junto con los datos personales del trabajador, incluía las empresas o patronos para quienes hubiera estado contratado y las fechas de inicio y finalización del contrato, períodos de desocupación involuntaria, accidentes de trabajo, seguros sociales y también las sanciones que se le hubieran impuesto, y si era militante o adherido a FET y JONS y servicios militares o de otro tipo prestados “a la Patria”” (Molinero & Ysàs, 1998:10).

presente en el sector privado.³¹³ En espacios laborales de gran importancia económica, como el puerto de Barcelona, Jordi Ibarz también ha demostrado que la represión laboral ocasionó la desaparición aproximada de un 18% del censo obrero de 1939, afectando, ya fuera por exilio, encarcelamiento, desaparición u otras circunstancias, al 40% de los dirigentes sindicales portuarios activos durante la II República.

Sin embargo, algunos autores afirman que en los centros fabriles las purgas no fueron tan frecuentes, a pesar de que los empresarios barceloneses tuvieron plena libertad para despedir a sus empleados y que muchos de los despedidos fueron reemplazados por soldados licenciados del ejército franquista, como en el conocido caso de los trabajadores de tranvías.³¹⁴ El espíritu de revancha fue moderado por la escasez de mano de obra especializada, unida a la demanda de productos manufacturados después de la guerra y al hecho de que las nuevas condiciones impuestas por el régimen facilitaban la explotación de los trabajadores (Balfour, 1994). En el caso de las industrias en la cercana localidad de El Prat de Llobregat, algunos de los trabajadores que regresaban tras la guerra y la cárcel, fueron readmitidos en sus puestos de trabajo ante la falta de trabajadores cualificados (Bengoechea & Renom, 1999). Grandes empresas del sector del metal, como la Maquinista Terrestre y Marítima llegaron a contratar nuevamente a obreros especializados de reconocido pasado sindicalista, debido a las dificultades de sustitución y los costes que eso suponía a las empresas.³¹⁵

En cualquier caso, las estrategias empresariales de contratación de personal se vieron determinadas por la necesidad de tener alguna referencia acerca de las personas que optaban a un puesto de trabajo en una fábrica. Un joven llegado a Barcelona a comienzos de la década de 1950, como S.P.R., mencionaba muchos años más tarde que, a pesar de la existencia de una amplia demanda de trabajadores, entrar a trabajar en una fábrica era más difícil debido a que resultaba imprescindible tener una recomendación o a algún familiar o persona conocida que pudiera dar buenas referencias

³¹³ Marc Gil Garrusta (2017) señala que de los 9.000 funcionarios que tenía el Ayuntamiento de Barcelona en 1939, 7.100 pasaron por los tribunales de depuración, siendo sancionados 1.600, lo cual incluyó la destitución de 922 personas.

³¹⁴ Según Carme Molinero y Pere Ysàs (1998):

No disponemos de estudios cuantitativos de la depuración en el sector privado, más allá de algunos casos, aunque los datos indican notables desigualdades derivadas de diferencias según las características de las empresas, las actitudes de los patronos, o las necesidades de mano de obra especializada. (p, 19).

³¹⁵ Ese fue el caso de Justo Bueno Pérez, obrero metalúrgico especializado y destacado militante del Sindicato del Metal de la CNT antes de la guerra. A pesar de haber sido extraditado desde la Francia de Vichy en 1939 y haber cumplido una corta condena al regresar a España, fue admitido en la Maquinista Terrestre Marítima en 1940. Detenido en su puesto de trabajo el 4 de julio de 1941, fue fusilado el 10 de febrero de 1944 en el Campo de la Bota (Los Giménólogos, 2009).

del candidato.³¹⁶Jesús Carrasco, inmigrante murciano instalado en el barrio de Verdún en 1952, recordaba en su biografía publicada de qué manera seguía pesando el pasado reciente en la Barcelona de posguerra y cómo era percibida esta diferencia entre vencedores y vencidos a la hora de encontrar un empleo:

Acabada la guerra civil, Barcelona que había sido del bando rojo, fue ocupada militarmente y también en el ámbito civil por los vencedores, y puesto que todos los cargos oficiales estaban ocupados por adictos al régimen, nos encontrábamos con que estos mandos tenían dos raseros para medir a la gente; es decir, aquí llegaba un señor que era excombatiente, falangista o simplemente adicto al “glorioso Movimiento”, y en seguida lo atendían con toda amabilidad y, además de ayudarle, le buscaban un empleo. Pero si el inmigrante no pertenecía a ese grupo y encima procedía de lo que ellos llamaban zona roja, entonces ni amabilidad, ni ayuda, ni empleo; se tenía que espabilar y, en caso de que le exigieran algún papel o aval, tenía que solucionárselo él solo, porque aquí nadie lo conocía y lógicamente nadie lo ayudaba. El que era catalán, y encima rojo, estaba listo (Carrasco, 1994: 122).

La realidad que nos ha sido transmitida a través de diversos testimonios consultados, señala el hecho de que para una buena proporción de inmigrantes granadinos la entrada en el mundo de las fábricas se produjo, en buena medida, gracias a contactos personales y recomendaciones. La importancia de las relaciones con personas influyentes o ya situadas en ese ámbito laboral, a menudo paisanos o familiares, fue clave para permitir el acceso a los trabajos en el entorno fabril, un espacio determinante en las dinámicas de inserción laboral de la nueva oleada de trabajadores que llegaron a instalarse en Barcelona y su área metropolitana durante la posguerra. El caso de Francisco Hernández Morillas, oriundo de Guadix y emigrado a Terrassa en 1954, permite comprender el grado de control existente en los años centrales de la década de 1950 y como fue percibido por los propios inmigrantes. En su caso, la existencia de relaciones familiares con personas del clero le permitió entrar a trabajar en la empresa Gradhermetic, que fabricaba persianas en Terrassa:

Cuando nos veníamos los inmigrantes en aquellos tiempos, la dictadura ya se preocupaba de dónde venías o de dónde no veníamos. Yo venía de allá, pero... mi padre era de izquierdas, pero no pertenecía a ningún partido ni a ningún sindicato. Votaba cuando había votaciones, a la izquierda; pero tenía un primo hermano cura y otro, primo segundo de cura también, en la

³¹⁶ Entrevista a S.P.R., op cit.

catedral. Entonces, ellos cogían referencias de cuando... aunque tú no lo supieras, cogían referencias de todos los inmigrados que ellos comulgaban... y entonces yo me coloqué en esa fábrica porque... el carpintero, el jefe carpintero, tenía un hermano cura. Era el teniente alcalde de Terrassa él también. Entonces yo entré en la fábrica... y como supongo que tenían referencias mías, como de todos los que veníamos, porque ellos pedían informes a los alcaldes, al Ayuntamiento, sobre lo que venía.³¹⁷

La Iglesia cumplió, como vemos, un papel mediador en el suministro de mano de obra debido a su capacidad para emitir avales de conducta. Esta posibilidad de interceder en beneficio de terceras personas ante el empresariado barcelonés, también fue una prerrogativa de los altos mandos del ejército. Un caso paradigmático de este fenómeno fue el del general Juan Bautista Sánchez González, quien ostentó el cargo de Capitán General de Catalunya desde 1949 hasta su muerte, en 1957. Nacido en la localidad granadina de Íllora en 1893, Sánchez González fue famoso por sus convicciones monárquicas y sus discrepancias con el Régimen franquista, acentuadas en la última década de su vida. Más allá del interés que despierta su figura política y del hecho de ser una autoridad que gozó de muy buena reputación entre un sector de la sociedad barcelonesa del primer franquismo, resulta importante destacar como prestó ayuda para encontrar empleo en las fábricas a personas de origen granadino que se lo solicitaron.³¹⁸

La estrategia de solicitar una recomendación para acceder a un empleo en una fábrica, apelando a los vínculos de paisanaje que conectaban a la persona demandante con un alto funcionario público del Régimen, queda bien patente en el testimonio de José García Soria, llegado a Barcelona en 1955 procedente de la localidad de Alicún de Ortega. Las circunstancias personales que atravesó al poco tiempo de instalarse, así como la comprensión de los mecanismos que permitían el acceso a las fábricas, lo llevaron a buscar recomendaciones para acceder a un empleo fabril. Su testimonio nos transporta a una Barcelona donde las secuelas de la guerra civil y la necesidad de recurrir a la ayuda de los vencedores, estaban muy presentes y formaban parte del repertorio de estrategias de subsistencia de los trabajadores que aspiraban a salir de la precariedad laboral:

³¹⁷ AHLH. Entrevista a Francisco Hernández Morillas (Guadix-1926) Realizada el 24 de abril de 1996. Entrevistado por Francisca Soto. p 2:

³¹⁸ Con motivo de su muerte, el principal periódico de la ciudad se hizo eco del reconocimiento masivo que le propició Barcelona por su funeral:

Cuando una población del tamaño y la solera de la nuestra se aúna de tal modo en la valoración de una personalidad, son evidentes el arraigo y la ascendencia que ésta tenía en su ánimo. Así se patentizó en las dimensiones y en el tono conmovido del innumerable desfile de barceloneses que acudieron al palacio de Capitanía para saludar por vez postrera al teniente general Sánchez González, unificándose en el mismo dolor gentes de la más diversa definición y categoría. *La Vanguardia Española*, 1 de febrero 1957, p 3.

Entonces yo... entonces me casé. Me encontré aquí con la mujer que tengo y me casé. Yo me casé en una habitación que alquilamos, que pagábamos 300 pesetas al mes, pasando mucho; porque claro encima que pagabas, no tenías derecho a nada. Me vino el primer hijo, y bueno, me quedo parado y yo pensando, pensando, como entonces decían que con la carta de un cura te daban trabajo, pues yo digo: “pues yo voy al obispo”, porque yo soy valiente. Y fui al obispo, después de estar haciendo cola toda una mañana, resulta que no está, que está no sé dónde y que no...

Entonces yo sabía que el capitán general que había aquí en Cataluña, era de Granada, don Juan Bautista Sánchez González; y ¿qué pienso?, digo: “pues voy a ir”. Y llegué a Capitanía, abajo, y pregunto al de guardia y le dije lo que quería y me dijo que no, que tenía que hacerlo por escrito, pidiendo audiencia con él.

Entonces fui a las Ramblas, a estos “mutilados” que escriben con las maquinas esas que tienen allí, y les planteé el asunto y me hicieron una carta. Llevé la carta y a los pocos días, vinieron a buscarme de la empresa, porque me preguntó que para que empresa quería trabajar y yo como conocía de otros compañeros que existía la fábrica esta de Riviere, dije: “Ahí admiten gente, pero con recomendación”; fui allí y le comento... le comento que me habían ido a buscar, porque ni me dieron a mí carta, nada más que algún telefonazo que pegaría la empresa, de allí o lo que fuera, nada más que me llamaron de la empresa. “¿Y usted es el recomendado del capitán general?” Digo: “sí”. Y no sabían que hacerme; y de tres fábricas que tenía la empresa, pues me colocaron donde yo quise en San Martín, en Pueblo Nuevo. Y luego de ahí, ya me pasaron a Casa Antúnez.³¹⁹

La historia de José García Soria permite observar algunos de los mecanismos de búsqueda de empleo, así como una movilización de recursos al alcance de las personas inmigrantes, que es una muestra del conocimiento del mercado de trabajo y de las posibilidades de insertarse en él que fueron adquiriendo los trabajadores granadinos con el paso del tiempo. El importante papel desempeñado por los vínculos de paisanaje queda patente al constatar que tanto José García Soria como su familia pertenecían en su pueblo de origen a los sectores de izquierda, lo que no fue un inconveniente para que acudiera en ayuda de altos jerarcas del Régimen en Barcelona, como el obispo o la principal autoridad militar, para solicitar empleo. En este sentido destacaría el hecho de que las personas que reclamaron su apoyo eran jóvenes interesados en acceder a un empleo en fábrica, que no habían participado en la guerra civil ni se habían destacado personalmente por llevar a cabo una militancia política de izquierdas hasta ese momento.

³¹⁹ AHLH. Entrevista a José García Soria (Alicún de Ortega-1927) Realizada el 11 de julio de 1995. Entrevistada por Dolors Romero p.6.

Otro tipo de recomendaciones de similares características se llevó a cabo entre los propios trabajadores inmigrados. La importancia de compartir una localidad de origen para acceder a trabajar en determinadas empresas, conectó el nombre de algunos pueblos granadinos con diversas empresas catalanas, donde trabajaban personas que cumplieron la función de facilitar trabajo a sus paisanos. Ejemplo de ello sería el caso de personas de la localidad de El Padul que trabajaban en La España Industrial. Como menciona Francisco García Duarte (2007), antes de la guerra civil ya había en tierras catalanas algunos paduleños que habían sido destinados allí en calidad de funcionarios del Estado. Ese fue el caso de Joaquín Morales, guardia de asalto en Catalunya antes de la guerra, quien después se colocó como practicante en la España Industrial, facilitando el ingreso a ella de paisanos suyos inmigrados a Barcelona.³²⁰ Otro caso similar es mencionado por Francisco Morante Marín sobre las personas de Guadahortuna que trabajaban en la Fundición Sunyer de Sabadell. Al describir el ambiente que existía en la fábrica y el perfil de mucha de la gente que había emigrado antes que él y que ya estaba instalada a comienzos de la década de los sesenta, Francisco recordaba:

Allí había ya gente mayor, era gente mayor; había gente muy, gente mayor, de cuarenta y para arriba, la mayoría (...) La inmensa mayoría; sobre todo lo que había en fundición era gente de inmigración todo era de inmigración. En el taller había algunos catalanes, pero muy pocos, o sea todo inmigración (...) Hablaban por ti. Claro, “ves allí, pide faena allí”. Me recuerdo que se montó una fábrica ahí en Can Roquetes (...) madre mía allí había toda la gente del pueblo. Porque estaban había dos o tres encargados, que los hicieron encargados y se conocían.³²¹

Por último, un caso relevante vinculado a las recomendaciones, tiene que ver con la existencia de industriales de origen granadino que facilitaron trabajo a las personas de dicha procedencia. Destaca en ese sentido la trayectoria de las personas oriundas de la localidad de Jérez del Marquesado y el papel destacado que en la Barcelona del franquismo tuvieron empresarios de esta procedencia. La vinculación de Jérez del Marquesado con el empresariado barcelonés tiene sus comienzos en el primer tercio del siglo XX. Por una parte, destaca la evolución de una familia de prósperos

³²⁰ Según Francisco García Duarte:

Él empezó tirando de otras familias que se colocaron en la fábrica, en lo que se podría considerar como un buen trabajo, porque la mayoría de los primeros que llegaban en los años cuarenta y cincuenta conseguían trabajos de limpieza de acequias y en el campo, principalmente (García Duarte, 2007: 40).

³²¹ AHCONC. Fondo Història Oral i Militancia Sindical. Biografíes Obreres (1939-1978) Entrevista a Francisco Morante Marín. Realizada por Xavier Domenech, entre 3-4-2000 y 26-6-2000. Transcrita por Raquel Oliver Curell. pp 12-13.

propietarios del pueblo, la familia Muñoz Ruiz, dos de cuyos hijos, Serafín y Félix Muñoz Ruiz, emigraron a Barcelona a comienzos del siglo XX. Una vez en Barcelona, Serafín, con experiencia previa como administrativo en las minas de Alquife, entró a trabajar como dependiente en los grandes y conocidos almacenes El Barato. Al poco tiempo contrajo matrimonio con la sobrina de su propietario, Florinda Ramonet Sindreu, oriunda de Martinet de Cerdanya, localidad de la provincia de Girona. En la década de 1930, los hermanos Muñoz abrieron una fábrica de medias, Industrias Muñoz, que supuso la introducción en la carrera empresarial de los hijos de Serafín, Julio y Álvaro Muñoz Ramonet.

Ya en la posguerra, el hijo de Serafín Muñoz y Florinda Ramonet, Julio Muñoz Ramonet, llegó a ser un conocido e influyente empresario barcelonés. Su éxito se debió a las buenas relaciones establecidas con altos cargos franquistas y a las facilidades que éstos le proporcionaron para el abastecimiento de materias primas en una época de escasez y restricciones. En la biografía que Xavier Muñoz (2003) escribió sobre Julio Muñoz, su figura es caracterizada como el paradigma de las grandes fortunas amasadas durante el primer franquismo, sobre la base de la especulación y el estraperlo. A lo largo de la década de 1940 y 1950 los hermanos Muñoz llegaron a adquirir la Unión Industrial Algodonera, la colonia industrial y fábrica Can Batlló, los almacenes El Águila y El Siglo, crearon la Compañía Internacional de Seguros y realizaron fuertes inversiones en la banca suiza. Buena parte de su éxito empresarial en estas décadas se debió al matrimonio de Julio Muñoz en 1946 con Carmen Villalonga, hija de Ignacio Villalonga, propietario del Banco Central.³²²

A pesar de no haber podido confirmar en qué medida contribuyó la familia Muñoz al establecimiento de familias granadinas en Barcelona, sí que existe constancia de que un paisano de ellos, José Gómez Serrano, trabajó en Can Batlló y participó a comienzos de la década de 1940 en la creación, junto a su hermano Baldomero Gómez Serrano, de Iberia Radio S.A., una de las primeras fábricas constructoras de aparatos radiofónicos de todo el Estado. En 1948, José fundaría en Barcelona la empresa Inter, Internacional Radio Televisión S.A., de la cual fue presidente del consejo de administración y director gerente. La labor de José Gómez Serrano le llevó a recibir la Medalla del Trabajo en 1966.³²³ Por su parte, Baldomero Gómez Serrano, quien ostentaba el cargo

³²² No obstante, la carrera empresarial de Julio Muñoz Ramonet empezó a decaer en la década de 1970. Acusado de fraude y perseguido por la justicia, se refugió en Suiza, donde murió en 1991. Un reportaje de TV3 con el título de “Después de Dios, Muñoz”, en alusión a la frase que se pronunciaba en la Barcelona de posguerra para señalar el inmenso poder que habían acumulado estos empresarios, reconstruye su polémica trayectoria.

³²³ Con motivo de la entrega de la Medalla de Plata al Mérito en el trabajo, el diario *La Vanguardia* publicó la siguiente noticia en julio de 1966:

de director general y presidente de Iberia Radio, recibió en 1969 la Encomienda al Mérito Civil de manos del ministro de industria López Bravo.³²⁴

Según el testimonio de José María Torres Gómez, emigrado a Barcelona en 1954, la situación laboral en Jerez del Marquesado a mediados de la década de 1950, una vez comenzó a escasear el trabajo de repoblación en los pinares de Sierra Nevada, empujó a muchos de sus habitantes a emigrar a Barcelona. Un motivo determinante para una parte de esta inmigración fue la posibilidad de encontrar trabajo en la empresa de fabricación de televisores Inter, propiedad de los hermanos Gómez Serrano. Recordando a los propietarios de la fábrica, José María Torres recordaba los motivos por los cuales la emigración de su pueblo se orientó a Barcelona:

El tiró de toda la gente de Jerez. Ya digo, tengo contabilizados casi cien personas de Jerez que trabajaron aquí, en Inter, sin saber nada de Inter. Aquel hombre los colocó. Llego a juntar a Avellanet, que era el jefe de fábrica, el jefe de personal y le dijo: “Avellanet, ahí vienen cinco de mi pueblo y quiero que me los coloque”. “Pero hombre, si no saben” “Pues ya trabajaran, lo que sea, ya se buscarán la vida” Y así lo hacía.³²⁵

“Cerremos esta recapitulación de honores para Barcelona con la justa concesión de la Medalla de Plata al Mérito en el Trabajo con que ha sido favorecido don José Gómez Serrano, decano de los fabricantes españoles de radio y televisión y auténtico precursor de la expansión de estos medios, a cuyo servicio ha dedicado más de cuarenta años de infatigable entusiasmo. Fundador de varias empresas de la especialidad, radicadas en Barcelona, a la que llegó en su juventud, el ilustre industrial y financiero, ha creado en el conjunto de éstas un millar de puestos de trabajo y les ha infundido una tónica cordial, optimista y animosa, que fue muy encomiada por el ministro de Industria, don Gregorio López Bravo, al visitar aquel centro de trabajo en fecha reciente. (*La Vanguardia*, martes 19 de julio de 1966, p 18)

³²⁴ La edición del diario ABC del 26 de febrero de 1969 recogía estas palabras emocionadas de Baldomero Gómez Serrano al recibir la distinción de manos del ministro de Industria en nombre de Franco: *Estoy satisfecho porque veo realizada la ilusión que alentó toda mi vida: la de crear una gran industria que contribuyese en lo posible al desarrollo español*. Por su parte, la edición de *La Vanguardia* del 9 de febrero de ese mismo 1969, ya se había hecho eco de la noticia y publicaba las palabras que el ministro López Bravo dedicó al empresario andaluz en Catalunya:

Como dice el Génesis, el hombre está creado para trabajar y el señor Gómez Serrano se ha entregado durante su vida al trabajo para alentar el bienestar común. En su persona se sintetizan dos virtudes: la alegría andaluza y el amor al trabajo y el hacer las cosas bien al espíritu de los catalanes. Y así ha logrado desarrollar esta empresa, con decisión y constancia, para difundir por España y con técnica propia, su producción de electrodomésticos.

³²⁵ Entrevista a J.M.T.G., op cit. La consolidación de una comunidad de personas oriundas de Jerez del Marquesado en la zona de las Corts, próxima a la fábrica, llevó a que años más tarde se creara en la cercana parroquia de San Juan María Vianney una cofradía en honor a Nuestra Señora del Rosario, la Virgen de la Tizná, patrona de Jerez del Marquesado. Esta cofradía sería el germen de la actual Casa de Granada en Barcelona, en la cual predominan las personas originarias de Jerez del Marquesado, una comunidad que ha destacado por su inserción laboral en Barcelona a lo largo del siglo XX.

Una vez repasada la trayectoria de algunos de los más destacados empresarios granadinos que instalaron industrias en Barcelona durante el período investigado, veamos qué otras características permitieron a los trabajadores granadinos la inserción en el tejido industrial barcelonés.

La situación de aquellas personas que carecían a priori de los conocimientos necesarios para desempeñar oficios industriales cualificados, es una de las cuestiones que más preocuparon durante las décadas de 1950 y 1960. En su obra *España del Sur*, Alfonso Carlos Comín (1965) abordaba la cuestión de la incorporación de la mano de obra rural a la industria para el caso andaluz y mencionaba para ello un trabajo publicado por la Organización de Estados para la Cooperación Económica en 1961.³²⁶ En él se abordaban las ventajas que para el trabajo industrial presentaba la actitud de los inmigrantes de origen rural, un factor que compensaba sus dificultades de adaptación a la vida industrial y su falta de conocimientos. Así eran definidos los nuevos trabajadores de la industria:

- a) En la mayoría de los casos estas personas son más fuertes físicamente y más habituadas a los trabajos duros.
- b) Tienen menos tendencia a las turbaciones mentales.
- c) Están dispuestas a trabajar más, acostumbradas a las largas jornadas en agricultura, son más tenaces y más precisas.
- d) En general se interesan más por su trabajo, como consecuencia de su presencia en un medio nuevo.
- e) Tienen a menudo una opinión natural y realista de su propia capacidad.
- f) Resisten mejor las influencias susceptibles de provocar una neurosis.
- g) Su nuevo empleo representa para ellos una mayor confianza en sí (prestigio personal) (Comín, 1965: 329).

Sin embargo, la falta de cualificación de la población trabajadora inmigrada a Barcelona durante las décadas de 1940 y 1950, fue percibida por las autoridades locales como una circunstancia que dificultaba su proceso de inserción en la sociedad catalana. A medida que avanzaba la década de 1950 y en vista de las características que presentaban los trabajadores llegados a Barcelona, fue en aumento la necesidad institucional de convocar a una reflexión sobre las transformaciones que había ocasionado la llegada masiva de estos inmigrantes a la ciudad y su área metropolitana. A través de las actas publicadas tras la celebración de la Semana del Suburbio en Barcelona en 1957,

³²⁶ *Main d'oeuvre rurale et développement industriel. Adaptation et formation*. OECE, julio de 1961.

podemos observar cómo se percibió esta inmigración de origen rural y campesino por parte de las instituciones barcelonesas. En el transcurso de las ponencias y debates que se desarrollaron durante la Semana del Suburbio, emergió, entre otras, la cuestión de la poca preparación de los inmigrantes que iban llegando a la ciudad. Según señalaba una ponencia firmada por un regidor del Ayuntamiento, el falangista Luis de Caralt, acerca de la importancia de los inmigrantes en la vida económica de Barcelona, entre 1951 y 1955 la población activa barcelonesa había descendido en un 1,37%, a pesar de que la ciudad había pasado de unos 524.000 trabajadores en 1951 a tener 551.135 en 1955. La razón de esta disminución se debía, según el autor, a que la industria de la construcción era la que ocupaba un mayor porcentaje de obreros inmigrantes, en su gran mayoría trabajadores de carácter eventual, quienes se encontraban con frecuencia sin trabajo y teniendo que recurrir a la beneficencia. De esta situación deducía la necesidad de especialización y preparación industrial para el inmigrante. En palabras de Luís de Caralt:

Nuestra industria es capaz de absorber una gran cantidad de obreros de donde sean, pero de obreros capacitados. Cuanto mejor preparados lleguen, más pronto encontrarán trabajo y más estimados serán (...) Si se pudiera lograr que todos los que llegan tuvieran una especialización determinada, su asimilación por la ciudad sería mucho más fácil, se haría insensiblemente, tanto por una parte como por otra, porque los recién llegados perderían el complejo de inadaptados y se sentirían unos con los demás ciudadanos (Duocastella (ed.), 1957: 34-35).

La búsqueda de soluciones a los problemas de los suburbios en las ciudades industriales catalanas, que se iban nutriendo en gran parte de inmigrantes sin trabajo ni preparación profesional, condujo a la elaboración de propuestas para mejorar la preparación de los obreros inmigrados. La formación profesional del obrero inmigrante en su lugar de origen aparecía así como una necesidad para lograr reforzar la industria y la economía y mejorar al mismo tiempo la adaptación de los individuos. De hecho, buena parte de la experiencia migratoria con destino a la ciudad de Barcelona en las primeras fases de la industrialización, se había desarrollado en base a un reclutamiento selectivo de la mano de obra. Albert García-Balaña (2004) describe que el caso de aquellos tejedores que habían aprendido en sus comarcas el oficio del hilado. A comienzos de la década de 1840, los flujos migratorios llevaron a Barcelona a población de las comarcas meridionales y occidentales, saturados los modelos de crecimiento agro-comercial durante el primer tercio del siglo XIX.

En contrapartida, las oportunidades de una formación profesional de carácter industrial en la provincia de Granada se vieron fuertemente limitadas durante el período investigado. Un caso

relevante fue el cierre en 1952 de la Escuela Sindical de Formación Profesional Obrera “Virgen de la Piedad”, en la localidad de Baza. En su lugar se inauguró un instituto laboral, el centro de enseñanza media y profesional “José de Mora”, especializado en agricultura y ganadería. Esto es una muestra inequívoca de la orientación económica que las autoridades franquistas daban a la provincia de Granada, frente a los intereses profesionales de ciertos sectores de la población que aspiraban a una formación industrial. La clausura de las posibilidades de ese tipo de formación en Baza, contribuyó a orientar hacia la emigración a aquellas personas que aspiraban al aprendizaje de un oficio industrial a comienzos de la década de 1950.³²⁷ Las carencias formativas para el período investigado son tan evidentes, que hasta finales de 1958 no se creó en la capital granadina una escuela de formación profesional. En octubre de ese año el delegado provincial de Sindicatos enviaba una misiva al alcalde y jefe local de Baza, Jesús Domínguez Valdivieso, en la cual anunciaba la inauguración de la Escuela Sindical de Formación Profesional “Virgen de las Nieves”, solicitándole que becara alumnos para que desde Baza fueran allí a formarse. El tono de la carta indica la plena conciencia que existía entre las autoridades franquistas granadinas acerca de la escasez de oportunidades y vinculaba nuevamente el subdesarrollo con la ausencia de formación:³²⁸

Su creación da paso a una gran obra de redención social de enorme trascendencia para nuestra provincia, ya que una de las causas del bajo nivel de vida de sus habitantes es la inexistencia de una clase obrera especializada, que permita la aparición de una economía de tipo industrial, sin la cual no es posible un incremento de auténticas bases de riqueza asequibles a todos los ciudadanos.

Hasta aquí, el aprendizaje y formación de la clase obrera había de efectuarse al amparo de maestros y patronos que, por razones bien comprensibles, no se detenían, no podían detenerse, a dar al aprendiz otras enseñanzas generales y técnicas, que las que de la mera observación diaria podían deducirse. Este método tenía entre otros inconvenientes el de no poder estar al día, de las últimas innovaciones y procedimientos de la técnica

A partir de ahora, los hijos de los obreros granadinos podrán llegar a ser perfectos mecánicos, e inmejorables electricistas, o excelentes carpinteros, etc., porque la Escuela de Formación Profesional “Virgen de las Nieves”, va a proveerles de una capacidad en sus oficios, que antes difícilmente conseguían” (Gallego Morales, 2005: 206).

³²⁷ “En ese año murió una gran obra que había dado grandes mecánicos, electricistas, fontaneros, carpinteros, delineantes, etc., etc., a nuestra ciudad. Gran parte del alumnado encontró rápidamente trabajo en Madrid o Barcelona añorando siempre las enseñanzas que habían recibido en esta Escuela Sindical de Formación Profesional Obrera “Virgen de la Piedad” (Gallego Morales, 2005: 103).

³²⁸ El final de la década de 1950 coincide con la desaparición de la industria espartera en Baza.

Analizando la información que nos proporcionan las biografías obreras, podemos señalar que, para muchas de las personas recién llegadas, abrirse paso en un contexto de amplia oferta laboral y acceder a empleos mejor retribuidos, implicó poder poner en valor sus conocimientos profesionales, o al menos aparentar que los poseían. En algunos de los casos recopilados podemos observar como la progresiva modernización del mundo agrario granadino, fue desplazando en el medio rural los oficios tradicionales, forzando a muchos artesanos a la emigración y situando a éstos en un plano de ventaja al emigrar a Barcelona e insertarse en el mercado laboral. Ese fue el caso de J.S.B., oriundo de la localidad granadina de Guadahortuna y quien acabó por emigrar a Barcelona a comienzos de la década de 1960. Su marcha de Granada está directamente relacionada con la desaparición del mundo que había dado trabajo a su padre y a sus hermanos y en el cual había obtenido la formación profesional que poseía: la construcción de carros de labranza. En contexto en el cual los carros ya no circulaban, había menos ganado y menos mulos, J.S.B. acabó por seguir el camino de sus vecinos:

Muchos de mi pueblo que están en Sabadell se vinieron en el 52, el 55, el 56, cuando pasó la mayor migración de la historia. Se colocaron en la fábrica de tejidos de Sabadell, en Terrassa, en Barcelona o donde fuera. Yo como tenía un oficio, vine y no me faltó el trabajo. Sabía soldar, sabía manejar un martillo, que había muy pocos que supieran soldar, que supieran “varear” un martillo si quiera. Pero como yo sabía trabajar, no me faltó trabajo al otro día. Yo me coloqué en un tallercillo de lámparas (...) Me daban una muestra, un plano y (me decían) “Usted me hace esto”. Y lo hacía exactamente porque sabía manejar el martillo por lo menos y calentar en la fragua y soldar, que también ya últimamente me enseñé a soldar. Ya yo venía mucho mejor que otros.³²⁹

En ese sentido, el caso de localidades granadinas con una base económica más diversificada, como era el caso de Jérez del Marquesado, en la comarca minera del Marquesado del Zenete, nos permite observar ciertas diferencias respecto al perfil de la migración procedente de otras comarcas de base exclusivamente agraria. La presencia de la mina de Santa Constanza y las minas del vecino municipio de Alquife permitió, en ese sentido, la emergencia de mayor diversidad de oficios entre la población rural de esa comarca. El testimonio del jerezano J.M.T.G. así lo recuerda:

³²⁹ Entrevista a J.S.B., op cit.

*Había gente que trabajaba en la mina que estaba en la central eléctrica. Otros eran mecánicos y hacían otras cosas, en fin (...) En la mina ya había electricistas, había carpinteros ya había de todo. Era en Alquife, pero la gente de Jérez trabajaba allí y muchos de Jérez, casi todos los de oficio en la mina, procedían de Jérez.*³³⁰

Esta visión de la cualificación laboral expresada por inmigrantes granadinos de origen rural, se asociaría por tanto con el hecho de “entender bien lo que hay que hacer” y al desarrollo de nuevas habilidades. El caso de G.G.H., antiguo labrador emigrado en 1960 a Barcelona, resulta relevante porque a través de él podemos observar como la demanda intensiva de fuerza laboral de escasa o nula cualificación de la década de 1960 impulsó a muchas personas a buscar empleo en la gran industria, liberando de ese modo posibilidades de promoción laboral dentro del propio colectivo de inmigrantes. G.G.H. recuerda como después de unos años fue nombrado encargado en la carpintería donde trabajaba, no sólo por su capacidad de ejecutar el trabajo, sino porque muchos de sus compañeros de fábrica tomaron la decisión de entrar a trabajar en la SEAT:

*De la obra me metí en la carpintería y allí me hicieron encargado porque entendía bien lo que había que hacer. Si un oficio tú sabes hacerlo, no te equivocas. Yo montaba percheros. La fábrica empezó a crecer y allí me quedé de encargado porque mucha gente se fue para la SEAT, pero yo pensé más vale más ser cabeza de ratón que cola de león.*³³¹

La capitalidad industrial de Barcelona, sede de la mayor cantidad de talleres y pequeñas industrias metalúrgicas de todo el Estado español, fue percibida por muchos trabajadores como una oportunidad para cualificarse, ya que esta infraestructura industrial se vinculaba a la existencia de conocimientos técnicos especializados. Varios testimonios del Instituto Nacional de Industria correspondientes a los años 1948 y 1949, coinciden en destacar la tradición barcelonesa en la fabricación automovilística, así como el apoyo de una extensa y variada industria auxiliar en la provincia y unas mayores facilidades para contratar mano de obra especializada. En definitiva, Barcelona contaba a comienzos de la década de 1950 con la existencia de un distrito industrial, fuerza de trabajo cualificada, proveedores especializados y una acumulación de conocimientos técnicos, motivos todos que contribuyeron a la instalación de la factoría de SEAT y la consolidación del sector del metal en el área de Barcelona (Catalán, 2006 y 2012). Muchas de las oportunidades de formación percibidas por los inmigrantes tuvieron en común esta nueva emergencia del sector del metal experimentada en la década de 1950. A la existencia de diversas escuelas de formación en

³³⁰ Entrevista a J.M.T.G., op cit.

³³¹ Entrevista a G.G.H., op cit.

Barcelona, como la Escola del Treball o la Escuela de Aprendices Industriales del Clot, deben añadirse las que tenían grandes empresas como la Maquinista Terrestre y Marítima o la Pegaso. El prestigio del sector del metal empujaba a las capas más jóvenes de la inmigración a buscar una formación que les permitiera introducirse como trabajadores en alguna de estas empresas, lo cual era percibido como un éxito personal.³³²

Los testimonios orales recopilados permiten demostrar que la incorporación de trabajadores a la factoría SEAT, en su gran mayoría inmigrados, se hizo tomando en cuenta que los nuevos operarios tuvieran algún tipo de experiencia en la industria y que tuvieran una edad suficiente para poder formarse. Dado que se trataba de un trabajo en cadena de montaje, no se les exigía poseer un oficio en el sector del metal y, en cambio, resultaba más importante que demostraran no tener intolerancia o alergia a las sustancias tóxicas con las que se trabajaba. Ese fue el caso de J.P.G., llegado a Barcelona a finales de 1959. Después de trabajar durante un tiempo en una fábrica de flores de plástico en el barrio barcelonés de Prosperidad, Ideal Plástica Flor, sufrió un accidente que le hizo abandonar el trabajo. En ese momento apostó por entrar en la SEAT, donde ya trabajaban dos hermanos y dos primos suyos:

Cuando me quemé la mano le tomé miedo y tenía dos hermanos que trabajaban en SEAT y (me dijeron): “¡Coño, echa la solicitud!”. “¡Es que ya tengo 39 años!”. Y para entrar en la SEAT era hasta los 35 años, luego ya no te querían. Y entonces como tenía allí dos primos hermanos y ellos dos, eran cuatro del mismo apellido, pues me cogieron. Me hicieron el examen (...) Te hacían un examen de la ostia allí. Aquel día éramos ocho o diez. Te ponían uno mirando para allá, otro mirando para acá, para que no nos pudiéramos copiar (risas) Así nos lo hacían. Te hacían una revisión, te miraban por la pantalla, te sacaban sangre, todo. Y a mí todo salió bien. En el examen todo aquello que te pedían lo hice. Te ponían una pieza allí, te la ponían entera y hacía el tío allí con la mano (gestos rápidos) y te la hacía trozos. Entonces tú tenías que montarla.³³³

Los testimonios consultados mencionan el hecho de que los pequeños talleres también constituyeron una vía de acceso a la cualificación laboral para los trabajadores inmigrantes. Algunos

³³² En sus memorias personales, Antonio Castán Sanclemente (Biscarrués, Huesca, 1945) conocido líder obrero de la empresa Pegaso, menciona la reacción que tuvo su entorno cuando supo que había superado con muy buena puntuación un examen psicotécnico para entrar a trabajar como peón en la fábrica Pegaso en septiembre de 1963: “Todo el mundo me felicitaba por entrar en la Hispano Suiza y repetían con envidia aquello de “es una empresa para toda la vida”. Mi patrona estaba loca de contenta, como si me hubiera tocado la lotería” (Castán, 2013:115).

³³³ Entrevista a J.P.G., op cit.

testimonios mencionan edades tempranas de incorporación a los talleres metalúrgicos en calidad de aprendices, algo que en otros sectores productivos, como la industria vidriera, era una práctica habitual con larga tradición.³³⁴ Un ejemplo de la entrada en los talleres metalúrgicos por parte de menores que estaban trabajando, corresponde al caso que C.M.R. menciona sobre su hermano mayor, llegado junto a ella y sus padres desde Granada en 1947:

*Mi hermano tenía once años, pero enseguida se puso a trabajar. El primer trabajo era vender peladillas y caramelos por las ferias, que había mercadillos por todas partes. Con doce años, no tenía trece años, entró de aprendiz en un taller de metalúrgico. Mi hermano al final hizo todo su oficio en el metal.*³³⁵

Para aquellos jóvenes inmigrantes que habían llegado a Barcelona sin familia, la necesidad de adaptarse a un nuevo mundo laboral donde existían posibilidades de aprender un oficio vinculado a la industria del metal, les llevó a acercarse al mundo de los pequeños talleres mecánicos. Este fue el caso de M.P.M. (1), que llegó como adolescente a Barcelona procedente de Baza en torno a 1954. Como vimos anteriormente, en su ciudad natal las posibilidades de formación profesional en oficios industriales habían desaparecido tras el cierre de la escuela de formación profesional “Virgen de la Piedad” en 1952. La entrada de este joven bastetano en el mundo laboral fue en un pequeño taller de piezas de caucho ubicado en el barrio de Sant Andreu. Se trataba de un empleo bien remunerado, en el cual fabricaba chupetes, pero donde percibía que no encontraría posibilidades de cualificación.

Yo tenía mucho interés por aprender mecánica. ¡Tenía unas ganas de aprender un oficio! Yo estaba en los chupetes y decía: “Esto a la larga no es porvenir. Esto sí, voy ganando dinero, me defiende muy bien...”. Ganaba seiscientas pesetas. Me compré mi trajecito, los zapatos

³³⁴ El trabajo infantil en la posguerra de Barcelona ha sido documentado en algunos trabajos que recogen experiencias biográficas de trabajadores inmigrantes y hacen referencia a la industria del vidrio. El testimonio de Rafael Hinojosa, oriundo de la localidad cordobesa de Cabra, ayuda a comprender el perfil de los aprendices de la industria del vidrio. Emigrado a Barcelona a comienzos de los años cincuenta con su familia e instalado en el enclave barraquista del Somorrostro, su caso se asemeja al de otros menores aprendices que con frecuencia habitaban en los enclaves barraquistas y debían realizar su trabajo, pendientes de no ser detectados por una inspección de trabajo:

Els aprenents érem gent molt jove, vinguts de diferents llocs de Barcelona. Molts del Somorrostro, però també de Sants, del Camp de la Bóta, del Polvorín. Tots teníem edat legal de no treballar. En aquella època la majoria d'edat per a treballar estava als 14 anys i la majoria de nosaltres no hi arribàvem. Algun cop – que jo recordi dues ocasions – anunciaven la vinguda d'un inspector de treball i aleshores hi havia una zona que es feia servir per enviar el producte acabat amb els camions i, normalment, allò era una altre dependència. Llavors tots nosaltres hi anàvem i ens amagaven perquè allà no hi arribaven mai els inspectors. Era un racó. I fins que no marxaven no sortíem. Quan eren fora tornàvem a fer la feina (Hinojosa, 2008:19).

³³⁵ Entrevista a C.M.R., op cit.

*que traía eran de cartón, que la primera lluvia que cogí me quedé descalzo... me compré unos zapatos que no fui capaz de romperlos de buenos que eran. Me compré mi traje.*³³⁶

Esta aspiración de aprender un oficio y realizar una carrera profesional, una vez resueltas las primeras necesidades económicas, está presente en muchas biografías de inmigrantes masculinos de la Barcelona de posguerra y con el tiempo fue adquiriendo una centralidad en sus estrategias de inserción en el mercado de trabajo. Siguiendo con el caso de M.P.M. (1), observamos la oportunidad que se le presentó de ser recomendado por dos mujeres de origen catalán que trabajaban con él en la fábrica de piezas de caucho. Mediante vínculos de paisanaje, pudieron ayudarle para entrar de aprendiz con el dueño de un taller mecánico, donde se incorporó a trabajar a tiempo parcial con el objetivo principal de aprender el oficio:

*A estas dos mujeres yo siempre (les) decía: “Es que a mí me gusta la mecánica, me gustan los coches. Yo desde pequeñito ya soñaba con los camiones y con los coches”. Y dice la hermana: “Oye, nosotros tenemos un amigo que es de nuestro pueblo, de allí de Tremp, que tiene un taller aquí en la calle Córcega, esquina Independencia. Es un taller privado, para clientes concertados y lo tiene cerrado. Es pequeñito el taller, pero siempre tiene trabajo, tiene lista de espera. Voy a hablar con él porque de momento está él sólo y me ha dicho que quiere buscar un aprendiz”. “Pero yo solamente puedo ir unas horas, cuatro o cinco horas nada más, porque a mí lo que me mantienen son los chupetes”. “Bueno pues le vamos a decir”. Hablan con él y dice: “És bon noi?”. “Si, si, molt bon noi”. “¡Pues que se venga!”. Yo fui allí y me presentó y muy bien, aunque yo iba pegado. (...) Yo ya iba haciendo cosas, iba poniendo los coches a punto, cambiaba platinos, limpiaba carburadores, hacía frenos... Yo aquello lo aprendí rápido. Y me dice el jefe, un tal Josep Buixó, muy buena persona también. Ese me daba cien pesetas a la semana. Era poco, pero seiscientas y cien, ya eran setecientas pesetas (...) No estaba asegurado e iba tirando, y me dice: “Manolo, cómprate el libro que yo te voy a decir de mecánica. Cómprate el Arias Paz de mecánica y tú vas estudiando ahí. A parte que lo vas practicando, lo vas estudiando. Pero otra cosa: sácate el carnet de conducir antes de irte a la mili.” Como no tenía la edad, tenía que ser el carnet de segunda. Pues me compré el libro y me saqué el carnet.*³³⁷

Como vemos, el afán de formarse y obtener una mejor colocación asociada a la industria, orientó muchas de las iniciativas de aquellos emigrantes más jóvenes y procedentes de contextos agrarios,

³³⁶ Entrevista a M.P.M. (1), op cit.

³³⁷ Ídem.

en ámbitos en los que debían combinar trabajo y formación. J.M.T.G. evoca como había aprendido por cuenta propia a montar televisores en su pueblo, Jerez del Marquesado, y de qué modo esta cualificación le ayudó a insertarse en Barcelona. Según su testimonio, su actitud emprendedora habría sido común a otras personas de Jérez, lo cual habría determinado su evolución destacada como colectivo diferenciado entre la inmigración granadina en la capital catalana:

*A mí me preguntaba la gente como yo siendo de un pueblo, un pueblo tan lejos, sabía montar televisores y repetidores de televisión. Y yo les decía: el hambre. ¡Hombre! En mi casa no se pasó hambre, pero aquella fe de superación que tienes, eso te lleva mucho. De Jérez aquí en Barcelona hay quizás, quizás, quizás cuarenta, cincuenta familias que viven de su comercio, de su negocio. Unos en una cosa, otros en otra, pero todos tienen su sitio donde trabajar por su cuenta. Eso no hubiera sido posible de irse a Granada capital: ¿Dónde vas? ¿Para qué? ¿Dónde? Si no hay. Casi nadie de Jérez se fue a vivir a Granada. Alguna familia que se colocaba de portero en un sitio, el otro que se colocó en una imprenta, pero poca cosa (...) Ese es el problema, que no hay industria.*³³⁸

Nuevamente encontramos a Barcelona identificada con el paradigma del progreso: la industria. La falta de cualificación se asociaba directamente con la posición subalterna de los inmigrantes en la sociedad barcelonesa. Como ya hemos señalado, los problemas de adaptación eran percibidos como consecuencia del bajo nivel formativo con el que los trabajadores foráneos llegaban del medio rural. De hecho, esta inadaptación a las fábricas provocó a menudo la existencia de itinerarios de ida y vuelta entre las fábricas y la construcción, que era percibida en algunos casos como un ámbito menos nocivo. Las fuentes orales permiten conocer las reacciones de algunos trabajadores poco cualificados, que se vieron ante la situación de tener que desempeñar los trabajos más penosos en el sector industrial y como desarrollaron determinadas actitudes de rechazo que desembocaron en su abandono de la fábrica. Es el caso de Francisco García Gómez, cuando relata su experiencia con un contratista apellidado Balañá:

Me acuerdo el primer día que fui a trabajar: fui a San Andrés, a la Maquinista Terrestre me mandó. Y el primer día me peleé con el encargado. Fue nada más llegar y pelearme con él. Aquello son naves muy grandes, con motores de barcos y eléctricos... y me dice que me suba por un tablón solo, y le dije que si quería matarme antes de llegar a Barcelona. Me dice “hombre, es que yo soy el encargado”, “pues yo soy yo y no me subo porque no quiero”. Me

³³⁸ Entrevista a J.M.T.G., op cit.

echó arrestado. Empecé el primer día arrestado. Me mandó donde estaban haciendo unos pozos y allí vi que el pozo me iba a enterrar un día: “este me entierra a mí”. Me mandó a la Maquinista de la fundición de la Barceloneta. Allí estaba bien de trabajo, lo que no me gustaba era que había mucha tizne. Me salí y me fui a la construcción.³³⁹

Francisco López también señalaba en su testimonio que en las fábricas era más frecuente sufrir accidentes graves que en la construcción, particularmente amputaciones de dedos, debido a que la gente de campo no sabía trabajar con las máquinas.³⁴⁰ Esta falta de adaptación de algunos inmigrantes queda patente en el testimonio de Francisco Granados, nacido en 1932 en la localidad de Fuentes de Cesna y cuyo oficio en Granada era el de podador de árboles, principalmente olivos. A través de su experiencia podemos documentar el caso de aquellas personas que optaron por el retorno a Granada ante la dureza que experimentaron en los empleos industriales a los que tuvieron acceso:

Tuve que emigrar a Barcelona. Me habían buscado un trabajo en la fábrica Roca. El primer día me pusieron a retirar piedras que salían de los hornos y transportarlas por toda la nave, pero pensé: - *Si yo no he matado a nadie en mi pueblo para que me maten, ¿qué hago yo aquí?* Por lo que aguanté sólo día y medio. Después encontré trabajo. Era para limpiar donde estaban todos los desagües de los darros, pero también pensé lo mismo: que yo no he matado a nadie para que me pongan a limpiar los darros de Gavà. Y como mi familia se había quedado aquí me vine pronto con ellos (Rodríguez & Berlanga, 1998: 77).

El deseo de no quedar limitado a ser un peón industrial que realizara los trabajos más duros, orientó a muchas personas recién llegadas a la búsqueda de una cualificación que les permitiera acceder a mejores empleos. Esto provocó dentro del colectivo de inmigrados que determinados sectores experimentarían un grado mayor de movilidad ocupacional que los autóctonos. Un estudio sociológico realizado una vez pasado el ciclo de masiva afluencia de emigración a Barcelona, a finales de la década de 1970, señalaba en retrospectiva como, a medida que pasaban los años, los inmigrantes habían tendido a emplearse en actividades cualificadas, a trabajar por su cuenta y a ascender en la escala social. En la encuesta que sirvió de base al mencionado estudio, realizado en 1978, todos los inmigrantes reconocían que el grado de cualificación y profesionalización había sido la razón más determinante para encontrar y cambiar de trabajo (Solé, 1982).

³³⁹ AHLH Entrevista a Francisco García Gómez (Motril-1920). Realizada el 3 de octubre de 1996. Entrevistado por Pepa Prieto (acompañada por Jaume Valls).

³⁴⁰ Entrevista a F.L., op cit.

De ese modo, a finales el período investigado podemos observar la emergencia de actitudes que valoran la importancia de obtener aquellos recursos que daban acceso a una movilidad social y mayor prosperidad, a costa de un enorme sacrificio. Un aspecto clave de esta cuestión hace referencia a la situación de los hijos de los inmigrantes, algo que a través de los testimonios recopilados emerge con fuerza como uno de los objetivos fundamentales del proyecto migratorio, tanto en su origen como en su posterior desarrollo.³⁴¹ Este elemento comenzó a situar entre las prioridades de muchas familias inmigradas, fundamentalmente aquellas más jóvenes, la educación de sus hijos y, en particular, el aprendizaje del catalán.

La política lingüística del franquismo durante las décadas de posguerra y prácticamente toda la dictadura, obstaculizó la presencia del catalán en el ámbito público y forzó a una castellanización generalizada (Ranafell Vall-Llosera, 2011). Este aspecto lo hizo menos accesible a la gente que no tenía un trato más íntimo con catalano-parlantes. Sin embargo, como fueron comprendiendo muchas personas llegadas en las décadas de posguerra, el dominio del idioma catalán fue resultando una condición cada vez más importante para acceder a un trabajo bien remunerado y cualificado (Solé, 1982). El testimonio de Juan Orellana, emigrado en 1950 junto a su familia y cuya experiencia fue recogida por Francisco Lara (1977) en el libro *La emigración andaluza. Análisis y testimonios*, permite comprender la importancia que para las personas recién llegadas a Catalunya en la década de 1950 tuvo la percepción, sobre todo entre los más jóvenes, de que debían aprender a hablar catalán si aspiraban a un mayor y mejor reconocimiento por parte de la sociedad catalana y a progresar socialmente:

Una cosa que les satisfizo mucho fue que la gente joven empezamos inmediatamente a aprender el catalán; que pusimos mucho interés en aprender su idioma. Yo a los seis meses ya hablaba catalán y entonces tenía catorce años. Cuando ellos vieron esta actitud por parte de nosotros, y que no solamente éramos personas capaces de trabajar en sentido físico, de mover unas cosas de un lado para otro, sino que además teníamos una capacidad intelectual para ir aprendiendo su forma de hablar, de identificarnos con sus costumbres al igual que

³⁴¹ De la investigación que Jaume Botey llevo a cabo con los trabajadores inmigrantes del barrio de Can Serra, en L'Hospitalet de Llobregat, destacamos en esta ocasión el testimonio de Antonio Adamuz, nacido en la localidad cordobesa de Iznájar en 1936, quien afirmaba así el sentido de su vida al referirse a su mujer y a su hija:

Lucho por la familia y por los hijos, que ni la Antonia ni la Vicentita se vean ¡nunca!, como me he visto yo. Y esto me da una moral y una fortaleza... Ya sé que no valgo para nada, porque no valgo para nada, pero para trabajar ... Trabajo como un mulo, para ganar lo suficiente y que así la Antonia estudie y la Vicentita estudie. Eso yo lo tengo metido en la cabeza. ¡Vamos! Que de ahí no frenaré” (Botey, 1981:20).

con muchas otras cosas sin dejar nuestra propia idiosincrasia, puesto que de puertas para adentro éramos exactamente igual de andaluces que cuando vivíamos en nuestra tierra, pero luego al salir a la calle nos comportábamos igual que ellos. Por otro lado, las familias andaluzas empezaron a poner a los niños en los colegios, a preocuparse, en fin, de adaptarse a la nueva situación (Lara, 1977: 197).

Este reconocimiento de la importancia del estudio y la formación se tradujo, en el caso de muchas familias inmigradas, en una aspiración a que sus hijos pudieran aprender catalán y señala elementos que llevaron a identificar al catalán con el idioma de las clases proveedoras de empleo y estatus. Es en este sentido en el cual el reconocido paternalismo ejercido por muchos empresarios catalanes hacia sus trabajadores, lo que no implicaba una renuncia a las prácticas de explotación laboral, pudo acabar favoreciendo la adopción y el aprendizaje del catalán como lengua vehicular en los centros de trabajo, fundamentalmente el servicio doméstico o los pequeños y medianos talleres. Sin embargo, en el plano de la cotidianidad no resultaba imprescindible hablar catalán, como tampoco lo había resultado en el periodo de entreguerras.

El fenómeno de la convivencia cultural se produjo con más fuerza en aquellas circunstancias en las que el contacto se hizo más estrecho, debido a una menor concentración de población inmigrada, algo que, obviamente, no sucedió en los suburbios de las grandes ciudades. A partir de la década de 1960, se impulsaron iniciativas en el ámbito de las corrientes de renovación pedagógica, para fomentar, entre otras cosas, la educación en catalán de los hijos de trabajadores inmigrados en las nuevas periferias urbanas catalanas. Un ejemplo de ello fue la escuela Toni i Guida, promovida por la pedagoga María Antonia Canals en el barrio barcelonés de Verdún-Roquetes a partir de 1962 (Solà i Montserrat, 2003). Estas iniciativas se vieron potenciadas por la demanda de las propias familias trabajadoras, que entendían que eso repercutiría en beneficio de sus hijos.

Las evidencias recopiladas nos permiten observar en las trayectorias de muchos inmigrados varones de procedencia granadina, un esfuerzo destacado por acceder al trabajo en la industria y por desarrollar en ésta una trayectoria profesional. Retomando las conclusiones que ya obtuvimos al analizar el sector de la construcción, podemos observar en el caso del trabajo en fábrica una mayor predisposición en los sectores jóvenes de la migración a emplearse en la industria. Por su parte las estrategias empresariales fomentaron la contratación de trabajadores jóvenes. En el contexto económico de posguerra, la entrada de población inmigrada en muchas empresas barcelonesas se vio favorecida por la importancia de lo que ha sido denominado lazos débiles (paisanos) para

obtener empleo, confirmando la primacía observada en los estudios migratorios de este tipo de vínculos para facilitar la inserción socio-laboral (Núñez, 2006). En los casos recopilados vemos que este tipo de vínculo se estableció entre trabajadores, pero también con frecuencia se produjo de una manera interclasista, ya que fueron abundantes las solicitudes de recomendaciones a personalidades destacadas e industriales de origen granadino. Todos estos factores nos permiten observar una mayor predisposición de las personas jóvenes a aprovechar a fondo los recursos de que disponían para lograr acceder a un empleo industrial.

Por otra parte, el análisis de los casos consultados corrobora que la tendencia hacía una mayor cualificación profesional en los trabajadores inmigrados, fraguó durante los primeros momentos de su llegada a Barcelona. Las oportunidades que brindaba la estructura económica de la Barcelona industrial quisieron ser aprovechada por muchos de ellos. Para el caso de los trabajadores varones, la gran dificultad de incorporarse al mercado de trabajo con una formación y cualificación profesional que permitiera acceder a puestos de trabajo mejor remunerados, motivó estrategias orientadas hacía el aprendizaje de un oficio, vinculado generalmente con el emergente sector del metal. Un caso aparte lo constituyen aquellas personas que portaban consigo una experiencia profesional previa, lo que les permitió una inserción más rápida y una mejor posición en el mercado laboral. Ese fue el caso de los artesanos rurales y de las personas que habían trabajado en las minas. Por otra parte, la industria barcelonesa también se nutrió de la decadencia imparable de la sociedad agraria tradicional granadina y de la expulsión de muchos artesanos que, junto a los campesinos inmigrados, pasaron a engrosar las filas del proletariado industrial catalán de mediados del siglo XX.

Mayores dificultades encontraron aquellos inmigrantes que llegaban sin formación. Los procesos de cualificación profesional implicaron grandes esfuerzos individuales por superar la posición desfavorable de la cual partían, definida por las escasas posibilidades de capacitación a las que tuvieron acceso en Granada, donde incluso se clausuraron centros de aprendizaje y capacitación profesional, como vimos que sucedió en el caso de Baza. La imagen de una juventud deseosa de dejar atrás el mundo rural y campesino y adquirir las competencias necesarias para poder realizar una carrera profesional en la industria, emerge con fuerza al analizar la década de 1950. Este aprendizaje de un oficio como puerta de acceso al mundo industrial durante la década de 1950, se vio potenciado por la demanda estructural que tenía la industria barcelonesa.

Las estrategias empresariales desarrolladas en el marco de las primeras décadas de la dictadura intensificaron el uso de mano de obra y, sin duda, se beneficiaron de una disposición generalizada

de los trabajadores más jóvenes y con más vida profesional por delante para formarse y emplearse en las fábricas. Las fuentes empleadas no permiten reconstruir en que proporciones se produjo esta opción por los empleos fabriles, pero sí que muestran cuales fueron las tendencias mayoritarias en el mundo de la inmigración y que motivaciones inspiraron estas acciones. En cualquier caso, el panorama descrito y analizado no estaría completo sin analizar con detenimiento las pautas de inserción laboral de las mujeres inmigradas.

5.5 El trabajo de las mujeres inmigradas: entre el servicio doméstico, el peonaje industrial y el trabajo de cuidados.

El trabajo de las mujeres inmigradas durante la década de 1950, constituye una pieza fundamental para comprender las estrategias de inserción individuales y familiares de un sector mayoritario de la inmigración granadina durante el periodo investigado. La contribución de las mujeres inmigrantes a las economías familiares tuvo lugar de una manera similar a como se había desarrollado en la Granada rural, ya fuera a través de la aportación de recursos económicos fruto de la obtención de un salario, como en el ámbito del trabajo reproductivo. Podemos encontrar varios ejemplos de ello en los testimonios de mujeres inmigrantes, en su gran mayoría andaluzas, recopilados en el Taller de Historia de Pallejà que tuvo lugar en esta localidad del Baix Llobregat a finales de la década de 1990.³⁴² Las historias de vida que recoge este trabajo, ofrecen una visión panorámica de las múltiples modalidades que adoptó la actividad económica de las mujeres inmigradas.³⁴³ Ana Lozano, una de las participantes en los talleres y oriunda de Benalúa de Guadix, señalaba que, en ese aspecto, las mujeres ya participaban igualmente del trabajo agrícola en sus localidades de procedencia: “Antes las mujeres, por lo menos allí en Andalucía, colaboraban mucho en el campo (...) Todos los trabajos que había en el campo podían hacerlos las mujeres (...) Había mujeres que iban en cuadrillas que hacían hasta segar, ¿eh?”³⁴⁴

³⁴² La experiencia de las mujeres inmigradas durante las décadas de posguerra ha sido abordada en diversos trabajos que, basándose en el uso de testimonios, han logrado trazar los rasgos fundamentales de la experiencia mayoritaria de muchas de las personas que se integraron en el mercado laboral femenino barcelonés. A parte del proyecto de investigación llevado a cabo por el ayuntamiento de Pallejà que mencionamos, la iniciativa pública ha permitido el desarrollo de otras iniciativas que han tenido como objeto rescatar las experiencias de mujeres inmigradas en localidades de la misma comarca del Baix Llobregat, próxima a Barcelona. Un ejemplo de ello es el libro *Trajectes. La veu de les dones immigrades. Gavà, 1939-1979*, publicada por el ayuntamiento de Gavà en 2008.

³⁴³ Las sesiones del Taller de Historia fueron coordinadas por Pedro Molina Rodríguez-Navas entre 1995 y 2000. Las transcripciones de los talleres que hemos consultado para realizar esta investigación se encuentran depositadas en el Arxiu Històric de Barcelona. Un resumen de las mismas fue publicado en la obra *Nuestra historia. Taller de historia de Pallejà*.

³⁴⁴ AHCB. Fonts Orals. Colección Taller Historia de Pallejà, 15ª sesión. 18 de junio de 1997.

Por otra parte, en los testimonios que hemos recopilado expresamente en el transcurso de esta investigación, es frecuente encontrar testimonios de mujeres inmigradas que transmiten su dedicación paralela al trabajo doméstico mediante aspectos como el hecho, frecuente, de haber llevado la comida a sus familiares en el campo cuando realizaban un trabajo agrícola. Una vez emigrados en Barcelona, esta dinámica se habría reproducido adaptada a los ritmos y ocupaciones del mundo urbano e industrial, formando parte de su actividad cotidiana. El caso de M.C.M.P., llegada con su familia y procedentes de la localidad de Cuevas del Campo, nos permite observar que las dinámicas migratorias se vinculaban con frecuencia al trabajo de cuidados. Esta circunstancia establecía itinerarios de ida y vuelta entre Granada y Barcelona, para mujeres que se hallaban ante la obligación de asistir a familiares suyos en ambos mundos. Ese era el caso de la abuela materna de M.C.M.P., quien a temporadas era cuidada por su hija en el pueblo, mientras toda la familia continuaba trabajando en Barcelona, motivo por el cual nuestra entrevistada suplió desde niña las tareas que realizaba su madre:

Cuando mi abuela se ponía mala llamaba a mi madre y ella se iba con los más pequeños y los otros se quedaban y yo, con doce o trece años que vine, me quedaba aquí. Yo les hacía la comida, yo tenía que ir a comprar, que entonces en la carretera principal, aquí en Artigas, no había ni semáforos, que a más de uno ha pillado el coche. Yo esperaba a mi hermana mayor cuando el sábado plegaba y nos íbamos a comprar aquí a la plaza de San Adrián las dos y luego yo le echaba los bocadillos, yo les lavaba la ropa.³⁴⁵

Tomando en cuenta que la actividad femenina no se limitó, ni mucho menos, a apoyar el trabajo de sus familiares, principalmente varones, en este epígrafe vamos a analizar cómo se produjo la inserción laboral de las mujeres granadinas en la Barcelona a la cual emigraron, solas o en compañía de sus familias durante las décadas de posguerra.

El período investigado asistió al mayor crecimiento de la actividad femenina experimentado durante el siglo XX en el conjunto del Estado español. En el caso barcelonés este crecimiento se vio reducido por la crisis en el sector del textil y la confección, que ocupaba a la mayoría de mujeres. La incorporación femenina al mercado de trabajo debe atribuirse, por tanto, a las extremas necesidades económicas de posguerra y al fracaso del Estado franquista en la constitución de un salario familiar, en un contexto en el cual los modelos de domesticidad reducían la participación de

³⁴⁵ Entrevista a M.C.M.P., op cit.

la mujer en el sustento familiar.³⁴⁶ La ley de Subsidios familiares de 1938, la creación del Plus de cargas familiares en 1945 o las regulaciones por las cuales cualquier mujer casada necesitaba la autorización de su marido para tener un contrato de trabajo, estuvieron encaminadas a reforzar la dependencia femenina del salario masculino (Nash, 2010).

En ese contexto, las experiencias laborales al alcance de las mujeres inmigradas en la Barcelona de posguerra, respondieron a procesos y circunstancias específicas, tanto personales como estructurales. Estos factores fueron situando a las mujeres inmigradas en ámbitos determinados del mercado laboral barcelonés desde los cuales pudieron ejercer una actividad económica. Dos de estos ámbitos principales fueron el servicio doméstico y el peonaje industrial, algunos de cuyos fundamentales vamos a abordar a continuación, para comprender de qué manera se insertaron en ellos las mujeres granadinas inmigradas a Barcelona.

5.6 Servir y “hacer faenas”. Las trabajadoras del servicio doméstico.

La falta de una experiencia previa en el mundo fabril de las trabajadoras inmigrantes llegadas a Barcelona en las décadas de posguerra, así como la mayor dificultad para acceder al peonaje industrial sin contactos previos, orientó muchas de sus trayectorias laborales a los empleos vinculados con la limpieza y los cuidados. La variedad de casos consultados permite vislumbrar diferencias en función de la edad y el momento de llegada a Barcelona. Algunos de los testimonios recopilados para esta investigación, recogen la experiencia de mujeres que fueron contratadas de forma verbal en sus localidades de origen para venir a trabajar a Barcelona en el servicio doméstico. Otras, en cambio, encontraron en este trabajo un modo más directo de inserción en la nueva sociedad que encontraron al llegar.

Como destacamos en el capítulo anterior, la cuestión del hábitat fue clave a la hora de optar por el trabajo en el servicio doméstico, fundamentalmente en el caso de mujeres jóvenes recién llegadas a Barcelona, ya que resultaba una ventaja para encontrar alojamiento. Esta circunstancia establecía para ellas una diferencia fundamental entre los que se denominaba servir y lo que era definido como “hacer faenas”. Servir implicaba generalmente una condición de interna. Para aquellas mujeres, generalmente de menor edad y que llegaban sin cargas familiares, las labores en el servicio doméstico implicaban entrar de internas a servir como empleadas en alguna casa. Un estudio sobre

³⁴⁶ Como señalaba Cristina Borderías (1993): “El nacionalcatolicismo imperante vinculaba el destino de la mujer a la maternidad y a la familia, a través de nuevos cambios en el derecho de familia, la legislación laboral, los programas educativos, y los derechos civiles públicos y privados de las mujeres” (p. 35).

servicio doméstico en la ciudad de Terrassa entre 1940 y 1960, basado en el vaciado de los cinco padrones que comprende ese período, describía las características de las mujeres que estaban internas, lo cual nos permite observar dinámicas que pudieron replicarse en otras localidades industriales cercanas a Barcelona y en la misma capital catalana (Farré París & García García, 2001). En base a los datos recopilados se observa que el año 1955 fue el momento en que Terrassa contaba con el mayor número de *minyones* (criadas) de todo el período investigado. Se trataba de un total de 1.040 mujeres, de las cuales el 88,20% eran solteras. Esta dinámica se había ido agudizando a partir de 1950 al coincidir con la llegada de inmigración de posguerra, en la cual se percibió una creciente llegada de mujeres andaluzas.

Durante la década de 1950 se observó que las edades de las mujeres que trabajaban internas se encontraban entre los 15 y los 30 años. Estos datos correspondían al 52,3% del total de trabajadoras del hogar de la provincia de Barcelona, mientras que en Terrassa el porcentaje en 1955 era de un 74,2% de mujeres sirviendo con esas edades. El porcentaje de mujeres andaluzas se fue ampliando a lo largo del periodo investigado. Del total de mujeres trabajando en el servicio doméstico egarense, en 1950 el 29,4% eran andaluzas, el 36,7% en 1955 y el 42,4% en 1960, la mayoría procedentes de las provincias de Almería, Córdoba y Jaén. El servicio estaba concentrado en las familias de industriales y comerciantes, incluyendo la mediana burguesía. Internas en casas de estas familias, trabajaban generalmente como niñeras, cocineras o camareras y en muchos casos contribuían al trabajo de sus patronas, despachando, repartiendo o reponiendo en el caso de que estas tuvieran una tienda. A pesar de que en algunos casos aprendían a cocinar o a coser en casa de sus empleadores, los desajustes de los salarios que percibían estaban relacionados con la falta de legislación laboral de aquel sector. Estas circunstancias generaban bastante movilidad laboral, por la facilidad de encontrar otras casas para servir o entrar a trabajar en fábricas. De hecho, a partir de los años 60 se percibiría un cambio en el hecho de pasar menos tiempo internas (Farré París & García García, 2001).

Frente a esta situación de internas, “hacer faenas” respondía más bien a un empleo temporal desarrollado durante un horario concreto y que permitía compaginar esta actividad económica con otras. Una experiencia laboral que era frecuente en los casos de las mujeres casadas que vivían en enclaves barraquistas, como los del Carmel, y que contribuían de ese modo a la economía familiar:

La mayoría de las mujeres iban a hacer faenas en las casas. Mi madre por ejemplo estuvo trabajando en el barrio de Gracia. Tuvo la suerte de tener la casa aquí cerca, pero luego las mujeres iban a trabajar a la Barceloneta o donde fuera. Ya con el tiempo las mujeres fueron

*recolocándose y buscando los trabajos más cómodos. En la medida en que ya estabas más orientado aquí ya podías ir escogiendo un poquillo más. Pero cuando se llegó aquí, lo primero que se encontraba.*³⁴⁷

La búsqueda de una colocación en alguna casa próxima al lugar de residencia parece haber sido también una pauta común en varios de los testimonios recopilados, aunque, como vemos, no era una condición que se cumpliera de manera sistemática. El estudio de las pautas de movilidad de la clase obrera barcelonesa en el periodo de entreguerras, señala una predominancia de la movilidad a pie para dirigirse al lugar de trabajo, particularmente en el caso de las obreras textiles. La generalización del uso del transporte público en Barcelona tuvo lugar en la década de 1950, pero, tal y como señala José Luís Oyón (2008), la movilidad a pie fue hegemónica hasta finales de la década de 1930 en los sectores menos cualificados de la clase obrera. Para el caso de las mujeres que vivían en enclaves barraquistas, su dispersión por toda la ciudad permitió que pudieran encontrar colocación en casas ubicadas en barrios cercanos. De ese modo tenemos el testimonio ya citado de mujeres inmigrantes que residían en el Carmel y trabajaban en Gracia, así como de otras mujeres que vivían en las barracas de Capitán Arenas, cerca de la Diagonal, y trabajaban en Sarriá o en otros barrios próximos en los que había demanda de servicio doméstico. M.R.M. nos aclara con su testimonio la situación de las mujeres de su familia, llegadas desde Guadix y residentes durante sus primeros años en las barracas de Capitán Arenas:

*Mi madre hacía faenas en casas. En Sarriá y donde le salía. Mis tías se pusieron a servir en casas aquí en Barcelona... Muy mal, porque para que te dieran los papeles aquí tenías que tener un puesto de trabajo. Igual que está pasando ahora. Las colocó mi madre en dos casas y allí estaban, de noche y de día. No me acuerdo de si una de ellas trabajó hasta que se casó, la cuestión es que ellas sí que no han trabajado más que sirviendo. Cuando tú justificabas que tenías un trabajo estable, pues entonces te daban los papeles.*³⁴⁸

Por otra parte, otra trabajadora inmigrada que residía en el núcleo barraquista de Ramón Casellas, en el Carmel, recuerda como estuvo trabajando interna para una familia hasta que se casó. La casa de sus empleadores se encontraba en la cercana avenida de la República Argentina y nunca tuvo contrato:

³⁴⁷ Entrevista a C.M.R., op cit.

³⁴⁸ Entrevista a M.R.M., op cit.

Yo estuve luego sirviendo aquí con 16 años hasta que me casé y contratos nada. Nunca, eso no. Ni seguridad social ni nada. No, no, no. tú estabas sirviendo por lo que te daban (...) La gente donde estaba yo sirviendo, que eran... pffff... franquistas. (...) El hijo mayor le compró el título de médico pediatra y no estudiaba. Era gamberro, golfo, de todo. Pero con dinero, a ese se le pagaba.³⁴⁹

Es relevante observar como la diferente cronología migratoria también condicionó las trayectorias laborales de las mujeres inmigrantes, así como las estrategias de obtención de empleo. Las mujeres que llegaban indocumentadas no podían recurrir a los mecanismos oficiales que existían para la contratación de mano de obra destinada al servicio doméstico. Las agencias privadas de colocación de sirvientas, así como los anuncios publicados en los periódicos locales, fundamentalmente *La Vanguardia Española*, proliferaron en Barcelona en las tres primeras décadas del siglo XX, para luego experimentar un descenso en la década de 1940. El problema del subregistro de este tipo de actividad, permite intuir que no se dio un descenso en el número de mujeres empleadas en el servicio doméstico, sino que en la posguerra cobraron mayor importancia las recomendaciones personales (Borrell, 2015). Para las mujeres que llegaban indocumentadas, este modelo de inserción en el mundo laboral era más factible que no recurrir a las organizaciones eclesiásticas u oficiales, creadas por el régimen para tal fin.

La madre de M.R.M., cuyo caso ya hemos mencionado, había emigrado con sus hijos a Barcelona en 1949 procedente de Guadix y, a pesar de las dificultades iniciales, pudieron instalarse en un enclave barraquista. Desde allí desarrollaron una pluriactividad económica como unidad familiar, que incluía el trabajo de M.R.M. en un taller de costura de tiendas de campañas, así como el trabajo por horas que su madre realizaba en diversas casas. Sin embargo, las dificultades derivadas de la necesidad de regularizar su situación para las mujeres inmigrantes, durante los años que siguieron de mayor control, entre 1952 y 1957, determinaron un margen de elección más escaso. Para las mujeres que, como las tías de M.R.M., llegaron a partir de 1952 y experimentaron dificultades para regularizar su situación, hasta el punto de haber sido deportadas una vez a Andalucía, las opciones laborales que priorizaron fueron aquellas que pudieran garantizar obtener un estatus legal. En todos estos casos, poder contar con el aval de la familia donde trabajaban internas, así como resolver las mencionadas dificultades de alojamiento al llegar a Barcelona, sin duda favorecieron la tendencia al servicio doméstico en condición de internas de muchas mujeres inmigradas. Los testimonios

³⁴⁹ Entrevista a A.R.H., op cit.

recopilados avalan, por tanto, la hipótesis que ya fue planteada en el capítulo anterior, referente a las estrategias de adaptación al mercado de la vivienda.

De hecho, el antes citado estudio sobre el servicio doméstico en la ciudad de Terrassa, coincide en señalar como el servicio doméstico ofrecía una instalación rápida en la ciudad. Era una estrategia que ofrecía menos riesgos al conjunto de la familia, ya que el resto, antes de llegar, se aseguraba la posibilidad de trabajo y vivienda en la ciudad. Menciona el caso de mujeres internas que encontraron empleo para sus familiares a través de las patronas de la casa. En ese contexto, el trabajo doméstico mostraba una fuerte capacidad de movilización familiar, facilitando las estrategias de exploración del mercado laboral y de la vivienda para el resto de miembros de la familia (Farré París & García García, 2001). Si la escasez de vivienda potenció una mayor tendencia a entrar a trabajar como internas en el servicio doméstico en muchas mujeres inmigradas, la necesidad de generar unos ingresos y contribuir a la economía doméstica para aquellas mujeres con cargas familiares y mayor edad, impulsó el recurso a realizar faenas en los hogares de Barcelona. No obstante, la posibilidad de entrar a trabajar en fábricas acabaría resultando una tendencia mayoritaria en la inserción de las granadinas inmigradas, como veremos a continuación.

5.7 Jornaleras en la Barcelona de las fábricas

Como hemos mencionado para el caso de las mujeres que trabajaron en el servicio doméstico, con frecuencia hemos encontrado testimonios y referencias a mujeres que se convirtieron en el centro y motor de unidades familiares inmigradas. Este aspecto permite constatar la importancia de la iniciativa femenina en la llegada de muchos núcleos familiares a Barcelona durante las décadas de 1940 y 1950, facilitando de ese modo la introducción de sus miembros en el mercado laboral. Una historia local menciona como en la localidad de Granollers, había un número importante de familias viviendo en barracas al lado de la vía del ferrocarril en el año 1951 (Garriga i Andreu, 2004). En el transcurso de los cuatro años anteriores, desde 1947, una oleada de personas había ido llegando a Granollers atraída por el trabajo que la industria textil ofrecía a las mujeres. Según el autor de esta monografía, los hombres no encontraban trabajo y vivían con la ayuda de la caridad pública.³⁵⁰

³⁵⁰ En consonancia con aspectos que ya fueron tratados en el capítulo anterior sobre el rechazo que en la sociedad catalana generaban los inmigrados entre finales de la década de 1940 y la década de 1950, esta situación resultaba alarmante. La mitad de las personas residentes en estas barracas estaban en situación ilegal y según la descripción del autor, adoptaban conductas que atentaban contra la moral pública y los padres no cuidaban la instrucción de sus hijos. Por esos motivos: “També s’apuntava la necessitat d’un major control per atorgar l’empadronament i fins i tot s’assenyalava la possibilitat de facturar amb un billet de retorn aquelles persones que eran considerades, per la seva conducta a Granollers, indesitjables.” (Garriga i Andreu, 2004: 113).

Las posibilidades para encontrar trabajo percibidas por muchas de las mujeres granadinas, desencadenaron numerosos proyectos migratorios. Una muestra de ello es el caso de M.C.M.P., quien ya vimos que tenía a su abuela materna enferma en el pueblo. En el caso de su abuela paterna, su testimonio recuerda como esta mujer decidió separarse de su marido y emigrar a Barcelona con sus doce hijos, algunos de ellos ya casados. Por medio de contactos con paisanos de su pueblo, la localidad granadina de Cuevas del Campo, comenzaron por instalarse en las barracas de Montjuïc, de las que fueron desalojados para ir a instalarse en un piso del barrio badalonés de Bufalá. Al recordar a su abuela, nuestra entrevistada señalaba los motivos que la llevaron a emigrar con sus hijos para, entre otras cosas, evitar que sus hijas tuvieran que trabajar en el servicio doméstico en su localidad de origen:

Se vino porque ella decía que no quería tener más críos, no tenían para comer. Tenían que estar mis tías con siete y ocho años en casa de los “riquillos” para trabajar. Y ella dijo que ella ya no estaba más allí. Conocían gente que estaban en las barracas y le dijeron que se viniera (...) Mi abuela hacía corbatas en casa, otro tío mío trabajaba en una fábrica que hacían cucharas, cuchillos y todo eso.³⁵¹

La dinámica de instalación fue progresiva, comenzando por la decisión de emigrar de la abuela que arrastró consigo, en diferentes periodos, a todos sus hijos y nietos. Una vez llegados a Barcelona, el resto de núcleos familiares de la familia de se fueron organizando de una manera semejante, de modo que al llegar ella con sus padres, su hermano se colocó en la construcción y su padre obtuvo un puesto de vigilante nocturno en una fundición de hierro. Las mujeres de su familia tuvieron en su caso un fácil acceso al peonaje en la pequeña industria local. Su hermana encontró trabajo en una fábrica de pintalabios y ella trabajó en una fábrica de tejidos donde casi todos eran catalanes y donde estuvo trece años empleada.³⁵²El paso por numerosos empleos caracteriza las trayectorias laborales de aquellas mujeres más jóvenes, nacidas en la segunda mitad de la década de 1940 y que se incorporaron al mercado de trabajo en la década de expansión económica de 1960. Casos semejantes de gran movilidad laboral encontramos en los testimonios recopilados en el Taller de historia de Pallejà. Otra inmigrante de origen granadino, Francisca Pinos Rodríguez, oriunda de Pampaneira, resumía así experiencia en el mundo de trabajo en Catalunya:

³⁵¹ Entrevista M.C.M.P., op cit.

³⁵² En palabras de M.C.M.P.: “Había mucho trabajo: En todos sitios había carteles y ponían “Se necesita aprendiz”. Y si no te interesaba allí y te pagaban en el otro más, te ibas”. Ídem.

Me coloqué en los tintes de Molins de Rei. Estuve 7 años así. Y luego ya plegué. Y luego estuve en una tienda de lanas que había aquí, enseñando a hacer punto y ganchillo. Sí, enseñaba yo ahí. Y luego estuve en una tienda de electrodomésticos allí en...., por la carretera también. ¡Uy, yo he estado en muchos sitios! ¡Pero muchos! Lo que yo ya no sé ni la de sitios que he corrido. Y luego ya, pues, plegué y estoy en mi casa.³⁵³

Para aquellas mujeres de mayor edad el acceso a un trabajo en la fábrica supuso un logro que podría permitirles huir del servicio doméstico o la escasez de perspectivas laborales. Mercedes Vilanova (1997) observó actitudes semejantes en la generación de obreras fabriles de la factoría Riviere, cuyas trayectorias laborales comenzaron en el periodo anterior a la guerra. La gran mayoría afirmaba que el trabajo a jornal obtenido en la fábrica fue vivido como una liberación:

El trabajo a jornal que consiguen en las fábricas, incluso niñas de nueve o diez años, es considerado por todas como una “liberación”. Aunque ello las obligue a seguir realizando el trabajo doméstico en sus casas, y por lo mismo a jornadas laborales de hasta dieciocho horas. Aunque el trabajo sea monótono, sucio y duro, especialmente por el destajo. Aunque no haya ninguna perspectiva de aumento salarial o de mejora. Y, como siempre, bajo el mando que ni se cuestiona de los hombres, su situación es la de un estancamiento sin horizontes (Vilanova, 1997: 50).

El testimonio de otra obrera granadina y trabajadora en las colonias textiles del Alt Llobregat, nos transmite rasgos de esta actitud en muchas mujeres inmigradas en la década de 1950. Para ella, el hecho de haber podido trabajar en fábricas compensaba todos los efectos nocivos que este tipo de trabajo habría tenido para sus vidas. Comparando con las perspectivas de vida que hubieran tenido en su localidad de origen, La Puebla de Don Fadrique, nuestra entrevistada reflexionaba sobre los motivos de su migración y valoraba que, comparativamente, las posibilidades de las mujeres catalanas eran mucho mayores. Nuevamente el trabajo en la industria revestiría características de emancipación para las mujeres procedentes del medio rural granadino:

Allí, yo que sé, yo decía: yo tengo dos hijas y aquí ¿qué porvenir van a tener? Lo que por aquí (en Catalunya) tienen mucho porvenir las mujeres porque había fábricas, es que había muchas fábricas entonces. Aquí ellas han tenido, que han ido a su fábrica y lo hemos

³⁵³ AHCB. Fonts Orals. Colección Taller Historia de Pallejà, 15ª sesión, 18 de junio de 1997.

*pasado muy bien. Y yo también, que yo he trabajado también en la fábrica. Cuando ellas fueron más grandes, que ellas trabajaban, yo también. Trabajaba en los Aspis, que por eso estoy sorda. Que es que todas las que hemos trabajado en los Aspis nos hemos quedado sordas.*³⁵⁴

En relación con la cuestión del peonaje industrial femenino podemos observar como las estrategias empresariales contribuyeron decisivamente a modelar el mercado de trabajo, en ámbitos como la industria metalúrgica ligera. Precisamente, en aquellas empresas donde trabajaban numerosas mujeres jóvenes se implementaron políticas destinadas a reducir los costes laborales, en base a intensificar la rotación del personal. Determinadas empresas metalúrgicas, lejos de potenciar la permanencia de sus trabajadoras, recurrían sistemáticamente a la contratación temporal de chicas muy jóvenes de origen inmigrante. Según datos del censo sindical electoral de 1957, en la provincia de Barcelona el 41,82% del personal femenino ocupado en empresas metalúrgicas de más de cincuenta trabajadores no había cumplido los 24 años (Villar, 2016). Eran las jornaleras de la clase obrera industrial barcelonesa de posguerra. En el caso de estas trabajadoras emigrantes, el escaso nivel educativo de las mujeres más jóvenes, su poca formación profesional y con probabilidad otros factores, como las políticas de contratación de los industriales a favor de las trabajadoras catalano-parlantes, restringieron sus posibilidades de ocupación en el mercado laboral industrial.

Para el caso de las menores inmigradas que trabajaban en la industria, es posible encontrar líneas de continuidad respecto a la experiencia vivida en sus localidades de origen, definidas por incorporaciones muy precoces al mundo laboral, que se vieron continuadas durante la adolescencia en Barcelona. Es el caso de E.T.R., que en su infancia había trabajado como temporera en los cortijos de su pueblo, Guajar Faragüit. El recuerdo de su experiencia laboral en el cortijo El Cañuelo, donde un tío suyo trabajaba cuidando cabras, está marcado por el orgullo de haber podido, a diferencia de otras niñas, alcanzar la productividad de un trabajador adulto y llegar a cobrar un jornal de diez pesetas. Muchos años más tarde recordaba en Barcelona como su tía la introdujo, siendo una niña, al capataz de la cuadrilla de mujeres que recolectaban almendras y garbanzos en dicho cortijo:

“¿Cómo voy a meter a tu sobrina a trabajar aquí si es una niña? “Es una niña, pero es muy trabajadora”, le dijo la muchacha. “Bueno pues, tráetela. Si vemos que merece la pena, que se lo merece la chiquilla, yo le doy el jornal.” Y si me puse allí a trabajar con la almendra,

³⁵⁴ Entrevista a J.S.G., op cit. Aspis es el nombre que recibían las maquinas industriales para hacer madejas de hilo.

los garbanzos y todo eso y luego me daban 10 pesetas por el día. Y estábamos ahí y había una chavala que era igual que yo y le daban menos dinero que a mí. Entonces le dijo la madre al encargado: "Oye, como es que a mi hija le has pagado esto y a la Emilia le has pagado esto" Y dice: "Porque la E. tiene la edad de tu hija, pero la E. es una mujer cogiendo almendras y tu hija es lo que es, una niña. Y no le voy a pagar a tu hija como a ti porque no se lo gana." Y dijo: "Mi hija no viene más".³⁵⁵

Esta probada capacidad de contribuir a la economía familiar se desarrolló nuevamente a su llegada a Barcelona en 1948, junto a su madre y un hermano. E.T.R. tenía catorce años y, apenas instaladas en la barraca de una paisana en el Somorrostro, empezaron a buscar trabajo. En su caso lo encontró en un taller tejiendo punto y posteriormente en una fábrica de interruptores, donde pudo ayudar a su madre a entrar a trabajar. Su hermano pequeño encontró trabajo en una trapería. En el caso de E.T.R., tras dejar la fábrica de interruptores, decidió comenzar a trabajar en una fábrica de cáñamo en el barrio de La Bordeta donde le ofrecían un mejor salario, aunque el trabajo fuera más duro:

Me ofreció una (compañera) que trabajara en la fábrica del cáñamo, que ganaría más, pero la tranquilidad que tenía allí no la encontré en la nueva fábrica (...) Entonces no pagaban en ningún sitio mucho (...) Estuve un año ahí. Había que trabajar mucho, luego tenía que ir con un carro lleno de cajas para ponerlas en otro sitio y J. fue un día a buscarme y cuando vio como trabajaba me dijo que ya no iba más. Y plegué.³⁵⁶

E.T.R. ya estaba embarazada de su primer hijo. Era el año 1953. Hacía un año que había comenzado un noviazgo con J., oriundo de Huelva, que realizaba en Barcelona el servicio militar y había decidido instalarse en la ciudad al licenciarse. También vivía en las barracas de Somorrostro y trabajaba en la estación de Francia en labores de carga y descarga, donde tiempo más tarde entró la madre de E.T.R. a trabajar en la limpieza de los vagones. En aquel contexto de familias inmigrantes que vivían en barracas y trabajaban en la ciudad en trabajos diversos que iban alternando, la madre era la administradora de la economía familiar. En cuanto al hermano de E.T.R., al dejar la trapería en la que trabajó los primeros años encontró un trabajo en una fábrica de juguetes. Al acabar la jornada llevaba trabajo a la barraca de Somorrostro donde vivían, de modo que la jornada laboral se prolongaba con la posibilidad de aumentar ingresos trabajando en casa:

³⁵⁵ Entrevista a E.T.R., op cit.

³⁵⁶ Ídem.

Yo les hacía de comer a todos y ya por la tarde, cuando venían todos, nos poníamos a hacer pitos para las trompetas. Luego mi hermano traía esas bolas de ping-pong y unas balanzas de esas de los críos, el muelle de abajo lo hacíamos. Nosotros nos sacamos para el tren para ir a Huelva a ver a la familia de José.³⁵⁷

Esta estrategia del empresariado barcelonés de promover la producción a domicilio, permitía igualmente combinar el trabajo doméstico con la obtención de recursos económicos. Margarida Colomer (2013) menciona como en las fábricas textiles de Mataró a finales de la década de 1940, era común ofrecer trabajo para hacer en casa, repasando piezas y se cobraba a tanto la docena. Servía para aumentar el jornal y se pagaba aparte de la nómina. Muchas de las mujeres inmigradas participantes en el Taller de Historia de Pallejà refieren haber trabajado fabricando muñecos en casa, en algunos casos para obtener unos ingresos económicos con los que suplir la falta de ingresos que provocaba la baja laboral de sus maridos. En todos estos casos, el producto manufacturado debía someterse a controles de calidad por parte de los empresarios contratantes:

Le hacías su cabeza entera. Y cuando ella cogía la cabeza para mirarla, para probarte si le interesaba tu cabeza y si no te la devolvía para que la arreglaras... (...) Pues empezaba con los dedos así... "Això no, no, no dona, no. Està molt malament." Cuando salías tú de allí: "¡Dios mío, un rayo te parta!" (risas) ¡Un rayo te parta! Aquella mujer... Lo hacía porque mi marido estaba malo, que si no...³⁵⁸

Para muchas de estas mujeres, jóvenes trabajadoras inmigradas, desenvolverse en un nuevo espacio desconocido, como eran Barcelona y sus localidades próximas, generaba limitaciones cotidianas de movimiento debido a la tutela que sobre ellas seguían ejerciendo sus familiares. Nuevamente, el caso de M.C.M.P. ejemplifica esta traslación de usos y costumbres campesinos a la Barcelona metropolitana, así como el hecho de continuar bajo el control de la figura paterna, algo que, como vimos en el anterior caso de E.T.R. con su marido, determinaría su trayectoria laboral:

A mi padre le daba mucho miedo que yo saliera aquí a San Adrián a comprar, porque había que pasar la carretera, no estábamos acostumbrados a eso. (...) Después de eso me metí a trabajar en una sastrería que estaba antes de pasar la carretera, porque mi padre no quería que fuera a Barcelona sola. Y siempre tenía mucho miedo, porque, claro, era pequeña. Y de un pueblo que no hay nada, pues vienes aquí y claro, me metí allí a trabajar. Pero luego a

³⁵⁷ Ídem.

³⁵⁸ AHCB. Fonts Orals. Colección Taller de Historia de Pallejà, 15ª sesión, 18 de junio de 1997.

los pocos meses, ya tenías que ir allí con un pañuelo a llevar abrigos al Corte Inglés y por ahí y mi padre ya no quiso (...) Entonces vimos la fábrica esta y me metí allí, que ya tendría unos quince años, aunque estuve trabajando primero en la sastrería.³⁵⁹

De los testimonios recopilados a mujeres inmigrantes en el periodo investigado, encontramos de forma frecuente el hecho de que sus trayectorias laborales se vieran condicionadas por los impedimentos sociales que varones de sus familias les impondrán. Ese es el caso de A.R.H., originaria de Purullena, cuyo marido quiso impedir que realizara actividades económicas que pudieran apartarla de la crianza de sus cinco hijos. Sin embargo, el porvenir de sus hijos se plantearía para nuestra entrevistada como un objetivo fundamental, lo que le llevaría a desobedecer a su marido:

Yo he trabajado mucho, pero no asegurada. A partir de casada, a escondidas de mi marido hacía faenas, porque yo quería unos hijos que estudiaran, que no vivieran lo que yo he vivido y mi marido igual. Y mi marido echaba muchas horas, pobretico. Porque él decía: “bueno, nos han venido cinco hijos”. Porque no íbamos a tener hijos hasta los cinco años y en cinco años nos vinieron los cinco, casi. Y él dijo: “Yo lucharé con uñas y dientes para que mis hijos no vivan lo que has vivido tu ni lo que he vivido yo.” Porque él si sabía leer y escribir porque iba de noche a estudiar. Él era el menor de los hermanos y yo la mayor de los hermanos. Éramos los mismos hermanos, ocho igual en una casa y en la otra. Entonces él dijo: “Tú no vas a trabajar, tú con los hijos tienes bastante”. Pero ¿qué hacía yo?, me traía ropa para coser y aprendí a coser, aprendí a hacer punto, de todo, aprendí de todo, de todo. Sin leer ni escribir aprendí a hacer de todo.³⁶⁰

Este afán de superación y capacidad para dotarse de recursos que le permitieran, partiendo de una posición de clara desventaja en cuanto a cualificación laboral, acceder a costear una educación para sus hijos, se explica también por el hecho de que se pretendía que esta educación fuera de calidad y contemplase el aprendizaje del catalán:

Entonces me puse a coser y me daban 28 pesetas por cada falda. Y se acostaba mi marido, que se levantaba a las cinco de la mañana y una mañana me pilló que todavía estaba cosiendo porque tenía que entregar las faldas por la mañana... Me echó una manotada y dijo “Se acabó”. Entonces luego empecé a vender productos por las casas. Él no quería que

³⁵⁹ Entrevista a M.C.M.P., op cit.

³⁶⁰ Entrevista a A.R.H., op cit.

*yo hiciera faenas, pero luego cuando me vine aquí iba a hacer faenas a escondidas y en la barraca iba a hacer faenas a escondidas para que mis hijos fueran a un colegio catalán, que entonces era castellano, el colegio era en castellano.*³⁶¹

La opción del trabajo industrial coincidiría de ese modo, no sólo con unas aspiraciones de movilidad laboral y social, sino que también encontramos criterios de elección que priorizaban el control y la seguridad frente al nuevo hábitat urbano, emplazando a las jóvenes inmigradas bajo la tutela de sus familiares a ubicarse en el mundo de las fábricas. En cualquier caso, las fábricas no dejaban de ser espacios percibidos como problemáticos por parte de las nuevas trabajadoras y sus familiares. Del testimonio de M.C.M.P. también extraemos la conciencia de la explotación laboral que, una vez incorporadas a espacios industriales, experimentaron las menores inmigradas y la situación de vulnerabilidad en la cual se encontraban:

Mi padre me decía siempre que tuviera mucho cuidado con el encargado, que tuviera cuidado con lo que me decía, que, si veía yo algo que se lo dijera, porque muchas veces abusaban de la gente que entraba así joven. Y te mandaban los trabajos más malos, claro, todos eran catalanes y nosotras no sabíamos catalán (...) Era una fábrica de tejidos, con telares. Había un molino, que le decían, donde iban los carretes de hilo y tenías que pararlos con la mano “enchegado”³⁶² y te quemabas porque iban muy rápido y tenías callos en las manos. Antes de terminar una cosa te decían otra y un día le dije: “¿Oiga usted tiene hijos?” Dijo: “Si”. “Pues a ver si a usted le gustaría que les hicieran lo que usted me está haciendo a mí. (...) Estuve cinco años con los hilos y luego me pusieron con una mujer catalana a repasar.”³⁶³

Como vemos, la industria barcelonesa se nutrió del trabajo de las mujeres migrantes, con frecuencia menores de edad, burlando para ello las inspecciones de trabajo. Mary Nash menciona como las fábricas textiles de la provincia también proporcionaban trabajo a las mujeres de las clases populares catalanas que se integraban muy jóvenes. Cita el testimonio de una mujer que trabajaba en una fábrica textil en la localidad de Roda de Ter, que recordaba haber tenido que esconderse cuando llegaba algún inspector a la fábrica: “Aleshores l’encarregat feia marxar totes les noies menors de 14 anys que hi treballaven a jugar a una muntanyeta que hi havia a prop de la fàbrica” (Nash, 2010: 138). Por su parte, M.R.M. recuerda su experiencia trabajando con trece años en la

³⁶¹ Ídem.

³⁶² Hace referencia al verbo catalán, enchegat, encendido.

³⁶³ Entrevista a M.C.M.P., op cit.

Barcelona de 1949, concretamente en el barrio de Sarriá, cercano a la ubicación del asentamiento barraquista donde vivían, en una fábrica donde cosía a máquina tiendas de campaña. Su testimonio rememora la llegada de las inspecciones de trabajo y como en la empresa les cerraban la puerta para que no les vieran. No recuerda cuantas horas de trabajo duraba su jornada, pero sí que tenía que quedarse planchando al acabar la jornada. Tampoco recuerda el sueldo que percibía, ya que todo el dinero se lo daba a su madre. Tiempo más tarde encontró una mejor colocación en los laboratorios Ausonia.³⁶⁴

Por todos esos motivos, el trabajo de las mujeres inmigradas en la posguerra de Barcelona cuestiona profundamente la permanencia del modelo de *male-breadwinner*, que queda en entredicho por la alta participación que las mujeres migrantes tuvieron en las economías familiares. Las mujeres no fueron solamente colaboradoras directas en el sostén de las familias, sino que en muchos casos lideraron los proyectos migratorios de sus núcleos familiares. El trabajo femenino constituyó, por tanto, una pieza fundamental en las dinámicas de inserción y adaptación de la inmigración granadina en la Barcelona de posguerra. Si bien la cuestión de la cualificación no aparece tan presente en los testimonios de las mujeres inmigradas, comparando con el caso de muchos migrantes varones, los suyos son relatos que nos transmiten una dimensión menos individualizada de su experiencia migratoria y, en cambio, más vinculada a las dinámicas de los núcleos familiares migrantes. Mientras que el varón inmigrado se muestra frecuentemente como único autor de su trayectoria vital, las mujeres tienden en su relato a incorporar una dimensión más familiar de su experiencia.

Por su parte, el empresariado barcelonés obtuvo beneficios de la disposición hacía el trabajo de las mujeres inmigradas, ya fuera en el ámbito de las fábricas como en el del trabajo doméstico que muchas de ellas desarrollaron en sus hogares. La noción de sacrificio para la generación de trabajadores y trabajadoras que se incorporaron al mercado de trabajo barcelonés durante las décadas de 1940 y 1950, queda patente en el testimonio de muchas de ellas al describir sus actitudes ante el trabajo. Ese es el caso de E.T.R., quien relataba así el sentido de la obediencia y la disciplina en su lugar de trabajo y las motivaciones fundamentales que le empujaban a realizar una media de cuatro horas extras diarias:

Yo he sido una persona muy atenta a lo que me dicen. Y a mí me han dicho una cosa y lo he hecho. Y han estado hablando y han estado hablando, la otra hablando y hablando y yo no

³⁶⁴ Entrevista a M.R.M., op cit.

*he abierto mi boca, he hecho mi trabajo porque tenía que ganarme la semana para poder comer. Otras no tenían tanta falta, pues bueno, hablaban y hacían lo que les daba la gana.*³⁶⁵

Por otra parte, las dificultades para el alojamiento y empadronamiento de las personas inmigradas, contribuyeron a aumentar la cantidad de mujeres inmigradas predispuestas a entrar a trabajar como sirvientas internas. La realización de faenas en casas fue un recurso al alcance de aquellas mujeres que podían complementar de esa manera sus ingresos. En cualquier caso, de los testimonios orales emergen actitudes de rechazo al servicio doméstico que tendrían su origen en los antagonismos de clase que habían caracterizado la sociedad rural granadina, motivo por el cual la búsqueda de un empleo en fábrica era preferible y, en algunos casos, se identificaba con la obtención de mayor autonomía.

A continuación, veamos de qué manera confluyeron hombres y mujeres en la consolidación de un repertorio de actitudes, que permitirían identificar al colectivo inmigrado en el contexto de la sociedad de su época. Estas actitudes también llevarían a dibujar los rasgos característicos de la nueva clase obrera catalana que se fue configurando a mediados del siglo XX, sentando las bases de muchos de los principales fenómenos que tuvieron lugar en las décadas posteriores al periodo aquí investigado.

5.8 Hartos de aguantar: Los inmigrantes ante la conflictividad obrera del primer franquismo

Las dificultades que encontraron para poder sobrevivir en la Barcelona de posguerra, son elemento que resulta fundamental para explicar los comportamientos de los trabajadores y trabajadoras granadinos. Los resúmenes de las Estadísticas Municipales en la ciudad de Barcelona entre el año 1951 y 1955, que hemos consultado para la realización de esta investigación, dan una muestra de ello. Esta fuente permite hacerse una idea del índice del coste de la vida en Barcelona al cual se enfrentaron los trabajadores catalanes en las dos primeras décadas de la dictadura, concretamente entre el año en que comienza a tomar impulso la oleada migratoria de posguerra, 1947, y el año en el que se consolida esta tendencia y en el cual la población granadina es la que mayor número de inmigrantes aporta a la ciudad de Barcelona, 1955:

³⁶⁵ Entrevista a E.T.R., op cit.

Tabla 8: Índice del coste de la vida en Barcelona, 1947-1955.
Base: Julio 1936 = 100

Años	Alimentación	Vestido	Vivienda	Gastos de casa	Gastos generales	Índice general
1947	603'5	488'6	133'2	368'0	268'9	434'3
1948	623'0	616'6	142'2	420'5	307'0	462'5
1949	638'5	669'2	144'6	448'0	340'2	480'1
1950	732'6	727'4	180'0	490'4	379'3	547'9
1951	797'4	795'3	180'0	522'4	409'9	591'7
1952	765'8	805'5	180'0	538'4	413'3	578'2
1953	744'5	835'3	200'0	574'1	417'1	577'8
1954	742'0	857'2	204'0	601'5	423'5	582'8
1955	781'7	883'5	204	636'2	454'3	610

* Fuente: *Anuarios Estadísticos Municipales*, 1950 y 1952, pps. 112 y 111 respectivamente.

Elaboración propia.

Tomando en cuenta la evolución del coste de la vida, podemos observar que el valor de los salarios reales sufrió en Barcelona, como en el resto del Estado, una progresiva caída en picado, al menos hasta el año 1956. Las fuentes con las que hemos trabajado no permiten reconstruir el valor de los salarios percibidos por los inmigrantes granadinos en términos numéricos. Por ese motivo apenas hemos podido reconstruir el impacto que en las economías familiares llegó a tener la existencia de estructuras salariales invisibles y clandestinas, fruto del hurto de mercancías u otro tipo de prácticas, cómo fue documentado en el caso de los trabajadores del puerto de Barcelona para el período 1939-1947 (Ibarz Gelabert, 2004). En cambio, algunos aspectos que si hemos observado son aquellos que hacen referencia a una movilización general de la mano de obra familiar y al desarrollo de actitudes de sacrificio en relación con el trabajo. Estas actitudes determinarían algunas de las características más destacables este período en el colectivo que investigamos.

El historiador británico Michael Richards (2006) ha planteado la idea de sacrificio diario para referirse al surgimiento de una ética del trabajo durante la inmediata posguerra. Este fenómeno se fue consolidando a medida que se generalizó el hecho de que la mayoría de la gente tenía que compaginar varios trabajos a la vez simplemente para poder sobrevivir. Contrariamente a lo que

había sido la situación anterior de la década de 1930, marcada por las perspectivas colectivas de mejora social y la fuerza de las organizaciones sindicales, a partir de 1940, según Richards:

Se obligó violentamente a los vencidos a soportar unos sacrificios que acabaron con las expectativas populares. Esos sacrificios formaron el fundamento psicológico del crecimiento industrial de la España de posguerra y determinaron quiénes iban a ser los beneficiarios del posterior desarrollo (Richards, 2006: 163-164).

El testimonio de J.M.H., originario de la localidad granadina de Cogollos de Guadix, inmigrado a Barcelona en la década de 1950 y residente en Santa Coloma, viene a mostrar la percepción del esfuerzo realizado por los trabajadores inmigrantes para poder mantener a sus familias. En su caso las horas extras aparecen como un elemento que iría cobrando cada vez mayor importancia en la vida de los trabajadores y que acabaría por resultar imprescindible, sobre todo en aquellos núcleos familiares en los que sólo había una única fuente de ingresos. El testimonio que recogimos de él, evocaba así su experiencia laboral en una fábrica de cartones en Poble Nou:

No se podía comprar lo que se quería porque no tenía dinero. Tenía los tres niños chicos y la mujer no podía trabajar porque tenía que cuidarlos, llevarlos a los colegios, arreglarlos, hacerles de comer... Y yo me iba a trabajar y venía a las diez de la noche. Me iba a las seis de la mañana y volvía a las diez de la noche. Me ponía a afeitarme, me acuerdo, y casi no me podía afeitarse, no me tenía de pie, con diez o doce horas de trabajo que me pegaba. Estaba en una maquina allí ocho horas o diez y luego abajo había cuatro o cinco camiones cargando para llevarse género, para llevarse cajas de cartón para todos sitios (...) el encargado ya me conocía, que aún tengo amistad con él que vive aquí también en Santa Coloma. Cuando bajaba de hacer diez o doce horas en la máquina todo el santo día, me decía (el encargado): "¿Quieres quedarte?" Digo: "Si, ¡venga, va!". Y me quedaba allí y venía a las diez de la noche.³⁶⁶

Autores como Joan Frigolé (1997) han atribuido a esta ética del trabajo una serie de valores que se traducirían en actitudes tales como cambiar de trabajo y realizar diversas profesiones hasta lograr acceder a una estabilidad laboral, aprender un oficio y, en definitiva, realizar una biografía sin sensación de derrota y lograr que los hijos estudien y se desarrollen. Para algunos de los trabajadores inmigrantes más jóvenes, ciertos comportamientos entraban dentro del repertorio de

³⁶⁶ Entrevista a J.M.H., op cit.

estrategias de optimización de los recursos que encontraron al llegar a Barcelona.³⁶⁷ Por su parte, el testimonio que hemos citado nos acerca a una comprensión de las generaciones de trabajadores que emigraron a Barcelona, y a la percepción que tienen de sí mismos, como una *generación sacrificada* en aras de un mayor bienestar de sus familias. Esto queda de manifiesto cuando el mismo J.M.H. relata la relación que durante años tuvo con su familia:

*No los veía nunca de pie. Me iba a las seis de la mañana y estaban acostados. Venía a las diez de la noche y como eran chicos, estaban también acostados. Tenía que destaparle la ropa para verlos. Y los fines de semana iba también a trabajar, sábado y domingo. Y vacaciones, el año que no iba al pueblo, también iba a trabajar en las vacaciones. Los niños empezaron a ir a los colegios y teníamos cada vez más gastos. Y así he ido rodando y rodando y mira, no me quejo. ¡Qué voy a hacer!*³⁶⁸

Esta aparente disposición ilimitada hacía el trabajo de los obreros inmigrados era alimentada por la necesidad de superar contextos laborales de profunda escasez y estacionalidad, propios de las localidades de origen de la inmigración granadina. Los procesos de inserción laboral que se vieron caracterizados por la inestabilidad, agudizaron la prolongación de las dinámicas de explotación de la mano de obra inmigrante en Barcelona. Miguel Siguán observaba a finales de la década de 1950 que la precariedad laboral de los inmigrantes era un factor determinante para explicar la escasa protesta obrera durante las décadas de 1940 y 1950:

Esta actitud del trabajador en un trabajo inestable tiene una raíz fundamental; mientras el hombre no se siente en una situación estable no tiene la impresión de tener derechos, de poder exigir una compensación por un esfuerzo mayor, de hacer planes para el futuro, de reclamar por lo que considere injusto; su única perspectiva y su única preocupación es que no se le rescinda el contrato, su norma de conducta es ir tirando y no llamar demasiado la atención. La mayor parte de lo que consideramos como derechos del trabajador y que caracterizamos como conciencia obrera no han aparecido todavía (Siguán, 1959: 236-237).

A este respecto, autores como Sebastián Balfour (1994) reafirmarían la concepción de que el colectivo obrero inmigrante en la Barcelona de posguerra se encontraba al margen de cualquier tipo

³⁶⁷ Testimonios como el de M.P. M.(2) mencionan de qué manera aprovechaban la hora y media de tiempo que tenían para comer, ayudando a servir mesas en el bar cercano a la fábrica donde trabajaban para poder pagarse así la comida. De ese modo destinaban una hora a servir las mesas durante la otra media hora comían. Entrevista a M.P.M. (2), op cit.

³⁶⁸ Entrevista a J.M.H., op cit.

de dinámica reivindicativa: “Envueltos en una lucha a vida o muerte por la supervivencia, los inmigrantes difícilmente estaban en posición de desafiar las condiciones de trabajo en los empleos que podían encontrar” (p. 26). En cualquier caso, describir a los inmigrantes de posguerra como un colectivo resignado sería incompleto. A pesar de que el grado de explotación asumido por ellos fue muy alto, es importante poder valorar de qué manera se relacionaron con los escasos movimientos de contestación y resistencia, ya fuera en el plano laboral o en el político, que se produjeron durante el periodo investigado. La participación de la inmigración en las dinámicas de protesta durante las décadas de 1940 y 1950 es un tema poco investigado, debido fundamentalmente a las dificultades para cuantificar la presencia de trabajadores inmigrados en las movilizaciones que tuvieron lugar durante este período. El peso de la represión de la inmediata posguerra, así como la precariedad e inestabilidad que caracterizaron con intensidad las condiciones de vida de la población inmigrada, sin duda actuaron como un inhibidor de la protesta, de forma similar a lo que sucedió con la población local catalana. No obstante, durante el período investigado se produjeron diversas expresiones de descontento que dieron lugar a la proliferación de actitudes de protesta en el mundo del trabajo y que abrirían el camino para el fortalecimiento del movimiento obrero en las décadas de 1960 y 1970.

Es conocido que diversos estallidos huelguísticos tuvieron lugar en Catalunya durante las décadas de 1940 y 1950, motivados fundamentalmente por causas económicas. Ejemplos de ellos serían las huelgas que se produjeron en abril de 1946 y, sobre todo, en abril 1947, con una huelga general del textil en la comarca del Maresme. Estas protestas tuvieron su epicentro en las ciudades de Manresa y Mataró, ambas con fuerte presencia sindicalista en la década de 1930. Protagonizadas fundamentalmente por mujeres, éstas expresiones de descontento han sido consideradas por la historiografía como huelgas de subsistencia. En su origen fueron motivadas por la insuficiencia de una alimentación racionada y espoleadas por las vanguardias políticas de las organizaciones obreras, en el contexto de aislamiento del régimen de Franco tras la victoria aliada en la II Guerra Mundial, que hizo albergar la esperanza de una caída de la dictadura (Ferri et al, 1978; Balfour, 1994; Molinero & Ysàs, 1998; Varo Moral, 2005).

El trabajo con entrevistas ha permitido confirmar que la dirección de estos conflictos la llevaron a cabo mujeres por distintos motivos: era un acuerdo con los hombres porque ellos estaban muy fichados por la policía y habían sufrido represalias tras la guerra. Pero además las mujeres eran las que iban al mercado, comentaban los abusos del mercado, las condiciones de los alimentos. Las mujeres eran las que sufrían más directamente las condiciones precarias tanto del trabajo como de

las dificultades que suponía mantener una familia. Hay que destacar que muchas de ellas llevaban a las espaldas muchos años de lucha sindicalista, como sucedía con las obreras mataronenses (Colomer, 2003).³⁶⁹ El papel de las personas inmigradas en estas reivindicaciones parece haber sido escaso, al tratarse las huelgas más bien de una expresión del movimiento obrero autóctono, tradicionalmente organizado.

No obstante, entre 1947 y 1951, la llegada masiva de inmigrantes habría transformado la composición de la clase obrera local, incorporando, como hemos podido comprobar hasta ahora, a muchas personas contrarias al régimen y con experiencia política procedentes de diferentes lugares de España. Vinculando este hecho a una prolongación de la situación de penuria económica, se produjo un incremento del malestar y una predisposición mayor al estallido social. En el capítulo anterior mencionamos el impacto que tuvieron los sucesos de Barcelona en marzo de 1951 con motivo del boicot a los tranvías, seguido de una huelga general los días posteriores. Como ya ha sido señalado en numerosas ocasiones, a la altura de marzo de 1951 el movimiento obrero organizado era débil y su incidencia en la huelga quedó reducida a tareas de animación (Fanés, 1977). A pesar de la importancia que las organizaciones obreras tuvieron en las tareas de difusión del conflicto, no puede afirmarse que desde ellas se llevara a cabo una dirección política de la huelga, sino que sus militantes participaron a título individual. Los sucesos de marzo de 1951 fueron fruto, por tanto, de una alianza interclasista en la que resultó determinante la incorporación de una clase obrera de composición variada a un conflicto que en sus comienzos fue planteado por estudiantes universitarios y que revistió un carácter social. La represión padecida tras las jornadas de marzo condujo a unas 6.000 detenciones y ocasionó un total de cinco muertos contabilizados.

La biografía de algunos de los primeros líderes de Comisiones Obreras en Catalunya, indica la existencia de un interés por parte de los nuevos trabajadores inmigrados en sumarse a las protestas y apoyar las dinámicas reivindicativas, en el contexto de las luchas populares que se produjeron en

³⁶⁹ La conexión entre las mujeres inmigradas y las sindicalistas veteranas catalanas en el contexto fabril de la posguerra en Barcelona, quedó de manifiesto en un conocido artículo publicado en el número 26 de la revista *Historia Contemporánea*, con el título “Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático. La militancia femenina en las CC.OO durante el franquismo”. Las entrevistas allí analizadas permiten establecer conexiones entre las diversas culturas políticas que se encontraron en las fábricas barcelonesas en la posguerra. En palabras de una histórica militante del textil, Georgina Villanueva, el ambiente en la Fabra i Coats en la década de 1950 permitió el encuentro entre mujeres con inquietudes políticas:

Allí había muchas mujeres mayores anarquistas, buenísimas trabajadoras, tenían todas las virtudes, y siempre te decían: tú piensa que has de ser la mejor en todo. Cuando seas la mejor en todo podrás hablar en todos los sitios. Que nunca te cojan con un fallo porque los empresarios saben perfectamente cómo pensamos, cómo trabajamos. Y fueron las que me propusieron que fuera a hablar en un conflicto... y yo me arrimaba mucho a ellas... (Borderías et al, 2003: 172).

Barcelona en 1951.³⁷⁰ Esta conexión sucedió entre los sectores más conscientes de la inmigración y los movimientos reivindicativos en Catalunya, pero tomando en cuenta el volumen de las protestas, sin duda tuvo que impactar a una escala mayor en el conjunto de los trabajadores. De hecho, al analizar las respuestas obreras al régimen franquista en el periodo que comprende esta investigación, Antonio Lardín señala la existencia de una conflictividad individual y colectiva de carácter social y laboral. Las protestas sociales estuvieron presentes a lo largo de todo el período, fundamentalmente a partir de 1946, algunas relacionadas con la subsistencia, contra el racionamiento y la requisa de productos.

En abril del año 1956 volvieron a repetirse protestas por la carestía de vida y un nuevo boicot a los tranvías, aunque sin llegar a alcanzar la magnitud de las protestas de 1951. Antonio Lardín (2007) ha destacado que estas movilizaciones tuvieron como objetivo la obtención de un salario mínimo vital y la jornada de 8 horas, y en el transcurso de ellas se produjeron paros totales o parciales en las principales empresas de Barcelona y en la cual se estima que hubo 300.000 obreros que secundaron los paros. Algunas entrevistas realizadas a inmigrantes que vivieron aquellos acontecimientos, permiten reconocer la fuerza de su impacto y el grado de identificación con estas protestas sociales que se produjo entre los recién llegados a la ciudad en la década de 1950. Un ejemplo de ello es J.M.N., por aquel entonces un joven procedente de la localidad granadina de Algarinejo, que recordaba perfectamente la impresión que le causó participar en la protesta y ser testigo de un sabotaje que se llevó a cabo contra un tranvía vacío, lanzado por la multitud en una de las calles del Eixample barcelonés: “Ahí lo echaron y pegó un leñazo contra unos árboles al llegar a la Gran Vía. Que si cruza la Gran Vía forma una masacre (...) Podías ver a los señoritos por las ventanas, en los balcones asomados, “acojonaos” perdidos.”³⁷¹ Por su parte, José García Soria, también procedente de un pueblo de Granada y residente en L'Hospitalet de Llobregat, recordaba el sentido que para él tuvo aquella protesta y de qué manera participó y se sintió parte de esa lucha:

Cuando en el año 50 los tranvías... Bueno, todo aquello lo viví yo, aquí en Cataluña (...) Yo no tiraba piedras, pero yo me emocionaba con aquello y cuando veía octavillas en el tren que

³⁷⁰ Es el caso paradigmático de Ángel Rozas Serrano, destacado militante de CC.OO. en Catalunya durante el franquismo. Inmigrante procedente de Olula del Río, Almería, en 1943, y vinculado a la HOAC desde 1947, participó activamente en la huelga de tranvías de 1951. A raíz de esta experiencia, comenzó junto a otros compañeros a organizar células del PSUC en Barcelona, formadas mayoritariamente por trabajadores inmigrantes y de manera independiente a las directrices oficiales del Partido, al cual se integraron oficialmente en 1954.

³⁷¹ Entrevista a J.M.N., op cit.

no se cogían, yo (las cogía) para llevármelas a otro sitio... Algo que llevaba yo en la sangre, que me decía: “Tienes que hacer esto.”³⁷²

La oleada de huelgas y protestas obreras que se produjo en la primavera de 1956 fue la expresión de un malestar popular que estaba alcanzando un punto límite, como en 1951, así como la importancia de las actitudes de un sector de las nuevas generaciones obreras, formadas al margen de las tradiciones sindicales anteriores a la guerra civil y vinculadas al emergente sector del metal. En este contexto, el Régimen tomó la determinación de acompañar las subidas de precios con aumentos de salarios, mientras determinados sectores avanzaban la planificación de una transformación económica que aportara estabilización (Carreras & Tafunell, 2004). Este ascenso de la lucha obrera, contestado inicialmente por la dictadura mediante concesiones económicas, intentó desactivar la protesta combinándolo con una durísima represión. La creciente tensión social condicionó también el cambio gubernamental de 1957, que sería el punto de inicio del gran viraje de la política económica franquista hacia la liberalización y la integración en la economía internacional (Ysàs, 1991).

Sin embargo, es importante destacar que las reivindicaciones de carácter político desaparecieron a lo largo de la década de 1950. Esa fue la década de la consolidación política del régimen, lo que dificultó mucho la movilización, convirtiendo las cuestiones económicas y de condiciones de vida en la motivación principal de los obreros para organizar una acción de protesta. El fracaso en cuanto al seguimiento masivo de movilizaciones planificadas por organizaciones políticas, como las jornadas de Reconciliación Nacional en mayo de 1958 y la huelga nacional pacífica convocada en junio del mismo año, confirmaron que la mayoría de los trabajadores no respondía a convocatorias lanzadas por directorios políticos, desvinculadas de reivindicaciones concretas sobre condiciones de vida y trabajo. En lo que respecta a la principal organización de la oposición política al régimen, el PSUC, se confirma a lo largo de la década de 1950 que el carácter conspirativo de la lucha durante los años cuarenta había mantenido el partido oculto para la sociedad y sin relación con su potencial base militante, los obreros, ni tampoco facilitaba la incorporación (Lardín, 2007). En este contexto, los años anteriores al gran estallido de la conflictividad obrera de la década de 1960, contribuyeron, sin embargo, a forjar alianzas entre la clase obrera autóctona y la inmigrada. La inserción de la inmigración en el ámbito laboral fue pareja, por tanto, a la paulatina forja de solidaridades e incipiente toma de conciencia, lo que contribuiría sentar las bases para el desarrollo de la conflictividad obrera posterior y explica el alcance del ciclo de protestas que arrancó en 1962. El

³⁷² AHLH. Entrevista a José García Soria, op cit.

testimonio de Juan Orellana resulta revelador de estas solidaridades que se fueron fraguando entre los emigrantes en la Catalunya de entonces y la población catalana, en base a su inserción en el mundo laboral:

Cuando nos colocábamos a trabajar, las labores más duras y difíciles nos las iban dando a los que llegábamos del Sur; que como ellos decían, "parecíamos una especie de gitanos"; después, con el tiempo, esta situación se superó, porque cuando vieron que los andaluces eran personas que enfermaban de tanto trabajar en las fábricas y de echar tantas horas extraordinarias, se dieron cuenta de que nosotros éramos víctimas de una situación, de un sistema y de una manera de vivir. Entonces empezaron a cambiar de opinión respecto a nosotros (Lara, 1977: 195).³⁷³

Esta existencia de unas conexiones entre los trabajadores inmigrados y la clase obrera autóctona, sobre la base de unos valores comunes que señalaban en muchos casos la existencia de una solidaridad de clase, era algo que no pasaba desapercibido a las autoridades. Así quedó plasmado en las actas de la Semana del Suburbio, al analizar la psicología de la clase obrera en la Barcelona del primer franquismo. La evidencia de que las experiencias comunes podían conducir a la forja de nuevos vínculos entre la clase obrera, llamaba la atención de ciertos sectores de la Iglesia, cada vez más sensibilizados con la situación de los trabajadores bajo el franquismo:

El obrero, el peón, siente un legítimo orgullo por su trabajo y por su condición. A quienes intentamos llegar hasta ellos nos consideran, y Dios quiera que sin razón, como sus explotadores, como los que vivimos bien, a costa de su vivir mal. Mucho es, pues, lo que nos hemos de hacer perdonar para que puedan considerarnos como sus amigos. La ayuda mutua es, entre los obreros, prodigiosa. Le es mucho más fácil al que tiene dos pesetas dar una, que al que tiene dos millones dar una pequeña cantidad. En este punto nuestra inferioridad respecto al habitante del suburbio es manifiesta; tanto que ellos la perciben

³⁷³ Un conocido caso es el de la reorganización del PSUC en Sabadell en la década de 1950, ya que se dio la particularidad de que existían dos núcleos del partido operando en la misma localidad sin tener contacto entre sí, hasta que se conocieron en 1955. El motivo es que uno de los núcleos estaba formado por trabajadores locales que poseían una trayectoria militante a nivel local desde la guerra civil, mientras que el otro había sido creado por diversos grupos de trabajadores inmigrantes, fundamentalmente personas procedentes de la localidad granadina de Guadahortuna, que ya estaban militando en el PCE en su pueblo y habían conservado su organización al emigrar. Este caso ha sido mencionado por autores como Sebastián Balfour (1994) o Xavier Domenech (2012) y es una muestra de la falta de conexión que llegó a existir entre los trabajadores catalanes e inmigrantes en las primeras décadas de la dictadura y del papel aglutinador que, sobre todo a partir de la década de 1960, desempeñó el PSUC.

enseguida, y por esta razón, a menudo reciben con una sonrisa irónica y de conmiseración nuestros balbucientes conatos de ayuda (Duoscastella, 1957: 39).

El rechazo generalizado a la caridad a la que hacen referencia estas declaraciones, procedía de las experiencias que habían vivido muchos inmigrantes en sus lugares de origen, a las que habría que sumar las que vivieron al llegar a Barcelona. La suma de ambas contribuyó a ir fraguando actitudes de rechazo, que cuajarían en una conciencia reforzada de rechazo a la explotación y a la dictadura. Estas experiencias de encuentro se desarrollarían en un nuevo contexto social en el cual, en palabras de Xavier Domenech (2012), los inmigrantes se encontraban ante una realidad “homogénea en términos de clase, lo que no se daba en sus poblaciones de origen, y con unos habitantes en el centro de los nudos de las redes migratorias con unas tradiciones políticas y culturales determinadas” (p. 204). Esta clase obrera con la que contactaron los recién llegados en la posguerra arrastraba a su vez una historia propia de derrota, pero, como sucedía en el caso del campesinado andaluz que se incorporaba a la Catalunya de posguerra “estaba conformada por gentes que habían vivido también una de las experiencias más ricas y diversas en la historia del movimiento obrero del siglo” (Domenech, 2012: 212-213). Una valoración semejante encontramos en la investigación que realizaron Alfonso Carlos Comín y Juan N. García Nieto sobre la juventud obrera inmigrada de Cornellá a finales de la década de 1960. En ella mencionaban que el elevado porcentaje de inmigrantes procedentes de Andalucía y Extremadura, un 62% sobre el total de la población inmigrada, tenía una notable importancia a la hora de explicar sus actitudes políticas y las características de lo que denominaban su *memoria colectiva*:

Si recordamos una vez más el acervo de historia social y de agitaciones campesinas del Sur, superior, sin duda, al de otras zonas rurales de la Península. La “memoria colectiva” de estos inmigrantes será, pues, diferente de la de aquellos que llegan a la ciudad sin apenas otra experiencia que la de una miseria difícilmente soportada, resignada, y, muchas veces, justificada por una predicación eclesiástica secular, propia de nuestra “civilización” rural, predicación que ha contribuido a sostener y prolongar las relaciones de clase propias del campo español (Comín & García Nieto, 1974: 77).³⁷⁴

³⁷⁴ Para estos autores, las características de esta inmigración habrían aportado a lo largo de la década de 1960 unas señas de identidad propias al movimiento obrero catalán:

Es suficientemente conocido que la mayoría de los cuadros sindicales son inmigrantes, y en las asambleas de fábrica se habla castellano... o “andaluz”. Tarrasa, que en otro tiempo fue uno de los núcleos de la incipiente clase obrera catalana, es hoy un “feudo” del proletariado andaluz. Y en cualquier pueblo o comarca de la geografía catalana encontraremos inmigrantes realizando las tareas más humildes o peor remuneradas (Comín & García Nieto, 1974: 55).

En cualquier caso, no hay que obviar el hecho de que la derrota de los proyectos emancipadores de las organizaciones políticas y sindicales tras la guerra civil, había dejado una huella profunda en las biografías de muchos trabajadores inmigrados. R.M.M. menciona como las experiencias traumáticas sufridas en sus pueblos de origen, alejaron de la militancia a muchas personas que, en las localidades granadinas, en este caso Loja, habían participado activamente en la lucha contra la dictadura en la inmediata posguerra:

Ellos se quitaron, de esto de la política, se la quitaron de en medio, no quisieron meterse ya. Claro, de allí del pueblo tuvieron que salir apaleados. Allí no los querían para nada, les ponían trabas para todo, no lo querían, vaya. Por eso aquí se metieron ellos y aquí ya no quisieron saber nada más que de su trabajo y de su familia.³⁷⁵

Por su parte, F.L.R. recuerda la profunda huella de la violencia política en la generación de inmigrantes andaluces como él con los que coincidió en las obras en las que trabajó, a través del contenido de algunas conversaciones que se daban entre trabajadores del sector de la construcción a la hora del bocadillo. A pesar de que no se referían directamente a la guerra civil en sus aspectos más políticos, las consecuencias de ésta habían quedado profundamente grabadas en sus memorias:

Lo único que se mentaba mucho era que habían pasado más hambre que el perro de un cazador. De eso había mucho, cuando nos poníamos a comer se hablaba mucho de eso. Que habían pasado mucho en la guerra y que habían pasado mucha hambre, muchas calamidades. Que les habían matado familia. Mucha gente que venía decía así: «mataron a un hermano mío, mataron a mis tíos, mataron a mi padre». Mucha gente contaba todas esas cosas.³⁷⁶

Como hemos mencionado, la vivencia de la explotación laboral en Barcelona hizo a muchas personas tomar conciencia a base de observar sus condiciones laborales. En este sentido, los accidentes que se producían en las fábricas también actuaron como un revulsivo que ayudó a que emergiera el descontento y el rechazo ante la nueva situación en la que se encontraban. El caso de José García Soria, indica otro de los graves problemas a los que se enfrentaban los trabajadores en

³⁷⁵ Entrevista a R.M.M., op cit.

³⁷⁶ Entrevista a F.L., op cit.

las grandes industrias, las altas tasas de siniestralidad laboral. En su caso menciona algunas muertes presenciadas en la empresa donde trabajaba, la fábrica Riviere:

Yo he visto a una persona estar encendiendo un mechero en un horno y como los limpiaban con gasolina, pues prenderse y salir igual que una rata ardiendo y morir. He visto una máquina coger un tío, la bovina esa con la velocidad que llevaban, y hacer un tío polvo. He visto muchas muertes yo en la empresa.³⁷⁷

Las entrevistas realizadas a granadinos inmigrados en la década de 1950 que desarrollaron militancias destacadas en el movimiento obrero catalán a partir de la década de 1960, inciden en señalar la forja de solidaridades de clase que a menudo trascenderían las dinámicas de cualificación e individualización presentes en los itinerarios profesionales y sentarían las bases de una mayor conciencia común de la explotación sufrida por los trabajadores. Francisco Hernández Morillas sitúa en este contexto el surgimiento de las solidaridades en las fábricas:

Yo era montador. Luego me hicieron rectificador... Claro, rectificador quiere decir verificador; que era... por mis manos pasaba todo el trabajo de todos. Todo lo malo, lo tenía que devolver; pero claro, con las condiciones que yo ya tenía, mi experiencia y lo que yo ya llevaba dentro, yo... porque al devolver el trabajo se lo descontaban de las horas de producción al que se lo devolvía. ¿Qué ocurre? Que yo, me ponía a hacer el trabajo, porque no perjudiqué a todos los compañeros... y la empresa, viendo que no había acertado conmigo, me quitó del puesto aquel; porque yo tenía buenas referencias de buen trabajador y todo, pero la empresa quería beneficios, pero a toda pastilla.³⁷⁸

A pesar de estas incipientes actitudes de descontento, el nacimiento de una ética del trabajo vinculada a proyectos de realización personal y diferenciada de anteriores proyectos políticos de emancipación colectiva, aparece como uno de los rasgos fundamentales que impulsaron las trayectorias de los inmigrantes granadinos de posguerra, sobre todo aquellos sectores más jóvenes. A partir de las entrevistas y testimonios podemos vislumbrar la progresiva creación de un ideal de prosperidad en el inmigrante, que dio paso al nacimiento de una cultura de la fascinación por la sociedad urbana e industrial, antesala al desarrollo de la sociedad de consumo de masas que fue

³⁷⁷ AHLH. Entrevista a José García Soria, op cit, p 9.

³⁷⁸ AHLH. Entrevista a Francisco Hernández Morillas, op cit, p 4.

imponiéndose a partir de 1960.³⁷⁹ La frustración de estas expectativas en el contexto de la dictadura, unida a la memoria de la gran movilización social que habían protagonizado las generaciones más mayores en la década de 1930, vendrían a señalar características esenciales de la clase obrera que participó en las dinámicas reivindicativas de las décadas de 1960 y 1970. En el origen de esta toma de conciencia encontramos la creciente aspiración a una movilidad social que se vería frustrada, así como la reacción articulada contra un proceso de acumulación del cual no estaban siendo partícipes. En ese mismo sentido, Alfonso Carlos Comín citaba una encuesta llevada a cabo por Alain Touraine sobre los obreros de origen agrícola en Francia, en la que señalaba que muchos de los trabajadores que habían logrado pasar de la agricultura a la industria creían con mayor facilidad que los obreros urbanos, en una posibilidad de ascensión para ellos y para sus hijos: “Esta mayor fe en la movilidad social y la posible vigorización sindical pueden influir en el medio urbano, al cual se incorporan los trabajadores rurales.” (Comín, 1965: 330).

Las décadas de posguerra asistieron, por tanto, a la configuración de actitudes hacia la protesta laboral que se asemejarían a aquellas que habían prevalecido durante la década de los treinta entre los sectores del proletariado inmigrante de Barcelona afiliado a la CNT. José Luis Oyón (2008) señala que el inmigrante anarquista tipo llegado a Barcelona en los años de entreguerras, generalmente de origen murciano y almeriense, excepcionalmente llegó politizado en el período de entreguerras. Su afiliación masiva se produjo a cabo de unos años de experiencia laboral en Barcelona y su radicalización tuvo que ver con la frustración de sus aspiraciones de movilidad social.³⁸⁰ No obstante, si en el contexto de la II República y durante la guerra, buena parte de la conciencia de los trabajadores era favorable a un discurso de emancipación social, el paréntesis de la guerra y las experiencias traumáticas de posguerra condujeron a una atomización e individualización de la clase obrera. A pesar de todo, algunos aspectos del derrotado movimiento obrero, como eran la conciencia de clase y la solidaridad, permanecieron e incluso tuvieron la ocasión de desarrollarse con motivo de los procesos migratorios, atravesando las difíciles décadas de posguerra y contribuyendo a la forja de un nuevo movimiento vecinal y obrero en la última etapa de la dictadura.

³⁷⁹ Un icono de la migración andaluza en Catalunya en la etapa del desarrollismo, el locutor cordobés Justo Molinero, llegado a Santa Coloma en 1967, afirmaba en la edición del 10 de abril de 1968 del diario *La Vanguardia*: “Mi sueño era tener un coche blanco y una mujer rubia”.

³⁸⁰ “El anarquismo radical brindó el lenguaje político a la miseria y la insatisfacción de los que vieron frustrados sus deseos de ascenso social (...) Esos inmigrantes, esos arrabales de la revolución cuyas expectativas de movilidad social apenas se cumplían, tenían sencillamente menos que perder” (Oyón, 2008: 504).

En el último epígrafe de este capítulo veremos como todos los fenómenos mencionados a lo largo de estas páginas llevaron a la creación de una cultura de la migración en la sociedad granadina, que se prolongó a lo largo de la década de 1960 y la primera mitad de la de 1970.

5.9 Desertar del arado. La creación de una cultura de la migración en Granada durante el primer franquismo.

La España del Sur deberíamos buscarla hoy en los suburbios de Madrid o Barcelona, en los trabajos más duros de Alemania u Holanda, en el cinturón de emigrantes que rodea París, en la vendimia del
Sur de Francia...

Alfonso Carlos Comín, *Noticia de Andalucía*.

En estos pueblos no quedó nadie; todos cogieron el Sevillano, y con la carbonilla en el cielo de la boca llegaron a la Estación de Francia. Había trabajo para dar y vender por todos los sitios (...) Lo cierto es que aquella gente nueva se identificó con el trabajo que había entonces y, desde allí, empezó con el tiempo a identificarse con Cataluña.

José Luis López Bulla, *Cuando hice las maletas*.

Las distancias apartan las ciudades,
Las ciudades destruyen las costumbres.

José Alfredo Jiménez, *Las ciudades*.

En el último apartado de este capítulo analizaremos como operaron los mecanismos de transmisión de las experiencias migratorias, cuál fue su impacto en las comunidades de origen y de qué manera influyó en los trabajadores granadinos para desembocar en la creación de una nueva y poderosa cultura de la emigración en Granada. El papel de las redes familiares y de paisanaje ha sido ampliamente destacado en las dinámicas migratorias. Diversos teóricos del estudio de las redes migratorias han puesto de manifiesto que su composición está basada en lazos interpersonales. Estos lazos conectan a migrantes con antiguos migrantes y personas no migrantes en sus lugares de origen y destino, a través de vínculos de parentesco, amistad y paisanaje. Los vínculos creados disminuyen los costes y riesgos del movimiento migratorio, de modo que cada emigrante genera en su lugar de partida un determinado número de potenciales emigrantes, personas con lazos sociales respecto al lugar donde su paisano ha emigrado. De ese modo, cuando el número de conexiones en

las redes migratorias de una localidad ha alcanzado un determinado umbral, la migración se perpetúa, porque cada acto de migración crea la estructura social necesaria para sostenerse (Massey et al: 1993).

A partir de finales de 1940 y durante la década de 1950, se fue fraguando una cultura de la emigración en Granada que arrastró a miles de personas y núcleos familiares a marchar a Barcelona. En algunos casos la instalación de muchas de estas personas no fue definitiva, hubo personas que iban y venían y eso ocasionaba que el intercambio de información fuera mucho más intenso entre Barcelona y Granada. Diversos testimonios confirman que los lazos con las localidades de origen perduraron durante años. Estos testimonios también permiten observar la importancia de los vínculos que perduraban respecto a las personas que habían quedado en Granada, así como la importancia de las comunicaciones, en concreto la correspondencia postal, cuestión que merecería ser investigada con mayor profundidad.³⁸¹ Por otra parte, la radio también constituyó un poderoso medio de comunicación a partir de su progresiva popularización en el medio rural andaluz durante la década de 1950. Manuel Medina González, oriundo de Villanueva del Arzobispo, en la provincia de Jaén, menciona en algunas de sus obras la importancia que las dedicatorias de canciones tenían para la transmisión de informaciones entre Andalucía y Catalunya (Medina González, 2012).

Por su parte, algunos trabajos publicados en la década de 1970 permiten analizar la evolución de las distintas oleadas migratorias y qué impacto tuvo eso en las comunidades rurales granadinas. Pío Navarro Alcalá-Zamora describió en 1979 los mecanismos migratorios que se habían instalado en una localidad de la comarca granadina de la Alpujarra a partir de la transmisión de la experiencia de aquellos vecinos que habían abandonado el pueblo en la posguerra. Para el resto de habitantes del pueblo, las estructuras económicas y sociales del pueblo se fueron haciendo cada vez más intolerables, a medida que se fueron conociendo otras situaciones distintas, donde la opresión era menos notable:

Situaciones conocidas ahora y asequibles con un simple traslado de lugar de residencia; traslado que se veía ahora como posible y deseable, para cuya realización se conocían los medios y se contaba con la ayuda de familiares, amigos o vecinos ya idos; lo que daba

³⁸¹ *Entonces una carta a la semana a la familia era como mínimo, una carta. Y allí llegaba la carta, por ejemplo, al Jau y “¡Mira el cartero!” y de momento “¡Mira, me ha escrito, no sé, ¡Manolo o el Pepe, me ha escrito!” Ya estaba toda la familia alrededor, a ver que decía.* Entrevista a S.P.R., op cit. Otro testimonio, el de M.C.M.P. también muestra la importancia de la figura del cartero en muchas localidades y el recuerdo de que “La gente de Barcelona escribía mucho” y cómo este esfuerzo era correspondido desde Granada: *Mi madre cuando estaba allí, (en Granada), les escribía a los vecinos, que tenían un hijo aquí en Barcelona y no sabían leer ni escribir ninguno de los dos y mi madre les tenía que leer las cartas y escribírselas los que fueran diciendo.* Entrevista a M.C.M.P., op cit.

seguridad a la aventura, que ya no necesitaba de las circunstancias especiales y el carácter del pionero para emprender la marcha; se contaba, además, con los cauces, la protección y el aliento oficiales. La omnipresencia del poder coactivo formal en el pueblo produjo ansiedad y tensiones que hicieron deseable el anonimato de las ciudades mayores, donde el control directo era más laxo (Navarro Alcalá-Zamora, 1979: 149).

Estas observaciones vuelven a señalar la importancia de las experiencias vividas por aquellas personas que han sido objeto de investigación en este trabajo: aquellas migrantes pioneras que contribuyeron poderosamente a la creación de esta cultura de la migración y que lo fueron porque, en palabras de Alcalá-Zamora:

Precisamente coincidían en ellos una serie de circunstancias adversas, problemas laborales, enfrentamiento con los patronos locales, desarraigo familiar en algún caso, que les hacían unos inadaptados sociales en sus pueblos de origen. Suponiendo la emigración para ellos una superación de estos problemas y su re-adaptación social, por lo menos externamente, más una prosperidad económica visible y envidiable; por lo cual se creó una imagen apetecible de la emigración (Navarro Alcalá-Zamora, 1979: 150).

El fenómeno migratorio afectó a la práctica totalidad de la provincia de Granada. Los hermanos J.M.N. y M.M.N., nacidos en Algarinejo en 1929 y 1925 respectivamente, mencionaron a Madrid, Bilbao, Asturias o Mallorca como lugares donde también había emigrado la gente de su localidad, ya fuera con carácter temporal o permanente. En la provincia de Barcelona se concentraron principalmente en la localidad de Olesa de Montserrat, municipio hermanado con Algarinejo. Hijos del primer alcalde socialista que tuvo el pueblo durante la II República, la memoria de ambos recuerda las profundas divisiones sociales que ocasionó la guerra civil y señala a la emigración como una vía de escape que tuvieron los sectores más desfavorecidos a partir de 1939. M.M.N., la hermana mayor, recordaba así la actitud de su madre respecto a su pueblo:

Mi madre iba a comprar algo que tuviera que comprar, si se podía, el día que se podía y cuando bajaba decía “Vengo irritada porque he visto a Fulana, Mengana ...”, las criadas, las leviteras, porque la gente humilde también hay cada una que bueno, y cada uno que... Dice: “Porque va la criada con una canasta de pan blanco” porque como ellos tenían trigo, los ricos, pues cogían y llegaban al molino y les daban buen pan, pero la gente pobre... Dice: “Y allí una adulando a la señora, que señora esto, señora...”. Ella no quería cuentas con esas. Y mira si estaba quemada que decía: “Veo eso y no lo puedo remediar ¡Santa

Cruz del Cerro, que yo me muera a muuuchos kilómetros de Algarinejo, que no me quiero morir aquí para no ver a esta gentuza que hay!” ¡Por qué es que nos tenían fritos, toda la guerra y después de la guerra, la posguerra...una cosa! Yo, que era más mayorcilla, le decía: “¡Que cosas tiene! ¿Dónde se va a morir?”. ¡Aquí! Porque no pensábamos nunca que íbamos a tener que emigrar así. Cuando luego emigramos y yo me vine y al poco vino ella, nos vino a ver, dos meses y se murió aquí y aquí está enterrada. Y yo contenta. Mira cómo logró lo que tanto pidió.³⁸²

La confluencia de factores económicos, políticos y sociales, actuó como elemento fundamental para el desarrollo de una cultura de la emigración que se asentó definitivamente en la década de 1950. Como hemos venido demostrando a lo largo de este trabajo, estas actitudes hundirían sus raíces en las experiencias vividas en el transcurso de la guerra y la posguerra y en la necesidad que se planteó para muchos individuos de escapar, desertar, del mundo rural granadino, de sus relaciones sociales y de sus escasas perspectivas profesionales.³⁸³ Un testimonio recopilado en el trabajo dedicado a las trayectorias biográficas de mujeres inmigradas en Gavà durante el franquismo, correspondiente a Magdalena Moya Calvo, oriunda de Alhama de Granada, expresa la claridad con la cual las generaciones que perdieron la guerra vinculaban este acontecimiento con sus trayectorias profesionales y sus itinerarios migratorios. En todos los casos la represión, en sus múltiples facetas, había sido un claro precedente:

En el año 1951, a mis 24 años, llegué a Cataluña junto con mi hermana y mi sobrino. Mi prima estaba en Terrassa y nos contaba que aquí se ganaba bien la vida. En mi pueblo hubo mucha discriminación hacía nosotros, los rojos, y no te quedaba más remedio que ir a servir

³⁸² Entrevista a M.M.N, op cit.

³⁸³ Las investigaciones históricas que a nivel internacional trabajan actualmente la cuestión del trabajo libre y forzado (Free and Unfree labour), coinciden en apuntar la necesidad de elaborar el concepto de deserción más allá de la visión militar y hacerlo extensivo al mundo del trabajo. Los proyectos sobre la historia de la deserción han tenido como objetivo estudiar las dinámicas e impactos de la deserción desde una perspectiva global y comparada.

El primer paso en esta dirección se dio en la European Conference of Global History, en septiembre de 2014, mediante la sesión organizada bajo el título de “Leaving work across the world: Comparing desertion in early modern globalization, 1600-1800”. Personalmente tuvimos contacto con este trabajo durante nuestra participación en la First Conference of the European Labour History Network, que tuvo lugar en Turín en diciembre de 2015. A través de la publicación que presentaron en una de las sesiones, *Desertion in the Early Modern World*, pudimos acercarnos a entender la movilidad y la deserción como parte integral de las estrategias de los trabajadores y parte de los repertorios de acción individuales y colectivos:

Desertion is crucial in this respect as it was not only a rejection of one’s work and working conditions, but also related to finding a better future, lying either in new and better employment elsewhere, or in alternative ways of livelihood. This could mean escape leading to casual forms of livelihood in which runaways sustained themselves with daily wage work within the same economic environment, but also escape leading to forms of robbery and violence, and even more independent forms of existence in maroons (Van Rossum & Kamp (eds), 2016: 4).

a los señóricos, que te humillaban y te pagaban una miseria. Yo ya había pasado lo mío: en la guerra nos fuimos del pueblo caminando hasta Málaga y de allí hasta Almería, con los bombardeos desde el aire y desde el mar (Gabernet (coord.), 2008: 64).

Esta imagen atractiva de la migración fue lo que alimentó con mayor fuerza la sustitución de determinadas valoraciones por otras, en un progresivo cambio que acabó por instalar en las comunidades rurales granadinas nuevas pautas de comportamiento. En su obra, Enrique Luque Baena (1974) utiliza el nombre inventado de Jaral de Sierra para referirse a un pueblo de Granada. En el contexto de comienzos de la década de 1970 constata la consolidación de una cultura de la migración, mediante un ejemplo muy concreto que permite hacerse una idea de la inversión de valores que se produjo a lo largo del siglo XX:

Hacia 1928, un muchacho que acababa de volver al pueblo después de realizar el servicio militar decidió marcharse a otra región de España en busca de algún trabajo que no fuera el de jornalero agrícola, actividad que le estaba destinada sin remisión en Jaral. La misma noche de su partida, familiares y amigos acudieron masivamente a casa de sus padres a preguntarles por qué se había "ido"; pensaban que tenía que haber mediado alguna fuerte discusión familiar para que el joven obrara de esa manera, y al conocer los motivos reales de éste, todos los presentes sentenciaron que aquello era, sin lugar a dudas, una "locura". Hoy (en 1972), cuando un joven sin medios no tiene entre sus proyectos algo parecido, incluso antes de "entrar en quintas", se le juzga casi tan severamente como sucedía entonces en caso contrario (Luque Baena, 1974: 242).

Los trabajos que han analizado las pautas de comportamiento de la migración granadina pionera a Catalunya en la posguerra, coinciden en señalar la importancia de las redes migratorias como uno de sus rasgos más característicos, en el cual acabarían confluyendo diversas trayectorias personales. La dificultad metodológica para analizar y medir las cadenas migratorias y calcular su grado de responsabilidad en el establecimiento de un flujo migratorio ha sido puesto de manifiesto en numerosas ocasiones (García Abad, 2001). Por ese motivo, el papel tradicionalmente destacado del servicio militar como detonador de los proyectos migratorios en la juventud rural de posguerra, queda matizado al contrastarlo con los testimonios orales, donde cobran igual importancia otros factores, como podrían ser los procesos de reagrupamiento familiar. Joaquín Bosque y Alfredo Floristán señalaban en su conocido estudio de 1959, la diversidad de mecanismos que, fruto de su observación, iban conduciendo a miles de granadinos por el camino de la emigración:

En la inmensa mayoría de casos se trata, al principio de emigración individual; primero va el padre de familia o uno de sus hijos, solo, en busca de trabajo, a Madrid o a Cataluña o a cualquier centro industrial del Norte o del Levante; puede que pase un año o dos empleados temporalmente y volviendo al pueblo para la época de la recolección; antes o después habrá encontrado trabajo fijo y alojamiento y llamará al resto de su familia. Otras muchas veces es el soldado que cumple el servicio militar quien decide, a la vista del superior nivel de vida de la ciudad donde se halla, no volver al pueblo, y busca y encuentra trabajo para él, aunque sea como obrero eventual, y colocación para sus familiares o para su novia. Otras muchas, finalmente, es la muchacha de servicio doméstico la que impulsa a sus parientes al abandono definitivo del pueblo. Ellos son luego, cuando vuelven de vacaciones a sus tierras, los mejores propagandistas del éxodo rural (Floristán Samames & Bosque Maurel, 1957: 393-394).

Si observamos otras experiencias migratorias, destacan dinámicas comunes a realidades muy diversas. Todas ellas confluyen en señalar como impacta en las generaciones más jóvenes la creación de la cultura de la migración. De ese modo, a medida que las salidas de las personas de las comunidades urbanas o campesinas abren el camino al resto de individuos, cada nueva partida fortalece la red migratoria local. De esa manera se alimentan los repertorios de acción migratoria, así como los imaginarios sociales que estimulan la salida de nuevos jóvenes, consolidando a ésta como una nueva alternativa de vida (Aquino, 2012). En el caso de la emigración granadina a Barcelona, hemos comprobado como la evolución comparada de ambas realidades a lo largo de la década de 1950, acabaría decantando la balanza hacía la percepción de que era en Barcelona donde podía encontrarse un mejor porvenir y que éste se vinculaba poderosamente para la juventud de la década de 1950 con la posibilidad de contar con dinero y trabajo estable. J.M.H., identifica claramente la actitud que tuvieron sus paisanos al observar el progresivo abandono del pueblo, Cogollos de Guadix, por parte de muchas personas que emigraron a Barcelona. Durante un tiempo, la ausencia de competidores en el reducido mercado laboral fue percibida como una ventaja. Sin embargo, la crisis de la sociedad agraria tradicional acabó provocando la emigración de muchas personas en las décadas posteriores a la de 1950:

Se vino mucha gente de allí, después de venirme yo (...) Muchos se quedaban allí, como queriendo decir: "Iros, iros, qué si os vais vosotros, más queda para nosotros, más trabajo

para nosotros”. Y luego se tuvieron que venir detrás (risas) Se han tenido que ir como todo el mundo, buscando por un sitio los unos, por otro sitio los otros.³⁸⁴

Por su parte, M.M.N., relata el devenir de muchos de sus paisanos en Algarinejo y de qué manera las personas que contaban con más recursos económicos en la posguerra, acabaron por emigrar o al menos lo hicieron sus hijos, a partir de la década de 1960 y con destino principalmente a Mallorca:

Los ricos del pueblo se pusieron pobres y sus hijos, ellos se han muerto ya y no los han visto, pero están esparcidos como todos por ahí (...) Su riqueza daba para ellos y un poquito para los pobres, pero como no querían ni darles ni eso, porque no hacían más que pagar cuatro perras.³⁸⁵

El papel de la juventud en aquellos años fue determinante por tanto para la consolidación de la cultura de la emigración. Entre un amplio sector de los jóvenes granadinos de aquellos años, emigrar a Barcelona estuvo identificado con la movilidad ascendente, una forma de acceder al prestigio y estatus del que carecían en sus localidades de origen. Un modo de sobreponerse a la derrota experimentada por sus padres y familiares o bien de trazarse un futuro considerado mejor, frente a un mundo estancado y percibido como escaso en posibilidades. En este sentido resulta interesante comparar el testimonio de dos hermanos de Baza para contrastar la perspectiva que desde Granada y desde Barcelona se tenía del fenómeno que estamos mencionando y los comportamientos que esto ocasionaba. El menor de ambos hermanos recordaba así el impacto que le causó la primera visita que les hizo a Baza su hermano mayor, emigrado a Barcelona a mediados de la década de 1950:

La primera vez que mi hermano llegó a Baza, esto fue en el año 57 aproximadamente. La primera vez que el regresó allí, llegó con un traje de aquellos de pata de gallo. Acostumbrados como estábamos allí, con el pantalón roto de cualquier manera, que nos vestíamos... no teníamos madre y estábamos un poco semi abandonados que digamos. Mi padre no podía con nosotros, éramos muy revoltosos, en fin (risas), cosas de niños. Y claro, entonces llegó con un traje de pata de gallo, unos zapatos, un cinturón de aquellos de plástico, de plexiglás que le llamábamos. Y me regaló a mí un cinturón de aquellos: “¡Toma este para ti!” Y a mi hermano: “¡Este para ti!”. ¡Uy nosotros! Aquello para nosotros era... lo más grande y le decíamos: “¿Y qué hay que hacer para irse a Barcelona?” Y mi padre:

³⁸⁴ Entrevista a J.M.H, op cit.

³⁸⁵ Entrevista a M.M.N., op cit

“¡No, no! ¡No os vais vosotros! ¡Él se ha ido, pero vosotros os quedáis aquí, no os vais!”. Y, en fin. Pero claro aquello que te va tirando. Y estás trabajando y te dices “Pero bueno ¿Que pinto yo aquí? ¿Yo quiero correr mundo, quiero ver cosas?” Era mi pensamiento. Mi hermano me contaba cosas muy buenas de Barcelona: que el ambiente era muy bueno, que había mucho trabajo, que se estaba muy a gusto, que la gente era muy amable, que era una ciudad muy bonita. Y todo aquello te lo contaba y te iluminaba, te iluminaba.”³⁸⁶

Este deslumbramiento con las oportunidades que ofrecía Barcelona, constituye un elemento clave de los procesos migratorios que impactaron en las generaciones granadinas más jóvenes.³⁸⁷ Por su parte, el hermano mayor recuerda lo que para él había supuesto aquella primera bajada al pueblo en 1957 y como se convirtió en el embajador de toda una irrupción de formas de vivir y estilos urbanos de la modernidad del momento, en el contexto rural de la Granada de posguerra:

Me fui de vacaciones al pueblo con mi traje, toda mi ropa, una maleta llena de ropa. Le llevé dos mil pesetas a mi padre. Y cinturones que compramos en el Sepu.³⁸⁸(...) Allí es cuando empezó a venir el plástico, decían de plexiglás. Nos compramos cinturones, llevé cinturones, a mi hermana le llevé una plancha, les llevé, bueno, cosas. (...) Fue para la feria de Baza, que es en septiembre. Le llevé dos mil pesetas a mi padre y se puso tan ancho del cambio que yo había dado. Claro, de estar en el campo, tirado ahí en el solanero y luego encerrado ahí en la fábrica, pues me puse blanquito. La roña que tenía se me quitó (risas). Fui y (me dijeron) “¡Pero si vienes hecho un señorito!”. ¿Un señorito? ¡No sabes tú las horas que yo llevo!”³⁸⁹

³⁸⁶ Entrevista a M.P.M.(2), op cit.

³⁸⁷ En su libro sobre las numerosas llegadas que de forma intermitente realizó la VI Flota del ejército de los USA al puerto de Barcelona entre 1951 y 1987, fruto de los acuerdos firmados entre la dictadura franquista y el gobierno norteamericano, Xavier Theros (2010) coincide en señalar como la presencia de los soldados estadounidenses contribuyó a asociar la imagen de Barcelona a una cierta modernidad durante la década de 1950:

Els nord-americans passaven a ser els principals inversors estrangers a casa nostra, mentre l'economia espanyola era la que més creixia al continent europeu (...) Tot això va coincidir amb un veritable culte cap als nous materials i les fibres artificials, com el plàstic, el niló i el plexiglàs, que la marca Gerplex anunciava a la seva botiga del Passeig de Gràcia com l'última novetat «para la gente elegante (...) Per bé o per mal, el pas d'aquells joves mariners va ser com treure la pols a la ciutat. Gràcies a un turisme tan peculiar, Barcelona va experimentar una època de creixement econòmic i de projecció internacional de la qual -en certa manera- encara vivim ara. Nous costums, noves maneres d'entendre la realitat i una oportunitat de mirar cap a fora: l'arribada dels americans va ser també totes aquestes coses (Theros, 2010: 208-209 y 401).

³⁸⁸ Acrónimo de “Sociedad Española de Precios Únicos”, populares grandes almacenes que abrieron una sucursal en las Ramblas de Barcelona en 1935.

³⁸⁹ Entrevista a M.P.M.(1), op cit.

Las transferencias de dinero tuvieron un gran impacto en las personas que habían quedado en los pueblos granadinos, los inmigrantes potenciales. En algunos casos estas personas ya habían salido de sus pueblos a trabajar y posteriormente regresado, pero a diferencia de estas tempranas experiencias, la emigración a Barcelona se planteaba como algo definitivo y más estable, dado que, en general, se trataba de personas que quedaban a la expectativa de una mejora de las condiciones laborales en sus localidades que no acababa de suceder. La migración se asoció en aquellos momentos con la posibilidad de acceder a mayores cantidades de dinero, en una sociedad en la cual éste escaseaba. A.S.P. recuerda así el impacto que tuvo el envío de un giro a su padre y el efecto que ocasionó en su círculo cercano en Salar, pueblo del Poniente granadino:

Cuando yo fui la primera vez, cuando fui de aquí para allá, antes de irme le mandé a mi padre cinco mil pesetas en el mes de junio, a Salar. Y bueno, cuando se enteraron todos sus amigos yo llego allí y ya se querían venir todos conmigo. Y al final se vino un tío mío.³⁹⁰

Estas percepciones transmitidas sobre las posibilidades que ofrecía migrar a Barcelona, no hacían tan sólo referencia a aspectos económicos. Un elemento a destacar sería la percepción que algunos inmigrantes tuvieron de que en Catalunya se experimentaban unas mejores relaciones laborales que las que imperaban en Andalucía.³⁹¹ Otras personas destacan un ambiente de mayor libertad que se percibía en la gran ciudad y que contrastaba profundamente con la realidad de muchas localidades granadinas. El testimonio de Mari Carmen Sierra Hernández, oriunda de Hernán-Valle, pedanía de Guadix, recogido en el libro *Trajectes. La veu de les dones immigrants*, menciona la transmisión de esta imagen de libertad que llevaban a cabo los inmigrantes granadinos al regresar a sus pueblos y que para una mujer joven resultaba muy atractiva:

³⁹⁰ Entrevista a A.S.P., op cit.

³⁹¹ A pesar de que la existencia de unas mejores relaciones laborales en Barcelona no ha sido un elemento muy explicitado en las entrevistas realizadas y consultadas para realizar esta investigación, merece la pena reproducir al respecto el testimonio de un inmigrante jienense recogido en la obra de Manuel Medina González, *Próxima estación, Cataluña*. Sus palabras vienen a transmitir un modo de percepción de las relaciones laborales, que para algunas personas habría indicado diferencias sustanciales entre una Andalucía identificada con la explotación y una Catalunya, a todas luces desproblematizada, donde habría existido un respeto mucho mayor por el trabajador:

En nuestra tierra parecía que te perdonaban la vida cuando te ofrecían un trabajo medianamente bien pagado, y si le caías mal a cualquiera de los encargados te amenazaban con despedirte en el acto. La sumisión a quien te pagaba era total, y cuando te echaban de algún tajo muy conocido no te ofrecían trabajo en ningún otro lugar, porque siempre se rumoreaba: “Cuando lo han echado por algo será”. En Cataluña no ocurre. Cuando se trabaja y se cumple, siempre se respeta al trabajador; tienen que ser causas muy concretas para que se rechace a una persona que cumple con su obligación (Medina González, 2012: 156).

Había un chico que trabajaba en Barcelona y, cuando venía, yo siempre iba a verle para que me contara cosas de allí y él me decía que los domingos no te obligaban a trabajar, que había mujeres que conducían coches y que, si no querías ir a misa, nadie te obligaba. Yo pensaba que eso debía de ser el cielo, la gloria. Desde entonces siempre soñé con venirme a Barcelona, pero quería venir yo sola, sin casarme, para sacarme el carnet de conducir, estudiar, ir a Francia y buscarme la vida (Gabernet (coord.), 2008: 64).

Esta sensación de mayor libertad, no correspondía tan sólo a la ciudad de Barcelona, sino que también abarcaba otras localidades barcelonesas, como Mataró. Frente a las relaciones de clase tan marcadas que caracterizaban a la sociedad granadina, Catalunya era percibida como una realidad mucho más igualitaria, donde al anonimato de una nueva identidad se sumaba el hecho de que la clase trabajadora gozaba de una mejor situación. En este sentido, la comparación entre dos ciudades de población y rango semejante en sus respectivas provincias, como Motril y Mataró, ambas con una población en torno a veinte y treinta mil habitantes en 1960, permite observar de qué manera eran percibidas sus diferencias sociales por parte de los inmigrantes. Antonio Rodríguez Avellaneda, motrileño emigrado a Mataró a comienzos de la década de 1960, lo expresaba en estos términos:

La verdad es que sí, yo me sentí muy liberal al venir aquí y yo una de las cosas que valoré mucho de Cataluña y Mataró, en concreto que Mataró era una gran ciudad y a diferencia de lo que ocurría en Motril que todo el mundo se conocía, el rico, el pobre, el facha no facha, yo aquí iba al baile del velódromo y yo no conocía ni al rico ni al pobre, el trabajador y el patrón. Aquí el *clasicismo* estaba mucho más acentuado y eso me hizo mucho aprender a querer en aquel momento a Cataluña, a integrarme en Cataluña.³⁹²

Angelina Puig recogió opiniones semejantes en el caso del suburbio de Torre-romeu, en Sabadell. Alguno de los testimonios que recopiló en la década de 1980, refieren como la convivencia en los nuevos barrios creados por la inmigración, desde finales de la década de 1940, era mucho más fraternal e igualitaria que en pueblos granadinos como Pedro Martínez:

Aquí somos “tóoos” iguales, aquí no nos podemos hacer unos más que otros. ¡Pero en el pueblo! Verás, en el pueblo las mozuelas del alto del pueblo no se juntaban con nosotras las

³⁹² AHCONC. Fons Història Oral i Militància Sindical. Biografies Obreres. Entrevista con Antonio Rodríguez Avellaneda. Nacido en Motril en 1943. Emigrado a Mataró en 1962. Realizada en 30/04/2001 y 01/06/2001 por Jordi Merino. Transcripción Jordi Merino, p. 35.

del hondo. ¡Vaya, je, je! Eso que con un parecillo de mulos se les antojaba que ya eran...
(Puig i Valls, 1994: 212)

El testimonio de S.P.R. podría resumir el sentimiento ambivalente de muchas personas inmigradas en la década de 1950, al establecer una comparativa entre la represión y pobreza de sus localidades de origen y lo que encontraron al llegar e insertarse en Barcelona. Las limitaciones de la vida que conocieron en las localidades granadinas, no consigue borrar el recuerdo de la dureza de la experiencia migratoria que protagonizaron:

*Era como los que están saltando la valla ahora. Nos creíamos que venir a Barcelona era tener la vida resuelta (...) Nosotros hemos de pensar que allí nos moríamos de hambre, si no era mi caso, en general. Lo que nos aportó Catalunya fue mucho. Nos aportaba trabajo y podíamos comer y teníamos... en la época de Franco no tanta libertad, porque te veían dos o tres reunidos y de momento tenías algún somatén o algo que te denunciaba (...) Yo siendo encargado he tenido que ir el viernes a cobrar y dárselo a mi mujer para que fuera a comprar, porque no nos sobraba. Pero si me imagino los que no eran encargados, pues todavía peor. Había mucho trabajo, pero muy poco dinero.*³⁹³

En definitiva, pese a sus limitaciones, los factores de atracción de Barcelona y su área metropolitana multiplicaron su potencia a medida que fue avanzando la década de 1950, tanto para las generaciones más cercanas a una vivencia de la guerra en el bando perdedor, como para aquellas que, sin tener vínculos tan directos con experiencias de este tipo, se vieron imbuidas por un ambiente en el que fue cobrando cada vez más fuerza una nueva cultura de la migración. Si en 1940 el número de granadinos residentes en Cataluña era de 8.983, en 1970 la cifra ascendía a las 166.327 personas (Carvajal Gutiérrez, 1986). A comienzos del período del desarrollismo las experiencias vitales de miles de trabajadores y trabajadoras de los pueblos y localidades granadinas fueron decantándose hacia las posibilidades que ofrecía una sociedad en proceso de expansión industrial, como fue la Barcelona de la década de 1950.

5.10 Conclusiones

A lo largo de estas páginas hemos podido observar diversas características de la inmigración granadina en Barcelona durante las primeras décadas del franquismo. A diferencia de otras

³⁹³ Entrevista a S.P.R., op cit.

experiencias migratorias experimentadas por la población granadina en el siglo XX, las personas que llegaron a Barcelona en las décadas de 1940 y 1950 no se plantearon un retorno, ni la emigración fue percibida de forma mayoritaria como una estrategia para ahorrar, regresar y establecerse, como si sucedió con la emigración a Europa. El objetivo fue comenzar una nueva vida, llegar para quedarse, en la cual el desarrollo de una trayectoria laboral fue un objetivo fundamental. Los cambios económicos sucedidos a comienzos de la década de 1950 fueron propicios para absorber una parte de esta población, caracterizada por un bajo nivel de cualificación. La apuesta de la dictadura por el desarrollo de una industria sustitutiva de importaciones, permitió un cierto desarrollo industrial que ofreció oportunidades de empleo a los trabajadores inmigrantes a partir de la década de 1950. De igual manera el sector de la construcción, particularmente la obra pública y el servicio doméstico, acogieron a la mayoría de los nuevos trabajadores llegados a Barcelona entre finales de la década de 1940 y la década de 1950.

Los itinerarios de inserción laboral de los inmigrantes estuvieron determinados por la búsqueda de nichos de empleo de fácil acceso, con el objetivo de obtener recursos económicos de una forma rápida. En cambio, otros trabajadores buscaron emplearse en aquellos lugares donde pudieran hacer valer la cualificación laboral que habían obtenido en sus lugares de origen. Estas personas, que procedían de profesiones vinculadas al artesanado rural y urbano o de ámbitos laborales como la minería, tuvieron acceso a mercados de trabajo que estaban vetados para la mayoría de trabajadores no cualificados. Esto determinó la importancia que la formación profesional tuvo para aquellos sectores más jóvenes de la migración, para los cuales resultó muy difícil de obtener en Granada.

La inserción laboral se planteó como una adaptación a la demanda, pero dentro de un estrecho margen de decisión, los inmigrantes tuvieron la posibilidad de ubicarse en los sectores productivos que les resultaban más funcionales para alcanzar sus objetivos. En el caso de los inmigrantes varones, la construcción sería uno de los sectores principales donde se ubicaron. Una actividad principalmente dedicada a la obra pública y en la cual encontramos una distinción generacional entre los trabajadores que consideramos relevante, ya que por regla general fueron los trabajadores de mayor edad los que se emplearon en las obras a partir de la década de 1950. Por su parte, los inmigrantes más jóvenes que transitaron por el sector de la construcción, lo hicieron de manera temporal y en busca de empleos en la industria, que consideraban de mayor prestigio. Entre los trabajadores más veteranos, en cambio, documentamos la existencia de actitudes de rechazo al trabajo industrial debido a la nocividad y siniestralidad que se percibía en él.

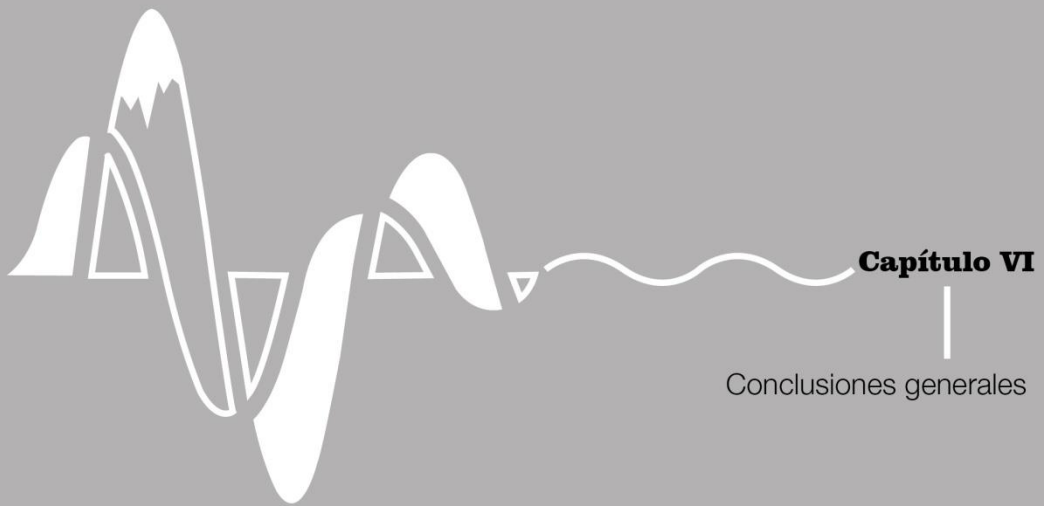
El uso de fuentes orales y el análisis de los testimonios de las personas inmigradas permiten confirmar la percepción que las personas llegadas a Barcelona en aquellos años tenían de la industria y cómo ésta supuso para ellas una forma de acceder a una estabilidad en el empleo, así como alcanzar cierto estatus y prestigio, en relación con la oferta laboral que estaba a su alcance en las localidades rurales granadinas. En ese sentido, muchas de estas personas, particularmente varones jóvenes integrados en el emergente sector del metal, combinaron la entrada en el mundo de las fábricas con la obtención de una cualificación profesional.

En el caso del trabajo femenino, éste fue una pieza fundamental en las dinámicas de asentamiento e inserción de las familias granadinas. Por regla general, para las mujeres la aspiración a la cualificación se encontró más limitada y, en cambio, sus trayectorias laborales fueron menos individualizadas y mucho más dependientes de los contextos familiares. Esto fue frecuente en la inmigración granadina y en muchos casos determinaría su abandono del mercado laboral para dedicarse a las tareas del hogar o la elección de empleos más sedentarios en detrimento de otros con mayor movilidad espacial. En el caso de la opción por el servicio doméstico en calidad de internas, debemos destacar de qué modo ayudó a superar las dificultades de encontrar vivienda en Barcelona y contribuyó a la exploración del mercado laboral para el resto de familiares que emigraron posteriormente.

Los vínculos de paisanaje y las recomendaciones constituyeron una forma de acceso privilegiada al universo fabril para muchos trabajadores de origen granadino, a medida que otras personas procedentes de Granada encontraron trabajo en la industria o crearon sus propias empresas. El papel, tanto de los trabajadores como de distinguidas personalidades de origen granadino en ámbitos políticos y económicos de la Barcelona del periodo investigado, así como la necesidad de contar con avales, propiciaron la búsqueda de recomendaciones para ingresar en muchas empresas. Esto dio lugar, en sintonía con el contexto de falta de libertades y salarios escasos de la dictadura, a la proliferación de una ética del trabajo marcada por el sacrificio y las largas jornadas de trabajo. Paralelamente serían estos años los que verían forjarse actitudes de rechazo por parte de un sector de la inmigración que, una vez instalado, comenzaría al cabo de los años a exigir una mejora en las condiciones laborales. No obstante, todas estas experiencias no lograron frenar el desarrollo de una poderosa cultura de la migración que, instalándose en muchas localidades granadinas, situará el proyecto migratorio en el centro de las aspiraciones de una buena parte de la sociedad. Para que esto acabe por consolidarse hará falta tanto el despegue económico que caracterizará a los años finales de la década de 1950, como el hecho de que las condiciones laborales y sociales en Granada se encuentren muy deprimidas y sin perspectivas de cambio en la dirección del desarrollo económico.

Por todo ello podemos afirmar que la experiencia de los trabajadores granadinos es representativa de la vivida por el conjunto de la emigración a Barcelona en la posguerra y antesala de lo que sucedería en la siguiente década. El colectivo inmigrado pasó a formar parte de la nueva clase obrera barcelonesa, integrándose en la vida de la ciudad y de muchas localidades industriales de su provincia. La traslación de costumbres rurales a la Barcelona de posguerra fue poco a poco dando paso a nuevas costumbres características de una emergente sociedad de consumo. En la Barcelona de comienzos de 1960, muchas biografías obreras granadinas pudieron poner fin a un ciclo de veinte años desde finales de la guerra civil.

Los procesos de cualificación y diversificación profesional del colectivo de inmigrantes llegados en las primeras décadas del franquismo a Barcelona, provocaron en las décadas posteriores de 1960 y 1970 una elevación de los salarios medios y una cierta movilidad social en muchas familias inmigradas. Las expresiones de protesta que comenzaron a tomar fuerza a finales de la década de 1950, supusieron la reacción ante las limitaciones de unas expectativas de mejora que portaban consigo los trabajadores inmigrados. Sin embargo, para la generación que vivió la guerra, poder instalarse y desarrollar una carrera profesional con mejores ingresos y estabilidad laboral, con la percepción de encontrarse en un contexto en el que sus hijos tendrían muchas más oportunidades que las que hubieran tenido de continuar en Granada, hizo que, a pesar de todas las dificultades, la experiencia migratoria valiera la pena y constituyera un proyecto atractivo para muchas personas.



6. CONCLUSIONES GENERALES

Es propio del (hombre) tener aquello que escoge y ser lo que quiere (...) es innoble no dar nacimiento a nada desde nosotros.

Pico della Mirandola, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, (1486).

En un conocido ensayo Richard Sennet mencionaba la obra del filósofo florentino Pico della Mirandola, quien en el siglo XV puso voz al *homo faber*, es decir, el hombre como hacedor de sí mismo. Según este pensador, para el ser humano existiría una cuestión crucial: «más que mantener el mundo como lo ha heredado, tenemos que darle nueva forma, nuestra dignidad depende de que así lo hagamos. Nuestro trabajo en el mundo es crear, y la mayor creación es nuestra propia historia» (Sennet, 2000: 107). Desde esta perspectiva, las migraciones aparecen en la voz de sus protagonistas como un esfuerzo personal por crear una historia de vida con la que querer identificarse. Es precisamente ese elemento emerge con fuerza a lo largo de toda esta investigación. Su formulación por parte de las personas entrevistadas mediante del relato de sus vidas, nos ha remitido constantemente a la capacidad de agencia de las personas inmigradas a Catalunya durante el franquismo y a la autonomía del fenómeno migratorio. Al mismo tiempo nos aleja, definitivamente, de una idea largo tiempo sostenida por la historiografía sobre las migraciones interiores: los inmigrantes son personas *a las que les pasan cosas*, seres movidos por las fuerzas exclusivas de la economía y las leyes de la oferta y la demanda.

Dado que las personas se trasladan con su memoria allí donde van, ha resultado crucial interrogarnos sobre que parte de la historia de Granada se desplazó a Barcelona a mediados del siglo XX. Cuando esta investigación comenzó, hace seis años, todavía vivían en la capital catalana muchas personas que conservaban recuerdos sobre lo que supuso la inmediata posguerra en Granada, incluso recuerdos de la guerra, ya fuera directamente o a través de un trato directo con personas, madres, padres y tíos, que habían vivido la guerra en primera persona. Esta comunidad, compuesta por miles de unidades familiares e individualidades, ha llevado consigo y conserva en su recuerdo diferentes lugares y vivencias de un mundo que ya no existe. Esta tesis se ha hecho con la intención de contribuir a preservar su memoria y ampliar así la creación de fuentes para el estudio de este fenómeno. Como una de las conclusiones principales de este trabajo, creemos haber contribuido a explicar sobre la base de que vidas y experiencias personales concretas se llevó a cabo la liquidación de la sociedad agraria tradicional y la modernización económica y social durante el

franquismo. Lamentablemente las migraciones interiores son un tema que los manuales de historia siguen mencionando de pasada y sobre el cual existen muchos lugares comunes: causas económicas, aumento demográfico, modernización agrícola, etc. que han eclipsado muchos de los procesos que hemos querido analizar en esta investigación.

A lo largo de este trabajo hemos visto como las personas que emigraron de Granada a Barcelona demostraron a cada momento su capacidad para actuar conforme a diversas estrategias de adaptación y resistencia. En algunos de los casos, esta actitud significó poder desarrollar de manera individual la promesa de transformación social y colectiva que había llevado implícita, para ellos o para sus círculos más cercanos, la lucha durante el periodo previo a la guerra y las transformaciones revolucionarias acontecidas durante la contienda. En otros casos emigrar fue más bien una pauta de comportamiento a emular, el objetivo de toda una nueva generación que no vio satisfechas sus aspiraciones personales en la miseria y falta de expectativas de una Granada sometida económica, política y socialmente bajo la dictadura. A pesar de las dificultades impuestas para la consecución de sus proyectos migratorios, los andaluces, y en particular los granadinos, así como los jienenses, fueron una de las principales aportaciones y novedades del paisaje humano en la Barcelona de la segunda mitad del siglo XX. Estos precarios comienzos en Barcelona, a menudo implicaron un empeoramiento de situaciones que habían dejado atrás, particularmente en el caso de la vivienda, de modo que la ventaja comparativa que en principio podría obtenerse de la experiencia migratoria, con todo el coste que implicaba, cobró sentido a través de la inserción que estos migrantes tuvieron en el mundo laboral y del despliegue de posibilidades crear una nueva vida en tierras catalanas.

En el inicio de este trabajo vimos los estragos que ocasionó en Granada la herencia de la conquista castellano-aragonesa y cómo la depresión económica ocasionada por este fenómeno tan solo se vio superada a finales del siglo XIX, con la implantación de la industria azucarera, principalmente en la comarca más cercana a la capital granadina. El período de la Restauración generó unas pautas de movilidad que contemplaban la emigración como solución ante la falta de recursos que produjo la implantación del Estado liberal. Las primeras migraciones granadinas a tierras americanas, argelinas o a otras partes de España, son fruto del impacto que ocasionaron las desamortizaciones y la paulatina privatización de los bienes comunales en el medio rural, lesionando las capacidades de subsistencia del campesinado. Es en ese contexto en el que constatamos la aparición de actitudes de resistencia dentro del repertorio de estrategias del campesinado, uno de cuyos máximos exponentes fue la revolución de Loja de 1861. El rechazo a la transformación económica y al empobrecimiento que ocasionaron las desamortizaciones, unido a la proliferación de las ideas contrarias al

absolutismo en tierras granadinas, crearon un caldo de cultivo para la emergencia de culturas políticas profundamente empapadas de valores que hacían hincapié en la justicia social y la lucha contra el caciquismo. La politización del mundo del trabajo fue un fenómeno que tuvo especial fuerza en la sociedad granadina durante la segunda etapa de la Restauración y que eclosionó con la II República, en sintonía con lo sucedido en otros puntos de Andalucía y del Estado español. Ese factor explica la magnitud del pulso de clases sostenido en las comunidades rurales granadinas, con una apuesta decidida por la implantación de medidas destinadas a garantizar el acceso a los recursos y el reparto del empleo. El recurso a la emigración pasó entonces a ser desplazado por otro tipo de estrategias de confrontación contra el orden establecido, que contribuyeron a fijar a la población al territorio. Durante la guerra civil, las pautas de movilidad de la población granadina se vieron alteradas por los desplazamientos forzosos de población, los refugiados de guerra y la movilización de tropas. También operaron cambios profundos en el acceso a los recursos, fundamentalmente mediante el reparto de la tierra o la creación de colectividades agrícolas e industriales en aquellas localidades que quedaron en la retaguardia republicana. En definitiva, las transformaciones revolucionarias del período 1936-1939 supusieron la consecución de las aspiraciones históricas del campesinado granadino y una identificación del progreso con la implantación de un sistema social de base agraria donde llevar a cabo un reparto efectivo de la riqueza.

A pesar de que las migraciones de granadinos a Barcelona ocurridas en las décadas de 1920 y 1930 tuvieron importancia para facilitar la integración de los recién llegados en la posguerra, su influencia se redujo fundamentalmente a las localidades de la costa y fue poco relevante numéricamente en el resto de la provincia. Esto explicaría por qué en territorios sin tradición emigrante hacia Catalunya, como eran la mayoría de las comarcas granadinas del interior, se produjo un cambio en la dirección del movimiento migratorio tras la guerra civil. Dado que con este trabajo creemos haber avanzado en responder a las cuestiones que planteamos en la introducción, para el caso particular de los efectos de la guerra y la represión en la transformación de las pautas de movilidad de la población, consideramos importante señalar algunas líneas por las cuales debería avanzarse en futuras investigaciones. De ese modo creemos que sería importante comprobar hasta qué punto la experiencia concreta de los refugiados de guerra y la política represiva de destierros en la posguerra se vincularon con el fenómeno migratorio en la década de 1940.

Las décadas previas a la guerra civil fueron el escenario de una creciente politización del malestar social, que estalló en momentos como 1861, 1919, 1932 o 1936. La dictadura forzó a una despolitización de este malestar, de modo que la derrota del proyecto republicano o revolucionario en la guerra civil, alteró completamente las biografías de miles de personas identificadas con el

bando perdedor y con sus aspiraciones. La represión franquista buscó acabar con la generación de izquierdistas que se había formado durante la Restauración y crecido hasta resultar amenazadora para el orden tradicional durante la II República. Es en ese sentido en el cual debemos ubicar el interés de la patronal granadina por utilizar el trabajo como forma de control político sobre los trabajadores, un mecanismo de dominación que fue empleado durante la crisis del período republicano y que se impuso como pauta habitual en la totalidad de la provincia tras la victoria del bando franquista en 1939. Los cambios culturales acontecidos con motivo de la dinámica política del período republicano, la guerra y la represión posterior, fracturaron irreversiblemente a las comunidades rurales granadinas.

El hecho de contar con pocas perspectivas de industrialización y un gran volumen de población procedente en su mayoría del sector agrario y ubicada en el mundo rural, incapacitó al territorio granadino para albergar dentro de sus límites provinciales procesos de transferencia de mano de obra a gran escala. El cierre de las posibilidades de acceder al cultivo de la tierra o la expulsión de muchos labradores de las tierras que arrendaban, unido a un mercado de trabajo muy restringido y expuesto a abusos patronales para el caso de los jornaleros, impulsó la salida de la provincia de muchas personas durante el período investigado. Resulta importante señalar como el proceso de proletarización sufrido por muchas familias de labradores expulsados, provocó una pérdida de su rango y estatus en el seno de las comunidades rurales. Esto se tradujo en un deseo de abandonar el medio rural, para no verse empujados a depender de un salario como jornaleros y someterse a las dinámicas de un mercado laboral en el que habían ocupado una posición privilegiada. La voluntad de emigrar surgió, por tanto, como una estrategia de readaptación al contexto de posguerra y una expresión del dinamismo de la clase obrera granadina durante el primer franquismo.

La crisis que experimentó Granada a lo largo de las décadas de 1940 y 1950, que se sumaba a la terrible represión física experimentada por los trabajadores y trabajadoras granadinas tras la guerra civil y no dejaba de ser una vertiente de esta, no fue tan solo una crisis económica, sino también una crisis cultural muy profunda. Una crisis que afectó a las formas de vida de una población marcada por graves problemas como la falta de recursos y el paro, y que acabó sacudiendo el sistema de fidelidades, de creencias y valores que tenían y les predispuso hacia la huida de una realidad que ya no percibían que pudiera ser transformada. Barcelona representó, por lo tanto, la ocasión de sobreponerse a esta falta de expectativas en el plano laboral y vital y comenzar una nueva vida, lejos de Granada. Es en ese contexto en el cual se produjo lo que podríamos denominar una progresiva deserción del mundo agrícola y rural.

Para poder analizar los mecanismos del viaje e inserción de la población granadina migrante en la trama urbana de la Barcelona de las décadas de posguerra, resulta necesario señalar la dificultad que conllevó emprender la emigración ante un panorama de malas comunicaciones, que se vio empeorado con la implementación de controles y la represión por parte de las autoridades barcelonesas. La negativa percepción que un sector de la sociedad barcelonesa manifestó ante la llegada de los inmigrantes, era la continuación de determinadas actitudes y pánicos morales que se remontaban al menos al período de entreguerras y fundamentalmente los años de la II República, con el rechazo a la emigración denominada *murciana*. Estas actitudes se prolongaron durante la guerra civil, ante la avalancha de refugiados que llegaron a Barcelona y otras localidades catalanas. De la necesidad de confrontar aquel rechazo inicial se observan, por parte de la población inmigrada, actitudes que influirían en la configuración de las nuevas identidades que adoptaría este colectivo en la ciudad. Entre estas destaca la necesidad de abandonar una identidad rural que era vista como sospechosa para poder insertarse mejor en un nuevo contexto socio-económico y espacial. Por otra parte, las estrategias llevadas a cabo por los inmigrantes granadinos nos hablan tanto de su voluntad para sortear los obstáculos, como de la importancia que las redes migratorias tuvieron para lograrlo. Estas redes migratorias, fortalecidas en su lucha contra la represión a la inmigración, fueron el origen de las comunidades inmigrantes asentadas en Barcelona. La fuerza de los vínculos que establecieron para ayudarse mutuamente en los procesos de instalación y búsqueda de empleo, remiten a solidaridades que se forjaron por el camino o que, más a menudo, tenían su origen tanto en lazos familiares como en relaciones de paisanaje y afinidades ideológicas y que se trasladaron con ellos.

Por otra parte, al analizar el fenómeno del barraquismo observamos que, más allá de constituir un último recurso para los inmigrantes, con frecuencia se convirtió en parte de una estrategia más amplia y compleja de inserción en la realidad urbana barcelonesa. Con frecuencia podemos observar que la instalación en las barracas fue el resultado de decisiones en las cuales pesó la negativa a someterse a los mecanismos de un mercado dominado por la especulación, así como la necesidad de contar con hábitats flexibles que permitieran una constante reagrupación familiar. Esto motivó, en varios de los casos que hemos consultado y podido documentar, que se diera la situación de que familias que vivían en situación de realquiler prefirieran mudarse a enclaves barraquistas. A pesar de habitar espacios que carecían a menudo de condiciones de higiene y que situaban a sus habitantes en los márgenes estigmatizados de la sociedad barcelonesa, las familias inmigradas supieron reconocer los beneficios de vivir en las barracas. Además de los ya mencionados, a estas ventajas se han de añadir el hecho de no tener que compartir vivienda con otras familias desconocidas, las facilidades para cultivar pequeños huertos y criar animales, las ventajas de poder

ampliar y adaptar la vivienda en función de las necesidades, el hecho de no pagar suministros como la luz o el agua y las posibilidades de ahorro que eso planteaba en un contexto de salarios escasos. La autoconstrucción de viviendas por parte de las familias inmigradas o bien la adquisición de un piso en alguna de los nuevos polígonos que fueron surgiendo en la segunda mitad de la década de 1950, consolidaron la inserción espacial de los inmigrantes y la creación de nuevas periferias obreras en la Barcelona metropolitana.

Los itinerarios de inserción laboral de los inmigrantes granadinos en Barcelona fueron diversos y están en directa relación con la heterogénea composición de un colectivo formado por hombres y mujeres de edades diversas, jornaleros agrícolas, artesanos rurales o antiguos mineros con cualificación laboral. Para aquellos trabajadores dispuestos a realizar trabajos que requerían pocos conocimientos específicos, la búsqueda de empleo estuvo motivada por la prioridad de obtener recursos económicos de una forma rápida, fundamentalmente en el sector de la construcción para el caso de los varones o realizando tareas eventuales en el servicio doméstico, para el caso de las mujeres. También se ha documentado tanto hombres como mujeres inmigradas acudieron a trabajar puntualmente como jornaleros en el sector agrícola cercano a la ciudad, principalmente en las comarcas del Baix Llobregat y del Maresme. Respecto a muchas mujeres, fundamentalmente jóvenes sin cargas familiares, la opción de entrar a trabajar como internas en el servicio doméstico, permitió solucionar las dificultades de encontrar alojamiento. En el caso de aquellos trabajadores que poseían un oficio o ciertos conocimientos profesionales, debido a su experiencia en sus lugares de origen, su máximo interés fue hacer valer esta cualificación para acceder a aquellos mercados de trabajo más cualificados y mejor remunerados. De ese modo observamos que, si bien la inserción laboral se planteó como una adaptación a la demanda, los inmigrantes tuvieron, dentro de su escaso margen de decisión, la posibilidad de ubicarse en otros sectores productivos que les resultaban más atractivos o que les beneficiaban en función de sus estrategias individuales o familiares. Un ejemplo de ello sería el caso de aquellas mujeres que aprovecharon el hecho de estar sirviendo como internas en casas particulares, para explorar el mercado de trabajo y atraer posteriormente a sus familiares.

En relación con la industria, uso de fuentes orales y el análisis de los testimonios de las personas inmigradas, nos han permitido acceder a la percepción que las personas llegadas a Barcelona en la posguerra tuvieron del mercado de trabajo que encontraron al llegar. Para el caso de las mujeres, el acceso a las fábricas supuso una forma de emancipación económica y, tanto para ellas como para los hombres, sobre todo en el caso de los más jóvenes, una forma de acceder a una estabilidad en el empleo, así como alcanzar cierto estatus y prestigio, en relación con la oferta laboral que estaba a su alcance en las localidades rurales granadinas. En este sentido se percibe en muchos testimonios de

mujeres inmigradas un rechazo al servicio doméstico en sus localidades de origen, vinculado con los profundos antagonismos de clase presentes en los pueblos granadinos. Por parte de los varones, hemos encontrado evidencias de que en sectores de la inmigración con mayor edad hubo una preferencia por el trabajo en la construcción, para el cual no eran tenidos en cuenta la existencia de antecedentes políticos y que podía realizarse en condiciones similares al trabajo agrícola.

Respecto a las formas de acceso al empleo, los vínculos de paisanaje y las recomendaciones constituyeron una forma de incorporación al universo fabril para muchos trabajadores de origen granadino, a medida que sus paisanos encontraron trabajo en la industria o crearon sus propias empresas. En este punto es necesario destacar el papel mediador para la obtención de un empleo por parte de los trabajadores inmigrantes ya instalados, así como el de importantes personalidades de origen granadino en ámbitos políticos y económicos de la Barcelona del periodo investigado. La necesidad de contar con avales, propició la búsqueda de recomendaciones para ingresar en muchas empresas. Como consecuencia de la inserción masiva de la inmigración en el mercado laboral barcelonés, la estructura de ingresos de las familias inmigradas se vio transformada por una mayor regularidad. Esta fuerte disposición al trabajo dio lugar, en sintonía con el contexto de falta de libertades y salarios escasos de la dictadura, a la proliferación de una ética laboral marcada por el sacrificio y la realización de horas extras. No obstante, todas estas experiencias de explotación laboral no lograrían frenar el desarrollo de una poderosa cultura de la migración que, instalándose en muchas localidades granadinas, situará el proyecto migratorio en el centro de las aspiraciones de una buena parte de la sociedad. Para que esto acabara por consolidarse haría falta tanto el despegue económico que caracterizará a los años finales de la década de 1950, como el hecho de que las condiciones laborales y sociales en Granada se encuentren muy deprimidas y sin perspectivas de cambio en la dirección del desarrollo económico.

Las pautas migratorias de la población granadina en Barcelona obedecieron a una lógica de asentamiento, diferente en ese sentido de las anteriores tradiciones de movilidad laboral o emigración temporal, basadas en la idea de trabajar y ahorrar dinero para regresar. Fueron en ese sentido también diferentes de los movimientos migratorios que posteriormente tuvieron lugar con destino a otros países europeos, a partir de finales de la década de 1950. Los granadinos y granadinas, como tantos otros inmigrantes de posguerra, llegaron a Barcelona para quedarse. En ese sentido, es importante observar que durante la segunda mitad de la década de 1950, una vez instalados en Barcelona, se iría fraguando en un sector de la inmigración actitudes de rechazo a sus nuevas circunstancias de vida. Con el tiempo los trabajadores inmigrados, juntamente con la clase obrera local, comenzarían a exigir una mejora en sus condiciones laborales, así como en las

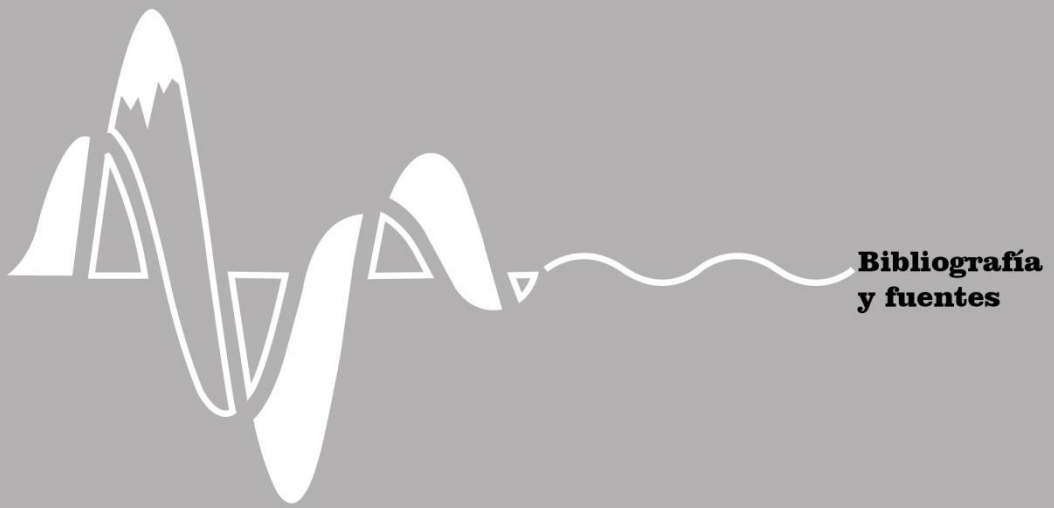
condiciones de vida en sus barrios. En el caso de los trabajadores inmigrados, su movilización estaría directamente relacionada con unas aspiraciones insatisfechas de movilidad social a lo largo del periodo posterior a su llegada a Catalunya. Este proceso tardaría al menos una década en consolidarse, ya que será a finales de la década de 1960 y comienzos de 1970 cuando el movimiento obrero y vecinal barcelonés comience a incorporar de manera masiva la presencia de personas inmigradas. Desde la perspectiva de la dinámica de confrontación política, el período que aquí hemos analizado podría ser percibido como una época gris y aparentemente apática, un intervalo de dos décadas entre los sucesos de la II República y el despertar del movimiento obrero de la década de 1960. Sin embargo, desde una perspectiva social podemos afirmar que no fue un periodo ausente de conflictos, sino más bien una época de adaptación y ubicación de toda una sociedad inmigrada y que en el transcurso de estas décadas sucedieron cambios determinantes para configurar la sociedad catalana que emergió del franquismo. Como esperamos haber podido demostrar con este trabajo, la inmigración granadina fue un actor clave todos estos procesos.

Llegados al obligado punto y aparte que es la finalización de una tesis, cuando se pretenden abrir nuevas vías al conocimiento, queremos señalar algunas cuestiones que emergen como líneas de continuidad de esta investigación. Por una parte, la necesaria ampliación del enfoque empleado en este trabajo al conjunto de la inmigración de las provincias andaluzas a Barcelona durante la posguerra. Esto nos permitiría comparar las diversas experiencias y fortalecería nuestra comprensión del fenómeno a una escala mayor. De una manera similar debería analizarse la experiencia migratoria andaluza a otros territorios del Estado español durante el mismo período, comparando la experiencia en Catalunya con las vivida en el País Vasco o Madrid. Por otra parte, vemos la necesidad de abordar el estudio de las segundas generaciones, los hijos de la inmigración granadina en Barcelona, para comprender con mayor profundidad cual fue el sentido de los proyectos migratorios de sus padres y de qué modo influyó en ellos el tipo de trayectorias sociales y laborales que desarrollaron. A través del estudio de la juventud inmigrada que se incorporó al mercado laboral barcelonés a lo largo de las décadas de 1960 y 1970, podríamos comprender el alcance que tuvieron los procesos de formación y cualificación para esta primera generación de trabajadores industriales, que no conoció el trabajo agrícola de sus padres. De ese modo indagaríamos sobre a qué mercados laborales lograron tener acceso y cuales permanecieron vetados para los jóvenes inmigrantes y hasta qué punto fueron diferentes sus experiencias de las vividas por sus padres y por aquellas personas que emigraron también siendo jóvenes durante el mismo período. En definitiva, a través de la aportación que hemos realizado con este trabajo, esperamos haber podido contribuir a sentar unas bases sólidas para una mejor comprensión de la experiencia histórica de un importante sector de la clase obrera, andaluza y catalana, en el siglo XX.

Tabla 1: Migraciones temporeras granadinas a mediados del siglo XX.

Zonas de Expulsión	Comarcas de Absorción	Actividades agrícolas	Tipo de Migración	Temporalidad
Alpujarra granadina y municipios limítrofes de Jaén y Almería	Hoyas de Baza y Guadix y Montes de Granada	Siega y trilla de cereales	Cuadrillas	Uno o dos meses, generalmente entre junio y agosto
Alpujarra granadina y municipios limítrofes de Jaén y Almería	Hoyas de Baza y Guadix y Montes de Granada	Escarda de cereales	Cuadrillas	Pocos días
Valle de Lecrín, Tierra de Alhama, Montes de Granada, la Alpujarra y la Costa granadina y malagueña. Pueblos cordobeses como Rute.	Vega de Granada	Siega y trilla de cereales	Cuadrillas para la siega y trabajadores en solitario que van con su yunta de mulas y alguien que le haga la comida (una mujer o un niño).	De uno a tres meses, generalmente entre junio y septiembre.
La Contraviesa y pueblos almerienses como Berja y Adra	La Alpujarra	Trilla de cereal	Trabajadores en solitario que van con su yunta de mulas y alguien que le haga la comida (una mujer o un niño).	Veinte o treinta días entre julio y agosto.
Montes de Granada, Guadix y Alpujarras.	Campiñas jienenses y cordobesas.	Siega de cereal	Cuadrillas	Verano
Hoyas de Baza y Guadix	Provincia de Almería	Siega de cereal	Cuadrillas	Verano
Vega de Granada y Tierras de Alhama	Provincias de Cádiz (Jerez, Arcos, Chiclana y San Roque); Sevilla (Utrera, Osuna, Carmona, Los Molares, Castillblanco de los Arroyos) y Badajoz	Siega de cereal y otras labores de regadío (recolección de lino, siembra de remolacha, etc.)	Cuadrillas	Verano
Alpujarras, Valle de Lecrín, Vega de Granada y desde las provincias de Málaga, Almería y Jaén	Costa granadina (Salobreña, Motril y Almuñecar) y malagueña (Nerja y Torrox).	Zafra de la caña de azúcar	Familias enteras	Tres meses. Comienza a finales de febrero, principios de marzo y finaliza a finales de mayo, comienzos de junio.

* Fuente: Floristán Samames, A & Bosque Maurel, J. (1957): «Movimientos migratorios de población en la provincia de Granada» *Estudios Geográficos*, XVIII, 67-68. 361-402.



BIBLIOGRAFÍA.

A

Acosta Ramírez, F., Cruz Artacho, S.; González de Molina, M. (2009): *Socialismo y democracia en el campo (1880-1930): los orígenes de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra*, Madrid, Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino.

Alarcón Caballero, J.A. (1990): *Movimiento obrero en Granada en la II República*, Granada, Diputación Provincial de Granada.

Aleksiévich, S. (2015): *La guerra no tiene rostro de mujer*, Barcelona, Debate.

Aleksiévich, S. (2016): *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la guerra de Afganistán*, Barcelona, Debate.

Álvarez Roldán, A., Martínez Casanova, N., & Martínez Rossi, S. (2008): *La memoria amenazada. Relatos de vida e historia sociocultural de Puebla de Don Fadrique*, Granada, Ayuntamiento de Puebla de Don Fadrique.

Aquino M, A. (2012). La migración de jóvenes zapatistas a Estados Unidos como desplazamiento geográfico, político y subjetivo. *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 92, pp. 3-22.

Arenas Maestre, A. (Coord). (2004): *Memoria viva del Carnaval de Alhama de Granada. (1917-1979)*, Granada, Ayuntamiento de Alhama de Granada.

Azuaga Rico, J.M. (2013): *Tiempo de lucha, Granada-Málaga: represión, resistencia y guerrilla, 1939-1952*, Granada, Alhulia.

B

Babiano, J. & Fernández Asperilla, A. (2009): *La Patria en la maleta: historia social de la emigración española a Europa*, Madrid, Fundación 1º de Mayo.

Badal, M. (2017): *Vidas a la intemperie. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino, Logroño y Oviedo*, Pepitas ed. & cambalache.

Badino, A. (2012): *Strade in salita. Figlie et figli dell'immigrazione meridionale al Nord*, Roma, Carocci.

Baird, D. (2008): *Historia de los maquis: entre dos fuegos*, Almuzara, Córdoba.

Balfour, S. (1994): *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.

- Barciela, C et al. (2001):** *La España de Franco (1939-1975)*, Economía, Madrid, Síntesis.
- Barciela, C (Ed). (2003):** *Autarquía y mercado negro: el fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica.
- Barciela, C (Ed). (2012):** Autarquía y mercado negro. La auténtica economía política del franquismo, en Viñas, A. (Coord): *En el combate por la historia. La República, la Guerra Civil y el Franquismo, Pasado y presente*, Barcelona. pp. 645-659.
- Barnet, M. (1968):** *Biografía de un cimarrón*, Barcelona, Ariel.
- Barreira Rodríguez, O.J. (2007):** “Cuando lleguen los amigos de Negrín...”: Resistencias cotidianas y opinión popular frente a la II Guerra Mundial. Almería, 1939-1947 en *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, (18), pp- 295-323.
- Barrios Rozúa, (1999):** La legislación laica desbordada. El anticlericalismo durante la segunda república. *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, 12, pp. 179-224.
- Bengochea, S & Renom i Pulit, M. (1999):** *Memòria i compromís. Classes treballadores, sindicalisme i política al Prat de Llobregat (1917-1979)*, Barcelona, Columna - Ajuntament del Prat de Llobregat.
- Berger, J. (2015):** *Un séptimo hombre*, Madrid, Capitán Swing.
- Bernal, A.M. (1995):** La emigración de Andalucía, en Sánchez-Albornoz, N. (Coord): *Españoles hacía América: la emigración en masa, 1880-1930*, pp. 143-165.
- Bernal, A. & Parejo Barranco, A. (2001):** *La España Liberal (1868-1913)*, Madrid, Síntesis.
- Bertaux, D. (2005):** *Los relatos de vida: perspectiva etnosociológica*, Barcelona, Bellatierra.
- Boj, I & Valles, J. (2005):** El Pavelló de les Missions. La repressió de la immigració, en Marín, M. (coord): *Dossier: Immigració a Catalunya. Els anys del Franquisme*, L'Avenç, 298. 38-44.
- Boorsma. P. (1989-1990):** Migración temporal de Albuñol (Granada) a la siega de Jerez de la Frontera en la segunda mitad del siglo XIX, en *Cuadernos Geográficos de la Universidad de Granada*, 18-19. 47-76.
- Borderías Mondejar, C. (1993):** *Entrelíneas. Trabajo e identidad femenina en la España Contemporánea. La Compañía Telefónica, 1924-1980*, Barcelona, Icaria.
- Borderías Mondejar, C. (1997):** Subjetividad y cambio social en las historias de vida de mujeres: notas sobre el método biográfico, *Arenal*, 4:2 (julio-diciembre), 177-195.

Borderías, C; Borrell, M; Ibarz, J; Villar, C. (2003): Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático: la militancia femenina en la CC.OO. de Catalunya durante el franquismo, *Historia Contemporánea*, 26, pp. 161-206.

Borrás Llop, J.M. (2013): *El Trabajo infantil en España, 1700-1950*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Icaria. Colección Historia del Trabajo, nº6.

Borrell Cairol, M. (2015): *El servei domèstic a la ciutat de Barcelona, 1900-1950*, Tesis doctoral, Universitat de Barcelona.

Bosque Maurel, J. (1988): *Geografía Urbana de Granada*, Granada, Universidad de Granada.

Botey, J. (1981): *Cinquante-cuatre relats d'immigració*, Barcelona, Fundació Serveis de Cultura Popular.

Brenan, G. (2003): *La faz de España*, Barcelona, Península.

Brenes Sánchez, M. I. (1997): Militancia de izquierda y represión franquista en los montes occidentales de Granada: el caso de Montefrío, *Revista de Historia Contemporánea*, 8, pp. 181-213.

Busquets i Grau, J. (1999): *La urbanización marginal*, Barcelona, UPC.

C

Caballero Castillo, E. (2011): *Vivir con memoria*, Córdoba, El Páramo.

Cabré, A. & Pujadas, I. (1989): La població: immigració i explosió demogràfica, en Cabana, F. (coord), *Història econòmica de la Catalunya contemporània*, vol 5, 48-52.

Cabré, A. (1989): *Les migracions a Catalunya 1900-2000*, Barcelona, Centre d'Estudis Demogràfics

Cabré, A. & Muñoz, F. (1997): Evolució demogràfica. La població de Barcelona des de 1930 a 1996, en Sobrequés, J(ed.): *Història de Barcelona*. Barcelona: Enciclopèdia Catalana, 1997, vol. VIII, p. 107-133.

Cabré, A. (1999): *El sistema català de reproducció*, Barcelona, Institut Català de la Mediterrània d'Estudis i Cooperació.

Calero Amor, A.M. (1973): *Historia del movimiento obrero en Granada (1909- 1923)*, Madrid, Tecnos.

- Calvet Puig, J. (1994):** «Indústria i finances: de la guerra civil a la dècada dels seixanta» en Benaül, J.M.; Calvet, J.; Deu, E. (eds) *Indústria i ciutat. Sabadell, 1800-1980*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994.
- Cámara Hueso, A.D. (2007):** *Niveles de vida en el medio rural de Andalucía Oriental (1750-1950)*, Tesis doctoral, Universidad de Granada.
- Camino Vallhonrat, X. et al. (2011):** *Barraquisme, la ciutat (im)possible: els barris de Can Valero, el Carmel i la Perona a la Barcelona del segle XX*, Barcelona, Generalitat de Catalunya.
- Candel, F. (1999):** *Els altres catalans*, Barcelona, Columna Edicions.
- Candel, F. (1972):** *Inmigrantes y trabajadores*, Barcelona, Planeta.
- Candel, F. et al. (1994),** *Barcelona i el ferrocarril*, Barcelona, Renfe.
- Caro Cancela, D. (2012):** Hacer política en la Andalucía de Isabel II: elites y pueblo (1844- 1868), *Revista Ayer*, 85. 49-72.
- Carrasco Martínez, J. (1994):** *Verdum des de l'any 1952*, Barcelona, Associació de Veïns de Verdum.
- Carreras, A. & Tafunell, X. (2004):** *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica.
- Carrión, P. (1973):** *La reforma agraria de la segunda república y la situación actual de la agricultura española*, Barcelona, Ariel.
- Carvajal Gutiérrez, C. (1986):** *Población y emigración en la provincia de Granada en el siglo XX*, Diputación de Granada, Granada.
- Castán Sanclemente, A. (2013):** *3819. Huellas imborrables*, Barcelona, Edición del autor.
- Castillo, E. (2017):** *Venta del Rayo*, Madrid, Trampoline Editores.
- Castillo, V. (1979)** *Recuerdos y vivencias, Tomo 1º*, Memorias inéditas.
- Castro, E. (1967):** *Aspectos sociológicos de la inmigración granadina en Barcelona*, Tesis doctoral, Universitat de Barcelona.
- Catalán Vidal, J. (2006):** La SEAT del desarrollo, 1948-1972. *Revista de historia industrial*, 30, pp. 143-196.

- Catalán, Vidal, J. (2012):** La SEAT i la represa del districte d'automoció de Barcelona, en Balfour, S. (ed.): *Barcelona malgrat el franquisme. La SEAT, la ciutat i la represa sense democràcia*, Barcelona, Museu d'Història de Barcelona.
- Cenarro, A. (2002):** Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948). *Historia Social*, 44, pp. 65-86.
- Cervera Gil, (2007):** *La guerra no ha terminado: el exilio español en Francia, 1944-1953*, Madrid, Taurus.
- Checa i Artasu, M. (1997):** Els efectes urbanístics del Congrés Eucarístic Internacional de Barcelona, 1952, en Roca i Albert, J. (coord): *Expansió urbana i planejament a Barcelona*.
- Clogg, R. (1992):** *A Concise History of Greece*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Cobo Romero, F. (2004):** *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía: conflictividad social, violencia política y represión franquista en el mundo rural andaluz, 1931-1950*. Universidad de Granada y Universidad de Córdoba, Granada.
- Cobo Romero, F & Ortega López, T.M^a. (2004):** Hambre, desempleo y emigración. Las consecuencias sociales de la política agraria autárquica en Andalucía oriental, 1939- 1975". *Hispania*, LXIV/3, núm 218, pp. 1079-1112.
- Cobo Romero, F & Ortega López, T.M^a. (2005):** *Franquismo y posguerra en Andalucía oriental: Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*. Universidad de Granada, Granada.
- Cobo Romero, F. (Coord). (2012):** *La Represión franquista en Andalucía: balance historiográfico, perspectivas teóricas y análisis de resultados*, Centro de Estudios Andaluces, Sevilla.
- Cohen Amselem, A (1987):** *El marquesado del Zenete, tierra de minas: transición al capitalismo y dinámica demográfica (1870-1925)*, Granada, Diputación Provincial.
- Colomer, M. (2013):** *La postguerra a Mataró: 1939-1952*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- Comín, A.C. (1965):** *España del sur: aspectos económicos y sociales del desarrollo industrial de Andalucía*, Madrid, Tecnos.
- Comín, A.C. (1970):** *Noticia de Andalucía*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.
- Comín, A.C. & García-Nieto J. (1974):** *Juventud obrera y conciencia de clase*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo.

Contreras Pérez, F. (2000) *Tierra de ausencias: la moderna configuración migratoria de Andalucía (1880-1930)*, Sevilla, Universidad de Sevilla.

Cózar Valero, M.E. (1982): Consideraciones sobre la emigración de Almería, *Cuadernos Geográficos de la Universidad de Granada*, 12, pp. 71-86.

Cozar Valero, M.E. (2012): *Inmigrantes andaluces en Argentina: durante la Guerra Civil y la posguerra (1936-1960)*, Sevilla, Fundación Centro de Estudios Andaluces.

Cruz Artacho, S. (1993): *Caciquismo, orden social y conflictividad rural en Granada, 1890-1923: (estructura de poder y luchas agrarias)*, Universidad de Granada, Granada.

Cruz Artacho, S.; Cobo Romero, F; González de Molina, M. (2000): *Memoria del II Congreso Federación nacional de Trabajadores de la Tierra, 1932 (ed facsimil)*, Jaén, Universidad de Jaén.

Cuesta Gómez, J.M. (2015): *El moviment veïnal al Barcelonés Nord (1954 1987)*, Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.

D

Daltón, R. (2007): *Miguel Mármol: los sucesos de 1932 en El Salvador*, Australia, Ocean Press.

De Bolos i Capdevila, M. (1959): La inmigración en Barcelona en los dos últimos decenios. *Estudios Geográficos*, vol 20, nº 75, pp. 209-249.

De Guzmán, E. (1973): *La muerte de la esperanza*, Madrid, G. del Toro Editor.

De Madariaga, M^a.R. (2006): *Los moros que trajo Franco: la intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil española*, Barcelona, RBA.

De Mateo Avilés, E. (1993): *La emigración andaluza a América (1850-1936)*, Málaga, Arguval.

De Miguel Luken, V. (2002): Aproximación a la geografía familiar de la emigración andaluza al resto de España en el siglo XX. *Revista de Demografía Histórica*, XX, I, pp. 81-120.

Del Arco Blanco, M.A. (2005): *El primer franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951). Poderes locales, instauración y consolidación del régimen franquista*, Tesis doctoral, Universidad de Granada.

Del Arco Blanco, M.A. (2007): *Hambre de siglos: mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía oriental, 1936-1951*, Granada, Comares.

Del Arco Blanco, M.A. (2013): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares.

Del Rosal Pauli, R. & Derqui del Rosal, F. (1957): *Noticias históricas de la ciudad de Loja*, Granada, Ayuntamiento de Loja.

Del Turá de Bolos i Capdevila, M. (1959): La inmigración en Barcelona en los dos últimos decenios, *Estudios Geográficos*, 20, 75. 209-249.

Díaz del Moral, J. (1995): *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza.

Díaz Molinaro, M. (2010): L'ocupació, la construcció i la vida a les barraques, en Tatjer, M. & Larrea, C. (eds.): *Barraques. La Barcelona informal del segle XX*, Barcelona, Ajuntament e Barcelona.

Domenech, X. (2002): *Quan el carrer va deixar de ser seu : moviment obrer, societat civil i canvi polític, Sabadell (1966-1976)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona.

Domenech, X. (2012): La clase obrera bajo el franquismo. Aproximación a sus elementos formativos en *Ayer*, 85. 201-225.

Domingo i Valls, D. (2012): *Catalunya al mirall de la immigració: demografia i identitat nacional*, Barcelona, L'Avenç.

Duocastella, R. (Ed). (1957): *Los Suburbios 1957: Semana del Suburbio*, Graficas Levante, Barcelona.

Duocastellá, R. (1961): *Mataró 1955. Estudio de sociología religiosa sobre una ciudad industrial española*, CSIC, Barcelona.

E

Ealham, C. (2005): *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Barcelona, Alianza.

F

Fané, F. (1977): *La vaga de tramvies de 1951. Una crónica de Barcelona*, Barcelona, Laia.

Felipe, L. (1990): *Nueva antología rota*, Madrid, Akal.

Ferre Bueno, E. (1974): Iznalloz. Un municipio de los Montes Orientales granadinos, *Estudios Geográficos*, Febrero 1, 35, 53-106.

Ferre i Aixalà, A. (1996): *Els polígons de Barcelona*, Barcelona, Edicions UPC

Ferrer Rodríguez, A. & González Ferrer, A (2000) Evolución demográfica y socioprofesional de la ciudad de Granada (siglos XVI-XX), *Demófilo, Revista de cultura tradicional*. 35.17- 44.

Ferrer, A. (2010): Barraques i polígons d'habitatges en la Barcelona del segle XX, en Tatjer, M. & Larrea, C. (eds.) (2010): *Barraques. La Barcelona informal del segle XX*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona.

Ferrer, Ll. (2005): De la política econòmica autàrquica al Pla d'Estabilització, en VV.AA.: *El franquisme a Catalunya, 1939-1977. Vol 2. Catalunya dins de l'Espanya de l'autarquia (1946-1958)*, Edicions 62, Barcelona.

Ferres, A. (1959): *La piqueta*, Barcelona, Destino.

Ferri, Ll.; Muixi, J.; Sanjuán, E. (1978): *Las Huelgas contra Franco: 1939-1956*, Madrid, Planeta.

Floristán Samames, A. & Bosque Maurel, J. (1957): Movimientos migratorios de población en la provincia de Granada, *Estudios Geográficos*, XVIII, 67-68. pp. 361-402.

Fontana Tarrats, J.M^a: (1946): *Información sobre el paro agrícola en España sus causas y soluciones*, Librerías Prieto, Granada.

Fontana Tarrats, J.M^a. (1946): *Política granadina*, Imprenta Heredera de Paulino V. Traveser, Granada.

Frigolé, J. (1997): *Un hombre*, Barcelona, Muchnik Editores.

G

Gabernet, Assumpció (Coord.) (2008): *Trajectes. la veu de les dones immigrants. Gavà 1936-1939*. Gavà: Ajuntament de Gavà,

Gallego Morales, S.M. (2005): *Alcaldes bastetanos del siglo XX (según estudio detallado de las actas capitulares)*, Baza, Imprenta Cervantes.

García Abad, R. (2001): El papel de las redes migratorias en las migraciones a corta y media distancia, *Scripta Nova*, Universitat de Barcelona, 94, 11.

García-Balaña, A. (2004): *La fabricació de la fàbrica. Treball i política a la Catalunya cotonera, 1784-1874*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

García Barbancho, A. (1967): *Las Migraciones interiores españolas: estudio cuantitativo desde 1900*, Madrid, Publicaciones del Instituto de Desarrollo Económico.

García de las Heras, G. (1980): *La Huelga General del 12 de marzo de 1951 en Barcelona*. Tesis doctoral, Universitat de Barcelona.

- García Duarte, F. (2007):** *El ideal de Blas Infante en Catalunya*, Centro de Estudios Históricos de Andalucía, Granada.
- García Galán, E. & Rodríguez Lozano, F (1954):** Consideraciones sobre la nueva ley de arrendamientos rústicos de fecha 15 de julio de 1954 en *Revista de Estudios Agrosociales*, nº 8,
- García Lorca, F. (1994):** *Obras completas VI, Prosa, Vol I*, Madrid, Akal.
- García, G. (2014):** *Plaza de los Republicanos Españoles. Testimonios de exiliados en Bretaña*, Zaragoza, Comuniter.
- Garrido-González, L. (2010):** Colectivización económica en la Guerra Civil española (1936-1939), *Revista de la Historia de la Economía y de la Empresa*, IV. 353-386.
- Garriga i Andreu, J. (2004):** *Franquisme i poder polític a Granollers:(1939-1975)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- Gavira Álvarez, L. (1993):** *Segmentación del mercado de trabajo rural y desarrollo: el caso de Andalucía*, M.A.P.A. Serie Estudios.
- Gil Bracero, R. & López Martínez, M. (1997):** *Caciques contra socialistas: poder y conflictos en los ayuntamientos de la República: Granada, 1931-1936*, Granada, Diputación Provincial de Granada.
- Gil Bracero, R. (1998):** *Revolucionarios sin revolución: marxistas y anarcosindicalistas en guerra: Granada-Baza, 1936-1939*, Granada, Universidad de Granada.
- Gil Bracero, R. & Brenes, M^a.I. (2009):** *Jaque a la República (Granada 1936-1939)*, Granada, Ediciones Osuna.
- Garrusta, M. G. (2017):** *Barcelona al servei del Nuevo Estado: depuració a l'Ajuntament durant el primer franquisme*, Barcelona, Eumo Editorial.
- Gómez Bravo, G. (2009):** *El Exilio interior: cárcel y represión en la España franquista (1939-1950)*, Madrid, Taurus-Santillana.
- Gómez Bravo, G. & Marco, J. (2011):** *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista*, Ediciones Península, Barcelona.
- Gómez Mendoza, A. & Pérez Moreda, V. (1985)** Estatura y nivel de vida en la España del primer tercio del siglo XX, *Moneda y crédito*, 174, pp. 29-64.
- Gómez Oliver, M. (1985):** *La desamortización de Madoz en la provincia de Granada*, Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, Granada.

Gómez Oliver, M (Coord). (2015): *El "botín de guerra" en Andalucía. Cultura represiva y víctimas de la Ley de Responsabilidades Políticas, 1936-1945*, Madrid, Biblioteca Nueva.

González de Molina, M & Sevilla Guzmán, E. (2000): Perspectivas socioambientales de la historia del movimiento campesino andaluz, en González de Molina, M. (Ed), *La Historia de Andalucía a Debate I. Campesinos y Jornaleros*, Barcelona, Anthropos-Diputación Provincial de Granada.

González de Molina, M. (Ed), (2000), *La Historia de Andalucía a Debate II. El Campo Andaluz*, Barcelona, Anthropos-Diputación Provincial de Granada.

Gual Villalbí, P. (1944): *Un problema de la Post-guerra: Dónde y cómo se emplazaran las industrias*, Madrid, Fomento del Trabajo Nacional.

Gutiérrez Arenas, J. (2012): *Los hijos de Lucas Gutiérrez López. Una historia de la gente de Alhama de Granada*, Granada, Ediciones La Peña.

H

Heine, H & Azuaga, J.M^a. (2005): *La oposición al franquismo en Andalucía oriental*, Madrid, Fundación Salvador Seguí.

Hernández Burgos, C. (2013): *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*. Granada, Editorial Universidad de Granada.

Herrera, A.; González de Molina.; Cruz Artacho, S.; Acosta Ramírez,; (2012): Propuesta para una reinterpretación de la historia de Andalucía: recuperando la memoria democrática, *Ayer*, 85, pp. 73-96.

Hinojosa, R. (2008): *Del barraquisme a les institucions*, Barcelona, CTEESC-Consell de Treball Economic i Social de Catalunya.

I

Ibarz Gelabert, J. (2004): *Treballant el silenci: les relacions laborals dels estibadors del port de Barcelona durant el Primer Franquisme: 1939-1947*, Barcelona, Museu Marítim de Barcelona.

Impredisur (ed) (1992): *Memoria acerca del estado de las clases obreras de la provincia de Granada* (1992), Ed facsímil de 1884, Granada,

Ivern, F. (1959), *Hospitalet de Llobregat: municipio suburbano: estudio de sociología urbana*, Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Izquierdo Rodríguez, M. (2010): *Las Gabias: historias desenterradas*, Granada, Ayuntamiento de las Gabias.

J

Judt, T. (2006): *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus.

L

La España Industrial (Ed) (1947): *Libro del centenario*, Barcelona, Seix Barral.

Lara, F. (1977): *La emigración andaluza. Análisis y testimonios*, Ediciones de La Torre, Madrid.

Lardín i Oliver, A. (2007): Obrers comunistes. *El PSUC a les empreses catalanes durant el primer franquisme (1939-1959)*, Valls, Cossetània Edicions.

Lewis, O. (1961). *Los hijos de Sánchez: autobiografía de una familia mexicana; Una muerte en la familia Sánchez*, México DF, Fondo de Cultura Económica.

López Bulla, J.L. (1997): *Cuando hice las maletas. Un paseo por el ayer*, Barcelona, Península.

López Gay, A. (2008): *Canvis residencials i moviments migratoris en la renovació poblacional de Barcelona*, Barcelona, CTEESC-Consell de Treball Econòmic i Social de Catalunya.

López Osuna, A. (2016): *La Granada insurgente. Poder político y protesta popular en Granada (1898-1923)*, Granada, Comares.

López Rodenas, M. (1982): *Historia social de la Santa Coloma moderna 1954-1979*, Barcelona, Ajuntament de Santa Coloma de Gramanet.

Los Giménólogos (2009): *En busca de los Hijos de la Noche*, Logroño, Pepitas de Calabaza.

Lozano Maldonado, J. M. (1998): La industria, en Titos Martínez, M (Dir.): *Historia Económica de Granada*, Granada, Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Granada, pp. 157- 171.

Luque Baena, E. (1974): *Estudio antropológico social de un pueblo del sur*, Madrid, Tecnos.

M

Malefakis, E. (1973): *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel.

Maluquer Sostres, J. (1963): *L'assimilation des immigrés en Catalogne*, Geneve, Librairie Droz.

Marco, J. (2012): *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista*, Granada, Comares.

- Marco, J. (2013):** Una Corea en pequeño. Contrainsurgencia y represión de la guerrilla en España (1939-1952), *Contenciosa*, Año 1, nº I.
- Marín i Corbera, M. (2004):** *D'immigrants a ciutadans. La immigració a Catalunya del franquisme a la recuperació de la democràcia*, MHIC, Sant Adrià del Besós.
- Marín i Corbera, M. (2005):** Ritmes i composició migratoris: les xifres d'un fenomen complex, *L'Avenç: Revista de història i cultura*, 298, pp. 24-31.
- Marín i Corbera, M. (2006):** *Història del franquisme a Catalunya*, Barcelona, Pagès Editors.
- Marín i Corbera, M. (2008):** Las migraciones interiores hacia la Catalunya urbana vistas desde Sabadell (1939-1969), en De la Torre, J. & Sanz Lafuente, G. (eds.): *Migraciones y coyuntura económica del franquismo a la democracia*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Marín i Corbera, M. (2012):** La inmigració a Barcelona, de la postguerra al desarrollo. Suburbialització, dictadura i conflicte, en Balfour, S. (ed): *Barcelona malgrat el franquisme. La SEAT, la ciutat i la represa sense democràcia*, Barcelona, Museu d'Història de Barcelona.
- Marín i Corbera, M. (2015):** Migrantes, fronteras y fascismos. El control de los desplazamientos por parte del régimen franquista, 1939-1965, *Spagna Contemporanea*, vol 23, nº47.
- Marín i Corbera, M. (2017):** De inmigrantes a ciudadanos: la (re)construcción de las identidades nacionales en Catalunya de la dictadura a la democracia, 1939-1986, en Oyón & Romero (eds.): *Clase antes que nación. Trabajadores, movimiento obrero y cuestión nacional en la Barcelona metropolitana, 1840-2017*, Barcelona, El Viejo Topo.
- Martí, F. y Moreno, E. (1974):** *Barcelona ¿a dónde vas?*, Barcelona, Diosa.
- Martín Díaz, E. (1992):** *La emigración andaluza a Cataluña. Identidad cultural y papel político*, Sevilla, Fundación Blas Infante.
- Martín Rodríguez, M.; Giménez Yanguas, M.; Piñar Samos, J. (1998):** La industria que transformó Granada, en Titos Martínez, M (Dir.): *Historia Económica de Granada*, Granada, Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Granada, pp. 215-235.
- Martínez Alier, J. (1968):** *La estabilidad del latifundismo: análisis de la interdependencia entre relaciones de producción y conciencia social en la agricultura latifundista de la Campiña de Córdoba*, Paris, Ediciones Ruedo Ibérico.
- Martínez Foronda, A. (2012):** *La lucha del movimiento obrero en Granada por las libertades y la democracia. Pepe Cid y Paco Portillo: dos líderes, dos puentes*, Granada, Fundación de Estudios Sindicales – Archivo Histórico de CCOO de Andalucía.

- Martínez López, D. (2015):** Urbanización, inmigración y mercado de trabajo en la Andalucía del primer tercio del siglo XX, *Historia Social*, 81, pp. 29-47.
- Martínez-Mari, J.M. (1966):** La inmigración en el área de Barcelona, *Estudios Geográficos*, vol 27, nº 105, pp. 541-546.
- Massey, D. S., Arango, J., Hugo, G., Kouaouci, A., Pellegrino, A., & Taylor, J. E. (1993).** Theories of international migration: A review and appraisal, *Population and development review*, pp. 431-466.
- Medina González, M. (2012):** *Próxima estación, Cataluña*. Plaza & Janés, Barcelona.
- Mendoza, E. (1986):** *La ciudad de los prodigios*, RBA, Barcelona.
- Mezzadra, S. (2005):** *Derecho de Fuga: migraciones, ciudadanía y globalización*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Mir, C. (2002):** El sino de los vencidos: la represión franquista en la Cataluña rural de posguerra, En Casanova, J. (Coord) Casanova, J., Espinosa Maestre, F., Mir, C., & Moreno Gómez, F. (2002): *Morir, matar, sobrevivir: la violencia en la dictadura de Franco*. Barcelona: Crítica.
- Molina Rodríguez-Navas, P (2000):** *Nuestra historia. Taller de historia de Pallejà*. Barcelona, Diálogos.
- Molinero, C.; Ysàs, P. (1987):** La població catalana de la posguerra, creixement i concentració 1939-1950, en *L'Avenç*, 102. 38-46.
- Molinero, C. & Ysàs, P. (1998):** *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI.
- Montero Corpas, J. (1999):** *Historia Breve de Salar*, Granada, Ayuntamiento de Salar.
- Montero Corpas, J. (2013):** *Historia de Salar. República y Guerra Civil (1923-1940)*, Granada, Godel.
- Muniesa, B. (1996):** *Dictadura y monarquía en España. De 1939 hasta la actualidad*, Barcelona, Ariel.
- Muñoz Fernández, A (1960):** La emigración en la provincia de Jaén, 1900-1955, *Estudios Geográficos*, vol 21, nº 81, pp. 455-496.
- Muñoz, X. (2003): *Muñoz: Ramonet. Societat Il.limitada*, Barcelona, Edicions 62.

N

Nadal, J. (1988): *La población española (siglos XVI al XX)*, Ariel, Barcelona.

Naredo, J. M. (1996): *La evolución de la agricultura en España (1940-1990)*. Granada, Universidad de Granada.

Naredo, J.M. (2004): *La Evolución de la agricultura en España (1940-2000)*, Granada, Universidad de Granada,

Nash, M. (2010): *Trabajadoras: un siglo de trabajo femenino en Cataluña (1900-2000)*, Barcelona, Generalitat de Catalunya. Departament de Treball.

Navarro Alcalá-Zamora, P. (1979): *Mecina, la cambiante estructura social de un pueblo de la Alpujarra*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Núñez Seixas, X.M. (2006): “Trayectorias del destierro. Una aproximación al exilio gallego de 1936-1939” en Prada Rodríguez, J. & de Juana López, J. (coords.). *Lo que han hecho en Galicia: Violencia política, represión y exilio, 1936-1939*, Barcelona, Crítica.

O

O’Grady, T & Pyke, S. (2016): *Sabía leer el cielo, Logroño, Pepitas de Calabaza.*

Ocaña Ocaña, M.C. (1976): Observaciones sobre la dinámica demográfica en Granada en los últimos 50 años, *Cuadernos geográficos de la Universidad de Granada*, nº 5-6, pp. 241- 264.

Olivares Abad, J.A. (2016): *Antes, durante y después. Represión franquista en Alhama de Granada*, Granada, Edición del autor.

Ortega López, T.M^a. (2003): *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977*, Universidad de Granada, Granada.

Ortega López, T.M^a. (2007): Las “miserias” del fascismo rural. Las relaciones laborales en la agricultura española, 1936-1948, *Historia Agraria*, 43, pp. 531-554.

Ortega Santos, A. (2002): La tragedia de los cerramientos. Desarticulación de la comunalidad en la provincia de Granada, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social.

Oyón, J.L. (2008): *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal.

Oyón, J.L. & Iglesias, B. (2010): Les barraques i l'infrahabitatge en la construcció de Barcelona, 1914-1950, en Tatjer, M. & Larrea, C. (eds.) (2010): *Barraques. La Barcelona informal del segle XX*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona.

Oyón, J.L. & Romero, J. (eds.) (2017): *Clase antes que nación. Trabajadores, movimiento obrero y cuestión nacional en la Barcelona metropolitana, 1840-2017*, Barcelona, El Viejo Topo.

P

Parejo Barranco, A. (1985): Demócratas, federales y proletarios andaluces del siglo XIX; aproximación al estudio de las relaciones pequeña burguesía - clase obrera en Antequera (1840-1870), *Actas del Primer Congreso del Andalucismo Histórico*, Fundación Blas Infante, Sevilla. 367-389.

Parramón Homs, C. (1999): La immigració dels anys 60 a L'Hospitalet: similituds i diferències en *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, nº 13-14, pp. 41-68.

Parramón Homs, C. (2015): El debat català sobre la immigració durant el franquisme. Integració social i adaptació cultural, *Cercles*, nº 18, pp. 43-60.

Paulo Fontes, P. (2011): With a cardboard suitcase in my hand and a pannier on my back: workers and Northeastern migrations in the 1950s in São Paulo, Brazil, *Social History*, 36:1, pp. 1-21.

Pérez Andújar, J. (2007): *Los príncipes valientes*, Barcelona, Tusquets.

Pérez Andújar, J. (2011): *Paseos con mi madre*, Barcelona, Tusquets.

Pérez del Álamo, R. (1971): *Apuntes sobre dos Revoluciones andaluzas*, Madrid, Zero-ZYX.

Pérez Díaz, V. (1971): *Emigración y cambio social*, Barcelona, Ariel.

Pérez-Fuentes Hernández, P. (2000): El trabajo de las mujeres: Una mirada desde la historia, *Lan Harremanak*, 2, pp. 185-209.

Pinillas de las Heras, E. (1973): *Immigració i mobilitat social a Catalunya*, Barcelona, Institut Catòlic d'Estudis Socials de Barcelona.

Portelli, A. (2004): *La orden ya fue ejecutada: Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*, México DF, Fondo de Cultura Económica.

Puig i Valls, A. (1990): *De Pedro Martínez a Sabadell: L'emigració, una realitat no exclusivament econòmica. 1920-1975*. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.

Puig i Valls, A. (1994): «La immigració meridional: el cas de Torre-romeu, 1950-1975» en Benaul, J.M.; Calvet, J.; Deu, E. (Eds.) *Indústria i ciutat. Sabadell, 1800-1980*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994.

Puig i Valls, A. (1995): «La Guerra Civil espanyola, una causa de l'emigració andalusa en la dècada dels anys cinquanta?» en *Recerques*, nº 31, pp. 53-69.

Puig i Valls, A. (2005): Torre-romeu: la immigració fa néixer un barri, *L'Avenç*, n° 298, pp. 32-37.

Puyol, R. (1975): Los movimientos migratorios en Andalucía oriental. Un acercamiento a su problemática, *Revista Geographica*, enero, 17, pp. 153-171.

Q

Quitíán González, A.; Aguado Fajardo, A.; Ganivet Zarcos, M.; Ganivet Zarcos, J. (2006): *Curas obreros en Granada*, Alcalá la Real, Asociación Cultural Enrique Toral y Pilar Soler.

R

Rafanell i Vall-Llosera, A. (2011): *Notícies d'abans d'ahir: llengua i cultura catalanes al segle XX*, Barcelona, A Contra Vent.

Ramella, F. (2003): Immigrazione e traiettorie sociali in città: Salvatore e gli altri negli anni sessanta, en Arru, A & Ramella, F. (Coords.): *L'Italia delle migrazione interne. Donne, uomini, mobilità i età moderna e contemporanea*, Roma, Donzelli Editore.

Recaño Valverde, J. (1998): La emigración andaluza en España, *Boletín económico de Andalucía*, n°, 24, pp.119-143.

Recaño Valverde, J. (1998): *La Emigración andaluza, 1900-1992: cronología, aspectos demográficos, distribución espacial y componentes socioeconómicos de la emigración andaluza en España*. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.

Recaño Valverde, J. (2000): *La immigració al Baix Llobregat: l'onada migratòria dels anys seixanta*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, Centre d'Estudis Demogràfics.

Redondo Martin, M. (2010): *En otros patios de Granada*, Madrid, Fondo de Cultura Económica e España.

Richards, M. (2014): *Historias para después de una guerra: memoria, política y cambio social en España desde 1936*. Barcelona, Pasado & Presente.

Ritchie, D.A. (Ed) (2011): *Oxford Handbook of Oral History*, New York, Oxford University Press.

Robledo, R. (2012): Los males del latifundismo. La hora de la reforma agraria, en Viñas Martín, A (Ed) *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo*, Barcelona, Pasado & Presente.

Rodrigo, A. (2017): *Mujeres granadinas represaliadas*, Granada, Diputación de Granada.

Rodríguez Gómez, R.M. & Berlanga, M.A. (1998): *El trovo en la subbética*, Sevilla, Consejería de Educación y Ciencia.

Rodríguez Méndez, J. M. (2004): *La batalla del Verdún*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona: Associació Nou Barris Centre Comerç,

Rodríguez Titos, J. (2014): *Montejicar*, Granada, Ayuntamiento de Montejicar.

Román, G. (2015): *Delinquir o morir. El pequeño estraperlo en la Granada de posguerra*, Granada, Comares.

Rubio, E. (1956): *Tras el suceso: los sucesos más sensacionales de los últimos años relatados por un periodista*, Barcelona, Planeta.

Ruíz Esteban, (2006): *La partida guerrillera de Yatero y el movimiento guerrillero antifranquista en la provincia de Granada*. Tesis doctoral. Universidad de Granada,

S

Sáenz Lorite, M. (1998): La población, en Titos Martínez, M (Dir.): *Historia Económica de Granada*, Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Granada. Granada, pp. 39-50.

Sánchez Alonso, B. (1995): *Las causas de la emigración española, 1880-1930*, Madrid, Alianza.

Sánchez Domínguez, M^o.A. (1999): La política regional en el primer franquismo, los Planes Provinciales de ordenación económica y social, *Revista de Historia Industrial*, nº 16.

Sánchez Picón, A. (2011): Ejes de desarrollo en el Sureste y la Andalucía mediterránea (c. 1800-2000), *Historia contemporánea*, 42. 261-302.

Sánchez Recio, G. (2012): La construcción del nuevo Estado: una dictadura contra viento y marea, en Viñas Martín, A (Ed): *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo*, Barcelona, Pasado & Presente.

Scott, J. (2003): *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta.

Segarra, F. (2003): *De les cases barates als grans polígons. El Patronat Municipal de l'Habitatge de Barcelona entre 1929 i 1979*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona.

Segura, I. (2012): L'arquitectura d la SEAT com a marca. La modernitat s'instal·la als suburbis, en Balfour, S. (Ed): *Barcelona malgrat el franquisme. La Seat, la ciutat i la represa sense democràcia*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona.

Seidman, M. (2003): *A ras de suelo: historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza.

Seidman, M. (2014): *Los obreros contra el trabajo. Barcelona y París bajo el Frente Popular*, Logroño, Pepitas de Calabaza.

Sentís, C. (1994): *Viatge en transmiserià: crònica viscuda de la primera gran emigració a Catalunya*, Barcelona, La Campana.

Sennet, R. (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.

Sevilla-Guzmán, E. & Pérez Yruela, M. (1976): Para una definición sociológica del campesinado, *Agricultura y Sociedad*, nº 1, pp- 15.39.

Sevilla Guzmán, E & Giner San Julián, S. (1979): *La evolución del campesinado en España: elementos para una sociología política del campesinado*, Península, Barcelona.

Sevilla Guzmán, E. (1979): *La evolución del campesinado en España. Elementos para una sociología política del campesinado*, Barcelona, Península.

Siguán, M. (1959): *Del campo al suburbio. Un estudio sobre la inmigración interior en España*, CSIC, Madrid.

Simpson, J. (1997): *La agricultura española: (1765-1965): La larga siesta*, Alianza, Madrid.

Solà i Montserrat, R. (2003): *L'Escola Ton i Guida. Quan la pedagogia va anar al suburbi (Barcelona 1962-1994)*, Barcelona, Edicions 62.

Solé, C. (1981): *La integración socio-cultural de los inmigrantes en Cataluña*, Fundación Juan March, Madrid.

Solé, C. (1982): *Los inmigrantes en la sociedad y en la cultura catalanas*, Barcelona, Ediciones Península.

T

Tatjer Mir, M^aM. (1980): La inmigración en Barcelona en 1930: los andaluces en la Barceloneta, *Estudios Geográficos*, 41, 159, pp. 119-143.

Tatjer Mir, M. (1999): Las raíces de la inmigración andaluza en Cataluña: Barcelona 1930, en VV.AA, *Actas del 3er Congreso de Historia Catalano-Andaluza. Cataluña y Andalucía, 1898-1939*, Barcelona, Ediciones Carena.

Tatjer, M. (2010): Barraques i projectes de remodelació urbana a Barcelona, de l'Eixample al litoral (1922-1966), en Tatjer, M. & Larrea, C. (eds.): *Barraques. La Barcelona informal del segle XX*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona.

Tatjer, M. & Larrea, C. (Eds.) (2010): *Barraques. La Barcelona informal del segle XX*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona.

Terradas Saborit, I. (1992): *Eliza Kendall: reflexiones sobre una antibiografía*, Barcelona, Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona.

Theros, X. (2006): *La sisena flota a Barcelona. Quan els nord-mericans envaiien La Rambla*, Barcelona, La Campana.

Thomas, J.M^o. (1997): *José María Fontana Tarrats. Biografía política d'un franquista catalá*. Centre de lletura, Reus.

Thompson, E.P & Thompson, D (2001): The moral economy of the English crowd in the eighteenth century, *The essential E.P Thompson*, New York, New Press.

Thomson, G. (2015): *El nacimiento de la política moderna en España. Democracia, asociación y revolución, 1854-75*, Granada, Comares.

Titos Martínez, M et al. (1987): *Un siglo en la vida económica de Granada: la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación (1886-1986)*. Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación, Granada.

Titos Martínez, M. (2004): *Rodríguez-Acosta: banqueros granadinos, 1831-1946*, Madrid, Lid Editorial.

Torres Balbás, L. (1946): La vivienda popular en España, *Folklore y costumbres de España*, vol III, 3^a ed., Barcelona.

Tudela Vázquez, E. (2010): *Nuestro pan. La huelga del 70*, Granada, Comares.

Tuñón de Lara, M. (1972): *El movimiento obrero en la historia de España*, Taurus, Madrid.

V

Van der Linden, M. & Lucassen, L. (1999): *Prolegomena for a Global Labour History*, Amsterdam, Internacional Institut of Social History.

Van Rossum, M. & Kamp, J. (Eds) (2016): *Desertion in the Early Modern World. A comparative History*, New York, Bloomsbury Academic.

Vandellós, J.M. (1985): *Catalunya, poble decadent*, Barcelona, Edicions 62.

Vandellós, J.M. (2011): *La inmigració a Catalunya*, Madrid, CIS

Varo Moral, N. (2005): *La conflictividad laboral femenina durante el franquismo en la provincia de Barcelona*, Madrid, Fundación 1^o de Mayo.

Varo Moral, N. (2012): Lideratges i models de protesta a la Barcelona dels anys cinquanta (1951-1964), en Balfour, S. (Ed): *Barcelona malgrat el franquisme. La SEAT, la ciutat i la represa sense democràcia*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona.

Vilagrassa Ibarz, J. (1997): Impuls econòmic, planejament urbà i agents socials en la definició de la Barcelona contemporània, 1859-1975, en Roca i Albert, J. (coord): *Expansió urbana I planejament a Barcelona*, Ajuntament de Barcelona-Proa, Barcelona.

Vilanova, M. (1997): *Las mayorías invisibles. Explotación fabril, revolución y represión*, Barcelona, Icaria.

Villar, C. (2016): Trayectorias laborales femeninas en Barcelona: de la década de 1920 a la actualidad, *Historia Social*, 84. pp. 59-76.

Villegas Molina, F. (1978): Algunas consideraciones sobre la expulsión de los moriscos del Reino de Granada en el siglo XVI, *Cuadernos Geográficos de la Universidad de Granada*, 8, pp. 271-283.

VV.AA. (2007): *L'Hospitalet, lloc de memòria. Exili, deportació, repressió i lluita antifranquista*, Barcelona, Centre d'Estudis de L'Hospitalet.

VV.AA. (2008): Dossier Memòria del barraquisme, *Revista Carrer*, n° 106, Maig.

W

Willemse, H. (2002): *Pasado compartido: Memorias de anarcosindicalistas de Albalate de Cinca, 1928-1938*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

Y

Ysàs, P. (1991): Huelga laboral y huelga política. España, 1939-1975, *Ayer*, n°4, pp. 193-212.

FUENTES DE ARCHIVO.

Archivo Histórico Provincial de Granada (AHPdG):

Fondo AISS

Actas del Consejo. Actas I y II Consejo Económico Sindical y Provincial. Tomo 1.

Propuesta: ideas Generales sobre el plan de Industrialización de la provincia de Granada (1955).

Ponencias presentadas al II Consejo Económico Sindical y Provincial (1955).

Informes de los Mapas Nacionales de Abastecimientos

Año 1946: Puebla de Don Fadrique, Montefrío. Cúllar Baza, Agrón y Atarfe.

Año 1949: Puebla de Don Fadrique, Íllora y Baza.

Archivo Histórico de la Diputación de Granada (AHDG)

Documentación de Fomento, Vol.III: Catástrofes. Regiones Devastadas. Guerra Civil

Legajo nº 130. Pieza: 028. 1939-1941

Legajo nº1728. Pieza: 016. 1939-1940

Legajo nº 130. Pieza: 038. 1941

Boletines Oficiales de la Provincia de Granada. (1946-1950).

Archivo de la Real Chancillería de Granada.

Expediente a Lucas Gutiérrez López. Legajo 708.

Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona (AHCB)

Sobre el problema de la vivienda en la provincia de Barcelona, noviembre 1952.

Anuarios Estadísticos de la Ciudad de Barcelona: Años 1946, 1950 - 1959.

Biblioteca Pavelló de la República. Centre d'Estudis Històrics Internacionals (CEHI) i Fundació Figueras.

Discurso de Ignacio Gallego, de la Federación Provincial de la Juventud Socialista Unificada de Jaén, pronunciado el 15 de enero de 1937 en la Conferencia Nacional de Juventudes que tuvo lugar en el Consistorio Municipal de Valencia. Imprenta Lleonart, Valencia, 1937.

Memorias del Congreso de Constitución de la Federación Campesina de Andalucía, celebrado en Baza (Granada) en los días 15 y 16 de Julio de 1937. p, 40.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS:

El Defensor de Granada. (1931-1936)

Solidaridad Obrera. (1936)

El Obrero de la Tierra. (1936)

Hombres Libres. (1936-1938)

Nervio. (1937-1938)

Ideal. (1940-1950)

Campo. (1947-1948)

Cuadernos de Arquitectura y Urbanismo. (1953-1955)

Destino. (1950-1955)

Momento. (1955-1959)

El Ciervo. (1950-1955)

La Vanguardia Española. (1945- 1960)

Solidaridad Nacional. (1945- 1960)

El Diario de Barcelona. (1940-1960)

El Correo Catalán. (1945-1955)

FUENTES ORALES

Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona (AHCB)

Colección Taller d'Història de Pallejà:

Sesiones: 2ª sesión, 21 de febrero de 1996 y 15ª sesión, 18 de junio de 1997.

Testimonios de:

Dolores Moreno Barros. Nacida en Órgiva en 1939.

Encarna Cifuentes Quitantes. Nacida en Buvión en 1943.

Ana Lozano Sánchez. Nacida en Benalúa de Guadix en 1941.

María Moreno Gómez. Nacida en Jérez del Marquesado en 1939.

María Vargas Martín. Nacida en Peñoncillo-Murtas en 1935.

Carmen Gallardo Carricondo. Nacida en Orce en 1926.

Concepción López Salas. Nacida en Granada en 1939.

Arxiu Històric de Comissions Obreres de Catalunya (AHCONC)

Colección “Biografías Obreras. Fuentes orales y militancia sindical” (1939-1978)

Entrevista a Francisco Morante Marín. Nacido en Guadarhortuna en 1942. Emigrado a Barcelona en 1963. Realizada por Xavier Domenech, entre 03/04/2000 y 26/06/2000. Transcrita por Raquel Oliver Curell.

Entrevista a Antonio Cantano Palma. Nacido en Loja el 06/08/1927. Emigrante a Lleida. Realizada por Patricia Rocha entre 17/05/2000 y 14/06/2000. Transcrita por Rebeca Yáñez.

Entrevista con Antonio Rodríguez Avellaneda. Nacido en Motril, 11/08/1943. Emigrado a Mataró en 1962. Realizada por Jordi Merino entre el 30/04/2001 y 01/06/2001. Transcrita por Jordi Merino.

Entrevista a Antonio Arquelladas Sanpedro. Nacido en la Zubia en 1945. Emigrado a Barcelona en 1962. Realizada por Gisela Torns i Payà entre el 11/11/2001 y el 19/02/2002. Transcrita por Gisela Torns i Payà

Colección de Angelina Puig i Valls “De Pedro Martínez a Sabadell” (1920-1975)

Entrevista a Antonia Valle Moreno. Nacida en Pedro Martínez (Granada) en 1920. Entrevistas realizadas en Torre-romeu (Sabadell) los días 14 de marzo de 1985 y 29 de mayo de 1986. Entrevistadora: Angelina Puig i Valls.

Arxiu Municipal de L'Hospitalet de Llobregat.

Entrevista a Francisco García Gómez. Nacido en Motril en 1920. Emigrado a Barcelona en 1954. Realizada el 3 de octubre de 1996. Entrevistadora: Pepa Prieto (acompañada por Jaume Valls).

Entrevista a José García Soria. Nacido en Alicún de Ortega en 1927. Emigrado a Barcelona en 1955. Realizada el 11 de julio de 1995, Entrevistadora: Dolors Romero.

Francisco Hernández Morillas. Nacido en Guadix en 1926. Emigrado a Tarrassa en 1954 (en 1962 se mudó a L'Hospitalet). Realizada el 24 de abril de 1996. Entrevistado por Francisca Soto.

Inventari del Patrimoni Etnològic de Catalunya (IPEC). Entrevistas sobre barraquismo.

Rafael (¿), Nacido en Alhama de Granada. Emigrado a Barcelona en 1947. Barraquista en La Perona.

Francisco Vallejo y su mujer, oriundos de un pueblo de la vega de Granada. Barraquistas de Can Valero realojados en San Cosme.

Entrevistas cedidas por Francisco García Duarte

Entrevista Juan de Dios Álvarez Espín. Oriundo de Baza. Emigrado a Barcelona en 1954 (aprox). Entrevistador: Francisco García Duarte.

Entrevista a Quiteria Ruiz Martínez. Oriunda de Baza. Emigrada a Barcelona en 1955.
Entrevistador: Francisco García Duarte.

Entrevistas cedidas por Marc Hernández Ruiz

Entrevista a Antonio Ruiz. Nacido en Loja en 1944 y emigrado a Sabadell en 1950.
Entrevistador: Marc Hernández.

Entrevista a Miguel Ruiz. Nacido en Loja y emigrado a Sabadell a finales de la década de 1940.
Entrevistador: Marc Hernández.

Entrevista a Montserrat Ruiz. Nacida en Barberà del Vallès. Entrevistador: Marc Hernández.

ENTREVISTAS PROPIAS:

I.A.P.: Nacida en Gor (Granada) en 1935. Realizada en Sant Adrià del Besòs (Barcelona) el 18/07/2013.

S.P.R.: Nacido en Santafé (Granada) en 1935. Realizada en San Boi de Llobregat (Barcelona) el 23/10/2014.

J.P.G.: Nacido en Alquife (Granada) en 1927. Realizada en Barcelona el 18/03/2013.

J.S.G.: Nacida en la Puebla de Don Fadrique (Granada) en 1927. Realizada en Ripollet (Barcelona) el 22/03/2016.

J.M.N.: Nacido en Algarinejo (Granada) en 1929. Realizada en Barcelona el 30/10/2014.

J.M.H.: Nacido en Cogollos de Guadix (Granada) en 1930. Realizada en Santa Coloma de Gramanet (Barcelona) el 10/06/2014.

A.S.P.: Nacido en Salar (Granada) en 1941. Realizada en Barcelona el 20/06/2013.

R.M.M.: Nacido en Loja (Granada) en 1930. Realizada en Terrassa (Barcelona) el 31/05/2014.

M.T.M.: Nacido en Salar (Granada) en 1930. Realizadas en L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona) el 30/05/2013 y el 06/06/2013.

M.M.N.: Nacida en Algarinejo (Granada) en 1927. Realizada en Barcelona el 30/10/2014.

M.R.M.: Nacida en Guadix (Granada) en 1936. Realizada en Barcelona el 04/06/2013.

A.R.H.: Nacida en Purullena (Granada) en 1947. Realizada en Barcelona el 19/11/2014.

M.C.M.P.: Nacida en Cuevas del Campo (Granada) en 1946. Realizada en Sant Adrià del Besòs (Barcelona) el 29/11/2014.

C.M.R.: Nacida en Granada en 1943. Realizada en Barcelona el 29/10/2014

E.T.R.: Nacida en Guajar-Faragüit (Granada) en 1934. Realizada en Barcelona el 18/06/2013.

E.C.M.: Nacida en Alhama de Granada en 1944. Realizada en Barcelona el 25/05/2013.

R.C.M.: Nacida en Cómpeeta (Málaga) en 1929. Realizada en Barcelona el 14/03/2013.

F.L.R.: Nacido en Almonaster La Real (Huelva) en 1934. Realizada en Barcelona el 24/07/2018.

A.B.V.: Nacido en Granada en 1924. Realizada en Barcelona el 17/06/2013.

J.S.B.: Nacido en Guadahortuna (Granada) en 1933. Realizada en Barcelona el 09/03/2017

M.P.M.(1): Nacido en Baza (Granada) en 1938. Realizadas en Barcelona el 22/03/2017 y el 28/04/2017.

M.P.M.(2): Nacido en Baza (Granada) en 1941. Realizada en Badalona (Barcelona) el 07/03/2017.

J.M.T.G.: Nacido en Jérez del Marquesado (Granada) en 1931. Realizada en Barcelona el 03/03/2017.

G.G.H.: Nacido en el Cerro de la Cruz (Jaén), en 1928. Realizada en Barcelona el 02/12/ 2014.

C.G.: Nacida en Barcelona en 1958. Realizada en Barcelona el 08/10/2017.

F.S.: Nacido en Barcelona en 1955. Realizada en Barcelona el 08/10/2017.

E.G.: Nacido en Jérez del Marquesado (Granada) en 1928. Realizada en Barcelona el 22/01/ 2014.

C.C.: Nacida en Torrequebradilla (Jaén) en 1927. Realizada en Barcelona el 20/10/2016.

M.G.M.: Nacido en Benalúa de Guadix (Granada) en 1943. Realizada en Montcada (Barcelona) el 24/07/2018

I.R.F.: Nacida en Anglesola (Lleida) en 1952. Realizada en Barcelona el 07/03/2017.

E.V.: Nacida en Rubí (Barcelona) en 1949. Realizada en Barcelona el 07/03/2017.

S.G.: Nacido en Monistrol de Montserrat (Barcelona) en 1947. Realizada en Barcelona el 07/03/2017.

Otras fuentes:

Memorias personales de Antonio Olivares.

Memorias personales de Manuel Fernández Martínez.

FUENTES AUDIOVISUALES

Documentales:

Soleá, els néts dels altres catalans (2015), dirigido por Marc Hernández, María Llinás, Natàlia Morales i Marta Vivet.

Barraques. La ciutat oblidada (2010), dirigido por Alonso Carnicer y Sara Grimal.

Las casas de papel. Les vivendes del Governador (2009), realizado por Alonso Laybarra.

Películas:

Surcos (1950), dirigida por José Antonio Nieves Conde.

La piel quemada (1967), dirigida por Josep María Forn.

El largo viaje hacía la ira (1969), dirigida por Lorenzo Soler.

Rocco e il suo fratelli (1960), dirigida por Luchino Visconti.